

**DOUGLAS
PRESTON**

**LINCOLN
CHILD**

**EL LIBRO DE
LOS MUERTOS**

se

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Continuación de «La mano del diablo» y «La danza de la muerte».

Un brillante agente del FBI cumple sentencia en una prisión de alta seguridad, por un asesinato que no cometió... Su hermano, psicótico y superdotado, está a punto de llevar a cabo uno de los crímenes más terroríficos jamás imaginados... Una joven inteligente, pero muy inocente, con un pasado extraordinario, está al borde de perder el juicio...

Y pocos días más tarde se inaugurará una fabulosa exposición en un museo de Nueva York. Su pieza estrella es una tumba egipcia, maldita desde hace siglos. Un evento que va a convocar a la flor y nata de la sociedad estadounidense...

L=LIBROS

Douglas Preston & Lincoln Child

El libro de los muertos

Pendergast -07- Trilogía Diógenes -3-

*Lincoln Child dedica este libro
a su madre, Nancy Child*

*Douglas Preston dedica este libro
a Anna Marguerite McCann Taggart*

El primer sol de la mañana doraba los adoquines de la entrada para el personal del Museo de Historia Natural de Nueva York, iluminando una garita acristalada justo al lado del arco de granito por donde se accedía al edificio. Dentro de la garita había alguien encorvado en una silla, un hombre mayor, conocido por todo el personal del museo, que fumaba con placer una pipa de calabaza; disfrutaba de uno de esos días de falsa primavera que tiene febrero en Nueva York, de esos que incitan a los narcisos y a las amapolas a florecer antes de tiempo solo para matarlos de frío cuando avanza el mes.

—Buenos días, doctor —repetía Curly a todos los que pasaban, ya fueran simples repartidores de correo o decanos de ciencias.

Los conservadores duraban lo que duraban. Tras continuados ascensos, y un glorioso reinado, los propios directores podían caer en la desgracia y la ignominia. Podrá el hombre cultivar la tierra y reposar después bajo ella, pero de Curly se habría dicho que nadie jamás podría relevarlo de su puesto en la garita. Era tan representativo del museo como el ultrasaurio que recibía a los visitantes en la Gran Rotonda.

—¡Toma, tío!

Curly se giró, ceñudo por la familiaridad del tono, y tuvo tiempo de ver que un mensajero introducía un paquete por la ventanilla con el impulso necesario para que aterrizara en la repisa donde dejaba el tabaco y los guantes.

—¡Perdone! —dijo, levantándose y gesticulando por la ventanilla—. ¡Oiga!

Pero el mensajero, su mountain bike de gruesas ruedas y su mochila negra llena de paquetes ya estaban lejos.

—¡Habrase visto! —murmuró Curly contemplando el paquete.

Era un bulto de unos treinta centímetros por veinte, envuelto en un papel marrón y sucio, con demasiadas vueltas de cordel trasnochado. Viendo el lamentable estado en que estaba, Curly se preguntó si al mensajero acababa de atropellado un camión. La dirección parecía escrita por un niño: «Para el conservador de rocas y minerales del Museo de Historia Natural».

Miró el paquete, pensativo, a la vez que deshacía el tabaco incrustado en el fondo de la cazoleta. El museo recibía cientos de envíos semanales con «donativos» infantiles para la colección: desde bichos aplastados y piedras sin valor hasta puntas de flecha y momias de animales atropellados en la carretera. Suspiró mientras abandonaba a disgusto la comodidad de su garita y se colocó el paquete bajo el brazo. Dejó la pipa, abrió su pastillero y parpadeó dos veces al salir al sol. Luego se encaminó a la sala de mensajería, que quedaba a escasos doscientos metros de la entrada.

—¿Qué lleva, señor Tuttle? —preguntó alguien.

Curly se giró hacia la voz. Era Digby Greenlaw, el nuevo subdirector

administrativo, que salía del túnel del aparcamiento de empleados.

Esperó un poco antes de contestar. Greenlaw no le gustaba, y tampoco la condescendencia con la que decía «señor Tuttle». Hacía pocas semanas, el subdirector había criticado la manera que tenía Curly de comprobar las identificaciones; se quejaba de que «ni siquiera se fija». ¡Como si hubiera que fijarse mucho! ¡Si se sabía de memoria las caras de toda la plantilla!

—Un paquete —gruñó a guisa de respuesta.

El tono de Greenlaw se tiñó de impertinencia.

—Los paquetes tienen que entregarse directamente en la sala de mensajería. Usted no tiene permiso para salir de la garita.

Curly siguió caminando. A su edad había descubierto que la mejor manera de reaccionar a las ofensas era hacerse el sordo.

Oyó caminar más deprisa al administrador, que —suponiéndolo duro de oído — habló más alto.

—¡Señor Tuttle! Le he dicho que no puede abandonar su puesto.

Curly se paró y se giró.

—Gracias por ofrecerse, doctor.

Tendió el paquete a Greenlaw, que pareció sorprendido.

—Yo no he dicho que vaya a llevarlo.

Curly permanecía inmóvil, levantando el paquete.

—¡Será posible! —Greenlaw se dispuso a cogerlo con cara de enfado, pero su mano se quedó suspendida en el aire—. Tiene un aspecto un poco raro. ¿Qué es?

—Ni idea, doctor. Lo ha traído un mensajero.

—Parece que lo hayan tratado de cualquier manera.

Curly se encogió de hombros. Greenlaw seguía sin coger el paquete. Se acercó un poco y lo miró con atención.

—Está roto. Tiene un agujero. Mire, sale algo...

Curly miró hacia abajo. El paquete tenía una esquina rota, en efecto, con un agujero del que salía un hilo de polvo marrón.

—Pero ¿qué es esto? —dijo Curly.

Greenlaw dio un paso hacia atrás.

—Sale una especie de polvo. —Su voz se volvió más aguda—. ¡Madre mía! ¿Qué es esto?

Curly se quedó de piedra.

—¡Suéltelo, Curly, por el amor de Dios, es ántrax!

Greenlaw retrocedió con una mueca de pánico.

—¡Un ataque terrorista! ¡Que llamen a la policía! ¡Estoy contaminado! ¡Dios mío, estoy contaminado!

El administrador tropezó y cayó de espaldas sobre los adoquines, pero se levantó enseguida y salió corriendo. Inmediatamente llegaron dos guardias del

puesto de vigilancia de delante; mientras uno cerraba el paso a Greenlaw el otro corrió hacia Curly.

—¿Qué hacen? —gritó Greenlaw—. ¡No se acerquen! ¡Llamen al 911!

Curly no se movió ni soltó el paquete. La situación estaba tan fuera de la normalidad, de su normalidad, que era como si se le hubiera parado el cerebro.

Los guardias se apartaron, seguidos de cerca por Greenlaw. Tras un momento de silencio tenso, se disparó una alarma que reverberó estridentemente, y en menos de cinco minutos se aproximó un coro de sirenas, preludio de una explosión de actividad: coches de la policía, luces, ruido de radios e ir y venir de hombres uniformados que lo acordonaron todo con cinta amarilla que indicaba peligro biológico, mientras los gritos por megáfono de que nadie se acercara — cada vez había más gente— alternaban con órdenes a Curly: « ¡Tire el paquete y apártese! ¡Tire el paquete y apártese!» .

Lejos de hacer lo uno o lo otro, Curly siguió paralizado por la confusión, mirando fijamente el hilo marrón que seguía saliendo por el agujero y que había empezado a formar un montoncito a sus pies.

Los siguientes en aparecer fueron dos extraños personajes con unos trajes blancos muy aparatosos y unos cascos con visera de plástico. Caminaban despacio con los brazos extendidos, como en una antigua película de ciencia ficción que había visto Curly. Mientras uno lo cogía suavemente por los hombros, el otro le quitó el paquete de las manos y lo depositó —con enorme cautela— en el interior de una caja de plástico azul. El primero se llevó a Curly a un lado y empezó a pasarle un aparato extraño por todo el cuerpo. Después le pusieron un traje de plástico como el que llevaban ellos, mientras le repetían en voz grave y electrónica que no había nada que temer, que se lo llevaban al hospital para hacerle algunas pruebas pero que no pasaba nada. Mientras le ponían el casco, Curly empezó a sentir que recuperaba la actividad de su cerebro y el movimiento de su cuerpo.

—Oiga, doctor... —dijo a uno de los dos hombres, mientras se dejaba llevar hacia una camioneta que había cruzado el cordón policial y que lo esperaba con las puertas abiertas.

—¿Qué?

—Mi pipa. —Señaló la garita con la cabeza—. No se olviden de la pipa.

La doctora Lauren Wildenstein vio cómo el equipo de urgencias le llevaba el recipiente de plástico azul para sustancias peligrosas y lo dejaban debajo de la campana de gases del laboratorio. Veinte minutos después de la llamada, ella y Richie, su ayudante, ya estaban preparados. Al principio parecía que para variar podía tratarse de algo serio, ajustado al perfil clásico de ataque bioterrorista — una institución neoyorquina de primera fila recibía un paquete del que salía un polvo marrón—, pero los controles de ántrax realizados in situ ya habían dado negativo y Wildenstein intuía que sería una nueva falsa alarma. En los dos años que llevaba al frente del laboratorio de bioterrorismo de Nueva York les habían llevado cuatrocientos polvos sospechosos para que los analizaran, y por suerte ninguno había resultado ser un agente de bioterrorismo. De momento. Miró la cuenta que llevaban, clavada en la pared: azúcar, sal, harina, levadura, heroína, cocaína, pimienta y polvo, en ese orden de frecuencia. La lista hablaba de muchas paranoias, y de muchos, demasiados, avisos terroristas.

Después de que se fuera la brigada, contempló un momento el recipiente cerrado. Parecía mentira que en los últimos tiempos un simple paquete de polvo pudiera provocar tanto revuelo. Media hora después de su llegada al museo ya había un vigilante y un administrador en cuarentena; les dieron antibióticos y ahora los trataban los servicios de salud mental. Al parecer, el administrador se había puesto particularmente histérico.

Sacudió la cabeza.

—¿Qué?, ¿cómo lo ves? —dijo una voz a su espalda—. ¿Cuál es el cóctel terrorista del día?

No le hizo caso. Laboralmente Richie era un primer espada, pero su desarrollo emocional se había detenido entre el tercer y cuarto curso.

—Vamos a pasarlo por los rayos X.

—Marchando.

La radiografía en falso color que apareció en el monitor mostró que el paquete contenía una sustancia amorfa; no había cartas u otros objetos.

—No hay detonador —dijo Richie—. Anda que...

—Voy a abrir el recipiente.

Wildenstein quitó el cierre y extrajo el paquete con cuidado. Reparó en que la caligrafía era tosca e infantil y en la falta de remite, así como en las múltiples vueltas de cordel mal atado. Casi parecía hecho adrede para despertar sospechas. De una esquina del paquete, rota de tanto trajarlo, salía una sustancia de color marrón claro que parecía arena, sin ninguna similitud con los agentes de bioterrorismo que conocía Wildenstein por sus estudios. Cortó el cordel con la poca destreza que le permitían los gruesos guantes y abrió el paquete. Dentro había un saquito de plástico.

—¡Nos han dado por el saco! —dijo Richie, resoplando.

—Mientras no se demuestre lo contrario, lo trataremos como si fuera peligroso —dijo ella, aunque en su fuero interno compartía su opinión. Siempre era mejor pecar de exceso de cautela.

—¿Peso?

—Un kilo doscientos. Hago constar que todas las alarmas de sustancias peligrosas de la campana están a cero.

Usó una paleta para recoger unas decenas de granos y repartirlos en seis tubos de ensayo. Los sacó de la campana, tapados y en una gradilla, y se los dio a Richie, que no necesitó ninguna indicación para aplicar los reactivos químicos habituales y proceder a los correspondientes tests.

—¡Qué pedazo de muestra! ¡Así da gusto! —dijo, socarrón—. De ese modo, aunque lo quememos, lo cozamos y lo disolvamos, aún nos quedará bastante para hacer un castillo de arena.

Wildenstein esperó hasta el final del examen, llevado con mano maestra.

—Todo negativo —fue la conclusión—. ¿Qué narices debe ser esto?

Wildenstein cogió otro juego de muestras.

—Haz una prueba de calor en atmósfera oxidante y pasa el gas por el analizador.

—Ahora mismo.

Richie cogió otra probeta, la tapó con una pipeta conectada al analizador de gases y calentó despacio el tubo con un mechero Bunsen. Para sorpresa de Wildenstein, la muestra prendió enseguida y brilló un momento antes de desaparecer sin cenizas ni residuos.

—¡Más madera! ¡Esto es la guerra!

—¿Qué ha dado, Richie?

Richie leyó el resultado.

—Dióxido y monóxido de carbono prácticamente puros, con trazas de vapor de agua.

—Pues entonces la muestra tenía que ser carbono puro.

—¡Venga ya, jefa! ¿Desde cuándo hay carbono en forma de arena marrón?

Wildenstein inspeccionó la arenilla del fondo de uno de los tubos de ensayo.

—Voy a mirarlo con el estereozoom.

Depositó una docena de granos en una lámina, la puso en el portaobjetos del microscopio y encendió la luz para mirar por los oculares.

—¿Qué ves? —preguntó Richie.

Ella no contestó. Estaba hipnotizada. Bajo el microscopio no eran granos marrones, sino fragmentos minúsculos de una sustancia cristalina de infinitos colores: azul, rojo, amarillo, verde, marrón, negro, violeta, rosa... Con la vista pegada al microscopio, cogió una cuchara metálica y empujó un poco uno de los granos. Lo oyó rechinar ligeramente en el cristal.

—¿Qué haces? —preguntó Richie.

Wildenstein se levantó.

—¿No tenemos refractómetro?

—Sí, uno barato que parece de la Edad Media.

Richie buscó en un armario y sacó un aparato cubierto de polvo con una funda amarillenta. Lo montó y lo enchufó.

—¿Sabes usar este trasto?

—Creo que sí.

Wildenstein separó un grano con el estereozoom, lo colocó sobre una lámina y le echó una gota de aceite mineral. A continuación introdujo la lámina en la cámara del refractómetro y giró varias veces el botón hasta obtener un resultado.

Levantó la cabeza, sonriendo.

—Lo que sospechaba. El índice de refracción es de dos coma cuatro.

—Ah... ¿Y qué?

—Pues que ya lo tenemos.

—¿El qué, jefa?

Miró a su ayudante.

—¿Qué está hecho de carbono puro, tiene un índice de refracción superior a dos y es tan duro que corta el cristal?

—¿Un diamante?

—Muy bien.

—¿Quieres decir que esto es una bolsa de polvo de diamante?

—Parece que sí.

Richie se levantó la capucha protectora para secarse la frente.

—Es la primera vez que lo veo. —Se giró y cogió el teléfono—. Creo que voy a llamar al hospital para decirles que desactiven la alerta biológica. Me han dicho que el administrador del museo se ha cagado encima.

Frederick Watson Collopy, el director del Museo de Historia Natural de Nueva York, sintió un cosquilleo de irritación en la nuca al bajar del ascensor; ponía los pies en el sótano por primera vez en varios meses. Le extrañaba mucho que Wilfred Sherman, el director de Mineralogía, hubiera insistido en recibirlo en el laboratorio de su departamento, en vez de ser él quien subiera al despacho de Collopy en la cuarta planta.

Dio unas zancadas por el suelo cubierto de arenilla, que hacía crujir las suelas de sus zapatos. La puerta del laboratorio de mineralogía estaba a la vuelta de la esquina, cerrada. Movi6 el pomo. Cerrada con llave. Golpeó enérgicamente, de nuevo irritado.

Sherman abrió casi enseguida, y con la misma prontitud volvió a cerrar con llave. El conservador estaba despeinado, sudoroso... Hecho un desastre, en suma. Normal, pensó Collopy. Después de un repaso somero del laboratorio, su mirada se posó en el ignominioso paquete. Estaba sucio y arrugado, dentro de una bolsa con doble cremallera, sobre una mesa de muestras, cerca de un estereozoom. Al lado había media docena de sobres blancos.

—Doctor Sherman —dijo Collopy—, el descuido en la entrega de este material ha dado una pésima imagen del museo. Es un escándalo, y me quedo corto. Quiero saber el nombre del mensajero y por qué no se respetaron los habituales procedimientos de entrega. También quiero saber por qué se manipuló un material de este valor con tan poco cuidado, y cómo es posible que se equivocaran de destinatario, con lo que se provocó el pánico. Tengo entendido que el polvo de diamante de uso industrial cuesta varios miles de dólares el kilo.

Sherman no contestó. Solo sudaba.

—Ya veo el titular del periódico de mañana: «Miedo a un ataque bioterrorista en el Museo de Historia Natural». Preferiría no leerlo, la verdad. Acaba de llamarme un reportero de *The Times*, un tal Harriman, y espera mis explicaciones para dentro de media hora.

Sherman tragó saliva, mudo. Una gota de sudor caía por su frente. Se la secó rápidamente con un pañuelo.

—¿Qué? ¿Puede explicarlo o no? ¿Ha insistido tanto en que bajara a su laboratorio por algo en particular?

—Sí —dijo con esfuerzo Sherman, señalando el estereozoom con la cabeza—. Quería que... lo viese.

Collopy se levantó para ir al microscopio. Cuando se quitó las gafas y miró por los oculares, apareció algo borroso e indistinto.

—No veo ni jota.

—Hay que enfocararlo.

Collopy giró el botón, enfocando y desenfocando la muestra; de pronto se

quedó sobrecogido por la belleza de un conjunto de trocitos de cristal de múltiples y vivos colores, iluminado por detrás como una vidriera.

—¿Qué es?

—Una muestra del polvo del paquete.

Se apartó.

—Bueno, pero ¿el pedido era de usted, o de alguien de su departamento?

Sherman titubeó.

—No.

—Pues entonces, doctor Sherman, dígame cómo es posible que su departamento recibiera varios miles de dólares en polvo de diamante.

—Puedo explicárselo.

Sherman no dijo nada más. Su mano temblorosa cogió uno de los sobres blancos. Collopy esperó, pero era como tener delante una estatua.

—¿Doctor Sherman?

En vez de contestar, Sherman sacó el pañuelo y se secó la frente por segunda vez.

—¿Se encuentra mal, doctor Sherman?

Sherman tragó saliva.

—No sé cómo decírselo.

La respuesta de Collopy fue tajante.

—Tenemos un problema, y ahora solo me quedan... —Eché un vistazo a su reloj—. Veinticinco minutos para devolverle la llamada a Harriman, así que haga el favor de ir al grano.

El mineralogista asintió en silencio y volvió a secarse la cara. A pesar de su enfado, Collopy lo compadeció. En muchos aspectos era como un adolescente de mediana edad que se hubiera quedado en la época de su primera colección de minerales. De repente se dio cuenta de que Sherman se secaba algo más que sudor. Le lloraban los ojos.

—No es polvo de diamante industrial —dijo Sherman finalmente.

Collopy frunció el entrecejo.

—¿Cómo?

El conservador respiró hondo, como si hiciera de tripas corazón.

—El polvo de diamante industrial está hecho de diamantes negros o marrones sin valor estético. Mirando por el microscopio se ven partículas cristalinas oscuras, que es lo previsible. En cambio hay otras que son de colores.

Su voz tembló.

—Sí, lo acabo de ver.

Sherman asintió con la cabeza.

—Minúsculos fragmentos y cristales de todos los colores del espectro. Después de comprobar que eran diamantes, me he preguntado...

Le falló la voz.

—¿Doctor Sherman?

—Me he preguntado: ¿de dónde puede salir una bolsa de polvo de diamante compuesta por millones de fragmentos de diamantes de fantasía, con un peso total de un kilo cien gramos?

Se hizo un profundo silencio en el laboratorio. Collopy se había quedado frío.

—No entiendo nada.

—Esto no es polvo de diamantes —dijo abruptamente Sherman—. Esto es la colección de diamantes del museo.

—Pero ¿qué dice, hombre?

—La persona que nos robó los diamantes el mes pasado... debe de haberlos pulverizado. Todos.

Las lágrimas caían libremente, pero Sherman ya no se molestaba en secarlas.

—¿Pulverizado? —Collopy miró con los ojos desorbitados hacia ambos lados—. ¿Cómo se pulveriza un diamante?

—Con un mazo.

—Pero ¿no eran lo más duro del mundo?

—Duro sí, pero eso no impide que también sean quebradizos.

—¿Por qué está tan seguro?

—Muchos de nuestros diamantes tienen un color único. Por ejemplo la Reina de Narnia. No existe ningún otro diamante con el mismo tono azul con matices de violeta y verde. He conseguido identificar cada uno de los fragmentos. Es lo que he estado haciendo, separarlos.

Cogió el sobre blanco y lo vació sobre una hoja de papel que había en la mesa de muestras. Se formó una montañita de polvo azul. La señaló.

—La Reina de Narnia.

Cogió otro sobre y formó un montoncito violeta.

—El Corazón de la Eternidad.

Vació los sobrecitos uno tras otro.

—El Fantasma Añil. Última Thule. El 4 de Julio. El Verde de Zanzíbar.

Eran como golpes continuos y ensordecedores de tambor. Collopy contempló las pequeñas montañas de arena reluciente con horror.

—Esto es una broma de mal gusto —acabó diciendo—. No pueden ser los diamantes del museo.

—Los tonos exactos de muchos de estos diamantes famosos son identificables —contestó Sherman—. Como disponía de datos objetivos, he analizado los fragmentos y su tono es idéntico. No hay error posible. No pueden ser otros.

—Pero seguro que todos no están... —dijo Collopy—. No puede haberlos destruido todos...

—El paquete contenía 1,09868 kilos de polvo de diamante, lo cual equivale aproximadamente a 5.500 quilates. Si se suma la cantidad derramada, el envío

original debía de contener unos 6.000 quilates. He hecho la suma en quilates de lo que se robó, y...

La voz de Sherman fue apagándose.

—¿Y qué? —preguntó Collopy, completamente en vilo.

—El peso total era de 6.042 quilates —susurró Sherman.

Solo el tenue zumbido de los fluorescentes turbó el largo silencio del laboratorio. Al final Collopy levantó la cabeza y miró a Sherman a los ojos.

—Doctor Sherman... —empezó a decir.

Le falló la voz y tuvo que volver a empezar.

—Doctor Sherman... Esta información no puede salir de esta sala bajo ningún concepto.

Sherman, que ya estaba pálido, se quedó blanco como el papel, pero al cabo de un momento asintió sin decir nada.

William Smithback Jr. penetró en el recinto oscuro y oloroso del pub que recibía el nombre de « el Huesos », y examinó a la ruidosa concurrencia. Eran las cinco. El local rebosaba de empleados del museo que remojaban el gaznate después de largas horas de trabajo gris en la mole de granito de la acera de enfrente. Aquel entusiasmo por acudir a un local donde hasta el último palmo de pared estaba cubierto de huesos, cuando acababan de huir de un entorno laboral idéntico, era un misterio para Smithback, que últimamente solo acudía al Huesos por un motivo: el malta de cuarenta años que escondía el encargado debajo de la barra. Treinta y seis dólares por copa no podían considerarse una ganga, pero siempre era mejor que dejarse corroer las vísceras por un Cutty Sark de tres dólares.

Reconoció el pelo cobrizo de Nora Kelly, que desde hacía poco era su mujer. Estaba en la mesa de siempre, la del fondo. Después de saludarla con la mano, y de acercarse sin prisas, Smithback adoptó una actitud teatral.

—Pero ¡silencio! ¿Qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana? [1] —recitó antes de besarle al vuelo el dorso de la mano, hacer lo propio, pero con más detenimiento, en sus labios y sentarse al otro lado de la mesa—. ¿Qué tal?

—Sigue siendo interesante trabajar en el museo.

—¿Lo dices por el susto de esta mañana, lo del ataque terrorista?

Ella asintió con la cabeza.

—Alguien ha dejado un paquete para el departamento de mineralogía; por lo visto soltaba una especie de polvo, y han creído que era ántrax o algo por el estilo.

—Sí, ya me he enterado. De hecho en el periódico de hoy sale un artículo firmado por el amigo Harriman.

Bryce Harriman era el colega y archirrival de Smithback en *The Times*, aunque Smithback se había asegurado cierto margen gracias a recientes exclusivas de gran impacto.

Llegó el camarero, alicaído como siempre, y esperó en silencio a que pidieran.

—Para mí dos dedos de Glen Grant —dijo Smithback—. Del bueno.

—Yo una copa de vino blanco, por favor.

El camarero se fue arrastrando los pies.

—O sea, que se ha armado una buena, ¿no? —preguntó Smithback.

Nora se rió.

—¡Qué pena que no hayas visto a Greenlaw, el hombre que lo encontró! Tenía tan claro que se moría que se lo han tenido que llevar en camilla, con traje protector y todo.

—¿Greenlaw? No lo conozco.

—Es el nuevo subdirector administrativo. Acaba de entrar. Viene de Con Ed, la compañía eléctrica.

—¿Al final qué era? Digo el supuesto ántrax.

—Polvo abrasivo.

Smithback se rió justo cuando le traían la copa.

—Polvo abrasivo. Ni hecho aposta. —Hizo girar el líquido en la copa de balón y bebió un poco—. ¿Qué ocurrió?

—Parece que el paquete se rompió en el trayecto, y que tenía un agujero. Se lo ha dejado un mensajero a Curly justo cuando pasaba Greenlaw.

—¿Curly? ¿El viejo de la pipa?

—Ese, ese.

—¿Aún está en el museo?

—Nunca se irá.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Tranquilamente, como todo. Después de unas horas ya estaba otra vez en la garita como si no hubiera pasado nada.

Smithback sacudió la cabeza.

—¿Qué sentido tiene mandar por mensajero una bolsa de polvo?

—A mí que me registren.

Bebió otro trago.

—¿Crees que ha sido adrede? —preguntó, pensativo—. ¿Alguien que quería pegar un susto al museo?

—Tú siempre sospechando de todo.

—¿Saben quién lo enviaba?

—He oído que el paquete no tenía remite.

Ese detalle avivó de golpe el interés de Smithback, que se arrepintió de no haberse bajado el artículo de Harriman en la red interna de *The Times* para leerlo.

—¿Sabes cuánto cuesta hoy en día un mensajero en Nueva York? Cuarenta billetes.

—Quizá fuera polvo valioso.

—Pues entonces ¿por qué no había remite? ¿A quién se lo enviaban?

—Por lo que he oído, al departamento de mineralogía en general.

Smithback tomó otro delicioso sorbo de Glen Grant. Por alguna razón, aquella noticia hacía que se dispararan las alarmas periodísticas de su cerebro. Se preguntó si Harriman había llegado hasta el fondo del asunto. Tenía serias dudas. Sacó el móvil.

—¿Te molesta que haga una llamada?

Nora frunció el entrecejo.

—Si no hay más remedio.

Smithback marcó el número del museo, pidió que le pasaran con mineralogía

y tuvo la suerte de que aún hubiera alguien. Empezó a hablar deprisa.

—Soy el señor Mmmmm, de la oficina de Nññmm. Solo quería hacer una pregunta: ¿de qué era el polvo que ha sembrado el pánico esta mañana?

—No he entendido muy bien...

—Oiga, tengo prisa. Me espera el director con la respuesta.

—No lo sé.

—¿Lo sabe alguien?

—El doctor Sherman.

—Pásemelo.

Poco después se oyó una voz entrecortada.

—¿Doctor Collopy?

—No, no —dijo tranquilamente Smithback—. Me llamo William Smithback Soy reportero de *The New York Times*.

Silencio, seguido por un « diga » muy tenso.

—Es sobre el ataque terrorista de esta mañana...

La respuesta fue inmediata.

—No puedo ayudarlo. Ya le he dicho todo lo que sé a su colega, el señor Harriman.

—Es una comprobación rutinaria, doctor Sherman. ¿Sería mucho pedir?

Silencio.

—¿El paquete iba dirigido a usted?

—Al departamento —fue la respuesta, seca.

—¿No llevaba remite?

—No.

—Y ¿estaba lleno de polvo?

—Exacto.

—¿De qué tipo?

Un titubeo.

—De corindón.

—¿Cuánto vale el polvo de corindón?

—Así, de pronto, no lo sé. No mucho.

—Ya. Pues nada, gracias.

Al colgar, Smithback topó con la mirada de Nora.

—Es de mala educación usar el móvil en un pub —dijo ella.

—Es que soy periodista. Maleducado de profesión.

—¿Te has quedado satisfecho?

—No.

—Ha llegado un paquete de polvo al museo y le ha dado un susto a alguien porque estaba agujereado. Punto.

—No sé, no sé... —Smithback se tomó un trago largo de Glen Grant—. Lo he notado muy nervioso.

—¿Al doctor Sherman? Es que se altera por nada.

—Más que alterado, parecía asustado.

Smithback volvió a abrir el móvil. Nora gruñó.

—Como empieces a hacer llamadas me voy a casa.

—¡Vamos, mujer! Una más y nos vamos a cenar al Rattlesnake Café. Pero tengo que llamar ahora porque ya son más de las cinco y quiero pillarlos antes de que se vayan.

Llamó rápidamente a información y marcó el número que le habían dado.

—¿Es el Departamento de Sanidad y Salud Mental?

Le pasaron por varias extensiones hasta que encontró el laboratorio deseado.

—Laboratorio. ¿Dígame? —contestó alguien.

—¿Con quién hablo?

—Con Richard. ¿Y yo, con quién hablo?

—Hola, Richard, soy Bill Smithback, de *The Times*. ¿Eres el encargado?

—Ahora mismo sí. La jefa acaba de irse a casa.

—Los hay con suerte. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

—¿Has dicho que eras periodista?

—Exacto.

—Pues entonces supongo que sí.

—¿Este laboratorio es el que ha analizado el paquete del museo de esta mañana?

—El mismo.

—¿Qué había dentro?

Smithback oyó un bufido.

—Polvo de diamante.

—¿No era de corindón?

—No, de diamante.

—¿Has examinado personalmente el polvo?

—Sí.

—Y ¿qué aspecto tenía?

—A simple vista parecía una bolsa de arena marrón.

Smithback pensó un poco.

—¿Cómo sabéis que era polvo de diamante?

—Por el índice de refracción de las partículas.

—Ya. Y ¿no podría confundirse con corindón?

—Imposible.

—Supongo que también lo habéis examinado al microscopio.

—Sí.

—¿Cómo era?

—Precioso, como un montón de cristales de colores.

De repente Smithback notó un hormigueo en la nuca.

—¿De colores? ¿Qué quieres decir?

—Eran trocitos de todos los colores del espectro. No tenía ni idea de que el polvo de diamante fuera tan bonito.

—¿No te ha parecido un poco raro?

—Hay muchas cosas que a simple vista parecen feas, pero que bajo el microscopio se ven bonitas, como el moho del pan, o la arena, justamente.

—Pero has dicho que el polvo parecía marrón...

—Solo cuando estaba acumulado.

—Ya. ¿Qué habéis hecho con el paquete?

—Lo hemos devuelto al museo y lo hemos registrado como una falsa alarma.

—Gracias.

Smithback colgó despacio. Imposible. No podía ser.

Al mirar hacia arriba vio que Nora le observaba, claramente molesta. Le cogió la mano.

—Lo lamento mucho pero tengo que hacer otra llamada.

Ella cruzó los brazos.

—Pero ¿no iba a ser una velada romántica?

—Solo una llamada más. Por favor. Te dejaré escuchar. Te aseguro que valdrá la pena.

A Nora se le sonrosaron las mejillas. Smithback conocía esa reacción: su mujer se estaba mosqueando.

Volvió a marcar rápidamente el número del museo y conectó el altavoz del teléfono.

—¿Doctor Sherman?

—¿Sí?

—Vuelvo a ser Smithback, de *The Times*.

—Señor Smithback—dijo una voz aguda—, ya le he dicho todo lo que sé. Si no le importa, tengo que coger el tren.

—Sé que lo que ha llegado al museo esta mañana no era polvo de corindón.

Silencio.

—Sé qué era realmente.

Otro silencio.

—La colección de diamantes del museo.

Nora lanzó una mirada penetrante a su marido.

—Ahora mismo voy al museo para hablar con usted, doctor Sherman, y si el doctor Collopy aún no se ha ido hará bien en estar presente o, como mínimo, en ponerse al teléfono. No sé qué le ha contado a mi colega Harriman, pero a mí no me engaña. Ya es bastante grave que el museo dejara que le robaran la colección de diamantes más valiosa del mundo. Estoy seguro de que al consejo de administración del museo no le haría ninguna gracia que justo después de que se sepa que la colección ha sido reducida a polvo salte un escándalo de

encubrimiento. ¿Me explico, doctor Sherman?

La voz que acabó saliendo del auricular era muy débil, temblorosa.

—Le aseguro que nadie ha querido encubrir nada. Solo ha sido un... un retraso en el anuncio.

—Llego en diez minutos. Usted no se mueva.

Smithback llamó inmediatamente a su jefe de *The Times*.

—¿Fenton? ¿Se acuerda del artículo de Bryce Harriman sobre el falso ántrax que ha sembrado el pánico en el museo? Le aconsejo que no se vaya, porque la verdadera noticia la tengo yo. Es una bomba. Resérveme la primera plana.

Colgó y miró hacia arriba. Nora ya no estaba enfadada; estaba pálida.

—Diógenes Pendergast —susurró—. ¿Ha destruido los diamantes?

Smithback asintió con la cabeza.

—Pero ¿por qué?

—Excelente pregunta, Nora, pero tengo que irme. Te pido mil disculpas y te debo una cena en el Rattlesnake Café, pero si quiero llegar a tiempo para la edición nacional tengo que hacer un par de entrevistas y acabar un artículo antes de medianoche. De verdad que lo lamento infinitamente. No me esperes despierta.

Se levantó y le dio un beso.

—Eres increíble —dijo ella, admirada.

Smithback vaciló, con una sensación a la que no estaba acostumbrado. Tardó un poco en darse cuenta de que se había sonrojado.

El doctor Frederick Watson Collopy estaba de pie detrás de su escritorio del siglo XIX, en su despacho de la torre sudeste del museo. Encima, sobre el revestimiento de piel, había una sola cosa: el *New York Times* de la mañana. No estaba abierto, ni falta que hacía. Collopy lo tenía todo ante sus ojos, en la primera página, ocupando por entero la mitad superior en la letra más grande que se atrevía a usar un periódico tan envarado como el *Times*.

Se había levantado la fiebre, y ya no podía volver a su madriguera.

Collopy tenía la convicción de que su cargo era el mejor de todo el mundo científico estadounidense: director del Museo de Historia Natural de Nueva York. Olvidándose por un momento de ese artículo, pensó en los nombres de sus predecesores, los distinguidos Ogilvy, Scott y Throckmorton. Su meta, su única ambición, era que el suyo se añadiera al augusto registro, y evitara la ignominia de sus dos antecesores inmediatos, el difunto —pero no muy llorado— Winston Wright y la inepta Olivia Merriam.

Por desgracia la portada de *The Times* llevaba un titular que amenazaba ser su lápida. En los últimos tiempos Collopy había capeado varios temporales, escándalos que habrían hecho rodar otras cabezas, pero que él había sabido manejar con calma y decisión. Volvería a hacerlo.

Llamaron suavemente a la puerta.

—Adelante.

Era Hugo Menzies, el director del departamento de antropología, barbado, bien vestido y mejor planchado de lo que suele ser habitual en los ambientes académicos. En el mismo momento en que ocupaba silenciosamente una butaca, entraron Carla Rocco, la directora de relaciones públicas, y la letrada del museo, Beryl Darling (irónico nombre)^[2] de Wilfred, Spragg and Darling.

Collopy siguió de pie, con una mano en la barbilla, mirando pensativo a los tres hasta que dijo:

—El motivo de esta reunión de emergencia es obvio. —Miró el periódico—. Supongo que ya han visto *The Times*.

Los tres oyentes asintieron en silencio.

—Hemos hecho mal en querer encubrirlo, aunque solo fuera unos días. Al tomar posesión del cargo de director me prometí gestionar el museo de otra manera y evitar el estilo poco comunicativo, por no decir paranoico, de las últimas direcciones. Pensé que el museo era una gran institución, bastante fuerte para sobrevivir a las vicisitudes del escándalo y la polémica.

Collopy hizo una pausa.

—Mis pretensiones de minimizar y esconder la destrucción de nuestra colección de diamantes han sido un error. He infringido mis propios principios.

—Está muy bien que se disculpe —dijo Darling con su rotundidad habitual—,

pero ¿por qué no me consultó antes de tomar una decisión tan precipitada e irreflexiva? Ya debía de saber que no funcionaría. Es un grave perjuicio para el museo, y un obstáculo para mi trabajo.

Collopy se recordó que si el museo pagaba a Darling cuatrocientos dólares por hora era justo por eso, porque siempre decía las cosas como eran, sin rodeos.

Levantó la mano.

—De acuerdo, pero esto jamás podría haberlo imaginado. Descubrir que nuestros diamantes han sido reducidos a...

Su voz lo traicionó, impidiéndole acabar.

Fue un momento incómodo para todos. Collopy tragó saliva y siguió hablando.

—Debemos actuar. Debemos reaccionar lo antes posible. Por eso los he convocado a esta reunión.

Al hacer una pausa, oyó los gritos y consignas de un grupo cada vez más nutrido de manifestantes en Museum Drive, acompañados por sirenas y megáfonos de la policía.

Rocco tomó la palabra.

—Los teléfonos de mi oficina echan humo. Ahora son las nueve. Lo más probable es que tengamos hasta las diez, o como máximo las once, para hacer una declaración oficial. Nunca había visto nada igual, a pesar de que hace años que me muevo en el campo de las relaciones públicas.

Menzies cambió de postura en su sillón y se alisó el pelo plateado.

—Permiso...

Collopy asintió con la cabeza.

—Hugo.

Menzies carraspeó, mientras sus ojos intensamente azules se movían entre la ventana y Collopy.

—Lo primero que hay que meterse en la cabeza, Frederick, es que esta catástrofe no se puede maquillar. Escucha el clamor de la calle. Están en pie de guerra por el simple hecho de que nos hayamos planteado tapar la magnitud de la pérdida. Tenemos que encajar el golpe con sinceridad y limpieza. Reconozcamos nuestro error, y basta de disimular. —Miró a Rocco—. Es lo primero que quería decir. Espero que estemos todos de acuerdo.

Collopy asintió otra vez.

—¿Y lo segundo?

Menzies se inclinó ligeramente.

—No basta con reaccionar. Debemos pasar a la ofensiva.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenemos que hacer algo glorioso. Tenemos que anunciar algo extraordinario, que le recuerde a Nueva York y al resto del mundo que seguimos siendo un gran museo, a pesar de los pesares. No sé, montar una expedición

científica, o dar la campanada con un gran proyecto de investigación...

—¿No se notaría mucho que es una maniobra de distracción? —preguntó Rocco.

—Según para quién. En todo caso, las críticas solo durarían un par de días, y luego tendríamos vía libre para lograr despertar el interés y conseguir publicidad positiva.

—¿Un proyecto de qué tipo? —preguntó Collopy.

—No he llegado tan lejos.

Rocco asintió despacio.

—Podría funcionar. Se podría anunciar con una gala sonada, el gran acontecimiento de la temporada. Así la prensa y los políticos, que lógicamente estarían invitados, serían más indulgentes con el museo.

—Promete —dijo Collopy.

Al cabo de un rato intervino Darling.

—La teoría está muy bien, pero ahora nos falta la expedición, el gran acontecimiento o lo que sea.

Justo entonces sonó el intercomunicador de Collopy, que pulsó el botón, enfurecido.

—No estamos para nadie, señora Surd.

—Ya lo sé, doctor Collopy, pero es que es algo... muy especial.

—Ahora no.

—Requiere una respuesta inmediata.

Collopy suspiró.

—¿Qué pasa, que no puede esperar ni diez minutos?

—Es un donativo por transferencia bancaria de diez millones de euros para...

—¿Un donativo de diez millones de euros? Pásemelo.

La señora Surd entró con el papel, eficiente y regordeta.

—Perdonen un momento. —Collopy se lo quitó de las manos—. ¿Quién lo manda? ¿Dónde tengo que firmar?

—Es de un tal conde Thierry de Cahors, que da diez millones de euros al museo para que restaure y vuelva a abrir la tumba de Senef.

—¿La tumba de Senef? ¿Qué demonios es eso? —Collopy dejó el papel sobre el escritorio—. Luego lo miraré.

—El problema es que, por lo visto, los fondos están esperando en custodia, y tienen que aceptarse o rechazarse en el plazo de una hora.

Collopy contuvo el impulso de retorcerse las manos.

—¡Por Dios, los fondos restringidos nos salen hasta por las orejas! Lo que necesitamos son fondos generales para pagar las facturas. Mándele un fax al conde, o lo que sea, a ver si puede convencerlo de que nos dé el donativo sin condiciones. Escríbale en mi nombre, con las zalamerías de costumbre. Pero si es dinero para sus caprichos no nos hace ni puñetera falta.

—Sí, doctor Collopy.

La señora Surd dio media vuelta. Collopy miró al grupo.

—Bueno, creo que le tocaba a Beryl.

La letrada abrió la boca, pero Menzies la interrumpió levantando la mano.

—Por favor, señora Surd, espere unos minutos antes de ponerse en contacto con el conde de Cahors.

La señora Surd titubeó y miró a Collopy en busca de confirmación. El director se la dio con un gesto. La señora Surd se fue tras cerrar la puerta.

—A ver, Hugo, ¿qué pasa? —preguntó Collopy.

—Estoy intentando acordarme de los detalles. La tumba de Senef... Me suena de algo. Ahora que lo pienso, el conde de Cahors también.

—¿Podemos seguir? —preguntó Collopy.

Menzies se irguió bruscamente.

—¡Es lo que hago, Frederick! Busca en tu memoria. Repasa la historia del museo. La tumba de Senef era un sepulcro egipcio que se expuso desde la inauguración del museo hasta la Depresión, que si no me equivoqué fue cuando la cerraron.

—¿Y qué?

—Si no me falla la memoria la tumba fue robada y desmontada por los franceses durante la invasión napoleónica de Egipto. Luego se la quedaron los ingleses, la compró uno de los benefactores del museo y la montó en el sótano como una de las piezas originales del museo. Aún debe de estar en el mismo lugar.

—¿Y Cahors? ¿Quién es? —preguntó Darling.

—Cuando Napoleón invadió Egipto, aparte de soldados llevaba todo un ejército de naturalistas y arqueólogos. El grupo de arqueólogos lo encabezaba un tal Cahors. Supongo que es descendiente suyo.

Collopy frunció el entrecejo.

—¿Todo esto a qué viene?

—¿No lo entiendes? ¡Es justo lo que buscamos!

—¿Una vieja tumba?

—¡Exacto! Anunciaremos el donativo del conde a los cuatro vientos, haremos pública la fecha de la inauguración con una gala y con el resto del montaje y lo convertiremos en un gran acontecimiento mediático.

Menzies miró inquisitivamente a Rocco.

—Sí —dijo ella—. Sí, podría funcionar. Al gran público siempre le interesa Egipto.

—¿Que podría funcionar? ¡Funcionará seguro! Lo bueno es que la tumba ya está instalada. La exposición «Imágenes Sagradas» ya ha dado de sí todo lo que podía dar. Ha llegado el momento de ofrecer algo nuevo. Podríamos prepararlo en dos meses, o menos.

—En función del estado de la tumba.

—Sí, pero el caso es que está montada y lista. Es posible que solo haga falta limpiarla. Nuestros almacenes están llenos de piezas egipcias que podrían añadirse a la tumba para redondear la exposición. El conde ofrece mucho dinero; con él podrían hacerse todas las restauraciones necesarias.

—No lo entiendo —dijo Darling—. ¿Cómo es posible que una tumba egipcia haya pasado setenta años en el olvido?

—Probablemente la tapiaron, que es lo que hacían antiguamente para conservar este tipo de piezas. —Menzies sonrió con cierta pena—. La verdad es que a este museo le sobran piezas y le faltan dinero o conservadores para ocuparse de ellas. Por eso llevo años presionando para que se cree un cargo para un historiador del museo. ¡Quién sabe cuántos secretos duermen olvidados en algún rincón!

El breve silencio que se apoderó del despacho se rompió bruscamente por el impacto de la mano de Collopy en el escritorio.

—Manos a la obra. —Cogió el teléfono—. ¿Señora Surd? Dígale al conde que libere el dinero. Aceptamos sus condiciones.

En su laboratorio, Nora Kelly contemplaba una gran mesa de muestras cubierta de fragmentos de antigua cerámica de la cultura anasazi. Eran piezas de características inhabituales, que con la luz intensa del laboratorio casi parecían doradas a causa de la gran concentración de partículas de mica que contenía la arcilla de base. Había recogido aquellos fragmentos durante una expedición veraniega a la zona sudoeste de Four Corners, y ahora estaban distribuidos por un enorme mapa topográfico de Four Corners, con cada fragmento en las coordenadas exactas donde había aparecido.

Miró atentamente el conjunto mientras hacía otro esfuerzo por encontrarle un sentido. Era el eje de su gran proyecto de investigación para el museo: seguir la difusión de aquella alfarería micácea tan particular, desde su origen en el sur de Utah hasta los diversos intercambios cuya influencia se extendía más allá del sudoeste. El desarrollo de aquel tipo de cerámica se debía a un culto religioso kachina procedente del México azteca. Nora confiaba en que el estudio de su difusión por el sudoeste desvelase las vías de expansión del propio culto kachina.

Lo malo era que había tantos trozos, y tantas dataciones por C14, que cuadrar las variables era un problema espinoso, cuya solución estaba todavía lejana. Se concentró. La respuesta estaba delante. Solo había que encontrarla.

Suspiró y bebió un poco de café, contenta de que su laboratorio subterráneo le ofreciera un refugio contra la tormenta que arreciaba en el exterior del museo. Lo del día anterior, el susto del ántrax, había sido grave, pero no tanto como lo de hoy. Gran parte del mérito lo tenía su marido Bill, y su don especial para crear problemas. En *The Times* de la mañana, Bill había dado la noticia de que en realidad el polvo era la colección de diamantes robada del museo, millones de dólares pulverizados por el ladrón. Nora nunca había visto tanta indignación por una noticia. Al verse arrinconado frente a su despacho por las cámaras de televisión, el alcalde ya había atacado al museo y había exigido la destitución inmediata de su director.

Nora trató de concentrarse en el problema de los trozos de cerámica. Todas las líneas de difusión confluían en un solo punto: el origen de la arcilla, la base de la meseta de Kaiparowits, en Utah, donde había sido extraído y cocido por los habitantes de un gran poblado oculto en los cañones. Desde ese punto, su difusión comercial había llegado a zonas tan lejanas como el norte de México y el oeste de Texas. Pero ¿cómo? ¿Cuándo? ¿Por quién?

Se levantó para sacar de un armario la última bolsa hermética de trozos de cerámica. El silencio del laboratorio era sepulcral. Solo se oía el silbido del aire acondicionado. Al fondo del laboratorio propiamente dicho había un gran espacio de almacenamiento con armarios antiguos de roble y cristal ondulado llenos de pots, puntas de flecha, hachas y otras piezas arqueológicas. Por la puerta de al

lado, la del almacén de momias indias, salía un vago olor a paradiclorobenceno. Nora empezó a repartir los fragmentos por el mapa hasta rellenar la última esquina vacía. Cada vez que colocaba un fragmento verificaba su número de adquisición.

De repente se paró. Había oído el chirrido de la puerta del laboratorio, y pisadas silenciosas por el suelo polvoriento. Pero había cerrado con llave, ¿no? Siempre lo hacía; era una costumbre tonta. Pero el sótano del museo era tan grande y silencioso, los pasillos estaban tan poco iluminados, había tantos objetos raros y espeluznantes en la oscuridad de los almacenes, que se le ponían los pelos de punta. Por otra parte no podía olvidar lo que le había pasado hacía pocas semanas a su amiga Margo Green dos pisos más arriba, en una oscura sala de exposiciones.

—¿Hay alguien? —dijo en voz alta.

Una figura salió de la penumbra. Primero vio la forma de una cara. Después una barba muy corta y un pelo plateado. Se relajó. Era Hugo Menzies, el director del departamento de antropología, su jefe inmediato, todavía algo pálido por su cálculo biliar y con los ojos algo enrojecidos, pero siempre joviales.

—Hola, Nora —dijo, sonriendo amablemente—. ¿Te molesto?

—¡No, qué va!

El conservador se sentó al borde de un taburete.

—¿Qué bien se está aquí abajo! ¡Qué tranquilidad! ¿Estás sola?

—Sí. ¿Arriba qué tal?

—Cada vez hay más gente en la calle.

—Sí, ya los he visto al llegar.

—Se está poniendo feo. Cada vez que llega un empleado lo abuchean, y han bloqueado el tráfico en Museum Drive. Me temo que solo es el principio. Una cosa es que se quejen el alcalde y el gobernador y otra que se indignen los propios neoyorquinos. Pero por lo visto es lo que está pasando. Que Dios nos libre de la furia del *vulgus mobile*.

—Siento mucho que por culpa de Bill... —se lamentó Nora.

Menzies le puso amablemente una mano en el hombro.

—Bill solo ha sido el mensajero. En realidad le ha hecho un favor al museo denunciando el plan de encubrimiento antes de que se llevara a la práctica. Tarde o temprano se habría sabido la verdad.

—Con lo que cuesta robar unos diamantes, no entiendo que los hayan destruido.

Menzies se encogió de hombros.

—Es imposible saber cómo piensan los locos. En todo caso, demuestra un odio visceral hacia el museo.

—¿El museo? ¿Qué le puede haber hecho?

—Eso solo puede contestarlo una persona, pero no he venido a elaborar

teorías sobre psicología criminal. Vengo por una razón muy concreta, relacionada con lo que pasa arriba.

—No entiendo.

—Acabo de salir de una reunión en el despacho del doctor Collopy. Hemos tomado una decisión que te concierne a ti.

Nora esperó con una sensación de alarma.

—¿Conoces la tumba de Senef?

—No me suena en absoluto.

—No me extraña. Ni a ti ni a casi nadie del museo. Fue una de las primeras piezas que se expusieron; una tumba egipcia del Valle de los Reyes vuelta a montar en estos sótanos. En los años treinta la clausuraron y la tapiaron, y ya no se ha vuelto a abrir.

—¿Y?

—Pues que en este momento el museo necesita una noticia positiva, algo que recuerde que seguimos haciendo cosas buenas. Una distracción, como quien dice. Esa distracción será la tumba de Senef. La reabriremos, y quiero que estés al frente del proyecto.

—¿Yo? Pero ¡si ya retrasé mi investigación varios meses para ayudar a montar la exposición « Imágenes Sagradas» !

En la cara de Menzies apareció una sonrisa irónica.

—Exacto. Por eso te lo pido, porque vi tu trabajo en « Imágenes Sagradas» y eres la única del departamento que puede hacerlo bien.

—¿En cuánto tiempo?

—Collopy está lanzado. Disponemos de seis semanas.

—¡No lo dice en serio!

—Se trata de una auténtica emergencia. Hace mucho tiempo que la situación económica del museo es penosa, y con este mazazo de publicidad negativa podría ocurrir cualquier cosa.

Nora no contestó.

—El desencadenante —siguió explicando Menzies en tono afable— es que acabamos de recibir diez millones de euros, trece millones de dólares, en concepto de fondos para el proyecto. No habrá problemas de dinero. Gozaremos del apoyo unánime del museo, desde el consejo de administración hasta los sindicatos. Como la tumba de Senef siempre ha estado sellada, en principio debería estar en bastante buenas condiciones.

—Por favor, no me lo pida a mí. Encargúeselo a Ashton.

—Ashton no sabe discutir, mientras que a ti te vi cómo te enfrentabas con los manifestantes de la inauguración de « Imágenes Sagradas» . Nora, el museo se juega su supervivencia. Te necesito. Te necesita el museo.

Silencio. Nora se giró hacia los fragmentos de cerámica con el corazón en un puño.

—Pero si yo de egiptología no sé nada...

—Contrataremos temporalmente a alguna eminencia para que colabore contigo.

Comprendiendo que no había escapatoria, suspiró profundamente.

—Bueno, de acuerdo.

—¡Así me gusta! Es lo que quería oír. La idea todavía está muy verde, pero teniendo en cuenta que hace setenta años que no se puede visitar la tumba es evidente que habrá que remozarla un poco. Hoy en día no basta con montar una exposición estática. Hay que darle un contenido multimedia. También habrá una gala de inauguración, por supuesto, y cualquier neoyorquino con aspiraciones sociales querrá una entrada.

—¿Todo esto en seis semanas? —se alarmó Nora.

—Tenía la esperanza de que aportarás ideas.

—¿Cuándo las necesita?

—Me temo que ahora mismo. El doctor Collopy ha convocado una rueda de prensa dentro de media hora para anunciar la exposición.

—Oh, no... —Nora se dejó caer en la silla—. ¿Está seguro de que habrá que incluir efectos especiales? A mí el escapatismo informático no me gusta nada. Distrae la atención de las piezas.

—Por desgracia es el concepto actual de museo; una buena muestra es la nueva biblioteca Abraham Lincoln. No niego que en algunos aspectos puede ser un poco vulgar, pero estamos en el siglo XXI y competimos con la televisión y con los videojuegos. Por favor, Nora. Necesito ideas cuanto antes. El director recibirá una avalancha de preguntas, y quiere poder decir algo sobre la exposición.

Nora tragó saliva. Por un lado la horrorizaba la idea de volver a postergar su investigación, trabajar setenta horas por semana y no ver casi nunca a un marido con quien llevaba pocos meses casada. Por el otro, si debía hacerlo —y no parecía haber alternativa— quería hacerlo bien.

—Pero debe ser digno —dijo Nora—. Sin momias saliendo de los sarcófagos. Y que sea educativo.

—Coincidimos en todo.

Nora reflexionó.

—La tumba fue saqueada, ¿verdad?

—Sí, en la antigüedad, como la mayoría de las tumbas egipcias, probablemente por los mismos sacerdotes que sepultaron a Senef, el cual, dicho sea de paso, no era un faraón sino un visir, regente de Tutmosis IV.

Nora asimiló la información. No podía negarse que era un gran honor ser elegida para coordinar una exposición nueva y de máximo relieve. Por no hablar de su visibilidad, excepcionalmente alta. Era intrigante. Se sintió atraída a su pesar.

—Si quieren algo teatral —dijo—, ¿por qué no recreamos el momento del saqueo? Podríamos hacer una reconstrucción dramática de los ladrones en plena faena; escenificar el miedo de que los pillaran, el castigo que les habría caído encima... Con una voz en off que narrara los hechos: quién era Senef... Cosas así.

Menzies asintió con la cabeza.

—Excelente, Nora.

Nora sintió que empezaba a entusiasmarse.

—Si estuviera bien hecho, con iluminación informatizada por ejemplo, sería una experiencia inolvidable para los visitantes. Reviviríamos la historia desde el interior de la propia tumba.

—Algún día dirigirás este museo, Nora.

Se ruborizó. No era una idea que le desagradase.

—Yo también he estado dándole vueltas a algún tipo de espectáculo de luz y sonido. Es perfecto. —Con una efusividad impropia en él, Menzies cogió la mano de Nora—. Será la salvación del museo. Y consolidará tu carrera dentro de él. Repito que tendrás todo el dinero y el respaldo necesarios. Por lo que respecta a los efectos informáticos, déjalos en mis manos. Tú céntrate en las piezas y en la manera de exponerlas. Seis semanas será tiempo suficiente para que empiece a hablarse del tema, mandar las invitaciones y trabajarse a la prensa. Si aspiran a estar entre los invitados ya no podrán echársenos encima.

Miró su reloj.

—Tengo que preparar al doctor Collopy para la rueda de prensa. Muchísimas gracias, Nora.

Menzies se fue sin perder tiempo y dejó a Nora sola en el silencio del laboratorio. Tras una mirada compungida a la mesa que tanto le había costado cubrir de trozos de cerámica, Nora empezó a recogerlos uno por uno y los metió otra vez en las bolsas.

El agente especial Spencer Coffey giró por el pasillo y se acercó al despacho del director de la cárcel, satisfecho con el ritmo que el metal de sus tacones marcaba en el suelo de cemento pulido. Lo seguía, a educada distancia, el agente Rabiner, bajo y bigotudo. Coffey se paró frente a la puerta de roble de la institución y la abrió justo después de llamar, sin esperar respuesta.

La secretaria del director, una rubia teñida, delgada, con cicatrices de acné juvenil y una actitud poco ceremoniosa, lo miró de pies a cabeza.

—¿Qué desea?

—Agente Coffey, del FBI. —Coffey mostró su placa—. Estamos citados y tenemos prisa.

—Voy a decirle al director que están aquí —contestó ella con un acento paleta del norte del estado que dio dentera al agente.

Coffey miró a Rabiner con los ojos en blanco. Ya había tenido un encontronazo telefónico con la rubia, que lo dejó colgado, y al verla en persona comprobó que era el prototipo de lo que más odiaba: una pueblerina de clase baja que se había ganado cierta respetabilidad con uñas y dientes.

—¿El agente Coffey y...?

La secretaria miró a Rabiner.

—El agente especial Coffey y el agente especial Rabiner.

Descolgó el auricular del intercomunicador con una lentitud insolente.

—Han llegado los agentes Coffey y Rabiner. Dicen que están citados.

Escuchó un momento, y tras colgar dejó pasar el tiempo justo para que Coffey se diera cuenta de que no compartía en absoluto sus prisas.

—Ya pueden pasar a ver al señor Imhof —dijo finalmente.

Coffey llegó a la altura de su mesa y se paró.

—¿Qué tal todo por la granja?

—Pues parece que los cerdos están en celo —contestó ella rápidamente, sin mirarlo.

Coffey entró en el despacho sin saber qué había querido decir exactamente la muy zorra, ni si había que tomárselo como un insulto.

Cerró la puerta justo cuando Gordon Imhof, el director, se levantaba de detrás de un gran escritorio de formica. Coffey, que no lo conocía personalmente, quedó sorprendido por su juventud. Era un hombre bajo, pulcro, con perilla y ojos fríos y azules, impecablemente vestido y peinado con secador. Coffey no supo clasificarlo. Tradicionalmente, los directores de cárceles siempre habían subido progresivamente por el escalafón, pero aquel parecía haberse sacado una licenciatura en dirección de servicios penitenciarios sin saber cómo era el agradable « ¡clac! » de una porra al golpear carne humana. Aun así, sus labios finos eran un buen presagio.

Imhof tendió la mano a los agentes.

—Siéntense.

—Gracias.

—¿Cómo ha ido el interrogatorio?

—El caso avanza —dijo Coffey—. Si esto no es una evidente pena de muerte que baje Dios y lo vea. Ahora bien, todavía no está cantado. Hay ciertas complicaciones.

No comentó que en realidad el interrogatorio había salido mal, fatal.

El rostro de Imhof era inescrutable.

—Me gustaría dejar clara una cosa —continuó Coffey—. Una de las víctimas del asesino era colega y amigo mío, el tercer agente más condecorado de la historia del FBI.

Dio tiempo a Imhof para asimilarlo, sin mencionar que la citada víctima, el agente especial Mike Decker, era la persona que lo había humillado hacía unos años bajándolo de categoría a causa de los asesinatos del museo, y que la noticia de su muerte había sido una de las grandes satisfacciones de la vida de Coffey, solo inferior a la de saber quién lo había hecho.

¡Qué gran momento!

—En definitiva, señor Imhof, es un preso muy especial. Se trata de un psicópata asesino en serie extremadamente peligroso, que ha matado como mínimo a tres personas, aunque nuestro interés por él se limita al asesinato del agente federal. Los demás se los dejamos al estado de Nueva York, con la esperanza de que cuando se dicte la sentencia el preso ya esté atado a una camilla con la jeringuilla en el brazo.

Imhof inclinó la cabeza y siguió escuchando.

—Por otro lado, este preso es muy soberbio. Hace unos años trabajamos juntos en un caso y el muy cabrón se cree mejor que los demás. Se considera por encima de las normas. No respeta la autoridad.

La mención al respeto sacó a Imhof de su mutismo.

—Yo, si algo exijo como director de esta institución es respeto. La disciplina bien entendida empieza y acaba con el respeto.

—Exacto —dijo Coffey, resuelto a seguir por esa línea con la esperanza de que Imhof mordiera el anzuelo—. Hablando de respeto, durante el interrogatorio el preso le dedicó algunas perlas a usted.

Vio que el interés de Imhof se avivaba.

—Pero en fin, no vale la pena reproducirlas —prosiguió Coffey—. Tanto usted como yo hemos aprendido a estar por encima de esas bajezas.

Imhof se inclinó.

—Si un preso ha faltado al respeto, y no me refiero a nada personal, sino a una falta de respeto del tipo que sea hacia la institución, tengo que saberlo.

—Eran los habituales insultos. Me resisto a reproducirlos.

—Ya, pero tengo que saberlos.

Holgaba decir que en realidad el preso no había dicho nada. Ese era el problema.

—Se refirió a usted como a un borracho hijo de puta, un nazi, un alemán de mierda... Cosas por el estilo.

Las facciones de Imhof se tensaron un poco. Coffey supo inmediatamente que había puesto el dedo en la llaga.

—¿Algo más? —preguntó serenamente el director.

—Palabras soeces. Algo sobre el tamaño de su... En fin, ya no me acuerdo de los detalles.

El tenso silencio se podía cortar con un cuchillo. La perilla de Imhof tembló un poco.

—Ya se lo he dicho, tonterías, pero revelan algo importante: que el preso no se da cuenta de que le conviene cooperar. ¿Sabe por qué? Pues porque a él le da lo mismo contestar o no a nuestras preguntas, o manifestar respeto hacia la institución o no manifestarlo. Es una situación que tiene que cambiar. Hay que enseñarle que las malas decisiones tienen consecuencias. También es necesario aislarlo completamente. Hay que impedir que transmita cualquier tipo de mensaje al exterior. Se ha dicho que podría estar compinchado con un hermano suyo fugitivo, por lo que nada de llamadas telefónicas. Que no vuelva a reunirse con su abogado. Es necesario cortar de raíz cualquier comunicación con el exterior. No podemos permitir que se produzcan nuevos... daños colaterales por falta de vigilancia. ¿Me entiende?

—Perfectamente.

—Muy bien. Hay que hacerle entender las ventajas de la cooperación. A mí me encantaría trabajármelo con una manguera y una picana, que es lo que merece, pero desgraciadamente no es posible, y lo que menos nos conviene es arriesgarnos a ser acusados de malos tratos en el juicio. Una cosa es que esté loco y otra que sea tonto. A un hombre así no se le puede dar ni una sola oportunidad. Tiene bastante dinero para desenterrar a Johnnie Cochran^[3] y contratarlo como abogado defensor.

Coffey se calló, porque Imhof acababa de sonreír por primera vez; pero algo en sus ojos azules le puso los pelos de punta.

—Comprendo su problema, agente Coffey. Hay que enseñarle al preso qué es el respeto. Me encargaré personalmente.

La mañana fijada para abrir la tumba sellada de Senef, Nora llegó al gran despacho de Menzies y lo encontró sentado donde siempre, en un sillón de orejas, conversando con un joven. Ambos se levantaron al verla entrar.

—Nora —dijo Menzies—, te presento al doctor Adrian Wicherly, el egiptólogo que te comenté. Adrian, te presento a la doctora Nora Kelly.

Wicherly se giró hacia ella sonriendo. Era un hombre perfectamente vestido y atildado, con un solo toque excéntrico: su abundante y despeinado pelo castaño. Nora registró de un vistazo la discreción de su traje de Savile Row, la calidad de sus zapatos de cordones y el símbolo de un club en su corbata. Al llegar a la cara vio que era de una apostura fuera de lo común: hoyuelos en las mejillas, ojos azules y expresivos y unos dientes blancos y perfectos. Calculó que tendría treinta años como máximo.

—Encantado de conocerla, doctora Kelly —dijo él con elegante acento de Oxbridge, mientras estrechaba suavemente su mano y la obsequiaba con otra sonrisa deslumbrante.

—El gusto es mío. Llámeme Nora, por favor.

—No faltaría más. Nora. Perdone que sea tan formal. Es el lastre de una educación tan estirada como la mía, que desgraciadamente me ha seguido hasta este lado del charco. Solo quiero que sepa que es genial estar aquí y trabajar en el proyecto.

«Genial». Nora reprimió una sonrisa. Adrian Wicherly era prácticamente una caricatura de ese tipo de británico joven y gallardo que ella creía que solo existía en las novelas de P. G. Wodehouse.

—Adrian trae un currículum bastante impresionante —dijo Menzies—. Doctor en Oxford, director de la excavación de la tumba KV 42 del Valle de los Reyes, profesor universitario de egiptología en Cambridge y autor de la monografía *Faraones de la XX dinastía*.

Nora miró a Wicherly con más respeto. Parecía mentira que un arqueólogo de su nivel pudiera ser tan joven.

—Impresionante.

Wicherly adoptó una expresión de modestia.

—Bueno, solo es palabrería académica.

—No precisamente. —Menzies echó un vistazo a su reloj—. A las diez tenemos una entrevista con alguien del departamento de mantenimiento. Si lo he entendido bien, la situación exacta de la tumba de Senef no la conoce nadie. Lo único seguro es que la tapiaron y que desde entonces no se puede entrar. Habrá que hacer un agujero.

—¡Qué misterioso! —dijo Wicherly—. Me siento un poco como Howard Carter.

Bajaron en un ascensor antiguo, lleno de dorados, que crujió y rechinó durante todo el trayecto hasta el sótano. Al llegar a la sección de mantenimiento dieron varias vueltas por el taller de maquinaria y carpintería hasta encontrar la puerta abierta de un pequeño despacho. En el interior había una mesa en la que un hombre bajo examinaba un grueso fajo de documentos. Se levantó al oír los golpes de Menzies en la puerta.

—Les presento a Seamus McCorkle —dijo Menzies—. Probablemente sabe más sobre la distribución del museo que ninguna otra persona viva.

—Que tampoco es mucho decir —contestó McCorkle.

Era un hombre socarrón de cincuenta y pocos años, con unos rasgos célticos muy atractivos y una voz aguda, sibilante, con fuerte acento escocés.

Una vez hechas las presentaciones, Menzies se giró hacia McCorkle.

—¿Ha encontrado la tumba?

—Creo que sí. —McCorkle señaló el fajo con la cabeza—. En este edificio tan vetusto cuesta bastante encontrar las cosas.

—¿Por qué? —preguntó Wicherly.

McCorkle empezó a enrollar el primer plano.

—El museo está compuesto por treinta y cuatro edificios conectados entre sí. Cubre dos hectáreas y media, con unos doscientos mil metros cuadrados de superficie total y veintinueve kilómetros de pasillos, sin contar los túneles del subsótano, que nunca han sido inspeccionados por nadie y de los que no existen planos. La vez que quise averiguar cuántas salas había en este laberinto renuncié al llegar a mil. Son ciento cuarenta años de historia en los que no se ha dejado de construir o hacer reformas. Los museos son así. Se cambian de sitio las colecciones, se unen salas, se separan otras, se les cambia el nombre... Y muchos de estos cambios se hacen sobre la marcha, sin planos.

—Pero ¡seguro que no se puede perder toda una tumba egipcia! —dijo Wicherly.

McCorkle se rió.

—Sería difícil, hasta para este museo. Lo que quizá tenga su intrínquis es encontrar la entrada. La tapiaron en 1935, al construir el túnel de enlace desde la estación de metro de la calle Ochenta y uno. —Se puso los documentos debajo del brazo y cogió de la mesa un viejo maletín de piel—. ¿Vamos?

—Usted primero —dijo Menzies.

Un pasillo de un repelente color verde los llevó a una serie de salas de mantenimiento y de depósitos, a través de una parte muy concurrida del sótano. McCorkle dio explicaciones durante el trayecto.

—Esto es el taller de metalistería. Esto es la antigua zona de mantenimiento, donde estaban las calderas. Ahora se usa para guardar la colección de esqueletos de ballena. El almacén de dinosaurios del jurásico... Del cretácico... Mamíferos del oligoceno... Mamíferos del pleistoceno... Dugongos y manatíes...

De los depósitos pasaron a los laboratorios, cuyas puertas de brillante acero inoxidable contrastaban con los lúgubres pasillos, iluminados con bombillas en jaulas y recorridos por ruidosas tuberías de calefacción.

Nora vio tantas puertas cerradas que perdió la cuenta. Para algunas —las más viejas— hacían falta llaves, que McCorkle elegía de un manojito muy grande, mientras que otras, integradas en el nuevo sistema de seguridad del museo, se abrían deslizando una tarjeta magnética. Cuanto más se adentraban en el edificio, menos gente había y más silenciosos eran los pasillos.

—Esto, si se me permite el comentario, es tan grande como el Museo Británico —dijo Wicherly.

McCorkle resopló desdeñosamente.

—Más, mucho más.

Llegaron a una doble puerta antigua de metal con remaches, que McCorkle abrió con una gran llave de hierro. Al otro lado todo estaba negro. McCorkle accionó un interruptor que iluminó un pasillo largo y antaño elegante, con frescos negruzcos. Nora los observó atentamente. Eran pinturas de un paisaje de Nuevo México con sus montañas y desiertos, y una ruina india de varios pisos que identificó como Taos Pueblo.

—De Fremont Ellis —dijo Menzies—. Esto era la sala del sudoeste. Está cerrada desde los años cuarenta.

—Son increíbles —dijo Nora.

—En efecto, y muy valiosos.

—No les iría mal una restauración —dijo Wicherly—. Esa mancha de ahí es bastante fea.

—Cuestión de presupuesto —dijo Menzies—. Si no hubiera aparecido nuestro conde con el préstamo, lo más probable es que la tumba de Senef se hubiera quedado otros setenta años durmiendo el sueño de los justos.

Otra puerta abierta por McCorkle les franqueó el acceso al enésimo pasillo en penumbra reconvertido en almacén, con gran cantidad de estanterías llenas de vasijas que destacaban por la calidad de su pintura. En la oscuridad de los armarios, muebles vetustos de roble y puertas de cristal ondulado, se adivinaban abundantes piezas arqueológicas.

—Las colecciones del sudoeste —dijo McCorkle.

—No tenía ni idea —dijo Nora, estupefacta—. Deberían poder estudiarse.

—Como bien ha dicho Adrian, primero haría falta un trabajo de conservación —dijo Menzies—. Cuestión de dinero, una vez más.

—No solo de dinero —añadió McCorkle con una expresión extraña y tensa.

Nora y Wicherly se miraron.

—¿Cómo? —preguntó ella.

Menzies carraspeó.

—Creo que lo que quiere decir Seamus es que los... hum... los primeros

asesinatos de la Bestia del Museo se produjeron cerca de la sala del sudoeste.

Se hizo un silencio durante el que Nora tomó nota mentalmente de que tarde o temprano tendría que estudiar aquellas colecciones, preferiblemente en compañía de otras personas. Quizá pudiera presentar una propuesta por escrito para que fueran trasladados a un almacén en condiciones.

Cruzaron la puerta de una sala más pequeña, con tantos cajones negros de metal que no se veía la pared. Detrás de los cajones había carteles antiguos medio escondidos y publicidad de los años veinte y treinta con tipografía art déco, además de estampas de Charles Dana Gibson, con sus típicas jóvenes. En otros tiempos debía de haber sido una especie de antesala. Olía a paradichlorobenceno, pero también a algo peor. Como a cecina pasada, pensó Nora.

Al fondo había otra sala, grande y mal iluminada. Gracias a la luz refleja, Nora vio que las paredes estaban decoradas con frescos de las pirámides de Gizeh y de la Esfinge en su estado original, justo después de ser construidas.

—Nos estamos acercando a las antiguas galerías egipcias —dijo McCorkle.

Entraron en la sala grande. La habían convertido en almacén. En el plástico transparente que tapaba las estanterías había una capa de polvo.

McCorkle desenrolló los planos y los examinó a media luz.

—Si no fallan mis cálculos, la entrada de la tumba estaba al fondo, en lo que ahora es el anexo.

Wicherly se acercó a una estantería y levantó el plástico. Nora vio que al otro lado había estanterías de metal repletas de cerámica, sillas y mesas doradas, reposacabezas, canopes y figurillas de alabastro y cerámica, en algunos casos vidriada.

—¡Madre mía! Es una de las mejores colecciones de ushabtis que he visto nunca. —Wicherly se giró hacia Nora, entusiasmado—. Aquí hay bastante material para llenar dos veces la tumba. —Cogió un ushabti y lo giró con reverencia—. Imperio Antiguo, II dinastía, reinado del faraón Hotepsekhemui.

—Doctor Wicherly, las normas sobre manipulación de objetos... —dijo McCorkle en tono de advertencia.

—No pasa nada —dijo Menzies—. El doctor Wicherly es egiptólogo. Me responsabilizo.

—Ah, bien —dijo McCorkle, un poco molesto.

Nora tuvo la sensación de que McCorkle se sentía parcialmente dueño de aquellas viejas colecciones, y en cierto modo, puesto que era una de las pocas personas que las habían visto, lo entendía.

Wicherly, que casi babeaba, cambió de estantería.

—Pero ¡si tienen hasta una colección neolítica del Alto Nilo! ¡Madre mía! ¿Han visto este *thatof* ceremonial?

Levantó un cuchillo de más de un palmo, tallado en sílex gris.

McCorkle miró a Wicherly con el ceño fruncido. El arqueólogo dejó el cuchillo en su sitio con todas las precauciones y dejó caer el plástico.

Llegaron a otra puerta forrada de metal que presentó ciertas dificultades a McCorkle. Le costó varios intentos encontrar la llave correcta, pero al final la puerta rechinó y desprendió nubes de polvo por las bisagras.

Al otro lado había una salita llena de sarcófagos de madera y cartonaje pintados. Algunos no tenían tapa. Nora vio que contenían momias enteras. Algunas de ellas estaban envueltas; otras no.

—La sala de las momias —dijo McCorkle.

Wicherly se puso rápidamente en cabeza.

—¡Dios santo! ¡Hay casi cien! —Apartó un plástico, dejando a la vista un sarcófago de madera—. ¡Fíjense en esto!

Nora se acercó a mirar la momia. Le habían arrancado los vendajes de la cara y del pecho. Tenía la boca abierta, con los labios, negros y resecos, contraídos como si elevara una protesta por aquella violación. En el pecho había un agujero; el esternón y las costillas estaban rotos.

Wicherly se giró hacia Nora con los ojos brillantes.

—¿Lo ve? —dijo con un susurro casi de veneración—. Esta momia fue saqueada. Le arrancaron la tela para llevarse los valiosos amuletos que escondía el vendaje. Aquí, donde está el agujero, es donde le habían puesto un escarabajo de jade y oro, el símbolo del renacimiento. El oro se consideraba la carne de los dioses, por su carácter imperecedero. Abrieron la momia para quedárselo.

—Podría ser la momia expuesta en la tumba —dijo Menzies—. La intención de Nora es mostrar la tumba tal como estaba durante el saqueo.

—¡Qué gran idea! —dijo Wicherly, lanzando a Nora una sonrisa luminosa.

—Yo creo —los interrumpió McCorkle— que la entrada de la tumba estaba en aquella pared.

Dejó caer la bolsa al suelo para apartar el plástico de las estanterías de la pared del fondo; aparecieron vasijas, cuencos y cestas que en todos los casos contenían objetos negros y arrugados.

—¿Qué hay en el interior? —preguntó Nora.

Wicherly se acercó, y después de examinarlos en silencio se volvió a incorporar.

—Comida. Para la otra vida. Pan, carne de antílope, fruta y verdura, dátiles... Todo conservado para el viaje del faraón al otro mundo.

Un ruido sordo hizo vibrar las paredes. A continuación se oyó un chirrido amortiguado de metal, que dejó paso al silencio.

—El metro de Central Park West —explicó McCorkle—. La estación de la calle Ochenta y uno está muy cerca.

—Tendremos que encontrar alguna manera de atenuarlo —dijo Menzies—. Estropea el ambiente.

McCorkle gruñó. Después sacó un aparato electrónico de la bolsa y lo enfocó dos veces hacia la pared recién destapada, desde ángulos distintos. Acto seguido cogió un trozo de tiza para hacer una marca en la pared y sacó otro aparato del bolsillo de la camisa para aplicarlo a la pared y moverlo despacio; empezó a leer resultados.

Retrocedió.

—Bingo. Ayúdenme a mover estas estanterías.

Procedieron a trasladar los objetos a las estanterías de las otras paredes. Cuando la pared estuvo desnuda, McCorkle arrancó los soportes con unos alicates del yeso medio deshecho y los dejó al lado.

—¿Preparados para la hora de la verdad? —preguntó con los ojos brillantes, señal de que había recuperado el buen humor.

—Totalmente —dijo Wicherly.

McCorkle sacó una palanca y un martillo de la bolsa, apoyó la palanca en la pared y dio dos martillazos seguidos. Mientras reverberaban los golpes por toda la sala, empezaron a caer grandes láminas de yeso, dejando hileras de ladrillos al desnudo. McCorkle siguió hincando la palanca, que de repente entró hasta el mango. Entonces la giró y le dio unos cuantos martillazos laterales que soltaron los ladrillos. Unos pocos martillazos bien dados hicieron saltar un trozo de pared que dejó un rectángulo negro. McCorkle se apartó.

En el mismo momento se acercó corriendo Wicherly.

—Perdonen que haga uso de mis privilegios de explorador. —Se giró con su sonrisa más encantadora—. ¿Tienen algo en contra?

—Adelante —dijo Menzies.

McCorkle frunció el entrecejo, pero no dijo nada. Wicherly cogió la linterna y la enfocó por el boquete, asomando la cabeza. Solo el traqueteo de otro convoy del metro alteró el largo silencio.

—¿Qué se ve? —preguntó Menzies después de un rato.

—Animales raros, estatuas y oro. Hay oro por todas partes.

—Pero ¿qué dice? —dijo McCorkle.

Wicherly se giró para mirarlo.

—Era broma. He repetido las palabras de Howard Carter la primera vez que vió el interior de la tumba de Tutankamon.

Los labios de McCorkle se tensaron.

—Hágame el favor de apartarse; abriré esto en un momento.

Volvió a acercarse al agujero y desprendió varias hileras de ladrillo mediante algunos martillazos asestados con pericia. No tardó ni diez minutos en practicar un agujero bastante grande para que pudiera pasar una persona. Después de estar un momento al otro lado, donde no se lo veía, volvió a la sala.

—Lo que suponía. No funciona la instalación eléctrica. Habrá que usar linternas. Tengo que ir yo primero —dijo, mirando de reojo a Wicherly—.

Normas del museo. Podría haber algo peligroso.

—Sí, la momia de la Laguna Negra —dijo Wicherly riéndose y lanzando una mirada a Nora.

Entraron con cuidado e hicieron una pausa de reconocimiento. La luz de las linternas permitió ver una gran losa de piedra, el umbral de una escalera tallada en bloques de caliza sin pulir, que bajaba.

Al llegar al primer escalón, McCorkle vaciló y se rió con nerviosismo.

—¿Preparados, señores?

Laura Hayward, capitana de Homicidios, contemplaba en silencio el selvático desorden que parecía brotar de su escritorio y de todas las sillas del despacho, y que se derramaba por el suelo: caóticas montañas de papeles, fotos, cuerdas enredadas de distintos colores, cedés, télex amarillentos, etiquetas, sobres... Se dijo que aquel desbarajuste era un reflejo perfecto de su estado interior.

De todas sus pruebas contra el agente especial Pendergast, tan bien encajadas, de toda la parafernalia inculpatoria de hilos de colores y etiquetas, no quedaba nada. Y pensar que todo concordaba... Pruebas sutiles pero rotundas, convincentes, de una coherencia intachable: una mancha de sangre lejos de donde tenía que estar, algunas fibras microscópicas, algunos pelos, un nudo de determinadas características, los sucesivos propietarios del arma del crimen... Las pruebas de ADN no mentían; tampoco los forenses, ni las autopsias, y todos señalaban a Pendergast. Así de sólidas eran las pruebas contra él.

Tal vez demasiado. Ese, en pocas palabras, era el problema.

Llamaron suavemente a la puerta. Hayward se giró y vio a Glen Singleton, el capitán del distrito, en el umbral. Era un hombre de casi cincuenta años, alto, con movimientos elegantes y eficaces de nadador, una cara larga y un perfil aguileño. Llevaba un traje gris marengo demasiado caro y bien cortado para un capitán de la policía de Nueva York, y se gastaba ciento veinte dólares cada dos semanas en la barbería del vestíbulo del Carlyle para que le hicieran un corte perfecto en su pelo salpicado de canas, pero lo único que delataba todo ello era su obsesión por el aseo, no que fuera un policía corrupto. Por otro lado, a pesar de su purrito indumentario era un policía buenísimo, uno de los más condecorados entre los que seguían en activo.

—¿Puedo pasar, Laura?

Sonrió, dejando a la vista la cara perfección de su dentadura.

—Sí, claro, ¿por qué no?

—Ayer no te vimos en la cena del departamento. ¿Tenías algún conflicto?

—¿Un conflicto? No, qué va, en absoluto.

—Ah, ¿no? Entonces no entiendo que te perdieras la oportunidad de comer, beber y divertirme.

—No sé. Supongo que no estaba para muchas diversiones.

Se hizo un silencio incómodo, en el que Singleton miró a su alrededor en busca de una silla vacía.

—Perdona que esté todo tan desordenado. Es que estaba...

Hayward dejó la frase a medias.

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—Lo que me temía.

Después de un breve titubeo, Singleton pareció decidirse; cerró la puerta y se quedó en el despacho.

—Esto no es propio de ti, Laura —dijo en voz baja.

« Ah, lo va a enfocar así », pensó Hayward.

—Soy tu amigo y no pienso andarme con rodeos —continuó él—. Puedo imaginar qué estabas haciendo. Vas a meterte en un buen lío.

Hayward se quedó a la expectativa.

—Ha sido una investigación perfecta, de manual. ¿Por qué te flagelas?

Se quedó mirando a Singleton, haciendo un esfuerzo por controlar una erupción de rabia cuyo blanco —de sobra lo sabía— era más contra ella que hacia él.

—¿Por qué? Pues porque hay un inocente en la cárcel. El agente Pendergast no asesinó a Torrance Hamilton, como no mató a Charles Duchamp ni a Michael Decker. El auténtico asesino es su hermano Diógenes.

Singleton suspiró.

—Está claro que Diógenes robó los diamantes del museo y secuestró a Viola Maskelene. Lo confirman las declaraciones del teniente D'Agosta, de Kaplan, el gemólogo, y de la propia Maskelene, pero eso no lo convierte en un asesino. No tienes ni una prueba en ese sentido, mientras que sí demostraste brillantemente que los asesinatos fueron cometidos por el agente Pendergast.

—Hice lo que tenía que hacer. Ahí está el problema. Fue una emboscada. Pendergast cayó en una trampa.

Singleton frunció el entrecejo.

—En mi carrera he visto endosar muchos crímenes, pero esto sería de un refinamiento inverosímil.

—D'Agosta siempre me dijo que Diógenes Pendergast quería tender una trampa a su hermano. Diógenes acumuló todas las pruebas físicas que necesitaba durante la estancia de su hermano en Italia. Sangre, pelos, fibras... Todo. D'Agosta siempre insistió en que Diógenes estaba vivo y era el secuestrador de Viola Maskelene, y la persona que estaba detrás del robo de los diamantes. Puesto que tenía razón en todo, me parece muy posible que también la tenga en lo demás.

—¡Lo de D'Agosta fue un desastre! —replicó Singleton—. Traicionó mi confianza y la tuya. Por mi parte, no tengo ni la menor duda de que el tribunal disciplinario confirmará su expulsión del cuerpo. ¿De verdad quieres ligar tu suerte a la suya?

—La quiero ligar a la verdad. Soy la responsable de que esté en juego la vida de Pendergast, y la única que puede remediarlo.

—Pues solo habría una forma: demostrar que el asesino es otra persona. ¿Tienes alguna prueba contra Diógenes, aunque sea insignificante?

Hayward frunció el entrecejo.

—Margo Green describió a su agresor como...

—A Margo Green la atacaron en una sala oscura. Su testimonio no tendría fuerza. —Singleton titubeó—. Mira, Laura —dijo, suavizando el tono—, dejemos las cosas claras. Sé lo mal que lo estás pasando. Nunca es fácil liarse con alguien del cuerpo, pero aún es más difícil romper, y con Vincent D'Agosta tan metido en el caso no me extraña que tengas cierto sentimiento de...

—Lo de D'Agosta y yo es agua pasada —lo interrumpió Laura—. No me ha gustado tu insinuación. Ni tu visita, por cierto.

Singleton cogió un fajo de papeles de la silla para las visitas, lo dejó en el suelo y se sentó. Después inclinó la cabeza, apoyó los codos en las rodillas, suspiró y miró hacia arriba.

—Laura —dijo—, eres la capitana de Homicidios más joven de la historia de la policía de Nueva York. Vales el doble que cualquier hombre de los de tu nivel. Rocker, el jefe de policía, te tiene en un altar. El alcalde también; al igual que todos tus hombres. Tarde o temprano llegarás a la jefatura. Porque lo mereces. No he venido a petición de nadie. He venido por mi propio pie para avisarte de que se te ha acabado el tiempo. El FBI va a por todas. Están convencidos de que Pendergast mató a Decker, y no les interesan los cabos sueltos. Lo tuyo no pasa de ser una corazonada. No vale la pena poner en juego tu carrera por una corazonada, que es lo que pasará si te enfrentas con el FBI... y pierdes.

La capitana lo miró fijamente y respiró hondo.

—Pues que ocurra.

Bajaron por la escalera de la tumba de Senef dejando huellas en la capa de polvo, como si fuera nieve recién caída.

Wicherly se paró y movió la linterna.

—Ah. Esto es lo que llamaban los egipcios « el primer tránsito del dios por el camino del Sol ». —Se giró hacia Nora y Menzies—. ¿Los aburro?

—¡No, por favor —dijo Menzies—, siga con la visita guiada!

La dentadura de Wicherly brilló en la penumbra.

—El problema es que gran parte del significado de estas tumbas antiguas todavía se nos escapa, aunque son de fácil datación. Esta parece una tumba bastante típica del Imperio Nuevo, yo diría que de finales de la XVIII dinastía.

—Justo en el blanco —dijo Menzies—. Senef fue visir y regente de Tutmosis IV.

—Gracias. —Wicherly no disimuló su satisfacción por el elogio—. La mayoría de estas tumbas del Imperio Nuevo tenían tres partes: una tumba exterior, otra media y otra interior, divididas en un total de doce salas cuyo conjunto representa el paso del dios Sol por el mundo subterráneo durante las doce horas de la noche. Al faraón lo enterraban al ponerse el sol, y su alma acompañaba al dios Sol en su barca solar a lo largo del peligroso viaje por el mundo subterráneo, viaje que culminaba gloriosamente al amanecer con su renacimiento.

Enfocó la linterna hacia delante. Al fondo se dibujaba vagamente una puerta.

—Debieron de tapar esta escalera con escombros y sellar la puerta del final.

Siguieron bajando hasta una puerta de grandes dimensiones, con un enorme Ojo de Horus en el dintel. Wicherly se detuvo para enfocar el Ojo y los jeroglíficos de alrededor.

—¿Sabe leer estos jeroglíficos? —preguntó Menzies.

Wicherly sonrió.

—No lo hago demasiado mal. Es una maldición. —Guiñó el ojo a Nora—. « Que Ammut se trague el corazón de quien cruce este umbral ».

Se hizo un breve silencio. McCorkle emitió una risa aguda.

—¿Ya está?

—Al saqueador de tumbas de la Antigüedad no debía de parecerle poco. Es una maldición muy fuerte para un antiguo egipcio.

—¿Quién es Ammut? —preguntó Nora.

—El Devorador de los Condenados. —Wicherly enfocó una pintura de la pared del fondo, una imagen borrosa de un monstruo con cabeza de cocodrilo, cuerpo de leopardo y un culo grotesco de hipopótamo que estaba sentado en la arena con la boca abierta, a punto de tragarse una hilera de corazones humanos—. Decir y hacer el mal añade peso al corazón. Después de la muerte, Anubis

pesaba los corazones en una balanza en cuyo otro platillo estaba la pluma de Maat. Si el corazón pesaba más que la pluma, Tot, el dios con cabeza de babuino, se lo arrojaba al monstruo Ammut para que se lo comiese. Luego Ammut se iba a defecar a los arenales del oeste, que era donde acababas si no habías vivido virtuosamente, como una caca recocida por el calor del desierto occidental.

—Gracias, doctor. Me basta y sobra —dijo McCorkle.

—Para un antiguo egipcio, saquear la tumba de un faraón debía de ser una experiencia terrorífica. Veían las maldiciones contra los intrusos como algo muy real, y por eso no se limitaban a saquear la tumba, sino que la destrozaban, con todo su contenido, para neutralizar el poder del faraón difunto. Destruir los objetos era la única forma de dispersar su poder maléfico.

—Pasto para la exposición, Nora —murmuró Menzies.

McCorkle vaciló un poco antes de cruzar el umbral, seguido por el resto.

—El segundo tránsito del dios —dijo Wicherly, paseando la luz de la linterna por las inscripciones—. Las paredes están cubiertas de inscripciones del *Reunupertemhru*, el Libro de los muertos egipcio.

—¡Ah! ¡Qué interesante! —dijo Menzies—. Léanos un fragmento, Adrian.

Wicherly empezó a recitar en voz baja:

El regente Senef, cuya palabra es cierta, ha dicho: «Todos te alaben y den gracias, Ra, oh tú que vas rodando como sobre oro, tú, Iluminador de las Dos Tierras el día de tu nacimiento. Sobre la mano de tu madre apareciste, e iluminaste esplendorosamente el círculo por donde viaja eternamente el Disco. Oh Gran Luz que ruedas por Nu, tú levantaste a las generaciones de los hombres de la fuente profunda de tus aguas...».

—Es una invocación a Ra, el dios Sol, por parte del difunto, Senef. Es bastante representativo del Libro de los muertos.

—Yo el Libro de los muertos solo lo conozco de oídas —dijo Nora.

—Era una recopilación de invocaciones mágicas, conjuros y encantamientos que ayudaba a los muertos a realizar el peligroso viaje por el mundo subterráneo hasta el Campo de los Tuncos, la idea de paraíso de los antiguos egipcios. Durante la larga noche que seguía al entierro del faraón la gente esperaba con miedo, porque si el faraón, por la razón que fuese, molestaba a alguien en el mundo subterráneo y no renacía, nunca volvería a salir el sol. Para llegar al final de su viaje, el rey muerto tenía que saber los conjuros, los nombres secretos de las serpientes y todo tipo de conocimientos arcanos. Por eso está escrito en las paredes de la tumba. El Libro de los muertos era una especie de chuleta para la vida eterna.

Wicherly se rió, a la vez que iluminaba cuatro hileras de jeroglíficos pintados en rojo y azul. Al acercarse a ellos, el grupo levantó nubes de un polvo gris cada vez más denso.

—Aquí tenemos la Primera Puerta de los Muertos —siguió explicando el

egiptólogo—. Representa al faraón subiendo a la barca solar y viajando por el mundo subterráneo, donde es recibido por los muertos. Aquí, en la Cuarta Puerta, ya han llegado al temido desierto de Sokor y la barca se convierte por arte de magia en una serpiente que los lleva por encima de la arena ardiente. ¡Ah, sí! Esto es muy espectacular: a medianoche el alma de Ra, el dios Sol, se une con su cadáver, representado por la figura momificada de...

—Perdone, doctor —lo interrumpió McCorkle—, pero aún nos faltan ocho salas.

—Claro, claro. Disculpen.

Fueron al fondo de la sala, donde había un agujero oscuro con una escalera muy empinada que desaparecía en las tinieblas.

—Este pasadizo también debieron de rellenarlo de escombros —dijo Wicherly—. Como medida contra los ladrones.

—Atención —murmuró McCorkle, que iba en cabeza.

Wicherly se giró hacia Nora y le ofreció una mano, muy cuidada.

—¿Me permite?

—Creo que ya puedo —dijo ella, divertida por su caballerosidad europea.

Al ver que Wicherly extremaba innecesariamente las precauciones, y tras fijarse en el polvo acumulado en sus zapatos pulidos como espejos, llegó a la conclusión de que corría un riesgo mucho mayor que ella de resbalar y romperse la crisma.

—¡Tenga cuidado! —dijo Wicherly a McCorkle—. Si esta tumba sigue la disposición habitual falta poco para el pozo.

—¿El pozo? —llegó de delante la voz de McCorkle.

—Un pozo muy profundo destinado a matar a los ladrones de tumbas poco precavidos, aunque también era una forma de evitar que la tumba se llenase de agua durante los pocos períodos en los que se inundaba el Valle de los Reyes.

—Aunque siguiera intacto, seguro que hay un puente —dijo Menzies—. Acuérdense de que esto estaba abierto al público.

Avanzaron con cuidado hasta que sus linternas revelaron la presencia de un precario puente de madera sobre un pozo cuya profundidad no podía ser menor de cinco metros. McCorkle les hizo señas de que no se acercaran. Después examinó atentamente el puente con la linterna y empezó a cruzarlo. Nora se sobresaltó al oír un «¡crac!».

McCorkle se aferró desesperadamente a la baranda, pero solo era el ruido de la madera al asentarse. El puente resistió.

—Todavía es seguro —dijo McCorkle—. Crúcenlo de uno en uno.

Nora pisó con precaución el estrecho puente.

—Parece mentira que esto se pudiera visitar. ¿Cómo montaron un pozo así en el subsótano del museo?

—Debieron de excavar el lecho de roca de Manhattan —dijo Menzies desde atrás—. Tendremos que ponerlo todo en condiciones.

Después del puente cruzaron otro umbral.

—Ahora estamos en la tumba media —dijo Wicherly—. Aquí debía de haber otra puerta sellada. ¡Qué maravilla de frescos! Esto es una imagen de Senef con los dioses, y esto son más versículos del Libro de los muertos.

—¿Hay alguna otra maldición? —preguntó Nora al ver otro Ojo de Horus que destacaba entre las pinturas de encima de la puerta, antiguamente sellada.

Wicherly lo enfocó con la linterna.

—Hum... Es la primera vez que veo una inscripción como esta. «*El lugar que está sellado. Aquel que yació en el espacio cerrado ha renacido por virtud del alma-Ba que en él está; aquel que caminó en el espacio cerrado ha sido desposeído por el alma-Ba. Por el Ojo de Horus se me libera o condena, oh gran dios Osiris.*»

—Parece otra maldición —dijo McCorkle.

—Yo diría que solo es otra cita oscura de Libro de los muertos. Tiene doscientos capítulos, y aún no lo ha interpretado nadie en toda su extensión.

En aquel punto la tumba se abría a una sala impresionante cubierta por una bóveda y sustentada en seis grandes pilares de piedra, todos densamente cubiertos de jeroglíficos y frescos. A Nora le pareció increíble que aquel espacio inmenso y tan decorado llevara más de medio siglo en lo más profundo del museo, borrado de casi todas las memorias.

Wicherly se giró para iluminar con su linterna el gran conjunto de pinturas.

—Esto es bastante excepcional. La Sala de los Carros, llamada por los antiguos Sala del Rechazo de los Enemigos. Es donde solía almacenarse toda la parafernalia bélica que necesitaba el faraón en la otra vida: su carro, sus arcos y flechas, sus caballos, sus espadas, sus cuchillos, su maza de guerra, sus bastones, su casco y su armadura de cuero.

La luz se detuvo en un fresco que representaba centenares de cuerpos decapitados en el suelo, cerca de sus cabezas alineadas. El suelo estaba salpicado de sangre. El antiguo artista había incorporado detalles tan realistas como las lenguas saliendo de las bocas.

Otra serie de pasillos los llevó a una sala menor que las demás. En un lado había un gran fresco que recogía la misma escena del peso de los corazones pero a escala mucho mayor. La imagen de Ammut, horrenda, babeante, no quedaba lejos.

—La Sala de la Verdad —dijo Wicherly—. Todos eran juzgados, incluso el faraón, o en este caso Senef, que era casi tan poderoso como un faraón.

McCorkle desapareció con un gruñido en la siguiente estancia, seguido por el resto de la comitiva. Era otra sala grande, con estrellas pintadas en la bóveda y abundantes jeroglíficos en las paredes. En el centro había un sarcófago vacío, un sarcófago enorme de granito. Las dos paredes laterales albergaban cuatro puertas negras.

—Esta tumba es algo fuera de serie —dijo Wicherly, moviendo la linterna—. Jamás lo habría imaginado. Cuando hablamos por teléfono, doctor Menzies, pensé que sería algo pequeño pero con encanto. Esto es increíble. ¿De dónde lo sacó el museo?

—Es una historia interesante —respondió Menzies—. En 1798, al conquistar Egipto, Napoleón incorporó esta tumba a su botín. Mandó desmontarla piedra a piedra y transportarla a Francia, pero cuando Nelson derrotó a los franceses en la batalla del Nilo un capitán de barco escocés escamoteó la tumba y la volvió a montar en su castillo de las Highlands. En el siglo XIX, su último descendiente, el séptimo barón de Rattray, se vio en apuros económicos y la vendió a uno de los primeros benefactores del museo, que la hizo transportar al otro lado del Atlántico e instalarla mientras se construía el museo.

—Hay que decir que el barón se desprendió de uno de los tesoros nacionales británicos.

Menzies sonrió.

—A cambio de mil libras.

—¡Esto ya pasa de castaño a oscuro! ¡Espero que Ammut castigue la venta comiéndosele el corazón, al muy avaricioso!

Entre risas, Wicherly enfocó sus ojos intensamente azules en Nora, que sonrió por educación. Cada vez era más evidente el interés del joven, a quien no parecía disuadir la alianza del dedo de Nora.

McCorkle, impaciente, empezó a dar golpes en el suelo con el pie.

—Esto es la cámara sepulcral —explicó Wicherly—, antiguamente llamada Sala del Oro. Estas antecámaras debían de ser la Sala de Ushabti, la Sala de Canopes, donde se guardaban en vasijas todos los órganos conservados del faraón, el Tesoro del Fin y el Lugar de Descanso de los Dioses. ¿A que es maravilloso, Nora? ¡Cómo nos divertiremos!

Nora no contestó enseguida. Estaba pensando en las enormes dimensiones de la tumba, en la cantidad de polvo que había y en todo el trabajo que tenían por delante.

Menzies debió de pensar lo mismo, porque se giró hacia ella con una sonrisa medio de entusiasmo medio de contricción.

—En fin, Nora —dijo—, parece que se nos presentan seis semanas interesantes.

Gerry Fecteau cerró la celda de aislamiento 44 con un portazo que hizo temblar todo el segundo piso de la penitenciaría Harkmoor 3. Después él y su compañero se quedaron al lado de la puerta intercambiando guiños y sonrisas de satisfacción, mientras oían cómo se apagaban lentamente los ecos del impacto por los amplios espacios de cemento.

El preso de la 44 era un gran misterio, la comidilla de todos los guardianes. Estaba claro que era un preso importante, porque había recibido varias visitas de agentes del FBI y el director se había interesado personalmente por él, pero lo que más impresionaba a Fecteau era la poca información que se filtraba. Casi siempre que había un preso nuevo, la fábrica de rumores tardaba poco en develar el crimen del que se le acusaba, en sus detalles más truculentos. En cambio en ese caso nadie sabía nada, no ya el delito del preso, sino ni siquiera su nombre. Se limitaban a llamarlo con una letra: «A».

Además, daba miedo. No exactamente por su empaque físico, ya que era un hombre alto y delgado, tan blanco de piel que parecía nacido en una celda de aislamiento. Hablaba poquísimo, y para oír lo poco que decía había que inclinarse. No, no era por eso. Era por los ojos. En sus veinticinco años de experiencia carcelaria, Fecteau nunca había visto unos ojos de una frialdad tan absoluta, como dos trozos de hielo brillantes y plateados, gélidos hasta el extremo de que casi desprendían vaho.

¡Caray! ¡Sentía escalofríos solo de pensarlo!

No le cabía duda alguna de que el preso había cometido un crimen espantoso, o toda una serie, a lo Jeffrey Dahmer. Un asesino en serie que mataba a sangre fría. Quizá por eso daba tanto miedo, y por eso había sido una gran satisfacción recibir la orden de trasladarlo a la celda de aislamiento 44. No había nada más que decir. Era adonde enviaban a los hombres duros, los que había que ablandar. En realidad la 44 no era peor que el resto de las celdas del bloque de aislamiento de Harkmoor 3, todas idénticas —catre de metal, váter sin asiento y agua exclusivamente fría—, pero tenía una particularidad especialmente útil para dobligar a un preso: la presencia del recluso de la 45. El percusionista.

Fecteau y su compañero, Benjy Doyle, se quedaron en silencio a ambos lados de la puerta, esperando que volviera a empezar. El percusionista había hecho una pausa de unos minutos, como cada vez que llegaba un preso nuevo, pero nunca duraban mucho.

Dicho y hecho. De pronto Fecteau oyó el rítmico roce de un zapato en el suelo de la celda 45. Siguieron varios «pop» con los labios, y el suave tamborileo de unos dedos golpeando la baranda metálica del catre. Un poco más de claqué, algunas notas tarareadas... y la batería. Empezaba despacio, pero rápidamente adquiría velocidad, un redoble veloz que se quebraba en *riffs* sincopados con

algún que otro « pop » o roce de la suela, formando una corriente sonora infinita, de una hiperactividad inagotable.

Una sonrisa apareció en la cara de Fecteau, que intercambió una mirada con Doyle.

El percusionista era el preso perfecto. Nunca gritaba, chillaba o tiraba la comida. Nunca decía palabrotas. Tampoco amenazaba a los guardias ni daba patadas por la celda. Era un dechado de pulcritud y orden. Se cuidaba el pelo y se lavaba, pero tenía dos características particulares que explicaban su permanencia en el bloque de aislamiento: que casi nunca dormía, y que todas las horas que pasaba despierto, literalmente todas, las dedicaba a tocar la batería. Nunca lo hacía muy fuerte ni era para provocar. Despreciaba totalmente el mundo exterior, incluidos los insultos y amenazas que se le dirigían, y que no eran pocos. Ni siquiera parecía consciente de que hubiera algo fuera de la celda. Él seguía con lo suyo, sin variaciones, sin alterarse, totalmente concentrado. Curiosamente, lo más insoportable de los sonidos del percusionista era su suavidad, como en la tortura china de la gota de agua.

Además de la orden de trasladar al preso llamado A al bloque de aislamiento, Fecteau y Doyle habían recibido la de quitarle todas sus pertenencias, incluidos —sobre todo, y por expresa indicación del director— los utensilios de escritura. Se lo habían quedado todo: libros, dibujos, fotos, periódicos, cuadernos de notas, plumas, tinta... Ahora el preso no tenía nada, ni más remedio que escuchar.

Taca taca chiqui chiqui pum bop biribop teque teque pim pom pim pom chiqui chiqui ¡pum! Chiqui ¡PUM! Chiquitiqui pam pum pam pum ta ta ta ta ¡PUM! ¡Tacatata pom! ¡Taca pom! Chiqui chiqui teque shhh... shhh... chiqui ta ta ¡pim! Chiqui shhh... tac shhh... tac tacatac ta ta ta ta ¡pom! ¡Chic chiqui chic chiqui tac! Chic chiqui...

Fecteau no quiso seguir escuchando. Empezaba a estar hasta las narices. Indicó la salida con un gesto del mentón y se fueron rápidamente por el pasillo, alejándose del ruido del percusionista.

—Le doy una semana —dijo.

—¿Una semana? —contestó Doyle con un bufido—. ¡Pobre, si no durará ni veinticuatro horas, el muy desgraciado!

De bruces en el suelo, el teniente Vincent D'Agosta soportaba una gélida llovizna en una colina pelada desde donde se dominaba la penitenciaría federal de Herkmoor, Nueva York. El hombre que estaba a su lado, vestido de oscuro y en cucullas, se llamaba Proctor. Era medianoche. La cárcel se les ofrecía en toda su extensión, ocupando el fondo llano del valle, con la intensa luz amarilla de sus focos y un surrealismo industrial propio de una refinería gigante.

D'Agosta volvió a examinar la disposición general del recinto con sus prismáticos digitales de alta potencia. De nueve o diez hectáreas de extensión — haciendo un cálculo a simple vista—, estaba compuesto de tres enormes bloques de cemento no muy altos que formaban una U rodeada de patios asfaltados, torres de vigilancia, áreas de servicio valladas y casetas para los guardias. D'Agosta sabía que el primer edificio era la Unidad Federal de Máxima Seguridad, donde estaban los peores delincuentes violentos que era capaz de engendrar Estados Unidos en aquella época, lo cual, pensó sombríamente, no era poco decir. La segunda zona, mucho menor, llevaba el nombre oficial de Centro Federal de Retención y Traslado de Condenados a Muerte. En el estado de Nueva York no existía la pena de muerte, pero sí a nivel federal, y era ahí donde se recluía a los pocos presos condenados a muerte por los tribunales federales.

La tercera unidad también tenía un nombre que solo se le podía ocurrir a un funcionario de los servicios penitenciarios: Centro de Detención Preventiva de Delincuentes Violentos de Alto Riesgo. Sus inquilinos estaban en espera de juicio por una breve lista de delitos federales, a cuál más odioso. Eran hombres que no habían obtenido la libertad bajo fianza y a quienes se atribuía un riesgo particularmente alto de evasión. Los reclusos del centro eran peces gordos del narcotráfico, terroristas nacionales, asesinos en serie que habían ejercido su profesión en más de un estado y presos acusados de haber matado a agentes federales. En la jerga de Herkmoor era « el agujero negro » .

Y era donde en ese momento estaba el agente especial A. X. L. Pendergast.

Entre todos los centros federales, solo Herkmoor podía presumir de un historial como el de las cárceles de estado más famosas, como Sing Sing y Alcatraz: no haber sufrido jamás una fuga.

Los prismáticos de D'Agosta siguieron recorriendo el recinto prestando atención a todos los detalles, hasta los más pequeños, que ya había estudiado durante tres horas sobre el papel. Desplazó lentamente su mirada desde los edificios centrales hasta los exteriores, y desde estos hasta la cerca.

A primera vista la cerca de Herkmoor no tenía nada especial. Las medidas de seguridad seguían el estándar de la triple barrera. La primera de ellas, una tela metálica de ocho metros con una alambrada en la parte superior, estaba iluminada por los millones de candelas de potencia de unos focos de xenón dignos

de un gran estadio. Tras diversos espacios de veinte metros con suelo de grava se llegaba a la segunda barrera, un muro de casi quince metros construido con bloques de hormigón y coronado por púas y alambres. Cada cien metros de muro había una torre con un vigilante armado. D'Agosta los veía circular, muy atentos. Después de una separación de treinta metros recorrida por dóbermans se llegaba a la última barrera, una tela metálica idéntica a la primera de donde arrancaban trescientos metros de césped que llegaban hasta el principio del bosque.

Lo excepcional de Herkmoor era lo que no se veía: un sistema de seguridad electrónico de última generación que tenía la fama de ser el mejor del país. D'Agosta había visto sus especificaciones —de hecho llevaba varios días repasándolas—, pero seguía sin entender prácticamente nada. Tampoco lo consideraba un problema. Lo importante era que Eli Glinn, su extraño y silencioso socio, que esperaba en la carretera, a un kilómetro y medio, a bordo de una camioneta de vigilancia de alta tecnología, sí que lo entendía.

Se trataba de algo más que de un sistema de seguridad. Era un estado mental. En Herkmoor había habido varias tentativas de fuga, algunas de ellas de una inteligencia extraordinaria, pero ninguna se había saldado con el éxito, algo sabido —y ensalzado— por todos sus vigilantes y trabajadores. En un lugar así no se podían esperar torpezas burocráticas ni excesos de confianza. Tampoco vigilantes que se quedaran dormidos, ni fallos en las cámaras de seguridad.

Esa era la gran preocupación de D'Agosta.

Acabó la inspección y miró a Proctor. El chófer estaba justo al lado, boca abajo, haciendo fotos con una Nikon digital dotada de un trípode en miniatura, un objetivo de 260 milímetros y chips CCD exclusivos tan sensibles a la luz que podían captar la aparición de fotones sueltos.

D'Agosta repasó la lista de preguntas cuya respuesta quería saber Glinn. La importancia de algunas era evidente: cuántos perros había, cuántos vigilantes en cada torre y cuántos guardias a cargo de las puertas. Glinn también había pedido una descripción de las entradas y salidas de todos los vehículos, con el máximo de información sobre cada uno de ellos. Quería fotos detalladas de las antenas, parabólicas y transmisores de microondas de los tejados del edificio. Otras peticiones eran más discutibles, como saber si la zona entre el muro y la valla exterior era de tierra, de hierba o de gravilla. Glinn, por otro lado, había pedido una muestra de agua del arroyo que pasaba al lado del recinto, una muestra tomada más abajo en el sentido de la corriente. Pero lo más raro que había encargado a D'Agosta era recoger toda la basura que pudiera encontrar en determinado tramo del arroyo. Además de todo ello les había pedido que vigilaran la cárcel durante veinticuatro horas completas y anotaran todas las actividades que pudieran: horario de los ejercicios de los presos, movimiento de los guardias y entradas y salidas de proveedores, contratistas y transportistas.

Glinn quería saber a qué horas se encendían y se apagaban las luces. Y lo quería todo registrado al segundo.

D'Agosta murmuró unas observaciones en la grabadora digital que le había dado Glinn, mientras oía el zumbido casi imperceptible de la cámara de Proctor y los golpecitos de la lluvia en las hojas. Se desentumeció.

—Solo de imaginarme a Pendergast ahí dentro me mata.

—Debe de ser muy duro, señor —dijo Proctor, tan impenetrable como siempre.

No era un simple chófer. D'Agosta se había dado cuenta al ver cómo desmontaba y guardaba un CAR-15/XM-177 Commando en menos de sesenta segundos, pero nunca lograba traspasar su opacidad a lo Jeeves.^[4] La cámara siguió emitiendo suaves clics y zumbidos.

La radio del cinturón de D'Agosta lanzó un chisporroteo.

—Un vehículo —dijo la voz de Glinn.

Poco más tarde brillaron dos faros entre las ramas desnudas de los árboles; se aproximaban por la única carretera que llevaba a Herkmoor desde el pueblo, situado a dos kilómetros. Proctor giró rápidamente el objetivo de su cámara. D'Agosta miró por los prismáticos, que se ajustaron automáticamente para compensar el cambio de contraste entre la oscuridad y la luz.

El camión salió del bosque, exponiéndose a la luz de los focos que rodeaban la cárcel. Parecía un servicio de entrega de comida. Cuando giró, D'Agosta pudo leer el logotipo en uno de sus laterales: Helmer. Productos y derivados de la carne. El camión paró en la garita para enseñar unos documentos. Le indicaron que pasara. Las tres puertas se abrieron de modo sucesivo y automático, nunca antes de que se hubiera cerrado la anterior. Seguía oyéndose el suave clic del obturador de la cámara. D'Agosta miró su cronómetro, murmuró algo en la grabadora y se giró hacia Proctor.

—Ya han llegado las hamburguesas de mañana —dijo, haciendo un chiste malo.

—Sí, señor.

Se imaginó a Pendergast, un exquisito gourmet, comiendo lo que hubiera dentro del camión, y se preguntó cómo lo llevaría.

El camión accedió a la vía interior de servicio, y tras una maniobra de cambio de sentido se metió en marcha atrás por una zona de descarga; luego desapareció. D'Agosta hizo otro comentario para la grabadora y se dispuso a esperar. A los dieciséis minutos volvió a salir el vehículo.

Miró su reloj. Casi la una.

—Voy a buscar las muestras de agua y aire y a hacer el reconocimiento magnético.

—Tenga cuidado.

Se colgó la pequeña mochila en el hombro y se retiró a la parte posterior de

la colina, caminando entre árboles desnudos, matorrales y laurel de montaña. Todo estaba empapado. Caían gotas de agua de los árboles. Bajo las ramas lucían manchas dispersas de nieve medio derretida. Después de rodear la colina ya no necesitó linterna, porque el resplandor de Herkmoor iluminaba prácticamente todo el paraje.

Se alegró de tener alguna ocupación. La espera en la cima le había dado demasiado tiempo para pensar, que era lo último que quería. Pensar en lo poco que faltaba para el consejo de disciplina, que amenazaba con desembocar en su expulsión de la policía de Nueva York. Los acontecimientos de los últimos meses desafiaban toda lógica: el repentino ascenso en la policía de Nueva York, la relación con Laura Hayward, el reencuentro con el agente Pendergast... Pero de repente todo se había venido abajo. Su carrera de policía estaba en la picota, él y Hayward se habían separado, y su amigo Pendergast languidecía en el húmedo infierno de aquel valle, a punto de que un juez decidiera sobre su vida o muerte.

Tropezó. Al recuperarse levantó su cara fatigada al cielo, para despertarse un poco con las gotas heladas de la lluvia.

Se secó la cara y siguió caminando. Teniendo en cuenta que el arroyo pasaba al borde de un descampado, y que al otro lado estaba el muro de la cárcel, no sería nada fácil tomar la muestra de agua expuesto a la mirada de los vigilantes de las torres. Claro que comparado con el reconocimiento magnético era coser y cantar. Glinn pretendía que se arrastrase casi hasta la barrera exterior con un minimagnetómetro en el bolsillo, con la finalidad de ver si había algún sensor enterrado o algún campo electromagnético escondido... y dejar el aparato clavado en el suelo. Lógicamente, si había sensores se arriesgaba a dispararlos. Entonces sí que se pondría emocionante.

Bajó despacio por la cuesta, que se iba suavizando. El impermeable y los guantes no le impedían sentir el agua helada que corría por sus piernas y se metía por sus botas mal aisladas.

Después de cien metros vio el final del bosque y oyó el murmullo del arroyo. Siguió avanzando, protegido por los arbustos de laurel. Los últimos metros los recorrió a gatas.

No tardó mucho en llegar al riachuelo. Estaba oscuro y olía a hojas mojadas. En la orilla había un resto alargado de hielo sucio que no se resignaba a derretirse del todo.

Se paró a mirar la cárcel. Las torres de vigilancia estaban a menos de doscientos metros, y los focos parecían soles. Metió una mano en el bolsillo, pero justo cuando estaba a punto de sacar el frasco que le había dado Glinn se quedó quieto. Se había equivocado al suponer que los vigilantes mirarían hacia dentro, hacia la cárcel. Vio claramente que uno de ellos barría el linde del bosque con unos prismáticos de alta potencia.

Un detalle importante.

Se arrimó al laurel sin mover ni un músculo. Ahora que estaba en plena zona prohibida, sentía una horrible vulnerabilidad.

Parecía que el vigilante había pasado de largo. Con exagerada prudencia, D'Agosta avanzó para meter el frasco en el agua helada. Luego enroscó la tapa y siguió en el sentido de la corriente para recoger basura —vasitos de poliestireno usados, algunas latas de cerveza, envoltorios de chicle— y meterla en la mochila. Glinn había insistido mucho en que cogiera todo tipo de residuos. Meterse en un agua tan fría, a veces hasta los hombros, cuando tenía que hurgar entre las piedras del lecho del arroyo, era un trabajo muy desagradable. Por suerte encontró unas ramas atascadas en la corriente, y como hacían de tamiz acumuló de golpe casi cinco kilos de basura mojada.

Al acabar vio que estaba a la altura donde Glinn quería colocar el magnetómetro. Esperó, y cuando estuvo seguro de que el vigilante inspeccionaba el punto más alejado cruzó el arroyo medio a rastras. El prado que rodeaba la cárcel estaba descuidado, con la hierba muerta y aplastada por las nevadas del invierno, pero aún quedaban bastantes hierbajos esmirriados para protegerlo un poco de las miradas. D'Agosta se puso en camino, pero paraba cada vez que el guardia enfocaba sus prismáticos hacia esa zona.

Pasaron diez minutos agónicos. Sentía correr las frías gotas de la lluvia por el cuello y la espalda. La valla se acercaba con una lentitud exasperante, pero no podía pararse. Tenía que ir lo más deprisa que se atreviera. Si remoloneaba, el riesgo de ser visto por alguno de los vigilantes sería mayor. Al final llegó a la parte cuidada del prado, sacó el aparato del bolsillo, hundió una mano en los hierbajos, clavó el magnetómetro hasta el nivel de la hierba e inició una torpe retirada.

El regreso era mucho más difícil, porque iba en una dirección que no le permitía vigilar las torres. Se arrastró despacio, haciendo pausas largas y frecuentes. Tres cuartos de hora después de haberse puesto en marcha, cruzó el arroyo por segunda vez y penetró en el bosque mojado. Apartando ramas de laurel llegó hasta el observatorio escondido encima de la colina. Estaba aterido, y con la espalda molida por el peso de la mochila llena de basura.

—¿Misión cumplida?—le preguntó Proctor.

—Sí, siempre que no tengan que amputarme los dedos de los pies por congelación.

Proctor hizo unos ajustes en una pequeña unidad.

—Se recibe muy bien la señal. Parece que lo ha dejado a quince metros de la cerca. Buen trabajo, teniente.

D'Agosta se giró hacia él, cansado.

—Llámeme Vinnie —dijo.

—Sí, señor.

—Yo a usted lo llamaría por su nombre de pila, pero no lo sé.

—Proctor está bien.

D'Agosta asintió con la cabeza. Pendergast se había rodeado de personas casi tan enigmáticas como él. Proctor, Wren... y en el caso de Constance Greene, quizá hasta más enigmática. Volvió a mirar su reloj. Casi las dos.

Quedaban catorce horas.

Llovía a cántaros sobre la fachada de ladrillo y mármol casi en ruinas de la mansión Beaux Arts de Riverside Drive, 891. Muy por encima de las buhardillas, y de la torre mirador, el cielo nocturno se rompía en relámpagos. Las ventanas de la planta baja estaban tapadas con planchas de hojalata. Las de los otros tres pisos, cerradas a cal y canto, no dejaban que se filtrara luz ni cualquier rastro de vida. El patio delantero, con su reja, era una selva de zumaques y de ailantos. En el camino de entrada, y al pie de la puerta cochera, el viento acumulaba y removía la basura. La mansión parecía abandonada y completamente desierta, como tantas de aquella parte inhóspita de Riverside Drive.

Durante muchos, muchísimos años, la casa había servido de refugio, baluarte, laboratorio, biblioteca, museo y almacén a cierto doctor Enoch Leng, a cuya muerte, sin embargo, secretos y misteriosos vericuetos —así como el cuidado de la pupila de Leng, Constance Greene— la habían puesto en manos de un descendiente suyo, el agente especial Aloysius Pendergast.

Pero en ese momento el agente Pendergast estaba en una celda de aislamiento del ala de máxima seguridad de la cárcel de Herkmoor en espera de un juicio por asesinato, Proctor y el teniente D'Agosta estaban inspeccionando la cárcel, y Wren, el extraño y nervioso personaje que en ausencia de Pendergast constaba como tutor nominal de Constance Greene, cumplía su trabajo nocturno en la biblioteca de Nueva York.

Constance Greene estaba sola.

Estaba sentada en un sillón, frente a las últimas ascuas de la chimenea, ajena al ruido de la lluvia o del tráfico. Sentada ante *Mi vida*, de Giacomo Casavecchio, estudiaba atentamente las palabras con las que aquel espía del Renacimiento narraba su fuga de los Plomos, la temida cárcel del palacio ducal de Venecia de donde hasta entonces nunca se había escapado ningún preso —ni volvería a hacerlo nadie—. La mesa de al lado soportaba el peso de varios libros similares, relatos de fugas de cárceles de todo el mundo, aunque con particular atención al sistema penitenciario federal de Estados Unidos. De vez en cuando Constance interrumpía su lectura silenciosa para anotar algo en una libreta con encuadernación de piel.

Justo al final de una de esas anotaciones, el fuerte chasquido de los troncos que se asentaban en la reja de la chimenea hizo que Constance levantara bruscamente la cabeza, con los ojos muy abiertos; ojos grandes y de color violeta, cuya sabia mirada parecía impropia de los veintinueve años que aparentaba el resto de la cara. Poco a poco se tranquilizó.

Su estado no era exactamente de nerviosismo. A fin de cuentas la mansión estaba protegida de cualquier intruso, y ella, más avezada que nadie a sus secretos, podía desvanecerse de un momento a otro en cualquiera de sus

innumerables pasillos. Lo que ocurría era que Constance llevaba tanto tiempo viviendo allí, conocía tan a fondo la oscura y vieja mansión, que casi era sensible a sus estados de ánimo, y había tenido la impresión de que algo no cuadraba, como si la casa tratase de decirle algo, de prevenirla de algo.

Al lado del sillón había una mesita con una tetera de infusión de manzanilla. Constance apartó los documentos con la intención de servirse otra taza. Después se levantó, alisó la parte delantera de su pichi de color hueso y dio media vuelta para acercarse a las estanterías de la pared del fondo de la biblioteca. El suelo de piedra estaba cubierto por magníficas alfombras persas. Por eso Constance no hacía ningún ruido al caminar.

Una vez frente a los libros, se inclinó a examinar sus lomos dorados. Sin otra luz que la del fuego, y la de la lámpara Tiffany de al lado del sillón, el fondo de la biblioteca estaba en penumbra. Cuando encontró lo que buscaba —un tratado de administración penitenciaria de la época de la Depresión— volvió al sillón, se sentó, abrió el libro y buscó el índice. Localizado el capítulo que le interesaba, cogió la taza de té, bebió un poco e hizo el gesto de dejarla nuevamente en su lugar.

Fue en ese momento cuando alzó la vista.

De pronto, en el sillón de orejas adyacente a la mesita había un ocupante, un hombre alto, de porte aristocrático, nariz aguileña, frente amplia y tez pálida. Llevaba un severo traje negro y era pelirrojo, con una barba corta y muy cuidada. La luz de la chimenea iluminó sus ojos, que observaban a Constance; uno de ellos era intensamente verde, de un verde avellana, y el otro de un azul lechoso, inerte.

Sonrió.

Aunque era la primera vez que lo veía, Constance supo enseguida quién era. Se levantó gritando, mientras sus dedos soltaban la taza.

Uno de los brazos del hombre se movió con la velocidad de una serpiente al ataque, y en un movimiento lleno de destreza evitó el impacto de la taza en el suelo. La dejó en la bandeja de plata y volvió a apoyarse en el respaldo. No se había derramado ni una gota. La secuencia había sido tan rápida que Constance dudó de su realidad. Siguió de pie, incapaz de moverse, aunque la intensidad del susto no le impidió darse cuenta de algo: el hombre estaba sentado entre ella y la única salida.

Justo entonces, como si le adivinara el pensamiento, él dijo con calma:

—No tengas miedo, Constance, no quiero hacerte nada malo.

Constance permaneció en el mismo sitio, muy quieta ante el sillón; miró varios puntos de la sala hasta fijar la vista en el hombre sentado.

—Sabes quién soy, ¿verdad, pequeña? —preguntó él.

Todo le era familiar, hasta su acento meloso de Nueva Orleans.

—Sí, sé quién es.

Se resistía a aceptar el gran parecido entre aquel individuo y alguien tan próximo a ella. Las únicas diferencias eran el pelo... y los ojos.

El hombre asintió con la cabeza.

—Me satisface oírlo.

—¿Cómo ha entrado?

—El cómo carece de importancia. ¿No te parece que la gran pregunta es por qué estoy aquí?

Constance pareció pensarlo.

—Sí, es posible que tenga razón. —Dio un paso, deslizándolo los dedos de una mano por el sillón de orejas, y después por la mesita—. Bueno, pues, ¿por qué está aquí?

—Porque ya era hora de que habláramos tú y yo. Bien pensado, te obliga la buena educación.

Constance dio otro paso, acariciando la madera pulida.

—¿La buena educación? —preguntó, deteniéndose.

—Sí. A fin de cuentas me...

Con un brusco movimiento, Constance cogió de la mesita un abrecartas y se abalanzó sobre el hombre. Fue un ataque notable, no solo por su rapidez sino por su silencio. Ningún movimiento o palabra de la joven había delatado la inminencia del golpe.

Inútil. El hombre se apartó en el último momento, y el abrecartas se clavó hasta el mango en la piel gastada del sillón de orejas. Constance, que seguía sin emitir ningún sonido, lo sacó y se giró hacia el hombre con el arma en alto.

Justo cuando Constance se lanzaba sobre él, el hombre esquivó serenamente el golpe y aferró su muñeca. La resistencia de la joven hizo que cayeran al suelo, él encima, sujetándola, mientras el abrecartas resbalaba por la alfombra.

Los labios de él se movieron a un par de centímetros de la oreja de su prisionera.

—Constance —dijo sin alterarse—. *Du calme. Du calme.*

—¡Buena educación! —volvió a exclamar ella—. ¿Cómo se atreve a hablar de buena educación? ¡Usted, que ha matado a los amigos de mi tutor, le ha hecho caer en desgracia y lo ha echado de su propia casa!

De golpe se calló y empezó a forcejear, mientras brotaba de su garganta un gemido en el que se mezclaban la frustración y otra emoción más compleja.

Él siguió hablando con la misma calma y suavidad.

—Constance, por favor, no he venido a hacerte daño. Entiéndelo. Solo te sujeto para evitar que me lo hagas a mí.

Ella volvió a resistirse.

—¡Le odio!

—Constance, por favor. Tengo que decirte una cosa.

—¡Jamás lo escucharé! —dijo ella entrecortadamente.

Él, sin embargo, la siguió apretando contra el suelo con suavidad y firmeza, hasta que se apagaron los últimos coletazos de resistencia y Constance se quedó en el suelo con dolor de pecho por lo deprimida que le latía el corazón. Percibió en sus senos los latidos del hombre, mucho más lentos. Él seguía susurrando a su oído palabras tranquilizadoras, que ella trataba de no oír.

El hombre se apartó un poco.

—¿Prometes no volver a atacarme si te suelto? ¿Y escucharme hasta el final?

Constance no contestó.

—Hasta un condenado tiene derecho a que lo escuchen. Quizá descubras que las cosas no son lo que parecen.

Constance seguía sin hablar. Después de un largo rato, el hombre se levantó del suelo y aflojó lentamente la presión de su mano en las muñecas de la joven.

Constance se levantó enseguida, jadeando, y se alisó el pichi. Su mirada volvió a recorrer la biblioteca. La situación del hombre seguía siendo estratégica, entre ella y la puerta. Él señaló el sillón de orejas de ella con la mano.

—Por favor, Constance —dijo—, siéntate.

Constance obedeció con recelo.

—¿Ya podemos hablar como personas civilizadas, sin más arrebatos?

—¿Se atreve a llamarse civilizado? ¿Usted? ¿Un asesino en serie, un ladrón?

Constance soltó una risa de desprecio.

El asintió despacio, como si lo digiriera.

—Mi hermano te ha enseñado una cara muy concreta de sí mismo. Es natural, teniendo en cuenta que otras veces ya le dio buen resultado. Es una persona con un poder de persuasión y un carisma excepcionales.

—¡No esperará que dé algún crédito a lo que pueda decirme! Usted está loco. No, peor: actúa como un hombre cuerdo.

Constance volvió a mirar hacia la puerta de la biblioteca y el vestíbulo del otro lado.

Él la observó.

—No, Constance, no estoy loco. Al contrario, temo mucho la locura, como tú. Lo triste del caso es que tenemos mucho en común, no solo nuestros miedos.

—Usted y yo no tenemos absolutamente nada en común.

—Supongo que es lo que mi hermano quería que pensaras.

Constance tuvo la impresión de que el rostro del hombre reflejaba una tristeza infinita.

—Es verdad que disto mucho de ser perfecto, y que aún es pronto para esperar que confíes en mí, pero espero que comprendas que no quiero hacerte daño.

—Me es indiferente lo que quiera o no quiera. Usted es como un niño que un día se hace amigo de una mariposa y al siguiente le arranca las alas.

—¿Qué sabes tú de niños, Constance? Con esos ojos tan sabios, y tan viejos...

Es tanta la experiencia que hay en ellos que la veo desde aquí. ¡Qué cosas tan extrañas y terribles habrán visto! ¡Qué penetrante es tu mirada! Me llena de tristeza. No, Constance. Intuyo, sé, que la infancia es un lujo que te fue negado. Como me lo fue a mí.

Constance se puso rígida.

—Antes he dicho que estaba aquí porque ya era hora de que habláramos. Es hora de que sepas la verdad. La auténtica verdad.

Había bajado tanto la voz que se le entendía con dificultad. Constance no pudo aguantar y preguntó:

—¿La verdad?

—Sobre la relación entre mi hermano y yo.

La suave luz del fuego a punto de apagarse daba un aspecto vulnerable, próximo a la desorientación, a los extraños ojos de Diógenes Pendergast, que se iluminaron un poco al mirar a Constance.

—¡Ah! Constance, te parecerá totalmente inverosímil, pero ahora que te miro siento que haría todo lo posible para cargar con ese peso de dolor y miedo que llevas en la espalda. ¿Sabes por qué? Porque al mirarte me veo a mí mismo.

Constance no contestó. Seguía sentada, sin moverse.

—Veo a una persona que anhela que la acepten, que anhela ser un simple ser humano, pero que está destinada a la soledad. Veo a una persona que siente el mundo con más profundidad e intensidad de lo que está dispuesta a reconocer... incluso a sí misma.

Oyéndolo, Constance empezó a temblar.

—Percibo en ti dolor y rabia; el dolor de haber sido abandonada, no una sino varias veces, y la rabia de que los dioses puedan ser tan caprichosos. ¿Por qué yo? ¿Por qué otra vez? Y es verdad. Has vuelto a ser abandonada, aunque quizá no exactamente del modo que habías imaginado. También en eso somos iguales. Yo fui abandonado el día en que a mis padres los quemó vivos una turba ignorante. Yo escapé del fuego, pero ellos no, y siempre he tenido la impresión de que debería haber muerto en su lugar, como si fuera mi culpa. Tú sientes lo mismo respecto a la muerte de tu hermana Mary: que deberías haber muerto tú en vez de ella. Más tarde me abandonó mi hermano. Ah, ya veo tu expresión de incredulidad, pero sabes tan poco de mi hermano... Lo único que pido es que me escuches sin ideas preconcebidas.

Diógenes se levantó. Constance lo hizo a medias, aguantando la respiración.

—No —dijo él.

Volvió a quedarse quieta. Ahora en el tono de Diógenes solo había cansancio.

—No hace falta que te escapes. Ya me marchó. Tarde o temprano volveremos a hablar y te contaré más cosas sobre la infancia que me fue negada. Y sobre el hermano mayor que me pagó el amor que le ofrecía con desprecio y odio, el hermano que disfrutó destruyendo todas mis creaciones: mis

diarios de poesía infantil, mis traducciones de Virgilio y Tácito... Que torturó y mató a mi animal de compañía favorito de un modo que aún me resisto a recordar. Que se planteó como misión indisponer a todo el mundo contra mí a base de mentiras e insinuaciones, presentándose como su gemelo malvado. Y al final, en vista de que no me doblegaba, hizo algo tan atroz... tan y tan atroz... — La voz de Diógenes amenazaba con quebrarse—. Mira mi ojo muerto, Constance. Pues es lo menos grave que me hizo.

En el breve silencio que siguió solo se oía la dificultosa respiración de Diógenes, que estaba haciendo un esfuerzo por controlarse mientras su ojo opaco no miraba a Constance, pero tampoco dejaba de mirarla.

Se pasó una mano por la frente.

—Bueno, me voy, pero verás que te he dejado algo, un regalo entre iguales, una constancia del dolor que compartimos. Espero que lo aceptes con el mismo espíritu con el que ha sido hecho.

—De usted no quiero nada —dijo Constance.

Sin embargo, su voz había perdido odio y convicción; ahora solo era confusa.

Él sostuvo su mirada un poco más hasta que lentamente, muy despacio, se giró y se fue hacia la salida de la biblioteca.

—Adiós, Constance —dijo en voz baja por encima del hombro—. Cúdate. No me acompañes.

Sin cambiar de postura, Constance oyó cómo se alejaban los pasos de Diógenes. Solo se levantó del sillón cuando volvió a estar todo en silencio.

En ese momento, algo se movió en el bolsillo para pañuelos de su miriñaque.

Dio un respingo. Otra vez el mismo movimiento. De pronto apareció una minúscula, rosada y temblorosa nariz con bigotes, seguida por dos ojos negros como cuentas y dos blandas orejitas. Estupefacta, Constance puso la mano en el bolsillo y la ahuecó. El animalito subió por ella y se sentó con las patitas de delante en una posición que parecía suplicar, mientras le temblaban los bigotes y sus ojos brillantes se clavaban anhelantes en los de Constance. Era un ratón blanco, suave, pequeño y completamente manso. A Constance se le derritió el corazón, tan inesperadamente, que perdió el aliento y se le saltaron las lágrimas.

En el aire inmóvil de la sala de lectura del archivo central flotaban motas de polvo y un olor, no desagradable, de cartón viejo, polvo, bucarán y cuero. Por encima del revestimiento de roble bruñido de las paredes, un par de antiguas y pesadas arañas de cobre sobredorado y cristal presidían un techo rococó lleno de estucos y dorados. En la pared del fondo había una chimenea inutilizada de mármol rosa de casi tres metros de alto y otros tantos de ancho. El centro de la sala estaba dominado por tres mesas de roble macizo con patas en forma de garras y un grueso revestimiento de paño en los tableros. Era una de las salas más impresionantes del museo, pero también una de las menos conocidas.

Nora llevaba más de un año sin entrar en ella. A pesar de su majestuosidad, evocaba cualquier cosa menos buenos recuerdos. Por desgracia también era el único lugar donde podía consultar los archivos históricos más importantes del museo.

Tras unos golpes suaves en la puerta, apareció Oscar Gibbs; en sus brazos musculosos llevaba una montaña de documentos antiguos atados con cordel.

—¡Cuánto material hay sobre la tumba de Senef! —dijo, tambaleándose un poco al depositar los documentos sobre el paño de la mesa—. ¡Qué raro que hasta ayer no me sonara de nada!

—Ni a ti ni a casi nadie.

—De repente es la comidilla del museo. —Gibbs sacudió la cabeza, rapada como una bola de billar—. Este es el único lugar donde se podía esconder una tumba egipcia.

Recuperó el aliento.

—Se acuerda del procedimiento, ¿verdad, doctora Kelly? Tengo que encerrarla aquí. Cuando acabe, solo tiene que llamar a la extensión 4240. Prohibidos los bolígrafos y el papel. Tiene que usar lo que hay en el interior de estas cajas de cuero. —Miró el ordenador portátil de Nora—. Y no se quite los guantes de lino ni un segundo.

—De acuerdo, Oscar.

—Si me necesita estaré en el archivo. No lo olvide, extensión 4240.

La gigantesca puerta de bronce se cerró. Nora oyó el clic de una cerradura bien engrasada. Se giró hacia la mesa. Los fajos bien alineados de documentos desprendían un fuerte olor a descomposición. Les echó una ojeada por encima para hacerse una idea de qué contenían y de qué parte debería leer, ya que era imposible leerlo todo. Se imponía una selección.

Había pedido que le dejaran consultar toda la documentación del archivo relacionada directa o indirectamente con la tumba de Senef, desde su descubrimiento en Tebas hasta su cierre definitivo al público en 1935. Oscar parecía haber hecho una labor exhaustiva. Los documentos más antiguos estaban

en francés y en árabe. La traducción al inglés se producía en el momento en el que la tumba pasaba de manos del ejército napoleónico a las de los británicos. Había de todo: cartas, planos, dibujos, manifiestos navales, contratos de seguros, recortes de prensa, fotos antiguas y monografías científicas. A partir de la llegada de la tumba al museo, el número de documentos aumentaba vertiginosamente: gruesas carpetas llenas de diagramas, plantas, planos, informes de conservadores, correspondencia diversa y un sinfín de facturas del período de construcción y apertura al público de la tumba. Desde ese momento la documentación consistía en cartas de visitantes y expertos, informes internos del museo y evaluaciones de conservadores. El colofón de todo el material era una montaña de documentos sobre la nueva estación de metro y la solicitud del museo al alcalde de Nueva York de que se abriera un túnel peatonal entre la estación de la calle Ochenta y uno y un nuevo acceso subterráneo al museo. El último documento era el escueto informe de un conservador caído en el olvido donde constaba que la tumba ya estaba tapiada. Su fecha era 14 de enero de 1935.

Nora miró con un suspiro los fajos repartidos por la mesa. Menzies quería un resumen general la mañana siguiente, para poder empezar a planear el « guión », la rotulación y los paneles introductorios de la exposición. Miró su reloj. La una en punto del mediodía.

¿En qué se había metido?

Enchufó el portátil y lo encendió. Hacía poco que había cambiado su PC por un Mac por insistencia de su esposo Bill, y ahora el arranque duraba diez veces menos: 8,9 segundos en vez de los dos minutos y medio de antes, que se hacían eternos. Era como cambiar un Ford Fiesta por un Mercedes SL. Mientras veía aparecer el logo de Apple, pensó que al menos había una cosa que iba bien en su vida.

Después de ponerse unos guantes de tela limpios, empezó a desatar el cordel del primer fajo de papeles, pero la cuerda, desprendiendo una nube de polvo, se partió sin darle tiempo a deshacer el centenario nudo.

Abrió la primera carpeta con suma precaución. Dentro había un documento amarillento en francés, escrito con una letra fina y alargada. Nora emprendió su laboriosa lectura mientras tomaba notas en el PowerBook. A pesar de sus dificultades con la caligrafía y el francés, sintió que la historia esbozada por Menzies el día anterior, en la tumba, la arrastraba.

Durante las guerras napoleónicas, Napoleón concibió el plan quijotesco de seguir la ruta de conquista de Alejandro Magno por Oriente Próximo. En 1798 organizó una gran invasión de Egipto en la que participaron cuatrocientos barcos y cincuenta y cinco mil soldados. Por otro lado, dando muestras de una radical modernidad para su época, tuvo la idea de llevarse a más de ciento cincuenta científicos, eruditos e ingenieros, todos civiles, para elaborar un estudio científico

completo de Egipto y sus misteriosas ruinas. Uno de los eruditos era un arqueólogo joven y entusiasta: Bertrand Magny de Cahors.

Cahors fue uno de los primeros en examinar el mayor descubrimiento de la historia de la egiptología, la piedra Rosetta, desenterrada por los soldados de Napoleón cuando construían un fuerte en la orilla. Entusiasmado por las posibilidades que abría la piedra, Cahors siguió el avance del ejército napoleónico por el Nilo, que los llevó hasta los grandes templos de Luxor y hasta el antiguo y desértico cañón de la otra orilla que se convertiría en el cementerio más célebre del mundo: el Valle de los Reyes.

La mayoría de las tumbas del Valle de los Reyes estaban talladas en la roca viva, por lo que no podían moverse, pero había unas pocas, correspondientes a faraones de segunda fila, regentes y visires, que ocupaban posiciones más altas en el valle y estaban hechas con sillares de caliza. Una de ellas —la de Senef, visir y regente de Tutmosis IV— fue la que Cahors decidió desmontar para llevársela a Francia, proeza técnica de tanta audacia como riesgo, ya que cada sillar pesaba varias toneladas y había que bajarlos uno a uno por un acantilado de sesenta metros para poder transportarlos primero en carro hasta el Nilo y después río arriba.

Los desastres se sucedieron desde el principio del proyecto. Como nadie del país estaba dispuesto a trabajar en la tumba —por la supuesta maldición que sobre ella pesaba—, Cahors se lo encomendó a la fuerza a un grupo de soldados franceses. La primera calamidad ocurrió al abrir la tumba interior, que en la Antigüedad había vuelto a ser sellada después de su saqueo. Murieron nueve hombres prácticamente de golpe. Más tarde se formuló la hipótesis de que la tumba se había llenado de dióxido de carbono, debido a la composición ácida de las aguas subterráneas presentes en el subsuelo calcáreo, y que el gas había causado la asfixia de los tres primeros soldados que entraron, así como la de los otros seis a los que se envió en su rescate.

Sin embargo, Cahors destacaba por su tenacidad, y al final la tumba fue desmontada. Los bloques, todos numerados, se transportaron en barcas por el Nilo hasta la bahía de Abukír, donde fueron dispuestos sobre la arena del desierto en espera de su envío a Francia.

La famosa batalla del Nilo significó el fin de esos planes. Tras el encuentro, y la rotunda derrota, de la gran flota de Napoleón con el almirante Horatio Nelson, en lo que fue la batalla naval más decisiva de la historia, Napoleón huyó en una pequeña embarcación, dejando atrás a sus ejércitos, que capitularon rápidamente. Gracias a los términos de la rendición, los británicos se quedaron con su fabulosa colección de antigüedades egipcias, incluidas la piedra Rosetta... y la tumba de Senef. Al día siguiente de la firma, Cahors se arrodilló en la arena de Abukír, entre los sillares amontonados, y se clavó la espada en el corazón. Aun así, su fama de egiptólogo perduró. El Cahors que costaba *à la distance* la

reapertura de la tumba en el museo era descendiente suyo.

Nora dejó el primer legado y cogió el segundo. Un oficial escocés de la Royal Navy, el capitán Alisdair William Arthur Cumyn, posteriormente barón de Rattray, logró hacerse con la tumba de Senef merced a una dudosa transacción que por lo visto estaba relacionada con una partida de cartas y dos prostitutas. El barón de Rattray hizo transportar la tumba y volvió a montarla en su antigua finca solariega de las Highlands escocesas. En el proceso se arruinó y no tuvo más remedio que vender la mayor parte de las tierras de sus antepasados. Los barones de Rattray sobrevivieron a trancas y barrancas hasta mediados del siglo XIX, cuando el último representante del linaje vendió la tumba al magnate norteamericano del ferrocarril William C. Spragg, en una tentativa desesperada por salvar lo que quedaba de su herencia. Spragg, uno de los primeros benefactores del museo, organizó el transporte de la tumba al otro lado del Atlántico, donde volvió a ser montada en el museo, que por aquel entonces estaba en plena construcción. Era su proyecto favorito. Se pasó varios meses visitando las obras, hostigando a los trabajadores y haciéndose insoportable. En una trágica ironía del destino, fue atropellado por una ambulancia tirada por caballos justo dos días antes de la magna inauguración, en 1872.

Nora hizo una pausa en la lectura. Aún no eran las tres. Avanzaba más deprisa de lo esperado. Si conseguía acabar a las ocho, hasta era posible que pudiera picar algo en el Huesos con Bill. Seguro que a él le encantaría aquella historia tan vetusta y truculenta, que por otro lado, cuando faltara menos tiempo para la reapertura de la tumba, podía convertirse en un buen artículo de la sección cultural de *The Times*.

Pasó al siguiente fajo, compuesto íntegramente por documentos del museo, mucho mejor conservados. La primera carpeta era sobre la inauguración de la tumba. Contenía algunos ejemplares de la invitación grabada:

A El presidente de Estados Unidos,
A Honorable General Ulysses S. Grant,
el gobernador del estado de Nueva York, honorable John T. Hoffman,
el presidente del Museo de Historia Natural de Nueva York,
doctor James K. Moreton,
el Consejo de Administración y el director del museo
le invitan cordialmente a una cena con baile
en honor de la inauguración de la

GRAN TUMBA DE SENEF
regente y visir del faraón Tutmosis IV,
gobernador del Antiguo Egipto,
1419-1386 a.C.

La diva Eleonora de Graff Bolkonsky interpretará arias
de la nueva y celebrada ópera *Aida*,
de Giuseppe Verdi

A

Traje egipcio

A

Nora, divertida, contempló la invitación. Le parecía, increíble que en aquella época el museo tuviera tanta relevancia como para que la invitación la firmara el mismísimo presidente. Al reanudar su examen descubrió otro documento, un menú de la cena.

Entrantes variados
Consomé Olga

Kebab egipcio
Filete Mignon Lili
Calabacines rellenos



Pichón asado con berros
Hojaldre de paté de foie-gras
Baba ghanouj

Pudding Waldorf
Melocotones en gelatina de Chartreuse

La carpeta contenía una docena de invitaciones en blanco. Apartó una y la guardó con el menú en una carpeta con una etiqueta que decía «para fotocopiar». Valía la pena que lo viera Menzies. De hecho, pensó Nora, sería magnífico poder reproducir la inauguración original, aunque quizá sin baile de disfraces, y ofrecer el mismo menú.

Empezó a leer los ecos de sociedad sobre la velada, muy en la línea de los grandes acontecimientos sociales del Nueva York de finales del siglo XIX, una época irrepetible. Leer los nombres de los invitados era como pasar lista a los albores de la Edad de Oro: los Astor y los Vanderbilt, William Butler Duncan, Walter Langdon, Ward McAllister, Royal Phelps... Diversos grabados del *Harper's Weekly* mostraban a los participantes en el baile de disfraces exhibiendo las más descabelladas interpretaciones de la indumentaria egipcia.

Estaba perdiendo el tiempo. Apartó los recortes y abrió la siguiente carpeta. También contenía un recorte de prensa, concretamente de *The New York Sun*, uno

de los periódicos sensacionalistas de la época. La ilustración mostraba a un hombre de pelo oscuro con fez, ojos líquidos y larga túnica. Nora leyó el artículo por encima.

Exclusiva del Sun

¡Una tumba maldita en el Museo de Nueva York!

Un bey egipcio lanza una advertencia La maldición del Ojo de Horus

«Nueva York— Durante la reciente visita a Nueva York de su eminencia Abdul el-Mizar, bey de Bolbassa (Alto Egipto), este emisario de la tierra de los faraones quedó sorprendido por la exposición de la tumba de SENEF en el Museo de Nueva York» .

«Durante una visita guiada del museo, el caballero egipcio y su séquito se negaron a entrar en la tumba. Temerosos y consternados, avisaron al resto de los visitantes de que penetrar en ella significaba exponerse a una muerte segura y horrible. "Sobre esta tumba pesa una maldición muy conocida en mi país", explicó más tarde el-Mizar a *The Sun*» .

Nora sonrió. El artículo seguía en la misma tónica, con una mezcla de terribles amenazas y afirmaciones completamente ajenas al rigor histórico cuyo colofón, como no podía ser menos, era la « exigencia» por parte del supuesto « bey de Bolbassa» de que la tumba fuera inmediatamente devuelta a Egipto. Al final se citaba como de pasada a un directivo del museo según el cual la tumba recibía varios miles de visitantes diarios, sin que se hubiera tenido que « lamentar ningún accidente» .

Después del artículo había varias cartas de diversos remitentes —pocos de ellos en sus cabales— que decían haber experimentado determinadas « sensaciones» y « presencias» en el transcurso de su estancia en la tumba. Muchos afirmaban haber sufrido diversas dolencias con posterioridad a su visita: falta de aliento, sudores, palpitaciones, trastornos nerviosos... Una anécdota, en concreto, merecía toda una carpeta: la de un niño que se había roto las dos piernas tras caer en el pozo, y a quien habían tenido que amputarle una de ellas.

La correspondencia entre los abogados culminaba en un discreto acuerdo extrajudicial, que había reportado a la familia la suma de doscientos dólares.

Nora pasó a la siguiente carpeta, muy delgada; al abrirla se llevó la sorpresa de encontrar un solo trozo amarillento de cartón con una etiqueta pegada:

Material transferido a la reserva.

22 de marzo de 1938.

Firmado: Luden R Strawbridge.

Conservador de egiptología.

Giró el cartón, extrañada. ¿A la reserva? Debía de ser el Área de Seguridad, nombre que recibía la zona donde se guardaban las piezas más valiosas del museo. ¿Qué podía contener la carpeta para que justificase tal medida?

Dejó el cartón en su sitio y apartó la carpeta, decidida a investigarlo en otro momento. Solo le quedaba un legajo. Al abrirlo encontró correspondencia y notas sobre la construcción del túnel peatonal entre la estación de metro de la línea IND y el museo.

La correspondencia era voluminosa. Al leerla empezó a darse cuenta de que la versión del museo, que atribuía el cierre de la tumba a la construcción del túnel, distaba bastante de la verdad. El trazado propuesto por el ayuntamiento, más rápido y barato, partía de delante de la estación, bastante lejos de la entrada de la tumba, pero por la razón que fuese el museo quiso situar el túnel hacia la parte trasera de la estación. Después adujo que el nuevo trazado bloquearía la entrada de la tumba, lo que obligaría a cerrarla. Daba la impresión de que quería provocar el cierre.

Siguió leyendo. Hacia el final de la carpeta encontró una nota manuscrita del mismo Lucien P. Strawbridge que había trasladado la carpeta anterior a la sección confidencial. Estaba escrita al margen de un informe de un funcionario del ayuntamiento interesado por conocer por qué motivo el museo se decantaba por un trazado que comportaba gastos suplementarios.

La anotación rezaba así:

«Cuénteles lo que sea. Quiero que se cierre la tumba. No desaprovechemos nuestra última oportunidad de deshacernos de ese maldito problema».

L. P. STRAWBRIDGE

¿Maldito problema? Nora se preguntó a qué problema podía referirse Strawbridge. Volvió a hojear la carpeta, pero el único problema relacionado con la tumba que encontró fue el incidente de los comentarios del bey de Bolbassa y la posterior avalancha de cartas de chiflados.

Llegó a la conclusión de que el problema estaba en la carpeta de acceso restringido, pero tampoco parecía muy importante; por otro lado, se le acababa el tiempo. Ya seguiría investigando cuando pudiese. De momento, o empezaba el informe o se quedaba sin cenar con Bill.

Cogió el ordenador portátil, abrió un documento nuevo y empezó a escribir.

El día siguiente, la capitana de Homicidios Laura Hayward enseñó su identificación, tras lo cual la dejaron pasar amablemente al despacho de Jack Manetti, el jefe de seguridad del Museo de Historia Natural de Nueva York. Le gustó que en un museo cuya dirección parecía obsesionada con las apariencias el jefe de seguridad hubiera elegido un despacho pequeño y sin ventanas del fondo del departamento de seguridad y lo hubiera amueblado con mesas y sillas de metal estrictamente funcionales. Hablaba bien de Manetti. Al menos lo esperaba.

Se notaba que Manetti no estaba muy contento con la visita. Aun así apeló a su buena educación y le ofreció una silla y una taza de café, que ella rechazó.

—Vengo por el ataque a la señora Green —dijo la capitana—. ¿Tendría la amabilidad de acompañarme a la exposición «Imágenes Sagradas» para hacerle algunas preguntas sobre las horas de entrada y salida, los accesos y la seguridad?

—Pero si ya lo preguntó hace unas semanas... Creía que la investigación estaba cerrada.

—La mía aún no, señor Manetti.

Manetti se humedeció los labios.

—¿Ya ha pasado por el despacho del director? En principio tenemos que coordinar todo lo relacionado con las fuerzas y cuerpos de...

Hayward, que empezaba a irritarse, se levantó y le quitó la palabra de la boca.

—No tengo tiempo, y usted tampoco. Vamos.

Siguió al jefe de seguridad por un laberinto de pasillos y salas polvorientas, hasta llegar a la entrada de la exposición. Aún era horario de visita, y las puertas de seguridad estaban descorridas, pero en la exposición no había prácticamente nadie.

—Empezaremos por aquí —dijo Hayward—. Le he dado muchas vueltas y aún quedan algunos detalles que no me cuadran. ¿Me equivoco o el culpable solo podía entrar en la sala por esta puerta?

—Sí, así es.

—La puerta del fondo solo se podía abrir por dentro, no por fuera, ¿verdad?

—Sí.

—Y en principio el sistema de seguridad registraba automáticamente cualquier entrada o salida, porque en el código de todas las tarjetas magnéticas consta el nombre de su titular.

Manetti asintió con la cabeza.

—Sin embargo, la única entrada registrada por el sistema fue la de Margo Green. Después el culpable le robó la tarjeta y la usó para escapar por la salida trasera.

—Eso parece.

—Green podría haber dejado abierta la puerta de seguridad después de entrar.

—No. Primero porque sería infringir el reglamento, y segundo porque el sistema registró que no lo hizo. A los pocos segundos de que entrara, la puerta volvió a cerrarse. Es lo que consta en el registro electrónico.

—O sea, que el culpable tuvo que esperarla escondido en la sala desde la hora de cierre al público, las cinco, hasta la del ataque, las dos de la madrugada.

Manetti asintió con la cabeza.

—A menos que el culpable consiguiera saltarse el sistema de seguridad...

—No nos parece muy probable.

—Pues a mí me parece casi seguro. Desde el ataque he inspeccionado esta sala una docena de veces, y el culpable no podía esconderse en ningún sitio.

—Estaba en construcción, y había material por todas partes.

—Faltaban dos días para la inauguración. Casi estaba acabada.

—El sistema de seguridad es infalible.

—Como la sala de diamantes, ¿no?

Se arrepiñtó al ver que se tensaban los labios de Manetti. No era su estilo. Se estaba volviendo muy irónica, y no le gustaba.

—Gracias, señor Manetti —dijo—. Si no le importa, me gustaría dar otra vuelta por la sala.

—Como quiera.

—Ya les diré algo.

Manetti se fue. Hayward dio una vuelta por la sala donde habían atacado a Margo Green. Reprodujo una vez más todos los pasos del ataque en una especie de cámara lenta mental, mientras hacía lo posible por no escuchar una vocecita interior que le decía que era una pérdida de tiempo, que no esperase encontrar algo importante varias semanas después de la agresión —y del paso de cientos de personas—, que todos sus motivos eran censurables y que lo más prudente, mientras aún estaba a tiempo, era seguir viviendo y trabajando con normalidad.

Dio otra vuelta por la sala, silenciando la voz con el clic clac de sus tacones. Al llegar a la vitrina donde habían encontrado la mancha de sangre vio que detrás había alguien agazapado y con traje oscuro, a punto de saltar.

Sacó su pistola y le apuntó.

—¡No se mueva! ¡Policia!

El desconocido salió emitiendo un grito gutural, mientras sus brazos hacían molinetes y un flequillo rebelde daba saltos encima de su frente. Hayward reconoció a William Smithback, el reportero de la sección local de *The Times*.

—¡No dispare! —exclamó el periodista—. Solo estaba... curioseando. ¡Con eso en la mano me va a matar de miedo!

Hayward se enfundó la pistola con un poco de vergüenza.

—Perdone, estoy un poco tensa.

La mirada de Smithback se volvió escrutadora.

—La capitana Hayward, ¿verdad?

Ella asintió.

—Yo soy quien escribe sobre el caso Pendergast para *The Times*.

—Sí, lo sé.

—Me alegro. De hecho quería hablar con usted.

Hayward miró su reloj.

—Estoy muy ocupada. Pida cita en la comisaría.

—Ya lo he intentado, pero no habla con la prensa.

—Exacto.

Dio un paso, mirando severamente a Smithback, pero él no se apartó para dejarla pasar.

—¿Me permite?

—Un momento —dijo él, hablando deprisa—; creo que podemos ayudarnos mutuamente. Quizá podríamos intercambiar información o...

—Si tiene algún dato que pueda sernos útil y no quiere ser acusado de entorpecer una investigación de la policía, le aconsejo que lo facilite inmediatamente.

—¡No, no me refería a eso! Pero... Verá, creo que ya sé por qué está aquí. No lo ve claro. Piensa que a Margo quizá no la atacó Pendergast. ¿He acertado?

—¿Por qué lo dice?

—Una capitana de Homicidios con mil cosas que hacer no malgastaría el tiempo visitando la escena del crimen cuando ya está todo resuelto. Señal de que tiene dudas.

Hayward se calló, disimulando su sorpresa.

—Se pregunta si el asesino podría ser Diógenes Pendergast, el hermano del agente. Por eso ha venido.

Hayward siguió sin decir nada. Cada vez estaba más sorprendida.

—Resulta que yo he venido por lo mismo.

Smithback la miró en silencio y con curiosidad, como si calibrase el efecto de sus palabras.

—¿Usted por qué cree que no fue el agente Pendergast?—preguntó Hayward con cautela.

—Porque lo conozco. Hace siete años que informo sobre él, es un decir, desde los asesinatos del museo. Y también conozco a Margo Green. Me llamó del hospital, desde la cama, y jura y perjura que no fue Pendergast. Ella dice que el hombre que la atacó tenía los ojos de colores diferentes, uno verde y el otro de un azul lechoso.

—Pendergast es un reconocido maestro del disfraz.

—Sí, pero la descripción responde a la de su hermano. ¿Qué sentido tendría

disfrazarse de su hermano? Del cual, por otro lado, ya sabemos que es el culpable tanto del robo de los diamantes como del secuestro de aquella mujer, lady Maskelene... La única explicación lógica es que Diógenes también atacó a Margo y tendió una trampa a su hermano.

Hayward tuvo que volver a reprimir su sorpresa ante la gran similitud entre lo que pensaba Smithback y lo que pensaba ella. Al final se permitió una sonrisa.

—Veo que lo suyo es el periodismo de investigación, señor Smithback

—Pues sí —se apresuró a confirmar él, atusándose el flequillo que, indomable, volvió a rebelarse.

La capitana reflexionó en silencio.

—De acuerdo, quizá podamos ayudarnos. Como es lógico, mi participación se mantendrá dentro de la más absoluta confidencialidad, en tanto que simple fuente informativa.

—Por supuesto.

—Por otro lado, exijo ser informada de cualquier novedad antes de que aparezca en sus artículos. Si no es así, me niego a que colaboremos.

Smithback asintió enérgicamente.

—Faltaría más.

—Perfecto. Parece que Diógenes Pendergast ha desaparecido. Por completo. Su pista se pierde en su escondrijo de Long Island, donde tuvo prisionera a lady Maskelene. Hoy en día es imposible desaparecer totalmente, salvo que haya adoptado un álter ego. Un álter ego muy afianzado.

—¿Se le ocurre alguno?

—De momento tenemos las manos vacías. Ahora bien, si usted escribiera un artículo al respecto... Quizá podría hacer saltar alguna liebre. Algún que otro soplo cotilleo de barrio... ¿Me entiende? Como comprenderá, mi nombre no podría aparecer.

—Lo entiendo, lo entiendo. Y... ¿Y yo a cambio qué recibiría?

La segunda sonrisa de Hayward fue más amplia.

—No lo entiende. Es al revés. El favor se lo hago yo a usted. La cuestión es cómo me lo recompensará. Sé que está informando sobre el robo de los diamantes. Quiero saberlo todo. Todo, hasta lo más insignificante. Tiene razón: creo que Diógenes está detrás del ataque a Margo Green y del asesinato de Duchamp. Necesito todas las pruebas que pueda conseguir, pero como pertenezco a Homicidios me es difícil acceder a información relacionada con el distrito.

No dijo que era muy poco probable que Singleton, el capitán de distrito que llevaba el robo de los diamantes, compartiera información con ella.

—Por mí perfecto. Trato hecho.

Justo cuando Hayward se giraba, Smithback la llamó.

—¡Un momento!

La capitana se giró y lo miró con una ceja levantada.

—¿Cuándo volveremos a vernos? ¿Y dónde?

—En ningún momento. Usted límitese a llamarme si surge algo importante.

—De acuerdo.

Se fue, dejando a Smithback en la penumbra de la sala de exposiciones, tomando notas al dorso de un trocito de papel.

Jay Lipper, asesor de efectos visuales informatizados, escudriñaba la penumbra de la vacía cámara sepulcral. Habían pasado cuatro semanas desde que el museo anunció a bombo y platillo que la tumba de Senef volvería a abrirse al público, y él llevaba tres de ellas trabajando. Era el día de la gran reunión. Había llegado diez minutos antes para dar un paseo por la tumba y visualizar el montaje que tenía preparado: dónde irían los cables de fibra óptica, dónde los LED, dónde montaría los altavoces, dónde colgaría los focos, dónde pondría las pantallas holográficas... Parecía mentira que aún quedaran tantas cosas por hacer a dos semanas de la gran inauguración.

Oyó un eco de voces por las salas de la tumba. Llegaba de cerca de la entrada, aunque distorsionado por el ruido de los martillos y el silbido de las sierras mecánicas. Las brigadas seguían un ritmo frenético. No se estaba reparando en gastos, y menos en el caso de Lipper, que cobraba la hora a ciento veinte dólares. A razón de ochenta horas semanales, estaba ganando una fortuna. Merecidísima, por otro lado, sobre todo teniendo en cuenta al inútil que le había asignado el museo para poner los cables y las cintas y hacer de chico para todo con la parafernalia electrónica. ¡Qué palurdo! Si todo el personal técnico del museo era así, iban apañados. Era tan musculoso —debía de torturarse en el gimnasio—, que parecía un ladrillo de carne con un bolo por cabeza, cuyo contenido en materia gris era el mismo que el de un spaniel. Seguro que se pasaba los fines de semana en el gimnasio en vez de ponerse al día sobre la tecnología que supuestamente tenía que entender.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la voz del inútil sonó en la otra punta del pasillo.

—Qué oscuro, ¿eh, Jayce? Como una tumba.

Teddy DeMeo apareció por la esquina con los brazos cargados de tubos y esquemas electrónicos amontonados de cualquier manera.

Lipper, con los labios apretados, intentó pensar otra vez en los ciento veinte dólares por hora. Lo peor era que antes de clasificar a DeMeo de inútil había cometido la imprudencia de decirle el nombre del juego online multiplayer en el que estaba participando, *Land of Darkmord*, y DeMeo se había suscrito enseguida por internet. El personaje de Lipper, un brujo tramposo medio elfo, en poder de un libro de sortilegios malignos, se había pasado varias semanas organizando una expedición militar a una lejana fortaleza y reclutando guerreros solo para que de repente apareciera DeMeo en el personaje de un orco chato que iba por ahí con un garrote y se presentara voluntario en el ejército. Ahora se creía su mejor amigo y se pasaba el día haciendo preguntas estúpidas, contando chistes verdes sin ninguna gracia y avergonzándolo ante el resto de los jugadores.

DeMeo llegó a su lado jadeando, con la frente empapada de sudor y oliendo

a calcetín mojado.

—A ver, a ver...

Desenrolló uno de los planos. Como era de esperar, estaba al revés y tardó varios segundos en darse cuenta.

—Dámelo —dijo Lipper, quitandoselo para aplanarlo.

Miró su reloj. Aún faltaban cinco minutos para la hora en que tenía que llegar el comité de conservadores. Daba igual. A dos dólares por minuto, Lipper podía incluso esperar a Godot.

Miró a su alrededor con la nariz arrugada.

—Tendrán que solucionar el problema de la humedad. No puedo dejar mis aparatos en una especie de sauna.

—Sí, tío —dijo DeMeo mirando a su alrededor—. ¿Y eso de ahí, eso tan raro? ¿Qué coño debe de ser? Me da un repelús...

Lipper echó un vistazo al fresco, que representaba a un ser humano con cabeza negra de insecto y traje de faraón. Ciertamente, la cámara sepulcral daba miedo. Paredes ennegrecidas por los jeroglíficos, un techo que representaba el cielo nocturno con extrañas estrellas amarillas y la luna sobre un campo de un profundo color añil... De todos modos, a Lipper le gustaba pasar miedo. Era como estar dentro del mundo de Darkmord pero de verdad.

—Es el dios Khepri —dijo—, un hombre con cabeza de escarabajo que ayuda a que el sol ruede por el cielo.

Le fascinaba tanto trabajar en el proyecto que durante las últimas semanas se había zambullido en la mitología egipcia para documentarse y buscar ideas visuales.

—Una mezcla de *La momia* y *La mosca* —dijo DeMeo, riéndose.

Un coro de voces cortó en seco la conversación. Al mismo tiempo un grupo de personas entró en la cámara sepulcral. Era el responsable, Menzies, con los conservadores.

—¡Cuánto me alegro de que ya estén aquí! No tenemos mucho tiempo. —Menzies se acercó y les dio la mano—. Doy por supuesto que se conocen.

Todos asintieron. ¿Cómo no, si hacía unas semanas que prácticamente vivían juntos? La doctora Nora Kelly, con quien Lipper al menos podía trabajar; Wicherly, el británico pagado de sí mismo, y por último el figura, el conservador de antropología, George Ashton. El comité.

Mientras los recién llegados conversaban entre sí, Lipper notó algo puntiagudo en las costillas. Al levantar la cabeza vio que DeMeo, con la boca abierta, le guiñaba un ojo con cara de salido.

—¡Jo, macho! —susurró, señalando a la doctora Kelly con la cabeza—. ¡Quién la pillara!

Lipper apartó la vista con los ojos en blanco.

—¡Bien! —Menzies se giró para volver a dirigirles la palabra—. ¡Empezamos

el ensayo?

—¡Pues claro, doctor Menzies! —dijo DeMeo.

Lipper le clavó una mirada cuya intención era silenciar al pobre imbécil. Era su plan, su creación, su obra de arte. El trabajo de DeMeo consistía en montar el equipo, echar cables y asegurarse de que la electricidad llegara a todo el sistema.

—Habría que empezar por el principio —dijo Lipper, llevándolos hacia la entrada, no sin antes echar otra mirada admonitoria a DeMeo.

Recorrieron en sentido inverso el laberinto de salas en proceso de montaje; se cruzaron con las brigadas. Al acercarse a la entrada de la tumba, Lipper sintió que la hostilidad hacia DeMeo dejaba paso al entusiasmo. El «guión» del espectáculo de luz y sonido lo había escrito Wicherly, con algunas aportaciones de Kelly y Menzies. El resultado final era bueno, muy bueno, y él lo había mejorado aún más convirtiéndolo en realidad. Sería una exposición espectacular.

Se giró al llegar al Primer Tránsito del Dios.

—El espectáculo de luz y sonido se disparará automáticamente. Es importante que las visitas sean en grupo y que la gente no se separe en todo el recorrido. El movimiento del grupo activará sensores que a su vez pondrán en marcha cada secuencia del espectáculo. Al final de la secuencia, el grupo accederá a otra zona de la tumba para asistir a la siguiente. Cuando se acabe el espectáculo, los grupos dispondrán de un cuarto de hora para pasear por la tumba. Después los acompañarán a la salida y entrará el siguiente grupo.

Señaló el techo.

—El primer sensor estará en aquel rincón de arriba. Cuando los visitantes pasen por aquí, el sensor lo detectará, esperará treinta segundos por si alguien se ha quedado rezagado e iniciará la primera secuencia, lo que yo llamo el primer acto.

—¿Cómo esconderán el cable? —preguntó Menzies.

—Muy fácil —intervino DeMeo—. Haciéndolo pasar por un tubo negro de dos centímetros y medio. No lo verá nadie.

—No se puede pegar nada en la superficie pintada —dijo Wicherly.

—¡No, es un tubo de acero que se aguanta solo! Únicamente hay que fijarlo en las esquinas. Se queda a dos milímetros de la superficie de la pintura, sin tocarla.

Wicherly asintió con la cabeza.

Lipper volvió a respirar, feliz de que DeMeo no hubiera quedado como un idiota, al menos de momento.

Llevó al grupo a la siguiente sala.

—Cuando los visitantes llegan al centro del Segundo Tránsito del Dios, que es donde estamos ahora, de repente las luces se atenúan y se oyen golpes de picos y palas sobre piedra, entre susurros furtivos. Una voz en *off* cuenta que esto es la tumba de Senef, a punto de ser saqueada por los propios sacerdotes que lo

enterraron dos meses atrás. El ruido de las palas aumenta a medida que los saqueadores se acercan a la primera puerta cerrada. Al llegar empiezan a darle golpes con los picos, hasta que la cruza uno de los ladrones y empieza la parte visual.

—El momento en que derriban la puerta es fundamental —dijo Menzies—. Se necesita un golpe de pico muy fuerte, ruido de piedras y una luz muy concentrada, como un relámpago. Es un momento clave. Tiene que ser espectacular.

—Lo será, lo será.

Lipper sintió una vaga irritación. Menzies, aun siendo muy simpático, se había entrometido en diversos detalles técnicos, y Lipper temía que también quisiera controlar la instalación de cerca.

Siguió con sus explicaciones.

—Luego suben las luces y la voz en *off* dirige al público hacia el pozo.

Los llevó por el largo pasillo, y por una escalera muy ancha. Delante estaba el pozo, dotado de un nuevo puente con capacidad para un gran grupo.

—Cuando se acerquen al pozo —explicó Lipper— lo detectará un sensor que habrá en aquel rincón y empezará el segundo acto.

—Exacto —lo interrumpió DeMeo—. Cada acto lo gestionan independientemente un par de PowerMac G5 con procesador dual, más un tercer G5 que hace de *backup* y que los controla.

Lipper puso los ojos en blanco. DeMeo se había limitado a recitar con puntos y comas el informe técnico del propio Lipper.

—¿Dónde instalarán los ordenadores? —preguntó Menzies.

—Pasaremos el cable por la pared y...

—¡Cuidado —dijo Wicherly—, las paredes de esta tumba no se pueden agujerear!

DeMeo se giró hacia él.

—Lo sé, pero los agujeros ya están hechos desde hace mucho tiempo. ¡Hay cinco! Luego los rellenaron, pero yo los he encontrado y he vuelto a abrirlos.

Cruzó los brazos en un gesto triunfal, como si acabara de echarle arena a la cara a un tío enclenque en la playa.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó Menzies.

—Un almacén vacío —dijo DeMeo—. Lo estamos convirtiendo en sala de control.

Lipper carraspeó con el fin de evitar nuevas interrupciones de DeMeo.

—En el segundo acto, los visitantes verán imágenes digitalizadas de cómo los saqueadores cruzan el puente para echar abajo la segunda puerta sellada. Al fondo del pozo bajará una pantalla, sin que lo vean los visitantes, se entiende, y el proyector holográfico que montaremos en la esquina del fondo proyectará imágenes de cómo los ladrones van por el pasillo con antorchas, rompen los

sellos de la puerta interior y la derriban para llegar a la cámara sepulcral. La intención es que el público llegue a sentirse parte integrante de la banda de ladrones. Seguirán a los saqueadores hasta la tumba interior, que es donde empieza el tercer acto.

—¡Ni Lara Croft, tío! —dijo DeMeo, riéndose del chiste y mirando a los demás.

El grupo penetró en la cámara sepulcral, donde Lipper hizo otra pausa.

—Lo primero que oirán los visitantes será: destrozos, gritos... Cuando entren en la cámara por este lado, se encontrarán con una reja. Es cuando empieza de verdad el espectáculo. Primero está todo oscuro; se escuchan voces nerviosas y asustadas. Luego se oyen más destrozos. Después de un par de fogonazos se encienden las antorchas y vemos las caras sudorosas, asustadas y codiciosas de los sacerdotes. ¡Y oro! Brillo de oro por todas partes. —Se giró hacia Wicherly—. Tal como escribió usted en el guión.

—¡Magnífico!

—Cuando se enciendan las antorchas se pondrá en marcha la iluminación controlada por ordenador, que proyectará una luz tenue en algunas partes de la cámara sepulcral. Los ladrones retirarán la tapa de piedra del sarcófago y la romperán. Luego sacarán la parte superior del sarcófago interior, el de oro macizo, y uno de ellos entrará y empezará a arrancar las vendas. De repente se oirá un grito de victoria. Enseñarán el escarabajo y lo romperán para anular todo su poder.

—Es el clímax —dijo Menzies, arrastrado por el entusiasmo—. Es cuando quiero que se oiga el trueno y que las luces estroboscópicas imiten relámpagos.

—Eso está hecho —dijo DeMeo—. Tenemos un sistema completo Dolby Surround y Pro Logic II, cuatro luces estroboscópicas Chauvet Mega II de setecientos cincuenta vatios y un montón de focos. Todo controlado por una consola de luces DMX de veinticuatro canales totalmente automática.

Miró orgullosamente a los demás como si supiera de qué hablaba, cuando lo cierto era que había vuelto a citar textualmente el informe cuidadosamente elaborado por Lipper. ¡Por Dios, ese tío era insoportable! Lipper esperó un poco antes de seguir.

—Después de los truenos y relámpagos volverán a encenderse los proyectores holográficos y veremos al mismísimo Senef saliendo del sarcófago. Los sacerdotes retrocederán aterrados. Se supone que es fruto de su imaginación, como decía el guión.

—Pero ¿será realista? —preguntó Nora frunciendo el entrecejo—. ¿No parecerá una feria?

—Será todo tridimensional. Las imágenes holográficas son como fantasmas: se ve lo que hay detrás, pero solo cuando está muy iluminado. Manipularemos con mucho cuidado los efectos de luz para sacarle partido a esa ilusión. Habrá

una parte en vídeo y otra de infografía. Bueno, pues como iba diciendo Senef se levanta, profanado, señala con el dedo y entre rayos y truenos habla de su vida, de lo que hizo y de lo buen regente y visir que fue para Tutmosis. Lógicamente es cuando hay que introducir la parte educativa.

—Aparte de eso —dijo DeMeo— habrá un Jem Glaciator de quinientos vatios escondido dentro del sarcófago que echará una cantidad de humo impresionante. Más de cincuenta metros cúbicos por segundo.

—Mi guión no dice nada de humo artificial —dijo Wicherly—. Podría deteriorar las pinturas.

—El sistema Jem usa exclusivamente fluidos ecológicos —dijo Lipper—. Está comprobado que no provoca alteraciones químicas.

Nora Kelly volvía a estar muy seria.

—Perdone la pregunta, pero ¿es necesario que sea todo tan teatral?

Menzies se giró hacia ella.

—Pero, Nora, ¿si la idea salió de ti!

—Sí, pero imaginaba algo más discreto, sin luces estroboscópicas ni aparatos de humo.

Menzies se rió.

—Nora, ya puestos más vale hacer las cosas bien. Tranquila, crearemos una experiencia educativa inolvidable. Es la manera perfecta de inculcar un poco de cultura al *vulgus mobile* sin que se entere.

Nora no parecía muy convencida, pero se calló.

Lipper prosiguió con sus explicaciones.

—Durante el discurso de Senef los saqueadores caen al suelo de miedo. Luego Senef desaparece en el sarcófago, los saqueadores se desvanecen, se levantan las pantallas holográficas, aumenta la luz y de repente la tumba vuelve a estar como antes del saqueo. Vuelve a ser una pieza de museo. Se aparta la reja y los visitantes pueden pasear libremente por la cámara sepulcral como si no hubiera pasado nada.

Menzies levantó un dedo.

—Pero tras haberse hecho una idea de quién era Senef, y haber pasado un buen rato. Bueno, ahora viene la pregunta del millón de dólares: ¿podrán acabarlo a tiempo?

—La programación ya la hemos externalizado al máximo —dijo Lipper—. Los electricistas están trabajando a tope. Creo que en cuatro días puede estar todo montado y a punto para la prueba preliminar.

—Estupendo.

—Luego hay que depurar.

Menzies ladeó la cabeza en señal de interrogación.

—¿Depurar?

—Sí, es lo más laborioso. Por regla general se tarda el doble en depurar que

en la programación original.

—¿Ocho días?

Lipper asintió con la cabeza, inquieto por la mala cara que de repente había puesto Menzies.

—Cuatro más ocho, doce. Dos días antes de la gala de inauguración. ¿No podría depurarlo en cinco?

Por el tono de Menzies, Lipper tuvo la impresión de que más que una pregunta era una orden. Tragó saliva. De todas formas el calendario ya era casi de locos.

—Haremos lo posible.

—Perfecto. Bien, hablemos un poco de la inauguración. La doctora Kelly propuso inspirarse en la de 1872, idea que cuenta con todo mi apoyo. Hemos pensado empezar con un cóctel de recepción, seguir con un poco de ópera y acabar acompañando a los invitados a la tumba para que vean el espectáculo de luz y sonido. Después, empezaría la cena.

—¿De cuánta gente hablamos? —preguntó Lipper.

—Seiscientos.

—Obviamente es imposible meter a seiscientas personas a la vez en la tumba —dijo Lipper—. Yo había calculado grupos de doscientos para el espectáculo de luz y sonido, que dura unos veinte minutos, pero el día de la inauguración podríamos llegar hasta trescientos.

—Muy bien —dijo Menzies—, los dividiremos en dos grupos. Primero la lista de autoridades, por supuesto: el alcalde, el gobernador, los senadores y congresistas, los directivos del museo, los principales donantes, las estrellas de cine... Con dos pases, bastará una hora para enseñar la exposición a todos los invitados. Una cosa menos. —Miró a Lipper y después a DeMeo—. Ustedes dos son decisivos. No puede haber ni un solo error. Todo depende de que terminen a tiempo el espectáculo de luz y sonido. Cuatro días más cinco. Total, nueve.

—Por mí perfecto —dijo DeMeo, todo sonrisas y seguridad; el as de los cablistas y chicos para todo. Los ojos azules, desasosegadores, volvieron a enfocarse en Lipper.

—¿Y usted, señor Lipper?

—Se hará.

—Me alegro mucho de oírlo. ¿Puedo contar con que me informen puntualmente del estado del montaje?

Ambos asintieron con la cabeza.

Menzies miró su reloj.

—Perdona, Nora, pero tengo que coger el tren. Ya hablaremos luego.

Menzies se fue con los conservadores. Lipper volvió a quedarse solo con DeMeo. Miró su reloj.

—Bien, DeMeo, tendría que irme, por una noche me gustaría acostarme

antes de las cuatro.

—¿Y Darknord? —preguntó DeMeo—. Me habías prometido que esta medianoche la banda de guerreros estaría lista para el ataque.

Lipper gimió. Mierda. Qué se le iba a hacer, tendrían que empezar a atacar el castillo sin él.

Cuando Margo Green se despertó, el sol de la tarde entraba a raudales por las ventanas de la clínica Feversham. Fuera, cúmulos algodonosos flotaban por un sereno cielo azul. Lejos, hacia el río Hudson, se oía el reclamo de las aves acuáticas.

Bostezó, se desperezó y se quedó sentada en la cama. Al mirar el reloj vio que eran las cuatro menos cuarto. Debía de faltar poco para que llegara la enfermera con la taza de té de menta de cada tarde.

La mesita de hospital de al lado de la cama estaba a rebosar: números viejos de *Natural History*, una novela de Tolstói, un reproductor de música portátil, un ordenador portátil y *The New York Times*. Cogió el periódico y hojeó la sección C. Quizá tendría tiempo de acabar el crucigrama antes de que Phyllis le llevara el té.

Ahora que ya no estaba en peligro de muerte, la convalecencia en la clínica se había convertido en una especie de rutina y Margo había descubierto que conversar con Phyllis le alegraba las tardes. Prácticamente no la visitaba nadie —las únicas eran su madre y la capitana Laura Hayward—, y lo que más echaba en falta, aparte del trabajo, era tener compañía.

Cogió un lápiz y atacó el crucigrama, pero era uno de esos de final de semana, lleno de pistas esquivas y de referencias crípticas, y el ejercicio mental aún la cansaba. Lo dejó a los diez minutos. Abstraída, pensó en la reciente visita de Hayward, y en los malos recuerdos que había vuelto a despertar.

Le preocupaba que el recuerdo del ataque siguiera siendo tan vago, hecho de trozos inconexos, como fragmentos de una pesadilla desprovistos de coherencia. Se veía en la exposición «Imágenes Sagradas»; verificaba que estuvieran bien expuestas unas máscaras de indios norteamericanos, pero notaba que en la exposición había alguien acechándola en la oscuridad. Alguien que la seguía. Que la perseguía. Que la acorralaba. Tenía el vago recuerdo de haber ofrecido resistencia con un cúter. ¿Había herido a su perseguidor? Lo más fragmentario era el ataque en sí, poco más que un dolor atroz en la espalda. Nada más. Lo siguiente ya era el momento en que despertó en aquella habitación.

Dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. Lo más preocupante era saber que su agresor le había dicho algo pero ella no podía recordar ni una palabra. Todas se las había tragado la oscuridad. Curiosamente, sí que se acordaba —mejor dicho lo tenía grabado— de que tenía unos ojos raros y una risita seca, horrible.

Dio una vuelta en la cama, nerviosa y extrañada de que no llegara Phyllis; siguió pensando en la visita de Hayward. La capitana le había hecho muchas preguntas sobre el agente Pendergast y su hermano, que llevaba el peculiar nombre de pila de Diógenes. Todo era un poco raro, porque Margo llevaba varios

años sin ver a Pendergast y ni siquiera sabía que el agente tuviera un hermano.

Por fin se abrió la puerta y entró Phyllis, pero no llevaba la bandeja del té y su expresión, habitualmente amable, se había vuelto oficial.

—Tienes una visita, Margo —dijo.

Casi sin tiempo de reaccionar a la noticia, Margo reconoció a alguien en la puerta: el director de su departamento del museo, el doctor Hugo Menzies. Iba vestido como siempre, entre elegante y descuidado, con su mata de pelo blanco peinada hacia atrás y unos ojos vivazmente azules que antes de posarse en ella realizaron un breve recorrido por la habitación.

—¡Margo! —exclamó al acercarse, mientras aparecía una sonrisa en sus rasgos patricios—. ¡Cuánto me alegro de verte!

—Lo mismo digo, doctor Menzies —contestó ella.

La sorpresa de que la visitaran dio paso a un sentimiento de apuro. No iba vestida adecuadamente para recibir a su jefe.

Por lo visto, Menzies detectó su vergüenza, porque enseguida hizo todo lo posible por que se sintiera cómoda. Después de dar las gracias a Phyllis, esperó a que se fuera y se sentó al lado de la cama.

—¡Qué habitación más bonita! —exclamó—. ¡Y qué preciosa vista del valle del Hudson! Para mí esta luz solo se puede comparar con la de Venecia. Quizá sea la razón de que haya atraído a tantos pintores.

—Me están tratando muy bien aquí.

—Es lo menos que mereces. No sabes lo preocupado que me tenías. A mí y a todo el departamento de antropología. Estamos deseando que vuelvas.

—Yo también.

—Tu paradero prácticamente era un secreto de estado. Hasta ayer ni siquiera sabía que existiera este lugar. Es más, he tenido que hacerme el zalamero con la mitad del personal.

Menzies sonrió.

Margo también sonrió. Si había un experto en zalamerías era Menzies. Era una suerte tenerlo de supervisor, porque muchos conservadores de museo trataban a sus subordinados con la prepotencia y el engreimiento de un déspota ilustrado. Menzies era la excepción: afable, receptivo a las ideas ajenas y protector con los suyos. Realmente Margo no veía el momento de salir de la clínica y reincorporarse a su trabajo. En su ausencia *Museology*, la revista que dirigía, iba a la deriva. Lástima que se cansara tan deprisa...

Dándose cuenta de que divagaba, se concentró y miró a Menzies, que la observaba con preocupación.

—Perdone —dijo—. Es que aún estoy un poco fuera de órbita.

—Pues claro —dijo él—. ¿Por eso aún te hace falta esto?

Señaló con la cabeza la bolsa de suero colgada al lado de la cama.

—El médico ha dicho que es una medida puramente preventiva. Ahora

ingiero muchos líquidos.

—Muy bien, muy bien. La pérdida de sangre debió de provocar una insuficiencia grave. Qué cantidad de sangre, Margo... Por algo dicen que es un líquido vivo, ¿no crees?

Margo experimentó un extraño calambre, casi un impacto físico. De pronto desaparecieron la flojera y el sopor, y tuvo la sensación de estar totalmente despierta.

—¿Qué ha dicho?

—Que si te han dicho algo de cuándo podrás salir.

Margo se relajó.

—Los médicos están muy contentos de mi evolución. Más o menos en un par de semanas.

—Y spongo que luego a guardar cama en tu casa, ¿no?

—Sí. El doctor Winokur, que es el médico que me lleva, ha dicho que antes de volver al trabajo necesitaré otro mes de recuperación.

—Por algo lo dirá.

La voz de Menzies era grave, tranquilizadora. Margo sintió que se volvía a embotar y bostezó casi sin darse cuenta.

—¡Uy! —dijo, nuevamente avergonzada—. Perdone.

—No hay por qué. No quiero quedarme más tiempo de la cuenta. Ahora mismo me iré. ¿Estás cansada, Margo?

Ella sonrió débilmente.

—Un poco.

—¿Duermes bien?

—Sí.

—Me alegro. Me preocupaba que pudieras tener pesadillas.

Menzies miró por encima del hombro, hacia la puerta abierta y el pasillo.

—No, la verdad es que no.

—¡Así me gusta! ¡Qué agallas!

Otra vez el extraño cosquilleo eléctrico de antes. La voz de Menzies había cambiado. Ahora tenía un matiz a la vez desconocido e inquietantemente familiar.

—Doctor Menzies... —dijo Margo, mientras se volvía a incorporar.

—No te esfuerces. Tú acuéstate y descansa. —Menzies empujó muy suavemente su hombro hacia la almohada—. Me alegro mucho de que duermas bien. No todo el mundo es capaz de superar una experiencia tan traumática.

—Bueno, tampoco es que la haya superado —dijo ella—. Lo que ocurre es que no la recuerdo muy bien.

Menzies la reconfortó tocándole la mano.

—Mejor —dijo, metiendo la otra dentro de la americana.

Margo tuvo una sensación de alarma inexplicable, pero era simple cansancio.

Por muy bien que le cayera Menzies, y por mucho que le agradeciera aquel respiro en la monotonía, necesitaba reposar.

—La verdad es que son recuerdos que no le gustaría tener a nadie. Los ruidos en la sala de exposición vacía, que te sigan, oír pisadas y no ver quién es, los tabloncillos cayéndose... Quedarse a oscuras de repente...

Margo sintió en su interior un pánico brumoso. Miró a Menzies fijamente sin poder concentrarse en lo que le decía. El antropólogo seguía hablando con voz grave y tranquilizadora.

—Risitas en la oscuridad. Y luego el cuchillo clavándose... No, Margo, esos recuerdos no quiere tenerlos nadie.

En ese momento fue el propio Menzies quien se rió, pero no era su voz. Era otra, totalmente distinta, una risita seca, horrible.

Un horrendo sobresalto, brusco, abrasador, se abrió paso en la letargia cada vez más densa. No. ¡Oh, no! No era posible.

Menzies la miraba con gran atención desde la silla, como si midiera el efecto de sus palabras.

Luego guiñó un ojo.

Margo intentó apartarse y abrió la boca para gritar, pero justo entonces se intensificó la sensación de lasitud, que pesaba sobre sus brazos y sus piernas y le impedía cualquier palabra o movimiento. De pronto comprendió con desesperación que no era una letargia normal, sino que le estaba pasando algo.

Menzies soltó su mano. En ese momento, dio un respingo de terror. Margo vio que la otra, escondida detrás, sujetaba una minúscula jeringa con la que estaba inyectando un líquido incoloro en el tubo de suero de la muñeca. Vio que Menzies retiraba la jeringa, la tapaba y se la guardaba en el bolsillo de la americana.

—Margo, querida —dijo él apoyándose en el respaldo, con una voz totalmente distinta—, ¿en serio creías que no volveríamos a vernos?

En el interior de Margo brotó con fuerza el pánico, junto a unas ganas locas de vivir. Por desgracia se sentía totalmente inerte ante la droga que se propagaba por sus venas, silenciando su voz y paralizando sus extremidades. Menzies se levantó ágilmente, le puso un dedo en los labios y susurró:

—Ahora, Margo, a dormir.

La odiada oscuridad, manando en su interior, se interpuso en su visión y en sus pensamientos. El simple hecho de llenarse los pulmones se convirtió en una agonía que despojaba de todo protagonismo al pánico, la sorpresa y la incredulidad. Paralizada, Margo vio que Menzies daba media vuelta y salía con premura de la habitación. Después le oyó muy lejos, pidiendo ayuda a una enfermera, pero también su voz acabó por perderse en la sorda oleada que llenaba su cabeza; la oscuridad se acumuló en sus ojos hasta que todo sonido quedó engullido por las tinieblas y la noche eterna. Margo se había ido.

Cuatro días después de la reunión con Menzies el espectáculo de luz y sonido ya estaba instalado y listo para depurar. Por la noche, cuando pusieran los últimos cables, ya estaría todo conectado. Jay Lipper estaba en cuclillas, oyendo cómo salían toda clase de ruidos por el polvoriento agujero que había cerca del suelo de la Sala de los Carros: gruñidos, jadeos, palabrotas en voz baja... Llevaban tres días seguidos trabajando hasta altas horas de la madrugada, y Lipper se caía de cansancio. Ya no podría aguantar mucho más. En resumidas cuentas, solo vivía para la exposición. Sus compañeros de *Land of Darkmord* ya jugaban sin él; lo daban por perdido. A esas alturas seguro que habían subido uno o dos niveles. Ya era imposible alcanzarlos.

—¿Lo tienes?

Era la voz de DeMeo saliendo por el agujero. Al mirar hacia abajo, Lipper vio que sobresalía la punta de un cable de fibra óptica en la oscuridad.

La cogió.

—Sí, ya está.

Pasó el cable y esperó a que DeMeo volviera del otro lado de la pared. Poco después, la corpulenta silueta del técnico se acercó por el pasillo iluminada por detrás, jadeando en la penumbra del sepulcro, con los cables enrollados en sus hombros musculosos. Lipper le dio la punta del cable de la pared. DeMeo la enchufó en la parte trasera del PowerBook que había en una mesa de trabajo. Más tarde, cuando estuviera todo en su sitio, esconderían el portátil detrás de un arcón dorado con pinturas, pero de momento estaba a la vista, para poder usarlo.

DeMeo se quitó el polvo de los muslos y levantó la mano, sonriendo.

—Chócala, colega, lo hemos conseguido.

Lipper no le hizo caso. Ya no podía disimular su irritación. DeMeo lo tenía harto. Los dos electricistas del museo habían insistido en irse a casa a medianoche, y de resultas de ello Lipper estaba a gatas en el suelo, haciendo de ayudante del maldito DeMeo.

—Aún nos falta mucho —dijo de mal humor.

DeMeo dejó caer la mano.

—Ya, pero al menos están puestos los cables, está configurado el software y vamos bien de tiempo. Más no se puede pedir, ¿no te parece, Jayce?

Lipper fue a encender el ordenador; puso en marcha la secuencia de arranque con la esperanza de que detectase la red y los dispositivos remotos; vana esperanza, porque las cosas nunca eran tan fáciles y encima la red de marras la había montado DeMeo, o sea, que podía pasar de todo.

La secuencia de arranque terminó. Con el corazón en un puño, Lipper empezó a mandar pings por la red para ver qué parte de las dos docenas de dispositivos remotos no se detectaban, con la consiguiente pérdida de tiempo que

significaba solucionar el problema. Tendría suerte si el ordenador detectaba la mitad de los periféricos en el primer arranque. En fin, eran gajes del oficio.

Clicó las direcciones de red con una sensación de incredulidad. Parecía que estaba todo.

Repasó la lista. Imposible pero cierto. Toda la red estaba visible y operativa. Todos los dispositivos remotos y aparatos de luz y sonido respondían y daban muestras de una perfecta sincronización. Era como si los problemas los hubiera arreglado previamente otra persona.

Repasó otra vez la lista con el mismo resultado. La incredulidad dejó paso a una prudente alegría. No recordaba ningún otro trabajo en el que una red tan complicada hubiera estado disponible y en funcionamiento a la primera. Además no era solo la red, sino todo el proyecto el que iba sobre ruedas desde el principio. Les había costado muchos días de trabajo, de un trabajo que se hacía eterno, pero en el mundo real aún habrían tardado más. Probablemente mucho más. Respiró hondo.

—¿Qué, qué pinta tiene? —preguntó DeMeo, pegado a su espalda para ver la pantalla.

Lipper notó su aliento a cebolla.

—Buena.

Se apartó.

—¡Qué guay! —El grito de júbilo de DeMeo resonó por toda la tumba y estuvo a punto de perforar el tímpano a Lipper—. ¡Soy el número uno! ¡Un putito monstruo de las redes! —Se puso a bailar por la sala, levantando el puño y ensayando unos pasos de claqué sin mucho garbo—. Venga, vamos a probarlo.

—Se me ocurre algo mejor. ¿Por qué no sales a buscar un par de pizzas?

DeMeo lo miró con cara de sorpresa.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿No quieres hacer una prueba?

¡Vaya si quería! Pero no con el aliento de DeMeo en la nuca y sus gritos y chorradas en la oreja. Tenía ganas de admirar su obra en silencio y concentración. Necesitaba a toda costa descansar de DeMeo.

—Después de las pizzas. Invito yo.

Vio que DeMeo lo pensaba.

—Bueno, vale. ¿Tú qué quieres?

—Una napolitana y un té helado grande.

—Pues yo me pediré una hawaiana con doble de piña, jamón frito con miel, extra de ajo y dos Dr. Peppers.

Muy propio de DeMeo: suponer que a Lipper le importaban un carajo sus preferencias en materia de pizza. Lipper sacó dos billetes de veinte y se los dio.

—Gracias, colega.

Vio cómo subía pesadamente por la escalera de piedra y luego se perdía en la oscuridad. El eco de sus pasos se alejó.

En el silencio, Lipper respiró aliviado. Con un poco de suerte un autobús atropellaría a DeMeo en el camino de vuelta.

Con esa dulce idea en la cabeza volvió a fijarse en el panel de control del ordenador. Clicó en cada uno de los periféricos para ver si estaba activo y en funcionamiento y volvió a llevarse la sorpresa de que todos respondían perfectamente y al momento, como si la red ya hubiera sido depurada previamente por alguien. A pesar de sus chistes, y de sus tonterías, había que reconocer que DeMeo cumplía. Al cien por cien.

Hizo una pausa, frunciendo el entrecejo. Un icono de software saltaba como un loco. Por alguna razón las principales rutinas del espectáculo de luz y sonido se habían cargado automáticamente, cuando él las había programado específicamente en carga manual, al menos para la prueba preliminar; de ese modo podría hacer un seguimiento paso a paso de los códigos y comprobar cada módulo.

Vaya, al final sí que había un problema... Lógicamente tendría que arreglarlo, pero todo a su tiempo. De momento el software estaba cargado; los controladores, en red y preparados; las pantallas, en su sitio, y la máquina de humo, llena.

Era el momento de ponerlo todo en marcha.

Volvió a respirar profundamente, saboreando la paz y el silencio, pero justo cuando estaba a punto de pulsar la tecla enter, para dar la orden de ejecutar el programa, algo llamó su atención. Acababa de oír ruido en lo más hondo de la tumba, en la Sala de la Verdad o en la propia cámara sepulcral. No podía ser DeMeo, que llegaría por el otro lado. Además las pizzas tardarían como mínimo media hora. Con algo de suerte hasta cuarenta minutos.

Quizá fuera un vigilante.

Otra vez el mismo ruido, seco, extraño, furtivo. No, no podía ser un vigilante. ¿Ratones?

Se levantó indeciso. Probablemente no era nada. Se estaba dejando influir por los estúpidos rumores que habían empezado a circular entre los vigilantes sobre una maldición. Lo más probable era que se tratase de un simple ratón, de los que habían infestado las antiguas galerías egipcias hasta el punto de que el departamento de mantenimiento había tenido que instalar trampas adhesivas. Por otro lado, si uno de ellos había conseguido infiltrarse en la tumba propiamente dicha, por ejemplo a través de uno de los agujeros destapados por DeMeo para pasar los cables, los dientes de un solo roedor clavados en un cable bastarían para paralizar todo el sistema, provocando un retraso de horas o días, según lo que tardasen en examinar los cables del demonio uno por uno, centímetro a centímetro.

Oyó otro susurro como de hojas secas movidas por el viento. Lipper atenuó las luces, cogió el abrigo de DeMeo —para echárselo encima al ratón, si lo

encontraba—, se levantó y se adentró sigilosamente en las profundidades de la tumba.

Teddy DeMeo buscó su tarjeta y la pasó por la cerradura recién instalada de la sección egipcia, mientras vigilaba que no se le cayeran las pizzas. ¡Qué rabia! Estaban frías. Los vigilantes de la entrada de seguridad se habían tomado con calma la identificación, y eso que eran los mismos idiotas que lo habían dejado salir veinticinco minutos antes. ¿Seguridad? Mejor dicho ineptitud.

La puerta de la sección egipcia se cerró con un susurro. DeMeo llegó al fondo de la sala, entró en el anexo... y se llevó la sorpresa de encontrar cerradas las puertas de la tumba.

Nació en su mente una sospecha: ¿y si Lipper había hecho la primera prueba sin él?, pero la descartó enseguida. Lipper podía ser un maniático con ínfulas de artista, y un cascarrabias de tomo y lomo, pero en el fondo era buen tío.

Sacó la tarjeta y la pasó por el lector, con el clic correspondiente de la cerradura. Haciendo equilibrios con las pizzas y las bebidas, metió un codo por la puerta, la empujó y deslizó el resto de su cuerpo justo antes de que volviera a cerrarse con otro clic.

Las luces habían bajado al nivel I, como después de ejecutar el software. DeMeo tuvo otra punzada de sospecha.

—¡Eh, Jayce! —dijo en voz alta—. ¡Pizza a domicilio!

Bajó por la escalera y recorrió todo el pasillo sin pararse. Solo lo hizo en el puente del pozo.

—¡Jayce! ¡Ya están aquí las pizzas!

Oyó cómo se apagaba el eco. No, seguro que Lipper no había hecho una prueba sin él. Con todo el tiempo que habían dedicado juntos al proyecto... No era tan cabrón. Lo más probable era que llevara puestos los auriculares para revisar la banda sonora o algo por el estilo. También era posible que tuviera encendido el iPod. No sería la primera vez que trabajaba escuchando música. DeMeo cruzó el puente y entró en la zona de trabajo principal, la Sala de los Carros.

Justo entonces oyó un paso lejano. Al menos le había parecido un paso, aunque tenía una reverberación un poco rara. Llegaba de más adentro de la tumba, probablemente de la cámara sepulcral.

—¿Eres tú, Jayce?

Fue el primer momento en que sintió un cosquilleo de alarma. Tras dejar las pizzas en la mesa de trabajo, dio unos pasos hacia la Sala de la Verdad y la cámara sepulcral. Estaba todo bastante oscuro, en el nivel I de iluminación, igual que el resto de la tumba. La verdad, no veía nada.

Volvió a la mesa de trabajo y miró el ordenador. Estaba totalmente

inicializado, con el software cargado y en modo de espera. Hizo clic en el icono de iluminación, intentando acordarse de cómo se aumentaba la luz. Lipper lo había hecho cien veces, pero DeMeo nunca se había fijado mucho. Se abrió una ventana con varios controles deslizantes. Clicó donde ponía Sala de los Carros.

¡Maldición! La luz disminuyó, acentuando aún más la penumbra que bañaba los inquietantes relieves y estatuas egipcios. DeMeo clicó rápidamente el control deslizante en la otra dirección. Las luces se intensificaron. Procedió a subir las del resto de la tumba.

Un golpe seco le hizo dar un respingo y girarse.

—¿Jayce?

Estaba claro que había sido en la cámara sepulcral.

Se rió.

—¡Jayce, tío, ven aquí, que traigo las pizzas!

Otra vez el ruido raro: Chis... ¡pum! Chis... ¡pum! Como si alguien o algo cojeara.

—Suenan igual que *La maldición de la momia*. ¡Muy bueno, Jayce! ¡Ja ja ja!

No hubo respuesta.

DeMeo se apartó riendo del ordenador para ir al fondo de la Sala de la Verdad, evitando mirar la imagen en cuclillas de Ammut. Por alguna razón, el dios egipcio devorador de corazones con cabeza de cocodrilo y melena de león le daba aún más miedo que el resto de la tumba.

Se paró al otro lado de la puerta de la cámara sepulcral.

—¡Qué gracioso eres, Jayce!

Esperaba una risa de Lipper, ver salir su cuerpo flacucho de detrás de un pilar, pero el silencio seguía siendo absoluto. Tragó saliva con nerviosismo y agachó la cabeza para inspeccionar la tumba.

Nada. El resto de las puertas que daban a la cámara sepulcral estaban oscuras. No formaban parte del sistema de iluminación. Lipper debía de estar escondido en una de esas salas, a punto de saltar y darle un susto de muerte.

—¡Oye, Jayce, ya está bien! Se van a enfriar aún más las pizzas.

Todas las luces se apagaron de golpe.

—¡Eh!

DeMeo se giró rápidamente, pero la Sala de la Verdad formaba un recodo que impedía ver la Sala de los Carros, así como el resplandor azul y tranquilizador de las pantallas LCD.

Dio otra media vuelta. Acababa de oír a sus espaldas los mismos pasos raros y arrastrados de antes, pero más cerca.

—No tiene gracia, Jayce.

Buscó a tientas la linterna, pero no la llevaba encima. Claro, la había dejado en la mesa de la Sala de los Carros ¿Por qué no veía la luz indirecta de los LCD? ¿También se habían quedado sin corriente? La oscuridad era total.

—¡Vamos, Jayce, para ya! Lo digo en serio.

Retrocedió en la oscuridad, arrastrando los pies, y al chocar con un pilar lo rodeó a ciegas. Mientras tanto los pasos seguían acercándose.

Chis... ¡pum! Chis... ¡pum!

—¡Vamos, Jayce, corta el rollo!

De repente, aún más cerca de lo que esperaba, oyó el silbido del aire al pasar por una garganta reseca. Era un sonido rasposo, casi sibilante, lleno de algo parecido al odio.

—¡Madre mía!

Dio un paso con el puño levantado y lo estampó con todo su peso en algo que se encogió con otro silbido de serpiente.

—¡Para! ¡Para!

Oyó y sintió al mismo tiempo cómo aquella cosa se lanzaba sobre él con un sonido agudo y quejumbroso, y aunque intentó apartarse se dio cuenta con sorpresa de que había recibido un golpe brutal. Algo cortante le abrasaba el pecho. Se derrumbó entre gritos y arañazos a la oscuridad. Cuando chocó de espaldas contra el suelo sintió un peso frío en el cuello, una presión descomunal, y entre zarpazos al aire oyó el crujido de los huesos de su cuello, seguido en sus ojos por el súbito estallido de una luz cegadora de color de orina. Después de eso, nada.

Grande y elegante, la biblioteca de la mansión del agente Pendergast en Riverside Drive podía calificarse de cualquier cosa menos de recargada, pero por una noche, pensó D'Agosta, taciturno, era el único adjetivo que le cuadraba. Las mesas, las sillas y gran parte del suelo estaban cubiertos con planos y diagramas. Media docena de caballetes con pizarras blancas mostraban esquemas, mapas y vías de entrada y salida. El reconocimiento *in situ* de hacía unas noches se había visto enriquecido por un seguimiento a distancia de alta tecnología que incluía imágenes de Herkmoor en falso color por satélite en longitudes de onda de radar e infrarrojos. Las cajas apoyadas en una de las paredes rebosaban de listados, datos procedentes del sondeo informático de la red de Herkmoor y fotografías aéreas del recinto carcelario.

En medio de aquel caos controlado, Glinn hablaba con su voz de siempre, suave y monocorde, moviéndose lo mínimo en su silla de ruedas. Había abierto la reunión con un análisis de una riqueza apabullante de detalles sobre la planta de Herkmoor y sus medidas de seguridad. En relación con ese punto D'Agosta ya estaba convencido de antemano. Si existía una cárcel a prueba de fugas era Herkmoor; sus barreras a la vieja usanza —puestos de vigilancia duplicados, triple valla— se beneficiaban del refuerzo de una serie de instrumentos de tecnología punta como «tramas» de rayos láser en todas las salidas, centenares de videocámaras digitales y una red de aparatos de escucha pasiva en los muros y el interior del recinto que detectaban cualquier ruido, desde el de alguien cavando hasta pasos furtivos. Todos los presos llevaban un aro en el tobillo con un GPS que emitía la situación del preso a una unidad de control central. Cortar el aro hacía saltar inmediatamente una alarma, a la vez que ponía en marcha una secuencia automática de cierre.

Desde el punto de vista de D'Agosta, Herkmoor era inexpugnable.

El siguiente punto abordado por Glinn, el plan de fuga propiamente dicho, fue la gota que colmó el malestar de D'Agosta. Lo peor no era que la idea pareciera simplista y torpe, sino que la persona encargada de su cumplimiento resultara ser el propio D'Agosta, sin ayuda de nadie.

Miró la biblioteca mientras esperaba impacientemente que Glinn acabara. Wren había llegado antes de la reunión con diversos planos arquitectónicos de la cárcel, «préstamo» de la reserva de la biblioteca pública de Nueva York, y ahora estaba cerca de Constance Greene. Con sus ojos luminosos, y su piel casi translúcida, tenía el aspecto de un hombre de las cavernas, todavía más pálido que Pendergast... si cabía.

La mirada de D'Agosta se posó en Constance. Estaba sentada delante de Wren, frente a una mesa y un montón de libros, tomando notas de lo que decía Glinn. Llevaba un vestido negro muy austero, con una hilera de botones en forma

de perlitas que iba desde la base de la columna vertebral hasta la nuca. D'Agosta se preguntó espontáneamente quién los había abrochado. Ya la había sorprendido varias veces mientras se acariciaba una mano con la otra o contemplaba fijamente, ensimismada, el crepitar del fuego en la enorme chimenea.

«Seguro que lo ve con el mismo escepticismo que yo», pensó. Entre otras razones porque en vista de quiénes eran los integrantes del cuarteto —reducido a tal por la incomprensible ausencia de Proctor, el chófer—, D'Agosta era incapaz de imaginar a un grupo menos indicado para una misión de aquella magnitud. Tenía que reconocer que Glinn nunca le había caído demasiado bien. Se preguntó si finalmente habría encontrado la horma de su zapato en la cárcel de Herkmoor.

Glinn hizo una pausa en su letanía para mirar a D'Agosta.

—¿Tiene alguna pregunta o comentario, teniente?

—Sí, un comentario: este plan es una locura.

—Me he expresado mal. ¿Tiene algún comentario importante?

—¿Acaso cree que puedo presentarme como Pedro por su casa, montar el número y marcharme de rositas? Estamos hablando de Herkmoor. Tendré suerte si no acabo en la celda contigua a la de Pendergast.

La expresión de Glinn no varió.

—Mientras se ajuste al guión, no habrá problemas y se irá «de rositas». Todo está planeado hasta el último detalle. Sabemos exactamente cómo reaccionarán los guardias y el personal de la cárcel a todos sus movimientos. —Una sonrisa repentina tensó sin alegría los finos labios de Glinn—. De hecho ese es el punto débil de Herkmoor; eso y los aros GPS que muestran la posición de todos los presos en el conjunto de la cárcel con solo pulsar una tecla. Una innovación muy imprudente.

—Y si entro y monto una escena, ¿no sospecharán?

—Si sigue el guión no. Usted es el único que puede obtener determinada información crucial. Y el único capaz de realizar ciertos preparativos.

—¿Preparativos?

—Dentro de poco se lo explicaré.

D'Agosta sintió que aumentaba su frustración.

—Perdone que se lo diga, pero una vez dentro sus planes serán papel mojado. Estamos hablando de la realidad. La gente es imprevisible. No se puede saber qué harán.

Glinn lo miró sin moverse.

—Disculpe que le lleve la contraria, teniente, pero los seres humanos son extremadamente previsibles, sobre todo en un entorno como Herkmoor donde las normas de comportamiento están estipuladas con extrema minuciosidad. Quizá a usted el plan le parezca simple, y hasta estúpido, pero ahí está su fuerza.

—Para lo único que servirá será para joderme aún más de lo que estoy.

Después del exabrupto, D'Agosta miró a Constance de reojo, pero la extraña

mirada de la joven seguía fija en la chimenea. Ni siquiera parecía haberlo oído.

—Nosotros nunca fallamos —dijo Glinn, manteniendo una calma y una neutralidad exasperantes—. Es nuestra garantía. Solo tiene que seguir las instrucciones, teniente.

—¿Sabe qué nos hace realmente falta? Un par de ojos dentro de la cárcel. ¡No me diga que no se puede sobornar a alguno de los guardias, o chantajearlo, o lo que sea! ¡Los celadores de las cárceles son lo más parecido a un delincuente, y lo digo por experiencia!

—Estos no. Sería una verdadera insensatez intentar sobornarlos. —Glinn aproximó la silla de ruedas a una mesa—. De todos modos, ¿estaría más tranquilo si le dijera que ya tenemos a alguien dentro?

—¡Hombre, claro!

—¿Nos aseguraría su colaboración? ¿Acallaría todas sus dudas?

—Si fuera una fuente fiable, sí.

—Creo que nuestra fuente le parecerá irreprochable.

Glinn cogió un papel y se lo tendió a D'Agosta.

El teniente le echó un vistazo. Contenía una larga columna de números, cada uno de ellos con dos horas.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un horario de rondas de vigilancia durante las horas de cierre, desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana. Solo es una pequeña parte del material aprovechable que ha llegado a nuestras manos.

D'Agosta estaba impresionado.

—¿Se puede saber cómo lo ha conseguido?

Glinn se permitió una sonrisa; al menos D'Agosta consideró como tal un afinamiento casi imperceptible de sus labios.

—Por nuestra fuente interna.

—¿Y quién es esa fuente, si se puede preguntar?

—Lo conoce muy bien.

La sorpresa de D'Agosta se hizo mayúscula.

—¿No se referirá...?

—Al agente especial Pendergast.

Se dejó caer en el sillón.

—¿Cómo se lo ha hecho llegar?

Esta vez lo que tensó las facciones de Glinn fue una auténtica sonrisa.

—Pero teniente, ¿no se acuerda? Me lo trajo usted.

—¿Yo?

Glinn metió la mano debajo de la mesa y sacó una caja de plástico. Al mirar su interior, D'Agosta se llevó la sorpresa de ver parte de la basura que había recogido durante su reconocimiento de los alrededores de la cárcel: envoltorios de chicle y trozos de tela que habían sido cuidadosamente secados, planchados y

montados entre láminas de plástico. Al fijarse en los trozos de tela distinguió algunas marcas.

—La celda de Pendergast, como la mayoría de las de Herkmoor, tiene un viejo desagüe que nunca ha sido conectado al sistema moderno de tratamiento de aguas residuales. Desagua en una cuenca que hay fuera de los muros de la cárcel, la cual a su vez desagua en Herkmoor Creek. Pendergast nos escribe un mensaje en un trozo de basura, lo mete en el desagüe y lo expulsa con agua del grifo, que acaba en el arroyo. Es muy sencillo. Lo descubrimos porque hace poco el departamento de medio ambiente citó a Herkmoor por no cumplir la normativa de aguas.

—¿Y la tinta? ¿Y lo necesario para escribir? Es lo primero que deben de quitarle.

—Francamente, no sé cómo se las arregla.

Se hizo un breve silencio.

—Pero sabía que se comunicaría con nosotros —dijo D'Agosta en voz baja.

—Naturalmente.

A su pesar, D'Agosta estaba impresionado.

—Lástima que no haya ninguna forma de enviarle información a él...

Una chispa de ironía y diversión alumbró brevemente los ojos de Glinn.

—Desde que averiguamos el número de celda eso ha sido lo más fácil.

Antes de que D'Agosta pudiera contestar se oyó algo dentro de la biblioteca. Eran unas notas agudas, suaves y urgentes a la vez, que llegaban de donde estaba Constance. D'Agosta se giró justo a tiempo para ver cómo recogía de la alfombra un ratoncito que al parecer se había caído de su bolsillo. Constance lo tranquilizó con palabras dulces y lo acarició suavemente antes de volver a meterlo en su escondrijo. Al darse cuenta del silencio, y sentirse observada, levantó la cabeza y se sonrojó.

—¡Qué animalito más encantador! —dijo Wren después de un rato—. No sabía que te gustaran los ratones.

Constance sonrió nerviosa.

—¿Dónde lo has encontrado, pequeña? —añadió Wren con voz aguda y tensa.

—Pues... en el sótano.

—Ah, ¿sí?

—Sí, entre las colecciones. Están infestadas.

—Me parece muy dócil. Los ratones blancos no suelen andar sueltos.

—Quizá se le escapara a su dueño —dijo ella con cierta irritación. Se levantó

—. Estoy cansada. Si tienen la amabilidad de disculparme... Buenas noches.

Después de su salida, y de un corto intervalo de silencio, Glinn habló en voz baja.

—Entre los papeles había otro mensaje de Pendergast, urgente pero sin ninguna relación con lo que nos ocupa.

—¿Sobre qué?

—Sobre ella. A usted, señor Wren, le pide que la vigile muy atentamente durante las horas del día, siempre que esté usted despierto, y que de noche, cuando se vaya a trabajar a la biblioteca, se asegure de que la casa esté bien cerrada, y ella, dentro.

Wren parecía contento.

—¡No faltaría más! Será un placer. Un gran placer.

Glinn miró a D'Agosta.

—En cuanto a usted, aunque viva en la casa, le pide que se comprometa a pasar de vez en cuando durante sus horas de trabajo para ver si Constance está bien.

—Parece preocupado.

—Mucho.

Tras una pausa, Glinn abrió un cajón y empezó a sacar objetos y dejarlos sobre la mesa: una petaca de whisky, una memoria flash de ordenador, un rollo de cinta aislante, una lámina enrollada de plástico Mylar reflectante, una cápsula de líquido marrón, una aguja hipodérmica, un par de cúters pequeños para alambre, un bolígrafo y una tarjeta de crédito.

—Y ahora, teniente, repasemos los preparativos que debe lograr una vez dentro de Herkmoor...

Más tarde, cuando ya estaban guardados todos los mapas, cajas y esquemas, y D'Agosta acompañaba a Glinn y Wren a la puerta principal de la mansión, el viejo bibliotecario se quedó un ratito más.

—¿Sería tan amable de escucharme un momento? —dijo, tirando de la manga de D'Agosta.

—Sí, claro —dijo D'Agosta.

Wren se inclinó como si fuera a contarle un secreto.

—Usted, teniente, ignora las... las circunstancias del pasado de Constance. Solo le diré que son... insólitas.

D'Agosta vaciló, sorprendido por la agitación que leía en los ojos del extraño personaje.

—Yo conozco muy bien a Constance. Fui yo quien la encontró en esta casa, donde estaba escondida. Siempre ha sido escrupulosamente sincera, de una sinceridad dolorosa a veces, pero esta noche ha mentido por primera vez

—¿El ratón blanco?

Wren asintió con la cabeza.

—No tengo la menor idea de qué significa. De lo único que estoy seguro es de que Constance tiene problemas, teniente. Emocionalmente es un castillo de naipes a merced del primer soplo de viento. Tenemos que vigilarla muy de

cerca, tanto usted como yo.

—Gracias por la información, señor Wren. Pasaré a verla con toda la frecuencia que pueda.

Wren sostuvo su mirada con una intensidad muy peculiar. Después asintió con la cabeza, estrechó brevemente la mano de D'Agosta con su zarpa huesuda y desapareció en la fría oscuridad.

El preso que recibía el nombre de A estaba sentado en el catre de la celda de aislamiento 44, en lo más profundo del Centro de Detención Preventiva de Delinquentes Violentos de Alto Riesgo, el « agujero negro », de Herkmoor. Era una celda de una desnudez monástica, con unas dimensiones de dos metros y medio por tres; las paredes estaban recién encaladas, el suelo era de cemento y había un desagüe central, un váter en el rincón, un grifo con su pila, un radiador y una cama estrecha de metal. La única fuente de luz era una bombilla fluorescente empotrada en el techo, protegida por una reja metálica. No había interruptor. La bombilla se encendía a las seis de la mañana y se apagaba a las diez de la noche. La parte superior de la pared del fondo albergaba la única ventana de la celda, profunda y con barrotes, de cinco centímetros de ancho y casi cuarenta de alto.

El preso, vestido con un mono gris muy bien planchado, llevaba muchas horas sentado en el colchón sin moverse ni emitir ningún sonido. Su cara alargada estaba pálida, impasible, con los ojos plateados hundidos en las órbitas y el pelo rubio, casi blanco, peinado hacia atrás. Sin ningún movimiento, ni siquiera en sus ojos, escuchaba los ruidos suaves y rítmicos que se filtraban de la celda de al lado, la 45.

Era como un solo de batería, una sucesión de compases de una complejidad rítmica extraordinaria que, fuertes o suaves, rápidos o lentos, pasaban de la baranda metálica del catre al colchón, del colchón a las paredes, de las paredes al váter, del váter a la pila, de la pila a los barrotes y vuelta a empezar. En ese momento el preso marcaba el ritmo en la baranda de la cama, con alguna palmada suelta y algún que otro excursio en el colchón, a la vez que hacía « pop » y « clac » rápidamente con los labios y la lengua. Los ritmos, incesantes, subían y bajaban como el viento, acelerándose en un frenesí de metrallata o revirtiendo a una indolencia sincopada. A veces parecían a punto de parar, pero un suave « tap... tap... tap » indicaba su continuidad.

Una persona con conocimientos de ritmo podría haber reconocido la extraordinaria variedad de esquemas y estilos rítmicos que procedía de la celda de aislamiento 45: un ritmo kassagbe del Congo fundiéndose con un down-tempo funk-out, y este a su vez con un pop-and-lock que evolucionaba secuencialmente hasta desembocar en un shakeout, un wormhole, un glam y luego un largo riff seudoelectroclash. Acto seguido un rápido eurostomp desembocaba en un nasty seguido por un twist-stick hip-hop y un tom club. Un momento de silencio... y de pronto empezaba un blues lento de Chicago que se convertía en un sinfín de otros ritmos con nombre o sin él, entretejidos y enlazados en una continua trenza de sonido.

El preso que recibía el nombre de A no era aficionado al ritmo. Entre sus

muchos conocimientos no figuraba el arte de la percusión.

Sin embargo escuchaba.

Finalmente, cuando faltaba media hora para que se apagaran las luces, el preso que recibía el nombre de A cambió de postura en el catre, se giró hacia el cabezal y dio dos golpecitos seguidos, cautelosos, con el índice izquierdo. Empezó marcando un simple ritmo 4/4. A medida que pasaban los minutos, lo ensayó en el colchón, la pared y la pila como si fuera una manera de investigar sus timbres, tonos y amplitudes antes de volver al cabezal. Mientras seguía marcando el tiempo de 4/4 con el dedo izquierdo, empezó a marcar otro con el derecho. Este acompañamiento rítmico tan simple no le impedía escuchar atentamente la exhibición de virtuosismo de la celda contigua.

Llegó el momento de apagar las luces. Todo quedó a oscuras. Transcurrió una hora. Otra. La ejecución del preso sufrió un cambio sutil. Esmerándose en seguir el ejemplo del percusionista, A incorporó a su repertorio alguna síncopa inhabitual y algún compás de 3/2. Cada vez engranaba más su ritmo con la trama sonora que llegaba de al lado, siguiendo el compás que marcaba su vecino y aumentando o disminuyendo la cadencia en función de las indicaciones del percusionista.

Medianoche. El percusionista de la celda 45 seguía tocando, así como el preso que recibía el nombre de A. Este se estaba dando cuenta de que tocar la batería, una actividad que siempre había despreciado por tosca y primitiva, procuraba una satisfacción mental muy especial. Abría una puerta en la angosta y fea realidad de su celda, la puerta a un gran espacio abstracto de precisión y complejidad matemáticas. Siguió secundando los ritmos del preso de la 45 pero sin dejar de incrementar la complejidad de sus propios esquemas.

Fue pasando la noche. Los otros presos del bloque de aislamiento —pocos, y situados a cierta distancia en el pasillo— ya hacía tiempo que dormían, mientras que los de las celdas 44 y 45 seguían compartiendo ritmos. A medida que el preso que recibía el nombre de A profundizaba en el extraño y nuevo mundo del ritmo interior y exterior, empezó a comprender a su vecino y su enfermedad mental. De hecho era lo que pretendía. Se trataba de algo imposible de explicar con palabras, algo inaccesible al lenguaje, a las teorías psicológicas, a la psicoterapia e incluso a la medicación.

Sin embargo, gracias a una imitación muy concienzuda del ritmo en toda su complejidad, el preso de la 44 ya estaba muy cerca, ya empezaba a penetrar en el mundo privado del percusionista. Empezaba a entenderlo a un nivel de neurología básica, con sus motivaciones y el porqué de sus actos.

Despacio, con cuidado, se atrevió a alterar el ritmo con nuevas combinaciones experimentales, para ver si era capaz de tomar el mando e inducir al percusionista a seguir su ejemplo. Ante el éxito del experimento, empezó a modificar muy sutilmente el tempo y transformar el ritmo. Su enfoque

no tenía nada de precipitado. Cada nueva cadencia, cada ritmo modificado, se controlaba y calculaba al milímetro para desembocar en el efecto deseado.

Durante la hora siguiente, la dinámica entre ambos presos empezó a cambiar. Sin darse cuenta, el percusionista dejó de ser el líder y se convirtió en seguidor.

El preso A continuó cambiando el ritmo, reduciendo y aumentando su velocidad en grados infinitesimales hasta que tuvo la seguridad de que era él quien lo marcaba, y de que el percusionista de la celda de al lado seguía inconscientemente su tempo y dirección. Entonces, extremando la prudencia, empezó a ralentizar sus golpes, pero no de modo constante, sino con aceleraciones y desaceleraciones, riffs y cambios aprendidos de su vecino, que siempre terminaban en un tempo algo más lento. El resultado final fue un compás lento y soñoliento como la melaza.

Dejó de tocar.

Después de algunas tentativas, el hombre de la celda de aislamiento 45 perdió comba y también paró.

Se hizo un largo silencio.

Una voz ronca y susurrante salió de la celda 45.

—¿Quién... quién es?

—Me llamo Aloysius Pendergast —fue la respuesta— y estoy encantado de conocerlo.

Una hora después reinaba un grato silencio. Pendergast estaba tumbado en el catre con los ojos cerrados, pero sin dormir. En un momento dado abrió los ojos y escudriñó la esfera ligeramente luminosa de su reloj, la única pertenencia que la ley permitía conservar a los presos. Las cuatro menos dos minutos de la madrugada. Esperó con los ojos abiertos. A las cuatro en punto apareció un puntito de luz verde en la pared del fondo, que después de algunos saltos empezó a estabilizarse. Pendergast reconoció un láser verde DPSS de 532nm. No era más que la luz de un puntero láser muy caro que alguien dirigía hacia su ventana desde un escondrijo alejado de los muros de la cárcel. Tras quedarse quieta, la luz empezó a parpadear; repetía una breve introducción en una clave monofónica sencilla comprimida para acortar la transmisión. La introducción se repitió cuatro veces para asegurarse de que Pendergast reconocía la clave. El mensaje propiamente dicho empezó después de una pausa.

TRANSMISIÓN RECIBIDA
TODAVÍA ANALIZAMOS VÍAS ÓPTIMAS DE SALIDA
PODRÍA SER PRECISO TRASLADO POR SU PARTE
SERÁ INFORMADO LO ANTES POSIBLE
SIGUEN PREGUNTAS COMUNÍQUESE SEGÚN PROCEDIMIENTO
HABITUAL
DESCRIBA PRIVILEGIOS Y HORARIOS PATIO

OBTENGA MUESTRAS MATERIALES UNIFORMES, PANTALONES Y CAMISAS CELADORES

Aparecieron nuevas peticiones y preguntas, algunas extrañas y otras muy normales. Pendergast no hizo el menor ademán de tomar notas, sino que lo memorizó todo.

La última pregunta lo desconcertó un poco.

¿ESTÁ DISPUESTO A MATAR?

En ese momento el láser desapareció. Pendergast se incorporó hasta quedar sentado en el colchón, y lo palpó por debajo para sacar un trozo de tela duro y gastado, junto a una rodaja de limón perteneciente a una de sus últimas comidas. Después se quitó un zapato, lo puso debajo del grifo, abrió el agua, echó unas gotas en la jabonera y remojó el zapato. A continuación exprimió la rodaja de limón en el agua y usó el trozo de tela para quitar un poco de betún del zapato. En poco tiempo la jabonera pasó a contener una pequeña cantidad de líquido oscuro. Pendergast hizo una pausa en la oscuridad, y cuando tuvo la certeza de que sus movimientos pasaban inadvertidos deshizo una esquina de la cama, arrancó una tira larga de la parte de la sábana metida bajo el colchón y la puso en el borde de la pila. Después quitó un cordón del zapato, mojó la punta metálica —previamente afilada y cortada— en el líquido y empezó a escribir con una letra menuda, de pulcritud fanática, cubriendo la tira de algodón con caracteres claros.

A las cinco menos cuarto ya había respondido a todas las preguntas. Colocó el trozo de sábana sobre el radiador para que el calor oscureciera y fijara lo escrito. Mientras la enrollaba, hizo una pausa y añadió otro renglón al pie: «Sigan vigilando estrechamente a Constance. Y usted, mi querido Vincent, ¡ánimo!».

Faltaba una hora para que lo despertaran. Se acostó con las manos cruzadas en el pecho y se durmió enseguida.

Mary Johnson empujó la enorme puerta de la galería egipcia y buscó a tientas los interruptores en la pared de frío mármol. Sabía que los técnicos llevaban varios días trabajando en la tumba hasta muy tarde, pero a las seis siempre se habían ido. El trabajo de Johnson era dejarlo todo abierto para las empresas subcontratadas, encender las luces y comprobar que todo estuviera en su sitio.

Al encontrar la fila de interruptores, los accionó con su regordete índice. Se encendieron varias hileras de apliques viejos de cristal y bronce cuya suave luz incandescente bañó la sala parcialmente reformada. Johnson se quedó un poco más en la puerta para echar un vistazo general, apoyando los puños en sus rotundas caderas. Tras comprobar que todo estaba en orden, fue al fondo de la sala tarareando viejas canciones disco que hacían que su culo gigantesco se balanceara, mientras daba vueltas a un manajo de llaves. El eco de las llaves, los tacones y la voz desafinada por el gran espacio de la sala creaba un envoltorio sonoro tranquilizador que desde hacía treinta años hacía más llevadero su trabajo nocturno en el Museo de Historia Natural de Nueva York.

Al llegar al anexo encendió todas las luces de golpe y cruzó el espacio lleno de ecos para deslizar su tarjeta por las nuevas puertas de seguridad que daban acceso a la tumba de Senef. En el momento en que se abrió la cerradura, y en que se separaron las puertas automáticas con un zumbido, apareció la tumba; Johnson se quedó en el umbral, frunciendo el entrecejo. A esas horas tenía que estar todo oscuro, no iluminado.

« ¡Qué descuidados! ¡Se han dejado las luces encendidas! »

Después de un rato sacudió la cabeza y aspiró con desdén por la nariz, reprochándose su incertidumbre. Algunos guardias con parientes que habían trabajado en el museo durante los años treinta habían hecho circular rumores de que la tumba estaba maldita, de que si la habían tapiado era por algo y de que era un gran error volver a abrirla. Ah, pero ¿había alguna tumba egipcia que no estuviera maldita? Por otro lado, Mary Johnson se las daba de práctica y poco amiga de complicaciones en el trabajo. « A mí que me digan qué tengo que hacer y lo hago, sin pijadas, quejas ni excusas » .

¡Qué maldición ni qué leches!

Chasqueando la lengua, bajó por la ancha escalera que llevaba a la tumba. Las notas que salían de su boca reverberaron en el espacio cerrado.

« *Stayin' alive, stayin' alive...* ».

Su peso descomunal hizo temblar el puente del pozo. Al llegar a la sala del fondo hizo una pausa. Ahí era donde esos chalados informáticos habían instalado mesas llenas de aparatos. Intentando no pisar los cables que cubrían sinuosamente el suelo, dedicó una mirada de reproche a las cajas de pizza manchadas de grasa amontonadas en una de las mesas, a las latas de Coca-Cola

y a los envoltorios de chocolatinas tirados por el suelo. Los de mantenimiento no pasaban hasta las siete, pero no era problema suyo.

Durante las tres décadas que llevaba en el museo, Mary Johnson había visto de todo: unos que llegaban, otros que se iban, los asesinatos del museo, los del metro, la desaparición del doctor Frock, el asesinato del viejo señor Puck, el de Margo Green, frustrado,... Era el museo más grande del mundo, y con el tiempo Mary había descubierto que trabajar en él era un gran reto en todos los aspectos. La contrapartida eran unos pluses fantásticos, y unos permisos de vacaciones muy correctos. Por no hablar del prestigio.

Siguió caminando. Al entrar en la Sala de los Carros se paró a inspeccionarla por encima. Luego se asomó a la cámara sepulcral. Todo parecía normal. A punto de girarse, percibió un rastro de olor a podrido y buscó su origen, arrugando instintivamente la nariz. Uno de los pilares más próximos a ella estaba salpicado de algo húmedo, con grumos.

Cogió la radio.

—Mary Johnson llamando a Central. ¿Me oís?

—Aquí Central. Recibido, Mary.

—Que baje una brigada de limpieza a la tumba de Senef, a la cámara sepulcral.

—¿Qué pasa?

—Un vómito.

—¡Vaya! ¡No habrán vuelto a ser los vigilantes de noche!

—A saber. Igual los técnicos se han pegado una juerga.

—Ahora avisamos a mantenimiento.

Johnson apagó la radio y dio un rápido paseo por la cámara sepulcral. La experiencia le había enseñado que los vómitos no solían encontrarse en un solo lugar. Más valía hallar cuanto antes el resto. A pesar de su volumen, Johnson caminaba muy deprisa. Después de haber recorrido más de la mitad del circuito, resbaló con el zapato izquierdo en el suelo mojado y su propio impulso la hizo caer de lado, con lo que se dio un golpe considerable en la piedra pulida.

—¡Mierda!

Se quedó sentada. No se había hecho daño. Solo había sido un susto. La causa del resbalón era un charco de una sustancia oscura que olía a cobre. Johnson había parado la caída con las manos. Al levantarlas reconoció enseguida qué era: sangre.

—¡Dios bendito!

Se levantó con cuidado y buscó maquinalmente algo para limpiarse las manos, pero como no veía nada prefirió seguir caminando mientras se las restregaba en los pantalones. Total, ya estaban para el arrastre... Descolgó la radio.

—Johnson llamando a Central. ¿Me oís?

—Afirmativo.

—También hay un charco de sangre.

—¿Qué has dicho? ¿Sangre? ¿Cuánta?

—Bastante.

Silencio. Del gran charco de sangre donde había resbalado partía un rastro que llevaba hasta el enorme sarcófago abierto de granito del centro de la sala. En un lado, sobre los jeroglíficos en relieve, había una mancha de sangre que no podía pasar inadvertida. Era como si alguien hubiera levantado algo para echarlo en su interior.

De repente Johnson tuvo ganas de cualquier cosa menos de mirar dentro del sarcófago. Algo, sin embargo —tal vez su inveterado sentido del deber—, la hizo avanzar despacio. La radio, que aún llevaba en la mano sin darse cuenta, chisporroteó.

—¿Bastante? —graznó la voz aguda de la Central—. ¿Eso qué quiere decir?

Cuando estuvo al borde del sarcófago, Johnson se asomó. Había un cuerpo de espaldas. Era un cuerpo humano, seguro, pero no podía precisar más. Tenía la cara llena de cortes y desfigurada, y el esternón partido, con las costillas abiertas como una doble puerta. En vez de los pulmones, y del resto de los órganos, solo había una cavidad roja. Pero lo que se le quedó grabado, lo que le daría pesadillas durante muchos años, fueron las bermudas azul eléctrico de la víctima.

—¿Mary? —crujó la radio.

Tragó saliva sin poder responder. Acababa de fijarse en un reguero de gotas de sangre que iba hacia la entrada de una de las habitaciones pequeñas adyacentes a la cámara sepulcral. La entrada estaba oscura. No se veía nada.

—¿Mary? ¿Me oyes?

Levantó despacio la radio hasta sus labios, volvió a tragar saliva y recuperó la voz.

—Te oigo.

—¿Qué pasa?

Mary Johnson se apartó despacio del sarcófago con la mirada fija en el oscuro y pequeño rectángulo del fondo. No tenía por qué ir. Ya había visto bastante. Siguió retrocediendo. Justo después de hacer girar con precaución su voluminoso cuerpo, cuando ya se acercaba a la salida de la cámara, le ocurrió algo raro en las piernas.

—¡Mary! ¡Ahora mismo bajan los de seguridad! ¡Mary!

Dio otro paso, se tambaleó y sintió que caía, como si la empujara una fuerza irresistible. Rodó hasta quedarse sentada. Después fue inclinando la espalda como a cámara lenta y se quedó apoyada en el dintel de la puerta.

Así fue como la encontraron ocho minutos más tarde, totalmente despierta y mirando fijamente el techo con lágrimas en las mejillas.

La capitana de Homicidios, Laura Hayward, llegó cuando prácticamente ya estaba analizado el escenario del crimen. Lo prefería así. Ella, que había subido paso a paso por el escalafón de Homicidios, sabía que a la policía científica no le hacía ninguna falta el aliento de una capitana en la nuca para hacer bien su trabajo.

En la entrada de la galería egipcia, donde habían puesto el cordón, se encontró a un grupo de policías y empleados de seguridad del museo que intercambiaban fúnebres susurros. Al ver al jefe de seguridad, Jack Manetti, le hizo una señal con la cabeza para que la acompañara. Tras cruzar el umbral de la tumba se paró a evaluar la situación; el aire olía a cerrado y a polvo.

—Señor Manetti, ¿quién ha entrado durante la noche?—preguntó.

—Tengo una lista de trabajadores y subcontratados con autorización. Son bastantes, pero parece que los únicos que no se han identificado a la salida han sido dos técnicos, la víctima y el hombre que sigue desaparecido, Jay Lipper.

Hayward asintió con la cabeza y empezó a caminar por la tumba memorizando la secuencia de salas, escaleras y pasadizos para construir una imagen mental en tres dimensiones. Al cabo de unos minutos llegó a una gran sala con pilares. Se fijó rápidamente en todo: las mesas llenas de material informático, las cajas de pizzas, los cables que salían en todas las direcciones... Todo estaba lleno de etiquetas de la policía científica.

Vio que se acercaba un sargento unos diez años mayor que ella, un tal Eddie Visconti, si mal no recordaba. Parecía eficiente. Su mirada era despierta, iba bien vestido y era respetuoso pero sin exagerar. Hayward era consciente de que en el cuerpo había personas reacias a responder ante una mujer más joven que ellos, y el doble de experimentada, pero Visconti parecía haberlo asimilado.

—¿Ha llegado el primero, sargento?

—Sí, capitana, yo y mi compañero.

—Hágame un resumen rápido.

—Dos informáticos se han quedado a trabajar hasta muy tarde, Jay Lipper y Theodore DeMeo. Llevaban toda la semana saliendo a altas horas de la noche por la presión de inaugurar la exposición a tiempo.

Hayward se giró hacia Manetti.

—¿O sea?

—Dentro de ocho días.

—Siga.

—Hacia las dos DeMeo ha ido a buscar unas pizzas y Lipper se ha quedado. Hemos preguntado en la pizzería...

—No me cuente cómo ha averiguado lo que sabe, sargento. Cíñase a la reconstrucción, por favor.

—Sí, capitana. DeMeo ha vuelto con pizzas y bebidas. No sabemos si Lipper ya se había ido o si ha sido atacado en el interin. Lo que sabemos es que no han tenido tiempo de consumir la comida.

Hayward asintió con la cabeza.

—DeMeo ha dejado las pizzas y las bebidas en aquella mesa y ha entrado en la cámara sepulcral. Parece que el asesino ya estaba dentro y lo ha sorprendido.

Siguió al sargento hacia la cámara sepulcral.

—¿Arma? —preguntó.

—De momento no se sabe. En todo caso no estaba afilada. Los cortes y laceraciones son muy irregulares.

Penetraron en la cámara. Hayward reparó en la gran cantidad de sangre encharcada, en la mancha del sarcófago de piedra, en el rastro de sangre que conducía a otra habitación y en las etiquetas intensamente amarillas que lo llenaban todo como hojas secas en otoño. Un recorrido visual por la sala le permitió constatar la localización de cada mancha de sangre y calibrar la forma y el tamaño de las gotas.

—La dirección de las salpicaduras indica que el asesino se ha acercado a la víctima por la izquierda con el arma en alto, y que el recorrido descendente del arma ha seccionado de manera parcial el cuello y la yugular. La víctima ha caído al suelo, pero el culpable ha seguido clavándole el arma con ensañamiento. Se han encontrado más de cien cortes en el cuello, la cabeza, los hombros, el abdomen, las piernas y las nalgas de la víctima.

—¿Algún indicio de móvil sexual?

—No había semen ni otros fluidos corporales. Los órganos sexuales estaban intactos y el frotis anal ha dado negativo.

—Siga.

—Parece que el culpable ha destrozado el esternón de la víctima con una mezcla de cortes y golpes con el arma, y que a continuación ha sacado algunos órganos para llevarlos a la Sala de Canopes y echarlos en un par de vasijas muy grandes.

—¿Qué dice? ¿Que se los ha sacado?

—Las vísceras no estaban cortadas, sino arrancadas.

Hayward se asomó a la habitación contigua. Un técnico fotografiaba a gatas las manchas del suelo con una macro. También había una hilera de recipientes para sustancias húmedas apoyados en una pared, en espera de que se los llevaran.

Lo miró todo intentando imaginar el ataque. Ya sabía que se enfrentaban con un asesino desorganizado, un perturbado con muchas probabilidades de padecer una sociopatía.

—Después de extraer los órganos —siguió explicando el sargento Visconti— el culpable ha vuelto a buscar el cadáver lo ha arrastrado hasta el sarcófago y lo

ha depositado en su interior. Luego ha debido de salir por la puerta principal de la tumba.

—Debió de tener todo el cuerpo manchado de sangre.

—Sí. De hecho hemos seguido su pista con un perro y hemos llegado hasta la cuarta planta.

Hayward levantó bruscamente la cabeza. Era un dato que desconocía.

—¿Sin salir del museo?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Bueno, no podemos estar totalmente seguros, pero hemos encontrado otra cosa en la cuarta planta, un zapato del técnico desaparecido, Lipper.

—¿En serio? ¿Creen que el asesino lo tiene prisionero?

Visconti hizo una mueca.

—Podría ser.

—¿Y si ha arrastrado su cadáver?

—Lipper no era gran cosa, un metro setenta y unos sesenta kilos. Es otra posibilidad.

Hayward titubeó, pensando fugazmente en el suplicio que podía estar viviendo Lipper, a menos que ya lo hubiera vivido. Se giró hacia Manetti.

—Quiero que precinten el museo —dijo.

El jefe de seguridad sudaba.

—Faltan diez minutos para abrir. Esto tiene doscientos mil metros cuadrados de superficie de exposición, dos mil empleados... Supongo que no lo dice en serio.

Hayward respondió sin alterarse.

—Si tan difícil es puedo llamar al jefe de policía, Rocker; así hablará por teléfono con el alcalde y la decisión podrá seguir las vías oficiales, con el correspondiente revuelo.

—No hace falta, capitana. Ahora mismo doy la orden de precintar el museo. Temporalmente.

Hayward miró a su alrededor.

—Ahora encargaremos un perfil de asesinos.

—Ya está hecho —dijo el sargento.

Hayward lo miró con interés.

—Nunca habíamos trabajado juntos, ¿verdad?

—No, capitana.

—Es un placer.

—Gracias.

Dio media vuelta y salió rápidamente de la sala y de la tumba, seguida por los demás. Tras recorrer la galería egipcia en toda su extensión se acercó al grupo del otro lado del cordón policial, a la vez que hacía señas al sargento

Visconti.

—¿Aún están aquí los perros?

—Sí.

—Quiero que se registre el edificio desde el primer piso hasta el último, y que participe todo el personal disponible, tanto si es de la policía como de la seguridad del museo. Prioridad número uno: encontrar a Lipper. Suponiendo que esté vivo y secuestrado. Segunda prioridad: coger al asesino. Los quiero a ambos antes de que acabe el día. ¿Está claro?

—Sí, capitana.

Hayward hizo una pausa, como si se hubiera acordado de algo.

—¿Quién es el responsable de la tumba?

—Una conservadora, Nora Kelly —contestó Manetti.

—Avisenla por megafonía, por favor.

De repente vio que pasaba algo en el grupo de vigilantes y policías. Se oían súplicas y gritos de angustia. Un hombre delgado y caído de hombros, con uniforme de conductor de autobús, escapó de dos policías y corrió en línea recta hacia Hayward con una mueca de dolor.

—¡Oiga, usted! —exclamó—. ¡Ayúdeme! ¡Encuentre a mi hijo!

—¿Quién es usted?

—Larry Lipper. Soy Larry Lipper. Mi hijo es Jay Lipper. Ha desaparecido y hay un asesino suelto. ¡Quiero que lo encuentren! —El hombre rompió a llorar—. ¡Encuéntrenlo!

La intensidad de su dolor hizo que los dos policías se inhibieran de salir en su persecución.

Hayward le cogió la mano.

—Es lo que pretendemos hacer, señor Lipper.

—¡Encuéntrenlo! ¡Encuéntrenlo!

Hayward miró a su alrededor hasta reconocer a una agente.

—¡Sargento Casimirovic!

La agente se acercó.

Hayward señaló al padre de Lipper con la barbilla y articuló en silencio:

—Ayúdeme.

La agente se llevó a Larry Lipper, pasándole un brazo por los hombros.

—Venga conmigo. Buscaremos un lugar tranquilo donde pueda sentarse a esperar.

Gritando, pero sin resistirse, el hombre se dejó llevar por la sargento Casimirovic.

Manetti había vuelto. Estaba al lado de Hayward con la radio en la mano.

—Tengo a Kelly.

La capitana cogió la radio y le dio las gracias con la cabeza.

—¿Doctora Kelly? Soy la capitana Hayward, de la policía de Nueva York.

—¿En qué puedo ayudarla?—contestó una voz.

—La Sala de Canopes de la tumba de Senef. ¿Qué función tiene?

—Era donde se almacenaban los órganos momificados del faraón.

—Explíquemelo un poco, por favor.

—Una de las partes del proceso de momificación es la extracción de los órganos internos del faraón para momificarlos por separado y guardarlos en canopes.

—¿Ha dicho los órganos internos?

—Exacto.

—Gracias.

Hayward devolvió la radio a Manetti. Lo hizo despacio, pensativa.

Wilson Bulke miró el pasillo situado justo debajo del tejado del pabellón 12. Una luz sucia, amarronada, pugnaba por filtrarse a través de los cristales y la tela metálica de las claraboyas, revestidas con al menos un siglo de hollín de Nueva York. A cada lado, donde casi se juntaban el techo y el suelo, se acumulaban los conductos de aire y las cañerías. Ni a la izquierda ni a la derecha de aquel largo espacio quedaba un solo centímetro que no estuviera ocupado por colecciones antiguas, tarros con animales que flotaban en formol, montones descompuestos de revistas amarillentas y modelos en yeso de animales que dejaban un estrecho pasadizo en el centro. Era un espacio tan irregular e ilógico que a simple vista ya se apreciaban media docena de cambios de altura en el techo y el suelo, o de inclinación. Parecía la casa de la risa de un parque de atracciones, con la diferencia de que no tenía ninguna gracia.

—Tengo las piernas destrozadas —dijo Bulke—. Cinco minutos de descanso.

Se sentó en una caja vieja, poniendo a prueba la resistencia de la madera, que crujió bajo el exceso de tejido adiposo de sus muslos.

Su compañero, Morris, se sentó ágilmente al lado.

—Esto es una estupidez —dijo Bulke—. Casi es de noche y aún estamos trabajando. Aquí arriba no hay nadie.

Morris, para quien nunca tenía sentido llevar la contraria a los demás, asintió con la cabeza.

—Pásame otro traguito de Jim Beam.

Sacó la petaca del bolsillo para pasársela a Bulke, que bebió y se la devolvió, secándose la boca con el dorso de la mano. Morris también bebió, pero poco y con delicadeza. Luego volvió a guardarla.

—Ni siquiera tendríamos que trabajar —dijo Bulke—. Se supone que es nuestro día libre. Tenemos derecho a descansar un poco.

—Sí, yo también lo veo así —dijo Morris.

—Ha sido buena idea traerte la petaca.

—Siempre la llevo encima.

Bulke miró su reloj. Las cinco menos veinte. La luz que se filtraba por las claraboyas empezaba a apagarse, y la oscuridad, a acumularse en los rincones. Pronto sería de noche, lo cual, teniendo en cuenta que esa parte del desván estaba en obras y habían cortado el suministro eléctrico, significaba usar linternas, lo que entorpecía aún más la búsqueda.

Bulke sintió el calor del whisky en las entrañas. Suspiró profundamente con los codos apoyados en las rodillas y miró a su alrededor.

—¿Has visto cuánta porquería? —Señaló unas estanterías metálicas bajas que contenían infinidad de tarros de cristal con medusas—. ¿De verdad las estudian?

Morris se encogió de hombros.

Bulke extendió el brazo y cogió un tarro para verlo de cerca. El líquido ambarino bañaba una especie de masa blanquecina rodeada de fofos tentáculos. Sacudió el tarro con fuerza. Cuando se calmó la turbulencia, la medusa era un simple remolino de trozos.

—Se ha deshecho. —Enseñó el tarro a Morris—. ¡Espero que no fuera importante!

Lo dejó en la estantería, carcajeándose con los ojos en blanco.

—En China se las comen —dijo Morris.

Como vigilante de tercera generación, creía saber bastante más sobre el museo que sus compañeros.

—¿El qué? ¿Las medusas?

Asintió sabiamente.

—¡Estos chinos se lo comen todo!

—Dicen que son crujientes.

Morris aspiró por la nariz y se sonó.

—¡Qué asco! —Bulke miró a su alrededor—. Esto es una estupidez —repitió—. Aquí arriba no hay nada.

—Lo que no entiendo —dijo Morris— es que reabran la tumba. Ya te conté que mi abuelo siempre decía que en los años treinta pasó algo.

—Sí, últimamente se lo cuentan hasta a las paredes.

—Algo malo de verdad.

—Ya me lo contarás otro día.

Bulke volvió a mirar su reloj. Si estuvieran convencidos de que arriba había algo habrían mandado a la policía, no a dos vigilantes desarmados.

—Tú no crees que el asesino haya arrastrado el cadáver hasta aquí arriba, ¿verdad? —preguntó Morris.

—¡Qué va, hombre! ¿Para qué?

—Pero los perros...

—¿Cómo quieres que huelan algo aquí arriba? ¡Con este hedor! Además, el rastro lo han perdido más abajo, en la cuarta planta.

—Supongo que tienes razón.

—Pues claro. Si de mí depende ya hemos acabado.

Bulke se levantó y se sacudió el polvo del culo.

—¿Y el resto de los desvanes?

—Ya hemos estado en todos. ¿No te acuerdas?

Bulke guiñó un ojo.

—Ah... ¡Ah, sí, es verdad!

—Más adelante no hay salida. En cambio si retrocedemos hay una escalera. Venga, vámonos abajo.

Bulke se giró y empezó a arrastrar los pies por donde habían venido. El pasillo del desván subía y bajaba de manera errática y estaba tan abarrotado que en

algunos lugares había que pasar de lado. El museo estaba formado por varias decenas de edificios conectados entre sí, y en algunas de las transiciones la altura del suelo era tan dispar que habían tenido que poner escaleras metálicas. Cruzaron un espacio lleno de ídolos de madera que hacían muecas. La etiqueta decía: « pilares funerarios nutka ». Los dos siguientes contenían moldes de yeso, en un caso de brazos y piernas y en el otro de caras.

Bulke se paró a respirar. Ya anochecía. Los moldes de caras ocupaban toda la pared, caras blancas con los ojos cerrados y un nombre en cada una de ellas. Por lo visto, todas eran de indios: « Cazador de antilopes », « Uña pequeña », « Dos nubes », « Escarcha en la hierba » ...

—¿Tú crees que son máscaras mortuorias? —preguntó Morris.

—¿Máscaras mortuorias? ¿Eso qué es?

—Sí, hombre, cuando te mueres y te sacan un molde de la cara...

—Ni idea. ¿Te apetece otro traguito de Jim Beam?

Morris sacó la petaca sin hacerse de rogar. Bulke bebió y se la devolvió.

—¿Qué es eso? —preguntó Morris, señalando con la petaca.

Bulke se giró. En el rincón había una cartera abierta con las tarjetas de crédito medio salidas. Se acercó a recogerla.

—¡Coño! ¡Aquí hay como mínimo doscientos dólares! ¿Qué hacemos?

—Ver de quién es.

—¿Qué más da? De algún conservador.

Bulke hurgó en la cartera y sacó un carnet de conducir.

—Jay Mark Lipper. —Miró a Morris—. Mierda. Es el desaparecido.

Notó algo raro, pegajoso, y se miró la mano. La tenía manchada de sangre.

Tiró la cartera y de una patada la mandó otra vez al rincón. De repente sintió náuseas.

—Joder... —dijo con una voz aguda y forzada—. Joder...

—¿Crees que la ha tirado el asesino? —preguntó Morris.

El corazón de Bulke latía desbocado. Miró a su alrededor. Todo estaba tan lleno de rincones oscuros, de muecas de muertos en las estanterías...

—Tenemos que llamar a Manetti —dijo Morris.

—Espera... Espera un poco. —Bulke hizo el esfuerzo de pensar, venciendo una bruma de sorpresa y miedo—. ¿Por qué no la hemos visto al venir?

—Igual no estaba.

—O sea, que ahí delante está el asesino.

Morris vaciló.

—No se me había ocurrido.

Bulke sentía su pulso en las sienes.

—Si está ahí delante estamos atrapados. No hay ninguna otra salida.

Morris no dijo nada. Con tan poca luz su cara se veía amarilla. Sacó la radio.

—Morris llamando a Central, Morris llamando a Central. ¿Me oís?

Un siseo continuo de estática.

Bulke probó con la suya, pero el resultado fue el mismo.

—¡Cuántos lugares sin cobertura tiene este museo! Con la de pasta que se gastaron en seguridad podrían haber puesto otro par de repetidores...

—Cambiemos de sala; quizá en otra haya cobertura.

Morris se puso en cabeza.

—¡Por ahí no! —dijo Bulke—. ¡Lo tenemos delante! ¿No te acuerdas?

—No lo sabemos. Puede que al venir no nos hayamos fijado en la cartera.

Bulke miró su mano ensangrentada, mientras las náuseas se adueñaban de su estómago.

—Aquí no podemos quedarnos —dijo Morris.

Bulke asintió.

—Bueno, de acuerdo, pero despacio.

En los desvanes casi era de noche. Bulke sacó su linterna de la funda y la encendió. Cruzaron la puerta del siguiente desván, que Bulke iluminó con su linterna. Estaba lleno de cabezas alargadas talladas en piedra volcánica negra; eran tan numerosas que casi no dejaban espacio para pasar por el centro.

—Prueba tu radio —dijo Bulke en voz baja.

Seguía sin oírse nada.

El pasillo dibujaba un ángulo recto y desembocaba en un tupido laberinto de cubículos con estanterías metálicas oxidadas y cajas de cartón rebosantes de cajitas de cristal. Bulke las iluminó. Cada caja contenía un enorme escarabajo negro.

Al llegar al fondo del tercer cubículo oyeron un ruido, como si se hubiera caído algo delante, en la oscuridad. El impacto dejó un eco de cristales rotos.

Bulke dio un respingo.

—¡Mierda! ¿Qué ha sido eso?

—No lo sé.

La voz de Morris era tensa, temblorosa.

—Lo tenemos delante.

Esperaron. Se oyó otro impacto.

—¡Madre mía! Parece que haya alguien destrozándolo todo.

Más ruido de cristales, seguido por un grito inarticulado y bestial.

Bulke retrocedió buscando a tientas la radio.

—¡Bulke llamando a Central! ¿Me oís?

—Aquí Seguridad Central, afirmativo.

¡Crac! Otro chillido gutural.

—¡Tíos, aquí arriba hay un loco! ¡Estamos atrapados!

—¿Localización, Bulke? —dijo con calma la voz.

—¡Desván del pabellón 12! Sección 5 o 6. ¡Hay alguien destrozándolo todo! También hemos encontrado la cartera del desaparecido, Lipper. ¿Qué hacemos?

La respuesta se perdió tras un ruido de estática.

—¡No te oigo!

—... atrás... no os enfren... tras...

—¿Cómo que atrás? ¿No te he dicho que estamos atrapados?

—... no os acere...

Otro impacto ensordecedor, más cercano. Un hedor de alcohol y especímenes muertos llenó la oscuridad. Bulke retrocedió pegando gritos por su radio.

—¡Manda a la policía! ¡Que suban las fuerzas especiales! ¡Estamos atrapados!

Más estática.

—¡Morris, prueba con la tuya!

Como Morris no contestaba, Bulke se giró. La radio estaba en el suelo. Morris corría como un loco en dirección contraria al ruido, perdiéndose en la oscuridad de los recodos del pasillo.

—¡Morris! ¡Espera!

Bulke intentó guardarse la radio, pero se le cayó. Salió detrás de Morris jadeando, en un esfuerzo desesperado por vencer la inercia de su cuerpo mastodóntico moviendo alternativa y lentamente sus enormes muslos. Oyó que aquella cosa se acercaba, con su rastro de gritos, golpes y destrozos.

—¡Espera! ¡¡Morris!!

A sus espaldas, una estantería llena de tarros de especímenes chocó con el suelo. Bruscamente lo asaltó un olor insoportable a alcohol y pescado podrido.

—¡No!

Bulke se bamboleaba con la misma agilidad que una morsa, gimiendo de miedo y de cansancio, mientras cada nuevo paso hacía temblar sus brazos carnosos y su pecho.

Otro aullido animal, tan inhumano que ponía los pelos de punta, desgarró la oscuridad. Al girarse hacia él, lo único que vio Bulke fueron destellos de metal y un movimiento borroso.

—¡Nooooo!

Tropezó y cayó. La luz de la linterna, que al chocar con el suelo se alejó rodando, rebotó en las filas de tarros hasta detenerse al pie de uno que contenía un pez panza arriba con la boca abierta. Bulke intentó levantarse clavando los dedos en el suelo, pero la cosa se le echó encima sin dejar de gritar, veloz como un murciélago. Mientras Bulke daba débiles manotazos, oyó un ruido de tela rota y sintió el brusco pinchazo de algo que cortaba su carne.

—¡Noooooooooooo...!

Nora esperaba sentada en una cámara abierta del Área de Seguridad, frente a una mesita forrada de paño. Le sorprendía lo fácil que había sido el acceso. La ayuda de Menzies con el papeleo había sido decisiva. A decir verdad los conservadores a quienes se permitía acceder a la reserva sin tener que superar toda clase de trabas burocráticas eran una minoría, incluso en el más alto nivel. El Área de Seguridad no solo se usaba para almacenar las colecciones más valiosas y polémicas, sino para guardar algunos de los documentos más delicados del museo. El hecho de que Nora hubiese obtenido tan deprisa la autorización era una prueba de la importancia que acordaba el museo a la tumba de Senef.

¡Y a las cinco, sin que se hubiera desactivado el estado de alerta máxima!

La encargada salió de la penumbra del archivo y le puso delante una carpeta amarilla.

—Aquí está.

—Perfecto.

—Firme aquí.

—Estoy esperando a un colega, el doctor Wicherly —dijo Nora tras rubricar el formulario y devolvérselo a la archivera.

—Ya tengo preparados los papeles.

—Gracias.

La archivera asintió con la cabeza.

—Ahora la dejaré encerrada.

Cerró la puerta con llave. Nora contempló en silencio la fina carpeta con un hormigueo de curiosidad. Solo ponía «Tumba de Senef: correspondencia y documentos, 1933-1935».

La abrió. El primer documento era una carta manuscrita con un membrete rojo y dorado en relieve. Era del bey de Bolbassa, sin duda el mismo personaje a quien se referían los artículos de prensa que había visto con anterioridad. El texto reiteraba que la tumba estaba maldita, una estratagema muy burda para conseguir su devolución a Egipto.

Consultó los siguientes documentos. Eran informes de la policía, largos informes en letra muy bonita —la estándar del país durante aquella época— firmados por un tal sargento Gerald O'Bannion. Después de una lectura atenta pasó al montón de papeles de debajo: informes y cartas a funcionarios del ayuntamiento y de la policía que testimoniaban un esfuerzo, al parecer coronado por el éxito, por silenciar la realidad descrita en los informes de la policía, y así esconderlos a la prensa. Nora ojeó los documentos, fascinada por lo que contaban. Por fin entendía el ansia del museo por clausurar la tumba.

Un ruido la sobresaltó. Era el anuncio de que se estaba abriendo la puerta de la cámara. Al girarse vio a Adrian Wicherly apoyado en la jamba de metal,

estilizado, pulcro, sonriente.

—Hola, Nora.

—¿Qué tal?

Se irguió estirando un poco el traje y ajustándose el nudo Windsor de la corbata, que ya estaba perfecto.

—¿Ya has firmado?

—*Je suis en règle* —dijo él con una risita al acercarse e inclinarse hacia Nora, que detectó un olor de aftershave caro y un aliento de dientes cepillados—.

¿Qué, qué has encontrado?

La archivera se asomó.

—¿Preparados para que los encierre?

—Eso, eso, enciérrenos.

Wicherly guiñó el ojo a Nora.

—¿Por qué no te sientas, Adrian? —dijo ella con frialdad.

—Con mucho gusto.

Wicherly acercó una vieja silla de madera a la mesa, quitó el polvo del asiento con un pañuelo de seda y se sentó.

—¿Qué, algún esqueleto en el armario? —preguntó, inclinándose.

—Bastantes.

Estaba demasiado cerca. Nora se apartó lo más sutilmente que pudo. Al principio, Wicherly había dado la impresión de ser un dechado de exquisitez, pero desde hacía unos días sus guiños melosos y sus caricias con las puntas de los dedos indicaban mayor obediencia al dictado de las glándulas de lo que había sospechado en un inicio. Aun así, se habían mantenido en una estricta profesionalidad, y Nora tenía la esperanza de que siguieran de ese modo.

—Cuenta, cuenta.

—Aún no lo sé todo, porque acabo de leer los documentos por encima, pero te lo resumo. El 3 de marzo de 1933 por la mañana los vigilantes que se disponían a abrir la tumba se dieron cuenta de que alguien había forzado la entrada. Había muchas piezas destrozadas y faltaba la momia. La encontraron en una de las salas de al lado, muy mutilada. Al mirar el sarcófago encontraron otro cuerpo. Resultó ser un cadáver reciente.

—¡Increíble! Igual que el hombre ese... ¿Cómo se llamaba? DeMeo.

—Más o menos, aunque el parecido termina ahí. El cadáver era de Julia Cavendish, una mujer muy rica, miembro de la alta sociedad de Nueva York. Resulta que era nieta de William C. Spragg.

—¿Spragg?

—El hombre que compró la tumba al último barón Rattray y la hizo enviar al museo.

—Ajá.

—Cavendish era mecenas del museo. Parece que tenía bastante fama de...

bueno, de vividora, por decirlo de algún modo.

—¿En qué sentido?

—Iba a los bares en busca de hombres jóvenes de clase obrera. Estibadores, gente del puerto...

—¿Para qué los quería? —preguntó Wicherly con cara de picarón.

—Utiliza tu imaginación, Adrian —dijo ella secamente—. El caso es que el cadáver apareció mutilado, pero la prensa no dio más detalles.

—Supongo que era escandaloso para los años treinta.

—Sí. La familia y el museo quisieron encubrirlo a toda costa, cada cual por sus motivos, y parece que no les salió mal.

—Supongo que la prensa de esa época se prestaba más que la de ahora, que lo único que quiere es carnaza.

Nora se preguntó si Wicherly sabía que su marido era periodista.

—En definitiva, mientras aún estaba en marcha la investigación del asesinato de Cavendish se repitió la historia. Esta vez el cadáver mutilado era de Montgomery Bolt, que al parecer era un descendiente colateral de John Jacob Astor; una especie de mantenido, de oveja negra de la familia. A esas alturas ya había vigilancia nocturna en la tumba, pero antes de echar el cadáver de Bolt al sarcófago el asesino dejó inconsciente al guardia. El cadáver tenía una nota encima. En esta carpeta hay una copia.

Nora sacó una hoja amarillenta con el Ojo de Horus y varios jeroglíficos. Wicherly la miró, pensativo.

—«La Maldición de Ammut cae sobre todos los que entran» —recitó—. Esto lo escribió un ignorante. Apenas sabía los jeroglíficos. Ni siquiera están correctamente dibujados. Es una falsificación malísima.

—Sí, se dieron cuenta enseguida. —Nora sacó algunos papeles más—. Mira, el informe de la policía sobre el asesinato.

—Esto se pone interesante.

Wicherly hizo un guiño y acercó un poco la silla.

—La policía se fijó en la relación familiar con John Jacob Astor, que había ayudado a financiar la instalación de la tumba de Senef, y empezó a plantearse la posibilidad de que alguien estuviera vengándose de los responsables de su traslado al museo. Lógicamente sospecharon del bey de Bolbassa.

—El que decía que la tumba estaba maldita.

—Exacto. Ya había indisputado a los periódicos contra el museo. La verdad es que ni siquiera era bey, aunque tampoco sé qué es... Aquí hay un informe sobre su trayectoria.

Wicherly lo cogió y arrugó la nariz.

—Un vendedor de alfombras enriquecido.

—Esta vez el museo también logró evitar cualquier publicidad con la ayuda de la familia Astor. Lo que ya era imparable eran los rumores dentro del propio

museo. Posteriormente las autoridades dictaminaron que el bey de Bolbassa había vuelto a Egipto justo antes de los asesinatos, aunque sospechaban que tenía esbirros en Nueva York. En todo caso, si los tenía eran muy listos y no se dejaron pillar. Y cuando se produjo el tercer asesinato...

—¿Otro?

—Esta vez fue una vieja que vivía en el barrio. Tardaron un poco en establecer la conexión. Resulta que era descendiente lejana de Cahors, el descubridor de la tumba. Para entonces el museo ya era un hervidero de rumores, que habían empezado a extenderse por el exterior. El museo atrajo a espiritistas, médiums, tarotistas y pirados en general. Los neoyorquinos, por su parte, tenían muchas ganas de creer que había una maldición sobre la tumba.

—Credulidad de tontos.

—Puede ser. El caso es que el museo casi se quedó sin visitantes. Como las investigaciones de la policía estaban en punto muerto, el museo decidió tomar medidas preventivas y aprovechó la construcción del túnel peatonal de la estación de la calle Ochenta y uno para clausurar la tumba y tapiarla. Ya no hubo más asesinatos, los rumores se fueron apagando y la tumba de Senef cayó prácticamente en el olvido.

—¿Y las investigaciones?

—No llegaron a ninguna parte. La policía estaba convencida de que el instigador era el bey, pero no encontró pruebas.

Wicherly se levantó de la silla.

—Menuda historia, Nora...

—Ni que lo digas.

—¿Cómo piensas usarla?

—Por un lado podría ser interesante como nota al pie cuando la prensa publique la historia de la tumba, pero me temo que el museo no tendrá muchas ganas de darle publicidad, y personalmente tampoco sé si me apetece mucho. Preferiría concentrarme en el aspecto arqueológico, en que la gente aprenda cosas del antiguo Egipto.

—Estoy de acuerdo, Nora.

—Hay otra razón, quizá más importante. Este asesinato que ha habido en el museo... Se parece un poco a los anteriores. La gente empezaría a hablar y correrían rumores.

—Ya han empezado a correr.

—Sí, y a los he oído... En fin, que no nos interesa que nada pueda estropear la inauguración.

—En eso tienes toda la razón.

—Perfecto, entonces le escribiré un informe a Menzies diciendo que nosotros no vemos que tenga ninguna relevancia y que no conviene divulgarlo. —Nora cerró la carpeta—. Asunto zanjado.

Se quedaron callados. Wicherly, que se había levantado de la silla, volvió a acercarse a Nora por la espalda para observar el contenido de la carpeta, esparcido por la mesa. Cogió un papel, se quedó mirándolo y lo dejó. Nora se puso tensa al sentir su mano en el hombro.

Poco después sintió sus labios en la nuca. Fue una caricia de mariposa que apenas rozó su piel.

Se levantó de golpe y se giró. Wicherly estaba muy cerca, con un brillo en sus ojos azules.

—Perdona por el susto. —Sonrió, enseñando su dentadura de porcelana—. No he podido evitarlo. Te encuentro irresistiblemente atractiva, Nora.

Persistió en su sonrisa, que irradiaba encanto y confianza; era elegante y más guapo de lo que tenían derecho a ser los hombres.

—Estoy casada, por si no te has dado cuenta —dijo ella.

—Pues nada, lo pasamos fenomenal sin que se entere nadie.

—Me enteraría yo.

Wicherly sonrió y le puso en el hombro una mano de seda.

—Quiero hacer el amor contigo, Nora.

Ella respiró hondo.

—Mira, Adrian, eres un hombre encantador e inteligente. Estoy segura de que hay muchas mujeres que desearían hacer el amor contigo.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Pero no es mi caso.

—Pero Nora, guapísima...

—¿Aún no he sido bastante clara? No me interesa en absoluto hacer el amor contigo, Adrian. Aunque fuera soltera.

Wicherly se quedó atónito; su cara reflejaba el esfuerzo por asimilar un revés tan brusco en sus expectativas.

—No quiero ofenderte. Solo quiero evitar ambigüedades, ya que no parece que las anteriores tentativas por expresar mi falta de interés hayan llegado a su destinatario. Por favor, no me obligues a ser más hiriente de lo necesario.

Nora vio que se quedaba pálido, sin sangre en la cara. Por un momento su compostura se desvaneció y quedó a la vista lo que ya había empezado a sospechar: que era un niño mimado, agraciado por un buen aspecto físico y notable inteligencia, que había acabado convenciéndose de que tenía que conseguir todo lo que quería.

Wicherly empezó a balbucear algo que podía querer ser una disculpa. Nora suavizó su tono.

—Oye, Adrian, lo olvidamos y punto, ¿vale? No ha pasado. No volveremos a hablar de ello.

—Claro, claro. Es todo un gesto. Gracias, Nora.

Ahora se había sonrojado de vergüenza. Al ver su ánimo por los suelos Nora

no tuvo más remedio que compadecerse. Se preguntó si era la primera mujer que lo rechazaba.

—Tengo que escribir un informe para Menzies —dijo lo más suave y alegremente que pudo—. Creo que a ti te convendría un poco de aire fresco. ¿Por qué no das una vuelta por el museo?

—Sí, muy buena idea. Gracias.

—Hasta dentro de un rato.

—Sí.

Y con la rigidez de una máquina Wicherly se acercó al interfono y pulsó el botón para que lo dejasen salir. Cuando se abrió la puerta de la cámara, se fue sin decir nada. Nora volvió a quedarse sola, con la calma necesaria para tomar notas y redactar su informe.

D'Agosta giró el volante de la furgoneta de reparto de carne y pisó un poco el freno a la salida del bosque. Frente a él se erguía Herkmoor; un gran racimo de luces de sodio bañaba de un irreal color topacio el laberinto de muros, torres y pabellones. Siguió frenando al acercarse a la primera verja, junto a una serie de carteles que avisaban a los conductores de que tuviesen preparada la documentación y de que se les sometería a un registro. A continuación había una lista de artículos prohibidos tan larga que ocupaba dos carteles, desde fuegos artificiales a heroína.

Respiró hondo, intentando aplacar su nerviosismo. No era la primera vez que entraba en una cárcel, por supuesto, pero hasta entonces siempre lo había hecho por motivos oficiales. Entrar así, con una furgoneta, por asuntos que no tenían absolutamente nada de oficiales, era jugársela. Jugársela de verdad.

Se paró en la primera verja de tela metálica. Un vigilante salió de una garita y se acercó despacio con un portapapeles.

—Esta noche llegas muy temprano —dijo.

D'Agosta se encogió de hombros.

—Es que es la primera vez que vengo, y he salido temprano por si me perdía.

El vigilante gruñó e introdujo la tabla por la ventanilla. D'Agosta puso los documentos debajo de la pinza y se la devolvió. El vigilante los hojeó con la punta de un bolígrafo, asintiendo con la cabeza.

—¿Sabes cómo funciona?

—La verdad es que no —contestó D'Agosta sin mentir.

—Esto te lo devolverán a la salida. Enseña la identificación en el siguiente puesto de control.

—Vale.

La verja se abrió sobre sus ruedas, traqueteando.

D'Agosta quitó el freno; podía oír los latidos de su corazón. Según Glinn todo estaba planeado al milímetro, y había que reconocer que había sido muy fácil conseguir trabajo en la empresa cárnica con un nombre falso y lograr que le asignaran aquella ruta, pero en realidad las reacciones de la gente eran imprevisibles. En eso el desacuerdo entre D'Agosta y Glinn era total. Aquella aventura podía torcerse en menos que cantaba un gallo.

Condujo hasta la segunda puerta. También esta vez salió un vigilante.

—¿Identificación?

D'Agosta le tendió el falso carnet de conducir y la falsa autorización. El vigilante los revisó.

—¿Nuevo?

—Sí.

—¿Te orientas?

—Bueno, si puedes recordármelo...

—Primero todo recto y luego a la derecha. Cuando veas la zona de descarga, entra de culo por la primera puerta.

—Vale.

—Puedes bajar para controlar cómo descargan. Lo que no puedes es tocar la mercancía o ayudar al personal de la cárcel. Nunca te apartes del vehículo. Cuando ya no quede nada para descargar, te vas. ¿Lo has entendido?

—Perfectamente.

El vigilante dijo unas palabras por una radio. La última verja de tela metálica se abrió hacia arriba.

Al cruzarla con la camioneta y girar a la derecha, D'Agosta metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pinta de bourbon Rebel Yell. Desenroscó el tapón, bebió un poco y se lo pasó por toda la boca antes de tragárselo. Sintió el ardor del líquido en el esófago y en la barriga. Después de rociarse la chaqueta por si acaso, se guardó la botella en el bolsillo.

Llegó casi enseguida a la plataforma de descarga y se arrimó en marcha atrás. Lo esperaban dos hombres con mono, que en cuanto abrió la puerta trasera empezaron a descargar las cajas de carne y las medias reses congeladas.

D'Agosta los miraba con las manos en los bolsillos, silbando desafinadamente. Miró furtivamente su reloj y se giró hacia un empleado.

—Oye, ¿aquí hay algún lavabo?

—Está prohibido. Lo siento.

—Es que tengo que ir...

—Va contra el reglamento.

El trabajador cargó dos cajas de carne sobre sus hombros y desapareció por el fondo.

D'Agosta acorraló al siguiente.

—Oye, es que tengo que ir, en serio...

—Ya lo has oído. Va contra el reglamento.

—Vamos, tío, no me digas eso...

El trabajador dejó la caja en el suelo y miró un buen rato a D'Agosta con cara de cansancio.

—Cuando salgas puedes mear en el bosque, ¿vale?

Levantó la caja.

—Es que no es solo mear.

—No es mi problema.

Se llevó la caja a hombros.

Cuando volvió el primer hombre, D'Agosta se interpuso en su camino y le soltó el aliento en la cara.

—Oye, no es broma. Tengo que soltar una gorda, y no puedo esperar.

El hombre se apartó arrugando la nariz y miró de reojo a su compañero.

—Ha bebido.

—¿Qué? —dijo D'Agosta belicosamente—. ¿Qué has dicho?

El hombre le aguantó tranquilamente la mirada.

—He dicho que has bebido.

—Y una mierda.

—Se huele. —Se giró hacia el otro—. Llama al supervisor.

—¿Para qué? ¿Qué pasa, vais a hacerme soplar?

Al rato de irse, el otro trabajador volvió en compañía de un hombre alto con cara de pocos amigos que desentonaba por su blazer negro, y que tenía la barriga caida sobre el cinturón como un saco de trigo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó el supervisor.

—Creo que ha bebido, señor —dijo el primero de los dos hombres.

El supervisor se subió el cinturón y se acercó a D'Agosta.

—¿Es verdad?

—¡No, no es verdad! —le dijo D'Agosta en las narices, respirando con fuerza por la indignación.

El supervisor se apartó sacando la radio.

—Bueno, me voy —dijo D'Agosta, intentando sonar como si se hubiera amansado de golpe—. El almacén me pillá lejos. Esto está en el quinto pino y son las seis de la mañana.

—Usted no se va a ninguna parte. —El supervisor dijo unas palabras por la radio y se giró hacia uno de los empleados—. Llévoslo al comedor del personal y que espere.

—Por aquí.

—Esto es una estupidez. Yo de aquí no me muevo.

—¡Por aquí!

D'Agosta no tuvo más remedio que seguir al vigilante, primero por la plataforma de descarga y luego por una despensa grande, oscura y vacía que olía fuertemente a Clorox. La puerta del fondo daba a una sala más pequeña, donde debía de comer el personal de la cocina cuando no estaba de servicio.

—Siéntese.

Se sentó a una de las mesas de acero inoxidable. Su acompañante se cruzó de brazos en la mesa de al lado, apartando la vista. Pasaron unos minutos. El supervisor volvió con un vigilante armado.

—Levántese —dijo el supervisor.

D'Agosta obedeció.

El supervisor se giró hacia el vigilante.

—Regístralo.

—¡Ni hablar! Conozco mis derechos y...

—Y esto es una cárcel federal. Lo pone en los carteles de la entrada. Si se hubiera tomado la molestia de leerlos... Tenemos derecho a registrar a quien nos

parezca.

—Mucho ojo con tocarme.

—Mire, por ahora tiene un problema mediano. Si no colabora tendrá un problema gordo.

—Ah, ¿sí? ¿Qué tipo de problema?

—¿Qué le parece resistencia a un miembro de las fuerzas de seguridad federales? Vamos, es la última vez que se lo pido. Levante los brazos.

Tras unos instantes de vacilación, D'Agosta hizo lo que le ordenaban. El cacheo sacó enseguida a relucir la pinta de Rebel Yell.

El vigilante la cogió con un movimiento apenado de la cabeza y se giró hacia el supervisor.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Llama a la policía local y que vengan a buscarlo. Los conductores borrachos son problema suyo, no nuestro.

—Pero ¡si solo me he mojado los labios!

El supervisor se giró hacia D'Agosta.

—Tú siéntate y cállate.

D'Agosta volvió a la silla, tambaleándose un poco y murmurando.

—¿Y la camioneta? —preguntó el vigilante.

—Llama a su empresa y que manden a alguien a buscarla.

—Son más de las seis. No habrá nadie de administración.

—Pues entonces los llamas dentro de un par de horas. La camioneta se queda aquí.

—Sí, señor.

El supervisor miró al vigilante.

—Quédate con él hasta que llegue la policía.

—Sí, señor.

Se fue. El vigilante se sentó a la mesa que quedaba más al fondo, mirando torvamente a D'Agosta.

—Tengo que ir al servicio —dijo D'Agosta.

El vigilante suspiró ruidosamente, pero no dijo nada.

—Bueno, ¿qué?

Se levantó con mala cara.

—Te acompaño.

—¿Me cogerás la mano mientras cago, o podré hacerlo solo?

La expresión del vigilante se volvió aún más ceñuda.

—Está en el pasillo. Segunda puerta a la derecha. Date prisa.

D'Agosta se levantó con un suspiro y caminó despacio hacia la puerta del comedor. La abrió y pasó al otro lado cogiéndose al pomo para no perder el equilibrio. En cuanto la cerró giró a la izquierda y corrió sin hacer ruido por un pasillo largo y vacío lleno de puertas abiertas con barrotes, que daban a

comedores. Entró en el último y se quitó el uniforme blanco de conductor, revelando una camisa marrón claro que en conjunto con los pantalones que llevaba, también marrones pero más oscuros, le daba un parecido extraordinario con los vigilantes de Herknoor. Echó la otra camisa en el cubo de basura que había al lado de la puerta. Siguió por el pasillo hasta llegar a un puesto de guardia iluminado. Al pasar saludó con la cabeza a los dos vigilantes.

Al alejarse del puesto de guardia, sacó un bolígrafo especial del bolsillo, lo destapó y lo mantuvo en la mano mientras caminaba; estaba grabando en vídeo el pasillo. Caminaba con toda la tranquilidad del mundo, como un celador de ronda, moviendo el bolígrafo de un lado a otro pero con particular atención al emplazamiento de las cámaras de seguridad y otros dispositivos sensores de alta tecnología.

Finalmente entró en un lavabo de hombres, fue al penúltimo compartimiento y cerró la puerta. Hurgó en su entrepierna y sacó una bolsita de plástico herméticamente cerrada y un pequeño rollo de cinta aislante. Después subió al váter, levantó un panel del techo y usó la cinta aislante para fijar la bolsa a la parte superior de la baldosa, que procedió a dejar otra vez en su sitio. Uno a cero para Eli Glinn, pensó. Glinn había insistido —con razón— en que la aparición de la botella de alcohol pondría fin al cacheo.

Salió del lavabo y siguió por el pasillo. Al cabo de un momento oyó una alarma, un simple pitido de baja intensidad. Al llegar al final del pasillo vacío se encontró una doble puerta con una cerradura magnética de seguridad. Cogió la cartera, sacó una tarjeta de crédito muy especial y la deslizó por la puerta.

Se encendió un piloto verde. D'Agosta oyó un zumbido y el clic de la cerradura.

Dos a cero para Glinn. Entró rápidamente.

Se halló en un patio pequeño, donde a esas horas no había nadie. Tres de sus lados eran muros muy altos de bloques de hormigón. El cuarto era una tela metálica. Miró a su alrededor para comprobar que no lo enfocase ninguna cámara de seguridad. Como bien había dicho Glinn, hasta las cárceles de alta tecnología como Herknoor tenían que restringir el uso de cámaras a las zonas más importantes.

Recorrió deprisa el patio, grabándolo en vídeo. Después guardó el bolígrafo en el bolsillo y se acercó a una de las paredes. Al llegar se aflojó el cinturón, bajó la cremallera de los pantalones y sacó una lámina enrollada de Mylar, atada a la parte interior de un muslo. Tras una mirada por encima del hombro, metió el tubo de Mylar en una tubería de un rincón del patio y lo fijó con una horquilla doblada.

El siguiente paso fue ir a la tela metálica, cogerla con una mano y tirar con precaución. Era la parte que más temía.

Con unos alicates pequeños para alambre que sacó de los calcetines hizo un

corte vertical de un metro por la malla, justo detrás de uno de los postes metálicos; después de comprobar que todas las partes cortadas se tocaran, y de que todo pareciese intacto, tiró los alicates al tejado más próximo, donde tardarían mucho en ser encontrados. Caminó cinco o seis metros sin apartarse de la tela metálica, respirando con regularidad para calmar los nervios. Al mirar a través de la tela, vio cómo se dibujaban en la noche las formas borrosas de las torres de vigilancia. Tragó saliva y se frotó las manos. Acto seguido se cogió a la tela y empezó a escalar.

A medio camino vio un cable de color que estaba entretejido en las mallas. Al cruzarlo se disparó una alarma estridente en el patio, a la vez que se encendían media docena de lámparas de vapor de sodio a su alrededor. En las torres de vigilancia del recinto, la reacción fue inmediata. Los focos bascularon y no tardaron casi nada en localizarlo en la tela metálica. Siguió escalando. Al llegar al final equilibró su cuerpo, sacó el bolígrafo del bolsillo —escondiendo el gesto con el brazo— y empezó a grabar el descampado que se extendía a sus pies, intensamente iluminado por los focos que se concentraban en él.

—¡Lo estamos vigilando! —dijo alguien por megáfono desde la torre más cercana—. ¡No se mueva!

D'Agosta miró por encima del hombro y vio que seis vigilantes corrían por el patio como desesperados. Guardó el bolígrafo en el bolsillo y miró el borde superior de la reja. Lo recorrían dos cables, uno blanco y el otro rojo. Cogió el rojo y tiró con todas sus fuerzas.

Se disparó otra alarma.

—¡Quieto!

Los vigilantes, que ya estaban en la base de la tela metálica, empezaron a escalar hacia él. D'Agosta notó que le cogían los pies y las piernas, primero con una mano, luego con dos y al final con una docena. Después de unos segundos fingiendo que se resistía, dejó que lo arrastrasen hasta el patio.

Formaron un círculo a su alrededor y desenfundaron las pistolas.

—¿Quién coño es este? —dijo alguien—. ¡Usted! ¿Quién es?

D'Agosta se incorporó.

—El de la furgoneta —dijo con voz gangosa.

—¿Quién? —dijo otro vigilante.

—Sí, acaban de decírmelo. Por lo visto ha venido a dejar la carne y lo han retenido porque estaba borracho.

D'Agosta gimió, pegando un brazo al pecho.

—Me habéis hecho daño.

—¡Pues tienes razón! Está como una cuba.

—Solo me he mojado los labios.

—Ponte de pie.

D'Agosta intentó levantarse, pero tropezó. Uno de los vigilantes lo cogió por el

antebrazo y lo ayudó a estabilizarse. Se oyeron algunas risas.

—Creía que se iba a escapar.

—Vamos, tío.

Los vigilantes lo llevaron otra vez a la cocina, donde estaba su guardián, avergonzado, al lado del supervisor.

El supervisor cargó contra D'Agosta.

—¿Se puede saber qué has hecho?

A D'Agosta se le trabó la lengua.

—Me he perdido yendo al váter.

Soltó una carcajada de borracho.

Más risas.

Al supervisor no le hizo gracia.

—¿Cómo has entrado en el patio?

—¿Qué patio?

—El de fuera.

—Ni idea. Estaría abierta la puerta.

—Imposible.

Encogiéndose de hombros, D'Agosta se dejó caer en una silla y se quedó dormido enseguida.

—Id a mirar el acceso del patio 4 —espetó el supervisor a uno de los vigilantes. Se giró hacia el primero—. Tú quédate con él, ¿me oyes? No dejes que vaya a ninguna parte. Si no hay más remedio, que se cague encima.

—Sí, señor.

—Menos mal que no ha saltado al descampado. ¿Sabes el follón de papeleo que habría provocado?

—Sí, señor. Lo siento, señor.

D'Agosta observó con gran alivio que con todo el alboroto nadie se había dado cuenta de que llevaba una camisa de otro color. Tres a cero para Glinn.

Justo entonces llegaron dos agentes de la policía local con cara de sorpresa.

—¿Es este?

—Sí. —El vigilante clavó un poco la porra en el costado de D'Agosta—.

Despierta, imbécil.

D'Agosta salió de su letargo y se levantó.

Los policías parecían alucinados.

—¿Ahora qué hacemos? ¿Tenemos que firmar algo?

El supervisor se secó la frente.

—¿Que qué hacéis? Encarcelarlo por conducir borracho.

Uno de los agentes sacó un bloc.

—¿Ha infringido alguna ley en el recinto? ¿Piensan denunciarlo?

Los vigilantes intercambiaron miradas en silencio.

—No —dijo el supervisor—. Nos conformamos con que os lo llevéis. A partir

de ahora es problema vuestro. No quiero volver a verlo aquí en mi vida.

El policía cerró el bloc.

—Bueno, pues nos lo llevamos para hacerle soplar. Vamos, en marcha.

—¡Daré negativo! ¡Solo me he mojado los labios!

—Entonces no tienes por qué preocuparte, ¿no? —dijo el policía con voz cansada, llevándose a D'Agosta en dirección a la puerta.

La capitana de Homicidios, Laura Hayward, llegó uno o dos minutos más tarde que los paramédicos y se animó al oír los gritos de la víctima, cuyo eco llegaba de las salas del desván. Nadie a punto de morir podía chillar de aquella forma.

Cruzó varias puertas agachando la cabeza hasta que llegó al cordón policial y reconoció aliviada al sargento Visconti en compañía de un tal agente Martin, con quien formaba equipo.

—Infórmeme —dijo al acercarse.

—El equipo que estaba más cerca del ataque éramos nosotros —contestó Visconti—. Hemos ahuyentado al culpable. Estaba agachado, haciéndole algo a la víctima. Al vernos ha huido al desván.

—¿Lo han visto?

—De refilón.

—¿Arma?

—Desconocida.

Hayward asintió.

—También hemos encontrado la cartera de Lipper.

Visconti señaló con la barbilla una caja de plástico para pruebas alineada con varios recipientes justo antes del cordón.

Hayward se agachó para abrirla.

—Quiero un análisis completo de la cartera y de su contenido: ADN, huellas dactilares, fibras residuales... Absolutamente todo. ¡Ah! Y que congelen una docena de muestras de sangre y otra de material orgánico para futuros exámenes.

—Sí, capitana.

—¿Está el otro vigilante? Cómo se llama... Morris. Me gustaría hablar con él.

Visconti dijo algo por radio. Poco después apareció un policía al fondo de la sala en compañía del otro vigilante. El pelo de encima de la calva le colgaba a un lado como un faldón, y tenía la ropa de cualquier manera. Apeataba a alcohol de conservar.

—¿Se encuentra bien? —preguntó ella—. ¿Puede caminar?

—Creo que sí.

Su voz era aguda, entrecortada.

—¿Ha visto el ataque?

—No. Estaba... demasiado lejos y de espaldas.

—Pero debe de haber visto u oído algo en los momentos previos...

Morris hizo un esfuerzo de concentración.

—Pues... parecían gritos de animal. Y ruido de cristales rotos. Luego ha salido algo de la oscuridad...

Dejó la frase a medias.

—¿Algo? ¿No era una persona?

Los ojos de Morris se movieron de un lado a otro de las órbitas.

—Una especie de... de bulto que corría y gritaba.

Hayward se giró hacia otro de los agentes.

—Lleaos abajo al señor Morris y que lo siga interrogando el sargento detective Whittier.

—Sí, capitana.

Aparecieron dos técnicos de urgencias detrás de una montaña de cajas apiladas; en la camilla llevaban un enorme bulto que gemía.

—¿En qué estado está? —preguntó Hayward.

—Lacerado, parece que con un cuchillo tosco o una garra.

—¿Una garra?

El técnico se encogió de hombros.

—Algunos cortes son muy irregulares. Por suerte no han alcanzado ningún órgano vital. Es una de las ventajas de estar gordo. Pérdida de sangre, estado de choque... Se recuperará.

—¿Puede hablar?

—Pruebe si quiere —dijo el de urgencias—. Ya está sedado.

Hayward se inclinó. La cara mojada y bulbosa del vigilante miraba fijamente el techo. El olfato de la capitana fue agredido por un olor a alcohol, formol y pescado.

Habló suavemente.

—¿Wilson Bulke?

Los ojos del vigilante la enfocaron un poco y volvieron a apartarse.

—Me gustaría hacerle unas preguntas.

No hubo respuesta clara.

—Señor Bulke, ¿ha visto al atacante?

Los ojos giraron en las órbitas. La boca húmeda de Bulke se abrió.

—La... cara...

—¿Qué cara? ¿Cómo era?

—Retorcida... Dios mío...

Gimió y masculló algo ininteligible.

—¿Podría concretar un poco más? ¿Hombre o mujer?

Un sollozo, seguido por un movimiento fugaz de la cabeza.

—¿Uno o más de uno?

—Uno —respondió una voz ronca.

Hayward miró al técnico de urgencias, que se encogió de hombros.

Se giró e hizo señas a un detective que esperaba cerca.

—Acompáñelo al hospital. Si recupera un poco la coherencia, consiga una descripción completa del agresor. Quiero saber con qué nos enfrentamos.

—Sí, capitana.

Hay ward se irguió y miró uno por uno al reducido grupo de agentes.

—Sea quien sea, o lo que sea, lo tenemos acorralado. Quiero que entremos. Ahora mismo.

—¿No deberíamos llamar a una unidad de las fuerzas especiales? —dijo Visconti.

—Tardarían horas en ponerse en marcha y llegar hasta aquí. Además tienen unos protocolos de intervención tan farragosos que lo ralentizan todo. En la cartera había sangre fresca. Existe la posibilidad de que Lipper aún esté vivo y secuestrado. —La capitana miró a su alrededor—. Quiero que me acompañen tres de ustedes: el sargento Visconti, el agente Martin y el sargento detective O'Connor.

Nadie dijo nada. Los tres policías se miraron.

—¿Ocurre algo? Somos cuatro contra uno.

Más miradas vacilantes.

Hay ward suspiró.

—¡No me digáis que creéis los rumores que corren entre los vigilantes del museo! ¿De qué tenéis miedo, de que se nos eche encima una momia?

Visconti se ruborizó, y a modo de respuesta sacó su pistola para comprobarla. Los demás lo imitaron.

—Apagad los radios, los móviles, los buscas... Todo. No quiero estar a punto de sorprender al asesino y que de repente suene la *Quinta* de Beethoven por algún BlackBerry.

Todos asintieron.

Hay ward sacó la fotocopia que había pedido, la de la planta del desván del museo, y la alisó sobre una caja.

—Veamos. Esta parte del ático está dividida en dieciséis salas estrechas... aquí... distribuidas en dos largas filas debajo de los tejados paralelos, con un pasadizo que las conecta al final. Imaginároslo como una U. Aparte de por la escalera solo hay una forma de escapar: por un tejado al que se sale por esta hilera de ventanas. Ya he ordenado que la vigilen. En principio las claraboyas tienen rejas, o sea, que la única manera de huir que tiene el asesino es pasar a través de nosotros. Lo tenemos acorralado.

Hizo una pausa para mirar a los agentes.

—Iremos por parejas. Observación rápida de cada sala y retirada. Avance y repliegue, avance y repliegue. Mi pareja será O'Connor. Martin, tú y Visconti quedaos media sala por detrás. Nada de lanzarse. Y os recuerdo que tenemos que actuar partiendo de la premisa, o la esperanza, de que Lipper aún esté vivo y lo tengan secuestrado. No podemos arriesgarnos a matarlo. No disparéis a matar a menos que se haya confirmado que Lipper ya está perdido. Incluso en ese caso, limitad el uso de la fuerza a lo estrictamente necesario. ¿Me explico?

Todos asintieron.

—Iré yo primero.

Como ninguno de los tres protestaba ni hacía los habituales comentarios de falsa galantería sobre que era un trabajo de hombres, Hayward lo interpretó como que por fin la policía aceptaba a las mujeres. A menos que callaran por miedo.

Atravesaron cautelosamente la escena del crimen, con Hayward en cabeza y O'Connor justo detrás. El suelo estaba manchado de sangre. Había una estantería de tarros de especímenes por el suelo, con charcos apestosos de alcohol donde flotaban trozos de cristal y restos podridos de anguilas. Entraron en la siguiente sala del desván, tras pasar junto al vigilante apostado al fondo de la escena del crimen. Ahí no llegaban con tanta fuerza las luces distribuidas temporalmente alrededor de la escena del crimen, por lo que la sala estaba en penumbra.

Hayward y O'Connor se apostaron a ambos lados de la puerta. La capitana se asomó rápidamente, volvió a esconder la cabeza, hizo una señal a O'Connor y entró.

Nada. Solo había más estanterías por el suelo, sembrado de cristales, y olía tanto a alcohol que casi no se podía respirar. Por lo visto aquellos tarros habían contenido pequeños roedores. También había un fajo de papeles tirado por el suelo, así como diversos objetos almacenados que alguien había arrojado sin ton ni son. A Hayward le recordó el informe preliminar de la autopsia de DeMeo: el asesino había hurgado al azar en sus órganos internos, arrancando y sacando cosas con una especie de violencia demente y desorganizada. Un nauseabundo tipo de vandalismo.

Se acercó con sigilo a la siguiente puerta, y cuando vio que todos estaban en sus posiciones se asomó para hacer un reconocimiento visual. Otra sala completamente patas arriba, como la anterior. Una de las claraboyas sucias estaba rota, pero con la reja intacta. Por ahí no había escapado nadie.

De repente se quedó muy quieta y a la escucha. Un eco muy tenue salía de la oscuridad del fondo del desván.

—¡Chis! —susurró—. ¡Lo habéis oído!

Era un ruido muy raro, como alguien que cojeara y tropezara; una especie de fricción seguida por un golpe inquietante. Chis... ¡pum! Chis... ¡pum!

Entró en la siguiente sala. La oscuridad ya era casi total. Sacó la linterna para iluminar los rincones oscuros. La sala contenía miles de caras de yeso, máscaras mortuorias, que los observaban desde cada palmo de pared. Algunas mostraban indicios de un deterioro reciente. Alguien, que podía ser el asesino, las había acuchillado y les había sacado los ojos, dejando manchas de sangre en todas partes.

En la siguiente sala las luces estaban apagadas. Agazapada junto al marco de la puerta, Hayward hizo señales a sus hombres de que no se movieran.

Se inclinó, escuchando atentamente. Ya no se oía el ruido de antes. El asesino

estaba a la espera, oído avizor. Hayward intuyó, más que saberlo, que estaba cerca, muy cerca.

Sintió que aumentaba el grado de tensión de su pequeño grupo. Más valía seguir. Cuanto menos pensarán mejor.

Se asomó rápidamente para hacer un barrido con la linterna. Había algo agazapado en el centro de la siguiente sala, algo desnudo, bestial, sangriento... pero decididamente humano, y de una sorprendente menudez y delgadez.

Tras avisar a los demás por señas, levantó un dedo y lo giró despacio hacia la puerta: un sospechoso en la sala de al lado.

Cuando ya estaban preparados, dijo con voz nitida y firme:

—Policía. No se mueva. Estamos armados y lo tenemos rodeado. Acérquese a la puerta con las manos levantadas.

Oyó como si algo se arrastrara; golpes parecidos a los que haría un animal de cuatro patas.

—¡Está corriendo!

La capitana cruzó la puerta con la pistola en la mano, justo a tiempo para ver que algo oscuro se escabullía por la oscuridad de la sala del fondo. Después se oyó un estrépito descomunal.

—¡Vamos!

Corrió hasta el fondo de la sala. Al llegar a la puerta hizo una pausa y echó un rápido vistazo con la linterna. No se veía ni rastro del extraño personaje, pero sobraban rincones para esconderse.

—¡Otra vez!

Se lanzaron hacia la siguiente habitación, donde se desplegaron rápidamente y se pusieron a cubierto.

La sala, mayor que todas las anteriores, estaba llena de estanterías metálicas grises recubiertas de tarros. Cada tarro contenía un solo ojo de mirada fija, un ojo del tamaño de un melón Cantaloupe cuyas raíces oscilaban como tentáculos. Alguien había tirado al suelo una fila de tarros. Los globos oculares se habían reventado en el suelo y derramaban gelatina entre cristales y alcohol.

Un rápido registro demostró que la sala estaba vacía. Hayward reunió a sus hombres.

—Lo estamos arrinconando despacio pero con seguridad —dijo—. Acordaos de que la gente se vuelve más peligrosa cuando más acorralada está, como los animales.

Gestos de asentimiento generalizados.

Hayward miró a su alrededor.

—Esto parece una colección de ojos de ballena.

Risas nerviosas para tranquilizarse.

—Bien, vamos, sala por sala. No hay prisa.

Se arrimó al borde de la puerta siguiente, escuchó, sacó la cabeza y enfocó la

linterna. Nada.

De repente, cuando entraban en la sala, Hayward oyó un grito atroz que salía de la puerta del fondo, seguido por un estruendo de cristales y el ruido de un líquido vertiéndose. Los hombres saltaron como si les hubieran pegado un tiro. Llegó una ráfaga de olor de alcohol etílico.

—Esto es inflamable —dijo Hayward—. Si tiene una cerilla, preparaos para correr.

Avanzó iluminando la sala del fondo.

—¡Ya lo veo! —exclamó O'Connor.

Chis... ¡pum! Primero se oyó un chillido como de un alma en pena. Luego una oscura silueta, que se movía de lado pero con una determinación aterradora, se les echó encima con la mano en alto y empuñando un cuchillo gris de pedernal. Hayward se apartó justo cuando aquel ser cruzaba el umbral. El cuchillo cortó el aire.

—¡Policía! —exclamó—. ¡Suelte el arma!

La silueta, sin embargo, no le hizo el menor caso y siguió abalanzándose como un cangrejo hacia los hombres, dando constantes puñaladas al aire.

—¡No disparéis! —gritó la capitana—. ¡Echadle spray!

Esquivó a la silueta y la hizo correr en redondo, mientras los otros tres policías se acercaban por los lados enfundando las pistolas y sacando las porras y el spray. Visconti dio un salto hacia delante y roció a la figura, que aulló como un demonio y se giró en redondo agitando ciegamente su cuchillo de piedra. En una ágil intervención, Hayward le dio una patada con todas sus fuerzas en la parte interior de una pierna, tirándolo al suelo. La segunda patada hizo que el cuchillo saliera disparado por el suelo.

—¡Esposadlo!

Visconti, sin embargo, ya había entrado en acción. Primero cerró las esposas alrededor de una muñeca. Luego, con la ayuda de O'Connor, pegó al suelo el otro brazo y también lo esposó.

La silueta gritaba y corcoveaba con furia.

—¡Los tobillos! —ordenó Hayward.

Un minuto más tarde el asesino estaba boca abajo, inmovilizado a la fuerza, pero retorciéndose y pegando tales alaridos que su voz cortaba el aire como un escalpelo.

—Que suban los de urgencias —dijo Hayward—. Necesitamos un sedante.

La mayoría de los sospechosos se calmaban cuando tenían esposados los brazos y las piernas y se les impedía levantarse. Aquel no. Siguió retorciéndose, pegando gritos, girándose y dando patadas. A pesar de lo menudo que era, Hayward y los policías tuvieron dificultades para no soltarlo.

—Debe de haber tomado polvo de ángel —dijo uno de los agentes.

—Nunca he visto que el polvo de ángel tenga este efecto.

Al cabo de un minuto llegó un técnico de urgencias y clavó una jeringuilla en una de sus nalgas; no tardó mucho en calmarse. Hayward se levantó, quitándose el polvo.

—¡Joder! —dijo O'Connor—. Parece que se haya duchado con sangre.

—Sí, y con el calor se ha agriado. Apesta.

—Y encima va desnudo, el muy cabrón.

Hayward se apartó. El asesino, que aún estaba boca abajo, con la cara apretada contra el suelo por Visconti, lloriqueaba y se agitaba en un vano esfuerzo por combatir los efectos del sedante.

La capitana se agachó.

—¿Dónde está Lipper? —le preguntó—. ¿Qué le has hecho?

Más lloriqueos.

—Gíradlo. Quiero verle la cara.

Visconti obedeció. El asesino tenía una capa de sangre y vísceras secas por toda la cara y el pelo. Hacía muecas raras y tenía tics que agitaban todas sus facciones.

—Limpiadlo.

El técnico de urgencias abrió un paquete de gasas estériles y le limpió la cara.

—Santo Dios... —dijo Visconti sin querer.

Hayward se limitó a mirar fijamente. Casi no daba crédito a sus ojos.

El asesino era Jay Lipper.

Spencer Coffey se acomodó en una silla del despacho del director, toqueteando impacientemente la raya de sus pantalones. Imhof estaba al otro lado de la mesa con el mismo aspecto que en la primera reunión: sereno, pulcro y con el pelo castaño claro peinado con secador en forma de casco. Aun así, Coffey se fijó en su mirada incómoda, quizá a la defensiva. El agente especial Rabiner se quedó de pie, apoyado en la pared con los brazos cruzados.

Antes de hablar, Coffey dejó que el silencio aumentara la tensión del despacho.

—Señor Imhof —dijo—, nos prometió que se encargaría personalmente del asunto.

—Es lo que he hecho —dijo Imhof con fría neutralidad.

Coffey se apoyó en el respaldo.

—El agente especial Rabiner y yo acabamos de salir de una entrevista con el prisionero y lamento decir que no ha habido ningún progreso en inculcarle el valor del respeto. La otra vez ya le dije que no me interesaba particularmente cómo cumple la misión que le hemos encargado, y que lo único que me interesa son los resultados. Pues bien, no sé qué hace pero no funciona. El preso sigue igual de gallito, de cabrón y de arrogante que cuando llegó. Se ha negado a contestar nuestras preguntas. Encima es insolente. Cuando le he preguntado si le gustaba el régimen de aislamiento, me ha dicho: « La verdad es que lo prefiero » .

—¿Que lo prefiere a qué?

—A mezclarse con « antiguos clientes » . El muy cabrón lo ha dicho así, con sarcasmo, poniendo énfasis en que no quiere mezclarse con la población general de la cárcel. Está tan poco arrepentido y tan combativo como siempre.

—Agente Coffey, a veces estas cosas necesitan tiempo.

—Pero es justo lo que no tenemos, señor Imhof. Se acerca el segundo juicio para la fianza, y Pendergast dispondrá de todo un día para hablar en los tribunales. No podemos impedir eternamente que hable con su abogado. Necesito que se haya venido abajo para entonces. Necesito una confesión.

A lo que no aludió fue a los problemas que estaban teniendo para conseguir algunas de las pruebas. El juicio de la fianza se presentaba bastante peliagudo, mientras que una confesión allanaría el camino.

—Ya le he dicho que hace falta tiempo.

Coffey respiró, acordándose de cómo había que tratar a Imhof para conseguir algo de él: un poco de zanahoria y un poco de palo.

—Mientras tanto sigue allá abajo echando pestes contra usted y contra Herkmoor a todos los que quieren escucharlo: los celadores, el personal... Quien sea. Y además de cabrón es elocuente, Imhof.

El director no dijo nada, pero Coffey se dio cuenta, con satisfacción, de que

le temblaba un poco una de las comisuras de la boca. Aun así Imhof no hizo nada para proponer medidas más enérgicas. Quizá no existiera ninguna...

Entonces se le ocurrió la idea, el golpe maestro. El desencadenante fue la expresión « antiguos clientes ». Por lo visto Pendergast tenía miedo de que lo mezclasen con « antiguos clientes » ...

—Señor Imhof —dijo con calma, para disimular que aquella idea se le acababa de ocurrir—, ¿el ordenador de su mesa está conectado a la base de datos del Departamento de Justicia?

—Naturalmente.

—Veamos qué pone sobre « antiguos clientes » .

—No entiendo.

—Acceda al historial de detenciones de Pendergast y cotéjela con la lista actual de presos de la cárcel, para buscar coincidencias.

—¿Qué quiere decir? ¿Que averigüemos si alguno de los delincuentes detenidos por Pendergast está actualmente en Herkmoor?

—Sí, esa es la idea.

Coffey miró a Rabiner por encima del hombro. El agente sonreía abiertamente.

—Jefe, me gusta su manera de pensar —dijo.

Imhof se acercó al teclado y empezó a escribir. En cierto momento se quedó mirando la pantalla, mientras Coffey empezaba a impacientarse.

—Qué raro... —dijo el director—. Por lo visto el índice de mortalidad de los detenidos de Pendergast es bastante alto. La mayoría ni siquiera llegaron a juicio.

—Pero seguro que hay alguno que acabó en la cárcel después de pasar por el sistema judicial.

Imhof siguió tecleando y se apoyó en el respaldo.

—Actualmente hay dos de ellos residiendo en Herkmoor.

Coffey lo miró con atención.

—¿Quiénes son?

—El primero se llama Albert Chichester.

—¿Qué más?

—Es un asesino en serie.

Coffey se frotó las manos y volvió a mirar de reojo a Rabiner.

—Envenenó a doce pacientes del hospital donde trabajaba —siguió explicando Imhof—. Enfermero de profesión. Setenta y tres años.

La euforia de Coffey desapareció tan rápidamente como había aparecido.

—Ah... —dijo.

—¿Y el otro? —preguntó el agente especial Rabiner.

—Un tío duro. Se llama Carlos Lacarra, pero lo llaman Pocho.

—Lacarra —repitió Coffey.

Imhof asintió con la cabeza.

—Es un antiguo narcotraficante muy duro de pelar. Fue ascendiendo en las pandillas callejeras del este de Los Angeles. Luego se vino al este, donde acaparó gran parte de las actuaciones policiales de los condados de Hudson y Newark

—Ah, ¿sí?

—Torturó hasta la muerte a toda una familia, incluidos tres niños. Fue una venganza por un negocio fallido. Aquí dice que Pendergast era el agente encargado del caso. Qué curioso... No me suena.

—¿Qué cuenta el expediente de Lacarra aquí dentro?

—Es el jefe de una banda que se hace llamar « los Dientes Rotos» y que hace la vida imposible a nuestros celadores.

—Los Dientes Rotos —murmuró Coffey. Su euforia renacía a gran velocidad —. Oiga, señor Imhof... Este Pocho Lacarra... ¿Actualmente dónde ejerce su derecho al ejercicio físico?

—En el patio 4.

—Y ¿qué pasaría si se trasladase al agente Pendergast al... patio 4 para su ejercicio diario?

Imhof frunció el entrecejo.

—Si Lacarra lo reconociera tendría problemas. Aunque, si no lo hace también.

—¿Por qué?

—Lacarra... En fin, no hay una forma fina de decirlo. Le gusta tener a un blanco a quien darle por el culo.

Coffey pensó un poco.

—Ya. Por favor, dé la orden ahora mismo.

A Imhof se le marcó aún más el ceño.

—Es una medida muy radical, agente Coffey...

—Me temo que Pendergast no nos deja otra alternativa. Durante mi carrera he visto a muchos tipos duros de roer, a muchos insolentes y a muchos resentidos, pero no podían compararse con él. Su manera de faltar al respeto al proceso judicial y a esta cárcel, particularmente a usted, es escandaloso. Se lo digo de verdad.

Imhof respiró. Coffey observó con satisfacción que se le abrían fugazmente las aletas de la nariz.

—Trasládelo al patio 4 —dijo con calma—. Hágalo, pero esté al tanto de lo que sucede. Si la situación se les va de las manos, sáquenlo. Pero sin darse demasiada prisa. No sé si me entiende.

—Si pasa algo malo podrían pedir responsabilidades. Necesitaré que me respalde.

—Cuente conmigo, Imhof. Goza de todo mi apoyo.

Dicho lo cual, Coffey se giró, le hizo una señal con la cabeza a Rabiner, que aún sonreía, y salió del despacho.

La capitana de Homicidios Laura Hayward estaba sentada, observando los papeles que cubrían hasta el último rincón de su mesa. Odiaba el desorden. Odiaba verlo todo revuelto. Odiaba los fajos de papeles sin alinear y las montañas mal hechas. Aun así, por mucho que distribuyera, alineara, organizara, algo hacía que su mesa siguiera pareciendo una manifestación física del desorden y la frustración reinantes en su cabeza. En buena ley debería estar redactando un informe sobre el asesinato de DeMeo, pero se sentía paralizada. Era muy difícil trabajar en una investigación abierta teniendo la sensación de haber metido la pata hasta el fondo en otra investigación anterior, y de que podía haber un inocente, o prácticamente, en la cárcel, injustamente acusado de un delito que podía acarrearle la pena de muerte.

Volvió a hacer un gran esfuerzo por ordenar sus ideas. Siempre las había organizado por listas. Se pasaba la vida haciendo sublistas de sublistas de sublistas, y ahora le costaba mucho pasar a otras investigaciones sin haber resuelto mentalmente la de Pendergast.

Suspiró y se concentró para empezar de cero.

Uno: había un posible inocente en la cárcel, acusado de un delito de la máxima gravedad.

Dos: su hermano, a quien se creía muerto desde hacía mucho tiempo, había reaparecido, había secuestrado a una mujer que no parecía tener nada que ver con el resto y había robado la colección de diamantes más valiosa del mundo... para luego destruirla. ¿Por qué?

Tres...

La interrumpieron unos golpes en la puerta.

Hayward había pedido a su secretaria que no la molestaran bajo ningún concepto. Reprimió una reacción de enfado, sorprendida por su virulencia. Después de serenarse, dijo con frialdad:

—Adelante.

La puerta se abrió despacio, con vacilación. Al otro lado estaba Vincent D'Agosta.

—Laura...

Se quedó callado.

Ella notó que se ruborizaba, pero mantuvo su frialdad. Lo único que se le ocurrió decir en ese momento fue: «siéntate, por favor».

Mientras miraba cómo D'Agosta entraba en el despacho y se sentaba, Hayward aplastó con mano de hierro las emociones que surgían en su interior. D'Agosta, que la había sorprendido por su delgadez, iba razonablemente bien vestido, con traje, corbata de veinte dólares y el pelo ralo peinado hacia atrás.

El incómodo silencio se prolongó.

—Esto... ¿Qué, cómo va todo?—preguntó D'Agosta.

—Yo muy bien. ¿Y tú?

—El tribunal disciplinario tiene previsto reunirse a principios de abril.

—Muy bien.

—¿Muy bien? Como me encuentren culpable ya puedo despedirme de mi carrera, de la jubilación, de los pluses... De todo.

—Quería decir que estará bien cuando haya pasado —dijo ella lacónicamente.

¿Era posible que viniera para eso, para quejarse? Esperó a que fuera al grano.

—Oye, Laura, antes que nada quería decirte una cosa.

—¿Qué?

Vio que le costaba.

—Lo siento —dijo él—. Lo siento de verdad. Ya sé que te hice daño y que tienes la impresión de haber sido tratada como un perro. Me gustaría saber cómo hacer las paces.

Hayward esperó.

—Yo entonces creía que hacía lo correcto. Lo creía en serio. Quería protegerte y que Diógenes no te hiciera daño. Creía que la mejor manera de evitarte problemas era irme. En lo que no pensé fue en tu punto de vista. Decidía sobre la marcha. Pasaban muchas cosas muy deprisa, y no tuve tiempo para reflexionar. Desde entonces he podido pensar largo y tendido, y me doy cuenta de que dejándote plantada sin explicación quedé como un hijo de puta sin sentimientos. Debí de parecer que no me fiaba de ti, pero ni mucho menos...

D'Agosta vaciló y se mordió el labio como si estuviera a punto de decir algo importante.

—Mira —continuó—, tengo muchas ganas de que volvamos a estar juntos. Sigo queriéndote, y sé que podemos solucionarlo...

Dejó la frase a medias, abatido. Hayward esperó por si seguía.

—En fin, que solo quería decirte que lo siento.

—Considéralo dicho.

Otro silencio insoportable.

—¿Querías algo más?—preguntó ella.

D'Agosta cambió incómodamente de postura. El sol que se filtraba por las persianas dibujaba rayas en su traje.

—Es que he oído...

—¿Qué has oído?

—Que aún estás investigando lo de Pendergast.

—Ah, ¿sí?—preguntó ella fríamente.

—Sí, lo he oído de un tío que conozco que trabaja para Singleton. —D'Agosta volvió a cambiar de postura—. Me ha dado esperanzas. Esperanzas de que quizá aún pueda ayudarte. Hay cosas que no te dije porque estaba seguro de que no las

creerías, pero si es verdad que sigues con el caso después de todo lo ocurrido... He pensado que quizá te interesaría oírlas. Para que tengas el máximo de munición, como quien dice.

Hayward mantuvo una expresión neutral. No quería dar nada a D'Agosta que no fuera un silencio atronador. Se lo veía mayor y un poco demacrado, pero llevaba ropa nueva y la camisa bien planchada. Se hizo una pregunta tan breve como dolorosa: ¿quién lo cuidaba? Al final dijo:

—La investigación está cerrada.

—Sí, oficialmente sí, pero este amigo me contó que...

—No sé qué te han contado, y me importa un pepino. Parece mentira que te dediques a escuchar cotilleos de departamento de supuestos amigos.

—Pero Laura...

—Trátame de capitana Hayward, por favor.

Otro silencio.

—Todo esto: los asesinatos, el robo de los diamantes, el secuestro, lo orquestó Diógenes. Todo. Era su plan. Usó a la gente como un violinista que toca su instrumento. Primero cometió los asesinatos y luego se los cargó a Pendergast. Robó los diamantes, secuestró a Viola Maskelene...

—Eso ya me lo habías dicho.

—Sí, pero ahora te diré algo que no sabes, algo que nunca te había contado...

Hayward sufrió un ataque de ira que estuvo a punto de acabar con su gélido control.

—Teniente D'Agosta, no me gusta nada oír que ha seguido ocultándome información...

—No lo he dicho en ese sen...

—Sé perfectamente en qué sentido lo ha dicho.

—Pero ¡escucha! La razón del secuestro de Viola Maskelene es que ella y Pendergast... Que están enamorados, en definitiva.

—¡Por favor!

—Yo estaba delante cuando se conocieron, el año pasado en la isla de Capraia. Pendergast la entrevistó para la investigación sobre Bullard y los Stradivarius. En cuanto se vieron me di cuenta de que había algo especial. No sé cómo, pero Diógenes se enteró.

—¿Se han seguido viendo?

—No exactamente, pero Diógenes logró que viniera usando el nombre de Pendergast.

—Qué raro que ella no lo comentara cuando la interrogamos...

—Intentaba proteger a Pendergast, y a sí misma. Si llegaba a saberse que sentían algo el uno por el otro...

—Por un breve encuentro en una isla.

D'Agosta asintió.

—Exacto.

—El agente Pendergast y lady Maskelene. Enamorados.

—Sobre la fuerza de los sentimientos de Pendergast no puedo poner la mano en el fuego, pero los de Maskelene... De ellos sí estoy convencido.

—Y ¿cómo descubrió Diógenes esta conmovedora debilidad sentimental?

—Solo hay una posibilidad: en Italia, mientras velaba por el restablecimiento de Pendergast después de rescatarlo del castillo del conde Fosco. Pendergast deliraba, y es probable que dijera algo. ¿Lo entiendes? Diógenes secuestró a Viola para que Pendergast estuviera totalmente distraído cuando cometía el robo de los diamantes.

D'Agosta se quedó callado. Hayward aprovechó el silencio para respirar profundamente y hacer otro esfuerzo de control.

—Todo esto —dijo con calma— es pura novela rosa. En la vida real las cosas no ocurren así.

—Lo nuestro no fue muy distinto.

—Lo nuestro fue un error que estoy tratando de olvidar.

—Laura, escucha, por favor...

—Como vuelvas a llamarme Laura haré que te echen del edificio.

D'Agosta hizo una mueca de dolor.

—Aún tengo que contarte otra cosa. ¿Conoces Effective Engineering Solutions, un grupo de expertos en definir perfiles de asesinos que está en Little West 12th Street? El director se llama Eli Glinn. Últimamente me paso casi todo el día por ahí, de pluriempleo.

—No me suena, y eso que conozco a todos los que hacen perfiles, al menos de forma legal.

—Bueno, es que en el fondo es una ingeniería y no quieren publicidad, pero hace poco hicieron un perfil de Diógenes que corrobora todo lo que te he dicho de él.

—¿Un perfil? ¿A petición de quién?

—Del agente Pendergast.

—Como para fiarse —dijo Hayward con sarcasmo.

—El perfil indicaba que Diógenes aún no ha acabado.

—¿Cómo que no ha acabado?

—Todo lo que ha hecho hasta ahora, los asesinatos, el secuestro y el robo de los diamantes, es el prelude de otro golpe. De algo más gordo. Puede que muchísimo más gordo.

—¿Como qué?

—No lo sabemos.

Hayward cogió unos informes y los alineó en la mesa con un ruido seco.

—Menudo cuento.

D'Agosta empezaba a enfadarse.

—No es ningún cuento. ¡Oye, Laura, quien te habla es Vinnie! ¡Soy yo!

—Ya está bien. —Hayward pulsó el botón de un interfono—. ¿Fred? Por favor, ven a mi despacho y acompaña a la salida al teniente D'Agosta.

—No lo hagas, Laura.

La capitana se giró hacia él, perdiendo los estribos.

—Pues lo hago. Me mentiste. Me tomaste el pelo. Yo estaba dispuesta a ofrecerte cualquier cosa, cualquier cosa, sin embargo tú...

—Lo siento muchísimo. ¡Qué no daría por volver atrás y hacer las cosas de otra forma! Me esforcé al máximo. Intenté llegar a un equilibrio entre mi lealtad hacia Pendergast y mi... lealtad hacia ti. Sé muy bien que estropeé algo fabuloso... y creo que vale la pena salvar lo que había entre nosotros. Quiero que me perdones.

Un sargento abrió la puerta.

—¿Teniente? —dijo.

D'Agosta se levantó, dio media vuelta y salió sin mirar hacia atrás. El sargento cerró la puerta, dejando a Hayward al otro lado del escritorio lleno de papeles, muda, temblorosa, mirando el desorden sin verlo, sin ver nada.

La noche, oscura y fría, había caído ya sobre las inquietas calles de Upper Manhattan, pero en la biblioteca de Riverside Drive 891 nunca entraba el sol, ni siquiera en pleno mediodía. Sus ventanas con maineles estaban cerradas a cal y canto con persianas de metal, ocultas a su vez por suntuosas cortinas de brocado. La única iluminación la aportaba el fuego: el de los candelabros y el parpadeo de las brasas que se apagaban lentamente en la ancha reja de la chimenea.

Constance estaba sentada en un sillón de orejas de lustroso cuero. Muy erguida —quizá para prestar más atención, o bien por ganas de salir corriendo—, miraba tensamente a la otra persona que había en la sala, Diógenes Pendergast, que estaba sentado en el sofá de enfrente con un libro de poesía rusa en las manos. Diógenes hablaba con voz suave, líquida como la miel, mostrando una extraña adecuación entre la cálida cadencia del profundo sur y la fluidez del ruso.

—Память о солнце в сердце слабеет. Желтой трава —concluyó antes de dejar el libro y mirar a Constance—. *Palidece el recuerdo del sol dentro del corazón, la hierba está amarilla.*^[5] —Rió en voz baja—. Ajmátova. Nadie ha escrito sobre la pena con esta mezcla de causticidad y elegancia.

Siguió un breve silencio.

—No sé leer en ruso —se decidió a contestar Constance.

—Un idioma muy bonito y poético, Constance. Es una lástima, porque intuyo que oír lo que dice Ajmátova sobre la pena en su propio idioma te ayudaría a soportar la tuya.

Constance frunció el entrecejo.

—Yo no tengo penas.

Diógenes arqueó las cejas y dejó el libro sobre el sofá.

—¡Por favor, criatura —dijo tranquilamente—, estás hablando con Diógenes! Con otros quizá puedas hacerte la valiente, pero conmigo no hace falta que disimules. Te conozco. Nos parecemos tanto...

—¿Parecemos? —Constance rió amargamente—. Usted es un criminal, y yo... De mí no sabe nada.

—Sé mucho, Constance —dijo él sin alterarse—. Eres única, como yo. Estamos solos. Sé que tienes la suerte y la desgracia de cargar con un peso extraño y terrible. ¡Cuántos querrían para sí el regalo que te hizo mi tío abuelo Antoine! Pero qué pocos podrían entender qué significa... No es ninguna liberación. Tantos años de infancia, tantos años... y sin embargo verse privado de ser niño...

Diógenes miró a Constance con sus extraños ojos bicolores, iluminados por el fuego.

—Ya te lo dije. También yo fui privado de mi infancia, por culpa de mi

hermano y del obsesivo odio que sentía hacia mí.

Una protesta subió inmediatamente a los labios de Constance, pero esta vez calló. Acababa de notar que el ratoncito blanco cambiaba de postura en su bolsillo y se acurrucaba satisfecho para dormir un poco. Apoyó inconscientemente una mano en el bolsillo y empezó a acariciarlo con sus finos dedos.

—En fin, ya te hablé de esos años y del tratamiento que recibí de él.

En la mano derecha, Diógenes sujetaba un vaso de pastis. Se lo había servido él mismo del aparador. Bebió despacio, pensativo.

—¿Mi hermano se ha comunicado contigo?—preguntó.

—¿Cómo quiere que lo haga? Ya sabe dónde está. Fue usted quien lo metió allí.

—En situaciones parecidas, hay quien encuentra el modo de transmitir noticias a sus seres queridos.

—Quizá no quiera agravar mi inquietud.

La voz de Constance se apagó gradualmente. Bajó la vista hacia sus dedos, que seguían acariciando de forma ausente al ratón dormido. Al volver a levantar los ojos, se encontró con el rostro sereno y armonioso de Diógenes.

—Como iba diciendo —prosiguió él tras una pausa—, tenemos muchas más cosas en común.

Constance acarició al ratón sin decir nada.

—Y tengo mucho que enseñarte.

Constance volvió a sofocar una réplica cortante, que también esta vez se quedó sin decir.

—¿Usted? ¿Qué podría enseñarme?—optó por contestar.

Diógenes sonrió afablemente.

—Tu vida, digámoslo con claridad, es aburrida. Diré más: embrutecedora. Eres prisionera de esta casa oscura. ¿Por qué? ¿No eres una mujer viva? ¿No se te debería permitir tomar tus propias decisiones y moverte a tu albedrío? Pero no, te han obligado a vivir en el pasado. Y ahora vives para otros que solo te cuidan por sentimiento de culpa o vergüenza. Wren, Proctor... Aquel policía tan entrometido, D'Agosta... Son tus carceleros. No te quieren.

—Aloysius sí.

Una sonrisa triste arrugó el rostro de Diógenes.

—¿Crees que mi hermano puede querer a alguien? Dime una cosa: ¿alguna vez te ha dicho que te quiere?

—No es necesario.

—¿Qué pruebas tienes de su afecto?

Constance quiso contestar, pero sintió que se ruborizaba, presa de la confusión. Diógenes hizo un gesto con la mano, como queriendo indicar que la respuesta estaba clara.

—El caso es que no tienes por qué vivir así. Fuera de esta casa existe un mundo lleno de emociones. Yo podría enseñarte a usar tu impresionante erudición y tus magníficos talentos para realizarte y disfrutar.

Oyéndolo, Constance no pudo evitar que se le acelerase el corazón. La mano que acariciaba al ratón se quedó quieta.

—Tienes que vivir no solo para el pensamiento, sino para los sentidos. También tienes un cuerpo, además de un espíritu. No dejes que ese odioso Wren te encarcele con sus atenciones diarias de niñera. No persistas en este abatimiento. Vive, viaja, ama. Habla los idiomas que has aprendido. Experimenta el mundo directamente, no a través de las mohosas páginas de un libro. Vive en color, no en blanco y negro.

Constance escuchaba atentamente, y cuanto más escuchaba más confusa estaba. Ciertamente, tenía la sensación de conocer tan poco el mundo... Nada, en honor a la verdad. Toda su vida había sido un preludio... ¿de qué?

—Hablando de colores, fíjate en el techo de esta habitación. ¿De qué color es?

Constance miró el techo de la biblioteca.

—Azul Wedgwood.

—¿Siempre ha tenido este color?

—No. Lo hizo pintar Aloysius durante... durante las reformas.

—¿Cuánto crees que tardó en elegirlo?

—Supongo que no mucho. El interiorismo no es su fuerte.

Diógenes sonrió.

—A eso iba. Seguro que tomó la decisión con el mismo apasionamiento que un contable que revisa asientos. Tanta ligereza para una decisión tan importante... Sin embargo es la sala donde pasas la mayor parte del día, ¿verdad? Es muy revelador de su actitud contigo, ¿no te parece?

—No entiendo.

Diógenes se inclinó.

—Quizá lo entiendas si te cuento cómo elijo yo los colores. En mi casa, la de verdad, la que me importa, tengo una biblioteca como esta. Al principio pensé pintarla de azul, pero después de pensar, y de experimentar, me di cuenta de que a la luz de las velas, la única que hay en la sala después de que se ponga el sol, el azul adquiere tintes casi verdes. Al seguir con mis indagaciones descubrí que un azul oscuro, como un añil o un cobalto, parece negro con esa luz. El azul claro se queda en gris, mientras que un azul vivo, como el turquesa, queda frío y pesado. Estaba claro que a pesar de mis preferencias iniciales el azul no era una buena elección. Mi segunda opción, los tonos gris perla, tampoco era aceptable, porque pierden su brillo azulado y se convierten en un blanco grisáceo y mortecino. Los verdes oscuros reaccionan como los azules oscuros, virando casi al negro. Así que al final me decanté por un verde claro, veraniego. El temblor de las velas

provoca el efecto soñador y lánguido de estar bajo el agua. —Diógenes titubeó—. Vivo cerca del mar. Si me siento en esa sala con todas las luces y las velas apagadas, escuchando el rumor del oleaje, me convierto en un pescador de perlas que nada en las aguas color verde lima del mar de los Sargazos, fundiéndome con ellas. Es la biblioteca más bonita del mundo, Constance.

Calló un momento, como si meditara. Después se inclinó sonriendo.

—Y, ¿sabes qué?

—¿Qué? —consiguió decir Constance.

—A ti te encantaría.

Constance tragó saliva, sin poder articular una respuesta.

Diógenes la miró.

—Los regalos que te traje la otra vez, los libros y el resto de las cosas... ¿los abriste?

Constance asintió con la cabeza.

—Me alegro. Te demostrarán que fuera de aquí hay otros universos, universos perfumados, llenos de maravillas y placeres, hechos para disfrutar. Montecarlo, Venecia, París, Viena... O si lo prefieres Katmandú, El Cairo, Machu Picchu... —Diógenes movió la mano, indicando las paredes llenas de tomos encuadrados en piel—. Mira los libros que te rodean. Bunyan, Milton, Bacon, Virgilio... Todos moralistas, hombres de gran moderación. ¿Una orquídea puede florecer si se la riega con quinina? —Acarició el libro de Ajmátova—. Por eso esta noche te he leído poesía; para ayudarte a ver que todas estas sombras de las que te rodeas no tienen por qué ser monocromas.

Cogió otro fino libro del montón que tenía al lado.

—¿Has leído a Theodore Roethke?

Constance negó con la cabeza.

—¡Ah! Entonces estás a punto de experimentar un placer tan delicioso como inesperado.

Abrió el libro, eligió una página y empezó a leer.

Yo creo que los muertos son tiernos. ¿Nos besamos? [6]

De pronto, al oírlo, Constante sintió que en lo más hondo de su ser nacía un sentimiento extraño, algo apenas entrevisto en sueños, algo suntuoso y prohibido que aún no conocía.

Cantamos juntos; cantamos boca a boca...

Se levantó de golpe del sillón. En el bolsillo del vestido, su ratón se irguió de sorpresa.

—No me había dado cuenta de lo tarde que es —dijo con voz temblorosa—. Creo que debería irse.

Diógenes la miró dulcemente, cerró el libro con calma y se levantó.

—Sí, es lo mejor —dijo—. Dentro de nada llegará el cascarrabias de Wren y no estaría bien que me encontrara aquí, ni tampoco tus otros carceleros, D'Agosta y Proctor.

Al darse cuenta de que se sonrojaba, Constance se lo reprochó a sí misma con dureza.

Diógenes señaló el sofá con la cabeza.

—Estos libros también te los dejo —dijo—. Buenas noches, querida Constance.

Se acercó, inclinó la cabeza y, sin que Constance tuviera tiempo de reaccionar, le cogió la mano y se la llevó a los labios.

Fue un gesto ejecutado con formalidad y educación irreprochables, pero algo en el modo en que sus labios quedaron suspendidos a poquísima distancia de los dedos, algo en el calor de su aliento en la piel, hizo que Constance se encogiera interiormente, desasosegada.

De pronto Diógenes ya no estaba. Se fue sin decir nada, dejando la biblioteca vacía y silenciosa a excepción de los crujidos casi inaudibles del fuego.

Al principio Constance se quedó muy quieta, consciente de que respiraba cada vez más aprisa. Diógenes no había dejado nada de él, ningún rastro u olor, nada... excepto el montón de libros del sofá.

Se acercó a coger el de encima. Tenía una exquisita encuademación de seda con ribetes dorados y guardas jaspeadas a mano. Lo giró entre sus manos, palpando la deliciosa flexibilidad del material.

Bruscamente lo dejó en la pila, cogió el vaso de pastis sin acabar y salió de la biblioteca. Cruzando el fondo de la casa, entró en la cocina del servicio y limpió y secó el vaso. Después volvió a la escalera central.

En la vieja mansión imperaba el silencio. Proctor estaba fuera, como tantas de esas últimas noches, ayudando a Eli Glinn en sus planes. D'Agosta había pasado antes, pero solo para asegurarse de que todo estuviera bien cerrado. En cuanto al «cascarrabias de Wren», estaba en la biblioteca pública de Nueva York, como siempre a esa hora. Por fortuna su tedioso cometido de niñera, asumido por iniciativa propia, se limitaba a las horas diurnas. No tenía sentido comprobar si la puerta principal seguía cerrada con llave. Constance estaba segura de que sí.

Subió despacio a sus habitaciones del segundo piso, sacó el ratón de su bolsillo y lo dejó en la jaula con delicadeza. Después se quitó el vestido y la ropa interior y los dejó perfectamente doblados. Lo siguiente, en circunstancias normales, habrían sido las abluciones de cada noche, ponerse el camión y leer en la silla de al lado de la cama más o menos durante una hora antes de acostarse, tenía a

medias el trabajo sobre los ensayos de Johnson para el *Rambler*.

Pero no esa noche. Esa noche entró en el lavabo y llenó de agua caliente la enorme bañera de mármol, hecho lo cual se acercó a una caja envuelta con un papel de regalo muy bonito, sobre una bandeja de latón. Dentro había una docena de botellitas de cristal de una casa parisiense de aceites para baño, regalo de Diógenes en su última visita. Eligió uno y vertió su contenido en el agua. Un aroma embriagador de lavanda y pachuli invadió el ambiente.

Ante el espejo de cuerpo entero dedicó un buen rato a contemplar su cuerpo desnudo, mientras se pasaba las manos por los flancos y el vientre plano. Después se giró y entró en la bañera.

Era la cuarta visita de Diógenes. Durante las anteriores se había referido con frecuencia a su hermano, entre diversas alusiones a determinado «acontecimiento» —parecía pronunciar la palabra con particular énfasis— de tal atrocidad que lo único que se veía con coraje de decir era que lo había dejado ciego de un ojo. También había descrito el empeño de su hermano por indisponer en su contra a los demás, especialmente a ella, a Constance, con la ayuda de mentiras e insinuaciones que le hacían parecer la encarnación del mal. Al principio Constance había protestado con gran vehemencia, diciendo que solo tergiversaba la realidad al servicio de algún retorcido fin, pero Diógenes arrojaba su ira con tal calma, era tan razonable y persuasivo en sus réplicas, que a su pesar la había ido sumiendo en un verdadero mar de dudas. A veces Pendergast se mostraba distante y altivo, en efecto, pero era su forma de ser. ¿O no? ¿No era cierto también que si Constance no había recibido noticias suyas de la cárcel era para no angustiarse? Constance sentía por Pendergast un amor hecho de silencio y distancia, un amor que él nunca parecía corresponder ni reconocer...

Habría agradecido tanto tener noticias suyas...

Pero ¿y si había algo cierto en lo que contaba Diógenes? La razón le decía que era un hombre muy poco de fiar, un ladrón, quizá hasta un sádico asesino... pero su corazón decía otra cosa. Se lo veía tan comprensivo y vulnerable... Tan bondadoso... Hasta le había enseñado pruebas —documentos y viejas fotografías— que parecían contradecir gran parte de lo que le había contado Aloysius sobre él. Por otro lado, no lo había negado todo. Había aceptado parte de culpa, y reconocía no ser ni mucho menos un hermano perfecto, sino un ser humano con graves defectos.

Era todo tan confuso...

Constance siempre se había fiado de su cerebro, de su intelecto, aun sabiendo que también era frágil y que podía traicionarla, pero ahora la voz que sonaba más fuerte era la de su corazón. Se preguntó si Diógenes era sincero al afirmar que la entendía. En lo más profundo de su ser, en un lugar que aún no conocía, Constance sentía que le creía. Había cierta conexión. Y lo más importante era

que también empezaba a entenderlo a él.

Salió de la bañera, se secó e hizo los últimos preparativos antes de acostarse. En vez de ponerse uno de sus camisones de algodón eligió uno de seda fina que estaba en el fondo de un cajón, sin estrenar, casi olvidado. Después se metió en la cama, ahuecó las almohadas de plumón y abrió la recopilación de los ensayos del *Rambler*.

Las palabras pasaban ante sus ojos, pero no entendía el significado. Como empezaba a impacientarse saltó al siguiente ensayo, leyó por encima la introducción y cerró el libro para bajar otra vez de la cama y abrir un armario muy macizo de Duncan Phyfe. En el interior había una caja forrada de terciopelo con una pequeña colección de pequeños libros traídos por Diógenes en su última visita. Se la llevó a la cama y rebuscó en su contenido. Eran libros que conocía de oídas, pero que nunca había leído; libros que no formaban parte de la nutrida biblioteca de Enoch Leng. El *Satiricón* de Petronio, *À rebours* de Huysmans, las cartas de Oscar Wilde a lord Alfred Douglas, la poesía amorosa de Safo, el *Decamerón* de Boccaccio... Una pátina de decadencia, de opulencia, de amor apasionado perfumaba sus páginas como el almizcle. Constance fue saltando de uno a otro. Su cautela inicial se convirtió en curiosidad, y esta en algo parecido a la avidez, que la hizo leer hasta altas horas de aquella noche de desasosiego.

Gerry Fecteau encontró un poco de sol en la pasarela de encima del patio 4 y se subió la cremallera de su chaqueta de celador. La temperatura invernal que se filtraba por el cielo color whisky no era lo bastante alta para derretir las manchas de nieve sucia que quedaban al borde de los patios y en las esquinas de los edificios. Desde donde estaba, Fecteau tenía una buena visión del patio. Miró a su acompañante, Doyle, estratégicamente situado en la otra esquina.

No les habían explicado nada sobre las características de la misión. Lo único que les habían dado era la orden de vigilar el patio desde arriba, pero Fecteau era gato viejo y sabía leer entre líneas. Al preso misterioso, que seguía en una celda de aislamiento, le habían dado permiso para salir al patio por buena conducta. Al patio 4. Permiso obligatorio. Teniendo en cuenta que Pocho y su pandilla rondaban por allí, Fecteau tenía muy clara la suerte que esperaba al preso —que era todo lo blanco que podía ser un hombre blanco— cuando lo soltaran en el patio 4 en presencia de Lacarra y sus matones. Desde la pasarela, tardarían al menos dos minutos en llegar al patio si surgían problemas.

Esa orden solo podía deberse a un motivo: que lo del percusionista no había funcionado. De hecho, por algún inexplicable motivo ya no tocaba, por lo que probablemente querían probar otra cosa.

Fecteau se humedeció los labios y observó el patio vacío: el aro de baloncesto sin red, las barras paralelas, los dos mil metros cuadrados de asfalto... Faltaban cinco minutos para la hora de ejercicio. No era un encargo muy del gusto de Fecteau. Si mataban a alguien, la responsabilidad recaería en él. Por otro lado, separar a Lacarra de alguna de sus víctimas no era una perspectiva demasiado atractiva. Sin embargo, había una parte de Fecteau que tenía hambre de violencia. Una mezcla de entusiasmo y reticencia le aceleró el pulso.

A la hora exacta, oyó cómo se descorrían los cerrojos y se abrió la doble puerta del patio. Dos celadores salieron a la débil luz del sol, trabaron los dos paneles de la puerta y se quedaron cada uno en un lado mientras Pocho, siempre el primero, salía tranquilamente y entornaba los ojos para mirar el patio de cemento, mientras acariciaba su perilla. Llevaba el mono de la cárcel, sin chaqueta, pese a la temperatura invernal. Los músculos de los brazos se le marcaban debajo de las mangas. El sol, apagado, creaba reflejos mate en su cabeza rapada y en el resto de la cara, mostrando sus viejas cicatrices de acné, que parecían cráteres lunares.

Mientras Lacarra seguía paseando hasta el centro del patio, aparecieron los otros seis presos y se dispersaron; adoptaron posturas relajadas, mascaban chicle y caminaban sin rumbo por el asfalto. Un celador tiró una pelota de baloncesto que rebotó hasta uno de los hombres. El preso la hizo subir con el pie, la cogió y la hizo botar con desgana.

Al cabo de un rato salió el nuevo preso, alto y erguido. Nada más cruzar la puerta se quedó parado, mirando el patio con una tranquilidad que hizo estremecerse a Fecteau. El pobre desgraciado no sabía dónde se metía.

Pocho y los suyos no dieron muestras de haberse fijado en el nuevo. Solo pararon de mascar, pero fue momentáneo. La pelota siguió botando como un tambor marcando un ritmo lento. Pum... pum... pum... Todo parecía dentro de la normalidad.

El preso misterioso empezó a caminar paralelamente a la pared de bloques de hormigón. Miraba a su alrededor con una expresión neutral y una forma de moverse relajada y flexible. Los demás lo seguían con la vista.

Tres de los lados del patio estaban delimitados por los muros de cemento de la cárcel, y el cuarto, el del fondo, por una tela metálica coronada por una alambrada. El preso siguió la pared y al llegar a la tela metálica dio un cuarto de vuelta, mirando fijamente el exterior. Fecteau había observado que los presos siempre miraban o hacia fuera o hacia arriba, nunca en dirección al siniestro edificio. La media distancia estaba dominada por una torre de vigilancia, más allá de la cual se asomaban las copas de los árboles sobre el muro exterior de la cárcel.

Uno de los celadores de abajo miró hacia la pasarela y al ver a Fecteau se encogió de hombros como diciendo: «¿Qué tal?». Fecteau repitió el gesto y les hizo señas a él y su compañero de que el traslado de los presos al patio se había desarrollado sin problemas. Los dos entraron en el edificio y cerraron la puerta tras ellos.

Fecteau se acercó al radio a los labios y dijo en voz baja:

—¿Me oyes, Doyle?

—Te oigo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Sí.

—Más vale que nos preparemos para bajar corriendo y separarlos.

—Recibido.

Espiraron. Los rebotes de la pelota mantenían el mismo ritmo. El único que se movía era el preso misterioso, que seguía con su lento deambular por la valla metálica.

Pum... pum... pum... seguía botando la pelota.

La voz de Doyle volvió a hacer crujir la radio.

—Oye, Gerry, ¿te recuerda algo?

—¿Como qué?

—¿Te acuerdas de la primera escena de *El bueno, el feo y el malo*?

—Sí.

—Pues es lo mismo.

—Tal vez, pero con una diferencia.

—¿Cuál?

—El desenlace.

Doyle se rió por la radio.

—No te preocupes. A Pocho la carne le gusta ablandada, pero viva.

Lacarra sacó las manos de los bolsillos y caminó muy tieso, con andares chulescos, hacia un punto de la valla que quedaba diez metros por delante del preso. Metió los dedos en la tela metálica y vio cómo se acercaba. En vez de cambiar de trayectoria para esquivar a Lacarra, el preso siguió paseándose como si nada, sin parar ni un momento hasta que estuvo frente a frente con Lacarra. Le dirigió la palabra. Fecteau aguzó el oído.

—Buenas tardes —dijo el preso.

Lacarra apartó la vista.

—¿Tienes un cigarrillo?

—Lo siento, no fumo.

Lacarra asintió con la mirada perdida en la distancia y los ojos casi cerrados, como dos rendijas negras. Empezó a acariciarse la perilla. A cada caricia se estiraba el labio, dejando ver una hilera de dientes amarillos y rotos.

—No fumas —dijo en voz baja—. Qué sano.

—Antes me gustaba fumar un puro de vez en cuando, pero lo dejé cuando un amigo mío tuvo cáncer. Pobre, tuvieron que quitarle casi toda la mandíbula inferior.

La cabeza de Lacarra se giró hacia el preso como a cámara lenta.

—Debió de quedar feísimo, el cabrón.

—Hoy en día la cirugía plástica hace maravillas.

Lacarra se giró.

—¿Lo has oído, Rafe? Este tío tiene un amigo sin boca.

Fue como una señal para que la pandilla de Lacarra saliese de su inmovilidad, con la única excepción del de la pelota; los demás empezaron a acercarse de manera oblicua, como una manada de lobos.

—Creo que voy a seguir paseando —dijo el preso, yendo hacia un lado.

Como quien no quiere la cosa, Lacarra dio un paso y se interpuso en su camino.

El preso se quedó quieto, fijó en él sus ojos plateados y dijo algo que Fecteau no entendió.

Lacarra no se movió ni miró al preso. Después de unos instantes preguntó:

—¿Qué dices?

El preso habló con más claridad.

—Espero que no estés a punto de cometer el segundo mayor error de tu vida.

—¿De qué coño hablas? ¿Qué segundo error? ¿Cuál es el primero?

—Matar a tres niños inocentes.

Se hizo un silencio eléctrico. Fecteau cambió de postura, atónito por lo que

acababa de oír. El preso había infringido una de las reglas más sagradas de la vida en la cárcel, y lo había hecho ni más ni menos que con Pocho Lacarra. Pero ¿de qué lo conocía, si llevaba aislado desde su ingreso? A Fecteau se le tensó todo el cuerpo. Iba a pasar algo muy grave. Y pasaría pronto.

Lacarra sonrió y miró al preso por primera vez, exhibiendo sus dientes amarillos; había un hueco negro entre los de arriba. De repente, por el hueco lanzó un esputo que sonó al aterrizar sobre la punta del zapato del preso.

—¿Quién te lo ha contado? —dijo con afabilidad.

—Primero los ataste, por supuesto. Claro, con lo macho que eres... Temías que una niña de siete años te dejase una marca en el cutis, ¿verdad, Pocho?

Fecteau no podía creerlo. Aquel tipo acababa de firmar su sentencia de muerte. La pandilla de Pocho parecía igualmente descolocada; esperaba alguna señal sin saber cómo reaccionar.

Pocho se echó a reír. Fue una risa lenta, disonante, amenazadora.

—¡Eh, Rafe! —dijo por encima del hombro—. Me parece que a este tío le caigo mal. Me entiendes, ¿verdad?

Rafe se acercó tranquilamente.

—¿En serio?

El preso no dijo nada. Los demás seguían acercándose como una manada de lobos. Fecteau sentía en el pecho los latidos de su corazón.

—Has herido mis sentimientos, tío —le dijo Pocho Lacarra al preso.

—¿De verdad? —fue la respuesta—. ¿Qué sentimientos, si puede saberse?

Pocho se apartó para que se acercara Rafe, con calma y despreocupación. Bruscamente, con la rapidez de una trampa de resorte, Rafe se lanzó sobre el estómago del preso.

Una de las piernas del preso salió disparada en un gesto borroso. De pronto Rafe estaba doblado en el suelo. Hizo un horrible ruido de succión y vomitó.

—¡Deteneos ahora mismo! —gritó Fecteau, cogiendo la radio para llamar a Doyle.

Pocho se apartó un poco más, mientras el resto acudía velozmente; les dejaba a ellos el trabajo sucio. Petrificado, sin dar crédito a sus ojos, Fecteau vio que el preso hacía unos movimientos que parecían imposibles, de una celeridad inconcebible; debían de pertenecer a algún arte marcial desconocido para él. Sin embargo, frente a él tenía a seis pandilleros que se habían pasado la vida en peleas callejeras, y eso no había quien lo resistiese. Por su parte, los miembros de la pandilla quedaron tan sorprendidos por los movimientos del preso que se batieron momentáneamente en retirada. Al lado de Rafe había caído otro, tras recibir un golpe en la barbilla.

Fecteau dio media vuelta y corrió por la pasarela pidiendo refuerzos a gritos por la radio. Los dos solos, él y Doyle, no podían parar la pelea.

Lacarra levantó la voz.

—¿Pensáis dejar que este maricón os pegue una paliza?

Mientras algunos rodeaban al preso, los demás se lanzaron sobre él. Uno de los pandilleros amagó un puñetazo. El preso giró en redondo, pero era un truco para que pudiera llegar otro de la pandilla y pegarle en la barriga. Esta vez el golpe dio en el blanco. De repente se lanzaron todos en piña con los puños preparados y el preso empezó a tener dificultades para parar los golpes.

Fecteau se lanzó por la puerta del piso de arriba. Ya no veía el patio. Bajó corriendo por la escalera, abrió otra puerta cerrada con llave y corrió por el pasillo. Justo en ese momento se acercaba Doyle con cuatro celadores de refuerzo que llegaban corriendo del puesto de guardia con las porras en la mano. Fecteau abrió la doble puerta del patio. La cruzaron saltando.

—¡Ya está bien, coño! —gritó Fecteau, corriendo por el cemento hacia un pequeño grupo de hombres de Lacarra que, agachados, arreaban patadas a una figura invisible.

Ahora había dos más en el suelo. A Lacarra no se lo veía por ninguna parte.

—¡Joder, ya está bien!

Fecteau irrumpió con Doyle y los demás, cogió a uno de los matones por el cuello y lo echó hacia atrás, a la vez que le pegaba a otro con la porra en la oreja.

—¡Basta! ¡Quietos!

Doyle llegó corriendo con la Taser en la mano. Los demás celadores también intervinieron. En menos de treinta segundos todos los presos quedaron reducidos. El preso especial yacia de espaldas, inconsciente; las grandes manchas de sangre de su cara ofrecían un contraste llamativo con la palidez de su piel. Tenía los pantalones casi rotos por la cintura y todo un lado de la camisa desgarrado.

Al fondo se oían los gritos histéricos de uno de los presos.

—¿Habéis visto qué ha hecho, el pirado ese? ¿Lo habéis visto?

—¿Qué ocurre, Fecteau? —Era la voz del director por la radio—. ¿Me han dicho algo de una pelea?

Como si no lo supiera.

—Han zurrado al preso nuevo, señor.

—¿Qué le ha pasado?

—¡Que vengan los de urgencias! —pidió desde el fondo otro de los celadores—. ¡Hay como mínimo tres presos graves! ¡Urgencias!

—¿Me oye, Fecteau? —dijo la voz estridente de Imhof.

—Sí. El preso nuevo está herido, pero aún no sé si es grave.

—¡Averígüelo!

—Sí, señor.

—Otra cosa: quiero que los de urgencias empiecen por el preso nuevo, ¿me entiende?

—Recibido, señor.

Fecteau miró a su alrededor. ¿Dónde diablos estaba Lacarra?

De repente vio el cuerpo de Pocho encogido e inmóvil en un rincón helado del patio.

—Dios mío... —dijo—. ¿Y los de urgencias? ¡Que vengan inmediatamente!

—¡Hijo de puta! —dijo la voz histérica—. Pero ¿habéis visto qué ha hecho?

—¡Sujetad al resto! —exclamó Fecteau—. ¿Me habéis oído? ¡Sacadlos pitando de aquí con las esposas puestas y encerradlos!

Era una orden innecesaria. Los miembros de la pandilla que aún podían tenerse en pie ya estaban siendo conducidos a la puerta del patio. Los gritos se fueron apagando. Solo quedaron los sollozos agudos de uno de los presos heridos. La postura de Lacarra era como una imitación grotesca de un suplicante, con las rodillas y la cara en la nieve y la cabeza torcida en un ángulo antinatural. Lo que peor espina le dio a Fecteau fue que no se moviera.

Llegaron dos sanitarios, seguidos por otros dos que traían camillas.

Fecteau señaló al preso especial.

—El director quiere que empecéis por este.

—¿Y aquel?

La mirada horrorizada de los sanitarios se dirigía a Lacarra.

—Primero encargaos del preso nuevo.

Empezaron a ocuparse de él, pero Fecteau seguía sin poder apartar la vista de Lacarra. De repente el cuerpo de Pocho empezó a moverse como a cámara lenta. Se inclinó de lado y cayó. Después volvió a quedarse totalmente inmóvil, exponiendo al cielo una sonrisa crispada y unos ojos muy abiertos.

Fecteau se acercó la radio a la boca sin saber qué decirle al director. Había una cosa clara: Pocho Lacarra difícilmente volvería a follarse a nadie.

Durante los fríos días de marzo, el este de Long Island no respondía a su imagen de lugar de esparcimiento para los ricos y famosos. Al menos fue la impresión que tuvo Smithback al pasar junto al enésimo campo de patatas embarrado y recién segado, mientras una bandada de cuervos volaba desordenadamente en círculos.

Desde su encuentro con Hayward, Smithback había recurrido a todo su repertorio de trucos periodísticos para enterarse de más cosas sobre Diógenes. Había escrito artículos cuyo sugerente contenido insinuaba que estaban a punto de producirse grandes avances, a la vez que solicitaba información. También había merodeado por el museo haciendo preguntas y cribando rumores, pero nada. Pendergast aún estaba en la cárcel, acusado de asesinato. Otro aspecto igualmente grave era que Diógenes siguiera libre y desaparecido. Imaginar al hermano de Pendergast suelto, tramando sin duda nuevas fechorías, despertaba en Smithback una mezcla de rabia y miedo.

No tenía muy claro cuándo se le había ocurrido la idea, pero el caso era que se le había ocurrido... y que ahora iba en coche por la isla, en dirección este, rumbo a una casa que, fervientemente, esperaba encontrar vacía.

Lo más probable era que no hallase nada. A fin de cuentas ¿qué podía encontrar él que no hubiera visto ya la policía? Pero era lo único que le quedaba por hacer.

—Dentro de ciento cincuenta metros, gire a la derecha por Springs Road —dijo una voz melosa de mujer en el salpicadero.

—Gracias, Lavinia, guapa —dijo Smithback con una animación que estaba lejos de sentir.

—Gire a la derecha por Springs Road.

Obediente, se internó por una carretera con el asfalto muy agrietado, que discurría entre campos de patatas, segundas residencias cerradas y árboles desnudos. Al fondo había marismas con eneas muertas y cortaderas. Smithback pasó al lado de un cartel de madera descolorido y en pintoresco estado de deterioro que decía: «Bienvenido a Springs». Se trataba de un rincón sin pretensiones del este de Long Island, vagamente perfumado con dinero, pero discretamente.

—Este pueblo, mi querida Lavinia, es pequeño y no tiene nada especial, pero tampoco carece de encanto —dijo Smithback—. Lástima que no puedas verlo.

—Dentro de ciento cincuenta metros gire a la derecha por Glover's Box Road.

—Así lo haré.

—Gire a la derecha por Glover's Box Road —fue la plácida respuesta.

—¿Sabes que con esa voz podrías hacerte rica en el negocio de las líneas eróticas?

Smithback se alegraba de que Lavinia solo fuera una voz en el salpicadero. Así el sistema de navegación GPS no podía saber qué nervioso estaba.

Había llegado a una punta de arena muy ancha, entre casas, pinos achaparrados y zonas pantanosas con eneas y maleza. A la izquierda había una extensión de agua gris, Gardiners Bay, y a la derecha un puerto descuidado, cerrado para el invierno, con los yates en la marina seca.

—En cien metros llegará a su destino.

Condujo más despacio. Tenía delante un camino de arena que llevaba a una casa de madera gris, al otro lado de unos robles. En el camino había vallas de la policía atravesadas, pero no se veía ningún rastro de presencia policial. La casa estaba cerrada y oscura.

Después de algunas curvas, y de unas cuantas casas, el camino acababa en una rotonda que coincidía con el final de la lengua de tierra. En un lado había un cartel que anunciaba una playa pública. Smithback aparcó su coche —el único que había— al lado de la rotonda y salió a respirar el aire puro y frío. Después de subirse la cremallera de la chaqueta para protegerse del viento húmedo, se colgó una mochila en los hombros, recogió una piedra del suelo, se la metió en el bolsillo y se fue paseando por la playa. El leve oleaje relamía la orilla con siseos rítmicos. Durante su paseo, Smithback recogió algunas conchas, que volvía a tirar, y se acercó cada vez más al agua, arrastrando las zapatillas deportivas por la arena.

Las casas quedaban justo detrás de donde empezaban las cortaderas y las dunas: tablones grises, bordes blancos, puertas y ventanas que permanecerían cerradas todo el invierno. La que buscaba era fácil de identificar, porque había palos con cinta amarilla de la policía revoloteando entre los hierbajos del patio. Era una casa grande de los años veinte, castigada por la intemperie, con el tejado en punta, un porche largo orientado hacia el mar y dos hastiales. Al acercarse siguió sin ver ningún indicio de presencia policial. Caminó entre las dunas y las cortaderas con toda tranquilidad, levantando la arena con los pies. Al llegar a una valla de madera saltó por encima, se agachó para cruzar la cinta y corrió a esconderse detrás de la casa.

Pegado a la pared, a salvo de miradas indiscretas gracias a un tejo medio muerto, se puso unos guantes de piel. Naturalmente, la casa estaría cerrada con llave. La rodeó hasta llegar a una puerta lateral. Al mirar vio una cocina vieja pero ordenada, sin los utensilios habituales.

Sacó del bolsillo la piedra y un pañuelo, con el que la envolvió, y golpeó el cristal con fuerza.

No pasó nada. El segundo golpe, más fuerte y audible, tampoco lo rompió.

Al fijarse en el cristal observó una anomalía: era grueso, de color azul verdoso, y los montantes no estaban hechos de madera sino de metal pintado.

¿Un cristal antibalas?

No le sorprendió. Seguro que Diógenes había hecho reformas para que la casa fuera inexpugnable tanto por fuera como por dentro; a prueba de fugas.

Se quedó quieto, esperando no haber conducido tres horas para nada. Seguro que Diógenes lo había tenido todo en cuenta. ¿Cómo se le podía haber olvidado? No tenía sentido buscar puntos débiles porque no los habría.

Por otro lado, quizá la policía se hubiera dejado alguna puerta abierta.

Fue a la puerta del porche, escondiéndose detrás de la maleza. Estaba cruzada por una cinta amarilla. Subió al porche, miró a ambos lados del camino y se giró para inspeccionar la puerta. Era la que habían forzado los policías; habían reventado el marco con palancas y habían destrozado la cerradura. Daba la impresión de que requirió una fuerza considerable. Como la cerradura había quedado para el arrastre, la policía la había sustituido por un candado propio, que Smithback examinó con atención. Era de acero reforzado, demasiado grueso para ser cortado con un cortapernos, pero los puntos de sujeción estaban clavados con tornillos en unos agujeros hechos con taladro en la puerta metálica.

Smithback metió la mano en la mochila de piel y sacó un destornillador de estrella. Cinco minutos después ya había desatornillado un lado. Retiró el punto de sujeción y abrió un poco la puerta metálica, muy abollada. En un abrir y cerrar de ojos estuvo dentro y con la puerta cerrada.

Hizo una pausa, frotándose las manos. Dentro de la casa hacía calor. Aún estaba puesta la calefacción. Era la típica sala de estar de una casa de playa, con muebles de mimbre confortables, alfombras artesanas, una mesa preparada para jugar al ajedrez, un piano de cola en un rincón y en la pared del fondo una chimenea enorme, hecha de piedra. Curiosamente, la luz del interior de la casa era verdosa a causa del grosor de los cristales.

¿Qué buscaba? No estaba seguro. Tal vez alguna pista sobre el paradero de Diógenes, o sobre las posibles identidades que podía estar usando para esconderse. En un arrebato de pesimismo se preguntó cómo podía encontrar algo que hubiera pasado inadvertido a la policía, o al propio Diógenes, lo que era aún más improbable. Estaba claro que se había ido precipitadamente, dejando bastantes instrumentos y bastante material como para que la policía lo identificase de modo concluyente como el ladrón de los diamantes del museo. Pero también había demostrado no solo una inteligencia fuera de lo común, sino una prudencia excepcional. No era propio de Diógenes cometer errores.

Cruzó sigilosamente el arco que daba al comedor. Era una sala con un revestimiento muy bonito de roble, una mesa de madera maciza y sillas Chippendale. Las paredes, de color rojo oscuro, estaban adornadas con cuadros y grabados. Al fondo había una puerta que daba a una cocina, muy pequeña pero tan impoluta como el resto. Seguro que la policía no había limpiado la casa. Supuso que así era como solía tenerla Diógenes.

Volvió a la sala de estar y se acercó al piano para pulsar algunas teclas. La

afinación era perfecta. Los martillos respondían como una seda.

Bueno, ya era algo. Diógenes tocaba el piano.

Se fijó en las partituras del atril: los *Impromptus opus 90* de Schubert. Debajo, el *Clair de lune* de Debussy y algunos *Nocturnos* de Chopin. No solo tocaba, sino que lo hacía bastante bien, aunque probablemente no llegara al virtuosismo de un concertista.

Al lado del piano había otro arco por el que se entraba en la biblioteca. En ella, curiosamente, reinaba el desorden, con libros por el suelo —algunos de ellos abiertos— y huecos en las estanterías. La alfombra estaba arrugada y levantada por una punta. En el suelo había una lámpara de mesa rota. El centro de la sala estaba presidido por una gran mesa recubierta de terciopelo negro, bajo una fila de focos muy potentes.

Vio algo en un rincón que le hizo estremecerse: un gran yunque de acero inoxidable, muy bien acabado. Al lado había varios trapos arrugados y un extraño martillo, de un metal gris y brillante. ¿Sería titanio?

Retrocedió, dio media vuelta y subió por la escalera de madera. En el piso de arriba había un distribuidor y un largo pasillo con marinas en las dos paredes. En una mesa había un pequeño mono capuchino disecado, junto a una campana de vidrio que contenía un falso árbol con mariposas.

Todas las puertas de las habitaciones estaban abiertas.

Al entrar en la que daba al rellano se dio cuenta de que ahí era donde debió de estar secuestrada Viola Maskelene. La cama estaba deshecha, había un cristal roto en el suelo y alguien había arrancado un trozo de papel de la pared, dejando a la vista una superficie metálica.

Metal... Smithback se acercó y rascó cuidadosamente un poco más de papel. Las paredes eran de acero macizo.

Tuvo otro escalofrío, acompañado por una creciente sensación de alarma. La ventana era del mismo cristal grueso y de color verde azulado que las de la planta baja, y había barrotos. La puerta, que fue lo siguiente que miró, pesaba muchísimo. También era de acero. Las bisagras, mayores de lo normal, no hicieron ruido al girar. Se fijó en la cerradura: de bronce y acero inoxidable, a prueba de bombas.

Se puso aún más nervioso. ¿Y si volvía Diógenes? Pero ¿cómo iba a volver? Sería una locura. A menos que hubiera olvidado algo en el interior de la casa...

Pasó rápidamente por el resto de los dormitorios. En uno de ellos, siguiendo su intuición, sacó el destornillador y lo clavó en la pared. También era de acero.

¿Los planes de Diógenes incluían a más de un prisionero? ¿O había fortificado toda la casa por sistema?

Bajó deprimida, con el corazón acelerado. Aquella casa le ponía los pelos de punta. Total, un día perdido. En el fondo había ido sin tener nada planeado y sin buscar nada en particular. Se planteó la conveniencia de tomar notas. Pero ¿notas

sobre qué? Quizá lo mejor sería olvidarse del tema y hacerle una visita a Margo Green. Ya que había salido de la ciudad... Pero no, sería otro desplazamiento inútil; Margo, por lo que sabía, había sufrido un empeoramiento repentino y estaba en coma profundo.

De repente se paró. En el porche se oían pasos.

Tuvo un ataque de miedo y se metió en un armario, al pie de la escalera. Al llegar al fondo se acurrucó detrás de un montón de chaquetas y chaquetones de cachemira, pelo de camello y tweed. Oyó que sacudían la puerta de la casa. Oyó que se abría espacio, chirriando.

¿Diógenes?

Dentro del armario olía intensamente a lana. El miedo casi le impedía respirar.

Los pasos cruzaron con sigilo la alfombra de la entrada y se detuvieron en la sala de estar. Silencio.

Smithback esperó.

Los pasos fueron hacia el comedor y se perdieron en la cocina.

¿Era el momento de salir corriendo?

No tuvo tiempo de pensar. Los pasos, lentos, pausados y silenciosos, habían vuelto. Ahora iban hacia la biblioteca. Retrocedieron y subieron por la escalera.

¡Ahora! Smithback salió disparado del armario, cruzó la sala de estar como una exhalación y se lanzó por la puerta, que estaba abierta. Al girar por la esquina del porche vio un coche de la policía en el camino de entrada, con el motor en marcha y la puerta abierta.

Cruzó rápidamente el patio trasero de la casa de al lado y se fue corriendo por la playa. Casi se le escapaba la risa del alivio. Había confundido con Diógenes a un simple policía que iba a ver si estaba todo en orden.

Al subir al coche se tomó un momento para respirar. Un día perdido. Bueno, al menos había salido sano y salvo de la casa.

Arrancó y encendió el navegador.

—¿Adonde desea ir?—pronunció una voz sexy y aterciopelada—. Por favor, introduzca la dirección.

Abrió el menú y seleccionó la opción «Trabajo». Conocía el camino de vuelta, pero le gustaba oír a Lavinia.

—Nos dirigimos a un punto llamado Trabajo —dijo la voz—. Conduzca hacia el norte por Glover's Box Road.

—Lo que tú digas, cielo.

Pasó al lado de la casa con toda tranquilidad. El policía estaba fuera, al lado de su coche, con un micro en la mano. Al ver pasar a Smithback no hizo nada para detenerlo.

—Dentro de ciento cincuenta metros gire a la izquierda por Springs Road.

Smithback asintió y levantó una mano para quitarse un hilo de tweed de la

cara. En ese momento sintió una especie de descarga eléctrica.

—¡Claro, Lavinia! —exclamó—. ¡Los abrigos del armario!

—Gire a la izquierda por Springs Road.

—¡Había dos tipos de abrigos! Unos muy caros, de cachemira y de mohair, y otros de tweed muy gordos y peludos, de esos que pican. ¿Conoces a alguien que lleve las dos cosas? ¡En absoluto!

—Siga durante un kilómetro y medio por Springs Road.

—El de la cachemira y mohair tiene que ser Diógenes, lo cual significa que su áter ego los lleva de tweed. Se disfraza de profesor o algo por el estilo. Es perfecto, Lavinia. Sí, tiene que ser eso, un profesor. ¡No, un momento! No exactamente un profesor. Ten en cuenta que conoce perfectamente el museo. Según la policía, en el robo de los diamantes alguien lo ayudó desde dentro. ¿Imaginas a Diógenes con colaboradores? Pero ¡si lo teníamos ante las narices! ¡Esto es la leche, Lavinia! ¡Lo hemos descubierto! ¡Lo he descubierto yo!

—Dentro de ciento cincuenta metros gire a la izquierda por Old Stone Highway —fue la plácida respuesta.

Lo que más repelía a Hayward de la unidad psiquiátrica de Bellevue no era la sordidez de los pasillos con baldosas, ni las puertas de acero cerradas con llave, ni la mezcla de olor a desinfectante, vómitos y excrementos, sino los ruidos. Llegaban de todas partes, una barahúnda de murmullos, alaridos, repeticiones monótonas, explosiones glóticas, gemidos y parloteos suaves pero atropellados, sinfonía de dolor sobre la que de vez en cuando se elevaba un grito tan horrible, tan lleno de desesperación, que le partía el corazón.

Entretanto el doctor Goshar Singh caminaba a su lado hablando con tal calma y racionalidad que parecía que no oyera nada. Hayward pensó que quizá era realmente así. De otro modo ya no estaría cuerdo. Así de simple.

Intentó concentrarse en las palabras del médico.

—No he visto nada parecido en todos mis años de psiquiatra clínico —dijo Singh—. Estamos intentando controlarlo, y hemos hecho avances, pero no tantos como me gustaría.

—Da la impresión de haber sido muy repentino.

—En efecto, es una de las características más desconcertantes del cuadro clínico. Bueno, ya hemos llegado, capitana Hayward.

Singh abrió una puerta con llave y dejó pasar a Hayward a una habitación casi desnuda, dividida en dos por una larga barra con una ventana de cristal blindado que separaba las dos mitades. Era idéntica a las salas de visitas de las cárceles. En el cristal había un intercomunicador.

—Doctor Singh —dijo Hayward—, yo había pedido una visita cara a cara.

—Me temo que no será posible —contestó Singh, apenado.

—Pues yo me temo que debe ser así. En estas condiciones no puedo interrogar a un sospechoso.

Singh volvió a hacer un gesto de tristeza que hizo temblar sus mofletes.

—No, no, aquí las decisiones las tomamos nosotros, capitana; además, creo que cuando vea al paciente entenderá que da exactamente lo mismo.

La capitana Hayward no dijo nada. No era el momento de enzarzarse en disputas con los médicos. Primero evaluaría la situación; después, si era necesario, volvería estableciendo ella las condiciones.

—¿Quiere sentarse? —preguntó Singh solícitamente.

La capitana se sentó frente a la barra; el médico lo hizo en el asiento de al lado. Miró su reloj.

—El paciente saldrá dentro de cinco minutos.

—¿Qué resultados preliminares tienen?

—Ya le he dicho que es un caso muy desconcertante.

—¿Podría concretar?

—En el electroencefalograma preliminar se observaban anomalías focales

temporales significativas. Después se le hizo una resonancia magnética que reveló diversas pequeñas lesiones en el córtex frontal. Por lo visto estas lesiones son el desencadenante de una serie de defectos cognitivos graves, y de la psicopatología.

—¿Podría traducirlo al cristiano?

—El paciente parece haber sufrido daños graves en la parte del cerebro que controla el comportamiento, las emociones y la planificación. Donde más graves son los daños es en una zona del cerebro que los psiquiatras a veces llamamos región de Higginbottom.

—¿Higginbottom?

Singh sonrió. Evidentemente era un chiste para entendidos.

—Eugenie Higginbottom trabajaba en una cadena de montaje de una fábrica de cojinetes de Linden, Nueva Jersey. Un día, en 1913, reventó uno de las calderas de la fábrica y fue como si explotara un cartucho gigante de perdigones. Había bolas de cojinete por todas partes. Murieron seis personas. Eugenie Higginbottom sobrevivió de milagro, pero con unas dos docenas de bolas incrustadas en el córtex frontal de su cerebro.

—Siga.

—Como consecuencia de ello la pobre sufrió un cambio total de personalidad. De un día a otro pasó de ser una buena persona, amable con todos, a decir palabrotas, ser una dejada, tener arrebatos de violencia, emborracharse y practicar... la promiscuidad sexual. Sus amigos no entendían nada. Este caso reforzó la teoría médica de que la personalidad está integrada en el cerebro, y de que los daños cerebrales pueden literalmente convertir a una persona en otra. Resulta que las bolas de cojinete destruyeron el córtex frontal ventromedial de Higginbottom, la misma zona afectada en nuestro paciente.

—Pero en este caso no hay bolas de cojinete en el cerebro... —dijo Hayward—. ¿Cuál puede ser la causa?

—Ese es el quid de la cuestión. Mi primera hipótesis fue una sobredosis de drogas, pero no se han encontrado rastros de ninguna sustancia en su organismo.

—¿Un golpe en la cabeza? ¿Una caída?

—No. No hay indicios de golpe y contragolpe, de edemas ni de heridas. También hemos descartado una embolia, porque los daños fueron simultáneos en varias zonas muy separadas entre sí. La única explicación posible que se me ocurre es una descarga eléctrica administrada directamente al cerebro. Lástima que no se trate de un cadáver, porque en una autopsia se verían muchísimas más cosas.

—¿Una descarga no dejaría quemaduras?

—Si fuera de bajo voltaje y de muchos amperios, como las que generan los dispositivos electrónicos o informáticos, no. Lo que ocurre es que los daños se limitan al cerebro. Resulta difícil encontrar alguna circunstancia que lo explique,

a menos que el paciente se estuviera sometiendo a sí mismo a un extraño experimento.

—Era técnico informático y estaba instalando una exposición en el museo.

—Sí, ya me lo han dicho.

Sonó el timbre de un interfono y una voz suave dijo:

—¿Doctor Singh? Está a punto de llegar el paciente.

Al otro lado de la ventana se abrió una puerta. Poco después hicieron pasar en silla de ruedas a Jay Lipper. Iba atado con correas y movía la cabeza lentamente en círculos; también movía la boca, pero sin emitir ningún sonido.

Lo más impresionante era la cara. Parecía haberse hundido. La piel, gris y flácida, colgaba en pliegues correosos. Los ojos se movían constantemente con la mirada perdida, y la lengua sobresalía larga, rosada y húmeda como la de un retriever muy nervioso.

—Dios mío... —dijo involuntariamente Hayward.

—Está muy sedado, por su propia seguridad. Aún estamos ajustando las dosis y buscando la combinación más adecuada.

—Entiendo. —Hayward miró sus notas y se inclinó para pulsar el botón del intercomunicador—. ¿Jay Lipper?

La cabeza insistió en su lenta trayectoria circular.

—¿Jay? ¿Me oyes?

¿Lo que había visto era un titubeo? Se acercó más al intercomunicador y dijo suavemente:

—¿Jay? Me llamo Laura Hayward y he venido a ayudarte. Soy tu amiga.

La cabeza no dejaba de moverse.

—¿Podrías contarme qué pasó en el museo, Jay?

La cabeza no paraba de moverse. El hilo de saliva acumulado en la punta de la lengua de Lipper cayó al suelo, dejando un reguero de espuma.

Hayward se apoyó en el respaldo y miró al médico.

—¿Ya han venido sus padres?

Singh inclinó la cabeza.

—Sí, ya lo visitaron. Fue muy angustiioso.

—¿Reaccionó de alguna forma?

—Sí, es la única vez que ha reaccionado, pero solo un momento. Salió de su mundo interior durante menos de dos segundos.

—¿Y qué dijo?

—« No soy yo » .

—¿No soy yo? ¿Tiene alguna idea de qué quería decir?

—Bueno... Supongo que guarda un vago recuerdo de quién era, así como una vaga conciencia de en qué se ha convertido.

—¿Y después?

Singh parecía incómodo.

—Se puso violento de repente. Dijo que los mataría a ambos, y que... les sacaría las tripas. Tuvimos que sedarlo aún más.

Hayward siguió mirando al doctor. Acto seguido se giró hacia Lipper, pensativa. Su cabeza seguía dando vueltas, y sus ojos vidriosos estaban a un millón de kilómetros de allí.

—Empezó a pelearse con Carlos Lacarra —explicó Imhof al agente especial Coffey, mientras caminaban por los pasadizos largos y reverberantes de Herkmoor—. Luego se metieron los amigos de Lacarra, y cuando los celadores pararon la pelea y a había algunos daños.

Coffey oía exponer los acontecimientos con Rabiner al lado. El grupo lo cerraban por detrás dos celadores. Giraron por una esquina y se metieron por otro pasillo, también largo.

—¿Daños de qué tipo?

—Lacarra está muerto —dijo el director—. Fractura de cuello. Aún no sé exactamente qué pasó. Ninguno de los presos quiere hablar.

Coffey asintió con la cabeza.

—El preso se llevó una buena paliza. Conmoción cerebral leve, contusiones, lesiones de riñón, un par de costillas rotas y una herida leve de objeto punzante.

—¿De objeto punzante?

—Por lo visto le clavaron un cuchillo. Es la única arma que se encontró en el lugar de la pelea. Puede dar gracias de no estar muerto. —Imhof tosió con delicadeza y añadió—: Y eso que no tenía el aspecto de un luchador...

—¿Vuelve a estar en su celda, tal como ordené?

—Sí. Aunque el médico no estaba de acuerdo.

Cruzaron una puerta de seguridad. Imhof llamó un ascensor con su llave.

—En todo caso —dijo—, o mucho me equivoqué o ahora responderá mejor al interrogatorio.

—No lo han sedado, ¿verdad? —preguntó Coffey, coincidiendo con el timbre de apertura del ascensor.

—Aquí en Herkmoor no solemos administrar sedantes, para evitar cualquier adicción.

—Mejor. No nos interesa perder el tiempo con una planta que dice sí con la cabeza.

El ascensor subió hasta el segundo piso y se abrió ante una doble puerta de acero. Imhof pasó una tarjeta y tecleó un código que hizo que se abriese ante un pasillo de bloques de hormigón pintado de un blanco sin concesiones, con puertas blancas a ambos lados. Cada puerta tenía una ventanilla y una ranura para pasar la comida.

—El bloque de aislamiento —dijo Imhof—. El está en la celda 44. En circunstancias normales lo llevaría a una sala de visitas, pero en este caso no está como para moverlo.

—De hecho prefiero hablar con él en la celda, con los celadores cerca... por si se pone agresivo.

—No es muy probable. —Imhof se inclinó y bajó la voz—. No pretendo

enseñarle su trabajo, agente Coffey, pero sospecho que cualquier insinuación de devolverlo al patio 4 para hacer ejercicio lo haría hablar como una cotorra.

Coffey asintió con la cabeza.

Se acercaron a la puerta de la celda. Uno de los celadores dio varios golpes con la porra.

—¡Ponte guapo, te vienen a ver!

¡Pam, pam!, sonó la porra en la puerta. El celador desenfundó su pistola y se apartó mientras el otro abría la puerta y se asomaba.

—Puedes pasar —dijo.

El primero enfundó el arma y entró.

—¿Cuánto tiempo necesitan? —preguntó Imhof.

—Calcule que una hora. Cuando acabemos le diré al celador que le avise.

Coffey esperó a que se fuera Imhof para entrar en la pequeña e inmaculada celda, seguido por Rabiner. El segundo celador cerró la puerta con llave por fuera y se dispuso a montar guardia.

El preso estaba en el catre, con la cabeza sobre una fina almohada. Llevaba un mono limpio, de un color tan naranja que casi brillaba. Su aspecto impactó a Coffey: la cabeza vendada, un ojo demasiado hinchado para poder abrirlo, el otro morado, manchas negras, azules y verdes en toda la cara... Vio un brillo plateado detrás de la ranura inflada del único ojo por el que veía el preso.

—Agente Coffey —dijo el celador—, ¿quiere una silla?

—No, me quedaré de pie. —Coffey se giró hacia Rabiner—. ¿Listo?

Rabiner había sacado una grabadora de microcasete.

—Sí, señor.

Coffey cruzó los brazos y sonrió mirando al preso magullado y vendado.

—¿Qué le ha pasado? ¿Ha intentado besar a la persona equivocada?

No hubo respuesta. Coffey tampoco la esperaba.

—Vamos al grano. —Sacó una hoja con sus anotaciones—. Pon en marcha la grabadora. Soy el agente especial Coffey y estoy en la celda número C3-44 del Correccional Federal de Herkmoor entrevistando al preso identificado como A. X. L. Pendergast. Hoy es 20 de marzo.

Silencio.

—¿Puede hablar?

Para sorpresa de Coffey, el preso dijo:

—Sí.

Lo hizo con una voz muy tenue y pastosa, a causa de la hinchazón de los labios.

Coffey sonrió. Era un principio prometedor.

—Me gustaría acabar lo antes posible.

—Lo mismo digo.

Al parecer el escarmiento había funcionado mejor de lo previsto.

—Pues adelante. Voy a retomar la misma línea de interrogatorio de la otra vez. Esta vez espero una respuesta. Como ya le dije, según las pruebas usted estaba en casa de Decker en el momento del asesinato. Las pruebas también indican que tenía los medios, motivos y la ocasión, así como un vínculo que lo relaciona con el arma del crimen.

Como el preso no decía nada, Coffey continuó.

—Punto uno: el equipo forense encontró media docena de fibras largas en la escena del crimen, y descubrimos que procedían de una tela mixta de cachemir y merino muy infrecuente confeccionada en Italia durante los años cincuenta. El análisis de los trajes de su guardarropa indica que todos están fabricados con la misma tela, e incluso con el mismo rollo.

» Punto dos: en la escena del crimen encontramos tres pelos, uno de ellos con raíz; el análisis PCR demostró que coincide con su ADN con una probabilidad de error de uno por dieciséis mil millones.

» Punto tres: un testigo, vecino de Decker, vio entrar en casa de este último a un individuo de tez clara y traje negro noventa minutos antes del asesinato. El mismo testigo lo reconoció a usted categóricamente ni más ni menos que en tres identificaciones fotográficas. Su condición de miembro de la Cámara de Representantes de Estados Unidos lo convierte en un testigo irrefutable.

Quizá el preso hizo una mueca de desprecio; en todo caso, fue tan fugaz que Coffey no habría podido asegurarlo. Dedicó unos instantes a escrutar su cara, pero estaba tan hinchada y tan vendada que era imposible distinguir emociones. Lo único que veía con seguridad era el brillo plateado en la ranura del ojo, que lo ponía nervioso.

—Como agente del FBI sabe muy bien cómo funcionan estas cosas. —Agitó el papel delante de Pendergast—. Van a declararlo culpable. Si quiere ahorrarse la jeringa, más vale que empiece a colaborar. Y que sea ahora mismo.

Miró fijamente al preso vendado, respirando hondo.

El preso aguantó su mirada. Al final dijo:

—Lo felicito.

Sus palabras gangosas tenían un tono sumiso, incluso obsequioso.

—¿Me permite un consejo, Pendergast? Confíese y confíe en la misericordia del tribunal. Es la única opción. Ya lo sabe. Confíese y ahórrenos la vergüenza de ver juzgar en público a uno de los nuestros. Confíese y lo sacamos del patio 4.

Otro breve silencio.

—¿Estarían dispuestos a pactar la sentencia? —preguntó Pendergast.

El entusiasmo por la inminente victoria hizo sonreír a Coffey.

—¿Con estas pruebas? Imposible. Su única esperanza, Pendergast, se lo repito, es conseguir un poco de misericordia tras una confesión en toda regla. Ahora o nunca.

Tras lo que pareció un momento de reflexión, Pendergast se movió un poco

en el catre.

—De acuerdo —dijo.

Coffey sonrió sin disimulo.

—Spencer Coffey —añadió Pendergast, supurando obsequiosidad por su melosa voz—, llevo casi diez años observando su ascenso en el FBI y me confieso asombrado.

Hizo una pausa para respirar.

—Me di cuenta desde el principio de que era una persona especial, por no decir única. Me... ¿Cómo se dice? Me ha trincado.

Coffey notó que su sonrisa se ampliaba. Estaba disfrutando. Era un momento que la mayoría de la gente podía soñar, pero no vivir: el de la humillación de un rival mayor.

—Muy buen trabajo, Spencer. ¿Puedo llamarlo Spencer? Notable. Más aún, incomparable.

Coffey esperó la confesión, seguro de que llegaría. ¡Pobre imbécil! Creía que halagándolo conseguiría un poco de compasión. Todos pensaban lo mismo: « ¡Oh, qué listo, me ha pillado! ». Hizo señas por la espalda a Rabiner de que se acercara con la grabadora para no perderse ni una palabra. Lo gracioso era que Pendergast no hacía más que cavar más hondo su tumba. Con confesión o sin ella nadie compadecería al culpable de haber asesinado a uno de los mejores agentes del FBI. Como máximo la confesión acortaría en diez años las apelaciones a la pena de muerte.

—He tenido la suerte de poder presenciar algunas de sus actuaciones, por ejemplo la de aquella angustiada noche de la matanza del museo, hace muchos años, cuando estuvo al frente de la unidad de mando móvil. Fue algo francamente inolvidable.

Coffey notó una punzada de inquietud. No conservaba muchos recuerdos de esa noche, que a decir verdad no había sido uno de sus mejores momentos. Aunque quizá pecaba de excesiva dureza consigo mismo, como siempre...

—Guardo un recuerdo muy vivaz de aquella noche —siguió diciendo Pendergast—. Usted en el ojo del huracán, dando órdenes con nervios de acero...

Coffey cambió de postura. Estaba impaciente por oír la confesión. La cosa se estaba poniendo un poco sensiblera. ¡Con qué patética velocidad se postraba aquel hombre!

—Lamento mucho lo que ocurrió después. No merecía ser trasladado a Waco. Fue una injusticia. Luego, cuando confundió a un adolescente que se llevaba a casa un bagre ganado en un concurso de pesca con un terrorista davidiano armado de un lanzagranadas... Son cosas que pueden pasarle a cualquiera. ¡Suerte que falló el primer disparo, y que su compañero pudo inmovilizarlo antes del segundo! Aunque es posible que el adolescente no corriera

demasiado peligro, ya que tengo entendido que usted era el último en los cursos de tiro de la academia.

La transición fue tan suave, sin variaciones en el tono de Pendergast, que mantuvo la misma mezcla de sumisión y lloriqueo, que Coffey tardó un poco en darse cuenta de que las efusivas alabanzas se habían transformado en otra cosa. Lo hirió en lo más vivo oír que el celador reprimía la risa.

—Un día, por casualidad, leí un estudio del FBI sobre el período en que la delegación de Waco gozó de su benevolente liderazgo y parece que les gustaba ser los primeros en varias listas. Por ejemplo la de menos investigaciones cerradas con éxito durante tres años seguidos. O la de mayor número de solicitudes de traslado por parte de los agentes. O la de más investigaciones internas por incompetencia o infracciones éticas. Podría decirse que su nuevo traslado a Nueva York se produjo en el momento más oportuno. Qué útil es tener un suegro senador, ¿verdad, Spencer?

Coffey se giró hacia Rabiner y dijo con toda la calma que pudo:

—Apaga.

—Sí, señor.

Pendergast no se calló, pero cambió de tono: pasó a un frío sarcasmo.

—A propósito, ¿cómo va el tratamiento por estrés postraumático? Me han dicho que están probando una nueva terapia que hace maravillas.

Coffey hizo señas al celador y dijo en un esfuerzo por mantener la calma:

—Ya veo que no tiene sentido seguir interrogando al preso. Abra la puerta, por favor.

A pesar de que el celador agitó las llaves en el pasillo Pendergast no se calló.

—Cambiando de tema, y ya que me consta su afición a la buena literatura, le recomiendo la maravillosa comedia de Shakespeare *Mucho ruido y pocas nueces*, sobre todo el personaje de Dogberry. Podría aprender mucho de él, Spencer. Mucho.

Se abrió la puerta de la celda. Coffey miró a los dos celadores, cuya inexpresividad era fruto de un gran esfuerzo. Irguió la espalda y se alejó por el pasillo en dirección a las puertas de seguridad del bloque de aislamiento, seguido en silencio por Rabiner y los celadores.

Para llegar al despacho de Imhof, que estaba en una esquina soleada del pabellón administrativo, había que caminar casi diez minutos por una serie interminable de pasillos. Para entonces el rostro de Coffey había recuperado parcialmente el color.

—Espere fuera —dijo a Rabiner.

Pasando muy tieso junto a la detestable secretaria, entró en el despacho de Imhof y cerró la puerta.

—¿Cómo ha...? —empezó a decir Imhof, pero se calló al ver su cara.

—Vuelva a ponerlo en el patio 4 —dijo Coffey—. Mañana.

El rostro del director reflejó sorpresa.

—Agente Coffey, con mi comentario de antes solo pretendía que lo amenazara. Si lo llevamos otra vez allí lo matarán.

—Los conflictos sociales entre presos son asunto de ellos, no nuestro. Usted asignó el preso al patio 4 para hacer ejercicio, y se quedará en el patio 4. Trasladarlo justo ahora significaría que él ha ganado.

Imhof quiso decir algo, pero Coffey lo cortó con un gesto incisivo.

—Escúcheme bien, Imhof. Le estoy transmitiendo una orden directa y oficial. El prisionero se quedará en el patio 4. El FBI asume toda la responsabilidad.

Hubo un momento de silencio.

—Lo necesitare por escrito —acabó diciendo Imhof.

Coffey asintió con la cabeza.

—Dígame dónde hay que firmar.

El doctor Adrian Wicherly iba solo por la galería egipcia, con una mezcla de satisfacción y suficiencia por el hecho de que Menzies le hubiera hecho un encargo tan especial a él, en vez de a Nora Kelly. Le dio un sofoco al acordarse de cómo se había dejado excitar, y posteriormente humillar, por ella. Ya le habían dicho que los estadounidenses eran unas calientabraguetas, y ahora tenía una prueba concluyente. Nora Kelly era la vulgaridad personificada.

En fin, pronto estaría de vuelta en Londres y este chollo de trabajo ocuparía un lugar destacado en su currículo. Pensó en las jóvenes docentes llenas de entusiasmo que trabajaban como voluntarias para el British Museum, y que ya habían dado pruebas de una deliciosa flexibilidad mental. A los estadounidenses que les partiera un rayo, a ellas y a su moralismo hipócrita y puritano.

Además, Nora Kelly era una mandona. No había soltado el látigo ni un momento, a pesar de que el egiptólogo era él. Siempre lo había controlado todo con mano de hierro. Habían contratado a Wicherly para que escribiera el guión del gran espectáculo de luz y sonido, pero Nora había insistido en corregir las pruebas, introducir cambios y convertirse, en resumidas cuentas, en un incordio mayúsculo. Para empezar, ¿qué hacía trabajando en un gran museo, si lo lógico era que se pasara el día en una casa adosada de alguna urbanización, cuidando a unos cuantos críos llorones? ¿Quién era ese marido al que supuestamente era tan fiel? Quizá el problema fuera que ya tenía un amante. Sí, probablemente.

Hizo una pausa al llegar al anexo. Era tardísimo y Menzies había insistido en que llegara puntual. El silencio del museo le pareció anormal. Escuchó. Se oían algunos ruidos, pero no habría sabido describirlos con exactitud. Una especie de susurro en algún lugar, algo muy suave como de... ¿De qué? ¿De aire acondicionado? Y también un tictac lento y metódico: tic... tic... tic... Cada dos o tres segundos, como un reloj agonizante. También se oían —aunque con dificultad— golpes y gruñidos que podían proceder de las tuberías, o tener algo que ver con los sistemas mecánicos del museo...

Se peinó con la mano, mirando nerviosamente a su alrededor. Al asesino lo habían cogido el día anterior. No había nada que temer. Nada. De todos modos, ¿qué caso más raro el de Lipper! Siendo un típico listillo de Nueva York, no tendría que haber sido vulnerable a esos ataques. Pero claro, estaban todos tan tensos... Los estadounidenses se mataban a trabajar. Wicherly estaba impresionado por la cantidad de horas que hacían. Esas mismas exigencias, en el British Museum, habrían sido de mala educación, por no decir ilegales. El hecho de que Wicherly estuviera ahí a las tres de la madrugada era un buen ejemplo. Aunque las características del encargo de Menzies lo explicaban perfectamente.

Pasó la tarjeta por el lector de la pared y tecleó el código. La nueva y reluciente doble puerta de acero inoxidable de la tumba de Senef se separó con

un susurro de piezas metálicas perfectamente fabricadas. De la tumba emanó un olor a piedra seca, resina epoxi, polvo y aparatos electrónicos calientes. Las luces se encendieron automáticamente. No habían dejado nada al azar. Todo estaba programado al milímetro. Ya se había presentado un técnico de refuerzo para sustituir a Lipper, pero de momento su presencia era superflua. Solo faltaban cinco días para la magna inauguración, y aunque la instalación de las piezas de la tumba todavía fuera parcial ya estaban listos la iluminación, la parte electrónica y el espectáculo de luz y sonido.

Sin embargo, Wicherly titubeó, y al mirar la escalera que bajaba al pasadizo, larga e inclinada, tuvo un leve hormigueo de aprensión. Lo combatió y empezó a bajar; se oía la fricción de sus zapatos de cordones sobre las piedras gastadas.

Al llegar a la primera puerta se paró casi sin querer. El Ojo de Horus, y los jeroglíficos de debajo, atrajeron su mirada. «Que Ammut devore el corazón de quien cruce este umbral». Una maldición muy habitual. Ya había penetrado sin pestañear en cien tumbas con la misma amenaza u otra parecida. En cambio el Ammut de la pared del fondo era más horrible de lo acostumbrado, y qué decir de la historia de la tumba, tan extraña y oscura, o de lo ocurrido a Lipper...

Los antiguos egipcios creían en los poderes mágicos de los conjuros e imágenes inscritos en los muros de las tumbas, sobre todo en el Libro de los muertos; no eran simples adornos, sino algo cuyo poder sobrepasaba a los vivos. Después de tanto tiempo estudiando Egipto, de aprender a leer con total fluidez los jeroglíficos y de sumergirse en sus antiguas creencias, Wicherly también se lo creía un poco. Naturalmente que eran tonterías, pero en cierto modo las comprendía y casi le parecían reales.

Sacudió la cabeza y siguió caminando con una risa forzada. Estaba permitiendo que su propia erudición y los absurdos chismorreos que circulaban por el museo le metieran el miedo en el cuerpo. A fin de cuentas no se trataba de una tumba perdida en el desierto del Alto Nilo. Encima de Wicherly había una de las mayores y más modernas ciudades del mundo. En ese momento, sin ir más lejos, oía el rumor sordo y lejano del metro nocturno. Le molestó. A pesar de sus esfuerzos no habían podido aislar del todo el ruido de la estación de Central Park West.

Cruzó el pozo, y al ver la apretada inscripción del Libro de los muertos no tuvo más remedio que fijarse en el extraño texto al que tan poca importancia había concedido durante su primera visita:

«El lugar que está sellado. Aquel que yació en el espacio cerrado ha renacido por virtud del alma-Ba que en él está; aquel que caminó en el espacio cerrado ha sido desposeído por el alma-Ba. Por el Ojo de Horus se me libera o condena, oh gran dios Osiris.»

Como tantas inscripciones del Libro de los muertos, era prácticamente impenetrable, pero al leerla por segunda vez se le encendió una lucecita de comprensión. Las gentes de la Antigüedad creían que el hombre tenía cinco almas distintas. El alma-Ba era el poder y la personalidad inefables asociados a cada ser humano. Esta alma iba y venía entre la tumba y el mundo subterráneo, y era el medio que permitía al difunto mantenerse en contacto con el segundo. Ahora bien, si el alma-Ba no se reunía cada noche con el cadáver momificado el difunto volvía a morir; esta vez definitivamente.

El pasaje, por lo que a Wicherly le pareció, daba a entender que quienes invadiesen el lugar que estaba sellado —la tumba— serían privados de su alma-Ba, y por consiguiente malditos por el Ojo de Horus. En el antiguo Egipto se consideraba que los locos habían perdido su alma-Ba. En resumidas cuentas, quien profanase la tumba se volvería loco.

Tuvo un escalofrío. ¿No era lo que acababa de ocurrirle al pobre Lipper?

De repente se le escapó una carcajada cuyo eco rebotó desagradablemente por el espacio cerrado de la tumba. ¿Qué le pasaba? Se estaba volviendo más supersticioso que un maldito irlandés. Sacudió la cabeza, esta vez con más fuerza, y se adentró en la tumba. Tenía trabajo. El doctor Menzies le había hecho un encargo muy especial.

Nora abrió con llave la puerta de su despacho, dejó sobre la mesa el ordenador portátil y el correo y se quitó el abrigo con un encogimiento de hombros, para dejarlo en el perchero. Era una mañana fría de finales de marzo. La luz amarilla que entraba por la ventana creaba una barra de luz casi horizontal que se deslizaba por los lomos de los libros de la estantería de la pared del fondo, llena hasta el último resquicio.

Cuatro días para la inauguración, pensó satisfecha. Luego podría volver a sus fragmentos de cerámica, y a su marido Bill. Desde que se quedaba tantas horas en el museo hacían tan poco el amor que ahora Bill ni siquiera se quejaba. Cuatro días. Había sido un largo esfuerzo, lleno de tensiones y extraño incluso para un museo, pero estaba a punto de terminar. En cuanto a la gran gala, quizá incluso sería divertida. Por un lado estaría Bill, un gran aficionado a las comilonas. Por el otro el museo, que, a pesar de todas sus limitaciones, tenía mucha experiencia organizando fiestas.

Se sentó a la mesa y empezó a abrir las cartas. Justo entonces llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo, extrañada de que hubiera alguien tan temprano, ya que ni siquiera eran las ocho.

En el marco de la puerta apareció la figura paternal de Menzies, ceñudo y con una mirada de preocupación en sus ojos azules.

—¿Se puede? —preguntó, señalando con un gesto la silla para las visitas.

—Por favor.

Entró, se sentó con las piernas cruzadas y se estiró la raya de los pantalones de espiga.

—¿Has visto a Adrian?

—No, pero es muy temprano. Lo más probable es que aún no haya llegado.

—Precisamente por eso, porque sí ha llegado. A las tres de la madrugada. Según el registro electrónico de seguridad, después de pasar por el control se ha metido en la tumba y ha salido a las tres y media, dejándolo todo bien cerrado. Lo raro es que no se ha ido del museo. No ha vuelto a pasar por el control. Los de seguridad dicen que aún está aquí dentro, pero no lo encuentro ni en su despacho ni en el laboratorio. No está en ninguna parte. Pensaba que a ti quizá te hubiera dicho algo.

—No, nada. ¿Sabe por qué ha venido a las tres?

—Es posible que quisiera empezar pronto. Ya sabes que a las nueve tenemos que empezar a trasladar las últimas piezas. He movilizado a todo el mundo: a los carpinteros, al departamento de exposiciones y al equipo de conservación, pero me falta Adrian. No me entra en la cabeza que haya podido desaparecer.

—Ya se presentará. De momento nunca ha fallado.

—Eso espero.

Al mirar hacia arriba, Nora se pegó un susto. Wicherly la estaba observando desde la puerta.

El propio Menzies pareció sorprendido, antes de reaccionar con una sonrisa de alivio.

—¡Ah, estás aquí! Estaba empezando a preocuparme.

—Por mí no se preocupe.

Menzies se levantó.

—Bueno, pues no he dicho nada. Adrian, me gustaría que habláramos en mi despacho sobre la colocación de las piezas. Nos espera un día muy largo.

—¿Te importa que hable primero con Nora? Ahora mismo voy a verte.

—Perfecto.

Menzies se fue, cerrando la puerta.

Wicherly se sentó sin previa invitación en el sillón de orejas que acababa de dejar libre Menzies. Nora tuvo una punzada de irritación. Esperaba que no repitiera el estúpido comportamiento del otro día.

Las siguientes palabras de Wicherly estaban llenas de sarcasmo.

—¿Qué ocurre, tienes miedo de que intente meterte algo en las bragas?

—Adrian, no es el momento. Hoy tengo mucho trabajo. Tú también. Déjalo.

—Ni hablar. Con lo fatal que te portaste...

—¿Yo? —Nora respiró profundamente. No era el momento de enzarzarse en discusiones—. Ahí tienes la puerta, por favor.

—Solo cuando hayamos zanjado este asunto.

Tras mirar más atentamente a Wicherly, Nora empezó a alarmarse. Hasta entonces no se había fijado en su cara de cansancio; parecía al límite de sus fuerzas. Tenía la cara pálida, le habían salido bolsas grises debajo de los ojos azules y llevaba el pelo húmedo y despeinado, pero lo más sorprendente eran las arrugas y el aspecto un poco sucio de su traje y su corbata, que hasta entonces siempre habían sido immaculados. Tenía gotas de sudor en la frente.

—¿Te encuentras bien?

—¡Perfectamente!

En el mismo momento de decirlo sufrió una brusca contractura en un lado de la cara, que se le crispó en una mueca grotesca.

—Francamente, Adrian, creo que necesitas descansar. Has trabajado demasiado.

Nora mantuvo un tono sereno. En cuanto Wicherly se fuera llamaría a Menzies para proponerle que le diera el día libre. Aunque necesitaran tanto sus conocimientos —de los que ya había dado pruebas más que sobradas, por muy detestable que fuera su comportamiento— no podían permitirse una crisis nerviosa justo antes de la inauguración.

La cara de Wicherly sufrió una nueva y espantosa contracción muscular que

convirtió sus facciones de hombre guapo en una mueca pasajera, ya que al cabo de un segundo volvió a ser el de siempre.

—¿Por qué me lo preguntas, Nora? ¿No me ves bien?

Su voz había subido de volumen. Nora observó que sus dedos se aferraban tanto al brazo del sillón que se le clavaban las uñas en la tela.

Se levantó.

—La verdad, con lo que has trabajado creo que mereces un día libre.

Decidió no consultárselo a Menzies. Lo mandaría ella misma a casa, por algo era la comisaria de la exposición. Wicherly no estaba en condiciones de supervisar el traslado de unas piezas cuyo valor ascendía a varios millones de dólares.

Otra mueca espeluznante.

—Aún no has contestado mi pregunta.

—Lo que ocurre es que estás agotado. Te doy el día libre. No es opcional, Adrian. Quiero que te vayas a casa a descansar un poco.

—¿Que no es opcional? ¿Desde cuándo eres mi jefa?

—Desde el día que llegaste. Vamos, vete a casa, por favor. No me obligues a llamar a seguridad.

—¿Seguridad? ¡Si son de chiste!

—Haz el favor de abandonar mi despacho.

Nora acercó la mano al teléfono.

Al segundo siguiente Wicherly estaba de pie, abalanzándose hacia el aparato. Lo tiró de la mesa, pisoteó la base, arrancó el cable de detrás y lo arrojó al suelo.

Nora se quedó de piedra. Algo terrible le pasaba a Wicherly, algo que ella nunca había visto.

—Oye, Adrian —dijo con calma—, ¿y si nos tranquilizamos?

Se puso de pie y empezó a rodear despacio el escritorio.

—¡Furcia barata! —dijo él roncamente, en tono de amenaza.

Nora vio que habían empezado a temblarle los dedos. Con cada contracción los cerraba un poco más, hasta que quedaron reducidos a un puño que se agitaba espasmódicamente. La violencia que estaba acumulándose alrededor de Wicherly casi se podía palpar. Nora salió de detrás de la mesa, lenta pero decididamente.

—Me voy —dijo con toda la firmeza que pudo, al mismo tiempo que se preparaba para una pelea. Si Wicherly se le echaba encima, lo atacaría directamente a los ojos.

—¡Y una puta mierda!

Wicherly le cortó el paso, a la vez que giraba la llave de la puerta de espaldas, con una mano.

—¡Apártate ahora mismo!

Se quedó donde estaba, con los ojos inyectados en sangre y unas pupilas

como perdigones negros. Nora reprimió un ataque de pánico. ¿Qué era lo más eficaz? ¿Persuasión y calma u órdenes severas? Wicherly olía a sudor, un sudor acre como la orina. Su cara se había vuelto a crispas tras diversos tirones espasmódicos, y abría y cerraba continuamente la mano derecha. Su aspecto era el de alguien poseído por alguna fuerza demoníaca.

—Adrian, no pasa nada —dijo ella, deslizando una nota tranquilizadora en el temblor de su voz—. Necesitas ayuda. Deja que llame a un médico.

Más convulsiones y un abultamiento de los músculos del cuello.

—Creo que estás teniendo un ataque —dijo Nora—. ¿Me entiendes, Adrian? Necesitas un médico ahora mismo. Déjame ayudarte, por favor.

Wicherly quiso decir algo, pero solo emitió un balbuceo y un hilo de saliva se quedó colgando de su barbilla.

—Adrian, voy a salir para avisar a un médico.

La mano derecha de Wicherly salió despedida como un proyectil y se estampó con fuerza en la parte derecha de la cara de Nora, pero ella tenía los músculos tensos, justamente en previsión de algún ataque, y consiguió parar casi toda la fuerza del golpe. Tropezó hacia atrás.

—¡Auxilio! ¡Guardias! ¡Que llamen a los guardias!

—¡Cállate, zorra!

Wicherly se acercó arrastrando una pierna y le dio otro puñetazo con todas sus fuerzas. Nora chocó con un lado de la mesa y perdió el equilibrio. Wicherly se le echó encima inmediatamente, tirando al suelo el ordenador portátil.

—¡Auxilio! ¡Me están atacando!

Nora puso rígidos los dedos y se los quiso clavar en los ojos, pero él desvió el golpe y le dio un puñetazo en un lado de la cabeza, mientras cogía su blusa con la otra mano y hacía saltar los botones del cuello.

Nora volvió a gritar. Intentó soltarse, pero la mano libre de Wicherly se encajó en su nuca con una fuerza extraordinaria, ahogando cualquier sonido. Pataleó para encontrar algún apoyadero, pero Wicherly trabó sus piernas con las suyas.

—Crees que eres la jefa, ¿eh?

Entre golpes y ciegos arañazos, Nora contrajo vanamente el diafragma para aspirar un aire que no quería entrar. La presión de Wicherly era tan fuerte que tuvo miedo de que le aplastara la laringe. Como había cortado el flujo de la sangre hacia el cerebro, sintió que se le iban las fuerzas como el agua por una manguera rota. De golpe sus ojos se llenaron con un millón de estrellas que estallaban. Una mancha de oscuridad empezó a nublar los bordes de su campo visual, como cuando se vierte tinta en el agua.

—¿Qué, zorra, te gusta?

Oyó un ruido de fondo, como si estuviera muy lejos; martillazos, astillas que saltaban, y de pronto, en el límite de su conciencia, la sensación de que los puños

de hierro de Wicherly se apartaban, soltándola. En su mar de penumbra la sobresaltaron unos gritos, y una detonación de una intensidad salvaje.

Se giró, tosiendo violentamente, con una mano en su nuca amoratada. De repente se encontró en brazos de Menzies, que pedía un médico. Estaba tan confusa... Detrás de la mesa había mucho movimiento. Un grupo de guardias dando gritos... De repente vio que por el suelo se extendía un río de sangre. ¿Qué había pasado?

—¡No he tenido más remedio! ¡Quería clavarme un cuchillo! —dijo una voz desesperada, que penetró despacio en la conciencia recién recuperada de Nora.

—¡... un abrecartas, idiota!

—¡... un médico! ¡Deprisa!

—... ha intentado estrangularla...

Y así, en una incesante cacofonía de voces tensadas por el pánico, entre fragmentos de frases que se le clavaban en la cabeza, Nora empezó a recuperar la orientación. Tosió intentando no acordarse ni pensar, mientras Menzies la sentaba cuidadosamente en el sillón de orejas sin dejar de susurrarle:

—Tranquila, querida, no ha pasado nada. Ya viene el médico. No, no mires... Cierra los ojos y no pasará nada... Tú no mires, no mires...

La capitana Hayward miró el charco de sangre que había en el suelo de linóleo del despacho, sangre dispersa durante los frenéticos e inútiles esfuerzos del equipo de urgencias por que siguiera latiendo un corazón destrozado por una bala de nueve milímetros lanzada a bocajarro desde una Browning Hi. En ese momento, las brigadas forenses y toda una serie de investigadores especializados de la policía científica sometían el lugar a una atenta inspección, clasificando, etiquetando y guardando cosas en frascos.

Salió del despacho para dejar que los expertos encontraran la lógica de un acto a todas luces sin sentido y trágico. Tenía otra misión: hablar con la víctima de la agresión antes de que se la llevaran al hospital.

Encontró a Nora Kelly en la zona de descanso para los empleados, acompañada por su marido, Bill Smithback; el director del departamento de antropología, Hugo Menzies, y varios técnicos de urgencias, policías y vigilantes del museo. Los de urgencias estaban discutiendo con Nora sobre la conveniencia de ir al hospital a someterse a un chequeo y a algunas curas.

—Quiero que los vigilantes y el personal del museo salgan —dijo Hayward—. Excepto los doctores Kelly y Menzies.

—Yo no me voy —dijo Smithback—. No estoy dispuesto a separarme de mi mujer.

—Bueno, pues quédese —dijo Hayward.

Uno de los técnicos de urgencias, que había estado discutiendo un buen rato con Nora, se inclinó hacia ella para hacer un último intento.

—Oiga, señorita, tiene heridas en el cuello y podría haber sufrido una conmoción. A veces los efectos tardan en manifestarse. Nos la tenemos que llevar para hacerle unas pruebas.

—No me llame señorita, soy doctora.

—El paramédico tiene razón —intervino Smithback—. Tienes que ir, aunque solo sea para un examen rápido.

—¿Rápido? Me pasaría todo el día en urgencias. ¡Ya conoces St. Luke's!

—Nora, por hoy podemos prescindir de ti —dijo Menzies—. Te has llevado un terrible susto.

—Con todo el respeto, Hugo, sabe tan bien como yo que el doctor Wicherly... ¡Por Dios, pero qué horror!

Nora se atragantó. Hayward aprovechó el silencio para hablar.

—Ya sé que es mal momento, doctora Kelly, pero ¿puedo hacerle unas preguntas?

Nora se secó los ojos.

—Adelante.

—¿Podría explicarme qué ha pasado justo antes del ataque?

Nora respiró profundamente para serenarse y procedió a contar lo sucedido en su despacho diez minutos antes, así como los avances de Wicherly de hacía unos días. Hayward escuchaba sin interrumpirla, al igual que el marido de Nora, Smithback, cada vez más serio.

—Cabrón... —murmuró Smithback.

Nora le hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—Hoy le ha pasado algo. No era la misma persona. Parecía que le hubiera dado... una especie de ataque.

—¿Usted qué hacía en el museo tan temprano? —preguntó Hayward.

—Tenía... tengo un día de mucho trabajo.

—¿Y Wicherly?

—Tengo entendido que ha llegado a las tres de la madrugada.

Hayward estaba sorprendida.

—¿Para qué?

—No tengo ni idea.

—¿Ha entrado en la tumba?

Quien respondió fue Menzies.

—Sí. Según el registro de seguridad, ha entrado en la tumba justo después de las tres, se ha quedado media hora y se ha ido. Lo que no sabemos es dónde ha estado entre ese momento y el ataque. Yo he estado buscándolo por todas partes.

—Supongo que antes de contratarlo consultó su currículo. ¿Tenía antecedentes penales? ¿Algún historial de agresiones?

Menzies negó con la cabeza.

—Absolutamente nada.

Hayward miró a su alrededor y comprobó aliviada que habían mandado a Visconti. Le hizo señas de que se acercase.

—Quiero que tomes declaración al doctor Menzies y al vigilante que le ha pegado un tiro a Wicherly —dijo—. A la doctora Kelly ya se la tomaremos cuando vuelva del hospital.

—Ni hablar —dijo Nora—. Estoy preparada para declarar ahora mismo.

Hayward no le hizo caso.

—¿Y el forense?

—Se ha ido al hospital con el cadáver.

—Pásamelo por la radio.

Al cabo de un momento Visconti le dio una radio a Hayward y se llevó a Menzies para tomarle declaración.

—¿Doctor? —dijo Hayward por la radio—. Necesito la autopsia lo antes posible. Quiero que busquen lesiones en el lóbulo temporal del cerebro, especialmente en el córtex frontal ventromedial. No, no soy neurocirujana. Ya se lo explicaré.

Devolvió la radio a Visconti y miró firmemente a Nora.

—Usted se va ahora mismo al hospital. —Le hizo una señal al técnico de urgencias—. Ayúdela a levantarse y váyanse.

Acto seguido se giró hacia Smithback

—Con usted quiero hablar en privado en el vestíbulo.

—Es que me gustaría acompañar a mi mujer...

—Cuando hayamos hablado lo llevará un coche patrulla con la sirena puesta y todo. Llegará al mismo tiempo que la ambulancia.

Después de decirle unas palabras a Nora, y de darle unas palmadas tranquilizadoras en la espalda, la capitana le hizo una señal con la cabeza a Smithback invitándolo a salir con ella al vestíbulo. Encontraron un rincón tranquilo, donde Hayward se encaró al periodista.

—Ya hace días que no hablamos —dijo—. Esperaba que tuviera algo que contarme.

Sus palabras parecieron incomodar a Smithback

—Publiqué el artículo que comentamos, no uno sino dos, pero no he conseguido que aparezca ninguna nueva pista, al menos que yo sepa.

Hayward asintió con la cabeza, esperando. Smithback la miró y desvió la vista.

—He seguido varios rastros, pero como no llevaban a nada... visité la casa.

—¿La casa?

—Sí, la de... él, donde tenía secuestrada a Viola Maskelene.

—¿Entró a hurtadillas? No sabía que hubieran acabado la investigación. ¿Cuándo la desprecintaron?

Smithback cada vez estaba más incómodo.

—Aún estaba precintada.

—¿Qué? —Hayward levantó la voz—. ¿Ha entrado sin permiso en el escenario de un crimen mientras lo investigaban?

—¡Bueno, tampoco es que lo investigaran mucho! —se apresuró a decir Smithback—. ¡En todo el rato que estuve en la casa solo vi a un policía!

—No siga, señor Smithback. No puedo ni quiero permitirle que actúe fuera de la legalidad.

—Pues lo que he descubierto estaba dentro de la casa.

Hayward se quedó callada, mirándolo.

—Bueno, no es nada que pueda probar. En el fondo solo es una teoría. Al principio me pareció algo importante, pero luego... En fin, que por eso no la he llamado.

—Hable.

—Encontré varios abrigos de Diógenes en un armario.

Hayward esperó con los brazos cruzados.

—Había tres que eran de cachemir o de pelo de camello, abrigos caros y elegantes de diseño italiano. Luego había un par de americanas de tweed de esas

grandes y pesadas que pican, también caras pero de otro estilo totalmente diferente; como las que llevaría el típico profesor inglés, sabe, ¿no?

—¿Y?

—Ya sé que parece raro, pero las americanas de tweed tenían algo... Digamos que casi parecían disfraces. Como si Diógenes...

—Tuviera un álter ego —dijo Hayward.

Su interés se avivó de golpe al comprender por dónde iban los tiros.

—Exacto. Y ¿qué tipo de álter ego llevaría ropa de tweed? Un profesor.

—O un conservador de museo —dijo Hayward.

—Exactamente. Llegué a la conclusión de que probablemente trabaja de conservador en el museo. Como todo el mundo dice que los diamantes solo se podían robar con ayuda desde dentro... Y Diógenes no tenía ningún cómplice. Por tanto, es posible que el infiltrado fuera él mismo. Ya sé que parece un poco descabellado...

Dejó la frase a medias por inseguridad.

Hayward lo miró con atención.

—Personalmente me parece cualquier cosa menos descabellado.

Smithback la miró con cara de sorpresa.

—Ah, ¿sí?

—Rotundamente sí. Cuadra más con los hechos que cualquier otra teoría que me hayan propuesto. Diógenes es conservador en este museo.

—Pero no tiene sentido... ¿Para qué robó los diamantes... si luego los redujo a polvo y los envió aquí?

—Quizá esté resentido con el museo por motivos personales. Solo lo sabremos cuando le hayamos echado el guante. Felicidades, señor Smithback. Solo una cosa más.

Smithback entornó los ojos.

—Deje que lo adivine.

—Exacto. Esta conversación nunca ha existido. Y mientras yo no diga lo contrario, las teorías no pasarán de aquí. No se las cuente ni a su mujer. Y muchísimo menos a *The New York Times*. ¿Está claro?

Smithback suspiró y asintió con la cabeza.

—Me alegro. Ahora tengo que encontrar a Manetti, pero antes pediré un coche patrulla para que lo lleve al hospital. —Hayward sonrió—. Se lo ha ganado.

Todo estaba en silencio en el gran despacho revestido de madera de Frederick Watson Collopy, el director del Museo de Historia Natural de Nueva York. Ya habían llegado todos: Beryl Darling, la abogada del museo; Carla Rocco, la directora de relaciones públicas, y Hugo Menzies. Eran los únicos que le merecían plena confianza. Todos estaban sentados, mirándolo en espera de que comenzase.

Collopy apoyó una mano en el cuero de la mesa y miró a su alrededor.

—En toda su larga historia —dijo—, el museo nunca había tenido que enfrentarse a una crisis de esta magnitud. Nunca.

Les dejó tiempo para asimilarlo. Su público mantuvo el silencio y la inmovilidad.

—Hemos recibido varios golpes muy seguidos, cada uno de los cuales podría dejar malparada a una institución como la nuestra. El robo y destrucción de la colección de diamantes; el asesinato de Theodore DeMeo; la inexplicable agresión a la doctora Kelly, con la posterior muerte del agresor, el distinguidísimo doctor Adrian Wicherly, del British Museum, a cargo de un vigilante de gatillo fácil...

Una pausa.

—Todo ello cuando faltan cuatro días para una de las inauguraciones más sonadas de la historia del museo, justamente la inauguración con la que se proponía hacer olvidar el robo de los diamantes. La pregunta que les hago es la siguiente: ¿cómo debemos reaccionar? ¿Posponiendo la inauguración? ¿Ofreciendo una rueda de prensa? Esta mañana ya me han llamado veinte miembros del consejo de administración, todos con una opinión distinta, y dentro de diez minutos recibiré la visita de una capitana de Homicidios, una tal Hayward, que estoy convencido de que exigirá que se retrase la inauguración. Lo que debemos hacer nosotros cuatro, aquí y ahora, es definir una estrategia y no desviarnos de ella.

Juntó las manos encima de la mesa.

—¿Tú qué opinas, Beryl?

Collopy sabía que Beryl Darling, la abogada del museo, se expresaría con su habitual claridad.

Darling se inclinó con el lápiz en la mano.

—Yo, Frederick, lo primero que haría es desarmar a todos los vigilantes del museo.

—Ya está hecho.

Darling hizo un gesto de satisfacción con la cabeza.

—Luego, en vez de una rueda de prensa, que se nos podría ir de las manos, haría pública inmediatamente una declaración.

—¿Diciendo qué?

—Haría una exposición pura y dura de los hechos seguida por un *mea culpa* y unas palabras de profunda compasión hacia las familias de las víctimas: DeMeo, Lipper y Wicherly.

—Perdona... ¿Víctimas, Lipper y Wicherly?

—La expresión de nuestro dolor será estrictamente neutral. El museo no quiere entrar en quién tiene la culpa y quién no. Los hechos debe interpretarlos la policía.

Un silencio gélido.

—¿Y la inauguración? —preguntó Collopy.

—Cáncelala. Cierra dos días el museo. Y asegúrate de que ningún trabajador, y digo ninguno, hable con la prensa.

Collopy esperó un momento antes de dirigirse a Carla Rocco, la directora de relaciones públicas.

—Tus comentarios.

—Estoy de acuerdo con la señora Darling. Hay que hacer que la gente se dé cuenta de que es una situación excepcional.

—Gracias. —Collopy se giró hacia Menzies—. ¿Tiene algo que añadir, doctor Menzies?

La serenidad y compostura de Menzies lo impresionaron vivamente. ¡Cuánto le habría gustado tener su sangre fría!

Menzies señaló a Darling y a Rocco con la cabeza.

—Deseó felicitar a las señoras Darling y Rocco por ser tan ponderadas en sus comentarios, los cuales, en cualquier otra circunstancia, serían excelentes consejos.

—Pero usted no está de acuerdo.

—No, en absoluto.

Los ojos azules de Menzies, tan llenos de calma y de seguridad, causaron un gran efecto en Collopy.

—Adelante, pues.

—Me resisto a contradecir a mis colegas, cuyos conocimientos y experiencia son en este aspecto superiores a los míos.

Menzies miró humildemente a su alrededor.

—Le he pedido que se exprese con franqueza.

—De acuerdo. Hace seis semanas robaron y destruyeron la colección de diamantes del museo. Ahora un miembro de una empresa subcontratada, que no un empleado del museo, ha matado a un colaborador, y un asesor de nuestra institución, cuyo contrato solo era temporal, ha atacado a una de nuestras mejores conservadoras y ha sido abatido por un vigilante durante la refriega. Y yo les hago una pregunta: ¿qué tienen estos hechos en común?

Menzies miró inquisitivamente a los demás.

Nadie respondió.

—¿Señora Darling?—insistió él.

—Pues... nada.

—Exacto. En Nueva York, durante el mismo período de seis semanas, se han producido sesenta y un homicidios, quinientas agresiones e infinidad de delitos y faltas. ¿El alcalde ha cerrado la ciudad? No. ¿Qué ha hecho? Dar una buena noticia: ¡que el índice de criminalidad ha bajado un cuatro por ciento respecto al año pasado!

—¿Y usted qué «buena noticia» daría, doctor Menzies?—dijo Darling, arrastrando las palabras.

—Que a pesar de los últimos acontecimientos la gran inauguración de la tumba de Senef sigue en el programa y no habrá cambio de planes.

—¿Así, como si no hubiera pasado nada?

—No, claro que no. Hagan una declaración pública, pero no olviden señalar que estamos en Nueva York y que el museo es tan grande que ocupa más de once hectáreas de Manhattan, con dos mil empleados y cinco millones de visitantes anuales, circunstancias en las que lo sorprendente es que no se produzcan más crímenes. No dejen de subrayar bajo ningún concepto este último punto: que no son crímenes relacionados entre sí, sino aleatorios, y que todos están resueltos. Los culpables están detenidos. Ha sido una simple mala racha.

Menzies hizo una pausa.

—Todavía queda un punto por analizar.

—¿Cuál?—preguntó Collopy.

—Que vendrá el alcalde, y que tiene pensado hacer un discurso importante. Es posible que aproveche esta ocasión para anunciar que volverá a presentarse a las elecciones.

Menzies sonrió y se quedó callado, observando la sala con sus ojos intensamente azules, que desafiaban a todos a dar una respuesta.

La primera en reaccionar fue Beryl Darling, que descruzó las piernas y dio unos golpecitos en la mesa con el lápiz.

—Hay que reconocer que es un punto de vista interesante, doctor Menzies.

—A mí no me gusta—dijo Rocco—. No podemos esconderlo debajo de la alfombra como si no pasara nada. Nos crucificarán.

—¿Quién ha hablado de esconderlo debajo de la alfombra?—dijo Menzies—. Al contrario. Facilitaremos todos los datos, sin esconder nada. Nos daremos golpes en el pecho y asumiremos toda la responsabilidad. Tenemos los hechos a nuestro favor, porque demuestran claramente el componente azaroso de los crímenes. Además, los culpables están muertos o en la cárcel. Caso cerrado.

—¿Y los rumores?—preguntó Rocco.

Menzies fijó en ella una mirada de sorpresa.

—¿Rumores?

—Los que dicen que la tumba está maldita.

Se rió.

—¿La maldición de la momia? ¡Genial! Ahora querrá venir todo el mundo.

Los labios rojos de Rocco se tensaron, agrietando su gruesa capa de carmín.

—Y no olvidemos el objetivo inicial de la exposición de la tumba de Senef: recordar a la ciudad que seguimos siendo el museo de historia natural más grande del mundo. Llamar la atención nos hace más falta que nunca.

Un largo silencio se apoderó del grupo, hasta que Collopy lo rompió.

—Has estado muy convincente, Hugo.

—Me veo en la curiosa situación de tener que cambiar de postura —dijo Darling—. Creo que estoy de acuerdo con el doctor Menzies.

Collopy miró a la jefa de relaciones públicas.

—¿Carla?

—Sigo teniendo mis dudas —contestó ella despacio—, pero vale la pena intentarlo.

—Pues nada, decidido —dijo Collopy.

Justo entonces abrieron la puerta sin llamar, como si fuera una señal, y apareció una policía con un elegante traje gris y una insignia dorada en el cuello. Collopy echó un vistazo a su reloj. Ni un segundo demasiado pronto ni un segundo demasiado tarde.

Se levantó.

—Les presento a la capitana de Homicidios Laura Hayward. Capitana, le presento a...

—Ya nos conocemos todos —dijo ella escuetamente, mirándolo con sus ojos de color violeta.

Desconcertado por su juventud, y su atractivo, Collopy se preguntó si estaba ante un ejemplo de discriminación positiva: alguien que había ascendido por encima de sus méritos, aunque al mirarla a los ojos lo dudó.

—Me gustaría hablar con usted en privado, doctor Collopy —dijo ella.

—Faltaría más.

La puerta se cerró después de que se despidiera Menzies, el último en salir. Collopy centró en Hayward su atención.

—¿Quiere sentarse, capitana?

Ella titubeó un poco y asintió con la cabeza.

—Creo que sí.

Se sentó en un sillón de orejas. Collopy constató que estaba pálida, y que parecía agotada, pero lo último que les faltaba a sus ojos era vivacidad.

—¿En qué puedo ayudarla, capitana? —preguntó.

Ella sacó del bolsillo un fajo de papeles doblados.

—Traigo el resultado de la autopsia de Wicherly.

Collopy arqueó las cejas.

—¿Autopsia? ¿Las circunstancias de su muerte tuvieron algo de misterioso?

A modo de respuesta, Hayward sacó otro papel.

—Y esto es un diagnóstico de Lipper. La conclusión es que ambos tenían lesiones en la misma zona del cerebro, el córtex ventromedial.

—¿En serio?

—Sí. En definitiva, que los dos enloquecieron exactamente de la misma forma, por usar otras palabras. En ambos casos la lesión provocó una psicosis repentina y violenta.

Collopy sintió frío en la base de la columna vertebral. Era exactamente lo que habían descartado, que existiese alguna relación entre los dos incidentes. Con aquel dato podía irse todo al garete.

—Las pruebas indican que la causa podría estar en el entorno, probablemente en el interior de la tumba de Senef o en los alrededores.

—¿La tumba? ¿Por qué lo dice?

—Porque es donde estuvieron los dos justo antes de que se les manifestaran los síntomas.

Collopy tragó saliva con dificultad y se estiró el cuello de la camisa.

—Me deja de piedra.

—Según el forense podría haber mil causas: una descarga eléctrica en la cabeza, veneno, gases o un fallo en el sistema de ventilación, un virus o bacteria desconocidos... No lo sabemos. A propósito, esta información es confidencial.

—Me alegro.

Collopy notó que la sensación de frío empezaba a expandirse. Si se divulgaba aquella noticia, podía contradecir su declaración y destruir lo que les había costado tanto trabajo elaborar.

—Desde que he recibido esta información, hace dos horas, he enviado a la tumba a un equipo forense especializado en toxicología. Llevan una hora trabajando, pero de momento no han encontrado nada; claro que aún es pronto...

—Todo esto es muy inquietante, capitana —contestó Collopy—. ¿Hay alguna manera de que pueda ayudarlos el museo?

—A eso venía. Quiero que retrasen la inauguración hasta que hayamos encontrado la causa.

Ni más ni menos que lo que temía Collopy. Dejó pasar unos segundos.

—Perdone que se lo diga, capitana, pero me parece que se precipita en dos conclusiones de importancia capital: la primera, que la lesión cerebral se debe a una toxina, y la segunda, que esa toxina está presente en la tumba. Podría deberse a mil razones, y haber ocurrido en cualquier lugar.

—Es posible.

—Y se le olvida otra cosa: que hay gente, mucha gente, que ha pasado bastante más tiempo en la tumba de Senef que Lipper y Wicherly sin manifestar ningún síntoma.

—No se me olvida, doctor Collopy.

—En todo caso aún faltan cuatro días para la inauguración. Tendrán tiempo de sobra para analizar la tumba, digo y o...

—No quiero arriesgarme.

Collopy respiró hondo.

—Yo la entiendo, capitana, pero la cuestión es que no podríamos retrasarlo aunque quisiéramos. Hemos invertido millones. Dentro de menos de una hora llegará un nuevo egiptólogo que viene especialmente desde Italia. Ya están enviadas las invitaciones, ya hemos recibido las confirmaciones, ya está pagado el catering, ya están contratados los músicos... Está todo hecho. Ahora mismo costaría una fortuna dar marcha atrás, y además daría una impresión errónea en la ciudad: la de que estamos asustados y paralizados y que es peligroso visitar el museo. Eso no puedo permitirlo.

—Aún no se lo he contado todo. Creo que Diógenes Pendergast, la persona que atacó a Margo Green y que robó la colección de diamantes, tiene una segunda identidad como empleado del museo. Lo más probable es que sea un conservador.

Collopy la miró, atónito.

—¿Qué?

—También creo que esa persona guarda alguna relación con lo ocurrido a Lipper y Wicherly.

—Son acusaciones muy graves. ¿De quién sospecha?

Hayward vaciló.

—De nadie en concreto. Le he pedido al señor Manetti que busque en los archivos de personal, sin decirle para qué, lógicamente, pero no han aparecido antecedentes penales ni nada sospechoso.

—Naturalmente que no. Todos nuestros empleados tienen una trayectoria intachable, sobre todo el equipo de conservación. Todas estas hipótesis me ofenden personalmente. En cuanto a mi postura respecto a la inauguración, le aseguro que esto no la cambia para nada. Retrasarla sería fatal para el museo. Absolutamente fatal.

Hayward lo observó un buen rato; sus ojos delataban cansancio pero también atención. También expresaban cierta tristeza, como si la capitana ya supiera el desenlace.

—No retrasarla es arriesgarse a que haya muchas vidas en peligro —dijo con calma—. Debo insistir.

—Entonces estamos en un punto muerto —se limitó a decir Collopy.

Hayward se levantó.

—Esto no quedará así.

—Efectivamente, capitana. La decisión tendrá que tomarla alguien que está por encima de nosotros.

Asintió y salió del despacho sin añadir ningún otro comentario. Collopy vio cómo se cerraba la puerta. Sabía tan bien como Hayward que al final todo dependería del alcalde, en cuyo caso Collopy tenía muy claro de qué lado caería la moneda.

El alcalde no era de los que se perdían una buena fiesta, ni la oportunidad de dar un buen discurso.

Doris Green se quedó en la puerta abierta de la unidad de cuidados intensivos. Filtrándose por las ventanas, cuyas persianas estaban parcialmente bajadas, la luz de la tarde proyectaba plácidas franjas de luz y sombra en la cama de su hija. Tras pasear ante la fila de aparatos médicos, que suspiraban y pitaban en suave y regular cadencia, su mirada se posó en la cara de su hija. Estaba pálida y chupada, y un mechón le caía por la frente y la mejilla. La señora Green dio unos pasos por la habitación y puso suavemente el mechón en su sitio.

—Hola, Margo —dijo en voz baja.

Las máquinas seguían pitando y suspirando.

Se sentó en un lado de la cama y cogió la mano de su hija. Estaba fría y pesaba menos que una pluma. La estrechó con suavidad.

—Fuera hace un día muy bonito. Ha salido el sol y parece que está pasando el frío. En mi jardín ya han empezado a florecer los azafranes. De momento solo se asoman los brotecitos verdes. ¿Te acuerdas de que de pequeña, cuando solo tenías cinco años, no podías evitarlo y los cogías? Un día me trajiste un puñado medio deshecho. No dejaste ni uno en todo el jardín. Me llevé un disgusto...

Le falló la voz y se quedó callada. Poco después entró la enfermera; su presencia enérgica y alegre aportó una brusca nota de eficacia a un ambiente neblinoso, poblado de recuerdos agridulces.

—¿Qué tal, señora Green? —preguntó mientras arreglaba las flores de un jarrón.

—Bien, gracias, Jonetta.

La enfermera revisó los aparatos y tomó notas rápidas en un portapapeles. Luego ajustó el gotero, examinó el tubo de oxígeno y siguió moviéndose de un lado a otro para ahuecar algún ramo de flores y poner rectas las tarjetas de buenos deseos que llenaban la mesa y las estanterías.

—El médico no debería tardar, señora Green —dijo con una sonrisa mientras iba hacia la puerta.

—Gracias.

Volvió a reinar la paz. Doris Green acarició la mano de su hija casi sin rozarla. Los recuerdos acudían en tropel, sin seguir ningún orden aparente: ella y su hija tirándose de cabeza al lago desde el embarcadero, abriendo el sobre con las notas del examen de acceso a la universidad, haciendo el pavo al horno el día de Acción de Gracias, cogiéndose la mano ante la tumba de su marido...

Tragó saliva y siguió acariciando la mano de Margo. De repente sintió una presencia a sus espaldas.

—Buenas tardes, señora Green.

Se giró. Era el doctor Winokur, un hombre guapo y moreno con una bata blanca perfectamente planchada y que desprendía seguridad y simpatía. Doris

Green sabía que no era una simple fachada para los pacientes, sino que se tomaba su trabajo a pecho.

—¿Quiere que hablemos en la sala de espera? —preguntó el doctor.

—Yo preferiría quedarme aquí. Si pudiera oírnos Margo, y no estoy segura de que no nos oiga, le gustaría enterarse de todo.

—De acuerdo. —El doctor Winokur hizo una pausa y se sentó en la silla para las visitas con las manos en las rodillas—. La conclusión es la siguiente: no tenemos diagnóstico. Así de simple. Hemos hecho todas las pruebas que se nos han ocurrido y hemos consultado a los mejores especialistas del país en coma y neurología, del Doctor's Hospital de Nueva York y del hospital Mount Auburn de Boston, pero algo se nos sigue escapando. Margo está en coma profundo y no sabemos por qué. La buena noticia es que no tenemos pruebas de que el cerebro haya sufrido lesiones permanentes. Por otro lado, sus constantes vitales no mejoran, mientras que algunas de las importantes se reducen lentamente. La verdad es que no responde a los tratamientos y terapias habituales. Podría aburrirla con explicaciones sobre la docena de teorías que hemos manejado y la docena de tratamientos que hemos probado, pero al final todo se reduciría a una sola conclusión: no responde. También podríamos trasladarla a Southern Westchester, pero si quiere que le diga la verdad allá no tienen nada que nosotros no tengamos, y el traslado podría ser perjudicial.

—Yo prefiero que se quede aquí.

Winokur asintió con la cabeza.

—Tengo que decirle que ha sido una madre de paciente admirable, señora Green. Sé que es un momento muy duro para usted.

Ella sacudió despacio la cabeza.

—Creí que la había perdido. Creí que la había enterrado. Después de eso no puede haber nada peor. Sé que se recuperará. Lo sé.

El doctor Winokur esbozó una sonrisa.

—Es posible que tenga razón. La medicina no tiene la respuesta a todo, y menos en un caso así. Los médicos son más falibles, y las enfermedades mucho más complicadas de lo que cree la mayoría de la gente. Margo no es la única. Hay miles como ella en el país, enfermos sin diagnóstico. Más que para consolarla, se lo digo para darle toda la información de la que dispongo. Intuyo que es lo que prefiere.

—Intuye bien. —La señora Green miró al médico, después a Margo y otra vez al médico—. Es curioso. No soy muy religiosa, pero ahora rezo por ella cada día.

—Cuanto más tiempo llevo ejerciendo de médico, más creo en el poder curativo de la oración. —Winokur hizo una pausa—. ¿Tiene alguna pregunta? ¿Puedo ayudarla de algún modo?

Ella titubeó.

—Sí. Me ha llamado Hugo Menzies. ¿Lo conoce?

—Sí, claro, es su jefe en el museo. El que estaba con ella cuando le dio el ataque, ¿verdad?

—Exacto. Me llamó para contarme qué había pasado y qué había visto. Sabía que querría enterarme.

—Claro.

—¿Usted ha hablado con él?

—Sí. Se ha portado muy bien. Desde la recaída de Margo ha pasado más de una vez para ver cómo estaba. Parece muy preocupado.

La señora Green sonrió ligeramente.

—Es una suerte tener un jefe tan atento.

—Sin duda.

El doctor se levantó.

—Si no le importa me quedaré un poco más con ella, doctor —dijo Doris Green.

Treinta horas antes de la gran inauguración, la tumba de Senef parecía un panal de avispas enfadadas, pero el enjambre ya no estaba formado de simples conservadores, electricistas, carpinteros y técnicos. Ahora había un nuevo componente en el cóctel. Al acercarse a la Sala de los Carros por el Segundo Tránsito del Dios, Nora topó con focos de televisión y con un grupo de hombres que instalaban cámaras y micros al fondo de la sala.

—¡Por aquí, joven! ¡Por aquí!

En un lado había un hombre delgado y de nalgas prietas, con una cazadora de pelo de camello y una pajarita amarilla con puntitos; sus manos esbeltas gesticulaban como locas en dirección a un corpulento técnico de sonido. Nora pensó que debía de ser el director de cine Randall Loftus, de quien Menzies le había hablado hacía poco. Tras el sonado éxito de su serie de documentales *The Last Cowboy on Earth*, Loftus había producido diversos documentales para la televisión pública, todos premiados.

Al acercarse, el guirigay de voces se hizo más estridente.

—Sí... Sí... Uno... Dos...

—¡Buf! ¡Esto tiene una acústica pésima!

Loftus y su equipo lo estaban preparando todo para retransmitir el estreno del espectáculo de luz y sonido la noche de la inauguración. La emisora local de la PBS, la red pública de televisión, cuyos planes eran cubrir la inauguración en directo, había puesto un gran empeño en la distribución del programa con el objetivo de que se emitiera no solo en la mayoría de las cadenas afiliadas a la red en todo el país, sino por la BBC y la CBC. El responsable de aquel éxito de relaciones públicas, previa inversión de considerable energía, era el propio Menzies. Nora comprendía que la atención internacional podía significar un gran paso en la recuperación de prestigio del museo, pero el resultado era un caos total y absoluto en el momento más inoportuno. Todo el suelo estaba lleno de cables en los que tropezaban los ayudantes encargados del transporte de antigüedades egipcias de valor incalculable. Los focos, con su gran intensidad, no hacían más que agravar el calentamiento de los aparatos electrónicos y de las decenas de personas que corrían frenéticamente de un lado para otro como si estuvieran dominadas por una especie de pánico controlado. Los tubos del aire acondicionado zumbaban en un vano esfuerzo por disminuir la temperatura de la exposición.

—En aquel rincón quiero dos Mole Baby de quince centímetros y un kilovatio —dijo Loftus—. ¡A ver si cambia alguien ese jarrón de sitio!

Nora se acercó a paso veloz.

—¿El señor Loftus?

Él se giró, forzando la vista por encima de las lentes de sus gafas John

Mitchell.

—Sí.

Nora le tendió animosamente la mano.

—Soy la doctora Kelly, la comisaria de la exposición.

—¡Ah! Claro, claro. Randall Loftus. Encantado.

Loftus ya empezaba a girarse.

—Perdone, señor Loftus, pero ha dicho algo sobre mover un jarrón. Supongo que entiende que los únicos autorizados para mover o tocar algo son los empleados del museo.

—¿Que no se puede mover nada? Entonces, ¿cómo monto todo esto?

—Pues me temo que tendrá que aprovechar los huecos.

—¡Aprovechar los huecos! Nunca me habían pedido trabajar en estas condiciones. Esta tumba es como una camisa de fuerza. No puedo conseguir ángulos buenos o distancia. ¡Es imposible!

Nora le obsequió con una sonrisa luminosa.

—Con su talento, estoy segura de que encontrará la manera de que salga bien.

La sonrisa no surtió ningún efecto, pero al oír la palabra «talento» Loftus dio muestras de reflexionar.

—Soy una gran admiradora de sus películas —insistió Nora, percibiendo un flanco débil—. Personalmente estoy encantada de que haya aceptado dirigir el programa. Y sé que si hay alguien capaz de conseguir que salga bien es usted.

Loftus se tocó la pajarita.

—Muchísimas gracias. Con halagos se consigue todo.

—Quería presentarme y ofrecerle mi ayuda.

Loftus se giró bruscamente hacia un rincón en penumbra para gritar a alguien que se tambaleaba sobre una escalera.

—¡No, esa luz no, la otra, el foco LTM Pepper! Lo quiero montado en el rail del techo, con giro completo.

Se volvió de nuevo hacia Nora.

—Es usted un encanto, pero no tenemos más remedio que mover de sitio el jarrón.

—Lo siento —dijo ella—, pero aunque quisiéramos no hay tiempo para mover nada. El jarrón es de hace tres mil años y tiene un valor incalculable. No se puede mover como si fuera cualquier cosa. Hacen falta determinados instrumentos, conservadores especializados... Ya se lo he dicho. Tendrá que amoldarse a lo que hay. Yo le ayudaré en todo lo que pueda, pero esto no puedo hacerlo. Lo siento.

Loftus respiró hondo.

—No puedo trabajar a su alrededor. Es un jarrón tan gordo y tan horrible.

Como Nora no contestaba, el director hizo un gesto con la mano.

—Se lo comentaré a Menzies. Así no hay quien pueda, la verdad.

—Bueno, me voy, seguro que tiene tanto trabajo como yo —respondió ella—. Le repito que si necesita algo solo tiene que decírmelo.

Loftus se giró inmediatamente para cebarse en otro pobre ayudante de producción que trabajaba medio a oscuras.

—El trípode va donde está la cinta. En el suelo. ¡Cuidado, la estás pisando! ¡Mira hacia abajo! Pero ¡por Dios, la tienes entre las piernas!

Nora salió de la Sala de los Carros en dirección a la cámara sepulcral y dejó atrás a Loftus con sus gesticulaciones. Los conservadores ya habían acabado de colocar todas las piezas en la cámara, que era el último pulso. Nora quería comparar el texto de los rútilos con el original. Había un grupo de técnicos trabajando en las máquinas de niebla, dentro del gran sarcófago de piedra. Durante el día habían hecho un ensayo general de todo el espectáculo de luz y sonido, y Nora tenía que reconocer que estaba muy bien. Wicherly podía ser un desgraciado, y probablemente un perturbado, pero también era un egiptólogo brillante a la par que un magnífico escritor. El guión era un *tour de force* espectacular. El final, cuando Senef resucitaba de repente saliendo de la niebla, no había quedado nada cutre. Wicherly había conseguido incluir bastante información en el espectáculo. Además de divertirse, la gente saldría más instruida.

Hizo una pausa. Qué raro que un arqueólogo tan competente pudiera trastornarse en un momento... Se frotó inconscientemente el cuello, que aún estaba amoratado y dolorido. Después de aquella escena seguía incomodándola volver a su laboratorio. Era algo extraño, trágico, inexplicable... Ya lo digeriría después de la inauguración.

Sintió que le tocaban suavemente el hombro.

—La doctora Kelly, supongo.

Era una voz un poco ronca, de contralto, con un acento inglés de clase alta.

Al girarse se encontró cara a cara con una mujer alta, con un largo y brillante pelo negro, pantalones viejos de loneta, zapatillas deportivas y una camisa de trabajo manchada de polvo. Evidentemente era del grupo de los operadores, pero Nora nunca la había visto. Con ese físico se habría acordado. Sin embargo, al mirarla tuvo la impresión de que la conocía.

—Sí, soy yo —dijo Nora—. ¿Y usted...?

—Viola Maskelene. Soy egiptóloga, la nueva conservadora temporal de la exposición.

La mujer tendió la mano, y al coger la de Nora la estrechó con gran vigor. Fue el musculoso apretón de una mano un poco encallecida, cuya dueña —si no mentían el color moreno de su piel, ni su aspecto espigado, por no decir curtido— pasaba mucho tiempo al aire libre.

—Encantada de conocerla —dijo Nora—. No la esperaba tan pronto.

—Para mí es un gran placer —dijo Maskelene—. Teniendo en cuenta los elogios del doctor Menzies, y lo encantados que están todos con usted... Ahora mismo el doctor Menzies está muy ocupado, pero me apetecía bajar a conocerla. ¡Y a ver esta maravillosa exposición!

—Ya ve que trabajamos contra reloj.

—Seguro que lo tiene todo controlado. —Maskelene miró a su alrededor con cara de satisfacción—. Me sorprendió tanto recibir la invitación del museo... No imagina lo feliz que estoy de haber venido. Las tumbas de la XIX dinastía son mi especialidad. Aunque parezca mentira, la de Senef nunca ha sido estudiada ni publicada, y eso que parece que contiene uno de los textos más completos del Libro de los muertos de que se tiene constancia. ¡De hecho la mayoría de los expertos ni siquiera saben que existe! Yo siempre había creído que era un simple rumor, una leyenda urbana como el de los cocodrilos en las alcantarillas. Es una oportunidad increíble.

Nora sonrió y asintió con la cabeza, observando atentamente a la egiptóloga. Estaba sorprendida por la rapidez con la que habían sustituido a Wicherly —a los pocos días de su fallecimiento—, aunque bien pensado, con la inauguración en ciernes, para el museo era una necesidad perentoria disponer de un egiptólogo durante toda la exposición.

Viola miraba la tumba con asombro, ajena al ruido y al caos.

—¡Qué tesoro!

Su actitud animosa agradó a Nora. Aquél entusiasmo abierto y franco era mil veces preferible a oír pontificar a un típico y vetusto profesor.

—Acabo de revisar la colocación de las piezas y de hacer las últimas comprobaciones del texto de los rútilos —dijo Nora—. ¿Le apetece acompañarme? Quizá vea algún error...

—Encantada —dijo Viola con efusividad—, pero si lo hizo Adrian seguro que está todo bien.

Nora se giró.

—¿Se conocían?

La expresión de Viola se entristeció.

—Los egiptólogos formamos un club bastante reducido. Ya me ha contado el doctor Menzies lo que pasó. No lo entiendo. ¡Qué susto debió de llevarse!

Nora se limitó a asentir.

—A Adrian lo conocía profesionalmente —dijo Viola, moderando su tono—. Como egiptólogo era muy bueno, aunque se las daba de gran seductor. Pero nunca se me habría pasado por la cabeza... Qué experiencia tan horrible...

Se calló.

Por unos instantes reinó un silencio incómodo, hasta que Nora hizo el esfuerzo de seguir hablando.

—Lo que ha dejado es muy valioso —dijo—. Me refiero a su trabajo para la

exposición. Por otro lado, aunque suene cruel, el espectáculo debe seguir.

—Supongo —contestó Viola. Se animó un poco—. Me han dicho que el espectáculo de luz y sonido es sensacional.

—Hay prácticamente de todo, hasta una momia que habla.

Viola se rió.

—¡Parece genial!

Mientras seguían caminando, Nora aprovechó las consultas al portapapeles para observar de reojo a Viola Maskelene, que estaba muy atenta a las vitrinas llenas de piezas arqueológicas.

Se detuvieron delante de un canope espectacular.

—Me temo que esto pertenece a la XVIII dinastía —dijo Viola—. Un poco anacrónico en comparación con el resto de las piezas.

Nora sonrió.

—Ya lo sé. Como no teníamos todas las piezas de la XIX dinastía que necesitábamos, nos permitimos la licencia de ampliar un poco el marco temporal. Adrian nos explicó que en muchas tumbas se incluían piezas antiguas, incluso en la época de los faraones.

—¡Sí, es verdad! Perdona el comentario. Es que soy un poco maniática con los detalles.

—Pues es justo lo que necesitamos, alguien maniático con los detalles.

Dieron toda la vuelta por la cámara sepulcral. Mientras Nora tachaba entradas en su lista, Viola analizaba la rotulación y examinaba los objetos.

—¿Sabe leer los jeroglíficos? —preguntó Nora.

Viola asintió con la cabeza.

—¿Cómo interpreta la maldición de encima de la puerta, la del Ojo de Horus?

Una risa.

—Es de las más desagradables que he visto.

—Ah, ¿sí? Creía que lo eran todas.

—Al contrario. Muchas tumbas egipcias ni siquiera están protegidas con maldiciones. No hacía falta, puesto que todo el mundo sabía que saquear la tumba de un faraón era robar a los propios dioses.

—Entonces, ¿por qué en esta tumba pusieron una maldición?

—Supongo que porque Senef, a diferencia de los faraones, no era un dios, y es posible que le pareciera necesario reforzar la protección con un conjuro. Esa imagen de Ammut... ¡Buf! —Viola se estremeció—. Ni Goya lo habría hecho mejor.

Nora echó un vistazo a la pintura y asintió muy seria.

—Me han dicho que ya se ha corrido la voz sobre la maldición —dijo Viola.

—Sí, empezaron los vigilantes y ahora en el museo no se habla de otra cosa. Hasta hay algunos empleados de mantenimiento que se niegan rotundamente a entrar en la tumba a determinadas horas.

Al rodear una pilastra se encontraron a una mujer vestida con un traje gris arrodillada en el suelo de piedra, rascando el polvo de una grieta para meterlo en un tubo de ensayo. Cerca había un hombre con bata blanca organizando algo que parecían muestras en un laboratorio químico portátil.

—Pero ¿qué hace esta mujer? —susurró Viola.

Nora nunca la había visto. En todo caso no parecía una empleada del museo, sino una policía.

—Vamos a averiguarlo. —Se acercó—. Hola. Soy Nora Kelly, la comisaria de la exposición. La mujer se levantó.

—Yo soy Susan Lombardi, de la Dirección de Seguridad y Salud Laboral.

—¿Podría decirme qué están haciendo?

—Pruebas, por si hay algún riesgo ambiental. Toxinas, microbios... Ya sabe.

—¿En serio? ¿Es necesario?

Lombardi se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que lo ha pedido la policía de Nueva York y que es urgente.

—Ya. Gracias.

Nora se giró y la dejó seguir con su trabajo.

—Qué raro... —dijo Viola—. ¿De qué tienen miedo, de que haya alguna enfermedad infecciosa que pueda ser endémica a la tumba en sí? Se sabe que algunas tumbas egipcias han albergado antiguos virus y esporas de hongos.

—Supongo que sí. Lo raro es que no me lo hayan dicho.

Viola, sin embargo, ya le había dado la espalda.

—¡Mire, mire! ¡Qué maravilla de recipiente para ungüento! ¡Es mejor que todo lo que hay en el British Museum! —Corrió hacia una vitrina grande que contenía una pieza tallada en alabastro blanco, adornada con pinturas y con un león agazapado en la tapa—. Pero ¡si lleva el cartucho del mismísimo Tutmosis!

Empezó a examinarlo de rodillas, absorta.

Viola Maskelene tenía un toque de espontaneidad y hasta de rebeldía que eran refrescantes. Fijándose en sus pantalones viejos de loneta, en su cara sin maquillar y en su camisa de trabajo llena de polvo, Nora se preguntó si pensaba usarlos como uniforme de diario en el museo. Su imagen estaba en el extremo opuesto de la del típico arqueólogo británico estirado.

Viola... Viola Maskelene. Un nombre extraño, aunque le sonaba de algo. ¿De habérselo oído pronunciar a Menzies? No, a Menzies no. A otra persona.

Se acordó de golpe.

—¡Usted es la persona a quien secuestró el ladrón de los diamantes!

Le salió de sopetón, sin haber tenido tiempo de pensar. Se sonrojó enseguida.

Viola se levantó con calma de delante de la vitrina, quitándose el polvo de las rodillas.

—Sí, soy yo.

—Perdone. No quería decirlo así, a los cuatro vientos.

—La verdad es que me alegro de que lo haya hecho. Más vale airearlo y olvidarlo.

Nora notaba que le ardían las mejillas.

—Tranquila, Nora, no pasa nada. En serio. En realidad ha sido otro de los incentivos para aceptar el trabajo y volver a Nueva York

—¿De verdad?

—Yo lo comparo a caerse de un caballo. Si pretendes volver a montar, tienes que subirte de nuevo a él enseguida.

—Muy bien visto. —Nora hizo una pausa—. O sea, que es amiga del agente Pendergast.

Esta vez fue Viola Maskelene la que se sonrojó.

—Podría decirse así.

—Mi marido, Bill Smithback, y yo conocemos muy bien al agente especial Pendergast.

El interés de Viola se avivó.

—¿En serio? ¿De qué se conocen?

—Lo ayudé hace unos años en una investigación. Siento muchísimo que haya acabado así.

No mencionó las actividades de su marido, por la insistencia de Bill en no divulgarlas.

—El agente Pendergast es la otra razón de mi regreso —dijo Viola en voz baja, y se quedó callada.

Después de la cámara sepulcral, repasaron por encima las estancias laterales. Nora miró su reloj.

—La una. ¿Le apetece comer algo? Antes de medianoche no saldremos, y no es cuestión de trabajar con el estómago vacío. Vamos, que la sopa de gambas de la cafetería de empleados justifica el viaje.

Al oírlo, Viola Maskelene se animó.

—Usted primero, Nora.

En la profunda oscuridad de la celda 44, situada en lo más hondo del bloque de aislamiento del Correccional Federal de Herkmoor, el agente especial Aloysius Pendergast descansaba con los ojos abiertos, mirando el techo. No todo estaba negro. Una continua rendija de luz que entraba por la única ventana, reflejo del resplandor de los patios y zonas abiertas, cruzaba el techo de punta a punta. En la celda de al lado seguían los suaves sonidos del percusionista, convertidos en un triste y pensativo *adagio* en sordina al que Pendergast había descubierto la curiosa virtud de ayudarle a concentrarse.

Su oído, tan sensible, también recogía otros sonidos: choques de acero sobre acero, un grito lejano y gutural de rabia, una tos repetida hasta el infinito en secuencias de tres, los pasos de un celador en su ronda... La gran cárcel de Herkmoor descansaba, pero no dormía. Toda ella era un mundo, con sus propias reglas, su propia cadena alimentaria y sus costumbres.

Mientras Pendergast seguía acostado, en la pared de enfrente apareció un punto verde que temblaba. Era el haz de un láser proyectado desde muy lejos hacia la ventana. Dejó rápidamente de temblar. Al cabo de un momento empezó a parpadear. Pendergast leyó el mensaje en clave. La única señal de comprensión por su parte fue que hacia el final del mensaje respiró ligeramente más deprisa.

La desaparición del punto fue tan repentina como su aparición. En la oscuridad de la celda se oyó murmurar muy quedamente la palabra «magnífico».

Pendergast cerró los ojos. A las dos del día siguiente tendría que volver a enfrentarse con la pandilla de Lacarra, los Dientes Rotos, en el patio 4. Después, suponiendo que sobreviviera al encuentro, lo esperaba una tarea todavía más ardua.

De momento lo que necesitaba era dormir.

Usando una técnica muy especializada y secreta de meditación que recibía el nombre de Chongg Ran, identificó y aisló el dolor de sus costillas rotas y lo fue neutralizando costilla a costilla. Después su conciencia se enfocó en la lesión del hombro, en la herida de arma blanca de su costado y en los cortes y los moratones que hacían que le doliera toda la cara. Paso a paso, mediante una fría disciplina mental, aisló y eliminó el dolor de cada parte.

Era una disciplina necesaria. Le esperaba un día lleno de desafíos.

La vieja mansión de estilo Beaux Arts de Riverside Drive 891 contaba con muchas salas espaciosas, pero ninguna superaba en majestuosidad a la ancha galería que ocupaba toda la parte de fachada del primer piso. La pared orientada hacia la calle se componía de una serie de ventanales que iban desde el suelo hasta el techo, cerrados y con los postigos puestos. En cada punta de la sala había un arco que comunicaba con otras partes de la mansión. Entre los dos arcos, una sucesión ininterrumpida de retratos al óleo de tamaño natural cubría la pared. La galería estaba iluminada con arañas eléctricas cuya tenue luz bañaba suavemente los grandes marcos dorados. Se oían notas de piano que salían de altavoces ocultos; eran densas, suntuosas, de una diabólica complejidad.

Constance Greene y Diógenes Pendergast paseaban despacio por la galería, parándose delante de cada retrato para que Diógenes murmurase la historia del correspondiente personaje. Constance llevaba un vestido azul claro, con una pechera negra de encaje abrochada hasta el cuello que le daba realce. Diógenes llevaba pantalones oscuros y una chaqueta gris plateada de cachemira. Ambos llevaban copas de cóctel en forma de tulipa.

—Y este —dijo Diógenes al detenerse ante el retrato de un noble magníficamente vestido, cuyo porte, de gran dignidad, contrastaba extrañamente con un bigote de libertino— es el duque Gaspard de Mousqueton de Prendergast, el mayor terrateniente de Dijon de finales del siglo XVI. Fue el último miembro respetable de un linaje aristocrático que arranca con Sieur de Monts Prendergast, quien ganó su título luchando en Inglaterra junto a Guillermo el Conquistador. Gaspard era una especie de tirano que se vio obligado a huir de Dijon el día en que se rebelaron los campesinos y los siervos que labraban sus tierras. Se llevó a su familia a la corte real, pero un escándalo los obligó a marcharse de Francia. Desde ese momento no se sabe con exactitud qué le ocurrió a la familia, pero hubo una escisión. Una rama se instaló en Venecia, mientras que la otra (los que se quedaron sin favores, títulos ni dinero) se refugió en América.

Se acercó al siguiente retrato, el de un hombre joven con el pelo rubio, los ojos grises y la barbilla hundida; sus labios carnosos y sensuales casi parecían un reflejo de los del propio Diógenes.

—Este es el vástago de la rama veneciana de la familia, el hijo del duque, el conde Lunéville. Por desgracia en esa época el título ya era honorífico. Cayó en la ociosidad y la disipación; marcó la pauta para varias generaciones de sus descendientes. Hubo un período en que el linaje se vio penosamente reducido y tardó cien años en recuperar su plenitud, cuando las dos ramas de la familia se reunieron en América por matrimonio. Pero claro, incluso esa gloria acabó siendo fugaz.

—¿Por qué fugaz? —preguntó Constance.

Diógenes la miró fijamente.

—La familia Pendergast ha experimentado una larga y lenta decadencia. Mi hermano y yo somos los últimos. A pesar de que mi hermano se casó, su encantadora esposa... murió de forma prematura antes de poder darle descendencia. Yo no tengo ni mujer ni hijos. Si morimos, el linaje de los Pendergast desaparecerá de la faz de la tierra.

Caminaron hasta el siguiente retrato.

—La rama americana de la familia recaló en Nueva Orleans —siguió explicando Diógenes—. Se movían cómodamente en los círculos de la rica sociedad de antes de la guerra. Fue ahí donde el último de la rama veneciana de la familia, el marqués Orazio Paladin Pendergast, se casó con Eloise de Braquilanges en una ceremonia tan suntuosa y brillante que se habló de ella durante varias generaciones. Sin embargo, su único hijo quedó fascinado por las costumbres y las gentes que vivían en los pantanos circundantes, y llevó a la familia en una dirección del todo inesperada. —Diógenes señaló el retrato, que representaba a un hombre alto con perilla, brillante traje blanco y ancha bufanda azul—. Augustus Robespierre St. Cyr Pendergast. Fue el primer fruto de la unión de ambos linajes, un médico y filósofo que le quitó una erre a su apellido para que fuera más americano. Fue el favorito de la alta sociedad de Nueva Orleans, pero solo hasta que se casó con una joven extraordinariamente bella de lo más profundo de los pantanos que no hablaba inglés y era dada a extrañas prácticas nocturnas.

Diógenes hizo una pausa, como si pensara en algo, y rió entre dientes.

—¡Qué interesante! —musitó Constance, fascinada a su pesar—. Llevaba tantos años observando estas caras, intentando atribuirles un nombre y una historia... Las más recientes podía adivinarlas, pero el resto...

Sacudió la cabeza.

—¿Mi tío abuelo Antoine nunca te contó nada de sus antepasados?

—No. Nunca sacó el tema.

—La verdad es que no me sorprende, porque rompió con la familia. De hecho yo también. —Diógenes titubeó—. Y es evidente que mi querido hermano tampoco te ha contado gran cosa sobre ella.

La respuesta de Constance fue dar un sorbo a su copa.

—Yo sé mucho de mi familia, Constance. Me he dedicado a descubrir sus secretos. —Diógenes volvió a mirarla—. No sabes qué feliz me hace poder contártelo. Tengo la sensación de que contigo puedo hablar... como con nadie.

La mirada de Constance coincidió brevemente con la suya, antes de posarse de nuevo en el retrato.

—Mereces saberlo —continuó él—. A fin de cuentas también eres un miembro de la familia, en cierto modo.

Ella negó con la cabeza.

—Solo soy una pupila —dijo.

—Para mí eres mucho más que eso. Mucho más.

Ambos habían vacilado ante el retrato de Augustus. Queriendo romper un silencio que amenazaba con volverse incómodo, Diógenes dijo:

—¿Qué, te gusta el cóctel?

—Interesante. Al principio es amargo, pero luego, en la lengua, se convierte en... no sé, en algo totalmente distinto. Nunca había probado nada parecido.

Miró a Diógenes para ver si le daba el visto bueno. Él sonrió.

—Sigue.

Constance bebió un poco más.

—Detecto regaliz y anís, eucalipto, tal vez hinojo... Y notas de alguna sustancia que no puedo identificar. —Bajó la copa—. ¿Qué es?

Diógenes sonrió y bebió un poco de la suya.

—Absenta. La mejor del mercado, macerada y destilada de forma artesanal. Hago que me la manden de París en avión para mi consumo personal. Ligeramente diluida con azúcar y agua, que es la forma clásica de tomarla. El sabor que no identificas es thujone.

Constance se quedó mirando la copa con cara de sorpresa.

—¿Absenta? ¿Hecha a base de ajeno? Creía que era ilegal.

—Eso son fruslerías que no deberían preocuparnos. Es fuerte y abre el pensamiento. Por eso fue la bebida favorita de muchos grandes artistas, desde Van Gogh a Hemingway, pasando por Monet.

Constance bebió cautelosamente otro sorbo.

—Mírala bien, Constance. ¿Habías visto una bebida con un color tan puro y sin adulterar? Acércala a la luz. Es como mirar la luna a través de una esmeralda sin defectos.

Constance permaneció un momento inmóvil, como si buscara respuestas en las profundidades verdes del alcohol. Después tomó otro sorbo un poco menos vacilante.

—¿Qué sensación te provoca?

—De calor. De ligereza.

Siguieron caminando despacio por la galería.

—Me llama la atención —dijo ella al cabo de un momento— que Antoine decorara este interior como una copia exacta de la mansión familiar de Nueva Orleans. Hasta el último detalle, incluidos estos cuadros.

—Encargó copias a un famoso artista de la época. Colaboró con él durante cinco años; reconstruyó las caras de memoria y a partir de algunos grabados y dibujos descoloridos.

—¿Y el resto de la casa?

—Es casi idéntica al original con la excepción de los libros de la biblioteca. En cambio la función de todas las salas del sótano era... única, por decirlo

tibiamente. Dado que la mansión de Nueva Orleans estaba por debajo del nivel del mar, tenía revestidos los cimientos con láminas de plomo, cosa que aquí no hacía falta. —Diógenes bebió un trago—. Desde que mi hermano se quedó con la casa ha habido muchos cambios. Ya no es la misma donde vivía el tío Antoine, pero bueno, qué te voy a contar...

Constance no contestó.

Llegaron al final de la galería, donde los esperaba un diván largo y sin respaldo con cojines de terciopelo. Al lado había una elegante bolsa inglesa de John Chapman que Diógenes había usado para llevar la botella de absenta. Diógenes tomó grácilmente asiento en el diván e hizo un gesto a Constance para que lo imitara.

Constance se sentó a su lado y dejó la copa de absenta al lado, en una bandeja.

—¿Y esta música? —preguntó con un gesto de la cabeza, como si señalara las notas de piano que flotaban en el aire con su titilación sonora.

—Ah, sí. Es Alkan, un genio olvidado de la música del siglo XIX. Nunca oírás a un artista más exuberante, cerebral y difícil de interpretar. Nunca. La primera vez que se interpretaron sus obras, cosa que se hace con muy poca frecuencia y a que hay pocos pianistas que estén a la altura, a la gente le parecieron inspiradas por el diablo. Todavía hoy la música de Alkan provoca comportamientos extraños en los oyentes. Hay quien cree percibir olor de humo mientras las escucha, y hay quien sufre temblores o desvanecimientos. Esta obra es la *Grande Sonate «Les Quatre Âges»*. En la grabación de Hamelin, huelga decirlo. Nunca he oído un virtuosismo más sólido, ni una técnica digital tan soberbia. —Diógenes hizo una pausa para escuchar con atención—. Por ejemplo esta fuga. ¡Si cuentas las octavas dobles, tiene más partes que dedos un pianista! Sé que eres capaz de valorarlo como pocos, Constance.

—Antoine nunca fue un gran amante de la música. Yo aprendí a tocar el violín por mi cuenta.

—Lo cual te permite apreciar el peso intelectual y sensual de la música. ¡Escucha! Menos mal que el máximo filósofo de la música era un romántico, un decadente, no alguien pagado de sí mismo como Mozart, con la puerilidad de sus falsas cadencias y la previsibilidad de sus armonías...

Constance escuchó unos instantes en silencio.

—Da la impresión de que usted haya invertido un gran esfuerzo en que este momento sea agradable.

Diógenes se rió alegremente.

—¿Por qué no? No se me ocurre nada mejor a que dedicar el tiempo que a hacerte feliz.

—Pues por lo visto es el único —dijo ella después de un rato, en voz muy baja.

La sonrisa de Diógenes se borró.

—¿Por qué lo dices?

—Por cómo soy.

—Eres una joven guapa e inteligente.

—Soy un bicho raro.

Con una rapidez no exenta de una gran ternura, Diógenes le cogió la mano.

—No, Constance —dijo en voz baja y apremiante—, en absoluto. Para mí no. Ella apartó la vista.

—Ya conoce mi historia.

—Sí.

—Entonces seguro que lo entiende más que nadie. Sabiendo la vida que he llevado en esta casa, durante tantos años... ¿No le parece raro? ¿Repugnante? — De pronto Constance lo miró con un extraño fuego en las pupilas—. Soy una vieja atrapada en un cuerpo de joven. ¿Quién podría quererme?

Diógenes se acercó todavía más.

—Has adquirido el don de la experiencia, pero sin el terrible precio de la edad. Eres joven, y estás llena de vida. Aunque ahora te parezca una losa, no tiene por qué serlo. Puedes librarte de ella en el momento que elijas. Puedes empezar a vivir en cuanto lo decidas. Si quieres, ahora mismo.

Constance volvió a apartar la vista.

—Mírame, Constance. Nadie te entiende. Nadie excepto yo. Eres una perla que no tiene precio. Posees toda la belleza y la frescura de una mujer de veintiún años, pero con un cerebro refinado por toda una vida... no, varias vidas... de avidez intelectual. Sin embargo, con el intelecto no se puede ir a todas partes. Eres como una semilla que nadie riega. Deja de lado el intelecto y reconoce tu otra avidez, la sensual. La semilla pide agua a gritos. Solo entonces germinará, brotará y florecerá.

Constance sacudió con fuerza la cabeza, negándose a corresponder a la mirada de Diógenes.

—Aquí estás enclaustrada, encerrada como una monja. Has leído miles de libros y has tenido pensamientos muy profundos, pero no has vivido. Fuera existe otro mundo, un mundo de color, sabor y tacto. Lo exploraremos juntos, Constance. ¿No sientes la profunda conexión que existe entre nosotros? Deja que te traiga aquí ese mundo. Ábrete a mí, Constance. Soy el único que puede salvarte. Porque soy el único que te comprende de verdad. Igual que soy el único que comparte tu dolor.

Bruscamente, Constance intentó apartar las manos, que siguieron asidas por las de Diógenes, suavemente pero con firmeza. El breve forcejeo, sin embargo, hizo que se subiera la manga de la muñeca, dejando a la vista varias cicatrices de cortes que no se habían curado bien.

Al ver revelado aquel secreto, Constance se quedó paralizada, sin poder

respirar.

También Diógenes se quedó quieto, hasta que suavemente soltó una de sus manos, extendió su brazo y subió el puño por encima de la muñeca. Había una cicatriz parecida, más antigua pero inconfundible.

Constance la contempló sin respiración.

—¿Ves hasta qué punto nos entendemos? —murmuró él—. Es la pura verdad. Nos parecemos tanto... Yo te entiendo, y tú, Constance... tú me entiendes a mí.

Soltó con dulzura la otra mano de Constance, que cayó flojamente por debajo de la cintura. Diógenes le puso las manos en los hombros y la hizo girarse hacia él. Ella no se resistió. Él le acercó una mano a la mejilla y se la acarició muy suavemente con las yemas. Sus dedos rozaron los labios de Constance y siguieron por la barbilla, cogiéndola con gran delicadeza. Por último acercó lentamente la cara de Constance a la suya y le dio un beso con mucha suavidad, seguido por otro un poco más urgente.

Con un sonido ahogado, que podía ser de alivio o de desesperación, Constance se inclinó, dejándose rodear por los brazos de Diógenes.

Este cambió hábilmente de postura en el diván, a la vez que recostaba a Constance sobre los cojines de terciopelo. Una de sus manos, muy blancas, se deslizó hasta la pechera de encaje del vestido y desabrochó la hilera de botones de perla más próxima al cuello. Durante su descenso, los finos dedos de Diógenes expusieron a la tenue luz de las lámparas la naciente curva de los pechos de Constance. Al mismo tiempo murmuró unos versos en italiano:

Ei s'immerge ne la notte,

Ei s'aderge in vèr' le stelle... [7]

Cuando su cuerpo se posó sobre el de Constance, los labios de ella dejaron escapar otro suspiro, a la vez que sus ojos se cerraban.

Los de Diógenes no se cerraron. Permanecieron abiertos, absortos en la joven, con un brillo de deseo y de victoria.

Dos ojos, uno marrón y el otro azul.

Gerry guardó la radio en la funda y miró a Benjy con incredulidad.

—Tío, no te lo vas a creer.

—¿Ahora qué pasa?

—Que vuelven a sacar al preso especial al patio 4 para el ejercicio de las dos. Benjy le clavó la mirada.

—¿Cómo que vuelven a sacarlo? Me estás tomando el pelo.

Gerry negó con la cabeza.

—Es un asesinato. Y lo hacen durante nuestro turno.

—¡A quién se lo dices!

—¿De dónde sale la orden?

—Directamente del tonto mayor del reino, Imhof.

El pasillo del pabellón C de Herkmoor, largo y vacío, se quedó en silencio.

—Solo falta un cuarto de hora para las dos —acabó diciendo Benjy—. Más vale que nos pongamos las pilas.

Salió del pabellón al débil sol del patio 4, con Gerry detrás. El aire traía un vago olor a descomposición y humedad primaverales. La hierba empapada de los patios exteriores aún estaba aplastada y marrón. Más allá de los muros del perímetro asomaban algunas ramas desnudas. Ocuparon sus puestos. Esta vez no lo hacían en la pasarela, sino en el patio propiamente dicho.

—Yo no pienso dejar que echen a perder mi carrera de celador —dijo Gerry, muy serio—. Te juro que como alguno de la pandilla de Pocho se le acerque demasiado uso el Taser. Ojalá nos dejaran llevar pistolas.

Se pusieron cada uno en un lado del patio en espera de que los presos de aislamiento salieran acompañados para su única hora de ejercicio. Gerry revisó su Taser y su spray de defensa y se ajustó la porra en el cinturón. Esta vez no pensaba esperar a verlas venir.

Al cabo de unos minutos se abrió la puerta y aparecieron los celadores con la fila de presos, que se dispersaron por el patio. El sol los hacía parpadear, y tenían el aspecto de lo que eran: tontos del culo.

El último preso en salir fue el especial. Estaba pálido como un gusano y hecho un desastre, con la cara vendada y llena de morados y un ojo tan hinchado que no podía abrirlo. Aunque después de tantos años trabajando en cárceles Gerry estuviera acostumbrado a todo, le indignó que volvieran a sacar a ese preso al patio. Pocho estaba muerto, de acuerdo, pero había sido un caso clarísimo de defensa propia, mientras que aquello... Aquello era un asesinato a sangre fría. Si no lo mataban ese día, lo matarían cualquier otro, fuera en el turno que fuera, en el de Gerry y Benjy o en el de otros. Una cosa era ponerlo en la celda de al lado del percusionista, o en aislamiento, o quitarle los libros, pero aquello era pasarse de rosca.

Se preparó para lo peor. Los hombres de Pocho se abrían por el patio con las manos en los bolsillos y un andar lento y vacilón. El alto, Rafael Borges, se dedicaba a hacer sus habituales rebotes con la pelota de baloncesto, acercándose sin prisas y en línea curva al aro. Al mirar a Benjy, Gerry vio que su compañero también tenía los nervios en tensión. Los celadores de acompañamiento le hicieron un gesto. Él les hizo otro en señal de que la operación estaba completa, por lo que ahora eran ellos dos los que se encargarían de los presos. Los celadores salieron, dejando cerrada la doble puerta de metal.

Gerry no quitaba el ojo de encima al preso especial. Había empezado a pasear hacia la tela metálica, pegado al muro de ladrillo, con movimientos vigilantes pero no excesivamente nerviosos. Gerry se preguntó si estaba bien de la cabeza. En su lugar, él ya se habría cagado encima.

De repente su radio soltó un ruido de estática que lo sobresaltó.

—Aquí Fecteau.

—Aquí el agente especial Spencer Coffey, del FBI.

—¿Quién?

—Despierta, Fecteau, no tengo todo el día. Si no me equivoco estás en el patio 4 con Doyle para el turno de ejercicio.

—Sí... Sí, señor —balbuceó Gerry.

¿A qué venía que el agente Coffey hablara directamente con él? Debía de ser cierto lo que se murmuraba, que el preso especial era del FBI, aunque era lo último que parecía...

—Os quiero ahora mismo a los dos en el control de seguridad.

—Sí, señor, en cuanto vengan los del próximo turno.

—He dicho ahora mismo.

—Pero señor, somos los únicos que estamos vigilando el patio...

—Te he dado una orden directa, Fecteau. Si no te veo aquí dentro de noventa segundos te juro por mi madre que mañana estarás en Dakota del Norte haciendo el turno de medianoche en Black Rock.

—Pero no puede...

La respuesta se perdió en otra breve ráfaga de estática, señal de que el agente del FBI había cortado la comunicación. Gerry miró a Benjy, que lógicamente lo había oído todo por su propio receptor, y que se acercó encogiéndose un poco de hombros.

—Este cabrón no es quién para darnos órdenes —dijo Gerry—. ¿Tú crees que tenemos que obedecer?

—¿Quieres arriesgarte? Venga, vamos.

Gerry guardó su radio, francamente asqueado. Era un asesinato con todas las de la ley. Menos mal que no estarían allí para verlo. Bueno, ahora ya no les podían echar la culpa.

Noventa segundos... Cruzó de prisa el patio y abrió la puerta metálica.

Después se giró para mirar por última vez al preso especial. Seguía apoyado en la tela metálica, justo detrás de la canasta. La pandilla de Pocho ya empezaba a acercarse como una manada.

—Que no le pase nada —murmuró Gerry a Benjy cuando la doble puerta se cerró a su paso, con un fuerte impacto metálico.

Juggy Ochoa iba tranquilamente por el patio de asfalto, mirando el cielo, la valla, la canasta y a sus hermanos, unos más cerca, otros más lejos. Se giró hacia la puerta metálica, que acababa de cerrarse. Los dos celadores se habían largado. Le pareció increíble que hubieran vuelto a sacar al patio al «Albino» ... y que lo hubieran dejado solo.

El muy idiota estaba apoyado en la tela metálica, mirándolo a la cara sin pestañear.

Ochoa volvió a mirar a su alrededor con los ojos entornados. Su intuición de preso le decía que pasaba algo raro. Era una trampa, y estaba seguro de que los demás también se daban cuenta. No les hacía falta hablar. Todos pensaban lo mismo. Los celadores odiaban tanto al Albino como ellos, y alguien muy bien situado quería verlo muerto.

Pues por Ochoa no quedaría.

Escupió en el asfalto, y mientras restregaba la saliva con la suela del zapato miró a Borges, que hizo botar dos veces la pelota con el puño durante su lenta trayectoria semicircular en dirección a la canasta. Borges sería el primero en darle una lección al Albino, y, conociéndolo, Ochoa estaba seguro de que sabría esperar sin perder la calma. Tenían tiempo de sobra para resolver el problema discretamente, para que nadie pagara el pato. El precio serían unos meses de aislamiento y la pérdida de privilegios, pero como cumplían todos la perpetua... Además, tenían el beneplácito. Las consecuencias, fueran cuales fuesen, serían suaves.

Miró a lo lejos, a la torre. No los estaba vigilando nadie. Los de las torres casi solo miraban de lado y hacia fuera, hacia las barreras exteriores. Su visión del interior del patio 4 era limitada.

Al fijarse otra vez en el Albino, le desconcertó ver que aún lo observaba. Pues que mirase. En cinco minutos estaría muerto, a punto para que lo limpiaran y se lo llevaran.

Juggy miró a sus hermanos. Tampoco tenían prisa. El Albino sabía pelear, bien y sucio, el muy hijo de puta, pero esta vez tendrían más cuidado. Además, estaba hecho polvo y no se movería tan deprisa. Se le echarían encima todos a la vez.

Siguieron estrechando disimuladamente el cerco.

Borges había llegado a la línea de tres puntos. Con un movimiento fluido y ensayado tiró la pelota, que entró limpiamente en la canasta y cayó... en las manos del Albino, que había corrido a recogerla con un movimiento brusco y ágil.

Permanecieron todos quietos, mirándolo fijamente. El Albino se quedó con la pelota y sostuvo sus miradas sin delatar ninguna emoción en su cara llena de

puntos. Su actitud desafiante enfureció a Juggy.

Miró por encima del hombro. Los celadores aún no habían vuelto.

Borges avanzó. El Albino le dijo algo, demasiado bajo y deprisa para que pudiera entenderlo Juggy. Mientras seguía caminando, Juggy sacó la navaja que llevaba en la costura de los calzoncillos. Era el momento. Un navajazo y adiós, cerdo.

—Espera, tío —dijo Borges enseñando la palma de una mano al ver que Ochoa se acercaba—, quiero oír qué dice.

—¿Oír qué?

—Ya sabéis que es una trampa —decía el Albino—. Quieren que me matéis. Y vosotros lo sabéis. ¿Queréis que os diga por qué?

Miró uno a uno a los del grupo, que ya lo tenían rodeado.

—¿A quién carajo le importa? —dijo Juggy, dando un paso y preparando la navaja.

—¿Por qué? —dijo Borges, con el brazo tendido otra vez hacia Juggy.

—Porque sé cómo escapar.

Un silencio eléctrico.

—¡Y una mierda! —dijo Juggy, lanzándose con la navaja.

Pero el Albino estaba preparado, y le tiró la pelota por sorpresa. Al esquivarla, Juggy perdió impulso. La pelota botó un par de veces y se fue rodando.

—¿Vais a matarme y a pasaros el resto de la vida aquí sin saber si decía la verdad?

—Nos quiere engañar —dijo Juggy—. ¿Ya no os acordáis de que se cargó a Pocho?

Dio otro salto, pero el Albino se apartó y se giró como un torero. Borges cogió el brazo de Juggy con una mano de acero.

—¡Tío, joder, él mató a Pocho!

—Déjalo hablar.

—Libertad —pronunció el Albino con un acento del sur que hizo sonar maravillosamente la palabra—. ¿Qué pasa, que lleváis tanto tiempo en la cárcel que ya no os acordáis de qué significa?

—Borges, de aquí no sale nadie —dijo Juggy—. Acabemos de una vez.

—No te muevas, Jug. Ni un puto dedo.

Al mirar a su alrededor, Juggy descubrió que era el centro de todas las miradas. No podía creerlo. El Albino se estaba salvando de la navaja con su verborrea.

—Esperad que acabe —dijo otro miembro de la pandilla, Roany.

Los demás asintieron.

—Este tío es el que se cepilló a Pocho —repitió Juggy, sintiendo que su voz perdía convicción.

—¿Y qué? —dijo Borges—. Quizá a Pocho le convenía un poco de cepillo.

El Albino siguió hablando en voz baja.

—El primero en salir será Borges —dijo—, por haberme creído antes que nadie. Si quieres tú puedes ser el siguiente, Jug.

—¿Salir? ¿Cuándo? —preguntó Borges.

—Ahora mismo, mientras no están los celadores.

—Vete a la mierda —gruñó Juggy.

—Bueno, pues en vez de a Jug te llevo a ti. —El Albino estaba señalando a Roany—. ¿Estás preparado?

—Ya sabes que sí.

—¡Un momento, joder!

Ochoa amagó otro navajazo, pero con un movimiento brusco y rapidísimo que lo tomó por sorpresa el Albino se apoderó de la navaja.

Ochoa retrocedió.

—Hijo de puta...

—Nos está haciendo perder el tiempo —dijo el Albino—. Como vuelva a hablar le corto la lengua. ¿Algo que objetar?

Miró al grupo.

Nadie contestó.

Ochoa se quedó quieto, jadeando sin decir nada. Aquel cerdo había matado a Pocho y ahora era el jefe. ¿Cómo podía haber ocurrido?

—Quien dude de mí que mire esto.

El Albino se acercó a la tela metálica, cogió una parte soldada a un poste y estiró con fuerza. La malla se abrió sin resistencia. Siguió estirando hasta dejar una abertura con el tamaño justo para que pasase un ser humano.

Todos estaban atónitos.

—Si seguís mis instrucciones saldréis. Incluido usted, señor Jug. En prueba de mi buena fe, yo saldré el último. Lo tengo todo planeado, hasta el último detalle. Cuando estéis al otro lado dispersaos cada uno en una dirección. El plan es el siguiente...

Pendergast esperó a que el último, Jug, saliera por el corte en la malla y se perdiera de vista. Se habían metido tan deprisa por el hueco que les daba lo mismo que él los siguiera. Con ello se cumplían los deseos de Pendergast. Cada uno seguiría un camino distinto en su fuga, caminos exquisitamente coreografiados por Eli Glinn para lograr el máximo revuelo, y la máxima reacción.

Al perder de vista a Jug, cogió la tela metálica cortada, que había vuelto a su sitio, y la separó lo máximo que pudo, forzando el metal para que los celadores que estaban a punto de llegar se dieran cuenta enseguida de que había un hueco. Después se apartó y miró el reloj digital de su muñeca, dotado de un mecanismo mucho más complejo de lo que daba a entender su caja de plástico. Dentro, entre otras cosas, había un receptor que recibía señales por satélite ACTS, las cuales serían de suma importancia para la operación que estaba a punto de empezar. Esperó a que fuera exactamente la hora designada para pulsar un botón del reloj, con lo que pondría en marcha un temporizador. La pantalla inició una cuenta atrás de novecientos segundos.

Se apartó y esperó. A los 846 segundos las sirenas de emergencia hicieron temblar súbitamente el aire. Pendergast dio media vuelta y cruzó rápidamente el patio hacia el rincón del edificio más cercano a la puerta, donde se juntaban en ángulo recto dos deteriorados muros de cemento. Metió la mano en un desagüe y sacó un tubo largo y fino, el que había dejado D'Agosta pocos días atrás. Después de quitar los cierres de las puntas, lo desenrolló como una bandera y le dio una sacudida. Recuperó inmediatamente la forma que tenía que tener, dos cuadrados iguales de tela de unos noventa centímetros de lado unidos con soportes de plástico para crear una forma de V. Los cuadrados tenían un revestimiento finísimo de Mylar reflectante. Era un invento de Glinn a partir de un simple reflector portátil estándar como los que se usan para rodar anuncios al aire libre.

Pendergast se agachó en el rincón, pegando la espalda a los ladrillos, y se puso delante los dos cuadros, muy cerca de su cuerpo, asegurándose de que los bordes externos del reflector en forma de V estuvieran bien ajustados a los muros, formando un ángulo de noventa grados.

Era una aplicación sencilla pero muy refinada de uno de los trucos más viejos de la magia de escenario: usar espejos calculando bien los ángulos para hacer desaparecer a una persona. Su utilización se remontaba a 1860, cuando triunfaban en Broadway dos espectáculos de magia, *Proteus Cabinet*, del profesor John Pepper, y *Sphinx*, del coronel Stodare. En este último, una mujer entraba en una caja que después aparecía vacía. Encajado en un rincón del patio de la cárcel, el reflector creaba el mismo efecto: formar una caja de espejos que pudiera esconder a Pendergast. Sus superficies reflectantes reproducían la

imagen de los muros de cemento de ambos lados, creando la ilusión de un rincón vacío en que se unían las dos paredes. El truco solo se podía descubrir de cerca. Para ello era necesario crear el caos: para evitarlo.

En el segundo 821 Pendergast oyó que se abría la cerradura electrónica. Las dos hojas de la puerta se separaron de golpe y cuatro celadores «de asalto» del puesto de vigilancia número 7 irrumpieron en el patio 4 con los Tasers a punto.

—¡La valla está cortada! —exclamó uno, señalando la brecha del fondo.

Mientras los cuatro corrían hacia el hueco, Pendergast se levantó, juntó los dos lados del reflector Mylar, volvió a formar un tubo compacto y lo metió otra vez en el desagüe. A continuación se deslizó por la puerta, penetró en la cárcel, y corrió hasta el lavabo situado a la vuelta de la esquina. Una vez en el penúltimo compartimiento, subió a la taza y levantó un panel del falso techo, donde había un objeto enganchado por dentro. Era una bolsa de plástico que contenía una memoria flash muy fina de cuatro gigabytes, una tarjeta de crédito, una jeringuilla pequeña, un poco de cinta aislante y una cápsula minúscula de un líquido marrón. Al salir del lavabo, con el contenido de la bolsa en el bolsillo, corrió por el pasillo hacia el puesto de vigilancia 7. Las previsiones de Glinn se habían cumplido. Cuatro de los cinco vigilantes de servicio habían respondido al aviso de fuga, dejando a uno solo en el puesto, rodeado por una pared de pantallas que recogían imágenes en directo. El vigilante daba órdenes a gritos por un micro; cambiaba frenéticamente de canal en busca de los presos desaparecidos. El dispositivo activado para enfrentarse al intento de fuga en masa era abrumador. Según las nerviosas palabras del vigilante, ya habían encontrado y vuelto a capturar a uno de los presos.

Tal como había previsto Glinn, la puerta del puesto de vigilancia 7 no estaba cerrada con llave, debido a las prisas de los celadores.

Pendergast entró, pasó un brazo por delante del cuello del vigilante y le puso una inyección. El centinela perdió el conocimiento sin abrir la boca. Pendergast lo dejó en el suelo, tapó un poco el micro con la mano y dijo con voz ronca:

—¡He visto a uno de ellos! ¡Salgo a por él!

Desnudó rápidamente al vigilante, mientras el altavoz escupía una ráfaga de contraórdenes. Menos de un minuto después llevaba puesto su uniforme, con la insignia, el spray, el Taser, la porra, la radio y el dispositivo de llamadas de emergencia. Estaba más delgado que él, pero con unos simples ajustes logró que el disfraz fuera bastante aceptable.

El siguiente paso fue palpar las conexiones de servidores por detrás hasta encontrar el puerto que buscaba. Sacó la memoria flash de la bolsa de plástico y la enchufó en el puerto. Después se acercó otra vez al vigilante y usó la cinta aislante para dejarlo amordazado, con las manos en la espalda y las rodillas juntas. Entonces lo arrastró al lavabo que quedaba más cerca, lo sentó en la taza, ató su tronco al depósito con cinta aislante para que no cayese y salió a rastras

por debajo de la puerta, dejándola cerrada con pestillo.

Se quitó las vendas de la cara delante del espejo y las echó a la papelera. Después rompió la cápsula de cristal en la pila y se extendió el tinte por el pelo, con lo que cambió el color blanco por un anodino castaño oscuro. Salió al pasillo y siguió caminando. Al otro lado de un recodo en ángulo recto, justo antes de la primera cámara de vídeo, se paró a mirar su reloj: 660 segundos.

Esperó a que la pantalla indicase 640 para seguir caminando a paso tranquilo mientras echaba miradas de soslayo a su reloj. Sabía que la señal de la cámara llegaba a muchos ojos, y a pesar de su uniforme de vigilante iba en la dirección incorrecta, alejándose del lugar de la fuga. Por otro lado aún tenía la cara llena de morados. En el pabellón C era muy conocido. Solo tenían que verlo de refilón para reconocerlo.

Pero también sabía que durante diez segundos —entre los 640 y los 630— aquella cámara la controlaría el dispositivo que estaba conectado al ordenador de seguridad. La memoria almacenaría temporalmente los diez segundos anteriores de grabación de la cámara y los reproduciría de nuevo. A continuación saltaría a la siguiente cámara de la cadena para repetir el proceso. El bucle se pondría en marcha una sola vez por cámara. Pendergast solo disponía de diez segundos para cruzar cada campo de visión. Tenía que calcular perfectamente el tiempo.

Tras superar sin incidentes la cámara siguió caminando por los pasillos largos y vacíos del pabellón C. Los vigilantes se habían desplazado a otras zonas en busca de los fugitivos. En algunos momentos Pendergast aceleraba el paso, mientras que en otros lo ralentizaba, para pasar frente a cada una de las cámaras en el momento exacto en que estaría repitiéndose la grabación. La radio captaba muchas voces. En una ocasión un grupo de celadores lo adelantó corriendo y él se arrodilló para atarse el zapato, escondiendo la cara hinchada y amoratada. Pasaron sin mirarlo. Tenían otras cosas que hacer.

Dejando atrás el comedor y la cocina del pabellón G, con su fuerte olor a desinfectante, giró por otras dos esquinas y acabó llegando al último tramo de pasillo antes del puesto de control y de la puerta de seguridad entre el pabellón C (federal) y el pabellón B (estatal).

En el pabellón C la cara de Pendergast era muy conocida; en cambio en el B no lo conocían de nada.

Se acercó a la puerta de seguridad, pasó la tarjeta de crédito, colocó la mano en el lector de huellas y esperó.

Su corazón latía más rápido de lo habitual. Era el momento de la verdad.

Exactamente en el segundo 290 la luz de seguridad se puso verde y la cerradura metálica se abrió.

Pendergast entró en el pabellón B y se detuvo en la oscuridad de la primera esquina para ponerse la mano en la mejilla y arrancarse los puntos de la herida más profunda con un fuerte estirón. Cuando empezó a manar sangre, se

embadurnó la cara, el cuello y las manos. A continuación se quitó la camisa para examinar los puntos del costado, donde le habían clavado el cuchillo. Respiró hondo y también se los arrancó.

Tenían que parecer lo más recientes posible.

Cuando faltaban ciento diez segundos, oyó que alguien corría. Tal como estaba planeado, era uno de los fugitivos, Jug, que había seguido fielmente el plan de huida elaborado por Glinn. Naturalmente no tendría éxito —lo atraparían en la salida al pabellón B, si no antes—, pero también formaba parte del plan. La pandilla de Pocho era una cortina de humo. Solo eso. En realidad ninguno de ellos escaparía.

En cuanto Jug pasó de largo, Pendergast gritó y se echó al suelo del pasillo al mismo tiempo que pulsaba el botón de emergencia de su intercomunicador.

—¡Vigilante herido! ¡Respuesta inmediata! ¡Vigilante herido!

El enfermero Ralph Kidder se arrodilló ante el cuerpo boca arriba del celador, que lloriqueaba como un bebé mientras intentaba contarle que lo habían atacado y que tenía miedo de morir. Kidder intentó concentrarse en el problema. Le auscultó el corazón con el estetoscopio. Rápido y fuerte. Examinó su cuello y sus extremidades por si tenía huesos rotos. Le tomó la presión. Perfecta. Examinó el corte de la cara. Feo pero superficial.

—¿Dónde le duele? —volvió a preguntar, exasperado—. ¿Dónde tiene las heridas? ¡Dígame algo!

—¡La cara! ¡Me ha hecho un corte en la cara! —gritó el hombre, recuperando un poco de coherencia.

—Ya lo veo. ¿Dónde más?

—¡Me ha dado un navajazo! ¡Ay, el pecho! ¡Me duele mucho!

Al palpar suavemente la caja torácica, el enfermero apreció hinchazón y un tacto algo rugoso, señal de que había un par de costillas rotas pero en su sitio. También había una herida de arma blanca, efectivamente, pero aunque sangraba copiosamente bastó una rápida inspección para constatar que la hoja había sido desviada por una costilla, lo que había evitado que perforase la pleura. —Esto se arregla con un poco de reposo —dijo Kidder con brusquedad, girándose hacia los dos ayudantes de urgencias—. Ponedlo en la camilla y lleváoslo a la enfermería B. Le haremos un análisis de sangre y unas placas y le coseremos las heridas. Que le pongan la antitetánica y un tratamiento de amoxicilina. De momento no veo motivo para trasladarlo a un hospital.

Uno de los ayudantes bufó.

—De aquí no entra ni sale nadie hasta que hayan cogido a todos los fugitivos y hayan hecho el recuento de presos. Además, hace media hora que hay una unidad del depósito de cadáveres esperando en la verja.

—Bueno, esos nunca tienen prisa —dijo Kidder, mordaz.

Anotó el nombre y el número de insignia del celador en su portapapeles. No lo reconocía, pero al ser del pabellón C y tener tantos cortes en la cara...

En un momento dado, mientras subían al paciente a la camilla, oyó gritos al fondo del pasillo. Era el intento de fuga más importante en casi veinte años, los que Kidder llevaba trabajando en Herkmoor. Sus posibilidades eran nulas, por supuesto. Esperó que los celadores no zurraran demasiado a aquellos aspirantes a fugados.

El equipo de urgencias levantó la camilla y se llevó a la enfermería al celador quejica. Kidder, que iba detrás, pensó que cuando todo estaba controlado se hacían los duros, pero cuando les atizaban un poco se desmoronaban.

Como todas las enfermerías de Herkmoor, la del pabellón B estaba dividida en dos zonas totalmente aisladas entre sí; una para empleados y celadores y la

otra para presos. Llevaron al celador a la primera y lo taparon con una manta. Kidder rellenó la ficha y pidió algunas placas. Justo cuando empezaba a prepararlo para coserle los puntos, sonó su radio. Se la llevó a la oreja y escuchó. Después de unas palabras se giró hacia el paciente.

—Tengo que irme un momento.

—¿Me deja solo? —exclamó el celador, presa del pánico.

—Volveré dentro de media hora o tres cuartos con el radiólogo. Hay algunos presos heridos y...

—¿Se ocupa antes de los presos que de mí? —gimió el enfermo.

—Es que es bastante urgente, ¿sabe?

Kidder no le contó nada de lo que acababan de comunicarle por radio. Se confirmaban sus temores: los celadores se habían cebado en varios fugitivos.

—¿Cuánto tendré que esperar?

Kidder suspiró de impaciencia.

—Ya se lo he dicho, unos tres cuartos de hora.

Preparó una jeringuilla con un sedante flojo y un analgésico.

—¡No me pinche! —exclamó el celador—. ¡Me dan pánico las agujas!

Kidder intentó disimular su mal humor.

—Es para que no le duela tanto.

—¡Bueno, tampoco me duele tanto! Ponga la tele, así me distraeré.

Kidder se encogió de hombros.

—Como quiera.

Dejó la jeringuilla y le dio el mando a distancia. El paciente sintonizó un concurso para idiotas y puso el volumen a tope. Kidder se alejó, sacudiendo la cabeza. Su opinión sobre los celadores acababa de empeorar aún más.

Cincuenta minutos más tarde, Kidder volvió a la enfermería de un humor de perros. Algunos celadores habían aprovechado la oportunidad para ajustar cuentas con un grupo de presos particularmente ingratos, y el resultado era media docena de huesos rotos.

Miró su reloj, pensando en el celador que había dejado esperando. De todos modos, en las urgencias de los grandes hospitales de Nueva York la espera habría sido como mínimo el doble. Apartó la cortina y lo vio acurrucado contra la pared, profundamente dormido a pesar del volumen del concurso, que seguía a tope.

«¿Estás segura de que te quedas con la puerta número 2, Joy? ¡Bien, pues vamos a abrirla! Lo que hay detrás de la puerta número 2 es... (grito contenido de todo el público)» ...

—Tiene que hacerse las placas, señor... —Kidder echó un vistazo al portapapeles—. Señor Sidesky.

No hubo respuesta.

« ¡... una vaca! ¡A que nunca habían visto una vaca Holstein tan bonita, señoras y señores? ¡Leche fresca todas las mañanas! ¡Imagínate, Joy!»

—¿Señor Sidesky? —dijo Kidder con más fuerza.

Cogió el mando a distancia para apagar la tele. El silencio fue un alivio.

—¡Las placas!

Nada.

Se acercó a darle un empujoncito en el hombro... y retrocedió con un grito ahogado. Estaba frío, incluso a través de las mantas.

No podía ser. Lo habían traído hacía apenas una hora, y estaba vivo y sano.

—¡Eh, Sidesky! ¡Despierte!

Tendió una mano temblorosa, le apretó el hombro... y volvió a notar el mismo frío vago y repelente.

Cogió apresivamente un extremo de la manta, y al estirarla destapó un cadáver desnudo, morado, grotescamente hinchado. Un hedor repentino a muerte y a desinfectantes lo envolvió como una miasma.

Con la mano en la boca, sin poder respirar, estuvo a punto de caer, mientras sus pensamientos entraban en una vorágine de confusión e incredulidad. No solo estaba muerto, sino que había empezado a descomponerse. ¿Cómo era posible? Sus ojos desorbitados lo miraron todo. No, no había más pacientes. Tenía que ser un grave error, alguna absurda confusión.

Respiró hondo unas cuantas veces. Cuando estuvo más tranquilo cogió el cuerpo por un hombro y lo puso de espaldas. La cabeza se desplomó con los ojos muy abiertos; la lengua colgaba como la de un perro; la cara estaba horriblemente azul y abotargada y una especie de sustancia amarilla salía por su boca.

—¡Dios mío! —gimió Kidder, dando un paso hacia atrás.

No era el celador herido. Era el preso muerto del que se había ocupado el día anterior, ayudando al radiólogo a hacerle diversas placas forenses.

Llamó al médico jefe de Herkmoor, intentando que no le temblara la voz. Poco después el intercomunicador emitió una respuesta irritada.

—Estoy ocupado. ¿Qué ocurre?

Al principio Kidder no supo qué decir.

—¿Sabe el preso muerto del depósito...?

—¿Lacarra? Se lo han llevado hace un cuarto de hora.

—No. No se lo han llevado.

—¡Pues claro que sí! Yo mismo he firmado el traslado, y he visto cómo subían la bolsa al furgón. Estaba esperando al otro lado de la verja a que le dieran la autorización para entrar a buscar el cadáver.

Kidder tragó saliva.

—Me parece que no.

—¿Que no qué? ¿Se puede saber qué está diciendo, Kidder?

—Pocho Lacarra... —Tragó saliva y se humedeció los labios resecos—. Aún está aquí.

Treinta kilómetros al sur, el furgón del depósito de cadáveres se dirigía hacia Nueva York por la Taconic State Parkway. El tráfico era fluido. Minutos después entró en un área de servicio y se paró.

Vincent d'Agosta se quitó el uniforme blanco del depósito de cadáveres, subió a la parte trasera y abrió la cremallera de la bolsa. Contenía el cuerpo largo, blanco y desnudo del agente especial Pendergast, que se incorporó parpadeando.

—¡Pendergast! ¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido!

El agente levantó una mano.

—Por favor, querido Vincent, deje las demostraciones de afecto para cuando esté duchado y vestido.

A las seis y media de esa tarde, desde la acera de Museum Drive, William Smithback Jr. miraba la fachada intensamente iluminada del Museo de Historia Natural de Nueva York. La escalinata de granito estaba cubierta por una gran alfombra de terciopelo. Mientras una multitud de mirones y periodistas se agitaba al otro lado de las cuerdas de terciopelo —y de los guardias del museo—, las limusinas descargaban a estrellas de cine, políticos del ayuntamiento, reyes y reinas de las altas finanzas, grandes damas de la alta sociedad, lo último en modelos demacradas y de mirada perdida, socios gerentes, rectores de universidad y senadores: un regio desfile de dinero, poder e influencia.

Los poderosos subían por los escalones del museo en un pausado flujo de trajes negros, blancos y rebulones, sin mirar ni a izquierda ni a derecha; tras cruzar la gran puerta de bronce, entre los pilares de la fachada, se fundían en una intensa luz. Entretanto, el populacho, retenido por cuerdas y por manos, miraba boquiabierto, chillaba o hacía fotos. Arriba, sobre la fachada neoclásica del museo, una lona de cuatro pisos de altura ondeaba bajo una suave brisa. Representaba un Ojo de Horus gigante con una leyenda que imitaba la escritura egipcia:



GRAN INAUGURACIÓN
LA GRAN TUMBA DE SENEF

Smithback se ajustó la corbata de seda del esmoquin y se alisó las solapas. No haber llegado en limusina, sino en taxi, lo había obligado a apearse a una manzana del museo y a abrirse paso por la multitud hasta las cuerdas. Enseñó su invitación a un guardia receloso, que llamó a otro. Tras varios minutos de conciliábulo, lo dejaron pasar a regañadientes justo en la estela perfumada de Wanda Meursault, la actriz que había montado un espectáculo en la inauguración de «Imágenes Sagradas». Smithback pensó en el disgusto que debía de haberse llevado por no ganar el Oscar a la mejor actriz del año anterior. Incorporándose a los poderosos con un escalofrío de satisfacción, cruzó la luminosa doble puerta.

Sería la madre de todas las inauguraciones.

Después de atravesar la Gran Rotonda, con sus dos dinosaurios reconstruidos, y la magnífica Sala Africana, la alfombra de terciopelo serpenteaba por media docena de salas con olor a humedad y pasillos dejados de la mano de Dios hasta

llegar a los ascensores, donde se había formado una cola. Mientras esperaba su turno, Smithback pensó que quedaba muy lejos de la entrada. Claro que la tumba de Senef estaba en las mismísimas entrañas del museo, casi en el otro extremo de la entrada principal... Se arregló el nudo de la corbata. «A ver si la caminata les activa un poco la circulación a algunos de estos carcamales disecados — pensó—. Les convendría» .

Un timbre anunció la llegada del siguiente ascensor. Smithback se introdujo en lo que parecía una lata de sardinas blancas y negras. Tras el lento descenso hasta el sótano, se abrieron las puertas y fueron recibidos por otra orgía de luces y de animadas notas de una orquesta; allá al fondo, estaba ni más ni menos que la gran Sala Egipcia, cuyos murales del siglo XIX habían sido sometidos a una magnífica restauración. Las vitrinas de las paredes eran una explosión de oro, joyas y cerámica vidriada. El suelo de mármol estaba cubierto de mesas para el cóctel o para la cena, todas puestas con gran exquisitez, bajo el parpadeo de miles de velas. Pero lo más importante, pensó Smithback mientras admiraba el espectáculo, eran las mesas largas que había a los lados, de una resistencia puesta a prueba por auténticas montañas de esturión y salmón ahumado, crujiente pan artesanal, inmensas bandejas de jamón San Daniele, cuencos de plata repletos de caviar sevruaga y beluga gris perla... En cada punta había un barreño de plata con una montaña de hielo picado erizada de botellas de Veuve Cliquot, como baterías de artillería esperando a ser disparadas y vertidas.

Pensó que solo eran los entrantes. La cena aún estaba por servir. Mientras se frotaba las manos, gozando del maravilloso panorama, buscó con la mirada a su mujer, a Nora, a quien apenas había visto durante la última semana; sintió un ligero escalofrío al pensar en otros placeres más íntimos que quedarían para después, cuando la fiesta y todo el ajetreo y el agobio de una semana de vértigo hubieran terminado.

Mientras decidía a cuál de las mesas de comida dar prioridad, notó que le pasaban un brazo por la espalda.

—¡Nora! —Se giró para abrazarla. Llevaba un vestido negro muy elegante, con exquisitos bordados de plata—. ¡Estás espectacular!

—Tú tampoco tienes mal aspecto. —Nora levantó las manos para atusarle el eterno mechón rebelde, que se apresuró a erguirse nuevamente en desafío a la gravedad—. Mi precioso niño...

—Mi reina egipcia... A propósito, ¿qué tal el cuello?

—Muy bien. Haz el favor de no volver a preguntármelo.

—Estoy impresionado. ¡Qué banquete! —Smithback miró a su alrededor—. Y pensar que eres la comisaria... Que es tu exposición...

—Pero no tengo nada que ver con la fiesta. —Nora miró la entrada de la tumba de Senef, cerrada, con una cinta roja que esperaba el momento de ser cortada—. Mi exposición está allí dentro.

Pasó un camarero muy delgado con una bandeja de plata llena de flautas de champán. Smithback cogió dos al vuelo y le dio una a Nora.

—Por la tumba de Senef —dijo.

Hicieron chocar las copas y bebieron.

—Vayamos a buscar un poco de comida antes de que vuele —dijo Nora—. Solo tengo unos minutos. A las siete tengo que decir unas palabras. Luego habrá más discursos, la cena y el espectáculo. No me verás mucho, Bill. Lo siento.

—Ya tendré tiempo de verte, ya...

Al ir hacia las mesas, Smithback se fijó en una mujer alta y muy guapa, con el pelo de color caoba. Lo sorprendente eran sus pantalones negros y su camisa de seda gris abierta por el cuello, con un collar de perlas de una sola vuelta. La ropa en sí era el paroxismo de la sencillez, pero con su forma de llevarla le daba un toque de clase y hasta de elegancia.

—Te presento a la nueva egiptóloga del museo —dijo Nora, girándose hacia ella—, Viola Maskelene. Viola, te presento a mi marido, Bill Smithback

Smithback se quedó de piedra.

—¿Viola Maskelene? ¿Usted no es la que...? —Se calló a tiempo y tendió la mano—. Encantado.

—Hola —dijo ella con un acento de clase alta, ligeramente divertida—. Estos últimos días lo he pasado muy bien trabajando con Nora. ¡Qué museo!

—Sí —dijo Smithback—, la verdad es que impresiona. Dígame una cosa, Viola... —A Smithback lo vencía la curiosidad—. ¿Cómo...? Hum... ¿Cómo ha venido a parar al museo?

—Ocurrió en el último momento. Después de la trágica muerte de Adrian el museo necesitaba urgentemente un egiptólogo especializado en el Imperio Nuevo y en las tumbas del Valle de los Reyes. Por lo visto, Hugo Menzies conocía mi trayectoria y propuso mi nombre. Acepté encantada.

Justo cuando Smithback abría la boca para hacer otra pregunta, vio una mirada de advertencia en los ojos de Nora. No era el momento de buscar información sobre el secuestro de Viola Maskelene. De todos modos, pensó que era extraño que hubiera vuelto tan pronto a Nueva York, ni más ni menos que al museo. Su olfato de periodista había despertado. Eran demasiadas coincidencias. Habría que investigarlo... mañana.

—Delicioso banquete —dijo Viola, girándose hacia las mesas de comida—. Me muero de hambre. ¿Vamos?

—Vamos —dijo Smithback.

Con ayuda de los codos llegaron a las mesas, rodeadas de un verdadero enjambre de hambrientos. Smithback apartó con suavidad a un conservador dócil y alargó el brazo para llenarse el plato con cincuenta gramos de caviar, una considerable cantidad de blinis y un cucharón de *crème fraîche*. Miró a Viola de reojo y se sorprendió al ver que casi llenaba aún más su plato. Parecía tan poco

preocupada como él por el decoro.

Al sentirse observada, Viola se ruborizó un poco y le hizo un guiño.

—Es que me han hecho trabajar las veinticuatro horas.

—¡Adelante, sin complejos! —dijo Smithback, contento de tener una cómplice, mientras cogía otra montaña de caviar.

De repente se oyó música. Era la pequeña orquesta del fondo de la sala. Algunos aplausos saludaron la subida al podio de Hugo Menzies, que estaba espléndido con su corbata blanca y su frac. Sus ojos, azules y brillantes, observaban a la multitud, que fue quedándose callada.

—¡Señoras y señores! —dijo—. No voy a torturarlos con un discurso largo, ya que esta noche hemos programado una forma bastante más interesante de pasar el tiempo. Me limitaré a leerles un e-mail del conde de Cahors, la persona que ha hecho posible todo esto gracias a la extraordinaria generosidad de su donativo.

Estimadas señoras y señores:

Lamento profundamente no compartir con ustedes los festejos que celebran la reapertura de la tumba de Senef. A mi proveya edad ya no puedo viajar. Sin embargo, levantaré una copa por ustedes y les desearé una velada espectacular.

Muy atentamente,

Le Comte Thierry de Cahors

La breve misiva de aquel conde tan poco sociable suscitó una sonora ovación, a cuyo término Menzies siguió hablando.

—Y ahora —dijo— tengo el placer de presentarles a la gran soprano Antonella da Rimini en el papel de Aida, acompañada por el tenor Gilles de Montparnasse como Radamés, quienes procederán a interpretar algunas arias de la última escena de *Aida*, « La fatal pietra sovra me si chiuse » ; lo harán en inglés en atención a aquellos de ustedes que no sepan italiano.

Nuevos aplausos. Una mujer descomunamente gorda, muy maquillada, con los ojos muy delineados y un vestido a la egipcia a punto de saltar por las costuras, subió al escenario seguida por un hombre del mismo grosor y atuendo.

—Viola y yo tenemos que irnos —susurró Nora a Smithback—. Somos las siguientes.

Le apretó la mano y se perdió en la multitud con Viola Maskelene.

Otra salva de aplausos hizo temblar la sala cuando subió el director al estrado. El entusiasmo de los invitados llenó de admiración a Smithback. Prácticamente no habían tenido tiempo de entonarse.

Mientras masticaba un blini, miró a su alrededor y quedó sorprendido por la

abundancia de próceres: senadores, magnates de la industria, estrellas de cine, pilares de la alta sociedad, dignatarios extranjeros y, cómo no, el consejo de administración del museo en pleno, junto a una selección de gerifaltes. Si a alguien le daba por hacer estallar una bomba nuclear en el museo, pensó macabramente, las repercusiones no serían únicamente nacionales, sino mundiales.

Las luces se atenuaron. El director levantó la batuta, provocando un silencio general. La orquesta atacó un motivo doloroso, sobre el que Radamés cantó:

*La piedra fatal,
se cierra sobre mí.
Esta es mi tumba.
Nunca más veré la luz del día.
Nunca volveré a ver a Aida.
Aida, ¿dónde estás?
¡Que al menos tú puedas vivir feliz,
y mi horrible destino,
ignore siempre!
¡Qué gemido!
Un espectro, una visión...
¡No, es una forma humana!
¡Cielos, Aida!*

A continuación fue la diva quien entonó:

Soy yo.^[8]

Smithback, acérrimo enemigo de la ópera, hizo un esfuerzo por no oír los gritos de la soprano, a la vez que centraba nuevamente su atención en las mesas cargadas de comida.

Abriéndose paso a codazos por la multitud, aprovechó el paréntesis provisional dentro del frenesí alimentario para coger media docena de ostras sobre las que depositó dos generosos cortes de un queso francés redondo y mohoso, muy curado, así como un montón de lonchas de *prosciutto*, finas como el papel, y dos filetes de lengua.

Haciendo equilibrios con su botín, se trasladó a la mesa contigua a fin de apoderarse de la segunda flauta de champán, no sin antes pedirle al camarero que la llenara hasta el borde en aras de la eficacia, ya que en caso contrario tendría que volver rápidamente para que se la rellenasen. Seguidamente puso rumbo a una de las mesas con velas para gozar de su ágape.

Pocas veces podía comer gratis esas exquisiteces. Estaba decidido a aprovecharlo al máximo.

Cuando el furgón del depósito de cadáveres llegó a la puerta anónima del edificio de EES, Eli Glinn lo estaba esperando. Dejó el vehículo al cuidado de alguien y se llevó a Pendergast para que se duchara y se cambiara, tras dejar a D'Agosta en manos de un técnico con bata blanca, silencioso como un robot. Después de unas breves llamadas por teléfono, durante las que tuvo esperando a D'Agosta, el técnico lo acompañó por la gran sala llena de ecos que ocupaba el corazón del edificio de Effective Engineering Solutions. Reinaba el silencio previsible a las siete y media de la tarde de un día laboral, aunque había algunos científicos escribiendo en pizarras blancas o vigilando monitores de ordenador con aires de estudiosa eficiencia. Al pasar al lado de las mesas de laboratorio, los aparatos científicos y los modelos, D'Agosta se preguntó cuántos empleados estaban al corriente de que su edificio albergaba a uno de los principales prófugos del país.

En la pared del fondo había un ascensor. D'Agosta entró tras el técnico, que introdujo una llave en un panel de control y pulsó el botón de bajada. Al final de un trayecto sorprendentemente corto las puertas de la cabina se abrieron a un pasillo azul claro. El técnico invitó a D'Agosta a seguirlo. Se detuvo delante de una puerta, sonrió, se despidió con la cabeza y regresó al ascensor.

D'Agosta lo vio alejarse. Después miró un rato la puerta sin letrero y llamó tímidamente.

Le abrió enseguida un hombre bajo, de aspecto simpático y lozano, con la barba muy corta, que lo hizo pasar y cerró la puerta.

—Es el teniente D'Agosta, ¿verdad? —preguntó con un acento que D'Agosta supuso que era alemán—. Siéntese, por favor. Yo soy el doctor Rolf Krasner.

El despacho tenía la aséptica apariencia de una consulta médica: alfombras grises, paredes blancas y mobiliario impersonal. En el centro había una mesa de madera de rosál muy pulida, con algo parecido a un manual técnico, del grosor del listín de Manhattan, encuadernado en plástico negro, en el centro. Eli Glinn y a estaba en la otra punta de la mesa. Movi6 la cabeza, indicando a D'Agosta una silla vacía.

Justo cuando el teniente se sentaba, se abrió una puerta al fondo de la habitación y apareció Pendergast. Acababan de curarle las heridas y llevaba el pelo peinado hacia atrás, recién lavado y no del todo seco. Iba vestido con algo tan impropio de él como un jersey blanco de cuello alto y unos pantalones grises de lana, cuyo efecto, a causa del contraste con su sempiterno traje negro, casi era el de un disfraz.

D'Agosta se levantó maquinalmente.

Su mirada se encontró con la de Pendergast, que al cabo de un momento sonrió.

—Temo no haber expresado adecuadamente mi gratitud por liberarme de la

cárcel.

—Ya sabe que no hace falta —dijo D'Agosta, sonrojándose.

—Lo haré de todos modos. Muchísimas gracias, mi querido Vincent.

Lo dijo en voz baja, cogiendo la mano de D'Agosta para darle un fugaz apretón. D'Agosta se sintió extrañamente conmovido por aquel hombre para quien las más sencillas fórmulas de educación significaban a veces un gran esfuerzo.

—Siéntense, por favor —dijo Glinn con el mismo tono neutral, carente por completo de emoción humana, que tanto había molestado a D'Agosta en su primer encuentro.

D'Agosta se sentó. Pendergast ocupó el asiento de enfrente con cierta rigidez —al menos así se lo pareció a D'Agosta—, aunque con su gracia felina de siempre.

—También con usted he contraído una gran deuda de gratitud —añadió Pendergast—. La operación ha sido todo un éxito.

Glinn hizo un gesto lacónico con la cabeza.

—Lo que lamento, y mucho, es que el precio haya sido tener que matar al señor Lacarra.

—Ya sabe que era la única forma —respondió Glinn—. Tenía que matar a un preso para huir en la bolsa destinada a su cadáver. Por otro lado el preso en cuestión tenía que hacer ejercicio en el patio 4, el escenario ideal para una tentativa frustrada de fuga. Fue una suerte, si se me permite la palabra, encontrar a un preso del patio 4 que fuera malvado hasta el punto de que algunos dirían que merecía morir, un hombre que torturó hasta la muerte a tres niños delante de su madre. A partir de ese momento fue muy fácil piratear la base de datos del Departamento de Justicia y modificar su historial a fin de que usted figurase como la persona que lo había detenido. La trampa para Coffey estaba servida. La última puntualización que quiero hacer es que no tuvo más remedio que matarlo. Fue en defensa propia.

—Ningún sofisma podrá cambiar el hecho de que fue un asesinato premeditado.

—En sentido estricto tiene razón, pero sabe muy bien que su muerte era necesaria para salvar otras vidas, tal vez muchas. Por otro lado, sus apelaciones a la pena de muerte habrían sido denegadas.

Pendergast inclinó en silencio la cabeza.

—Bueno, señor Pendergast, dejemos de lado estos triviales dilemas éticos; lo de su hermano es muy urgente. Supongo que durante su estancia en la celda de aislamiento no recibió ninguna noticia del exterior.

—Ni una sola.

—Entonces le sorprenderá saber que su hermano destruyó todos los diamantes robados del museo.

D'Agosta vio claramente que Pendergast se ponía tenso.

—Así es. Diógenes pulverizó los diamantes y los devolvió al museo en el interior de una bolsa.

Después de un momento de silencio, Pendergast dijo:

—Una vez más, sus actos superan mi capacidad de predicción o comprensión.

—Si le consuela, para nosotros también fue una sorpresa, la prueba de que nos equivocábamos en nuestras suposiciones acerca de él. Habíamos creído que después de perder el Corazón de Lucifer, que era el que más codiciaba entre todos los diamantes, su hermano desaparecería durante una temporada para recuperarse del golpe y planear su siguiente movimiento. Salta a la vista que no ha sido así.

En ese momento intervino Krasner, cuya alegre voz contrastó vivamente con la monotonía de Glinn.

—Al destruir los diamantes cuyo robo llevaba muchos años planeando, y que necesitaba tanto como deseaba, Diógenes destruyó una parte de sí mismo. Fue una especie de suicidio. Se estaba entregando a sus demonios.

—Cuando supimos lo de los diamantes —siguió explicando Glinn— nos dimos cuenta de que nuestro perfil psicológico preliminar presentaba graves carencias y decidimos empezar desde cero, analizar de nuevo los datos de los que ya disponíamos y reunir información adicional. Aquí está el resultado. —Señaló el grueso volumen con la cabeza—. Le ahorraré los detalles. La conclusión es muy sencilla.

—¿Cuál?

—Que el « crimen perfecto » del que hablaba Diógenes no era el robo de los diamantes. Tampoco era la indignidad a la que lo sometió a usted matando a sus amigos y haciéndole pagar sus muertes. Su intención original es algo que escapa a nuestras conjeturas, pero ello no quita que su mayor crimen, el definitivo, aún no se haya cometido.

—Pero ¿y la fecha de su carta?

—Otra mentira, o como mínimo un truco. El robo de los diamantes sí formaba parte de su plan, mientras que su destrucción parece haber constituido un acto más espontáneo; lo cual no impide que la secuencia de los asesinatos estuviera planeada hasta el último detalle para darle trabajo a usted y llevarlo en falsas direcciones mientras él siempre iba un paso por delante. Debo decir que la profundidad y la complejidad del plan de su hermano es francamente impresionante.

—Así que el crimen aún debe producirse... —constató Pendergast en voz baja—. ¿Sabe usted de qué se trata, o cuándo ocurrirá?

—No. Solo sé que es inminente, a juzgar por todos los indicios. Podría ser mañana o esta misma noche. De ahí que fuera necesaria su salida inmediata de

Herkmoor.

Pendergast guardó un momento de silencio.

—No sé qué podría aportar —dijo con la voz teñida de amargura—. Como ve, me he equivocado en todo.

—Agente Pendergast, usted es la única persona, digo bien, la única, que puede hacer algo. Y sabe perfectamente cómo.

En vista de que Pendergast no respondía, Glinn continuó:

—Teníamos la esperanza de que nuestro experto criminólogo nos permitiera alguna predicción y ofreciera un esbozo de los próximos actos de Diógenes. Pues bien, la tiene... hasta cierto punto. Sabemos que a Diógenes lo impulsa un fuerte sentimiento de victimismo, la sensación de haber sufrido un agravio terrible, y consideramos que el objetivo de su «crimen perfecto» será infligir un agravio similar a un gran número de personas.

—Correcto —intervino Krasner—. Su hermano desea «generalizar» el agravio, hacerlo público obligando a otras personas a compartir su dolor.

Glinn se inclinó sobre la mesa y miró fijamente a Pendergast.

—También sabemos otra cosa: que la persona que infligió ese dolor a su hermano es usted. Al menos Diógenes lo percibe así.

—Absurdo —dijo Pendergast.

—Siendo pequeños, entre usted y su hermano sucedió algo tan espantoso que trastocó totalmente la psicología de Diógenes, ya perturbada de por sí, y puso en marcha los acontecimientos cuyo desenlace se dispone a protagonizar. En nuestro análisis falta un dato crucial: lo que ocurrió entre usted y Diógenes. El recuerdo de ese incidente está ahí dentro.

Glinn señalaba la cabeza de Pendergast.

—Nos estamos repitiendo —dijo Pendergast, tenso—. En su momento y a les conté todos los hechos importantes sucedidos entre mi hermano y yo. Incluso me sometí a una curiosa entrevista con el doctor Krasner, aquí presente, que no dio resultado. No existe ninguna atrocidad oculta. Me acordaría. Tengo una memoria fotográfica.

—Perdone que lo contradiga, pero existe. Tiene que existir. Es la única explicación.

—Pues entonces lo siento, porque aunque fuera cierto yo no guardo ningún recuerdo de ese hecho, y es evidente que no hay forma de hacérmelo recordar. Ya lo intentaron, y fue en balde.

Glinn juntó las yemas de los dedos y se miró las manos. Pasó un momento de silencio.

—Yo creo que hay una forma —dijo sin alzar la vista.

La falta de respuesta hizo que la levantara.

—Usted domina una antigua disciplina, una filosofía mística secreta que se practica en el seno de una minúscula orden monacal de Bután y el Tibet. Una de

las facetas de esta disciplina es espiritual. Otra es física y consiste en una complicada serie de movimientos rituales que no difieren demasiado del *kata* del kárate Shotokan. Pero también hay una faceta intelectual, una forma de meditación y de concentración que permite liberar todo el potencial del pensamiento humano. Me refiero a los rituales secretos del Dzogchen, y a la práctica, aún más infrecuente, del Chongg Ran.

—¿Cómo lo ha averiguado? —preguntó Pendergast con una frialdad que heló la sangre de D'Agosta.

—Por favor, agente Pendergast. Adquirir conocimientos es nuestra principal actividad. En el proceso de informarnos sobre su persona, con la finalidad de comprender más a fondo a su hermano, hablamos con muchas fuentes. Una de ellas fue Cornelia Delamere Pendergast, su tía abuela. Domicilio actual: el hospital Mount Mercy para delincuentes psicóticos. También nos pusimos en contacto con una antigua colaboradora, la señorita Corrie Swanson, que cursa estudios superiores en la Phillips Exeter Academy. Tratar con ella fue bastante más arduo, pero al final logramos saber lo que necesitábamos.

Glinn fijó en Pendergast su mirada de esfinge. Pendergast la sostuvo sin un solo pestañeo de sus felinos ojos claros. En la sala de reuniones la tensión aumentó con rapidez. D'Agosta se dio cuenta de que se le había erizado el vello de los brazos.

Al final Pendergast dijo:

—Esta intromisión en mi vida privada excede con mucho los límites de nuestra relación comercial.

Glinn no respondió.

—Yo utilizo el viaje por la memoria de modo estrictamente impersonal, como instrumento forense para recrear la escena de un crimen o un acontecimiento histórico. Nada más. Con un... asunto personal perdería toda su validez.

—¿Toda?

El tono de Glinn se había teñido de escepticismo.

—Además es una técnica muy difícil. Tratar de aplicarla a este caso sería una pérdida de tiempo. Como el juegucito al que el doctor Krasner intentó que me prestara.

Glinn volvió a inclinarse en la silla de ruedas sin apartar la mirada de Pendergast. Sus siguientes palabras delataban urgencia y brusquedad.

—Señor Pendergast, ¿no sería posible que el incidente que maleó tan gravemente a su hermano y lo convirtió en un monstruo también le haya dejado cicatrices a usted? ¿No sería posible que haya bloqueado tan drásticamente su recuerdo que ya no quede ningún rastro en su conciencia?

—Señor Glinn...

—Conteste —dijo Glinn, levantando la voz—. ¿No sería posible?

Pendergast lo miró con un brillo en sus ojos grises.

—Supongo que existe una remota posibilidad.

—Pues si es posible, si el recuerdo existe, si ese recuerdo puede ayudarnos a encontrar la pieza que falta, y si a través de ello podemos salvar vidas y vencer a su hermano... ¿no valdría la pena al menos intentarlo?

Sostuvieron la mirada durante menos de un minuto, que a D'Agosta le pareció eterno. Después Pendergast bajó la vista, se encorvó visiblemente de hombros y asintió sin decir nada.

—Entonces no hay tiempo que perder —fue la conclusión de Glinn—. ¿Qué necesita?

Al principio Pendergast no contestó. Después de un rato pareció salir de su ensimismamiento.

—Intimidación —dijo.

—¿Tendrá bastante con el estudio de Berggasse?

—Sí.

Apoyó una mano en cada brazo de la silla y cuando estuvo de pie dio media vuelta sin mirar a nadie y regresó a la habitación de donde había salido.

—Agente Pendergast... —dijo Glinn.

Pendergast se giró a medias con la mano en el pomo.

—Sé que está a punto de pasar por una dura prueba, pero no es el momento de quedarse a medias. Ya no hay vuelta atrás. Sea lo que sea, hay que afrontarlo y combatirlo hasta el final. ¿Estamos de acuerdo?

Pendergast asintió con la cabeza.

—Entonces buena suerte.

Una fría sonrisa cruzó fugazmente el rostro del agente, que abrió la puerta del estudio y desapareció sin decir nada.

La capitana de Homicidios Laura Hayward estaba a la izquierda de la entrada de la Sala Egipcia, mirando recelosamente al público. Se había puesto un traje negro para confundirse con los asistentes. El único indicio de su autoridad eran unos pequeños galones de capitán prendidos en la solapa. Debajo de la chaqueta llevaba enfundada su arma, una Smith and Wesson del treinta y ocho.

El panorama que se abría ante sus ojos cumplía todas las normas de seguridad del manual. Todos sus hombres estaban en sus puestos, tanto los de civil como los de uniforme. Eran los mejores que tenía a su disposición, lo más granado de la policía de Nueva York. Tampoco faltaban vigilantes del museo, que se hacían notar para dar sensación de seguridad, al menos psicológica. De momento Manetti había colaborado en todo. El resto del museo había sido sometido a minuciosas medidas de seguridad. Hayward había imaginado mentalmente decenas de catástrofes posibles, para tener a punto un plan adecuado para cada una de ellas, sin despreciar ni las más improbables: un terrorista suicida, un incendio, un fallo del sistema de seguridad, un corte de electricidad, que se estropearan los ordenadores...

El único punto débil era la propia tumba, que solo tenía una salida, pero era una salida grande, y todo estaba protegido contra incendios, el continente y el contenido, por insistencia de los bomberos. La capitana, por su parte, se había asegurado de que fuera posible abrir o cerrar las puertas de seguridad de la tumba desde dentro y desde fuera, manual o electrónicamente, incluso en caso de fallo total del suministro eléctrico. Desde la sala de control —la habitación vacía que había al lado de la tumba—, Hayward había comprobado personalmente el software que abría y cerraba las puertas.

Los equipos de toxicología no habían hecho ni una ni dos revisiones, sino tres, con resultados siempre negativos. Mirando a la gente, Hayward se hizo una pregunta: ¿qué podía salir mal?

Su intelecto dio una respuesta fuerte y clara: nada.

Visceralmente era otra cosa. La inquietud le producía un mareo casi físico. Era irracional, un sinsentido.

Volvió a escarbar en su intuición de policía para intentar descubrir el origen de esa sensación. Sus pensamientos, como siempre, adoptaron casi automáticamente la forma de una lista, que esta vez tenía un protagonista absoluto: Diógenes Pendergast.

- Diógenes estaba vivo.
- Había secuestrado a Viola Maskelene.
- Había atacado a Margo.
- Había robado la colección de diamantes y la había destruido.

- Probablemente fuera el culpable de los asesinatos atribuidos a Pendergast, como mínimo de algunos.
- Pasaba mucho tiempo en el museo en una ocupación desconocida, aunque lo más probable era que se hiciera pasar por conservador.
- Los dos culpables, Lipper y Wicherly, estaban relacionados con la tumba de Senef, y ambos se habían vuelto repentinamente locos después de estar en ella.

Sin embargo, tras un examen a fondo de la tumba y de la sala no se habían detectado indicios de ningún problema ambiental o eléctrico, ni de nada remotamente capaz de provocar ataques psicóticos o lesiones cerebrales.

¿Sería Diógenes el responsable? ¿Qué demonios estaría planeando?

Una vez más, contra su voluntad, se acordó de la conversación que había mantenido unos días atrás con D'Agosta en su despacho. « Todo lo que ha hecho hasta ahora —los asesinatos, el secuestro y el robo de los diamantes— es el prelude de otra cosa. De algo más gordo. Puede que muchísimo más gordo» .

Se estremeció. Sus conjeturas, sus preguntas acerca de Diógenes... Sí, todo estaba relacionado. Tenía que estarlo. Formaba parte de un plan, efectivamente.

Pero ¿cuál?

No tenía ni idea. En cambio tenía la corazonada de que sucedería esa noche. No podía ser coincidencia. Era ese « algo más» al que se había referido D'Agosta.

Hizo un recorrido visual por la sala, intercambiando miradas con todos sus hombres a la vez que se fijaba en la gran cantidad de caras conocidas: el alcalde, el presidente interino de la Cámara de Representantes, el gobernador y como mínimo uno de los dos senadores del estado. No estaban solos. También había directores de empresas del Fortune 500, productores de Hollywood y varios actores y famosos de la tele. Sin olvidar a sus conocidos dentro del museo: Collopy, Menzies, Nora Kelly.

Desplazó la mirada hacia el equipo de la PBS, que se había instalado al fondo de la sala para emitir la gala en directo. En el interior de la tumba, todavía por abrir, había un segundo equipo a punto de grabar el primer recorrido de los vips por la exposición, y el espectáculo de luz y sonido que la complementaba.

Claro. Formaba parte del plan. Lo que ocurriera pasaría en directo, ante los ojos de millones de personas. Y si el álter ego de Diógenes era un conservador, o alguien muy bien situado en el museo, tendría el poder y la libertad de circulación necesarios para urdir prácticamente cualquier cosa. Pero ¿quién podía ser? El examen a fondo realizado por Manetti de los expedientes del personal no había dado resultados. Lástima que no tuvieran una foto de Diógenes de hacía menos de veinticinco años, o una huella dactilar, o un poco de ADN...

¿Cuál era el plan?

Se fijó en la puerta cerrada de la tumba. El acero estaba tapado con falsa piedra, y había una enorme cinta roja que cruzaba la puerta en sentido horizontal.

Su malestar se acentuó. Esta vez llevaba consigo una sensación desesperante de aislamiento. Había hecho todo lo posible por cancelar la inauguración, o al menos retrasarla, pero no había convencido a nadie. Hasta Rocker, el jefe de policía, su antiguo aliado, había puesto reparos.

¿Y si todo eran imaginaciones suyas? ¿Y si al final se había dejado influir por la presión? Lástima que no tuviera cerca a nadie que viera las cosas de la misma forma, que entendiera el historial y el auténtico carácter de Diógenes... Alguien como D'Agosta.

D'Agosta... Siempre había estado un paso por delante en la investigación. Sabía qué pasaría antes de que ocurriera. Había sido el primero —con enorme diferencia— en darse cuenta del tipo de criminal con el que se enfrentaban. Había insistido en que Diógenes estaba vivo incluso después de que ella y todos los demás «demostrasen» su muerte.

Y conocía el museo al dedillo. Los primeros casos relacionados con el museo en los que había participado se remontaban a hacía doce o más años. Lo tenía todo controlado. ¡Qué lástima que no estuviera con ella! No como hombre —eso había terminado—, sino como policía.

Hayward controló su respiración. No tenía sentido desear lo imposible. Ella había hecho todo lo que estaba en su mano. Ahora solo quedaba esperar, observar y estar preparada para entrar en acción.

Miró otra vez a los invitados, calculó la velocidad de su paso y examinó las caras en busca de algún indicio anómalo de tensión, nerviosismo o ansiedad.

De repente se quedó de piedra. Junto al grupo de dignatarios más próximo al estrado había una silueta alta de mujer. La reconoció.

Todas sus alarmas se dispararon. Sacó el radio y se esforzó por controlar su voz.

—Manetti, soy Hayward. ¿Me recibe?

—Sí.

—¿Es posible que esté viendo a Viola Maskelene? Al lado del estrado.

Una pausa.

—Sí, es ella.

Hayward tragó saliva.

—¿Qué hace aquí?

—La han contratado para sustituir al egiptólogo, Wicherly.

—¿Cuándo?

—No lo sé, hace un par de días.

—¿Quién la contrató?

—Creo que el departamento de antropología.

—¿Por qué no salía su nombre en la lista de invitados?

Un titubeo.

—No estoy seguro. Probablemente porque lleva poco tiempo trabajando aquí.

Hayward tuvo ganas de decir algo más, de soltar palabrotas por la radio; tuvo ganas de exigir alguna explicación de por qué no le habían informado, pero ya era demasiado tarde. Se limitó a responder:

—Cambio y corto.

« El perfil indicaba que Diógenes aún no ha acabado» .

Toda la gala presentaba el aspecto de algo planeado al milímetro. Pero ¿para qué?

Las palabras de D'Agosta resonaron en sus oídos como un claxon. « Algo más gordo. Puede que muchísimo más gordo» .

¡Qué falta le hacía D'Agosta! Una falta acuciante. Él tenía las respuestas que a ella le faltaban.

Sacó su teléfono privado y lo llamó al móvil. Sin respuesta.

Miró su reloj. Las siete y cuarto. Aún quedaba mucha tarde. Si lograba encontrarlo, y que acudiera... ¿Dónde se había metido? Volvió a oír mentalmente sus palabras:

« Aún tengo que decirte otra cosa. ¿Conoces Effective Engineering Solutions, una empresa de perfiles de asesinos que está en Little West 12th Street? El director se llama Eli Glinn. Últimamente me paso casi todo el día por ahí, de pluriempleo» .

Era solo una posibilidad, pero mejor que nada; en todo caso, era mejor que estar ahí cruzada de brazos. Con algo de suerte podía ir y volver en menos de cuarenta minutos.

Cogió otra vez la radio.

—¿Teniente Gault?

—Al habla.

—Salgo un momento. Lo dejo al frente.

—¿Puedo preguntarle...?

—Tengo que hablar con alguien. Si hay alguna anomalía, la que sea, tiene mi autorización para cerrar el museo. Totalmente. ¿Me entiende?

—Sí, capitana.

Guardó la radio y salió rauda de la sala.

Inmóvil, con la espalda apoyada en la puerta del pequeño estudio, Pendergast observó el suntuoso mobiliario: el sofá cubierto de alfombras persas, las máscaras africanas, la mesita, las estanterías, las curiosidades de arte antiguo...

Respiró para calmarse, y en un esfuerzo ímprobo de voluntad llegó al sofá. Se tumbó despacio, con las manos cruzadas en el pecho, un tobillo sobre el otro y los ojos cerrados.

Su carrera profesional lo había puesto en muchas situaciones difíciles y peligrosas, pero ninguna comparable a la que lo esperaba en aquella sala.

Empezó por una serie de ejercicios físicos sencillos. Redujo su respiración y desaceleró los latidos de su corazón. Después se aisló de todas las sensaciones externas: el susurro del aire acondicionado, el leve olor a cera de muebles, la presión del sofá y la conciencia de su propio cuerpo.

Una vez que su respiración fue casi imperceptible, y que su pulso se acercó a las cuarenta pulsaciones por minuto, dejó que se materializase un tablero de ajedrez ante su ojo mental. Sus manos se acercaron a las piezas gastadas. Un peón blanco se movió hacia delante. Le respondió un peón negro. La partida continuó hasta quedar en tablas, seguida por otra que tuvo el mismo desenlace. Después otra, y otra...

... Pero sin el resultado previsto. El palacio de la memoria de Pendergast —el almacén de conocimientos e información donde guardaba sus secretos más personales, y que era el punto de partida de sus meditaciones e introspecciones más profundas— no se materializó ante él.

Cambió mentalmente de juego: pasó del ajedrez al bridge. En esta ocasión, en vez de enfrentar a dos jugadores formó dos parejas, con la infinidad de estrategias, señales —recibidas o no— y juegos de manos que podía resultar de ello. Llegó rápidamente hasta el final de un rubber y empezó otro.

El palacio de la memoria se negaba a aparecer. Seguía fuera de su alcance, movido, insustancial.

Se mantuvo a la espera y redujo aún más el pulso y la respiración. Nunca le había fallado esa táctica.

Profundizando en uno de los ejercicios más difíciles del Chongg Ran, separó mentalmente su conciencia de su cuerpo y se elevó sobre él, flotando incorpóreamente en el espacio. Acto seguido, sin abrir los ojos, formó una reconstrucción virtual de la habitación donde estaba e imaginó cada objeto en su sitio hasta que fue la habitación entera la que se materializó en su cerebro, en todos sus detalles. Se entretuvo en ella un buen rato. Después procedió a retirar pieza a pieza el mobiliario, las alfombras y el papel de pared, hasta que volvió a no haber nada.

No se detuvo ahí. Lo siguiente que hizo fue eliminar por completo la ciudad

cuyo bullicio rodeaba la habitación: primero edificio a edificio, después manzana por manzana y finalmente barrio a barrio, a medida que el acto de olvido intelectual cobraba rapidez y se extendía velozmente en todas las direcciones. Siguieron los condados, los estados, los países, el mundo, el universo... Todo sumido en las tinieblas.

Minutos después ya no quedaba nada. Tan solo persistía el propio Pendergast, flotando en un vacío infinito. Entonces usó su voluntad para hacer desaparecer su propio cuerpo, consumido por la oscuridad. El universo había quedado totalmente vacío, limpio de pensamiento, dolor, memoria y existencia tangible. Pendergast había alcanzado el estado que recibía el nombre de Sunyata. Por unos instantes —a menos que fuera una eternidad— dejó de existir incluso el tiempo.

Y fue entonces, por fin, cuando empezó a materializarse en su cerebro la antigua mansión de la calle Dauphine, la Maison de la Rochenoire, la casa donde él y Diógenes habían pasado su infancia. Pendergast estaba fuera, sobre los adoquines de la calle, asomado a la alta verja de hierro forjado para ver las buhardillas de la casa, sus miradores, su plataforma superior, sus almenas y sus pináculos de piedra. En un lado se erguían altos muros de ladrillo que ocultaban la riqueza de los jardines interiores, llenos de parterres.

Abrió mentalmente la enorme verja de hierro y recorrió el camino de entrada hasta llegar al pórtico. Tenía delante la doble puerta blanca que daba al gran vestíbulo.

Tras un momento —impropio de él— de indecisión, cruzó la puerta y pisó el suelo de mármol del vestíbulo. Una gigantesca araña de cristal brillaba intensamente sobre su cabeza, suspendida bajo los frescos en trampantojo del techo. La escalera del fondo, de doble planta curva y postes llenos de molduras, subía a la galería del primer piso. A la izquierda había varias puertas cerradas que daban a la sala de exposiciones, larga y baja de techo. Por la de la derecha, que estaba abierta, se entraba en una biblioteca poco iluminada, revestida de madera.

Aunque ya hiciera muchos años que una horda de Nueva Orleans había incendiado la auténtica mansión de la familia, reduciéndola a cenizas, Pendergast guardaba en su memoria una mansión virtual, una construcción intelectual perfecta en todos sus detalles, un almacén donde no solo conservaba sus propias experiencias y observaciones, sino infinidad de secretos familiares. Normalmente aquel palacio de la memoria le deparaba momentos de relajación y de tranquilidad, puesto que todos los cajones de todos los armarios contenían algún hecho del pasado o alguna reflexión personal de tipo histórico o científico en la que detenerse sin prisas, pero por una vez sintió un profundo desasosiego y tuvo que recurrir a toda su fuerza mental para que la casa no se deshiciera en su cabeza.

Cruzó el vestíbulo y subió por la escalera. Al llegar al distribuidor del primer piso, vaciló brevemente en el rellano y se internó por un pasillo cubierto de

alfombras, entre paredes de color rosado interrumpidas a intervalos por nichos de mármol o antiguos marcos dorados que contenían retratos al óleo. Todo el olor de la mansión, una mezcla de tela y cuero viejos, de cera de muebles, del perfume de su madre y del tabaco Latakia de su padre, se le echó encima de golpe.

La puerta de roble macizo de su habitación se encontraba cerca del centro del pasillo, pero no llegó tan lejos. Se paró en la que había justo antes, una puerta que por alguna extraña razón había sido cerrada con plomo y recubierta con una lámina de latón batido cuyos bordes estaban clavados al marco.

Era la habitación de su hermano Diógenes; quien la había sellado, años atrás, era el propio Pendergast, para clausurarla para siempre en el palacio de la memoria. Era la única estancia adonde se había prometido no volver a entrar jamás.

Y sin embargo, según Eli Glinn, debía entrar. No había alternativa.

Al vacilar ante la puerta, se dio cuenta de que su pulso y su respiración se estaban acelerando de forma alarmante. Las paredes de la mansión parpadeaban a su alrededor; brillaban o se apagaban como el filamento de una bombilla sometida a una corriente excesiva. Su construcción mental se le estaba yendo de las manos. En un titánico esfuerzo de concentración y serenidad mental logró consolidar la imagen que lo rodeaba.

Tenía que actuar deprisa. El viaje por la memoria amenazaba con venirse abajo en cualquier momento debido a la fuerza de sus emociones. No podía mantener indefinidamente la concentración necesaria.

Hizo aparecer una palanca, un cincel y un mazo en sus manos. Deslizó la palanca por debajo de la lámina de latón, apartándola del marco de la puerta, y la hizo correr por los cuatro lados hasta desprender la lámina. Después dejó la palanca y cogió el cincel y el mazo para golpear suavemente el plomo blando metido en las rendijas entre la puerta y el marco, que fue saliendo a pedazos. Trabajaba deprisa, intentando olvidarse de sí mismo en la tarea y no pensar en nada que no fuera el presente.

En pocos minutos la alfombra se cubrió de virutas de plomo. Entre él y lo que había al otro lado de la puerta quedaba un solo impedimento: una pesada cerradura.

Dio un paso y probó el pomo. Normalmente lo habría forzado con el instrumental que siempre llevaba encima, pero esta vez ni siquiera tenía tiempo para ello. Cualquier pausa, incluso la más breve, podía ser fatal. Retrocedió, levantó un pie, apuntó justo debajo de la cerradura y dio una patada con todas sus fuerzas a la puerta, que salió disparada y chocó ruidosamente con la pared interior. Se quedó jadeando en el umbral. Estaba frente a la habitación de Diógenes, su hermano.

Pero no se veía nada. La luz tenue del pasillo no penetraba en la profunda oscuridad. La puerta era un rectángulo negro.

Tiró el mazo y el cincel al suelo. Un simple pensamiento bastó para poner una linterna en su mano. La encendió y enfocó el haz en la negrura, que parecía absorber toda la luz del aire.

Cuando quiso dar un paso, se dio cuenta de que sus extremidades no obedecían a su voluntad. Se quedó en el umbral durante lo que pareció una eternidad. La casa empezaba a moverse. Las paredes se evaporaban como si fueran de aire. Comprendió que el palacio de la memoria se le iba otra vez de las manos, y que esta vez, si lo perdía, ya no podría regresar jamás. Jamás. Solo un último y supremo esfuerzo de voluntad, el momento de mayor concentración, el más cansado y difícil de su vida, le permitió cruzar el umbral.

Volvió a pararse justo al otro lado, prematuramente exhausto, mientras movía la linterna y obligaba al haz a hincarse cada vez más hondo en la oscuridad. No era la habitación que esperaba encontrar, sino el principio de una estrecha escalera de piedra tosca que descendía sinuosamente por la roca viva, hacia las profundidades de la tierra.

La visión agitó algo oscuro en el cerebro de Pendergast, un rudo animal que llevaba más de treinta años durmiendo sin ser molestado. Por unos instantes sintió que su voluntad flaqueaba. Las paredes temblaban como una vela al viento.

Se recuperó. Ya no le quedaba más remedio que seguir. Asiando la linterna con fuerzas renovadas, empezó a bajar por los peldaños de piedra gastada y resbaladiza, cada vez más abajo, adentrándose en unas fauces de vergüenza, de arrepentimiento... y de infinito horror.

Al bajar por la escalera, a Pendergast lo asaltó el olor del sótano, un efluvio pegajoso de humedad, herrumbre y muerte. La escalera daba paso a un largo túnel. La mansión tenía uno de los pocos sótanos de Nueva Orleans situados bajo el nivel del suelo, gracias a que los monjes que habían construido el edificio no habían escatimado dinero ni trabajo en revestir las paredes con láminas de plomo batido y encajar perfectamente los sillares para disponer de bodegas donde envejecer sus vinos y aguardientes.

La familia Pendergast lo había destinado a un uso muy distinto.

Pendergast bajó mentalmente por el túnel, que desembocaba en un espacio ancho y bajo, de suelo irregular, parcialmente de tierra y parcialmente de piedra, y bóveda de arista. En las paredes había manchas incrustadas de nitro. Todo el espacio estaba ocupado por criptas de mármol en penumbra, profusamente talladas en estilo victoriano o eduardiano y separadas entre sí por estrechos pasos de ladrillo.

De pronto Pendergast detectó una presencia en la sala, vio una pequeña sombra. Después oyó su voz, la voz de un niño de siete años.

—¿Seguro que quieres seguir?

Se dio cuenta con otro sobresalto de que en la oscuridad había una segunda silueta, más alta y delgada, con el pelo casi blanco. Lo invadió un frío glacial. Era él con nueve años. Oyó su propia voz de niño, diciendo suavemente:

—¿Tú no tienes miedo?

—No, claro que no —fue la desafiante y aflautada respuesta, en la voz de su hermano Diógenes.

—Pues entonces vamos.

Pendergast vio que las dos vagas siluetas iban por la necrópolis con velas en la mano. El primero era el más alto.

Empezó a temer lo peor. No recordaba en absoluto aquella escena, pero sabía que estaba a punto de ocurrir algo horrible.

El niño del pelo claro empezó a examinar las tallas frontales de las tumbas, y a leer las inscripciones en latín con una voz aguda y clara. Ambos se habían entregado con gran entusiasmo al estudio del latín. Pendergast se acordó de que el mejor alumno de latín siempre había sido Diógenes, a quien el profesor consideraba un genio.

—Esta es muy rara —dijo el mayor de los dos niños—. Mira, Diógenes.

La silueta de menor estatura se acercó y leyó:

ERASMUS LONGHAMPS PENDERGAST

1840-1932

De mortuis aut bene aut nihil.

—¿Reconoces la cita?

—¿Horacio? —dijo el menor—. « De los muertos» ... hum... « habla bien o no hables» .[9]

Después de un silencio, el mayor dijo con cierta condescendencia:

—Muy bien, hermanito. Me gustaría saber de qué parte de su vida no quería que hablaran —dijo Diógenes.

Pendergast recordó la rivalidad juvenil entre él y su hermano por el latín. Al final el rezagado —y mucho— había sido él.

Cambiaron de tumba y se acercaron a una doble cripta muy ornamentada que representaba un sarcófago de estilo romano con dos esculturas encima, una masculina y la otra femenina, ambas yacentes, con las manos cruzadas en el pecho.

—Louisa de Nemours Prendergast. Henri Prendergast. *Nemo nisi mors* —leyó el mayor—. A ver, a ver... Esto significa «hasta que la muerte nos separe» .

El menor ya estaba delante de otra lápida. Se puso en cuclillas y leyó:

—*Multa ferunt anni venientes commoda secum, Multa recedentes adimunt.* —Miró hacia arriba—. ¿Qué, Aloysius, cómo lo traducirías?

La respuesta, que tardó un poco en llegar, fue valiente pero dubitativa:

—«Llegan muchos años que nos dan bienestar, y se alejan muchos años que nos disminuyen» .

La traducción fue recibida por una risita sarcástica.

—No tiene sentido.

—Pues claro que lo tiene.

—No. ¿«Se alejan muchos años que nos disminuyen»? ¡Qué tontería! Yo creo que quiere decir algo así como: «Los años, al llegar, traen muchos desahogos. Al pasar...» . Hizo una pausa. ¿*Adimunt?*

—Lo que acabo de decir: disminuir —dijo el mayor.

—«Al pasar nos disminuyen» —terminó Diógenes—. Dicho de otra forma: que cuando eres joven los años te traen cosas buenas, pero cuando te haces viejo se las vuelven a llevar.

—Tiene tan poco sentido como lo mío —dijo Aloysius, molesto.

Siguió caminando hacia el final de la necrópolis por otra fila de criptas, leyendo nombres e inscripciones. Al llegar a la pared del fondo se paró delante de una puerta de mármol con una reja de metal oxidado.

—Mira esta tumba —dijo.

Diógenes llegó y miró al otro lado con la vela.

—¿Y la inscripción?

—No hay ninguna, pero es una cripta. Tiene que ser una puerta. —Aloysius cogió la reja y tiró de ella. Nada. La empujó. Volvió a tirar. Cogió un trozo suelto de mármol y empezó a dar golpes en el borde de la reja—. Quizá esté vacía.

—Quizá sea para nosotros —dijo el menor con una luz macabra en la mirada.

—El otro lado está hueco.

Aloysius dio otra serie de golpes, y luego otro tirón. De repente la puerta se abrió chirriando. Ambos se quedaron donde estaban, asustados.

—¡Qué peste! —dijo Diógenes, retrocediendo con la mano en la nariz.

En lo más hondo de su construcción mental, Pendergast también lo percibió: un hedor indescriptible y pútrido como el olor de un hígado podrido y recubierto de hongos. Tragó saliva, mientras los muros del palacio de la memoria se tambaleaban y recuperaban la solidez.

Aloysius acercó la vela al espacio recién descubierto. No era una cripta, sino una especie de gran almacén al final del sótano. La luz se reflejó temblando en diversos extraños artilugios de latón, madera y vidrio.

—¿Qué hay? —preguntó Diógenes, acercándose despacio por detrás.

—Mira.

Diógenes se asomó.

—¿Qué son?

—Máquinas —dijo el hermano mayor con total seguridad, como si lo supiera.

—¿Piensas entrar?

—Pues claro. —Aloysius cruzó la puerta y se giró—. ¿Tú no vienes?

—Supongo...

Desde la oscuridad, Pendergast los vio entrar.

Los dos niños ya estaban dentro de la sala. Las paredes de plomo presentaban estrías blanquecinas de óxido. Todo estaba lleno de artefactos: cajas con caras pintadas que hacían muecas, sombreros viejos, cuerdas, bufandas apolladas, cadenas oxidadas, anillas de bronce, armarios, espejos, capas, varitas... Y todo lo cubría una gruesa capa de polvo y telarañas. Al fondo había un cartel torcido de colores chillones, adornado con filetes, dos manos con el índice extendido y otras florituras carnavalescas del siglo XIX americano.

Recién llegado de las mayores salas de Europa

El ilustre y celebrado mesmerista

☛ **PROFESOR COMSTOCK PENDERGAST** ☛

Presenta

SU GRAN TEATRO Y FANTASMAGORÍA ILUMINADA

De

Magia, ilusión y prestidigitación

Desde la oscuridad de su memoria, Pendergast asistía al desarrollo de la escena con la mezcla de impotencia y malos presagios propia de las pesadillas. Al principio los dos niños exploraron la sala con cuidado, mientras sus velas proyectaban sombras alargadas por las cajas y las pilas de extraños aparatos.

—¿Sabes qué es todo esto? —susurró Aloysius.

—¿Qué?

—Hemos encontrado las herramientas del espectáculo de magia del tío bisabuelo Comstock.

—¿Y quién es el tío bisabuelo Comstock?

—Fue uno de los magos más famosos del mundo. Enseñó al mismísimo Houdini.

Aloysius tocó un armario, acarició un pomo y tiró cuidadosamente de un cajón. Contenía unas esposas. Abrió otro cajón que parecía resistirse, pero que acabó cediendo con un ¡clac! Dos ratones saltaron del cajón y se fueron correteando.

Aloysius se acercó al siguiente objeto, seguido de cerca por su hermano pequeño. Era una caja con forma de ataúd de pie; en la tapa estaba representado un hombre que gritaba con varios orificios ensangrentados por el cuerpo. La abrió, haciendo rechinar las bisagras oxidadas. El interior estaba revestido con púas de hierro forjado.

—Esto más que de magia parece de tortura —dijo Diógenes.

—En los pinchos hay sangre seca.

Diógenes miró con atención, presa de una extraña ansia que se sobrepuso temporalmente al miedo. Después volvió a apartarse.

—Solo es pintura.

—¿Seguro?

—Sé reconocer la sangre seca.

Aloysius siguió caminando.

—Mira.

Señaló un objeto del rincón del fondo. Era una caja enorme, mucho mayor que las demás, que llegaba hasta el techo y tenía las dimensiones de una habitación. Estaba pintada en chillones colores rojo y oro, con una cara burlona de demonio en la parte delantera. Al lado del demonio había extraños elementos —una mano, un ojo inyectado en sangre, un dedo— que flotaban sobre el fondo carmesí como si fueran partes cortadas de algún cuerpo en un mar de sangre. En uno de los laterales había una puerta con una inscripción curvada en oro y negro:

LA PUERTA DEL INFIERNO

—Si fuera mi espectáculo —dijo Aloysius— le habría puesto un nombre mucho más impresionante, como «La Boca del Averno». «La Puerta del Infierno» suena aburrido. —Se giró hacia Diógenes—. Te toca entrar primero.

—¿Y eso por qué?

—Porque antes he entrado yo primero.

—Pues vuelve a entrar primero.

—No me apetece —dijo Aloysius.

Apoyó una mano en la puerta y dio un golpecito con el codo a Diógenes.

—No la abras, podría pasar algo.

Aloysius la abrió, dejando a la vista un interior oscuro y asfixiante forrado de algo que parecía terciopelo negro. Justo detrás de la puerta había una escalera metálica que desaparecía por una trampilla del falso techo de la caja.

—Podría desafiarte —dijo Aloysius—, pero no quiero. No creo en los juegos de niños. Si quieres entrar, entra.

—¿Y tú? ¿Por qué no entras?

—Lo reconozco sin ambages: estoy nervioso.

Pendergast tuvo una punzada de vergüenza al ver que sus dotes de persuasión psicológica ya se estaban desarrollando en su infancia. Tenía ganas de saber qué había dentro, pero quería que entrase primero Diógenes.

—¿Tienes miedo? —preguntó su hermano.

—Exacto. O sea, que la única forma de que averigüemos qué hay dentro es que entres primero. Te prometo que entraré justo después.

—No quiero.

—¿Tienes miedo?

—No.

El temblor de la voz aguda de Diógenes lo desmentía.

Pendergast pensó amargamente que su hermano solo tenía siete años y aún no había aprendido que la mejor manera de mentir sin que te pillen es diciendo la verdad.

—Entonces, ¿por qué no entras?

—Es que... es que no me apetece.

Aloysius se rió con sorna.

—Yo acabo de reconocer que tengo miedo. Si tú tienes miedo, dilo y volvemos a subir tranquilamente.

—¡Que no, que no tengo miedo! Es un truco de parque de atracciones.

Pendergast se quedó horrorizado al ver que su doble infantil cogía a Diógenes por los hombros.

—Pues entonces entra.

—¡No me toques!

Suavemente, pero con firmeza, Aloysius le hizo cruzar la puertecita de la caja y se puso detrás para cortarle la retirada.

—Pero ¡si acabas de decir que es un truco de parque de atracciones!

—No quiero quedarme aquí dentro.

Ya estaban en el primer compartimiento de la caja, muy pegados. La capacidad de la casa era para un adulto, no para dos niños de cierta edad.

—Vamos, Diógenes, sé valiente, yo te sigo.

Diógenes empezó a subir sin decir nada por la escalerilla metálica. Aloysius iba detrás.

Pendergast ya no los veía. La puerta de la caja acababa de cerrarse automáticamente. Su corazón latía tan deprisa que tuvo miedo de que estallase. Las paredes de su construcción memorística parpadeaban y oscilaban. Casi era inaguantable.

Pero ya no podía parar. Estaba a punto de ocurrir algo horrible, algo de lo que nada sabía. Aún no había profundizado tanto en los recuerdos reprimidos de su infancia. Tenía que seguir.

Abrió mentalmente la puerta de la caja y subió a su vez por la escalera metálica; penetró en un espacio demasiado bajo para ponerse de pie que giraba en sentido horizontal hasta desembocar en una habitación de techo bajo, situada encima del falso techo pero debajo de la tapa superior de la caja. Los dos niños estaban delante. Diógenes, que iba el primero, gateó hacia un agujero circular en la pared del fondo. Al llegar titubeó.

—¡Sigue! —lo instó Aloysius.

El niño se giró hacia su hermano con una expresión peculiar en los ojos, cruzó el agujero y se perdió de vista.

Antes de llegar al agujero, Aloysius se paró a mirar a su alrededor con la vela. Parecía haberse dado cuenta por primera vez de que las paredes estaban llenas de fotos pegadas a la madera y cubiertas de una capa de laca.

—¿No vienes? —dijo en la oscuridad del otro lado una vocecita asustada y enfadada—. ¡Me habías prometido que estarías justo detrás!

Al presenciar la escena, Pendergast sintió que se apoderaba de su cuerpo un temblor incontrolable.

—Sí, sí, ya voy.

El joven Aloysius gateó hacia el agujero redondo y negro y se asomó... pero no fue más lejos.

—¡Eh! ¿Dónde estás? —gritó en la oscuridad del otro lado una voz sorda.

Luego, de repente—: ¿Qué pasa? ¿Qué es esto?

Un chillido de niño, agudo y penetrante, cortó el aire como un escalpelo. Pendergast vio que aparecía una luz al otro lado del agujero. Vio que se inclinaba el suelo y Diógenes resbalaba hasta el fondo de un pequeño cuarto y caía por un pozo iluminado. De pronto se oyó un sonido grave, como un gruñido de animal, y dentro del pozo aparecieron imágenes de indescriptible horror. Luego el agujero se cerró con un chasquido, impidiendo que viera nada más.

—¡No! —chilló Diógenes desde las profundidades de la caja—. ¡Noooooooo!

Pendergast lo recordó todo de golpe. Todo acudió en tropel a su memoria con una riqueza irreprochable de detalles, un segundo de horror tras otro, sin omitir ni un solo instante de la experiencia más aterradora de su vida.

Se acordó del Acontecimiento.

Al recibir el impacto del recuerdo, como el de un maremoto, sintió que su cerebro se sobrecargaba, y que sus neuronas se bloqueaban. En ese momento perdió el control del viaje por la memoria. La mansión tembló, sufrió una sacudida y explotó mentalmente, deshaciéndose en muros incendiados mientras su cabeza retumbaba como un trueno y el gran palacio de la memoria extinguía su llamarada en la oscuridad del espacio infinito, disolviéndose en esquirlas de luz que surcaron el vacío como meteoros. Los gritos de angustia de Diógenes se prolongaron brevemente desde el exterior del abismo sin límites, pero al final también se apagaron y volvió a imperar el silencio.

En lo más hondo del pabellón administrativo de Herkmoor, en su espartana sala de reuniones, Gordon Imhof miró a su alrededor desde la mesa, con un micrófono de clip en la solapa. Dentro de lo que cabía estaba satisfecho. La respuesta a la fuga había sido inmediata y aplastante. Todo había funcionado modélicamente, como un mecanismo de relojería. El anuncio del Código Rojo había provocado el cierre inmediato y electrónico de todo el complejo, así como la suspensión de todas las entradas y salidas. Los fugitivos habían corrido un rato como conejos, pero su plan de fuga no se sostenía por ninguna parte y en cuarenta minutos ya estaban todos capturados y en sus celdas, o en la enfermería. El control obligatorio de los sensores de los tobillos, que se ponía en marcha automáticamente con cada suspensión de un Código Rojo, había confirmado que no faltaba ningún preso en todo el recinto.

Imhof pensó que en el sector penitenciario la mejor manera de llamar la atención era con una crisis. Las crisis creaban visibilidad. Su resultado, en función de cómo se gestionasen, podía ser una oportunidad de ascenso o el final de una carrera. Aquella, en concreto, se había llevado sin fallos: un solo celador herido, pero no de gravedad, ningún rehén y ningún muerto o herido grave. Con Imhof al frente, Herkmoor había conservado su impecable récord de cero fugas.

Miró el reloj en espera de que el segundero marcara exactamente las 19.30. De momento Coffey aún no había aparecido, pero Imhof no pensaba esperar. Aquel agente del FBI tan pagado de sí mismo y su lacayo lo estaban empezando a irritar.

—Si me lo permiten, señores —dijo—, empezaré la reunión diciéndoles a todos: buen trabajo.

Sus palabras suscitaron murmullos y algunos cambios de postura.

—En el día de hoy Herkmoor se ha enfrentado a un reto excepcional: un intento de fuga colectiva. A las dos y once del mediodía nueve presos han cortado la tela metálica de uno de los patios de ejercicio del edificio C y se han dispersado por los campos del perímetro interior. Uno de ellos ha llegado hasta el puesto de seguridad de la punta sur del edificio B. La causa que ha permitido este intento de evasión todavía se está investigando. Me limitaré a decir que todo apunta a que los presos del patio 4 no estaban bajo supervisión directa de ningún celador en el momento de la fuga, por razones que todavía no han quedado claras.

Hizo una pausa para mirar severamente al grupo repartido por la mesa.

—Abordaremos ese fallo en algún momento de esta sesión informativa.

Relajó sus facciones.

—A grandes rasgos, la respuesta al intento de fuga ha sido inmediata y modélica. Los primeros celadores han llegado al lugar del conflicto a las dos y

catorce. El Código Rojo se ha activado inmediatamente, a la vez que se movilizaban más de cincuenta celadores. En bastante menos de una hora ya estaban capturados todos los fugitivos y ya se había procedido al recuento de presos. A las tres y un minuto se ha desactivado el Código Rojo y Herkmoor ha vuelto a la normalidad.

Dejó pasar unos segundos.

—Vuelvo a felicitar a todos los que han intervenido. Que nadie esté nervioso, esta reunión es una simple formalidad. Ya saben que el reglamento exige una sesión informativa antes de las doce horas posteriores a cualquier Código Rojo. Les pido disculpas por retenerlos fuera de su horario de trabajo habitual. Intentaremos atar lo antes posible los cabos sueltos, para estar todos en casa a la hora de cenar. Si alguien tiene una pregunta, que no dude en formularla. Nada de ceremonias.

Miró a los presentes.

—Me dirigiré en primer lugar al director de seguridad del edificio C, James Rollo. Jim, ¿podrías contarnos cuál ha sido el papel del agente Sidesky? Parece que este punto es algo confuso.

Un hombre barrigón se levantó con un ruido de llaves, que se repitió al subirse el cinturón. Tenía la expresión imperturbable de quien trata temas de gran seriedad.

—Gracias, señor. Tal como ha dicho, el Código Rojo se ha activado a las dos y catorce. Los primeros celadores han acudido desde el puesto de vigilancia 7. Concretamente han acudido cuatro, tras dejar el puesto a cargo del agente Sidesky. Parece ser que uno de los fugitivos ha reducido al agente Sidesky, le ha administrado alguna droga y lo ha dejado atado en el servicio más próximo. Aún está desorientado, pero le tomaremos declaración en cuanto se haya recuperado.

—Muy bien.

En ese momento se levantó un hombre que parecía inquieto; llevaba un uniforme de enfermero.

—Señor, me llamo Kidder y soy el responsable de la enfermería del edificio B.

Imhof lo miró.

—Dígame.

—Por lo visto ha habido alguna confusión. Al principio del intento de fuga el equipo de urgencias ha traído a un celador herido que decía ser Sidesky; llevaba su insignia y su identificación en el uniforme. Ese hombre ha desaparecido.

—La explicación es muy sencilla —dijo Rollo—. A Sidesky lo hemos encontrado sin uniforme ni insignia. Evidentemente, debe de haberse ido de la enfermería antes de que uno de los presos lo haya dejado inconsciente y le haya quitado la ropa.

—Me parece lógico —dijo Imhof. Titubeó—. Aunque el caso es que todos los

fugitivos iban vestidos de presos en el momento de su captura. No había ninguno uniformado.

Rollo se acarició la papada.

—Lo más probable es que el preso que le ha quitado la ropa a Sidesky no haya tenido tiempo de ponerse el uniforme.

—Sí, será eso —dijo Imhof—. Por favor, señor Rollo, haga constar la pérdida de los siguientes efectos: un uniforme, una insignia y una identificación pertenecientes a Sidesky. Sospecho que aparecerán en la basura, o en algún rincón oscuro. No podemos permitir que caigan en manos de alguno de los presos.

—Sí, señor.

—Misterio resuelto. Siga, señor Rollo.

—Perdone que lo interrumpa —dijo Kidder—, pero no estoy seguro de que se haya resuelto el misterio. El hombre que decía que era Sidesky se ha quedado en la enfermería esperando al radiólogo mientras yo me ocupaba de algunos de los fugitivos. Tenía varias costillas rotas, contusiones, una laceración facial, un...

—No necesitamos el diagnóstico completo, Kidder.

—Sí, señor. El caso es que no estaba en condiciones de irse, y cuando he vuelto me he encontrado con que Sidesky, bueno, el hombre que decía que era Sidesky, había desaparecido. En la cama estaba el cadáver del preso Carlos Lacarra.

—¿Lacarra?

Imhof frunció el entrecejo. Era la primera noticia que tenía al respecto.

—Efectivamente. Alguien ha llevado su cadáver a la cama de Sidesky

—¿Algún bromista?

—No lo sé, señor. He llegado a pensar que podría estar relacionado de algún modo con el intento de evasión.

Se quedaron todos callados.

—En tal caso —acabó diciendo Imhof— se trataría de un plan más elaborado de lo que habíamos supuesto. De todos modos, lo importante es lo siguiente: que hemos vuelto a capturar a todos los fugitivos y que todos los presos responden al recuento. En los próximos días los interrogaremos para averiguar exactamente qué ha pasado.

—Hay otra cosa que no cuadra —añadió Kidder—. Durante la evasión ha llegado un furgón del depósito de cadáveres para llevarse el cadáver de Lacarra, y ha tenido que esperar al otro lado de la verja hasta que se ha desactivado el Código Rojo.

—¿Y qué?

—Pues que cuando se ha desactivado el código ha entrado la ambulancia y se ha llevado el cadáver. El médico jefe ha presenciado la operación y ha firmado los papeles.

—No veo el problema.

—El problema, señor, es que un cuarto de hora más tarde he encontrado el cadáver de Lacarra en la cama de Sidesky.

Imhof arqueó las cejas.

—O sea, que con todo el jaleo se han equivocado de cadáver. Es comprensible. No se preocupe demasiado, Kidder. Llame al hospital y soluciónelo.

—Ya lo he hecho, señor, pero al hablar con ellos por teléfono me han dicho que el aviso de recogida de esta mañana ha sido anulado justo después de recibirlo. Aseguran que ni siquiera han enviado el furgón.

Imhof soltó un bufido.

—En ese hospital siempre la cagan. Tienen una docena de administradores que van cada uno por su lado y no se aclaran. Llame mañana por la mañana para decirles que les mandamos el cadáver que no era, y que valdría la pena que lo comprobasen.

Hizo un gesto de disgusto con la cabeza.

—Es que ese es el problema, señor, que en Herkmoor no había ningún otro cadáver. No entiendo cuál ha podido ir al hospital.

—¿Dice que los papeles los ha firmado el médico jefe?

—Sí. Ya ha terminado su turno y se ha ido a casa.

—Mañana le tomaremos declaración. Seguro que por la mañana aclararemos este lío. En todo caso es tangencial al intento de fuga. Sigamos con los partes.

Kidder se quedó callado, con cara de preocupación.

—Bien. La siguiente pregunta es por qué en el momento de la evasión no había nadie supervisando el patio. Según mis horarios, más o menos a la hora de la fuga en el patio 4 estaban Fecteau y Doyle. Fecteau, por favor, ¿puede explicar su ausencia?

En una punta de la mesa carraspeó un celador muy nervioso.

—Sí, señor. Al agente Doyle y a mí nos tocaba patio...

—¿Los nueve presos fueron acompañados puntualmente al patio?

—Sí, señor. Salieron a las dos en punto.

—¿Ustedes dónde estaban?

—Donde teníamos que estar, en nuestros puestos del patio.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Pues que unos cinco minutos después nos ha llamado el agente especial Coffey.

—¿Que les ha llamado Coffey?

Imhof se había quedado atónito. Era algo totalmente fuera de lugar. Miró a su alrededor. Coffey seguía sin aparecer.

—Explíquenos la llamada, Fecteau.

—Ha dicho que nos necesitaba enseguida. Nosotros le hemos respondido que nos tocaba patio, pero ha insistido.

Imhof sintió crecer su enfado. Coffey no le había comentado nada.

—Por favor, repítanos las palabras exactas del agente Coffey.

Fecteau vaciló y se sonrojó.

—Pues... Ha dicho algo así como « si no estás aquí en noventa segundos os hago trasladar a Dakota del Norte ». Yo he intentado explicarle que en el patio solo estábamos nosotros dos, pero me ha cortado.

—¿Los ha amenazado?

—Puede decirse que sí.

—¿O sea, que han dejado el patio sin supervisar pero no se lo han consultado ni al jefe de seguridad ni a mí?

—Lo siento, señor. He pensado que tenía su autorización.

—Pero bueno, Fecteau, ¿cómo quiere que autorice que se vayan los dos únicos celadores con turno de patio y dejen solos y a sus anchas a un grupo de presos?

—Lo siento, señor. He supuesto que era... por el preso especial.

—¿El preso especial? ¿Ahora con qué me viene?

—Pues... —Fecteau empezaba a hablar atropelladamente—. El preso especial tenía privilegios de ejercicio en el patio 4.

—Ya, pero no ha estado en el patio 4. Se ha quedado en su celda.

—Hum... No, señor, lo hemos visto en el patio 4.

Imhof respiró hondo. El lío era mayor de lo que había pensado.

—Se está confundiendo, Fecteau. El preso se ha quedado todo el día en su celda. No han llegado a acompañarlo al patio 4. Lo he verificado personalmente durante el código. Aquí tengo el registro electrónico, y según el control de tobilleras no ha salido ni una vez del bloque de aislamiento.

—Pues si no me falla la memoria, señor, el preso especial sí estaba.

Fecteau lanzó una mirada interrogante al otro celador, Doyle, que compartía su desconcierto.

—¿Doyle? —preguntó severamente Imhof.

—Sí, señor.

—Menos « sí, señor » y más decirme si hoy ha visto al preso especial en el patio 4.

—Sí, señor. Quiero decir... Me acuerdo de haberlo visto, señor.

Un largo silencio. La mirada de Imhof pivotó hacia Rollo, pero el director de seguridad ya estaba murmurando algo por la radio. Tardó muy poco tiempo en dejarla en la mesa y levantar la vista.

—Según el monitor electrónico, el preso especial sigue en su celda. No ha salido en todo el día.

—Será mejor mandar a alguien para que lo compruebe, por si acaso.

Imhof estaba furibundo con Coffey. ¿Se podía saber dónde estaba? Todo era culpa suya.

De repente se abrió la puerta, y allí estaban: el agente especial Coffey con Rabiner detrás.

—Ya era hora —dijo Imhof, muy serio.

—Ni que lo diga —contestó Coffey, entrando muy alterado en la sala—. Había dejado órdenes muy claras de que sacaran al preso especial al patio 4, y ahora me entero de que no lo han hecho. Cuando doy una orden, Imhof, quiero que se...

Imhof se levantó. Ya estaba harto de aquel imbécil. No pensaba dejarse pisotear, y menos en presencia de sus subordinados.

—Agente Coffey —dijo gélidamente—, supongo que ya sabe que hoy hemos sufrido un grave intento de fuga.

—Eso a mí no me...

—Estamos en plena sesión informativa sobre la fuga, y usted nos está interrumpiendo. Si hace el favor de sentarse y esperar su turno para hablar, proseguiremos.

Coffey se quedó de pie, mirándolo más furioso que antes.

—No me gusta que me hablen en ese tono.

—Se lo pido por segunda vez, agente Coffey: siéntese y deje que siga la sesión. Si insiste en hablar sin que le toque lo mandaré expulsar de la sala.

Se hizo un silencio tenso. La cara de Coffey se giró hacia Rabiner, crispada de rabia.

—¿Sabes? Creo que ya no hace falta que nos quedemos en la reunión. —Volvió a encararse con Imhof—. Tendrá noticias mías.

—Sí hace falta, y mucha. Aquí hay dos celadores que dicen haber recibido órdenes tuyas, así como amenazas en caso de que no obedeciesen, a pesar de que su autoridad aquí en Herkmoor es nula. El resultado es que un grupo de presos se han quedado sin vigilancia y han intentado evadirse. El responsable del intento de fuga es usted. Lo digo para que conste en acta.

Otro silencio eléctrico. Coffey miró a su alrededor con una expresión que fue volviéndose menos imperiosa a medida que se daba cuenta de la gravedad de la acusación. Sus ojos se detuvieron en la grabadora del centro de la mesa y los micrófonos que había delante de cada silla.

Se sentó rígidamente y tragó saliva.

—Estoy seguro de que podremos resolver este... malentendido, señor Imhof. No hay necesidad de formular acusaciones precipitadas.

En el silencio subsiguiente sonó la radio de Rollo. Era el parte del control de la celda del preso especial. Mientras Imhof lo observaba, el director de seguridad se acercó la radio a la oreja y palideció gradualmente durante la escucha, hasta quedar de un blanco mortecino.

Glinn miró al agente especial Pendergast. Estaba tumbado en el diván de cuero de color burdeos, sin moverse, con los brazos en el pecho y los tobillos cruzados. Llevaba casi veinte minutos en la misma postura. Si a ello se le sumaba la anómala palidez de su piel, y lo demacrado de sus facciones, guardaba un notable parecido con un cadáver. Las únicas señales de vida eran las gotas de sudor que habían aparecido en su frente, así como un leve temblor en sus manos.

De pronto su cuerpo sufrió una sacudida, tras la que recobró la inmovilidad. Los ojos se abrieron lentamente. Estaban muy rojos, con las pupilas reducidas a unos simples puntitos en los iris plateados.

Glinn se acercó en su silla de ruedas y se inclinó hacia el agente. Había ocurrido algo. El viaje por la memoria había terminado.

—Quédese. Solo usted —dijo Pendergast, ronco—. Haga salir al teniente D'Agosta y al doctor Krasner.

Glinn cerró suavemente la puerta y echó el cerrojo.

—Ya está.

—Lo que ahora ocurra... debe desarrollarse como un interrogatorio. Usted me hará preguntas y yo responderé. Es la única forma. No... —El susurro se apagó en una larga pausa—. No puedo hablar de lo que acabo de presenciar. Al menos voluntariamente.

—Entiendo.

Pendergast se quedó callado. Fue Glinn quien volvió a hablar al cabo de un momento.

—Tiene algo que contarme.

—Sí.

—Sobre su hermano, Diógenes.

—Sí.

—El Acontecimiento.

Una pausa.

—Sí.

Glinn miró el techo, donde había una cámara minúscula y un micrófono escondidos, y metió una mano en el bolsillo para desactivarlos mediante la pulsación de un pequeño mando a distancia. Tenía la corazonada de que lo que estaba a punto de ocurrir debía quedar restringido al ámbito común de la memoria de él y Pendergast.

Hizo avanzar un poco la silla de ruedas.

—Usted estaba presente.

—Sí.

—Usted y su hermano Diógenes. Nadie más.

—Nadie más.

—¿En qué fecha fue?

Otra pausa.

—La fecha no es importante.

—Déjeme que lo decida yo.

—Era primavera. Fuera ya habían florecido las buganvillas. Es lo único que sé.

—¿Usted cuántos años tenía?

—Nueve.

—Entonces su hermano tenía siete. ¿Me equivoco?

—No.

—¿Localización?

—La Maison de la Rochemore, la vieja casa de mi familia, en la calle Dauphine de Nueva Orleans.

—¿Qué hacían?

—Explorar.

—Siga.

Pendergast no dijo nada. Glinn recordó sus palabras: «Usted me hará preguntas y yo responderé».

Carraspeó suavemente.

—¿Exploraban la casa a menudo?

—Era una gran mansión. Tenía muchos secretos.

—¿Cuánto tiempo llevaba en poder de la familia?

—Fue construida como monasterio, pero la compró un antepasado mío en la década de 1750.

—¿De qué antepasado se trata?

—De Augustus Robespierre Pendergast. Tardó varias décadas en reformarla.

Naturalmente, Glinn ya lo sabía casi todo, pero le había parecido mejor que Pendergast pudiera explayarse con preguntas fáciles antes de ir más lejos. Había llegado el momento de profundizar.

—¿Ese día en concreto qué exploraban? —preguntó.

—Los sótanos.

—¿Formaban parte de los secretos?

—Mis padres no sabían que habíamos encontrado la manera de entrar.

—Descubrieron una.

—Diógenes.

—Y se la contó a usted.

—No. Lo... lo seguí un día.

—Que fue cuando él se lo contó.

Una pausa.

—Se lo sonsaqué a la fuerza.

La capa de sudor de la frente de Pendergast se había hecho más gruesa.

Glinn no insistió.

—Describame los sótanos.

—Se entraba por una falsa pared del sótano.

—¿Al otro lado había una escalera?

—Sí.

—¿Hacia dónde bajaba esa escalera?

Otra pausa.

—A una necrópolis.

Glinn esperó, para dominar su sorpresa.

—¿Y esa necrópolis es lo que estaban explorando?

—Sí. Nos pusimos a leer las inscripciones de las tumbas de la familia. Fue como... como todo empezó.

—¿Encontraron algo?

—La entrada de una cámara secreta.

—¿Qué había dentro?

—Los accesorios mágicos de mi antepasado Comstock Pendergast.

Glinn hizo otra pausa.

—¿Comstock Pendergast? ¿El mago?

—Sí.

—¿O sea, que guardaba su atrezzo en el sótano?

—No. Lo escondió mi familia.

—¿Por qué razón?

—Porque muchos de los accesorios eran peligrosos.

—Pero al explorar la sala ustedes dos no lo sabían.

—No. Al principio no.

—¿Al principio?

—Algunos aparatos tenían un aspecto extraño. Cruel. Eramos pequeños, no lo entendíamos del todo...

Pendergast vaciló.

—¿Qué pasó después?

—Encontramos una caja grande al fondo.

—Describala.

—Muy grande, casi del tamaño de una habitación pequeña, pero portátil. Estaba pintada de colores. En rojo y oro. En un lado tenía la cara de un demonio y en la parte delantera una inscripción.

—¿Qué ponía?

—« La Puerta del Infierno » .

Pendergast había empezado a temblar ligeramente. Glinn dejó pasar un poco más de tiempo antes de la siguiente pregunta.

—¿La caja tenía una entrada?

—Sí.

—Y usted entró.

—Sí. No.

—¿Qué quiere decir, que entró Diógenes primero?

—Sí.

—¿Voluntariamente?

Otra larga pausa.

—No.

—Usted lo incitó —dijo Glinn.

—Sí, pero también...

Pendergast volvió a quedarse callado.

—¿Empleó la fuerza?

—Sí.

Glinn guardó un silencio absoluto; evitaba cualquier chirrido de la silla de ruedas que pudiese romper un ambiente tan tenso.

—¿Por qué?

—Diógenes había estado muy sarcástico, como siempre, y me enfadé con él. Si había algo que diera un poco de miedo... quería que entrase primero.

—O sea, que Diógenes entró. Y usted lo siguió.

—Sí.

—¿Qué encontraron?

La boca de Pendergast se movió, pero las palabras tardaron en salir.

—Una escalera. Que llevaba a un altillo muy bajo.

—Describalo.

—Oscuro. Agobiante. Con fotografías en la paredes.

—Siga.

—En la pared del fondo había un agujero que daba a otra habitación. El primero en cruzarlo fue Diógenes.

Glinn titubeó mirando a Pendergast. Al final dijo:

—¿Usted lo hizo pasar primero?

—Sí.

—¿Y luego lo siguió?

—Estuve... a punto.

—¿Qué se lo impidió?

Pendergast sufrió una repentina contracción muscular, pero no contestó.

—¿Qué se lo impidió? —lo presionó Glinn de repente.

—Que empezó el espectáculo. Dentro de la caja. Dentro, donde estaba Diógenes.

—¿Un espectáculo creado por Comstock?

—Sí.

—¿Cuál era su función?

Otro espasmo.

—Matar de miedo.

Glinn se apoyó despacio en el respaldo. Una parte de su investigación había consistido en estudiar a los antepasados de Pendergast. Había muchos personajes pintorescos, pero ninguno como Comstock, el tío bisabuelo del agente, que de joven se había hecho famoso como mago, mesmerista y creador de ilusiones. Con la vejez se volvió un amargado y un misántropo, y acabó sus días en el manicomio, como tantos otros parientes de Pendergast.

Así que ese era el fruto de la locura de Comstock.

—Cuénteme cómo se puso en marcha —dijo.

—No lo sé. El suelo sobre el que estaba Diógenes se inclinó o se vino abajo y lo hizo caer a una habitación inferior.

—¿Hacia el interior de la caja?

—Sí, otra vez a los bajos. Fue cuando empezó el... espectáculo.

—Descríbalo —dijo Glinn.

De pronto Pendergast gimió. Fue un gemido tan angustiado, la expresión de un dolor reprimido durante tanto tiempo, que Glinn se quedó un momento sin habla.

—Descríbalo —insistió al recuperarla.

—Solo lo vislumbré. No alcancé a ver gran cosa. Luego... se cerraron a mi alrededor.

—¿El qué?

—Unos mecanismos. Activados por resortes secretos. Había uno detrás de mí, que me cortó la fuga. Y otro que encerró a Diógenes en la habitación interior.

Pendergast volvió a quedarse en silencio. La almohada donde se apoyaba su cabeza estaba empapada de sudor.

—Pero hubo un momento... en que vio lo mismo que Diógenes.

Pendergast no dijo nada. De pronto inclinó la cabeza, pero muy despacio.

—Solo un momento. Pero lo oí. Todo.

—¿Qué era?

—Un espectáculo de linterna mágica —susurró Pendergast—. Una fantasmagoría. Alimentada por una célula voltaica. Era... la especialidad de Comstock.

Glinn asintió con la cabeza. Sabía algo del tema. Las linternas mágicas eran artefactos que filtraban la luz por láminas de cristal con imágenes grabadas. Se proyectaban en una pared que giraba lentamente, con superficies irregulares para reforzar la ilusión y un acompañamiento de música siniestra y voces repetitivas. El equivalente decimonónico de una película de terror.

—Bueno, y ¿qué vio?

De golpe el agente saltó del diván y en un brusco acceso de actividad febril empezó a pasear por la sala, abriendo y cerrando los puños. En un momento dado se giró hacia Glinn.

—Le suplico que no me lo pregunte.

—Siga, por favor —dijo Glinn inexpresivamente.

—Dentro de la habitación se oían los gritos y alaridos de Diógenes. Gritaba y gritaba sin parar. Oí un ruido angustioso. Era él rascando las paredes para intentar salir. Oí que se le partían las uñas. Después de eso un largo silencio... Y luego... no sé después de cuánto tiempo... oí el disparo.

—¿De arma de fuego?

—Comstock Pendergast había instalado en su... casa de dolor una pistola pequeña de un solo disparo. Dejaba elegir a sus víctimas. Podían volverse locas, morir de miedo... o quitarse la vida.

—¿Y Diógenes eligió lo último?

—Sí. No obstante, la bala no... no lo mató. Solo lo lesionó.

—¿Cómo reaccionaron sus padres?

—Al principio no dijeron nada. Después hicieron creer que Diógenes estaba enfermo, que tenía la escarlatina. Lo mantuvieron en secreto. Temían el escándalo. A mí me dijeron que la fiebre le había afectado la vista, el gusto y el olor. Me dijeron que le había dejado un ojo inservible, pero ahora sé que tuvo que ser la bala.

Glenn sintió un escalofrío de horror, junto a una ilógica necesidad de lavarse las manos. Pensar en algo tan horrible, tan profundamente aterrador que indujera a un niño de siete años a... Apartó la idea de sus pensamientos.

—Y la salita donde usted quedó prisionero... Las fotos que ha dicho... ¿De qué eran?

—Fotografías policiales de escenarios de algún crimen, dibujos de los asesinatos más abominables del mundo... Quizá fueran preparativos para el... horror del otro lado.

Un silencio ominoso se adueñó del estudio.

—Y ¿cuánto tardó en ser rescatado? —se decidió a preguntar Glinn.

—No lo sé. Horas. Tal vez un día entero.

—Y despertó de esa realidad de pesadilla convencido de que Diógenes había contraído alguna enfermedad. De que esa era la causa de su larga ausencia.

—Sí.

—No sospechaba la verdad ni por asomo.

—No.

—En cambio Diógenes nunca supo que usted había reprimido el recuerdo.

Pendergast dejó de caminar de golpe.

—No, supongo que no.

—De resultas de ello usted nunca le pidió perdón a su hermano, ni intentó hacer las paces. Ni siquiera habló de ello, porque había bloqueado totalmente cualquier recuerdo del Acontecimiento.

Pendergast apartó la vista.

—Sin embargo, Diógenes interpretó su silencio de forma muy distinta. Como una negativa pertinaz a reconocer su error y pedir perdón. Lo cual explicaría...

Glinn calló e hizo retroceder despacio la silla de ruedas. Aún no lo sabía todo —habría que esperar al análisis informático—, pero sí lo suficiente para comprenderlo a grandes rasgos. Prácticamente desde su nacimiento, Diógenes había sido un ser extraño, oscuro e inteligente, como muchos Pendergast antes que él. De no haberse producido el Acontecimiento podría haber acabado decantándose por lo uno o por lo otro. Sin embargo, la persona que salió de la Puerta del Infierno, destrozada tanto emocional como físicamente, se había convertido en algo totalmente distinto. Efectivamente. Todo cuadraba. Las truculentas imágenes de asesinatos que había tenido que soportar Pendergast... El odio de Diógenes hacia un hermano que tras provocar un auténtico suplicio se negaba a hablar de él... La propia y anómala atracción de Pendergast hacia los crímenes patológicos... Ahora todo parecía lógico en los dos hermanos. Ahora Glinn sabía la razón de que Pendergast hubiera reprimido el recuerdo con tanta eficacia. No solo por lo horripilante que era, sino porque el sentimiento de culpa era tan avasallador que ponía en peligro su cordura.

Se dio cuenta vagamente de que Pendergast lo observaba. El agente estaba rígido como una estatua; su piel parecía mármol gris.

—Señor Glinn —dijo.

Una pregunta muda arqueó las cejas de Glinn.

—Ya no puedo ni quiero decir nada más.

—Lo entiendo.

—Ahora, si es tan amable, necesito cinco minutos a solas. Sin interrupciones de ninguna clase. Después de eso podremos... proceder.

Al cabo de un momento, Glinn asintió. A continuación hizo girar la silla de ruedas, abrió la puerta y salió del estudio sin decir nada.

Con la sirena en marcha, Hayward llegó a Greenwich Village en veinte minutos. Durante el trayecto marcó los pocos números de contacto que tenía de D'Agosta, pero todos estaban apagados. También intentó encontrar el de Effective Engineering Solutions o el de Eli Glinn sin ningún éxito. Ni siquiera aparecían en la base de datos telefónica de la policía de Nueva York, o en el directorio de empresas de Manhattan, aunque EES estuviera registrada como una compañía que cumplía todos los requisitos exigidos por la ley.

Hayward sabía que la empresa existía, y conocía su dirección: Little West 12th Street. Aparte de eso no sabía nada.

Salió de West Side Highway sin apagar la sirena y se metió por West Street. Ahí giró por una callecita lúgubrementemente encajonada entre edificios de ladrillo, donde desconectó la sirena y circuló despacio mirando los números. Little West 12th Street, antiguo centro del barrio de los mataderos, solo tenía una manzana. El edificio de EES carecía de numeración, pero la de los edificios contiguos le permitió deducir que era el que buscaba. No respondía exactamente a lo que había imaginado. Tenía unos doce pisos y el nombre descolorido de una antigua industria cárnica en un lateral. Sin embargo, lo delataban las filas de ventanas nuevas y caras de los últimos pisos, así como la doble puerta metálica de la zona de carga y descarga, con un aspecto sospechosamente *high-tech*. Hayward aparcó delante, cerrando el paso por el callejón, y subió hacia la entrada.

Al lado de la zona de carga y descarga había otra puerta más pequeña sin nada reseñable aparte de un interfono con un timbre. Lo pulsó y esperó con el corazón agitado por la decepción y la impaciencia.

Casi enseguida contestó una voz de mujer.

—¿Sí?

Hayward enseñó su insignia sin saber muy bien dónde estaba la cámara, aunque estaba segura de que había una.

—Soy la capitana de Homicidios Laura Hayward, de la policía de Nueva York. Exijo que se me deje entrar inmediatamente.

—¿Trae una orden judicial? —contestó la voz con amabilidad.

—No. Vengo a ver al teniente Vincent D'Agosta. Tengo que verlo enseguida. Es cuestión de vida o muerte.

—Aquí no trabaja ningún Vincent D'Agosta —dijo la voz femenina, sin perder su tono de amabilidad burocrática.

Hayward respiró.

—Quiero que transmita un mensaje a Eli Glinn. Si en treinta segundos no se ha abierto la puerta, pasará lo siguiente: pondremos agentes en la puerta, haremos fotos de todas las personas que entren o salgan, pediremos una orden de registro para buscar un laboratorio de metanfetamina y lo dejaremos todo lleno

de cristales rotos. ¿Me entiende? Ya ha empezado la cuenta atrás.

Solo hicieron falta quince segundos. Tras un ligero clic, la doble puerta se abrió sin hacer ruido.

Hayward entró en un pasillo poco iluminado, que acababa en unas puertas de acero inoxidable pulido. Su apertura simultánea reveló a un hombre muy musculoso con el logo del Harvey Mudd College^[10] en el chándal.

—Por aquí —dijo el desconocido, girándose sin ceremonias.

Hayward lo siguió por una sala enorme, hasta un ascensor industrial que los condujo rápidamente a un laberinto de pasillos blancos terminado en una doble puerta de cerezo bruñido. Al otro lado había una sala de reuniones pequeña pero elegante.

Al fondo de la sala estaba Vincent D'Agosta.

—Hola, Laura —consiguió decir después de un rato.

De repente a Hayward no le salían las palabras. Se había obsesionado tanto con buscarlo que no había pensado qué decirle si lo encontraba. D'Agosta tampoco abrió la boca. Aparte del saludo, daba la impresión de estar igual de incómodo que ella.

Hayward tragó saliva y recuperó la voz.

—Vincent, necesito que me ayudes.

Otro largo silencio.

—¿Que te ayude?

—La última vez que nos vimos dijiste algo acerca de que Diógenes planeaba algo más gordo. Dijiste: « Tiene un plan y ya lo ha puesto en marcha » .

Silencio. Hayward notó que se ruborizaba. Le estaba costando mucho más de lo previsto.

—El plan se llevará a cabo hoy —siguió explicando—. En el museo. En la inauguración.

—¿Cómo lo sabes?

—Digamos que es una corazonada, de las buenas.

D'Agosta asintió con la cabeza.

—Creo que Diógenes trabaja en el museo usando un áter ego. Según todas las pruebas, el robo de los diamantes se hizo con ayuda interna, ¿no? Pues se la prestó él mismo.

—No es la conclusión que habíais sacado tú, Coffey y todos los demás...

Hayward hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—Me dijiste que entre Viola Maskelene y Pendergast había algo. Por eso la sequestró Diógenes, ¿no?

—Sí.

—Pues adivina quién está en la inauguración.

Otro silencio, pero este ya no era incómodo sino de sorpresa.

—Exacto. Maskelene. La han contratado en el último momento como

egiptóloga de la exposición, para sustituir a Wicherly, que murió en circunstancias muy extrañas dentro del museo.

—Dios mío... —D'Agosta miró su reloj—. Son las siete y media.

—La inauguración ya ha empezado. Tenemos que ir ahora mismo.

—Es que...

D'Agosta volvió a titubear.

—¡Vamos, Vinnie, no hay tiempo que perder! Conoces el plan mejor que yo. Los jefes no moverán ni un dedo. Tengo que hacerlo por mis propios medios. Por eso te necesito.

—A mí y a otros —dijo él, más sereno.

—¿En quién piensas?

—Necesitas a Pendergast.

Hayward se rió, aunque no le hacía gracia.

—Genial. Pues nada, mandamos un helicóptero a Herkmoor y a ver si nos lo prestan para esta noche.

Otro silencio.

—No está en Herkmoor. Está aquí.

Hayward miró a D'Agosta fijamente sin entender nada.

—¿Aquí? —acabó repitiendo.

Él asintió.

—¿Lo habéis sacado de Herkmoor?

Otro gesto de aquiescencia.

—¡Vinnie, por Dios! ¿Qué pasa, estás mal de la cabeza? Ya tenías el agua hasta el cuello. ¡Solo te faltaba esto! —Hayward se dejó caer en una de las sillas sin pensar, pero se levantó enseguida—. No puedo creerlo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó D'Agosta.

La capitana se quedó mirándolo mientras asimilaba poco a poco la trascendencia de la elección que se le presentaba. Tenía que elegir entre ceñirse al reglamento, es decir, detener a Pendergast, pedir refuerzos, entregar al detenido y volver al museo, o...

¿O qué? No había ninguna otra opción. Era su deber. Su obligación. Así se lo ordenaba todo su aprendizaje dentro del cuerpo y todas las fibras de su alma de policía.

Sacó la radio.

—¿Vas a pedir refuerzos? —preguntó D'Agosta en voz baja.

Ella asintió.

—Laura, piensa un poco en las consecuencias. Por favor.

Pero ya habían pensado por ella quince años de formación. Se acercó la radio a los labios.

—Aquí la capitana Hayward llamando a Homicidios Uno. ¿Me reciben?

Sintió que D'Agosta le tocaba suavemente el hombro.

—Lo necesitas.

—¿Homicidios Uno? Esto es un código 16. Tengo un fugitivo. Necesito refuerzos...

Se le fue apagando la voz.

En el silencio oyó la inevitable pregunta del operador.

—¿Capitana? Necesito su localización.

Solo el chisporroteo de la radio interrumpía el silencio.

—Le recibo. Cambio —dijo Hayward.

—¿Localización?

Otro silencio y dijo:

—Cancele el código 16. Situación resuelta. Aquí la capitana Hayward, cambio y corto.

Hayward se apartó rápidamente de la acera haciendo un cambio de sentido y se fue por Little West 12th hasta West Street; era el principio de un trayecto relámpago hacia el centro con la sirena puesta, entre frenazos y coches apartándose por ambos lados. Si todo salía bien llegarían al museo como máximo a las ocho y veinte. D'Agosta iba al lado, en el asiento del copiloto, sin decir nada. Hayward miró por el retrovisor. Pendergast tenía la cara magullada, con un corte recién vendado en la mejilla y una expresión fantasmal que nunca le había visto, ni a él ni a nadie, en realidad. Era la cara de alguien que acababa de asomarse a su infierno interior.

Volvió a mirar la calle. En lo más hondo de su ser sabía que acababa de pasar el Rubicón. Había hecho algo contrario a toda su formación y a todas sus ideas sobre el significado de ser buen policía.

Lo más curioso era que le daba igual, al menos de momento.

Circulaban en medio de un silencio peculiar e incómodo. Hayward había esperado que Pendergast la acribillase a preguntas, o como mínimo que le diera las gracias por no entregarlo, pero el agente no hacía ni decía nada. Nada alteraba la funesta expresión de sus facciones magulladas.

—Bueno —dijo ella—, esta es la situación: esta noche se inaugura a bombo y platillo la exposición del museo. Ha venido todo el mundo: los directivos del museo, el alcalde, el gobernador, famosos, millonarios... Todo el mundo. Yo intenté anularlo o retrasarlo, pero me lo impidieron. El problema fue que en el fondo no tenía información fiable. Aunque ahora tampoco la tengo. Lo único que sé es que ocurrirá algo, y que detrás de ello está su hermano Diógenes.

Echó otro vistazo a Pendergast, que no solo no respondió sino que ni siquiera la miró. Seguía igual de ensimismado y distante, como si estuviera a un millón de kilómetros.

Las ruedas chirriaron un poco al adelantar a un autobús urbano y acelerar por West Side Highway.

—Después del robo de los diamantes —continuó Hayward— Diógenes desapareció. Supongo que ya tenía preparado un áter ego y que solo tuvo que usarlo. Me he dedicado a husmear un poco, igual que Smithback, el periodista, y ambos estamos convencidos de que el áter ego de Diógenes trabaja en el museo, probablemente de conservador. Piénselo. El robo de los diamantes solo podía hacerse con ayuda desde el interior, pero Diógenes no es de los que tienen cómplices. Así también se explica que pudiera saltarse la seguridad de la exposición «Imágenes Sagradas» y atacar a Margo Green. Vinnie, tú desde el principio me dijiste que Diógenes estaba preparando algo sonado. Tenías razón. Será esta noche, durante la inauguración.

—Más vale que pongas a Pendergast al día sobre la nueva exposición —dijo

D'Agosta.

—Después del fiasco de los diamantes, el museo anunció la reapertura de una antigua tumba egipcia situada en el sótano, la tumba de Senef. Un conde francés les dio un dineral para que volvieran a abrirla. Evidentemente era una manera de desviar la atención pública de la destrucción de la colección de diamantes. La gala de inauguración es esta noche.

—¿Nombre? —preguntó Pendergast.

Era una voz casi inaudible, como salida de las profundidades de un sepulcro.

También era la primera palabra que Hayward le oía pronunciar.

—¿Cómo? —contestó.

—¿El nombre del conde?

—Thierry de Cahors.

—¿Lo ha visto alguien?

—Eso ya no lo sé.

Como Pendergast volvía a su silencio, la capitana continuó.

—Durante las últimas seis semanas han muerto dos personas vinculadas a la reapertura de la tumba, aunque supuestamente no existe ninguna relación entre sus muertes. El primero era un técnico informático que trabajaba dentro de la tumba. Lo mató su compañero de trabajo. Se volvió loco, lo asesinó, metió sus vísceras en los vasos ceremoniales de al lado y se refugió en los desvanes del museo. Cuando intentaron capturarlo atacó a un vigilante. El segundo muerto es Wicherly, un conservador británico traído especialmente para comisariar la exposición. Se desquició e intentó estrangular a Nora Kelly. Tú la conoces, ¿verdad, Vincent?

—¿Está bien?

—Sí, perfectamente. De hecho es quien dirige la inauguración de esta noche. Durante la agresión a Kelly un vigilante disparó a Wicherly en un momento de pánico y lo mató. Y ahora viene lo fuerte: según las autopsias, los dos agresores presentaban exactamente las mismas lesiones cerebrales.

D'Agosta miró a Hayward.

—¿Qué?

—Ambos habían trabajado en la tumba justo antes del ataque psicótico, pero lo registramos todo a fondo y no encontramos nada, ninguna causa ambiental o de otro tipo. Ya digo que la versión oficial es que no tiene nada que ver una muerte con la otra, pero yo no creo que sea una coincidencia. Diógenes planea algo. Es una sensación que tengo desde el principio de la velada, y que se ha confirmado al verla a ella.

—¿A quién? —murmuró Pendergast.

—A Viola Maskelene.

Hayward percibió un brusco silencio a sus espaldas.

—¿Ha investigado la razón de que esté aquí? —dijo una voz muy fría desde el

asiento trasero.

Hayward esquivó un camión de la basura enorme.

—La contrató el museo en el último momento para sustituir a Wicherly.

—¿Quién la contrató?

—El director del departamento de antropología, Menzies. Hugo Menzies.

Otra pausa, muy corta, antes de las siguientes palabras de Pendergast.

—Dígame una cosa, capitana: ¿cuál es el programa de esta noche?

En cierto modo era como si se despertase.

—De siete a ocho, entrantes y cócteles. De ocho a nueve, corte de la cinta y apertura de la tumba. A las nueve y media, cena.

—Apertura de la tumba. Supongo que incluye una visita.

—Una visita con un espectáculo de luz y sonido. Retransmitido a todo el país.

—¿Un espectáculo... de luz y sonido?

—Sí.

La voz de Pendergast dejó de ser apagada y distante y se tiñó de urgencia.

—¡Dése prisa, capitana, por lo que más quiera!

Hayward se lanzó entre dos taxis que se empecinaban en no dejarla pasar; finalmente rozó el parachoques de uno de ellos. Al mirar por el retrovisor vio que la pieza salía volando y rebotaba en el asfalto bajo una lluvia de chispas.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó D'Agosta.

—La capitana Hayward está en lo cierto —dijo Pendergast—. Ha llegado el momento. Es el «crimen perfecto» del que se jactaba Diógenes.

—¿Está seguro?

—Présteme atención —le advirtió Pendergast. Vaciló un poco—. Lo diré una sola vez. Hace muchos años mi hermano pasó por algo ignominioso. Fue expuesto, accidentalmente, a un aparato sádico. Se trataba de una «casa de dolor» cuya única función era hacer enloquecer a su víctima o matarla de puro miedo. Ahora Diógenes, que sin duda se está haciendo pasar por Menzies, usará algún medio que solo él conoce para recrearlo durante la inauguración. Es lo que ha dicho Eli Glinn. A Diógenes lo impulsa el victimismo. Mi hermano quiere hacer lo mismo que le hicieron, pero a gran escala, y si hay una retransmisión en directo esa escala podría ser realmente grande. Es lo que estaba preparando. Todo el resto era secundario.

Volvió a arrellanarse silenciosamente en el asiento trasero.

El coche abandonó a toda velocidad West Side Highway por la rampa de salida de la calle Setenta y nueve, antes de acelerar en dirección este, rumbo a la entrada trasera del museo. Delante, a lo lejos, todo parecía en calma. No había luces de la policía ni helicópteros sobrevolando la ciudad.

«Puede que aún no haya ocurrido...».

Hayward giró bruscamente por Columbus y entró en la calle Setenta y siete, con el correspondiente chirrido de neumáticos. Después se lanzó a toda carrera

por Museum Drive hasta parar de un frenazo ante un cúmulo de limusinas con el motor en marcha, de taxis y de espectadores. El coche patrulla frenó de lado, a muy poca distancia de la gente. Hayward saltó enarbolando su insignia, seguida al momento por D'Agosta.

—¡Capitana Hayward, de Homicidios! —exclamó ella—. ¡Abren paso!

La multitud se separó, desconcertada. A los más lentos los apartó D'Agosta. En cuestión de segundos llegaron a las cuerdas de terciopelo. D'Agosta derribó a un vigilante que se les interponía. Hayward mostró la placa a los policías de servicio, que se habían quedado atónitos, y corrió con D'Agosta por la alfombra de la escalinata hacia la gran puerta de bronce del museo.

Nora Kelly bajó del estrado entre aplausos, con el enorme alivio de haber salido airoso del discurso. Era la última oradora, justo después de George Ashton, el alcalde y Viola Maskelene. Ya estaba a punto de empezar el plato fuerte de la noche, el corte de la cinta y la apertura de la tumba de Senef.

Se acercó Viola.

—Muy buen discurso —dijo—. Aunque parezca mentira ha sido interesante.

—El tuyo también.

Al ver que Hugo Menzies las llamaba por señas, Nora cruzó la multitud seguida por Viola. Menzies tenía muy buen color. Sus ojos azules brillaban, y su corbata blanca y su frac le daban aspecto de empresario teatral. Iba cogido del brazo del alcalde de Nueva York, Simon Schuyler, un hombre medio calvo y con cara de sabio que a pesar de su aspecto era un auténtico y peligrosísimo genio de la política, con mucha mano izquierda. Le habían encargado que pronunciara unas palabras durante la cena, y daba el tipo. Lo acompañaba una mujer morena y tan peripuesta que solo podía ser la esposa de un político.

—Nora, querida, ya conoces al alcalde Schuyler —dijo Menzies—. Te presento a su mujer. Simón, te presento a la doctora Nora Kelly, la principal conservadora de la tumba de Senef y una de nuestras científicas jóvenes con más talento y más interesantes. Y aquí tenemos a una egiptóloga británica de primera fila, la doctora Viola Maskelene.

—Encantado de conocerlas —dijo Schuyler mirando con interés a Viola a través de sus gafas de culo de vaso, interés que se tiñó de honda aprobación al desplazarse hacia Nora y nuevamente hacia Viola—. Ha hecho un magnífico discurso, señora Maskelene. Ha sido muy interesante la parte sobre el peso del corazón después de la muerte. Siento muchísimo decir que desde hace unos años la política de la ciudad de Nueva York ha conseguido que me pese mucho el corazón.

Se rió a gusto. Nora y Viola lo acompañaron educadamente en sus carcajadas, al igual que Menzies. Como era bien sabido, Schuyler se deleitaba en su propio ingenio, deleite que no siempre compartían sus conocidos. Parecía de excelente humor. Pensar que solo hacía seis semanas que había pedido la dimisión de Collopy... Así era la política de una gran capital.

—Nora —dijo Menzies—, al alcalde y su esposa les encantaría que tú y la doctora Maskelene los acompañaseis por la tumba.

—Con mucho gusto —dijo Viola, sonriendo.

Nora asintió con la cabeza.

—El placer será nuestro.

Sabía que la política del museo era asignar empleados a los vips para hacerles de guías privados durante las inauguraciones. El alcalde Schuyler no era el

político de más alto rango de la gala, pero si el más importante, ya que no solo controlaba los fondos del museo sino que se había escandalizado más que nadie por la destrucción de los diamantes.

—¡Qué bien! —dijo su mujer, aunque no se la veía precisamente entusiasmada ante la idea de pasear con dos guías tan atractivas.

Menzies se fue. Nora vio que estaba muy atareado emparejando al gobernador con el vicedirector del museo, a un senador de Nueva York con George Ashton y a varios vips con otros empleados, a fin de que todos se sintieran especiales.

—Un celestino de cuidado —dijo entre risas el alcalde, siguiéndolo con la mirada—. No me iría mal tenerlo de colaborador.

La luz cálida del techo de la sala se reflejaba en su calva como en una bola de billar.

—¡Atención, por favor, señoras y señores! —pronunció la voz profunda, aristocrática, de Frederick Watson Collopy, el director del museo, apostado ante la puerta de la tumba con las mismas gigantescas tijeras de cada inauguración. La ayuda de un colaborador le permitió ponerlas a la altura requerida, listas para cortar.

El timbalero de la pequeña orquesta elevó un redoble aceptable.

—¡Procedo a la reapertura de la Gran Tumba de Senef, después de más de medio siglo de oscuridad!

Collopy recurrió a todas sus fuerzas para cerrar las tijeras. Las dos mitades de la cinta cortada cayeron con suavidad al suelo. En cuanto se abrió sonoramente la doble puerta de imitación de piedra, la orquesta atacó el famoso tema de *Aida*, y los invitados que tenían entrada para el primero de los dos pases se acercaron al rectángulo casi completamente oscuro.

La mujer del alcalde se estremeció.

—No me gustan las tumbas. ¿De verdad que es de hace tres mil años?

—Tres mil trescientos ochenta —dijo Viola.

—¡Madre mía, cuánto sabe! —dijo la señora Schuyler, girándose hacia ella.

—Los egiptólogos somos auténticos pozos de sabiduría inútil.

El alcalde se rió.

—¿Es verdad que como dicen está maldita? —añadió la señora Schuyler.

—En cierto sentido sí —dijo Viola—. Muchas tumbas egipcias tenían inscripciones que amenazaban con grandes males a los profanadores. Esta tiene una maldición más fuerte que la mayoría, pero probablemente es porque Senef no era un faraón.

—¡Dios mío! Espero que no nos pase nada. ¿Quién era Senef?

—No se sabe con certeza. Probablemente era el tío de Tutmosis IV. Tutmosis fue faraón desde los seis años. Durante su infancia el regente fue Senef.

—¿Tutmosis? ¿Tiene algo que ver con Tutankamon?

—¡No, no! —dijo Viola—. Era otro faraón, mucho menos importante que Tutmosis.

—¡Qué lío! —dijo la mujer del alcalde.

Cruzaron la puerta y entraron en el pasillo inclinado.

—Cuidado, cariño, no tropieces —dijo el alcalde.

—Esto es el Primer Tránsito del Dios —dijo Viola, embarcándose en una breve descripción del plano de la tumba.

Al escucharla, Nora se acordó del entusiasmo que había puesto Wicherly en hacerles de guía. Solo habían pasado unas semanas. Tuvo un escalofrío a pesar de la cálida temperatura.

Avanzaron despacio hacia la primera parada en el espectáculo de luz y sonido. No había ni un alfiler. En pocos minutos estuvieron dentro los trescientos invitados. Nora oyó el ruido de la puerta al cerrarse, rematado por un sonoro impacto. De repente nadie decía nada. La luz se atenuó aún más.

El eco de una pala chocando contra la arena se filtró en la oscuridad. Después otro. Luego todo un coro de picos golpeando el suelo. Finalmente, las voces furtivas de los saqueadores susurrando nerviosamente. Al mirar hacia el fondo, Nora vio al equipo de la PBS filmando.

Había empezado el espectáculo de luz y sonido, para varios millones de espectadores.

Hayward llegó a la sala justo detrás de D'Agosta. Entraron en una orgía de luces y colores, y se quedó consternada al ver que la puerta de la tumba de Senef estaba cerrada y la cinta roja en el suelo, cortada. Los invitados más importantes ya habían entrado. Los demás seguían en la sala, repartidos por las mesas de cóctel o apretándose ante la comida y las copas.

—Hay que abrir la puerta. Enseguida —dijo Pendergast al llegar a la altura de la capitana.

—La sala de informática está por allá.

Entre miradas de sorpresa por parte de algunos invitados cruzaron corriendo la sala hasta lanzarse por una de las puertas del fondo.

La sala desde donde se controlaba todo el proceso informático de la tumba de Senef era pequeña. En una punta había una larga mesa con varios monitores y teclados. El hardware formaba dos filas, cada una en un lado: discos duros, controladores, sintetizadores y dispositivos de vídeo. También había un televisor sintonizado sin volumen en la cadena local de la red PBS, que en ese momento retransmitía en directo la inauguración para varias emisoras. En la mesa había dos técnicos sentados; uno de ellos miraba dos monitores con imágenes del interior de la tumba y el otro una columna de números. La irrupción hizo que se giraran, sorprendidos.

—¿Cómo está yendo el espectáculo? —preguntó Hayward.

—Como una seda —dijo uno de los técnicos—. ¿Por qué?

—Interrúmpalo —dijo Hayward—. Y abran la puerta de la tumba.

El técnico se quitó los auriculares.

—Sin autorización no puedo.

Hayward le puso la placa en las narices.

—Capitana Hayward, de Homicidios. ¿Le parece suficiente?

Al principio el técnico miró la placa sin saber qué hacer. Después se giró hacia su compañero con un encogimiento de hombros.

—Larry, por favor, inicia la secuencia de apertura de puertas.

Al mirar al segundo técnico, Hayward reconoció a Larry Enderby, a quien había interrogado dos veces, una con motivo del intento de asesinato de Margo Green y la otra por el robo de los diamantes. Por lo visto últimamente siempre estaba en el lugar y en el momento equivocados.

—Si tú lo dices... —contestó Enderby, no muy convencido.

Justo cuando empezaba a teclear apareció Manetti con la cara roja, seguido por dos vigilantes.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Tenemos un problema —dijo Hayward—. Vamos a interrumpir el espectáculo.

—A no ser que tenga una buena razón, es imposible.

—No tengo tiempo de explicárselo.

Enderby había dejado de teclear. Tenía los dedos encima del teclado y miraba a Hayward y a Manetti.

—Siempre he intentado complacerla, capitana Hayward —dijo Manetti—, pero esto es excesivo. Esta inauguración es vital para el museo. Ha venido gente muy importante y nos están viendo en directo millones de espectadores. No pienso dejar que nada ni nadie lo estropee.

—No se meta, Manetti —dijo Hayward secamente—. Asumo toda la responsabilidad. Está a punto de pasar algo gravísimo.

—Ni hablar, capitana —dijo Manetti de malas maneras, señalando el televisor—. Compruébelo usted misma. Todo va de maravilla.

Se acercó para subir el volumen.

« El quinto año del reinado del faraón Tutmosis IV... » .

Hayward se giró hacia Enderby.

—Abra ahora mismo la puerta.

—No cumpla la orden, Enderby —dijo Manetti.

La mano del técnico, que seguía suspendida encima de las teclas, empezó a temblar.

De repente, al mirar detrás de Hayward, Manetti vio a Pendergast.

—Pero ¡bueno! ¿Usted no estaba en la cárcel?

—¡He dicho que abra la puerta! —dijo Hayward a Enderby.

—Aquí pasa algo raro.

Manetti empezó a buscar su radio.

Moviéndose con gran agilidad, Pendergast acercó su cara amoratada a la de Manetti y dijo con educación:

—Mis más sinceras disculpas.

—¿Por qué?

Fue un golpe rápido e inesperado. Manetti se encogió con un « ¡uf! » ahogado. Mediante un gesto tan veloz como fluido, Pendergast le sacó la pistola de la funda y apuntó a los dos vigilantes.

—Armas, porras, sprays y radios al suelo —dijo.

Los guardas obedecieron.

Pendergast sacó una de las pistolas de la funda y se la dio a D'Agosta.

—Vigíelos.

—Vale.

Después cogió la pistola del otro vigilante y se la metió en el cinturón como arma de recambio, antes de girarse hacia Manetti, que estaba de rodillas con la mano en la barriga, intentando respirar.

—De veras que lo siento. Pero se ha puesto en marcha una conspiración para destruir a todos los que están en la tumba, y vamos a tratar de detenerla le guste o

no. ¿Dónde está Hugo Menzies?

—Acaba de meterse en problemas —dijo Manetti, jadeando—. Aún más graves que antes.

Empezó a ponerse de pie.

D'Agosta levantó amenazadoramente la pistola. Manetti se quedó quieto.

—Señor Enderby, ya ha oído la orden. Abra la puerta.

A pesar del susto que llevaba encima, el técnico asintió con la cabeza y empezó a teclear.

—Tranquilo, no tardo nada.

Un momento de silencio.

Otra ráfaga de pulsaciones, seguida de otra pausa. Enderby frunció el entrecejo.

—Parece que hay problemas técnicos...

«El quinto año del reinado del faraón Tutmosis IV, Senef, gran visir y antiguo regente del faraón niño, falleció por causas desconocidas y fue enterrado en el Valle de los Reyes, en una espléndida tumba cuya construcción había durado doce años. Pese a no haber sido faraón, Senef fue enterrado en el Valle de los Reyes porque era lo que correspondía a un personaje que había actuado de regente, y que probablemente hubiera conservado atribuciones faraónicas tras el acceso al trono de su antiguo pupilo. La gran tumba de Senef fue dotada de todas las riquezas que podía ofrecer el antiguo Egipto: un ajuar sepulcral de oro y plata, lapislázuli, cornalina, alabastro, ónice, granito y diamante, así como muebles, alimentos, estatuas, carros, juegos y armas. No se reparó en gastos.»

«El décimo año de su reinado, Tutmosis enfermó. Su hijo Amenhotep III fue declarado faraón por una facción del ejército enfrentada con los sacerdotes. En el Alto Egipto estalló una rebelión, y el país de los dos reinos cayó en la discordia y el caos.»

«Era un buen momento para saquear una tumba.»

«Por eso, un amanecer, los altos sacerdotes a cuyo cargo corría la vigilancia de la gran tumba de Senef empezaron a cavar...»

La voz en *off* hizo una pausa. Nora estaba en el pasillo del Segundo Tránsito del Dios, hombro con hombro con el alcalde y su mujer, justo delante de Viola Maskelene. El ruido de palas se hizo más fuerte, un «chof chof» en crescendo unido a las agitadas voces de los saqueadores. De pronto se oyó un grito ahogado de victoria, palas rascando piedra y el crujido de varios sellos de yeso rotos a golpes de pico. Alrededor de Nora, el público, formado por trescientos vips seleccionados a conciencia, las fuerzas vivas de Nueva York, estaba fascinado.

El siguiente sonido fue de piedras arrastradas. Los saqueadores estaban retirando la puerta exterior de la tumba. Apareció una rendija de luz que horadó vivamente la oscuridad. Al cabo de un momento aparecieron las caras digitalizadas de los saqueadores, ansiosos por entrar; estaban encendiendo antorchas. Iban vestidos de antiguos egipcios. Nora ya lo había visto, pero admiró otra vez el realismo de los saqueadores holográficos.

Otro juego de proyectores tomó el relevo sin que se notara y proyectó imágenes en diversas pantallas repartidas con gran habilidad. La impresión era que los saqueadores avanzaban temerosos por el pasadizo, delante de los visitantes. Los ladrones fantasmales se giraban hacia el público y lo invitaban a seguirlos con gestos y susurros, convirtiéndolo en su cómplice. Era el modo de que la gente pasase a la siguiente fase del espectáculo, cuyo escenario era la Sala de los Carros.

Nora avanzó con los demás, sintiendo un escalofrío de orgullo. El guión era

buenísimo. Wicherly se había lucido. A pesar de sus muchos defectos, era un hombre de gran talento. Nora se enorgulleció de su propia aportación creativa. Hugo Menzies, por su parte, había supervisado el proyecto con mano firme y sutil, dando pruebas de la misma inteligencia que le había permitido lidiar con el montaje de la exposición. Y los técnicos y el equipo de audiovisuales habían sacado el máximo partido al material visual. De momento, a juzgar por la fascinación del público, todo iba muy bien.

A medida que la gente se acercaba al pozo, siguiendo las imágenes de los saqueadores, se encendieron y parpadearon una serie de luces enmascaradas por paneles ocultos, que simulaban antorchas en las paredes del pasadizo. No había problemas de circulación. La gente se desplazaba al mismo paso que los saqueadores.

Los ladrones se pararon en el pozo y empezaron a discutir en voz alta sobre la manera de cruzar aquel punto tan peligroso. Varios llevaban finos troncos en los hombros. Los ataron, los bajaron mediante un rudimentario sistema de polea y cabrestante y los atravesaron sobre el pozo como un puente. A continuación las imágenes proyectadas de los ladrones avanzaron muy despacio, como equilibristas, mientras los troncos crujían y se balanceaban. De repente se oyó el pavoroso grito de una de las figuras que resbalaba y se hundía en la oscuridad del pozo. El grito fue cortado en seco por otro ruido aún más repulsivo, de carne chocando contra piedra. El público estuvo a punto de gritar.

—¡Madre mía! —dijo la mujer del alcalde—. Ha sido un toque bastante... realista.

Nora miró a su alrededor. Al principio se había mostrado contraria a aquel toque dramático, pero a juzgar por los murmullos de entusiasmo y los gritos contenidos del público había que reconocer su eficacia. Hasta la esposa del alcalde parecía cautivada, a pesar de su tímida objeción.

Subieron algunas pantallas holográficas, mientras bajaban otras. Los proyectores de vídeo controlados por ordenador trasladaron las imágenes de los saqueadores de pantalla en pantalla sin solución de continuidad, creando un efecto de movimiento tridimensional. El resultado era muy realista. Sin embargo, en cuanto saliera de la tumba el último visitante todas las pantallas se retirarían y las imágenes de muerte y destrucción se apagarían, dejando la sala en su estado original, a punto para el siguiente pase.

Los invitados siguieron a las figuras hasta la Sala de los Carros, donde los saqueadores se dispersaron, atónitos por su magnificencia y su riqueza: montones de oro y plata, lapislázuli y piedras preciosas que a la luz de las antorchas devolvían un brillo mortecino. Al fondo de la sala bajó una barrera que cerraba el paso a los espectadores. Entonces empezó la segunda parte del espectáculo, con otra voz en *off*:

«Al igual que muchas tumbas del antiguo Egipto, la de Senef contenía una inscripción que maldecía a quien quisiera saquearla, pero ninguna maldición igualaba en eficacia al miedo que inspiraba el poder del faraón a los propios saqueadores, ya que la codicia y la corrupción de estos altos sacerdotes no les impedía ser creyentes. Creían en la divinidad del faraón y en su vida eterna. Creían en las propiedades mágicas infundidas a los objetos que habían sido enterrados en la tumba al mismo tiempo que él. La magia de estos objetos era peligrosísima. Si no se anulaba, podía perjudicar gravemente a los saqueadores».

«Por eso lo primero que hacían estos últimos era destruir todo el ajuar de la tumba, a fin de suprimir sus poderes mágicos».

Cuando los saqueadores se recuperaron de la impresión, empezaron a coger objetos y a tirarlos por el suelo. Su inicial timidez derivó en una orgía de destrucción de muebles, vasijas, armaduras y estatuas arrojadas contra las paredes, el suelo de piedra o los pilares cuadrados. Por todas partes volaban, resbalaban o saltaban imágenes inmateriales de gemas, oro y trozos de alabastro. Los saqueadores intercalaban gritos y maldiciones en su actividad. Algunos gateaban por el suelo, removiendo los destrozos y guardando los objetos de valor en sacos.

También esta escena destacaba por su realismo.

«Se destruía todo. Si se sacaba de la tumba algún objeto de valor, era a trozos, para desmenuzarlo aún más. Los metales se fundían para hacer lingotes, y las joyas e incrustaciones de lapislázuli, turquesa y jaspes se sacaban de sus engarces para volver a cortarlas. A continuación este tesoro se exportaba rápidamente fuera de Egipto, a otro lugar donde los objetos perdieran cualquier residuo del poder del divino faraón».

«Todos los objetos bellos y valiosos guardados en la tumba estaban condenados al mismo destino: la aniquilación total. Tantos años de trabajo, tantos miles de artesanos, para que en un solo día se redujese todo a escombros».

El frenesí de insultos, gritos y destrozos cada vez era mayor. Nora miró de reojo al alcalde y a su mujer. Ambos estaban boquiabiertos, asombrados, completamente absortos en la escena, como el resto del público. Nadie podía apartar la vista, ni siquiera los policías y los cámaras. Viola Maskelene sorprendió a Nora mirándola y le hizo una señal con la cabeza, a la vez que levantaba el pulgar.

Nora volvió a estremecerse. La tumba de Senef sería un éxito, un éxito sin precedentes. Y su principal conservadora —no pudo por menos que pensar— era ella. Era a ella a quien correspondía el mérito. Menzies estaba en lo cierto. Sería su consagración.

Volvió a sonar la voz en *off*.

«Tras destruir la Sala de los Carros y llevarse todos los tesoros de valor, los saqueadores penetraron en la parte más profunda de la tumba, la llamada Sala del Oro, o cámara sepulcral propiamente dicha. Se trataba de la parte más rica y peligrosa de la tumba, ya que era donde descansaba el propio faraón con el cuerpo momificado pero no muerto, según las creencias de la época.»

Sin soltar las antorchas, sudorosas y exaltadas por la bacanal de destrucción, las figuras holográficas cruzaron el arco del fondo, que daba acceso a la cámara sepulcral. Una vez abierta la barrera, también el público cruzó la Sala de los Carros y se detuvo en la cámara sepulcral frente a otra barrera que bajó del techo. La voz en *off* reanudó sus explicaciones. El espectáculo se aproximaba al clímax.

«La cámara sepulcral era el lugar de descanso del cuerpo momificado del faraón, que contenía el alma-Ba de este último, una de las cinco almas de los muertos.»

«El robo se produjo en plena luz del día, tal como estaba planeado, ya que según las creencias egipcias el alma-Ba del faraón se ausentaba de la tumba a lo largo del día para viajar por el cielo con el sol. Llegado el crepúsculo, el alma-Ba se reunía con la momia del faraón, y ¡ay del saqueador sorprendido en la tumba tras el anochecer, cuando la momia volvía a la vida!»

«Estos saqueadores, sin embargo, han sido poco cuidadosos. Aún no existían los relojes mecánicos, y en la oscuridad de la tumba de nada servían los de sol. No disponen de ningún medio para llevar la cuenta del paso del tiempo. E ignoran que fuera de la tumba ya se está poniendo el sol...»

Los saqueadores se entregaron a otra orgía de violencia: rompieron los canopes, dispersaron los órganos momificados de Senef, abrieron cestas de grano y pan, arrojaron alimentos y animales momificados y decapitaron estatuas. Después se centraron en el gran sarcófago de piedra. Deslizaron troncos de cedro en un lado, movieron lentamente la tapa de una tonelada y la retiraron milímetro a milímetro hasta que cayó del sarcófago, partiéndose en dos trozos en el suelo. La magia de la proyección holográfica volvió a prestar un realismo excepcional a la escena.

Nora notó que le tocaban el codo. Al bajar la vista vio que era el alcalde, y que le sonreía.

—Esto es espectacular —susurró Schuyler, guiñándole el ojo—. Parece que al final se ha disipado la maldición de Senef.

Viéndolo tan calvo, y con la cara tan redonda y lustrosa, Nora no tuvo más remedio que sonreír. Estaba entusiasmado, como un niño grande. Todos lo estaban.

Ya no le cabía ninguna duda. La exposición era un enorme éxito.

Los técnicos, que ahora trabajaban como desesperados, siguieron tecleando órdenes ante la mirada incrédula y horrorizada de D'Agosta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hayward.

Enderby se secó nerviosamente la frente.

—No lo sé. El terminal no acepta mis órdenes.

—¿Y si lo pasa al modo manual? —preguntó Hayward.

—Ya lo he intentado.

Hayward se giró hacia Manetti.

—Avisé a los vigilantes de la tumba. Dígales que vamos a cerrar la exposición.

Sacó el radio, pero cuando estaba a punto de comunicarse con los policías del interior vio que Manetti palidecía.

—¿Qué pasa?

—Estoy intentando hablar con mis hombres de la tumba pero no hay cobertura. Nada de nada.

—¿Cómo es posible? ¡Si solo están a cincuenta metros!

—La tumba está protegida contra radiofrecuencias —murmuró Pendergast.

Hayward bajó la radio.

—Use el sistema de megafonía. Tiene cableado directo, ¿no?

Enderby volvió a teclear como un poseso.

—Tampoco funciona.

Hayward se quedó mirándolo.

—Corte la electricidad de las puertas. Hay un sistema de apertura manual por si falla la corriente.

Enderby pulsó algunas teclas y levantó las manos, haciendo un gesto de impotencia.

De repente Pendergast señaló uno de los monitores que transmitían imágenes de la sala.

—¿Lo han visto? Rebobine un poco, por favor.

Uno de los técnicos reprodujo las imágenes en sentido inverso.

—Aquí.

Pendergast estaba señalando una figura borrosa en un lado oscuro del plano.

—¿Puede enfocar la imagen? —pidió con urgencia—. ¿Y acercarla?

D'Agosta vio que la imagen se hacía más nítida. Todos observaron que el hombre metía una mano en el bolsillo de su frac, sacaba un antifaz negro y se lo ponía. Después se puso unos auriculares.

—Menzies —susurró Hayward.

—Diógenes —dijo Pendergast como si hablara solo, con voz glacial.

—Tenemos que pedir refuerzos —dijo Manetti—. Que venga una unidad de

las fuerzas especiales y...

—¡No! —lo interrumpió Pendergast—. No tenemos tiempo. Lo retrasaría todo. Querrían montar un centro móvil de control, habría que cumplir todo tipo de normas... Tenemos diez minutos. Como mucho.

—¡Me parece imposible que no se abran las puertas! —dijo Enderby, aporreando el teclado—. Habíamos programado dos *backups* independientes. No tiene sentido. No hay nada que responda...

—Ni responderá —dijo Pendergast—. Las puertas seguirán cerradas hagan lo que hagan. Seguro que Menzies, es decir, Diógenes, ha saboteado los sistemas de control tanto del espectáculo como de la sala. —Se giró hacia Enderby—. ¿Puede sacar una lista de todos los procesos en marcha?

—Sí.

Enderby tecleó diversas órdenes. D'Agosta echó un vistazo a la pantalla. Se había abierto una pequeña ventana con una lista de misteriosas palabras en minúsculas como *asmcomp*, *rutil*, *syslog* o *kcron*.

—Examine todos los nombres de procesos —dijo Pendergast—, especialmente los del sistema. ¿Ve alguna anomalía?

—No. —Enderby miraba atentamente la pantalla—. Sí, este que se llama *kernel_con_fund_o*.

—¿Sabe para qué sirve?

Enderby parpadeó.

—Por el nombre debe de ser una especie de archivo de consola que accede al núcleo del sistema. El cero del final querría decir que es una versión beta.

—Si puede analice el código y averigüe aproximadamente cuál es su función. —Pendergast se giró hacia Hayward y D'Agosta—. Aunque me temo que ya sé la respuesta.

—¿Cuál es? —preguntó Hayward.

—Lo del final no es un cero, sino la letra *o*: «confundo». Seguro que se trata de una rutina de sistema incorporada por Diógenes para sabotear el espectáculo. —Señaló todo el equipo informático de la sala—. O mucho me equivoco o ahora estos dispositivos los controla Diógenes, como todo lo demás.

Enderby seguía muy atento a la pantalla.

—Parece que ahora mismo el espectáculo lo gestiona otro servidor desde el interior de la tumba. Todo lo que hay aquí, los sistemas de la sala de control, depende de él.

Pendergast se inclinó por encima del hombro del técnico.

—¿Podría desactivarlo de algún modo?

Más ruido de teclas.

—No. Ahora mis órdenes ni siquiera pasan.

—Corte todo el suministro eléctrico de la tumba —dijo Pendergast.

—Se encenderá el auxiliar.

—Pues corte el auxiliar.

—Se quedarán a oscuras.

—Hágame caso.

Más ruido de teclas y una palabrota.

—Nada.

Pendergast miró a su alrededor.

—Pues entonces la caja de fusibles.

Se acercó en un par de zancadas, abrió la caja y accionó el general.

La pequeña habitación quedó inmediatamente a oscuras, pero los ordenadores no se apagaron. En cuestión de segundos se oyó un fuerte clic. Era el suministro auxiliar, que hizo que se encendieran varias hileras de fluorescentes de emergencia.

Enderby no daba crédito a lo que veía en la pantalla.

—Increíble. En el interior de la tumba aún tienen todo el suministro. El espectáculo ha seguido como si nada. Dentro debe de haber un generador, pero no estaba en ninguno de los planos que me...

—¿Dónde está la fuente auxiliar de esta sala? —lo interrumpió Pendergast.

Manetti señaló con la cabeza un rincón con un armario metálico grande y gris.

—Dentro están los relés que conectan los cables de alimentación principales de la tumba con el generador auxiliar del museo.

Pendergast retrocedió, apuntando la pistola de Manetti hacia el armario, y vació todo el cargador. Como la habitación estaba insonorizada, las detonaciones fueron ensordecedoras. Los grandes agujeros negros de los proyectiles hicieron saltar la pintura gris de un lado a otro del armario. Se oyó un chisporroteo de electricidad. Apareció un gran ajeo azul. Los fluorescentes se apagaron después de algunos parpadeos, dejando el brillo de los monitores y un olor a cordita y a aislante derretido.

—Los ordenadores siguen encendidos —dijo Pendergast—. ¿Por qué?

—Tienen batería propia.

—Pues reinicielos a la fuerza. Desenchufe los cables de la electricidad y vuévalos a enchufar.

Enderby se puso a gatas debajo de la mesa y empezó a arrancar cables hasta dejarlo todo a oscuras y en silencio. Se oyó un clic y se encendió una luz. Era la linterna de Hayward.

De repente se abrió la puerta y entró un hombre alto, con una bufanda roja y unas gafas negras redondas.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con voz chillona—. ¿Estoy dirigiendo una retransmisión simultánea para millones de personas y ustedes ni siquiera pueden evitar que se vaya la luz? ¡Por Dios, solo tengo generador para un cuarto de hora!

D'Agosta reconoció al famoso director Randall Loftus; tenía manchas rojas

de rabia en la cara.

Pendergast se giró hacia D'Agosta y le dijo, muy cerca:

—¿Sabe qué hay que hacer, Vincent?

—Sí —dijo D'Agosta. Se giró hacia el director—. Ahora lo ayudo.

—¡Sería todo un detalle!

Loftus dio media vuelta y salió con pasos rígidos, seguido por D'Agosta.

Al otro lado, en la oscuridad del gran salón, que solo los cientos de velitas de las mesas impedían que fuera total, los invitados se movían con agitación, pero todavía no parecían inquietos. Parecían tomárselo como una aventura. Los vigilantes del museo iban de aquí para allá explicando que el corte eléctrico no duraría mucho. D'Agosta siguió al director hasta el fondo de la sala, donde estaba instalado su equipo. Todos trabajaban con rapidez y eficacia, murmurando por micros u observando pequeños monitores montados en cámaras.

—Dentro ya no nos oyen —dijo un técnico—, pero parece que aún tienen electricidad. Todavía retransmiten y la conexión con la parabólica funciona bien. No creo ni que sepan que nos hemos quedado sin luz.

—¡Menos mal! —dijo Loftus—. Antes morir que estar en directo y sin nada que retransmitir.

—Oiga, eso que ha dicho de una conexión... —comentó D'Agosta—. ¿Dónde está?

Loftus señaló con la cabeza un cable grueso, con revestimiento de goma y fijaciones de cinta aislante, que salía sinuosamente de la sala.

—Ah... —dijo D'Agosta—. ¿Y si se cortara el cable?

—¡Dios no lo quiera! —dijo Loftus—. Nos quedaríamos sin retransmisión, pero tranquilo, no se cortará. No es un cable que pueda romperse por un simple tropiezo.

—¿No tienen ningún cable de refuerzo?

—No hace falta. Este cable tiene una funda de caucho, epoxi y malla de acero. Es indestructible. En fin, agente...

—Teniente D'Agosta.

—Parece que al final no lo necesitamos. —Loftus se giró y señaló a otro miembro del equipo—. ¡Oye, estúpido! ¡Los monitores encendidos siempre hay que vigilarlos!

D'Agosta miró a su alrededor. La preceptiva boca de incendios estaba al fondo de la sala, cerca de la entrada, con una manguera enrollada y un hacha grande Pulaski detrás de un cristal rompible. Se acercó, dio una patada al cristal y sacó el hacha. Luego caminó hacia el punto en que el cable, que estaba rodeado con cinta aislante, salía en ángulo recto de la sala, plantó bien los pies en el suelo y levantó el hacha por encima de la cabeza.

—¡Eh! —exclamó uno de los técnicos—. ¿Qué hace ese tío?

D'Agosta dio un golpe seco con el hacha y seccionó el cable con limpieza,

provocando una lluvia de chispas.

Randall Loftus emitió un aullido inarticulado de rabia.

D'Agosta volvió rápidamente a la sala de control. Pendergast y los técnicos seguían obcecados con el sistema informático, que aún se negaba a aceptar órdenes, aunque lo hubieran reiniciado.

Pendergast se giró hacia D'Agosta.

—¿Y Loftus?

—En este momento está fuera de sí de rabia.

Pendergast asintió con la cabeza y contrajo los labios en algo parecido a una sonrisa.

De repente uno de los monitores que emitían imágenes en directo empezó a lanzar unos destellos que llamaron la atención de D'Agosta.

—¿Qué ocurre? —preguntó incisivamente Pendergast.

—Se han puesto en marcha las luces estroboscópicas —dijo Enderby, encorvado ante el teclado.

—Pero ¿en el espectáculo hay luces estroboscópicas?

—Sí, en la parte final, para los efectos especiales.

Pendergast se concentró en la pantalla; la luz azul se reflejó en sus intensos ojos grises. Después de varios parpadeos se oyó una especie de trueno muy particular.

Enderby se incorporó de golpe.

—¡Eh! ¡Eso no tenía que ser así!

El monitor siguió recogiendo la señal de audio de la tumba, que consistía en un murmullo que brotaba del público y se hacía más fuerte. Pendergast se giró hacia Hayward.

—Capitana, supongo que al revisar la seguridad de la exposición consultó los planos de la tumba y de las zonas adyacentes...

—Sí.

—Si tuviera que entrar en la tumba a la fuerza, ¿cuál sería el mejor lugar?

Hayward reflexionó.

—Hay un pasillo que conecta la estación de metro de la calle Ochenta y uno con la entrada subterránea del museo. Pasa por detrás de la tumba, y hay un punto donde el grosor del muro entre el pasillo y la cámara sepulcral solo es de sesenta centímetros.

—¿Sesenta centímetros de qué?

—De hormigón reforzado con acero. Es un muro de carga.

—Sesenta centímetros de hormigón —murmuró D'Agosta—. Como si fueran treinta metros. No se puede cortar ni a tiros ni a hachazos. Al menos antes de que sea demasiado tarde.

Un terrible silencio se adueñó del centro de control. Solo se oía el retumbar extraño de la sala, y el rítmico murmullo de los espectadores. D'Agosta vio que Pendergast se encorvaba visiblemente, y pensó con un escalofrío de terror: «Está ocurriendo. Diógenes está ganando. Lo tiene todo previsto. No podemos hacer absolutamente nada».

Justo entonces vio que Pendergast daba un respingo. En los ojos del agente apareció un nuevo brillo. Respiró con fuerza y se giró hacia uno de los vigilantes.

—Usted, ¿cómo se llama?

—Rivera, señor.

—¿Sabe dónde está el departamento de taxidermia?

—Sí, señor.

—Pues baje a buscar un frasco de glicerol.

—¿Glicerol?

—Es un producto químico que se usa para ablandar las pieles de los animales. Seguro que hay. —El siguiente a quien se dirigió fue Manetti—. Mande a un par de vigilantes al laboratorio de química. Necesito frascos de ácido sulfúrico y ácido nítrico. Que los busquen donde están guardados los productos químicos peligrosos.

—¿Se puede saber...?

—No tengo tiempo de explicárselo. También necesitaré un embudo de separación con una llave de paso al final, y agua destilada. Ah, y un termómetro, si es que lo encuentran. —Pendergast miró a su alrededor, encontró papel y bolígrafo y apuntó rápidamente algunas cosas; luego entregó la hoja a Manetti—. Si tienen problemas, que pregunten a algún técnico del laboratorio.

Manetti asintió con la cabeza.

—De momento hagan el favor de sacar a todo el mundo de la sala. No quiero que se quede nadie que no sea policía o vigilante del museo.

—Hecho.

Manetti hizo señas a los dos vigilantes, que salieron del centro de control.

Pendergast se giró hacia los técnicos.

—Ustedes y a no pueden hacer nada. Salgan con el resto.

Tenían tantas ganas de irse que se levantaron como dos resortes.

Pendergast miró a D'Agosta.

—Vincent, para usted y la capitana Hayward tengo una misión. Bajen a la estación de metro y ayúdela a encontrar el punto débil de la pared.

D'Agosta y Hayward se miraron.

—De acuerdo.

—Ah, Vincent... El cable que acaba de cortar... —Pendergast señaló uno de los monitores—. Diógenes debía de tener preparado un generador secreto, porque la retransmisión aún no se ha interrumpido. Ocúpese de ello, por favor.

—Ahora mismo vamos.

D'Agosta salió de la habitación con Hayward a su lado.

—¡Esto es fabuloso! —susurró con euforia el alcalde al oído de Nora.

Después de destrozar la cámara sepulcral, los saqueadores holográficos se estaban acercando al sarcófago abierto. Temblores, dudas... Al final uno de ellos se atrevió a mirar.

—¡Oro! —dijo su voz grabada—. ¡Oro macizo!

La voz en off recitó:

«Ha llegado la hora de la verdad. Los saqueadores se han asomado al interior del sarcófago y ven el ataúd de oro macizo de Senef. Para los antiguos egipcios el oro era más que un metal precioso. Era algo sagrado, que adoraban; la única sustancia conocida por ellos que no se empañaba, decoloraba o corroía. Lo consideraban inmortal, la sustancia de la que estaba hecha la mismísima piel de los dioses. El ataúd representaba al faraón inmortal resurrecto en su piel de oro, la misma piel que Ra, el Dios Sol, llevaba durante su viaje por el cielo, mientras hacía llover sobre la tierra su luz dorada».

«Todo lo que han robado es un simple prelude del corazón de la tumba».

En el siguiente episodio del espectáculo, los ladrones improvisaban un trípode de madera, lo ponían encima del sarcófago e incorporaban una polea para levantar la tapa del pesado ataúd de oro. Dos de ellos se metían dentro del sarcófago y ataban cuerdas en el ataúd. El otro empezaba a estirar con un grito de victoria. La tapadera de oro subía esplendorosa y rutilante hacia la luz. El público, evidentemente, se había quedado sin aliento.

Volvió a oírse la voz pregrabada del narrador:

«El sol se ha puesto, aunque lo ignoren los saqueadores. El alma-Ba de Senef está a punto de regresar para instalarse dentro de su momia durante la noche y reanimar sus huesos durante las horas de oscuridad».

Ahí estaba: la reacción del alma-Ba, la culminación de la maldición de Senef. Nora, consciente de lo que se avecinaba, se preparó.

Se oyó algo en el interior del ataúd. Era un gemido sordo. Los saqueadores interrumpieron su trabajo y dejaron el ataúd colgando de las cuerdas. En ese momento intervinieron las máquinas de niebla. Dentro del sarcófago empezó a formarse una bruma blanquecina que se derramó por los lados. Se oyeron gritos ahogados entre los espectadores. Nora sonrió para sus adentros. Un recurso quizá un poco manido, pero eficaz.

Se oyó un trueno. Las luces estroboscópicas del techo empezaron a parpadear

a través de la niebla que subía y subía, acompañada por el redoble ominoso de los truenos. Las luces estroboscópicas se aceleraron. De repente las cuatro se desincronizaron y empezaron a parpadear a ritmos distintos.

« ¡Maldita sea, un fallo! » Nora miró a su alrededor, buscando un técnico, pero al cabo de un rato se acordó de que todos estaban en la sala de control, vigilando el espectáculo de lejos. Seguro que lo arreglarían enseguida.

Mientras unas luces iban más deprisa y otras más despacio, sonó otra especie de trueno, una vibración increíblemente grave, justo en el umbral del oído humano. También debía de estar fallando el sistema de sonido. Las notas graves se multiplicaron. Más que sonidos parecían vibraciones físicas en el vientre.

« Oh, no —pensó Nora—. Estos ordenadores se han descontrolado. Con lo bien que estaba yendo... »

Volvió a mirar a su alrededor, pero el público no se había dado cuenta del fallo. Creían que formaba parte del espectáculo. Si los técnicos se daban prisa en arreglarlo, quizá pasaría inadvertido. Nora confió en que fueran eficientes.

La aceleración de las luces estroboscópicas seguía, excepto en el caso de un foco, particularmente intenso, que mantenía sus parpadeos a un ritmo ligeramente dispar. La fusión de las luces creó una especie de efecto Doppler visual que casi mareó a Nora.

De repente, con un profundo ruido gutural, la momia se levantó del sarcófago. Los saqueadores holográficos retrocedieron dando gritos de miedo — al menos esa parte del espectáculo aún funcionaba—. El susto hizo que algunos soltasen sus antorchas. Sus rostros quedaron en la penumbra, con los ojos muy abiertos y sus cuerpos encogidos de pavor.

¡Senef!

Nora vio algo raro en la momia. Era más grande y más oscura, más amenazante. De repente un brazo huesudo perforó la tela —detalle que ni siquiera salía en el guión— y subió como una garra, tanteando, hacia su propia cara vendada. Era un brazo deforme y alargado, como de simio. Los dedos descarnados se clavaron en los vendajes de tela, y al arrancarlos dejaron a la vista una cara tan horrible que Nora retrocedió impulsivamente, sin respiración. Se habían excedido. ¿Qué era aquello, una broma de Wicherly? Porque un detalle tan repulsivo y eficaz tenía que estar planeado. No era un simple fallo.

Al público se le cortó audiblemente la respiración.

—¡Dios mío! —dijo la mujer del alcalde.

Nora miró a su alrededor. La mirada de los espectadores seguía muy fija en la aparición de la momia, como si los tuviera hipnotizados. La diferencia era que ahora estaban inquietos, incómodos. Nora sintió cómo crecía el miedo de todos los asistentes, mientras se oían susurros cargados de tensión. Viola captó su atención con una mirada ceñuda, interrogante. Algo más lejos, Nora divisó el rostro de Collopy, el director del museo. Se lo veía pálido.

Las luces estropeadas seguían parpadeando con un movimiento periférico, fortísimas. Nora tuvo un momento de auténtico mareo. Surgió otra nota grave, que removía las tripas. Nora cerró los ojos un momento para abstraerse de la combinación de luces intensas y sonidos graves. Oyó cómo se cortaban más respiraciones. Luego un grito asfijado casi antes de brotar. Pero ¿qué ocurría? ¿Qué eran aquellos ruidos? Nunca había oído nada igual. Eran como las notas de la trompeta del juicio final, llenas de horror y de angustia, y de una fuerza que parecía violar el propio ser de Nora.

La momia empezó a abrir la mandíbula. Sus labios secos se resquebrajaron, y al desmenuzarse dejaron al desnudo una fila de dientes podridos y marrones. La boca se convirtió en un sumidero de cieno negro que rompió a hervir y a retorcerse. De pronto Nora asistió horrorizada a su transformación en una masa de cucarachas negras y brillantes que empezaron a salir del orificio podrido con un ruido sibilante de patas. Tras un nuevo y espantoso gemido, se produjo otra explosión de luces estroboscópicas, la segunda. Tan increíble fue su intensidad que Nora las veía parpadear incluso con los ojos cerrados, a través de los párpados...

... si no fuera porque un zumbido aterrador la obligó a abrirlos otra vez. Ahora la momia parecía vomitar tinieblas. La nube de insectos había emprendido el vuelo. Las cucarachas se habían convertido en avispas gordas y blandas cuyas mandíbulas hacían un ruido de agujas de hacer punto, mientras volaban hacia el público como algo horrible, inverosímil.

De repente Nora sintió una oleada de vértigo que le hizo perder el equilibrio y agarrarse maquinalmente a la persona que tenía al lado: el alcalde, también él a punto de tropezar.

—¡Dios mío...!

Oyó que alguien vomitaba, un grito de auxilio... y los gritos del público, que se echaba atrás para tratar de huir de los insectos. Nora era consciente de que eran una holografía, como todo el resto, pero iban hacia ella y eran de un realismo tan extraordinario, todas con su correspondiente aguijón sobresaliendo del abdomen, reluciente de veneno, que retrocedió instintivamente y notó que caía, una caída sin final cómo la del saqueador en el pozo, entre un coro de lamentos que la envolvía como los gritos de los condenados al ser absorbidos por el infierno.

Constance se despertó al oír que llamaban suavemente a la puerta del dormitorio. Se giró sin abrir los ojos, acurrucándose en la almohada de plumón.

Volvieron a llamar, pero un poco más fuerte.

—¿Constance? ¿Todo bien, Constance?

Era la voz de Wren, aguda y preocupada.

Se desperezó lánguidamente, deliciosamente, y se sentó en la cama.

—Sí, muy bien —dijo con cierta irritación.

—¿Pasa algo?

—No, gracias.

—¿Estás enferma?

—En absoluto. Estoy perfectamente.

—Perdona la intromisión. Es que no estoy acostumbrado a que duermas todo un día. Son las ocho y media, pasada la hora de la cena, y aún estás acostada.

—Sí —fue lo único que dijo Constance como respuesta.

—¿Entonces? ¿Te apetece desayunar lo de siempre? ¿Té verde y una tostada con mantequilla?

—No, gracias, Wren, lo de siempre no. Si es posible me apetecerían unos huevos escalfados, zumo de arándanos, arenques ahumados, media docena de tiras de bacon, medio pomelo y un bollo con un tarro de mermelada, por favor.

—Ah... Muy bien.

Oyó que Wren se alejaba por el pasillo, de regreso a la escalera.

Se apoyó en las almohadas y volvió a cerrar los ojos. Había dormido larga y profundamente, sin soñar, algo muy extraño en ella. Se acordó del infinito verde esmeralda de la absenta y de la extraña sensación de ligereza que le había provocado, como si se viera a sí misma en la distancia. Una sonrisa cómplice cruzó su rostro, y tras desvanecerse volvió a dibujarse como si la espolease algún recuerdo. Constance se hundió un poco más en los cojines, relajando los brazos y las piernas bajo la suavidad de las sábanas.

Poco a poco, muy despacio, se dio cuenta de algo. El dormitorio no olía como siempre.

Volvió a incorporarse. No era el olor de... él, sino algo que no creía haber olido nunca. En realidad no era desagradable, pero sí... distinto.

Miró a su alrededor, buscando su procedencia. En la mesita de noche no había nada.

Solo al cabo de un rato se le ocurrió meter la mano debajo de la almohada.

Esta vez sí encontró algo: un sobre y una caja larga con un envoltorio de papel antiguo y una cinta negra. El olor procedía de ahí, un aroma almizclado que recordaba el de un bosque frondoso. Sacó rápidamente las dos cosas.

El sobre era de papel de tela. La caja tenía las dimensiones justas para

contener un collar de diamantes, o bien una pulsera. Constance sonrió. Después se ruborizó.

Se apresuró a abrir el sobre. Salieron tres hojas de papel cubiertas por una caligrafía apretada y elegante. Empezó a leer:

Espero que hayas dormido bien, querida Constance. El dulce sueño de los inocentes.

Es muy probable que sea la última vez que lo hagas. Claro que si sigues el consejo de esta carta también es posible que el sueño vuelva, y que lo haga muy pronto.

Debo reconocer que en el transcurso de las horas placenteramente pasadas en tu compañía me he preguntado: ¿cómo te has sentido todos estos años viviendo bajo el mismo techo que el tío Antoine, a quien tú llamabas Enoch Leng, el brutal asesino de tu hermana Mary Greene?

¿Lo sabías, Constance? ¿Sabías que Antoine mató y viviseccionó a tu hermana? Seguro que sí. Al principio quizá fuera una simple suposición, una extraña y lúgubre corazonada que debiste de achacar a la perversidad intrínseca de tu modo de pensar, pero el paso del tiempo —ambos tuvisteis tanto...— debió de convertirlo en una posibilidad, y finalmente en una certeza. Ahora bien, no cabe duda de que se trató de un proceso subconsciente, tan soterrado que prácticamente no podía descubrirse. Lo cual no te impedía saberlo. Naturalmente que no.

¡Qué exquisita ironía hay en esta situación! Antoine Pendergast mató a tu propia hermana para prolongar su vida mortal... ¡y en último término también la tuya! ¡Es el hombre a quien todo lo debes! ¿Sabes cuántos niños tuvieron que morir a fin de que él pudiese elaborar su elixir, y tú pudieras gozar de una infancia anómalamente larga? Tú, Constance, naciste normal, pero gracias al tío Antoine te convertiste en un bicho raro. Son las palabras que usaste, ¿verdad? «Bicho raro».

Y ahora, mi querida y engañada Constance, ya no puedes desechar la idea. Ya no puedes atribuirla a tu imaginación o a un miedo oscuro e irracional propio de noches en que los truenos no te dejan dormir. Así son las cosas. Lo peor ha resultado ser cierto. Fue exactamente lo que sucedió. A tu hermana la mataron para prolongar tu vida. Lo sé porque antes de morir me lo contó el tío Antoine personalmente.

En efecto. El anciano y yo mantuvimos una serie de conversaciones. ¿Cómo no iba a buscar a un miembro de mi amada familia con una trayectoria tan pintoresca y una visión del mundo tan semejante a la mía? La posibilidad de que siguiera vivo después de tantas décadas no hacía más que añadir otro aliciente a mi búsqueda, y así no descansé hasta localizarlo. Él comprendió enseguida mi ser profundo, y como es natural intentó vivamente que tu camino y el mío nunca se cruzasen, pero a cambio de mi promesa de no acercarme a ti no tuvo grandes

reparos en explicar su solución, digamos que «única», para este mundo desquiciado. Ni en confirmármelo todo: la existencia del brebaje que alargaba la vida, aunque se abstuvo de entrar en detalles sobre su elaboración. ¡El bueno del tío Antoine! Lamenté su muerte. Con él el mundo era más interesante. Por desgracia, en el momento de su asesinato yo estaba demasiado enfrascado en mis planes para ayudarlo a eludir su destino.

Y ahora vuelvo a preguntártelo. ¿Cómo te has sentido viviendo tantos, tantos años en esta casa y siendo la ayudante del asesino de tu hermana? Ni siquiera cabe en mi imaginación. No me extraña que tu psique sea tan frágil, como no me extraña que mi hermano tema por tu cordura. Los dos solos en la casa... ¿Es posible que llegaras, por decirlo de algún modo, a establecer un trato íntimo con Antoine? No, eso no. De ese tesoro, mi queridísima Constance, soy el único hombre que lo ha poseído. La prueba física era incontrovertible. Ahora bien, lo querías. No cabe duda de que lo querías.

¿Y ahora, mi querida y pobre Constance? ¿Ahora qué te queda, precioso y caído ángel mío? Participe de un fratricidio. Consorte del asesino de tu hermana. Incluso el aire que respiras se lo debes a ella, y al resto de las víctimas de Antoine. ¿Mereces que se prolongue una existencia tan perversa? ¿Quién lloraría tu muerte? Mi hermano no, te lo aseguro. Sería quitarse de encima el peso de una culpa. ¿Wren? ¿Proctor? ¡Qué risible! Tampoco yo lamentaré tu pérdida. Has sido un juguete, un misterio de fácil solución, una caja anodina que se abre a la fuerza y resulta estar vacía, un espasmo animal. En consecuencia, si me lo permites, te daré un consejo, lo único —créeme— sincero y altruista que te he dicho jamás.

Haz lo más noble. Pon fin a tu vida antinatural.

Siempre tuyo,

DIÓGENES

P.S. *Quedé sorprendido al comprobar lo infantil que fue tu anterior tentativa de suicidio. Supongo que ahora ya sabrás que no hay que cortarse a ciegas las muñecas en sentido transversal, ya que el cuchillo se ve obstaculizado por los tendones. Si aspiras a un resultado más satisfactorio, corta a lo largo, entre los tendones, y haz un solo corte, pero despacio, con fuerza y sobre todo profundo. En cuanto a mi cicatriz, ¿verdad que parece mentira lo que se puede conseguir con un poco de maquillaje y cera?*

Pasó un momento largo, insondable.

La atención de Constance se posó en el regalo. Lo cogió y lo desenvolvió despacio, con mucha precaución, como si fuera una bomba. Dentro había una caja con bisagras, de madera de rosal muy bien pulida.

Abrió la caja con la misma lentitud. El interior, forrado de terciopelo, contenía un escalpelo antiguo. El mango era de marfil amarillento. El pulimento

de la cuchilla le daba un brillo intenso. Extendió el índice y acarició el mango del escalpelo. Era frío y liso. Lo sacó con cuidado de la caja y se lo puso en la palma de la mano para ver brillar la luz del fuego en la lustrosa cuchilla, como un diamante.

El apagón pilló a Smithback con una ostra a medio camino de la boca. Tras una fracción de segundo de oscuridad total, en algún lugar se oyó un golpe sordo y se encendieron las luces de emergencia, varias filas de fluorescentes en el techo que lo bañaron todo con una luz horrible, de un blanco verdoso.

Smithback miró a su alrededor. La mayoría de los vips habían entrado en la tumba, pero faltaban los invitados del segundo turno —muchos de ellos buenos bebedores y comedores—, que circulaban por la sala o estaban sentados alrededor de las mesas. Se estaban tomando el apagón con calma.

Se metió la ostra en la boca con un encogimiento de hombros, y después de absorber el molusco viscoso, salobre y todavía vivo y hacer un ruido de satisfacción con los labios, se sirvió otra ostra de la bandeja con la intención de someterla a la misma operación.

Fue entonces cuando oyó los disparos: seis detonaciones que llegaban en sordina del fondo de la sala, de la oscuridad del otro lado, y que correspondían a una pistola de gran calibre disparando a intervalos regulares. Las luces de emergencia se apagaron con un chisporroteo. Smithback supo enseguida que pasaba algo grave, un notición. La única luz que había en la sala era la de los cientos de velas repartidos por las mesas. Entre los invitados que quedaban empezaron a surgir murmullos, junto a una sensación creciente de inquietud.

Smithback miró hacia el origen de los disparos. Recordaba haber visto durante la velada a varios técnicos y empleados del museo entrando y saliendo por una puerta del fondo. Supuso que era la sala de control de la tumba de Senef. Justo entonces salió un conocido: Vincent D'Agosta. Aunque no llevara el uniforme, se notaba a la legua que era policía. Smithback también reconoció a su acompañante: Randall Loftus, el famoso director. Vio que se acercaban al grupo de cámaras de televisión.

Recordó con nerviosismo que Nora, su mujer, estaba dentro de la tumba, probablemente en la oscuridad, aunque seguro que no corría peligro, porque dentro había todo un destacamento de vigilantes y policías. En cualquier caso estaba sucediendo algo, y el deber de reportero de Smithback era descubrir qué era. Vio que D'Agosta cruzaba el salón, rompía el cristal de una boca de incendios y sacaba un hacha.

Sacó la libreta y el lápiz, anotó la hora y empezó a describir lo que veía. D'Agosta se acercó a un cable, levantó el hacha y la bajó con fuerza, lo que provocó un rugido de protesta por parte de Loftus y de los técnicos de la PBS. D'Agosta, como si no existieran, volvió tranquilamente con el hacha en la mano hacia la puertecita del fondo de la sala, que cerró tras él.

La tensión aumentó exponencialmente.

Algo grave pasaba.

Smithback salió rápidamente en persecución de D'Agosta. Al llegar a la puerta de la sala de control puso la mano en el pomo, pero no lo movió. Si entraba, lo más probable era que lo echasen. Era mejor quedarse al otro lado, entre los invitados, esperando que la situación se definiese.

No tuvo que esperar mucho. En cuestión de minutos D'Agosta, que aún llevaba el hacha, y la capitana Hayward cruzaron la sala a paso ligero y salieron por la entrada principal. Poco después quien salió fue Manetti, el director de seguridad, que subió al estrado y dirigió unas palabras en la oscuridad al resto de los invitados.

Smithback volvió a apuntar la hora y empezó a tomar notas.

—¡Señoras y señores! —dijo Manetti, haciéndose oír con dificultad en la sala grande y oscura.

Se hizo el silencio.

—Estamos teniendo problemas de alimentación, problemas técnicos. No hay ningún motivo de alarma, pero nos vemos obligados a despejar la sala. Los vigilantes los acompañarán de vuelta a la rotonda. Sigán sus instrucciones, por favor.

Se oyó un murmullo de decepción. Alguien exclamó:

—¿Y los que están dentro de la tumba?

—Las personas que están en el interior de la tumba serán acompañadas hasta la salida en cuanto abramos las puertas. No hay nada de que preocuparse.

—¿Qué ocurre, no se abren? —gritó Smithback.

—Ahora mismo no.

Crecía el descontento. Se notaba que la gente no quería irse dejando en la tumba a sus amigos o a sus seres queridos.

—¡Diríjense a la salida, por favor! —se desgañitó Manetti—. Los vigilantes acompañarán a todo el mundo. No hay ningún motivo de alarma.

«Y un cuerno», pensó Smithback. Si no había ningún motivo de alarma, ¿por qué a Manetti le temblaba la voz? Por nada del mundo estaba dispuesto a que lo «acompañasen» a la calle justo cuando acababa de saltar la noticia, y menos con Nora atrapada en la tumba.

Miró a su alrededor y salió de la sala. Las cuerdas de terciopelo seguían por el pasillo del sótano; la única fuente de iluminación eran los indicadores de salida alimentados con baterías. Otro pasillo confluía en ángulo recto con el principal. Estaba oscuro y cerrado con una cuerda. A pesar de las protestas, varios grupos ya estaban siendo acompañados hacia la salida por vigilantes con linternas.

Smithback se acercó rápidamente a la confluencia de pasillos, saltó la cuerda de terciopelo, corrió a oscuras y se metió en un lugar donde ponía «Especímenes conservados en alcohol. *Genus Rattus*».

Pegó la espalda al fino marco de la puerta y esperó.

Vincent D'Agosta y Laura Hayward corrieron entre las cuerdas de terciopelo, por la escalinata del museo y por Museum Drive. La entrada del metro, situada justo en la esquina con la calle Ochenta y uno, era una estructura precaria de metal con tejadillo de cobre. D'Agosta reconoció la camioneta de la PBS aparcada cerca de la boca del metro, justo al otro lado de la multitud de curiosos, con cables que cruzaban sinuosamente el césped y entraban por una ventana del museo. Encima de la camioneta había una antena parabólica blanca.

—¡Por allá!

Empezó a abrirse camino hacia la camioneta, con el hacha bien sujeta. Hayward iba al lado, enseñando su placa con la mano en alto.

—¡Policía! —exclamaba—. ¡Dejen pasar, por favor!

Como nadie parecía muy dispuesto a apartarse, D'Agosta levantó el hacha por encima de la cabeza y la empezó a mover con las dos manos, arriba y abajo. Se abrió un camino estrecho que llevaba hacia la camioneta.

Llegaron corriendo a la parte trasera. Mientras Hayward contenía a la gente, D'Agosta subió al parachoques y trepó por el vehículo, agarrándose al portaequipajes.

Salió un hombre.

—Pero ¿se puede saber qué hacéis? —exclamó—. ¡Estamos retransmitiendo en directo!

—Policía. Homicidios —dijo Hayward, interponiéndose entre él y el parachoques.

D'Agosta abrió las piernas, plantó los pies en el techo de la camioneta y volvió a levantar el hacha por encima de la cabeza.

—¡Eh, no puede hacer eso!

—Ya lo creo que puedo.

Astestó un tremendo hachazo que partió los soportes metálicos de la antena parabólica e hizo saltar los tornillos. Acto seguido estampó la parte cuadrada del hacha en la antena. Un golpe, dos golpes... La parabólica se inclinó con un chirrido metálico y cayó a la calle desde el techo de la camioneta.

—¿Se ha vuelto lo...? —empezó a decir el técnico.

D'Agosta saltó al suelo sin hacerle ni caso, tiró el hacha y se fue con Hayward hacia la boca del metro, abriéndose camino por el borde de la multitud.

Se daba cuenta, aunque vagamente, de que iba al lado de Laura Hayward, su Laura, la que lo había echado de su despacho hacía unos días; aquella a quien creía haber perdido irremisiblemente, pero que acababa de acudir en su búsqueda.

Ella, en su búsqueda. Daba gusto pensarlo. Se dijo que si sobrevivía al resto de la noche sería un placer volver a pensar en ello.

Al llegar a la boca del metro bajaron volando por la escalera y corrieron hacia la taquilla. Hayward mostró su placa a la taquillera.

—Capitana Hayward, de Homicidios. Hay un problema en el museo. Tenemos que evacuar la estación. Llame a la central y que informen de que se anula la parada hasta nuevo aviso. No quiero que se detenga ni un solo tren. ¿Me entiende?

—Sí.

Saltaron por encima del tornio y corrieron por el pasillo hasta llegar a la estación propiamente dicha. Aún era temprano: menos de las nueve. En el andén había unas decenas de personas esperando. Hayward fue hacia el fondo, seguida por D'Agosta. Al final había un pasillo con un letrero grande de azulejos que decía:

MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE NUEVA YORK
PASILLO DE ACCESO A LA ENTRADA
CERRADO FUERA DEL HORARIO DE APERTURA

El pasillo estaba cerrado con una reja metálica de acordeón, vieja y oxidada, con un candado muy grande.

—Más vale que les digas algo —murmuró Hayward, mientras sacaba la pistola y apuntaba hacia el candado.

D'Agosta asintió con la cabeza y volvió por el andén enseñando la placa.

—¡Policía! ¡Despejen la estación! ¡Todos fuera!

La gente lo miró sin interés.

—¡Fuera! ¡Policía! ¡Despejen la estación!

Bastó el eco de dos disparos para que reaccionaran. De pronto todo el mundo estaba nervioso y caminaba hacia alguna de las salidas. En el barullo de la retirada, cada vez más rápida, el oído de D'Agosta captó las palabras «terrorista» y «bomba».

—¡Salgan tranquilamente y en orden! —dijo a los que salían.

La tercera detonación vació definitivamente los andenes. D'Agosta corrió hacia Hayward y la encontró peleándose con la reja. La ayudó a plegarla. Entraron.

Después de unos cien metros, el pasillo giraba bruscamente hacia la entrada subterránea del museo. En las paredes había plafones de azulejos que representaban esqueletos de mamíferos y dinosaurios. También había carteles enmarcados que anunciaban futuras exposiciones del museo, incluidos varios de la Gran Tumba de Senef. Hayward sacó de su bolsillo un pequeño juego de planos y los desplegó en el suelo de cemento. Estaban llenos de anotaciones hechas con letra apresurada. D'Agosta tuvo la impresión de que Hayward los había estudiado muchas veces.

—La tumba es esto —dijo ella, señalando el mapa—. Y el túnel del metro está aquí. Mira: en este punto solo hay unos sesenta centímetros de hormigón entre la esquina de la tumba y este túnel.

D'Agosta se puso en cuclillas para examinar el mapa.

—No veo ninguna medición exacta por el lado del metro.

—Es que no la hay. Lo único que estudiaron a fondo fue la tumba. Para el resto se conformaron con estimaciones.

D'Agosta frunció el entrecejo.

—La escala es un metro veinte por cada centímetro. No es que sea muy preciso...

—No.

Hay ward consultó otra vez el mapa. Luego lo recogió, se fue por el pasillo y se detuvo de nuevo aproximadamente treinta metros más lejos.

—Yo diría que el punto más delgado es justo aquí.

De repente todo empezó a vibrar por el paso de un tren que atravesó la estación sin detenerse, haciendo un ruido terrible pero fugaz.

—¿Tú has estado en la tumba? —preguntó D'Agosta.

—Solo me ha faltado quedarme a dormir, Vinnie.

—¿Se oye pasar el metro?

—Constantemente. No consiguieron aislarla lo suficiente.

D'Agosta pegó una oreja a la pared de baldosas.

—Si ellos oyen lo de fuera, nosotros deberíamos oír lo de dentro.

—Tendrían que hacer mucho ruido.

Se irguió, mirando a Hay ward.

—Pues lo hacen.

Volvió a pegar la oreja a la pared.

Desde su escondite en la oscuridad de la puerta, Smithback vio cómo acompañaban a la gente fuera de la sala, hacia los ascensores, entre murmullos y quejas. Cuando se fueron los últimos dejó pasar unos minutos y avanzó disimuladamente hacia la cuerda de terciopelo. La cruzó por debajo y se deslizó muy despacio pegado a la pared, parándose en la esquina, desde donde se veía la Sala Egipcia. No era difícil pasar inadvertido. La única luz era la de los cientos de velas que aún parpadeaban en el salón del cóctel, y que dejaban a oscuras gran parte de la antesala.

Desde la entrada, agazapado en la penumbra, vio salir a algunos hombres por la puerta lateral, la de la sala de control. Reconoció a Manetti, tan mal vestido como siempre, con su eterno traje marrón y el pelo peinado grotescamente encima de la calva. El resto eran vigilantes del museo, con una excepción que atrajo su atención. Era un hombre alto, con el pelo castaño oscuro, un jersey blanco de cuello alto y unos pantalones de sport. Estaba de espaldas, pero se veía claramente que llevaba una mejilla vendada. Más que su aspecto, en lo que se fijó Smithback fue en su forma de moverse, tan ágil y elegante que parecía poco menos que felina. Le recordaba a alguien.

Vio que daba unas zancadas hacia un enorme cubo de plata lleno de hielo picado. Dentro había decenas de botellas de champán hundidas en el hielo con el cuello hacia arriba.

—Ayúdeme a sacar las botellas —oyó que le decía a Manetti.

En cuanto abrió la boca, reconoció su voz meliflua.

El agente especial Pendergast. ¿Fuera de la cárcel? ¿Qué hacía allí? Lo asaltó una mezcla de entusiasmo y sorpresa. Tenía delante al hombre a quien tanto se había esforzado por rehabilitar. Y ahí estaba, completamente libre. De pronto su entusiasmo se vio empañado por una gran congoja. Sabía por experiencia que Pendergast solo aparecía cuando las cosas iban francamente mal.

Dos vigilantes se acercaron deprisa a la entrada de la tumba. Smithback vio que intentaban abrir la doble puerta con una palanca y un mazo, pero no lo conseguían.

Se empezó a angustiar muy seriamente. La gente se había quedado encerrada en la tumba. Eso ya lo sabía. Pero ¿a qué venía aquel desesperado esfuerzo por sacarla? ¿Pasaba algo dentro?

Pensarlo le dio escalofríos. Ciertamente, la tumba era el lugar perfecto para un ataque terrorista. En su interior había una concentración increíble de riqueza, poder e influencia: decenas de peces gordos de la política junto a una representación de élite del mundo empresarial, jurídico y científico del país, por no hablar de todos los empleados importantes del propio museo.

Volvió a fijarse en Pendergast, que había empezado a sacar las botellas del

hielo y a tirarlas a un cubo de basura. No tardó casi nada en vaciar el cubo; quedó un montón de hielo picado medio derretido. Luego se acercó a una de las mesas de comida y la despejó con un amplio movimiento del brazo, tirando al suelo bandejas de ostras y montañas de caviar, queso, jamón y pan. Smithback, consternado, vio rodar por la sala un Brie enorme y pegajoso que se paró en un rincón oscuro.

Lo siguiente que hizo Pendergast fue ir de mesa en mesa recogiendo decenas de velitas y formando un círculo en torno a la zona despejada, para que hubiera luz.

Pero ¿qué estaba haciendo?

De repente llegó un hombre con un frasco. Pendergast se lo quitó enseguida de las manos y después de estudiarlo lo introdujo en la montaña de hielo picado. Aparecieron otros dos hombres, uno de ellos con un carrito atiborrado de frascos y de instrumentos de laboratorio —vasos de precipitados y matraces— que también acabaron clavados en el hielo.

Pendergast se irguió y empezó a arremangarse, dando la espalda al escondite de Smithback.

—¿Qué está haciendo exactamente? —preguntó Manetti.

—Nitroglicerina.

Silencio.

Manetti carraspeó.

—Esto es una locura. Seguro que hay algún modo de entrar en la tumba sin tener que reventarla.

—¿Hay algún voluntario?

—Voy a pedir una unidad de las fuerzas especiales —dijo Manetti—. Para entrar necesitamos profesionales. No es cuestión de que salte todo por los aires.

—¿Usted tampoco se anima, señor Smithback? —preguntó Pendergast.

Smithback entró en la sala, abandonando la oscuridad de la puerta. Fue la primera vez que Pendergast se giró y lo miró a los ojos.

—Sí, claro... —balbuceó el periodista—. Siempre es un placer ayudar a un... Un momento. ¿Ha dicho nitroglicerina?

—Sí.

—¿Será peligroso?

—Teniendo en cuenta mi falta de experiencia con la síntesis, y la impureza de la que inevitablemente adolecerá la fórmula, calculo que nuestras posibilidades son ligeramente superiores al cincuenta por ciento.

—¿Posibilidades de qué?

—De salir vivos de una detonación prematura.

Smithback tragó saliva.

—Debe de estar... muy preocupado por lo que pasa dentro de la tumba.

—Para serle sincero, señor Smithback, estoy aterrizado.

—Mi mujer esta dentro.

—Entonces tiene un incentivo especial para ayudar.

Smithback se puso tenso.

—Dígame qué hay que hacer.

—Gracias. —Pendergast se giró hacia Manetti—. Asegúrese de que no quede nadie dentro de la sala y de que todos estén a cubierto.

—Voy a pedir una unidad de las fuerzas especiales y le aconsejo encarecidamente...

La expresión de Pendergast hizo callar al director de seguridad. Los vigilantes se apresuraron a salir de la sala, seguidos por Manetti y los chisporroteos de su radio.

Pendergast volvió a mirar a Smithback.

—Bien, si tiene la amabilidad de seguir mis instrucciones al pie de la letra tendremos bastantes posibilidades de salir con vida de esta.

Siguió organizando el material. Giró los frascos en el hielo para que se enfriaran más deprisa. Después cogió un matraz, lo hundió en el hielo e introdujo en él un termómetro de cristal.

—El problema, señor Smithback, es que nos falta tiempo para hacerlo como es debido. Tenemos que mezclar deprisa los productos químicos, y a veces provoca un resultado no deseado.

—Oiga, ¿qué está pasando en el interior de la tumba?

—Concentrémonos en este problema, por favor.

Smithback volvió a tragar saliva, intentando controlarse. Ya no pensaba en exclusivas. «Nora está dentro. Nora está dentro». La frase sonaba como un redoble de tambor en su cabeza.

—Deme el frasco de ácido sulfúrico, pero primero pásele un trapo.

Smithback lo encontró, lo sacó del hielo, lo limpió y se lo dio a Pendergast, que lo vertió con cuidado en el matraz enfriado. Desprendió un olor desagradable y acre. Cuando estuvo satisfecho con la cantidad vertida, el agente se apartó y tapó el frasco.

—Compruebe la temperatura.

Smithback se inclinó hacia el termómetro de cristal, lo sacó del matraz y lo acercó a una vela para leerlo.

—Huelga decir —dijo Pendergast, lacónico— que es necesario tener el máximo cuidado con la llama de las velas. No está de más recordar que estos ácidos disuelven la carne humana en cuestión de segundos.

La mano de Smithback dio un respingo y se apartó.

—Deme el ácido nítrico. Sométalo al mismo procedimiento, por favor.

Smithback limpió el frasco y se lo pasó a Pendergast. El agente desenroscó la tapa y lo levantó para mirar la etiqueta.

—Mientras lo vierto, remueva la solución con el termómetro y vaya leyendo

la temperatura cada treinta segundos.

—De acuerdo.

Pendergast calculó el ácido con un cilindro medidor y empezó a verterlo muy despacio en el matraz enfriado, mientras Smithback removía.

—Diez grados —dijo Smithback.

Una gota tras otra, muy despacio.

—Dieciocho... Veinticinco... Sube deprisa... Treinta...

Empezó a formarse espuma en la mezcla. Smithback sentía su calor en la cara, junto a un terrible hedor. Alrededor del vaso de precipitados el hielo empezó a derretirse.

—No respire los gases —dijo Pendergast, dejando de verter un momento—. Y siga removiendo.

—Treinta y cinco... Treinta y seis... Treinta y cuatro... Treinta y uno...

—Se está estabilizando —dijo Pendergast con una clara nota de alivio en la voz.

Siguió vertiendo el ácido nítrico en cantidades muy pequeñas.

Smithback creyó oír algo en el silencio. Prestó atención. Eran gritos lejanos, tan ahogados que parecían un susurro. De repente se oyó un golpe sordo procedente de donde estaba la tumba. Después otro. Se convirtió rápidamente en algo rítmico.

Se irguió de golpe.

—¡Madre mía! ¡Están aporreando la puerta de la tumba!

—¡Señor Smithback! Siga leyendo las temperaturas.

—Vale, vale. Treinta... Veintiocho... Veintiséis...

Los golpes no cesaban. Pendergast vertía tan despacio que Smithback temía volverse loco.

—Veinte. —Intentó concentrarse—. Dieciocho. ¡Dése prisa, por favor!

Notó que le temblaba la mano. Al sacar el termómetro para leerlo se le cayeron unas gotas de la mezcla de ácidos sulfúrico y nítrico en el dorso de la mano.

—¡Mierda!

—Siga removiendo, señor Smithback.

Era como si se le hubiera caído plomo derretido. Vio salir humo de las manchas negras que las gotas de ácido habían dejado en la piel. Pendergast acabó de verter.

—Ya sigo y o. Usted sumerja la mano en hielo.

Smithback la introdujo hasta el fondo del cubo, mientras Pendergast cogía una cajita de levadura y arrancaba la tapa.

—Déme la mano.

Smithback la sacó del hielo. Pendergast echó levadura sobre las quemaduras con una mano, mientras seguía removiendo con la otra.

—Ya están neutralizados los ácidos. Solo quedarán algunas feas cicatrices. Por favor, siga removiendo para que pueda preparar el próximo elemento.

Smithback tenía la impresión de que se le quemaba la mano, pero la idea de que Nora estuviera encerrada en la tumba redujo el dolor a algo insignificante.

Pendergast sacó otro frasco del hielo, lo secó y echó una parte del contenido en un pequeño vaso de precipitados, midiéndolo muy a conciencia.

Los golpes y los gritos parecían cada vez más frenéticos.

—Mientras vierto, usted vaya girando lentamente el matraz en la base de hielo como si fuera una hormigonera, respetando la inclinación, y lea la temperatura cada quince segundos. Sobre todo no remueva. Ni siquiera toque el cristal con el termómetro. ¿Me ha entendido?

—Sí.

Pendergast dosificaba el líquido con una lentitud exasperante, mientras Smithback giraba el recipiente sin parar.

—¿Temperatura, señor Smithback?

—Diez... Veinte... Se está disparando... Veinticinco... —La película de sudor que apareció en el frente de Pendergast asustó a Smithback más que cualquier otra cosa—. Se ha parado en treinta y cinco. ¡Dése prisa, por Dios! ¡Se lo ruego!

—Siga girando —dijo el agente con una voz tranquila que contrastaba con el brillo de su frente.

—Veinticinco... —Los golpes lejanos se oían con la misma fuerza—. Veinte... Doce... Diez...

Pendergast vertió un poquito más y la temperatura volvió a dispararse. La espera se les hizo eterna.

—¿Y si lo mezcla todo?

—Si saltamos por los aires habrán perdido su última esperanza, señor Smithback

Smithback hizo el esfuerzo de reprimir su impaciencia, mientras giraba el recipiente leyendo la temperatura y Pendergast seguía vertiendo poco a poco, haciendo una pausa después de cada dosis. Al final puso derecho el matraz.

—Final de la primera fase. Ahora coja el embudo de separación y eche un poco de agua destilada de aquella jarra.

Smithback cogió el embudo, que parecía una bombilla alargada con una espita colgando al final. Quitó el tapón de cristal y llenó el embudo con el agua de una jarra puesta en hielo.

—Introdúzcalo verticalmente en el hielo, si es tan amable.

Smithback metió el embudo en el hielo picado.

Pendergast cogió el matraz y empezó a verter su contenido en el embudo con infinitas precauciones. Smithback observó con temor los últimos pasos. Dentro del matraz había una pasta blanca. Pendergast lo levantó, lo miró un poco y se giró hacia Smithback.

—Vamos.

—¿Ya está? ¿Hemos acabado?

Smithback seguía oyendo los golpes. Se habían convertido en un *crescendo* con un fondo de gritos cada vez más histéricos.

—Sí.

—¡Vamos, deprisa, hay que reventar la puerta!

—No, es demasiado maciza. Aunque lo consiguiéramos habría demasiadas víctimas. A juzgar por el ruido se agolpan todos justo al otro lado. Conozco un acceso mejor.

—¿Dónde?

—Sígame.

Pendergast ya estaba de espaldas a Smithback, corriendo como un gato hacia la puerta sin descuidar el matraz.

—Está fuera, en la estación de metro. La única forma de llegar es salir del museo y exponerse al acoso de los mirones. Su misión, señor Smithback, es hacerme llegar al otro lado de la multitud.

Con un sobrehumano esfuerzo de equilibrio y de concentración, Nora se dio cuenta de que no estaba cayendo en el pozo, sino que la sensación de caída era ilusoria. Los insectos holográficos habían dispersado al público, creando una escalada de pánico. La horrible y grave pulsación sonora aumentaba de volumen como el ritmo de un tambor infernal. Las luces estroboscópicas eran de una fuerza y agresividad desconocidas para Nora. No eran los focos que había visto en los ensayos. Parpadeaban con tal intensidad que era como si se le clavasen en el cerebro.

Tragó saliva y miró a su alrededor. La imagen holográfica de la momia había desaparecido, pero las máquinas de niebla aún funcionaban más deprisa que antes, derramando tanta bruma por los bordes del sarcófago que empezó a inundar la cámara sepulcral. Las luces estroboscópicas parpadeaban en la niebla con enorme rapidez, propagándose en horribles manchas.

Sintiendo tropezar a Viola, a quien tenía al lado, le cogió la mano.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No, en absoluto. ¿Se puede saber qué está ocurriendo, Nora?

—No... no lo sé. Algún fallo muy grave.

—Los insectos no han sido ningún fallo. Tenían que estar programados. Y estas luces...

La egiptóloga hizo una mueca y apartó la vista.

La niebla ya llegaba a la cintura y no cesaba de subir. Mirándola, Nora sintió crecer en su interior un pánico indescriptible. Pronto llenaría toda la cámara y los ahogaría a todos. Era como si la niebla y las ráfagas luminosas estuvieran a punto de inundarlos.

—Tenemos que sacar de aquí a la gente —dijo con voz entrecortada.

—Sí, Nora, tienes razón, pero me cuesta pensar con claridad...

No muy lejos de ellas, Nora vio que un hombre gesticulaba. Sujetaba en la mano una placa que reflejaba intensamente los destellos estroboscópicos.

—¡Todo el mundo tranquilo, por favor! —gritó—. Soy policía. ¡Ahora mismo los sacaremos de aquí, pero hagan el favor de no perder la calma!

Nadie le hizo el menor caso.

Más cerca, una voz conocida pedía ayuda. Al girarse, Nora vio que el alcalde estaba a un par de metros, tanteando la niebla.

—¡Mi mujer! ¡Ha caído! Elizabeth, ¿dónde estás?

De repente se produjo un brusco y violento retroceso de la multitud, acompañado por una salva de gritos. Nora sintió que la arrastraban en contra de su voluntad. Vio que el policía de paisano se hundía en la marea humana.

—¡Socorro! —gritó el alcalde.

Nora intentó llegar a él, pero la presión de la gente era tan fuerte que la

alejaba. Al mismo tiempo, el sistema de sonido volvió a retumbar, ahogando los frenéticos gritos del alcalde.

«Tengo que hacer algo» .

—¡Atención! —exclamó con todas sus fuerzas—. ¡Escúchenme! ¡Que me escuche todo el mundo!

La disminución de los gritos más cercanos fue la prueba de que como mínimo algunos la escuchaban.

—Si queremos salir tendremos que colaborar. ¿Me entienden? ¡Que todo el mundo se coja de la mano y empiece a ir hacia la salida! ¡No corran ni empujen! ¡Síguenme!

Para sorpresa y alivio de Nora, sus palabras parecieron tener efectos tranquilizadores. Los gritos se atenuaron todavía más. Notó que Viola le cogía la mano.

La superficie de la niebla ya les llegaba al pecho, formando olas y encrespándose. Pronto, muy pronto lo cubriría y no verían nada.

—¡Que corra la voz! ¡No se suelten las manos! ¡Síguenme!

Nora y Viola guiaban a la multitud. Otro gran impactó, a pesar de no sonar tan fuerte como los demás, creó otra sensación de pánico. La gente renunció a cualquier intento de orden.

—¡Las manos bien cogidas!

Ya era demasiado tarde. La multitud había enloquecido. Nora se sintió llevar en volandas, medio aplastada por la gente, que exprimía literalmente todo el aire de sus pulmones.

—¡No empujen! —exclamó, pero ya no la escuchaba nadie.

Oyó que Viola también pedía calma a su lado, pero su voz fue engullida por el pánico de la aglomeración y los profundos latidos que sacudían la tumba. Las luces estroboscópicas seguían parpadeando. Cada parpadeo creaba una brillante explosión en la niebla. Y a cada parpadeo Nora se notaba más rara, más pesada... Casi drogada. Lo que experimentaba no era simple miedo. ¿Qué le estaba pasando en la cabeza?

La multitud corrió hacia la Sala de los Carros, impulsada por un pánico animal y ciego. Nora cogió la mano de Viola con todas sus fuerzas. De repente un nuevo sonido se sobrepuso a la palpación. Era una especie de chillido muy agudo, en el umbral de la audición, que subía y bajaba como el lamento de un alma en pena. Nora tuvo la sensación de que aquel grito penetrante se propagaba por toda su conciencia como un disparo de escopeta, incrementando la extraña sensación de estar fuera de sí. Un nuevo y brusco movimiento de la gente la hizo soltar la mano de Viola.

—¡Viola!

No hubo respuesta, o si la hubo se perdió en el tumulto.

La presión que rodeaba a Nora se aflojó de golpe, como si hubiera saltado el

tapón de una botella. Se llenó los pulmones con varias bocanadas de aire, mientras sacudía la cabeza para despejársela. Era como si la niebla exterior tuviera su reflejo en otra niebla, que a diferencia de esta crecía en su cerebro.

Distinguió una pilastra en la oscuridad. Al abrazarse a ella reconoció un bajorrelieve y supo dónde estaba: a pocos pasos de la puerta de la Sala de los Carros. Si conseguían cruzarla y alejarse de aquella niebla infernal...

Se arrimó a la pared y avanzó a tientas, lejos de la gente y del pánico, hasta reconocer la puerta por el tacto. La gente se apretujaba para pasar; se peleaba, se arañaba y se arrancaba la ropa en un sangriento cuello de botella hecho de pánico y vesania. Los altavoces ocultos siguieron emitiendo gemidos grotescos, guturales, junto a una intensificación de aquel grito de alma en pena. La agresión sonora provocó en Nora un ataque de vértigo, una sensación de hundimiento parecida al desagradable desvanecimiento que a veces le producía la fiebre. Perdió el equilibrio e hizo todo lo posible para no caer. Tal como estaban las cosas, una caída podía ser el fin.

Oyó un grito. Al mirar a través del remolino de niebla vio que una mujer había caído cerca de ella, y que estaba siendo pisoteada por la multitud. Se inclinó sin pensarlo dos veces y cogió su mano para levantarla. Tenía la cara ensangrentada y una pierna torcida, evidentemente rota, pero estaba viva.

—Mi pierna... —se quejó.

—¡Páseme un brazo por los hombros! —dijo Nora con todas sus fuerzas.

Se internó en la corriente humana, que las transportó al otro lado de la puerta de la Sala de los Carros. Una presión horrible, cada vez mayor... y de pronto había espacio; gente desorientada, con la ropa hecha jirones y manchada de sangre lloraba y pedía ayuda a gritos... La mujer se dejó caer sobre el hombro de Nora como un peso muerto, sollozando. Al menos se habían salvado de aquel ruido asesino, machacón...

Pero aunque pareciera extraño no habían escapado. Nora no se había librado ni del ruido ni de la niebla. Tampoco de las luces estroboscópicas. Miró a su alrededor con incredulidad. La niebla seguía subiendo deprisa. El techo estaba lleno de focos encendidos que lanzaban parpadeos sin piedad, descargas cegadoras que parecían nublar aún más su cerebro.

«Viola tiene razón», pensó de un modo vago y confuso. No era ningún fallo. Según el guión, en la Sala de los Carros no debía haber luces estroboscópicas ni niebla. Solo en la cámara sepulcral.

Era algo planeado, voluntario.

Con una mano en la cabeza, que le dolía terriblemente, empujó a la mujer hacia el Segundo Tránsito del Dios y la salida de la tumba, pero la puerta del fondo volvía a estar abarrotada de gente que la bloqueaba.

—¡Uno a uno! —gritó.

Justo delante había un hombre que intentaba pasar a puñetazos. Nora lo cogió

por el cuello del esmoquin con la mano libre y le hizo perder el equilibrio. Él se giró hecho una furia y la atacó.

—¡Zorra! —chilló—. ¡Te mataré!

Nora retrocedió, horrorizada. El hombre le dio otra vez la espalda y volvió a apartar a los demás sin ninguna contemplación. Y no era el único. En todas partes había gente que gritaba, desquiciada y con los ojos fuera de las órbitas. Era un delirio, el infierno visto por El Bosco.

Pero también ella lo sentía en su interior: un nerviosismo superior a sus fuerzas, una rabia descontrolada, la sensación de estar a punto de morir... cuando en el fondo no había ocurrido nada. No había ningún incendio ni ningún asesinato en masa, nada que justificase aquella locura colectiva.

Vio al director del museo, Frederick Watson Collopy. Arrastraba una pierna hacia la puerta, con la cara desencajada. Chis... ¡pum! Chis... ¡pum!

Al verla, el rostro descoyuntado del director se iluminó con una especie de ansia. Se acercó cojeando entre la multitud.

—¡Nora! ¡Ayúdame!

Cogió a la mujer herida, y justo cuando Nora se disponía a agradecerse lo la echó al suelo con brutalidad.

Nora lo miró, horrorizada.

—Pero ¿qué hace?

Cuando Nora quiso ayudar a la mujer, Collopy se le echó encima con una fuerza increíble y le clavó los dedos en el cuello como un hombre que se está ahogando. Nora intentó soltarse, pero la desesperación y la energía de Collopy eran algo fuera de lo normal. En su frenesí, el director le pasó un brazo por el cuello.

—¡Ayúdame! —volvió a gritar—. ¡No puedo andar!

Nora le dio un codazo en el plexo solar. Collopy se tambaleó, pero sin soltarla.

De repente algo se movió muy deprisa. Nora vio que era Viola, que la emprendió a patadas con las espinillas de Collopy. El director soltó a Nora con un grito y cayó al suelo, retorciéndose y escupiendo palabrotas.

Nora cogió a Viola y se apartó de la convulsa multitud; tambaleándose llegó a la pared trasera de la Sala de los Carros. Se oyó un ruido de cristales rotos. Una vitrina había caído al suelo.

—¡Mi cabeza! ¡Mi cabeza! —gimió Viola, apretándose los ojos—. No puedo pensar con claridad.

—Es como si todo el mundo se hubiera vuelto loco.

—Mi sensación es que me vuelvo loca y o.

—Creo que son las luces estroboscópicas —dijo Nora, tosiendo—. Y el ruido... A menos que haya algún producto químico en la niebla.

—¿Qué quieres decir?

Justo entonces apareció una imagen giratoria sobre ellas, una espiral enorme

y tridimensional que se movía. Giró despacio un par de veces, con una especie de crujido rítmico y profundo. De repente sonó una nota aguda, penetrante, seguida por otra un cuarto de tono más aguda, y luego otra, y otra, y otra... un compás discordante que acompañaba la aceleración de la espiral. Nora se había quedado hipnotizada desde el primer segundo. Era una proyección holográfica. Tenía que serlo. Pero era tan real... Nunca había visto nada parecido. La absorbía, la engullía, arrastrándola a un torbellino de locura.

Le costó mucho, pero apartó la vista.

—¡No mires, Viola!

Viola temblaba con todo el cuerpo y aún tenía la mirada fija en el remolino.

—¡No mires!

Nora le dio una bofetada con la mano libre.

Viola se limitó a sacudir la cabeza para que se le pasara el dolor, pero sus ojos seguían fijos en el mismo sitio, desquiciados.

—¡El espectáculo! —dijo Nora, zarandeándola—. ¡Nos está haciendo algo en el cerebro!

—¿Qué...?

Viola hablaba como si estuviera drogada. Cuando giró la cabeza, Nora vio que tenía los ojos tan rojos como los de Wicherly.

—El espectáculo. Nos está afectando el cerebro. ¡No mires ni escuches!

—No... entiendo.

Viola puso los ojos en blanco.

—¡Al suelo! ¡Tápate los ojos y las orejas!

Nora arrancó una tira de su falda y vendó los ojos de Viola. Justo cuando estaba a punto de vendarse los suyos, vio a un hombre en un nicho del rincón del fondo, con corbata y frac blancos, absolutamente sereno. Llevaba un antifaz. Tenía la cabeza muy erguida, las manos juntas por delante y estaba muy quieto, como si esperara algo. Menzies.

¿Otra ilusión?

—¡Tápate las orejas! —exclamó, agachándose al lado de Viola.

Se acurrucaron en un rincón con los ojos muy cerrados y las orejas tapadas, intentando aislarse de aquel horrible y grotesco espectáculo de la muerte.

Smithback corrió desesperadamente por las salas vacías del museo, detrás de Pendergast y de la luz de su linterna, que se deslizaba por las cuerdas de terciopelo. En pocos minutos llegaron a la rotonda, que recogió el eco de sus pasos sobre el mármol blanco. Segundos después salieron a la majestuosa escalinata del museo, con su alfombra roja. Su salida coincidió con la llegada de varios coches patrulla, acompañados por lamentos de sirenas y chirridos de frenos. Smithback oyó un zumbido de helicópteros.

Gran parte de los policías se dedicaba a encauzar a la gente y a despejar Museum Drive de espectadores asustados, curiosos y periodistas. También había otros montando un centro móvil de control al pie de la escalinata. La gente se empujaba, y había un rumor de gritos en el aire. Los flashes de los fotógrafos eran como fuegos artificiales.

Pendergast titubeó y se giró hacia Smithback sin bajar.

—La boca de metro que buscamos es aquella —dijo, señalando la otra punta de Museum Drive.

Un enjambre de invitados y mirones les cerraba el paso.

—Para apartar a toda esta gente necesitaremos veinte minutos —dijo Smithback—. Sin contar que de camino seguro que alguien tirará al suelo el matraz.

—Lo cual sería inaceptable.

«Qué eufemismo», pensó Smithback.

—Entonces, ¿qué plan tiene?

—Muy sencillo: habrá que dispersar a la multitud.

—¿Cómo? —Fue preguntarlo y ver aparecer una pistola en la mano de Pendergast—. ¡Caramba! ¡No me diga que piensa usarla!

—No, yo no, usted. Yo no me atrevería a disparar llevando esto. La proximidad de la detonación podría hacerlo explotar.

Smithback notó cómo le ponía la pistola en la mano.

—Dispare al aire, lo más arriba que pueda. Apunte hacia Central Park.

—Nunca he usado este modelo...

—Solo tiene que apretar el gatillo. Es un Colt 45 modelo 1911. Da coces de mula, o sea, que sujete la culata con las dos manos y doble ligeramente los codos.

—¿Sabe qué le digo? Que llevaré yo la nitroglicerina.

—Me temo que no, señor Smithback. En marcha, por favor.

Smithback se acercó a regañadientes a la multitud.

—¡FBI! —dijo con poca convicción—. ¡Abran paso!

La gente ni siquiera se fijó en él.

—¡He dicho que abran paso!

Algunos empezaron a mirarlo con indiferencia, pero sin moverse.

—Cuanto antes dispare, antes captará su atención —dijo Pendergast.

—¡Abran paso! —Smithback levantó la pistola—. ¡Es una emergencia!

Los pocos que se dieron cuenta de lo que iba a pasar provocaron cierto movimiento en las primeras filas, pero el grueso de la multitud que se interponía entre ellos y la boca del metro seguía en Babia.

Smithback se armó de valor y apretó el gatillo. Nada. Apretó más fuerte... y la pistola se disparó con un espantoso ruido que lo hizo tropezar.

Se levantó un coro de gritos. La multitud se abrió como el mar Rojo.

—¿Se puede saber qué están haciendo?

Dos policías que estaban cerca, apartando a la gente, se acercaron deprisa con las pistolas en la mano.

—¡FBI! —exclamó Pendergast, corriendo por la brecha—. Es una operación de emergencia federal. ¡No interfieran!

—¡Muéstreme la placa!

La gente del fondo ya empezaba a juntarse. Smithback se dio cuenta de que aún no había cumplido su misión.

—¡Abran paso! —vociferó.

Hizo otro disparo mientras caminaba, para añadir dramatismo.

Más gritos. Casi milagrosamente apareció otro camino.

—Pero tío, ¿estás loco? —exclamó alguien—. ¿De qué vas disparando así?

Smithback echó a correr; Pendergast lo seguía tan deprisa como podía. Los policías intentaron perseguirlos, pero la multitud ya se había cerrado a sus espaldas. Smithback oyó las palabrotas de los policías que intentaban apartar a la gente.

Un minuto después ya estaban en la boca del metro. Pendergast tomó la delantera y bajó por la escalera, deprisa pero sin sobresaltos, protegiendo el pequeño recipiente en una exhibición de pericia. Al llegar a la otra punta del andén vacío se metieron por un recodo que llevaba a la entrada subterránea del museo. A medio camino Smithback vio a dos personas: D'Agosta y Hayward.

—¿Por dónde entramos? —preguntó al llegar.

—Entre estas rayas —dijo Hayward, señalando dos líneas marcadas con pintalabios en las baldosas.

Pendergast se arrodilló y dejó el matraz con mucho cuidado al pie de la pared, entre las rayas. Después se levantó y se giró hacia el pequeño grupo.

—Tengan la amabilidad de colocarse al otro lado de la esquina. Mi arma, señor Smithback.

Justo cuando le daba la pistola al agente, Smithback oyó pasos por la escalera de la estación. Siguiendo a Pendergast, volvió al andén, donde se acurrucaron contra una pared.

—¡Policía! —exclamó una voz en la otra punta de la estación—. ¡Las armas

al suelo! ¡No se muevan!

—¡Quédense donde están! —dijo Hayward a pleno pulmón, blandiendo su placa—. ¡Operación policial en marcha!

—¡Identifíquese!

—¡Capitana Laura Hayward, de Homicidios!

Parecían perplejos.

Viendo que Pendergast apuntaba con su arma, Smithback se encogió aún más contra la pared.

—¡Agáchese, capitana! —gritó uno de los policías.

—¡Pónganse a cubierto ahora mismo! —fue la respuesta de Hayward.

—¿Preparados? —preguntó Pendergast sin levantar la voz—. A la de tres. Uno...

—Repito, capitana: ¡agáchese!

—Dos...

—¡Yo también repito, idiotas! ¡A cubierto!

—Tres...

Una enorme explosión siguió inmediatamente al disparo, haciendo temblar el suelo. La onda expansiva golpeó a Smithback en medio del pecho, tirándolo al suelo de cemento. En un abrir y cerrar de ojos toda la estación se llenó de polvo de cemento. Smithback se quedó boca arriba, atontado y sin poder respirar. Le llovieron encima trocitos de cemento.

—¡Coño!

Era la voz de D'Agosta, aún estaba todo tan oscuro que no se lo veía.

Smithback oyó vagamente gritos confusos en la otra punta de la estación. Al incorporarse, a pesar del polvo en la garganta y un zumbido en los oídos, sintió el peso tranquilizador de una mano en el hombro, y a continuación la voz de Pendergast en el oído.

—¿Señor Smithback? Ahora entraremos y necesitaré su ayuda. Detenga el espectáculo. Arranque cables, eche al suelo pantallas, rompa bombillas... Lo que quiera, pero detenga el espectáculo. Es lo primero que debemos hacer, incluso antes de ayudar a la gente. ¿Me ha entendido?

—¡Pedid refuerzos! —se atragantó una voz en la otra punta del andén.

—¿Me ha entendido? —insistió Pendergast.

Smithback tosió y asintió con la cabeza. El agente lo ayudó a levantarse.

—¡Ahora! —susurró.

Corrieron hacia el otro lado de la esquina, seguidos muy de cerca por D'Agosta y Hayward. El polvo había bajado lo suficiente para que pudiera verse un boquete en la pared, del que salían nubes de niebla brillantemente iluminadas por un incesante parpadeo de luces estroboscópicas.

Smithback se preparó, aguantando la respiración, y penetró en el agujero.

Se detuvieron justo al otro lado. La niebla era muy espesa en el agujero, como el agua por una presa rota; llenaba el túnel y la estación de metro. Dentro, como la niebla ya no llegaba a los ojos, pudieron ver la parte superior de la tumba. Smithback reconoció enseguida la cámara sepulcral por las descripciones de Nora. En todas partes había luces estroboscópicas de una intensidad extraordinaria, por no decir hiriente. También se oía una especie de trueno sostenido y brutal, junto a una nota desgarrada, aguda y palpitante que ponía los pelos de punta.

—Pero ¿se puede saber qué pasa?—preguntó D'Agosta detrás de Smithback.

Pendergast se internó en la niebla sin decir nada, apartándola con los brazos. Cerca del enorme sarcófago de piedra del centro de la sala, el agente se paró, miró el techo, apuntó y apretó el gatillo; reventó un aplique de un rincón y provocó una lluvia de chispas y cristales. Después pivotó un poco y disparó varias veces seguidas hasta que no quedó ni un foco estroboscópico encendido. Donde sí quedaban era en la sala de al lado. Los parpadeos se filtraban por la puerta, y el ruido seguía siendo igual de horrible.

Avanzaron. De repente el estómago de Smithback dio un vuelco. La niebla, al aclararse, había desvelado la presencia de diversos cuerpos que se movían débilmente por el suelo. Todo estaba encharcado de sangre.

—Oh, no... —Miró a su alrededor con desesperación—. ¡Nora!

Pero el muro sonoro, aquel ruido enloquecedor que penetraba hasta los huesos, hacía imposible oír nada. Dio algunos pasos apartando la niebla a manotazos. Otra detonación de la pistola de Pendergast, seguida por el pitido de un acople y por un arco eléctrico. Se había caído un altavoz, pero la intensidad del ruido no disminuyó. Smithback cogió unos cables sueltos y tiró.

Se acercó un policía de paisano, dando tumbos como si estuviera medio borracho. Tenía la cara ensangrentada, llena de arañazos, y la camisa hecha jirones. A cada paso su placa rebotaba en el cinturón. Llevaba la pistola en una mano, colgando, como si y a no se acordase de ella.

Hayward frunció el entrecejo de sorpresa.

—¿Rogerson?—preguntó.

Los ojos del policía la miraron fugazmente. Un segundo después les dio la espalda y se fue tropezando. Hayward lo siguió para quitarle la pistola, sin hallar resistencia.

—¿Qué diablos ha ocurrido aquí?—exclamó D'Agosta al ver el suelo sembrado de tiras de ropa, zapatos, sangre e invitados heridos.

—No tengo tiempo de explicárselo —dijo Pendergast—. Capitana Hayward, usted y el teniente D'Agosta vayan al principio de la tumba; encontrarán a la mayoría de los invitados apiñados en la entrada. Tráiganlos y sáquenlos por el

boquete, pero tengan cuidado, el espectáculo de luz y sonido los ha trastornado y algunos podrían ser violentos. Mucho cuidado con provocar una estampida. —Se giró hacia Smithback—. Tenemos que encontrar el generador.

—¡Al diablo con él! Yo voy a buscar a Nora.

—Mientras siga este espectáculo infernal no podrá encontrar a nadie.

Smithback se paró.

—Pero...

—Hágame caso, sé lo que hago.

Vaciló, pero asintió a regañadientes.

Pendergast sacó otra linterna de su bolsillo y se la dio a Smithback. Avanzaron juntos por la niebla. El panorama era horrible, una carnicería. Gente herida por el suelo de mármol, gemidos, más de un cuerpo inmóvil y en una postura grotesca y antinatural, como si hubieran muerto pisoteados... El suelo estaba sembrado de trozos de cerámica. Smithback tragó saliva, intentando controlar los latidos desbocados de su corazón.

Pendergast enfocó la luz de la linterna en el techo. Al encontrar una larga moldura de piedra apuntó y disparó, haciendo saltar una esquina y dejando a la vista un cable eléctrico que soltó humo y chispas.

—Seguro que no les dejaron empotrar cables en las paredes de la tumba —explicó—. Tenemos que buscar más falsas molduras.

Movió despacio la linterna, siguiendo la moldura, que era de yeso con texturas y pintado imitando la piedra. Al llegar a un rincón se le juntaba otra moldura, formando una de mayores dimensiones que cruzaba la puerta de la sala de al lado.

Penetraron en la siguiente cámara esquivando varios cuerpos amontonados justo antes del umbral. Las luces estroboscópicas deslumbraron a Smithback, que hizo una mueca de dolor, pero Pendergast las apagó con cuatro disparos bien dirigidos.

Mientras el último disparo reverberaba en la oscuridad, se dibujó una silueta en la niebla, que cada vez era menos densa. Caminaba dando tumbos, levantando los pies y dejándolos caer como si estuviera encadenado a un gran peso. Su boca se movía como si profiriera toda clase de improperios, pero había tanto ruido que Smithback no oyó nada.

—¡Cuidado! —exclamó Smithback, justo en el momento en que el hombre se lanzaba sobre Pendergast sin avisar.

Con gran agilidad, el agente se apartó, le hizo la zancadilla y lo empujó. El hombre cayó pesadamente al suelo, donde rodó sin poder levantarse.

Pasaron a otra sala, la tercera. Pendergast aún seguía el perfil de la moldura con la linterna. Por lo visto todas convergían en una media pilastra falsa de la pared del fondo, al lado de un gran arcón de la XX dinastía, dorado y cubierto de intrincados relieves. El arcón estaba en una vitrina, intacta a pesar de la

carnicería.

—¡Allí!

Pendergast se acercó, cogió una rueda rota de carro y la arrojó a la vitrina, rompiendo el cristal. Después retrocedió y volvió a levantar la pistola para hacer saltar la antigua cerradura de bronce del arcón. Tras enfundarse la pistola, apartó la cerradura y los cristales rotos y levantó la tapa del macizo arcón. Dentro zumbaba y vibraba un gran generador. Sacó una navaja del bolsillo y cortó un cable. El generador se atascó, dio algunas sacudidas y se quedó inmóvil, dejando la tumba en una oscuridad y un silencio absolutos.

Pero el silencio no era total. Smithback percibió gritos y chillidos que llegaban de la parte delantera de la tumba. Pura histeria colectiva. Se levantó y enfocó la linterna en la oscuridad.

—¡Nora! —gritó—. ¡Nora!

De repente la luz encontró a alguien. Era un hombre de pie, medio escondido en un nicho del fondo. Al verlo, Smithback se llevó una sorpresa. Por un lado parecía un hombre elegantísimo, con corbata blanca y frac; sin embargo llevaba un antifaz, auriculares y un pequeño aparato en la mano, con aspecto de mando a distancia. Viendo lo quieto que estaba, Smithback pensó que quizá era otra proyección holográfica, pero justo entonces, como si le leyera el pensamiento, el hombre levantó una mano y se quitó el antifaz.

Sobre Pendergast, que había estado mirando fijamente al desconocido, el efecto del desenmascaramiento fue espectacular. Se puso rígido y sufrió una convulsión, como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Su cara, siempre tan blanca, enrojeció de repente.

Smithback tuvo la impresión de que la reacción del hombre del frac aún era más fuerte. Primero se puso en cuclillas con un gesto brusco y maquinal, como si quisiera saltar. Después se serenó y volvió a erguirse lentamente en toda su estatura.

—¡Tú! —dijo.

Recuperó un momento su inmovilidad. Acto seguido se quitó los auriculares y los taponés con una mano larga y fina y los dejó caer al suelo, muy despacio.

Smithback se llevó otra gran sorpresa. Acababa de reconocerlo. Era el jefe de Nora, Hugo Menzies, pero estaba muy cambiado. Tenía los ojos intensamente rojos, y le temblaban los brazos y las piernas. Su cara no estaba menos roja que la de Pendergast. Roja de ira.

La mano de Pendergast se acercó a la pistola, pero solo la desenfundó a medias, como si el agente se hubiera quedado paralizado.

—Diógenes... —dijo con voz ahogada.

Al mismo tiempo, Smithback oyó su nombre en un rincón del fondo, y al girarse vio a Nora, que se levantaba con dificultad apoyándose en Viola Maskelene. Pendergast, que también las había visto, las miró.

Justo entonces Menzies echó a correr con una rapidez inverosímil y desapareció en la oscuridad, por un lateral. Pendergast dio media vuelta, tensando el cuerpo para perseguirlo... pero volvió a girarse hacia Viola, con la cara crispada de indecisión.

Smithback corrió hacia las dos mujeres y las ayudó a levantarse. Pronto tuvo a su lado a Pendergast, que tomó a Viola en brazos.

—Dios mío... —dijo ella, con una mezcla de jadeo y sollozo—. Dios mío, Aloysius...

Smithback casi no la oyó. Sus brazos rodeaban a Nora. Una de sus manos le acariciaba la cara, sucia y manchada de sangre.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

Nora hizo una mueca.

—Me duele la cabeza. Y tengo algunos rasguños. Ha sido tan horrible...

—Ahora mismo os sacamos de aquí.

Smithback se giró hacia Pendergast. El agente seguía abrazado a Viola, cogiéndole los hombros, pero su mirada volvía a estar fija en las tinieblas por las que acababa de desaparecer Hugo Menzies.

Los oídos de Smithback captaron un crujido de radios policiales en sordina que llegaba de la cámara sepulcral. Varias linternas rasgaron la oscuridad. Era la policía; al menos una docena de agentes de uniforme irrumpieron en la Sala de los Carros con las pistolas desenfundadas y una expresión de desconcierto.

—Pero ¿qué ocurre aquí? —dijo el policía al mando, un teniente—. ¿Qué es este lugar?

—Están en la tumba de Senef —dijo Pendergast.

—¿Y la explosión?

—Necesaria para entrar, teniente —dijo la capitana Hayward, acercándose con la placa a la vista—. Escuche atentamente. Aquí dentro hay heridos, y en el resto de la tumba hay muchos más. Necesitaremos equipos de urgencias, unidades móviles de primeros auxilios y ambulancias. ¿Me ha entendido? El teniente D'Agosta ha ido a la entrada de la tumba para llevar a las víctimas hacia la salida. Necesita ayuda.

—Entendido, capitana.

El teniente se giró y empezó a dar órdenes a los demás. Varios policías enfundaron la pistola y avanzaron hacia el fondo de la tumba moviendo sus linternas. Smithback oyó el ruido de la multitud que se acercaba por el fondo, un coro de gemidos, llantos y toses en el que se intercalaban algunos gritos incoherentes de rabia. Parecía un manicomio ambulante.

Pendergast ya estaba ayudando a salir a Viola. Smithback pasó el brazo por la espalda de Nora y siguió al agente hacia el boquete que había dejado la explosión en un rincón de la cámara sepulcral. Poco después estaban fuera de la mefítica tumba, rodeados por la intensa luz de la estación de metro. Un equipo de

urgencias llegó corriendo por el andén. Algunos llevaban camillas plegables.

—Nos las llevamos —dijo uno de los técnicos al acercarse, mientras el resto entraba corriendo por el agujero de la tumba.

En unos minutos, colocaron a Viola y a Nora en las camillas, ataron las correas y las subieron por la escalera. Pendergast iba delante. Se le había pasado el sofoco. Ahora su rostro estaba pálido e inescrutable. Smithback iba detrás de Nora.

Nora, sonriendo, levantó un brazo y le cogió la mano.

—Sabía que vendrías —dijo.

—El desayuno se sirve a partir de las seis de la mañana —dijo el mozo al caballero del compartimiento privado, bien parecido y mejor vestido.

—Yo preferiría que me lo sirvieran en el dormitorio. Se lo agradezco por adelantado.

Al mirar hacia abajo, el mozo vio que le ponía en la mano un billete de veinte dólares.

—Claro que sí. No hay problema. ¿Le apetece algo más?

—Sí. Podría traerme un vaso enfriado, hielo picado, una botella de agua mineral fría y terrones de azúcar.

—Perfecto. Ahora mismo vuelvo.

Salió del compartimiento deshaciéndose en sonrisas, inclinando la cabeza, y cerró la puerta con un cuidado casi reverencial.

Diógenes Pendergast vio desaparecer por el pasillo a aquella especie de enano. Oyó cómo se alejaban sus pasos y el fuerte impacto de la puerta del vagón, cerrándose con todo su peso. Oyó los miles de sonidos de Penn Station, mezclados, pero no en su cerebro: las conversaciones al pie del tren, la nota sonora y monocorde de los anuncios por megafonía...

Se giró hacia la ventanilla y se distrajo mirando el andén. Ante sus ojos el paisaje era gris. Un corpulento revisor informaba a una chica con un bebé en brazos sin perder la paciencia. Pasó un hombre con un maletín en la mano, corriendo para no perder el último Midtown Express para Dover, que salía del andén de al lado. Pasó despacio una vieja frágil y delgada, que se quedó mirando el tren y luego su billete antes de reanudar su titubeante andar.

Diógenes los veía a todos, pero ninguno le llamaba la atención. Eran simples anécdotas visuales, distracciones mentales... para evitar que el pensamiento derivara hacia otros temas más exasperantes.

Después de los primeros minutos, llenos de angustia, de incredulidad y de rabia, había conseguido no pensar demasiado en su fracaso. En realidad, dadas las circunstancias todo había salido bastante bien. Siempre tenía preparados varios planes de escape. Ahora estaba siguiendo al pie de la letra el más indicado. Ni siquiera había transcurrido media hora desde su huida del museo, pero ya estaba sano y salvo a bordo del Lake Champlain, el tren nocturno de la Amtrak para Montreal. Era un tren ideal para sus necesidades. Paraba en Cold Spring, a orillas del Hudson, para el cambio de eléctrico a diésel, por lo que el pasaje disponía de media hora para estirar las piernas.

Diógenes pensaba aprovecharla para una última visita a su vieja amiga Margo Green.

Ya tenía preparada la jeringa, muy bien envuelta para regalo en una caja, con su cinta y todo. La llevaba en el equipaje de mano, a buen recaudo en el

compartimiento superior junto a sus pertenencias más valiosas —los álbumes de recortes, su botiquín de alucinógenos y opiáceos y sus horribles accesorios y juguetes, que nadie que los hubiera visto había vivido lo suficiente para contarlos—. Al lado de la puerta, en el pequeño armario, estaba colgada la bolsa de la ropa, con suficientes prendas y disfraces para llegar a casa sin percances. Y en su bolsillo, también a buen recaudo, estaban los documentos y los pasaportes.

Solo faltaba pensar lo menos posible en los últimos hechos. La solución fue concentrarse una vez más, contemplativamente, en Margo Green.

Margo era el único lujo que se había permitido durante el esfuerzo y la disciplina de los preparativos para el espectáculo. Era el único remanente de la fase más temprana del plan, y se diferenciaba de todos los demás en que era una presa fácil con quien jugar, y de quien desembarazarse, con poco riesgo, tiempo y esfuerzo.

¿Qué tenía ella de especial para haberle retenido más que, por ejemplo, William Smithback, Nora Kelly, Vincent D'Agosta o Laura Hayward? Supuso, sin estar seguro, que se debía a su larga relación con el museo, con esos grandes pensadores y pontificadores, esos mentecatos pedestres, abominables, ruines, pedantes, hueros, anquilosados entre los que se había pasado más años enterrado, como Hugo Menzies, de los que le apetecía contar. Todos habrían perecido en el espectáculo de luz y sonido; todos menos ella. Con los demás había fallado. Con ella no fallaría.

Había sido un placer visitarla a menudo para compadecerse de su estado comatoso, que él mismo se había esmerado en prolongar, manteniéndola al borde de la expiración y exprimiendo hasta la última gota el dolor de su madre viuda. Era una pócima de sufrimiento que bebía a grandes tragos, y cuyo astringente sabor renovaba su sed por la muerte en vida que era su propia existencia.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Diógenes.

Era el mozo, con una bandeja sobre ruedas que encajó en una mesita.

—¿Algo más, señor?

—De momento no. Dentro de una hora podría hacerme la cama.

—Muy bien, ahora mismo le encargo el desayuno.

Se retiró con otra respetuosa inclinación.

Diógenes se quedó un momento sentado, mirando otra vez el andén. Al cabo de un rato sacó una petaca de plata del bolsillo de su chaqueta, la abrió y echó unos centilitros de un líquido verde brillante, que a él le parecía gris, en el vaso de la bandeja portátil. A continuación sacó una cuchara de su maletín de piel, una cuchara de plata con el escudo de los Pendergast grabado en el mango y un poco derretida en una esquina, y la manipuló como si fuera un bebé recién nacido. Después de apoyarla en el vaso con sumo cuidado, puso un terrón de azúcar

encima, cogió el agua fría y la vertió gota a gota sobre el terrón. El agua azucarada se derramó por los bordes de la cuchara como por una fuente dulce, cayó en el licor y alteró su color hacia un verde lechoso que acabó convertido en un hermoso jade opalescente. Lástima que sus ojos no vieran en color.

Realizó toda la operación con estudiada calma.

Dejó a un lado la cuchara, cuidadosamente, y se acercó el vaso a los labios para paladear el sabor ligeramente amargo de su contenido. Después volvió a enroscar el tapón de la petaca y a guardársela en el bolsillo. De todas las absentas modernas, era la única que tenía una proporción tan alta de esencias de acíbar como las marcas antiguas del siglo XIX. Ello la hacía merecedora de ser bebida al estilo tradicional.

Después de otro sorbo se reclinó cómodamente en el sillón. ¿Qué había dicho Oscar Wilde sobre el consumo de absenta? «La primera fase es como con cualquier otra bebida; en la segunda es cuando se empiezan a ver cosas monstruosas y crueles, pero el que sea capaz de perseverar entrará en la tercera fase, en la que se ven cosas que se quieren ver, cosas magníficas y muy curiosas».

Lo raro era que Diógenes nunca pasaba de la segunda, por mucho que bebiera. Aunque tampoco le apetecía particularmente.

Una voz sonó por un pequeño altavoz colgado cerca del techo:

Señoras y señores, les habla el revisor. Bienvenidos a bordo del Lake Champlain, que realizará paradas en Yonkers, Cold Spring, Poughkeepsie, Albany, Saratoga Springs, Plattsburg, St. Lambert y Montreal. Último aviso para los señores pasajeros. Se ruega a los señores visitantes que abandonen inmediatamente el tren.

Diógenes sonrió al oírlo. El Lake Champlain era uno de los dos únicos trenes de lujo que aún tenía en servicio la Amtrak. Tras reservar dos cabinas contiguas de primera clase y pedir que dejaran abierta la separación, Diógenes había conseguido una suite pasablemente cómoda. Era una vergüenza, por no decir un crimen, que los políticos hubieran dejado caer en la insolvencia y el abandono un sistema ferroviario como el de Estados Unidos, que había sido la envidia del resto del mundo. Sin embargo, no era más que una molestia pasajera. Pronto estaría en Europa, donde la gente sabía qué significaba viajar digna y cómodamente.

Al otro lado de la ventanilla pasó bamboleándose una mujer rolliza, seguida por un mozo cargado de maletas. Diógenes levantó el vaso y removió suavemente el líquido color perla. Faltaba poco para que saliera el tren. Por primera vez, aunque con la cautela de quien se aproxima a un animal peligroso, se permitió un breve momento de reflexión.

Aunque era demasiado horrible pensar en ello. Quince años de planificación,

el celo puesto en los disfraces, la habilidad en la intriga, el ingenio en las estrategias... Todo para nada. El mero hecho de pensar en todo el tiempo y el trabajo invertidos únicamente en Menzies —forjarse un currículum, aprender el oficio, conseguir el empleo, trabajar durante años, asistir a aburridas reuniones y oír murmullos necios de insulsos conservadores— amenazaba con lanzarlo a un pozo de locura. Por no hablar del gran alarde final, en toda su intrincada y pavorosa gloria: la meticulosa investigación médica sobre cómo convertir a gente normal en sociópatas asesinos sin usar otra cosa que el sonido y la luz. Objetivo que alcanzaría eliminando el mecanismo inhibitorio del cerebro mediante luz láser y traumatizando el córtex entorrinal y la amígdala a fin de que pudiera producirse una desinhibición de la función rudimentaria... A todo ello se añadía la minuciosa elaboración de un espectáculo de luz y sonido oculto dentro de la presentación multimedia que había absorbido los esfuerzos de todos, y su ensayo con el técnico y el incauto de Wicherly...

Todo había sido tan perfecto... Hasta la maldición de la tumba, a la que había sabido sacar todo el provecho, añadía un toque delicioso: el de ablandar a la gente y prepararla psicológicamente para el horror de su espectáculo de luz y sonido. Podría haber funcionado. De hecho había funcionado, con la excepción del único elemento que no podía haber previsto de ningún modo: la fuga de Herkmoor de su hermano. ¿Cómo lo había conseguido? Y además se presentó en el lugar de los hechos justo a tiempo para volver a estropearlo todo...

Muy propio de Aloysius. Él, el menos dotado de los dos hermanos, siempre sacaba un triste placer en derribar lo que Diógenes erigía con esmero; él, que al darse cuenta de que siempre estaría por debajo intelectualmente había dado un paso tan drástico como el de someterlo a un Acontecimiento que garantizase...

En ese momento las manos que sujetaban el vaso empezaron a temblar, y Diógenes cortó en seco sus disquisiciones. Daba igual. Estaba a punto de dejarle a su hermano otro regalo para disfrute de su conciencia: la truculenta muerte de Margo Green.

Se oyó un silbido de frenos. Después de otro aviso del revisor, el tren se puso lentamente en marcha con un chirrido de ruedas metálicas, deslizándose en paralelo al andén. Había empezado el viaje. Cold Spring, Canadá, Europa... y su casa.

Su casa. La idea de volver a encontrarse en su biblioteca, entre sus preciadas posesiones, envuelto por una estructura amorosamente diseñada para darle todos los caprichos, lo ayudó a recuperar la ecuanimidad. Ahí, en su casa, era donde había empezado a planear su crimen perfecto, muchos años atrás. Y donde podía volver a hacerlo. Aún era relativamente joven. Le quedaban muchos años por delante, más que suficientes para idear un plan. Un plan todavía mejor.

Bebió un trago más largo de absenta. Su rabia e indignación le estaban haciendo olvidar algo: que lo había conseguido, al menos parcialmente. Había

hecho muchísimo daño a su hermano. Aloysius había sufrido una gran humillación pública. Lo habían acusado de matar a sus propios amigos y lo habían metido en la cárcel. Su libertad, en todo caso temporal, no impedía que siguiera siendo un prófugo. De lo único que serviría su fuga sería para ahondar el agujero donde estaba metido. Para él ya no habría descanso. No podría volver a respirar tranquilo. Lo perseguirían sin tregua. Para alguien tan celoso de su intimidad, la dura prueba de la cárcel debía de haber sido una gran mortificación.

Sí, había conseguido muchas cosas. Había herido a su hermano en uno de los aspectos más vitales y sensibles. Mientras Aloysius languidecía en la cárcel, él, Diógenes, había seducido a su pupila. ¡Qué abominable y delicioso placer! Parecía mentira. Cien años de infancia... y aun así tanta frescura, tanta inocencia, tanta ingenuidad. Cada red por él tejida, cada cínica mentira, habían sido un gozo, particularmente sus largas y huecas disquisiciones sobre el color. A esas alturas seguro que Constance ya estaba muerta en medio de un charco de su propia sangre. Una cosa era el asesinato, en efecto, y otra el suicidio, el auténtico suicidio, más duro que cualquier otro golpe.

Bebió un poco más, mientras veía cómo se deslizaba el andén a través de su ventanilla. Se estaba acercando a la segunda fase del consumo de absentia según Oscar Wilde, la contemplación de cosas monstruosas y crueles, y le apetecía demorarse en una imagen que era como un bálsamo: la de su hermano con el cadáver de Constance a sus pies, leyendo la carta. Sería la imagen que le daría consuelo, aliento y fuerza hasta llegar a casa...

La puerta de su cabina se descorrió ruidosamente. Diógenes se incorporó, alisando su pechera al mismo tiempo que metía una mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar el billete, pero la persona que estaba en el pasillo no era el revisor, sino la vieja frágil a quien había visto caminar minutos antes por el andén.

Frunció el entrecejo.

—Es un compartimiento privado —dijo secamente.

En vez de contestar, ella dio un paso hacia el interior.

Diógenes se alarmó. No por nada que pudiera identificar al instante, sino por un sexto sentido que de repente se había puesto a gritar « ¡peligro! ». La vieja metió la mano en el bolso. En ese momento Diógenes advirtió que sus movimientos ya no eran lentos y vacilantes, sino ágiles y rápidos. También parecían el fruto de una temible determinación. La mano que salió del bolso sujetaba una pistola; no había tenido tiempo de moverse.

Se quedó de piedra. Era una pistola antigua, prácticamente una reliquia, sucia y cubierta de óxido. La vista de Diógenes subió casi contra su voluntad por el cuerpo de la mujer hasta encontrar su cara. Reconoció aquellos ojos inexpresivos que lo observaban bajo la peluca. Los reconoció perfectamente.

El cañón subió hacia él.

Se levantó de un salto, manchándose de absenta la camisa y la parte delantera de los pantalones, y retrocedió justo cuando ella apretaba el gatillo.

Nada.

Se incorporó con el corazón a cien; se dio cuenta de que probablemente era la primera vez que ella usaba una pistola. No sabía apuntar y aún no había quitado el seguro. Se abalanzó sobre ella, pero justo entonces se oyó el clic de un seguro y una explosión hizo temblar la cabina. Una bala agujereó el vagón encima de la cabeza de Diógenes, que cayó de lado, retorciéndose.

Mientras él hacía un esfuerzo desesperado por levantarse, ella dio un paso entre una nube de polvo que le daba un aspecto espectral, y volvió a nivelar la pistola para apuntar con una frialdad perfecta y terrible.

Diógenes se arrojó hacia la puerta del compartimiento contiguo, pero resultó que el mozo aún no la había abierto.

Otra explosión ensordecedora. Las astillas de la moldura pasaron a pocos centímetros de su oreja.

Se giró hacia ella, colocándose de espaldas a la ventanilla. Quizá pudiera derribarla, apartarla de la puerta... Ella, sin embargo, con una parsimonia indescriptiblemente aterradora, volvió a levantar la vieja pistola y apuntó.

Diógenes saltó hacia un lado. La tercera bala rompió la ventanilla justo donde había estado hacia un momento. Los últimos ecos de la detonación dejaron paso al traqueteo de las ruedas del tren. En el pasillo del vagón habían empezado a oírse gritos y voces. Fuera se veía el final del andén. Aunque Diógenes la redujese y le quitase la pistola a la fuerza, todo habría acabado. Lo cogerían y lo desenmascararían.

Inmediatamente, sin pensarlo demasiado, dio media vuelta y se tiró por la ventana rota. Cayó con todo su peso en el andén de cemento y dio un par de vueltas en el polvo, rodeado por trozos de cristal de seguridad. Al levantarse, medio aturdido y con el corazón a punto de estallar, tuvo tiempo de ver cómo desaparecía el último vagón al fondo del andén y entraba en la boca oscura del túnel.

Se quedó donde estaba, estupefacto. Todo su ofuscamiento, toda la impresión, todo el dolor y el miedo que sentía no lograban borrar una imagen: la increíble calma con que ella —Constance— había corregido su puntería. En sus extraños ojos había una falta de emoción, de expresión, de cualquier cosa...

Solo había una determinación absoluta.

Cualquier persona que observara al pasajero que cruzaba el control de seguridad de la terminal A del aeropuerto Logan de Boston habría visto a un hombre elegante, de unos sesenta y cinco años, con el pelo castaño, las sienas blancas, una barba cuidada y entrecana, americana azul, camisa blanca abierta por el cuello y un pañuelo de seda roja asomando por el bolsillo de la camisa. Tenía los ojos de un azul brillante, los pómulos anchos y una cara abierta, lozana y alegre. Llevaba en el brazo un abrigo negro de cachemira que depositó en la cinta de seguridad, junto con sus zapatos y el reloj de pulsera.

Superado el control, encaminó sus enérgicos pasos hacia el pasillo de la terminal y no se detuvo hasta un Borders próximo a la puerta de embarque 7. Tras entrar, y echar un vistazo a la sección de novelas policíacas, le satisfizo ver que James Rollins había publicado un nuevo título. Con él, y *The Times*, fue a la caja y saludó amablemente a la cajera con un «buenos días» cuyo acento y dicción delataban su origen australiano.

A continuación eligió un asiento cerca de la puerta de embarque, se sentó y abrió el periódico de un golpe seco para leer las noticias internacionales y nacionales; giraba las páginas con un gesto de gran precisión, mil veces repetido. Le llamó la atención un breve sobre Nueva York «Misterioso tiroteo en un tren Amtrak».

Le bastó una simple ojeada para tomar nota de lo principal: en el Lake Champlain que salía de Penn Station habían disparado contra un hombre. Según los testigos, la autora de los tiros era una anciana. Su fallida víctima se había tirado del tren y había desaparecido en los túneles de debajo de Penn Station. El exhaustivo registro policial no logró identificar a la agresora o encontrar el arma. La investigación seguía abierta.

Pasó de página para una lectura rápida del editorial. No debía de estar de acuerdo con lo que leía, puesto que en un momento dado frunció un poco el entrecejo.

Un observador meticuloso —y lo había— habría visto algo tan poco llamativo como un australiano rico que esperaba su vuelo leyendo *The Times*. Sin embargo, la expresión afable y un poco ausente del rostro era simple fachada. Por dentro su cabeza hervía de ira, incredulidad y reproches a sí mismo. Todo su mundo estaba hecho jirones, y su minucioso plan había fracasado. Nada había salido bien. La Puerta del Infierno destruida. Margo Green viva. Su hermano libre. Y, lo más inaceptable, Constance Greene no estaba muerta.

Pasó a los deportes, sonriendo.

Constance no se había suicidado. Los cálculos sobre ella habían errado estrepitosamente. Todo lo que él sabía de la naturaleza humana indicaba que Constance se quitaría la vida. Era un bicho raro, mentalmente inestable. ¿No

llevaba varias décadas caminando con los ojos vendados por el precipicio de la demencia? Y él le había dado un empujón. Muy fuerte. Entonces, ¿por qué no había caído? Tras destruir él todos y cada uno de los pilares de su vida, todos y cada uno de sus puntos de apoyo... Tras minar todo aquello en lo que creía... Tras anegar su existencia en el nihilismo...

Y así a la joven, virgen, temerosa y trémula somete por la fuerza.^[11]

Durante su vida, larga, protegida y sin grandes incidentes, Constance siempre había ido a la deriva por un mar de dudas acerca de su función como persona, y de incertidumbre sobre el sentido de su existencia. Pues bien, Diógenes estaba constatando con amarga claridad que precisamente él había despejado esa incertidumbre, y que ni más ni menos le había dado lo que nadie más podía ofrecerle: un objetivo en la vida. Constance había encontrado una nueva razón para vivir.

Matarlo.

En circunstancias normales no habría sido un problema. Nadie que se hubiera cruzado en el camino de Diógenes, y eran muchos, había sobrevivido lo suficiente para volver a intentarlo. Diógenes había lavado sus pecados con su sangre, pero se daba cuenta de que Constance no era como los demás. Para empezar no entendía cómo había podido encontrarlo en el tren, a menos que lo hubiera seguido desde el museo. Por otro lado aún estaba nervioso tras haber visto cómo le disparaba con tanta sangre fría. Constance lo había obligado a saltar por una ventana, a huir impulsado por un pánico indigno, y a dejar atrás el maletín y su precioso contenido.

Por suerte conservaba todos los pasaportes, la cartera, las tarjetas de crédito y los documentos de identidad. La pista del maletín y el equipaje llevarían a la policía hasta Menzies, pero no hasta su álter ego viajero, Gerald Boscomb, de South Penrith, Sidney. Ahora lo mejor era olvidarse de todo lo que no fuera importante, de cualquier tic y floritura mental, fueran o no voluntarios, de todos los susurros que componían su paisaje mental... y elaborar un plan de acción.

Puso manos a la obra, cerrando la sección de deportes.

*Y sin considerar el bien o el mal, solo su furia,
se arroja a la venganza con su ser entero.*^[12]

La única que podía reconocerlo era Constance Greene. Constance era un peligro inaceptable. Mientras durase su persecución, él no podría reorganizarse en su refugio. Sin embargo, no todo estaba perdido. Esta vez Diógenes había fracasado, al menos parcialmente, pero le quedaban muchos años de vida para

elaborar y poner en práctica un nuevo plan. No cometería un segundo fallo.

Ahora bien, mientras Constance viviera nunca estaría a salvo.

Constance Greene debía morir.

Gerald Boscomb cogió la novela que había comprado y la abrió para empezar a leerla.

Para matarla hacía falta planear hasta el último detalle. Pensó espontáneamente en el búfalo del Cabo, el animal más peligroso de los que cazaba el ser humano. Cuando trataban de cazarlo, el búfalo del Cabo recurría a una estrategia muy peculiar: era el único animal que sabía convertir al cazador en cazado.

Durante la lectura, su cerebro urdió un plan. Le dio muchas vueltas, sopesó lugares donde ejecutarlo, los descartó por una u otra razón... y en el capítulo 6 halló el escenario perfecto. Funcionaría, sí. El odio de Constance se convertiría en una baza a su favor.

Cerró la novela, tras dejar un punto de lectura, y se la puso debajo del brazo. La primera parte del plan era exhibirse, hacerse ver por ella. Eso suponiendo que Constante hubiera logrado seguirlo hasta allí... Pero basta de riesgos. Basta de suposiciones.

Se levantó y caminó tranquilamente por la terminal con el abrigo en el brazo, lanzando plácidas miradas a ambos lados, observando las mareas de una humanidad que, entregada a sus fútiles asuntos, ofrecía a su mirada un tumultuoso río de grises.

Capas y más capas de grises. Infinidad de grises. Cuando volvió a pasar al lado de Borders, le llamó brevemente la atención una mujer rechoncha que compraba el *Vogue*. Iba vestida con una falda marrón de lana con dibujos africanos, una blusa blanca y una bufanda barata. Su pelo, castaño, pendía sucio y lacio hasta los hombros. Llevaba una pequeña mochila de piel negra.

Diógenes pasó lentamente de largo y entró en el Starbucks de al lado, sorprendido de que Constance se hubiera esforzado tan poco en su disfraz. Pero también de que hubiera conseguido seguirlo. ¿O no?

Seguro que sí. Cualquier otra forma de encontrarlo habría sido por telepatía.

Se compró un té verde orgánico pequeño y un cruasán y volvió al mismo asiento con la precaución de no mirarla por segunda vez. Podía matarla ahí mismo. Era fácil. Claro que entonces no podría superar los sucesivos controles del seguridad del aeropuerto... ¿Y ella? ¿Trataría de quitarle la vida delante de tantos testigos? ¿Valoraba suficientemente la suya para ser prudente, o se conformaba con destruir la de él?

Diógenes no lo sabía.

Gerald Boscomb terminó el té y el cruasán, quitó las migas de sus dedos y su abrigo y reanudó la lectura de la novela policíaca que acababa de comprar. Poco después llamaron a embarcar a los pasajeros de primera clase de su vuelo. En el

momento de tender su tarjeta de embarque a la azafata, la mirada de Diógenes volvió a hacer un barrido del pasillo de la terminal, pero la mujer había desaparecido.

—Buenos días —dijo campechano, con su acento australiano, al coger el cupón y meterse por el *finger*.

Vincent D'Agosta entró en la biblioteca de Riverside Drive 891, pero apenas pasó del umbral. La chimenea estaba encendida, al igual que las lámparas. Todo bullía de actividad concentrada. Los sillones estaban arrimados a las estanterías. Una mesa grande, cubierta de papeles, presidía el centro de la sala. A un lado, Proctor murmuraba por un teléfono inalámbrico. En un rincón, más despeinado aún de lo habitual, Wren consultaba una pila de libros. Parecía envarado, vetusto.

—Pase, Vincent, por favor —dijo Pendergast, invitándolo a entrar con un gesto conciso.

D'Agosta lo hizo, impresionado por la imagen de dejadez de alguien siempre tan cuidadoso de su aspecto como Pendergast. Que él recordase, nunca lo había visto sin afeitarse. Tampoco era normal que llevara desabrochados todos los botones de la americana.

—Tengo los datos que me pidió —dijo, enseñando una carpeta de papel manila—. Gracias a la capitana Hayward.

La abrió sobre la mesa.

—Adelante.

—Según los testigos, la mujer que disparó era una vieja. Subió al tren con un billete de primera a Yonkers, pagó en efectivo y dijo que se llamaba Jane Smith. —Soltó un bufido—. Nada más salir de Penn Station, cuando el tren aún estaba en el túnel, entró en la cabina de primera clase de un tal... Eugene Hofstader, sacó una pistola y disparó cuatro veces. Los forenses encontraron dos balas del calibre 44-40 incrustadas en las paredes, y otra fuera, en los raíles. Ahora viene lo bueno: eran balas antiguas, probablemente disparadas con un revólver del siglo XIX que podría ser un Cok.

Pendergast se giró hacia Wren.

—Compruebe si en la colección falta un Cok Peacemaker o un revólver parecido; ah, y balas del calibre 44-40, por favor.

Wren se levantó sin decir nada y salió de la biblioteca. Pendergast volvió a mirar a D'Agosta.

—Siga.

—La vieja desapareció. Justo después del tiroteo cerraron todos los accesos del tren, pero nadie la vio bajar. Quizá llevaba un disfraz y lo tiró, pero no lo han encontrado.

—¿Y el hombre? ¿Se dejó algo?

—Pues sí, un maletín y una bolsa de ropa. Ni rastro de papeles, documentos o alguna otra pista sobre su verdadera identidad. En toda la ropa habían cortado escrupulosamente las etiquetas. En cambio el maletín...

—¿Qué?

—Lo llevaron a la sala de pruebas y lo abrieron tras recibir la orden judicial.

Por lo visto el encargado echó un vistazo y por alguna razón luego tuvieron que sedarlo. Después avisaron a una brigada de materiales peligrosos y ahora todo está guardado bajo llave, aunque parece que nadie sabe dónde.

—Ya.

—Supongo que todo esto es cosa de Diógenes —dijo D'Agosta, un poco molesto por que le hubieran hecho un encargo como a aquel facilitándole tan pocos datos.

—Correcto.

—¿Y la mujer que disparó? ¿Quién era?

El agente señaló la mesa del centro de la sala con un gesto.

—Esta noche, al volver, Wren ha visto que Constance se había ido y que faltaban algunas prendas de su armario. Al entrar en su dormitorio se ha encontrado al ratón con el cuello partido al lado de esta nota y de la caja de madera de rosal.

D'Agosta cogió la nota y la leyó deprisa.

—Dios mío... Qué hijo de puta... Hay que estar mal de la cabeza.

—Abra la caja.

Abrió con cierta precaución la antigua cajita. Estaba vacía. En el terciopelo morado del forro se veía la marca alargada dejada por un objeto. En la parte interior de la tapa había una etiqueta descolorida donde ponía Sweitzer Surgical Instrument Group.

—¿Un escalpelo? —preguntó.

—Sí, para que Constance se cortara las venas. Parece que lo ha usado para otra cosa.

D'Agosta asintió con la cabeza.

—Creo que ya me hago una idea. La vieja era Constance.

—Sí.

—Espero que lo consiga.

—La idea de que vuelvan a encontrarse es tan horrible que prefiero no pensarlo —respondió Pendergast con una seriedad extraordinaria—. Debo encontrarla... e impedirselo. Diógenes lleva muchos años preparando su huida. Sería absurdo pretender encontrarlo, a menos, claro está, que él lo desee. En cambio Constance no estará haciendo ningún esfuerzo por borrar su pista. Tengo que seguirla. Existe la posibilidad de que si la encuentro a ella también lo encuentre a él.

Se giró hacia el iBook de la mesa y empezó a teclear. Tardó unos minutos en levantar la cabeza.

—A las cinco de esta tarde Constance ha cogido un vuelo a Florencia en el aeropuerto Logan de Boston. —Se giró—. ¿Proctor? Tenga la amabilidad de hacerme el equipaje y de comprarme un billete a Florencia.

—Lo acompaño —dijo D'Agosta.

Pendergast lo miró, pálido.

—Puede acompañarme al aeropuerto. En cuanto al resto del viaje... No, Vincent, ni hablar. Tiene que prepararse para comparecer ante el consejo de disciplina; por otro lado se trata de un asunto... familiar.

—Podría ayudarlo —dijo D'Agosta—. Me necesita.

—Todo lo que dice es cierto. Aun así, debo hacerlo solo y así lo haré.

Su tono era tan frío y terminante que D'Agosta supo que no serviría de nada replicar.

Diógenes Pendergast, alias Gerald Boscomb, pasó al lado del Palazzo Antinori y entró por via Tornabuoni respirando con cierta amarga nostalgia el aire húmedo e invernal de Florencia. Desde su última estancia en la ciudad, hacía pocos meses, habían ocurrido tantas cosas... Entonces todo eran planes. Ahora no tenía nada, ni siquiera su ropa, la que se había dejado en el tren.

Nada, ni siquiera su tan preciado maletín.

Al pasar al lado de Max Mará se acordó con tristeza de cuando era la antigua y magnífica librería Seeber. Entró en Pineider a comprar papel de carta; en Beltrami, una maleta, y en Allegri, un impermeable y un paraguas. Se lo hizo enviar todo a su hotel. Lo único que se quedó fueron el impermeable y el paraguas, que pagó en efectivo. Después entró en Procacci, encontró de milagro una mesita y pidió un sandwich de trufa y una copa de vernaccia. La bebió pensativo, mientras veía pasar a la gente al otro lado del cristal.

Fourmillante cité, cité pleine de rêves. Où le spectre en plein jour raccroche le passant.^[13]

El cielo amenazaba lluvia sobre la ciudad, oscura, estrecha. Quizá fuera la razón de que siempre le hubiera gustado Florencia en invierno: por ser monocroma, con edificios pálidos y un cerco de colinas como jorobas grises erizadas de cipreses, y un río tranquilo, como una cinta mate de acero que ondulaba perezosa bajo puentes casi negros.

Salió del café, tras dejar un billete en la mesita, y siguió paseando por la calle. Al mirar el escaparate de Valentino, aprovechó el reflejo del cristal para observar la otra acera. Después entró y se compró dos trajes, uno de seda y un terno negro cruzado de raya ancha, que le gustaba por cierto aire gangsteril a lo años treinta. También se los hizo mandar al hotel.

Nuevamente en la calle, encaminó sus pasos hacia la lúgubre fachada medieval del Palazzo Ferroni, imponente castillo de sillares con torres y almenas que había sido convertido en la sede de Ferragamo. Cruzó la plazuela de enfrente y dejó atrás la columna romana de mármol gris. Justo antes de entrar en el castillo identificó mediante una rápida mirada de soslayo a la mujer rechoncha de pelo castaño —¡ella!— que penetraba en la iglesia de Santa Trinità.

Entró en Ferragamo, satisfecho. Después de un buen rato mirando zapatos compró dos pares. A continuación completó su vestuario con ropa interior, calcetines, pijamas, camisetas y bañadores, todo a entregar en su hotel, y salió de la tienda sin otro peso que el del paraguas plegado y el impermeable.

Se acercó al río y se paró en el *Lungarno* para contemplar la curva perfecta

de los arcos del Ponte Santa Trinitá —diseño de Ammanati—, curvas que habían confundido a los matemáticos. Su ojo amarillento examinó las estatuas de las cuatro estaciones que lo coronaban por uno y otro extremo.

Ninguna de ellas le alegraba ya la vista. Todo era inútil, sin sentido.

Abajo, henchido por las lluvias del invierno, el Arno pasaba rielando como un lomo de serpiente. Diógenes oyó el rumor del agua al pasar por la *pescaia*, algunos centenares de metros más allá, corriente abajo. Notó el impacto de una gota de lluvia en la mejilla. Luego otra. Enseguida aparecieron paraguas negros en medio del gentío, paraguas que oscilaban por el puente como farolillos negros.

*e dietro le venia sì lunga tratta,
di gente; ch' i' non averei creduto,
che morte tanta n' avesse disfatta.* [14]

Se puso el impermeable, se apretó el cinturón, abrió el paraguas y experimentó cierto escalofrío al mezclarse con la multitud que cruzaba el río. Al llegar al otro lado se paró a contemplarlo desde el parapeto. Oía el « tic, tic » de las gotas en la tela del paraguas. A ella no la veía, pero sabía que estaba en algún lugar, bajo el mar de paraguas en movimiento, siguiéndolo.

Dio media vuelta. Tras cruzar sin prisa la pequeña plaza del final del puente, cambió de dirección dos veces sucesivas, primero a la derecha por via Santo Spirito e inmediatamente después a la izquierda por borgo Tegolaio. En esta última calle se paró a mirar el escaparate trasero de uno de los buenos anticuarios que tenían su entrada principal por via Maggio. Estaba lleno de candeleros dorados, saleros antiguos de plata y bodegones renegridos.

Esperó hasta estar seguro de haber sido visto —el reflejo de ella había pasado fugazmente por el doble cristal del escaparate—. Llevaba una bolsa de Max Mará. No había nada, nada en absoluto, que la distinguiera de la multitud de turistas estadounidenses que visitaban Florencia como descerebrados, solo para comprar y comprar.

Constance Greene estaba justo donde quería que estuviese.

La lluvia amainó. Diógenes cerró el paraguas sin apartarse del escaparate, donde siguió fingiendo interés por los objetos. Observaba el reflejo lejano y casi indescifrable de Constance en espera de que se internara en el mar de paraguas, perdiéndolo un momento de vista.

Llegado el momento echó a correr y subió en silenciosa carrera por borgo Tegolaio, haciendo volar tras él el impermeable. Cruzó la calle con sigilo, se metió como una sombra en un estrecho callejón, Sdrucchiolo de Pitti, y al llegar al final volvió a torcer a mano izquierda por via Toscanella. Lo siguiente que hizo fue cruzar a toda prisa una placita y seguir por via dello Sprone hasta cerrar el

círculo y volver a via Santo Spirito, unos cincuenta metros por debajo del anticuario donde se había entretenido poco antes.

Justo antes del cruce con via Santo Spirito hizo una pausa para respirar.

Piel de rata, de cuervo, cruz de palos en un campo. [15]

Se obligó a concentrarse en el presente, enojado con la voz que siempre susurraba en su mente, sin darle tregua. Cuando ya no lo viera por la calle, ella supondría lo único que podía suponer: que había girado a la derecha por el callejón situado justo después del anticuario, via dei Coverelli. Creería tenerlo delante e iría a su encuentro, cuando en realidad Diógenes, como el búfalo del Cabo, estaba detrás. Sus posiciones se habían invertido.

Diógenes conocía muy bien via dei Coverelli. Era una de las calles más oscuras y estrechas de toda Florencia. A partir de cierta altura los edificios medievales invadían la calle mediante arcos de piedra que, estrechando el cielo, la sumían en una oscuridad de cueva incluso los días de sol. Al pasar por la parte trasera de la iglesia de Santo Spirito, antes de desembocar en via Santo Spirito, se formaba un extraño recodo compuesto por dos giros de noventa grados.

Diógenes confiaba en la inteligencia de Constance, y en sus formidables dotes de investigadora. Estaba seguro de que habría estudiado un mapa de Florencia y habría reflexionado a fondo en el *momento giusto* para el ataque. También tuvo la certeza de que vería el callejón de los Coverelli como el lugar ideal para una emboscada. Si Diógenes se había metido por ahí, como Constance sin duda supondría, era la oportunidad perfecta. Solo tenía que retroceder, entrar en via dei Coverelli por la otra punta y esperar la llegada de Diógenes en el doble recodo. En aquel rincón oscuro nadie podía ser visto desde una bocacalle o desde la otra.

Diógenes lo había pensado y calculado todo el día anterior, durante el vuelo a Italia.

Constance ignoraba que Diógenes tenía previstos todos sus movimientos. Ignoraba que con el veloz rodeo en dirección contraria se habían invertido las tornas, y que él ya no llegaría por delante, sino por detrás.

El cazador se había convertido en presa.

El Rolls cruzó a toda velocidad la calzada superior del puente Triborough, dejando al sur el perfil de Manhattan, dormido en espera del alba. Proctor conducía sin esfuerzo por el tráfico, que incluso a las cuatro de la madrugada era intenso, creando una estela de iracundos bocinazos distorsionada por el efecto Doppler. Pendergast iba detrás, disfrazado de banquero de inversiones a punto de viajar a Florencia. Los documentos al efecto se los había facilitado Glinn. A su lado, silencioso y taciturno, iba D'Agosta.

—No lo entiendo —dijo finalmente este último—. La verdad es que no me explico que Diógenes lo llamara el crimen perfecto.

—Yo sí, aunque he tardado demasiado —respondió amargamente Pendergast—. Ya se lo dije anoche, de camino al museo. Diógenes quería infligir al resto del mundo el dolor que le habían infligido a él. Quería recrear el... terrible Acontecimiento que le destrozó la vida. ¿Se acuerda que dije que fue sometido a un aparato sádico, una « casa de dolor »? Pues bien, la tumba de Senef no era otra cosa que una recreación de esa casa de dolor. A enorme y terrorífica escala.

El Rolls redujo velocidad para pasar por el peaje. Después volvió a acelerar.

—Pero ¿qué había en la tumba? ¿Qué le pasó a toda esa gente?

—Todavía no lo sé con exactitud, pero ¿se fijó en que algunas víctimas caminaban con una especie de cojera extraña? Me recordó un efecto neurológico, el « pie péndulo », que afecta a algunos casos de inflamación cerebral. El paciente sufre un deterioro muy concreto en su capacidad de caminar: le cuesta apoyar con precisión los pies en el suelo. Estoy seguro de que si pide a la capitana Hayward que inspeccione la tumba encontrará láseres de alta potencia escondidos entre las luces estroboscópicas. Por no hablar de una cantidad de máquinas de niebla y de subwoofers muy por encima de los requisitos del proyecto original. Según parece, Diógenes ideó una combinación de luz estroboscópica, láser y sonido que provocaba lesiones cerebrales en una zona específica del cerebro. La combinación del parpadeo de los láseres y el sonido excedía las capacidades del córtex ventromedial del cerebro, que inhibe los comportamientos violentos y atávicos. Las víctimas empezarían a seguir el dictado de todos sus impulsos, hasta del más pasajero, y perderían cualquier inhibición y sentido de la contención. El id desencadenado.

—Parece increíble que se puedan provocar lesiones cerebrales solo con luz y sonido.

—Cualquier neurólogo le dirá que el miedo, el dolor, la tensión o la rabia, llevados al extremo, pueden lesionar el cerebro humano y destruir células cerebrales. De hecho las formas más graves del estrés postraumático provocan lesiones en el cerebro. Diógenes se limitó a llevar esta idea hasta el final.

—Desde el principio era todo una trampa.

—Sí. El conde de Cahors no existe. El dinero para restaurar la tumba lo aportó Diógenes. La antigua maldición egipcia acabó de sazonarlo todo, aportando un toque muy del gusto de Diógenes. Está claro que instaló secretamente su versión del espectáculo sin que se dieran cuenta los técnicos y los programadores. Primero la ensayó con Jay Lipper y después con el egiptólogo, Wicherly. Recuerde, Vincent, que su objetivo final no se limitaba al público de la tumba, sino que el espectáculo se retransmitía en directo. Podría haber afectado a millones de personas.

—Increíble.

Pendergast inclinó la cabeza.

—No, simple y pura lógica. El objetivo de Diógenes era recrear ese Acotamiento terrible e inolvidable... cuyo responsable fui yo.

—No se fustigue.

Pendergast miró otra vez hacia delante. De pronto su cara amoratada ya no tenía los ojos plateados, sino oscuros. Habló en voz baja, como si se lo dijera a sí mismo.

—Soy el creador de mi hermano. Y todo este tiempo sin saberlo... Nunca pedí disculpas por mi acción, ni lo compensé de ningún modo. Es un peso que tendré que llevar sobre mis hombros durante lo que me quede de vida.

—No se ofenda, pero acaba de decir una tontería. Yo no sé mucho, pero tengo claro que lo que le ocurrió a Diógenes fue un accidente.

Pendergast bajó aún más la voz, como si no le hubiera oído.

—La única razón de vivir de Diógenes soy yo. Y es posible que mi única razón de vivir sea él.

El Rolls entró en el aeropuerto JFK y tomó el carril que iba a la terminal 8. En cuanto se arrimaron a la acera, Pendergast saltó fuera del coche, seguido por D'Agosta.

Pendergast levantó la maleta y luego estrechó la mano de D'Agosta.

—Vincent, suerte con el consejo. Si no vuelvo, Proctor se ocupará de todas mis cosas.

D'Agosta tragó saliva.

—Hablando de volver, quería preguntarle algo.

—¿Qué?

—Es... una pregunta difícil.

Pendergast hizo una pausa.

—¿Cuál?

—Supongo que ya sabe que solo existe una forma de librarse de Diógenes.

Los ojos plateados de Pendergast se endurecieron.

—Sabe qué quiero decir, ¿no?

El agente siguió sin decir nada, pero en sus ojos había tal frialdad que D'Agosta estuvo a punto de apartar la vista.

—Cuando llegue el momento, si vacila... él no vacilará. Por eso tengo que saber si será capaz...

D'Agosta no pudo terminar la frase.

—¿Y la pregunta, Vincent? —fue la gélida respuesta.

D'Agosta se quedó mirando a Pendergast sin decir nada. Al cabo de un momento Pendergast dio media vuelta bruscamente y desapareció en el interior de la terminal.

Diógenes Pendergast dobló la esquina de via dello Sprone para volver a via Santo Spirito. Constance Greene ya no estaba. Tal como había previsto, se había metido por via dei Coverelli. En ese momento debía de estar al acecho, esperando su aparición en la esquina.

Caminó deprisa por via Santo Spirito para confirmarlo. Justo antes de la bocacalle de via dei Coverelli se pegó a la antigua fachada con *sgraffiti* de un palacio caído en un largo abandono, a fin de asomarse por la esquina con todas las precauciones posibles.

Magnífico. Seguía sin ver a Constance. Ya estaba al otro lado del primer recodo. Seguro que esperaba su llegada por el lado opuesto.

La mano de Diógenes se deslizó en su bolsillo y sacó un estuche de piel. Su contenido, un escalpelo con mango de marfil, era idéntico al que había dejado bajo la almohada de Constance. Su peso y frialdad eran reconfortantes. Abrió el paraguas contando los segundos y dobló la esquina. Caminó por via dei Coverelli sin tratar de mitigar el eco de sus pasos en los adoquines, con la parte superior del cuerpo oculta bajo el paraguas negro. No hacía falta disfrazarse. Constance no se asomaría para ver quién llegaba por el lado opuesto. No esperaba verlo aparecer por ese extremo.

Siguió adelante con el mismo atrevimiento, respirando un olor a orina, heces de perro, vómito y piedra húmeda. La antigua calle conservaba hasta el aroma de la Florencia medieval. Se acercó al primer recodo con el escalpelo en alto, guante en mano, a la vez que previsualizaba el golpe. Constance estaría de espaldas. Se acercaría de lado y, mientras la sujetaba por el cuello con el brazo derecho, dirigiría el escalpelo hacia el punto indicado: debajo mismo de la clavícula derecha. La longitud de la cuchilla del escalpelo sería suficiente para seccionar la arteria braquiocéfálica justo donde se bifurcaba en las arterias carótida y subclavia. Constance ni siquiera tendría tiempo de gritar. La mantendría sujeta durante su agonía, en un estrecho abrazo, dejándose mojar por su sangre, como ya lo había hecho en otra ocasión... en circunstancias muy distintas...

... y ahí los dejaría, a ella y su impermeable, en el callejón.

Se acercó a la esquina. Cinco metros. Tres. Dos. ¡Ya!

Toda su tensión se convirtió en sorpresa. Al otro lado no había nadie. El recodo estaba vacío.

Miró rápidamente hacia delante y hacia atrás. Nadie. Ahora el que estaba a ciegas, sin ver quién venía por un lado o el otro, era él.

Tuvo una punzada de pánico. Se había equivocado en alguno de sus cálculos. ¿Dónde estaba Constance? ¿Lo había engañado? Parecía imposible.

Hizo una pausa, consciente de haber quedado atrapado en un punto sin

visibilidad. Si salía por el otro lado, por borgo Tegoloaio, una calle mucho más ancha y expuesta, y se encontraba a Constance, ella lo vería y daría al traste con toda su ventaja. Por otra parte, si Constance estaba detrás y él rehacía el camino, también perdería su ventaja.

Se quedó quieto, pensando a toda velocidad. El cielo cada vez estaba más oscuro. Comprendió que no era solo por la lluvia, sino que el crepúsculo caía como una mano muerta sobre la ciudad. No se podía quedar eternamente ahí. Tendría que moverse y salir por una u otra esquina.

A pesar del frío empezaba a sentir cierto calor debajo del impermeable. No tenía más remedio que renunciar a su plan, dar media vuelta e irse por donde había venido, como si no hubiera existido la maniobra de rodeo. Sería lo mejor. Había ocurrido algo. Seguro que se le había escapado algún giro de Constance. Por eso ya no sabía dónde estaba. En suma, que tendría que planear otro ataque. Quizá lo mejor fuera irse a Roma y dejarse seguir hasta las catacumbas de San Calixto. Con la afluencia de turistas, y el anonimato de sus pasadizos llenos de revueltas y puntos sin salida, era un espléndido lugar para matarla.

Dio media vuelta y retrocedió por via dei Coverelli; giró con cautela por el primer recodo. No había nadie. Siguió caminando... y bruscamente, con el rabillo del ojo, vio que algo se movía en uno de los arcos de encima. Justo cuando se apartaba instintivamente, una sombra cayó sobre él y un escalpelo cortó sin resistencia las capas del impermeable y del traje. Después, notó la abrasadora sensación de algo clavándose en la carne.

Se giró gritando, y al caer asestó una cuchillada semicircular con su propio escalpelo, buscando el cuello de ella. La combinación de su mayor experiencia de espadachín y su mayor velocidad dio frutos: el escalpelo halló la carne, en un vaho de sangre. Sin embargo, mientras Diógenes seguía cayendo, se dio cuenta de que Constance había girado el cuello en el último momento y que en vez de cortar la garganta la cuchilla le había hecho un simple tajo en un lado de la cabeza.

La sorpresa, el duro choque con los adoquines, le dejó la mente en blanco. Rodó y se levantó de un salto, con el escalpelo en la mano, pero Constance ya no estaba. Había desaparecido.

Fue en ese momento cuando entendió su plan. No era casualidad que fuera tan mal disfrazada. Su intención, como la de Diógenes, había sido dejarse ver. Constance se había dejado llevar a una emboscada, pero la había usado contra él, en un contraataque al contraataque.

Quedó anonadado por su inteligencia.

Inmóvil, mirando los arcos de piedra que se solapaban por encima de su cabeza, reconoció la repisa medio rota de *pietra serena* desde donde Constance debía de haberlo atacado. Al fondo se veía un fragmento de cielo de donde caía la lluvia en espiral.

Dio un paso y tropezó.

ὄμοι, πέπληγμοι καιρίαν πληγὴν ἔσω!

[16]

La quemazón del costado amenazaba con provocarle un desmayo. No se atrevió a abrir el abrigo para examinarse. No podía permitir que hubiera manchas de sangre en la parte exterior de su ropa. Llamaría la atención. Se apretó al máximo el cinturón, improvisando una especie de vendaje.

La sangre llamaría la atención.

Cuando se le pasó el mareo, y su cerebro emergió del estado de choque causado por el ataque, se dio cuenta de que aún tenía una oportunidad. Le había hecho un corte en la cabeza a Constance. Seguro que sangraba mucho, como todos los cortes de esas características. Constance no podía seguirlo por Florencia con la cara llena de sangre. Tendría que buscar algún lugar para lavarse, lo cual, para Diógenes, significaba la oportunidad que necesitaba para huir de ella y quitársela de encima para siempre.

Era el momento. Si conseguía despistarla podría adoptar otra identidad y usarla para llegar a su destino. Allí Constance no lo encontraría. Jamás.

Caminó hacia la parada de taxis del final de borgo San Jacopo, afectando naturalidad. Durante el recorrido por las calles sintió que la sangre le empapaba la ropa y goteaba por su pierna. El dolor no era insoportable. Tuvo la certeza de que el corte solo había penetrado por su caja torácica sin afectar ningún órgano vital.

Aun así, la sangre era un problema que había que solucionar lo antes posible.

En la esquina de Tegolaio y Santo Spirito entró en un bar y se acercó a la barra para pedir un espresso y una *spremuta*. Después de bebérselos dejó un billete de cinco euros sobre el mostrador y entró en el lavabo, cerrando con pestillo. Se abrió el impermeable. La abundancia de sangre impresionaba. Un rápido examen de la herida confirmó que el peritoneo no estaba perforado. Absorbió toda la sangre que pudo con toallitas de papel. Después se arrancó la parte baja de la camisa, empapada de sangre, y se ató unas tiras alrededor del torso, cerrando la herida y cortando la hemorragia. Por último se lavó las manos y la cara, se puso el impermeable, se peinó y salió.

Notó que tenía un zapato manchado de sangre. Al mirar hacia abajo vio que el tacón dejaba medias lunas de sangre por la acera, pero no era sangre fresca, e indudablemente la hemorragia cada vez era menor. En pocos pasos llegó a la parada de taxis y subió al asiento trasero de un Fiat.

—Oiga, ¿habla inglés? —preguntó sonriendo.

La respuesta fue un hosco « sí ».

—¡Así me gusta! A la estación, por favor.

El taxi salió a toda velocidad. Diógenes se reclinó en el asiento con una sensación pegajosa en la entrepierna a causa de la sangre, y de repente su cerebro dio rienda suelta a un tumulto de ideas, un torrente de recuerdos fragmentarios, un sinfín de voces.

Entre la idea y la realidad; entre el movimiento y la acción cae la Sombra.^[17]

En el convento de las Suore di San Giovanni Battista de Gavinana, en Florencia, había doce monjas a cargo de una escuela parroquial, una capilla y una casa con *pensione* para visitantes creyentes. Anochecía en la ciudad cuando la *suora* de detrás del mostrador se inquietó al ver reaparecer a la joven huésped que había llegado por la mañana. Volvía de su paseo por la ciudad aterida, mojada, con la cabeza envuelta en una bufanda de lana y el cuerpo encorvado por la intemperie.

—¿Cenará la *signora*? —empezó a decir la *suora*.

La mujer la silenció con un gesto tan brusco que la *suora* cerró la boca y se apoyó en el respaldo de la silla.

Al entrar en su habitación, pequeña y de mobiliario sencillo, Constance Greene fue al cuarto de baño tras tirar el abrigo furiosamente al suelo, y se inclinó para abrir el grifo de agua caliente. Mientras se llenaba la pila, miró el espejo y desenrolló la bufanda que cubría su cabeza. Debajo había un pañuelo de seda rígido de sangre, que desató con precaución.

Examinó atentamente la herida sin ver mucho. Todo un lado de la cara, y la correspondiente oreja, estaban cubiertos de sangre seca. Mojó un trapo con agua caliente, lo escurrió y se lo aplicó suavemente sobre la piel. Al cabo de un rato se lo quitó, lo aclaró y volvió a ponérselo. En unos minutos la sangre se reblandeció lo suficiente para poder limpiar la herida e inspeccionarla mejor.

No era tan grave como parecía a simple vista. El escalpelo le había atravesado profundamente la oreja, pero el corte de la cara solo era un rasguño. Al palpar suavemente la herida, constató que era un corte de una agudeza y una limpieza extraordinarias. Aunque hubiera sangrado como un cerdo en el matadero, en el fondo no era nada. Se curaría casi sin dejar cicatriz.

Cicatriz...

Estuvo a punto de reír en voz alta, mientras echaba el trapo ensangrentado a la pila.

Se inclinó para mirarse la cara en el espejo. Estaba demacrada, con ojeras y con los labios agrietados.

En las novelas que había leído parecían tan fáciles las persecuciones... Los personajes se daban caza por medio mundo, pero siempre habían dormido, comido e iban acicalados y estaban frescos como rosas. La realidad era distinta, agotadora y cruel. Desde el museo, donde había empezado a seguir el rastro de Diógenes, Constance casi no había dormido ni comido, y parecía una vagabunda.

Por si fuera poco, había descubierto que el mundo era una pesadilla superior a todo lo imaginable: ruidoso, feo, caótico y de un brutal anonimato. No se parecía en nada al mundo confortable, previsible y moral de la literatura. Los

seres humanos que veía moverse atropelladamente en todas partes eran repulsivos, venales y tontos. De hecho no había palabras para describirlos, tan aborrecibles llegaban a ser. Por otro lado, perseguir a Diógenes había resultado ser muy caro. Entre su inexperiencia, los timos y la precipitación, llevaba gastados casi seis mil euros en cuarenta horas. Solo le quedaban dos mil, y no tenía ningún medio de conseguir más.

Cuarenta horas siguiéndolo sin tregua. Y ahora se le había escapado. Su herida no lo frenaría. Seguro que era superficial, como la de ella. Tuvo la seguridad de haber perdido definitivamente su rastro. Ya se encargaría Diógenes de ello con alguna nueva identidad. Seguro que ya estaba yendo hacia el refugio que tenía preparado desde hacía años por si tenía que escapar.

Había estado a punto de matarlo. Dos veces. Si hubiera tenido otra pistola... y mejor puntería... Si hubiera tardado una milésima de segundo menos con el escalpelo... Ya estaría muerto.

Pero se le había escapado. Había perdido su única oportunidad.

Con las manos aferradas a la pila, contempló fijamente sus ojos inyectados en sangre. Tenía la convicción de que todo terminaría ahí. Diógenes escaparía en taxi, tren o avión y cruzaría una docena de fronteras por toda Europa hasta recalar en algún lugar, con otra identidad, planeados con esmero. Sería en Europa, de eso estaba segura; certeza que por otro lado de bien poco servía. Podría tardar toda una vida en encontrarlo. Incluso más.

Claro que era de lo que disponía ella, de toda una vida... Y cuando lo encontrase lo reconocería. Los disfraces de Diógenes siempre eran muy hábiles, pero ningún disfraz podía engañarla. Lo conocía. Aunque cambiara todo su aspecto —la cara, la ropa, la voz, el lenguaje corporal— había dos cosas que no podía cambiar. La primera, su estatura. La segunda, y más importante, algo que Constance estaba segura de que Diógenes no tenía en cuenta: su peculiar olor. Un olor que ella tenía muy presente en el recuerdo, extraño, embriagador, como de regaliz con un matiz soterrado, punzante y oscuro de hierro.

Toda una vida... Sintió una oleada de desesperación que la hizo tambalearse delante de la pila.

¿Y si se había dejado alguna pista con las prisas? Claro que eso requeriría volver a Nueva York, y para entonces el rastro se habría enfriado demasiado...

¿Alguna referencia hecha sin darse cuenta delante de Constance? No parecía muy probable. Él siempre era tan cuidadoso... Aunque teniendo en cuenta que esperaba que Constance se matase, también era posible que hubiera bajado un poco la guardia...

Salió del lavabo y se sentó en el borde de la cama. Lo primero que hizo fue una pausa, para despejarse al máximo. Después rememoró las primeras conversaciones en la biblioteca de Riverside Drive 891. Fue un ejercicio mortificante, agónico, como arrancar una venda en la carne viva del recuerdo,

pero Constance se obligó a seguir, invocando lo primero que se habían dicho y los primeros susurros de Diógenes.

Nada.

Pasó a los últimos encuentros, a los libros que él le había regalado y a sus disquisiciones decadentes sobre la vida sensual, pero seguía sin aparecer ningún indicio geográfico.

«En mi casa, la de verdad, la que me importa, tengo una biblioteca...»
¿Sería una mentira cínica, como todo lo demás? ¿O encerraba algún atisbo de verdad?

«Vivo cerca del mar. Si me siento en esa sala con todas las luces y las velas apagadas, escuchando el fragor del oleaje, me convierto en pescador de perlas...»

Una biblioteca en una casa junto al mar. No la ayudaba mucho. Reprodujo las palabras una y otra vez, inafatigablemente, pero Diógenes había tenido el máximo cuidado en ocultar cualquier detalle personal a excepción de las mentiras que tan diestramente urdía, como las cicatrices del supuesto suicidio.

¡Las cicatrices del suicidio! Constance comprendió que en su repaso memorístico había evitado inconscientemente lo que potencialmente podía ser más revelador, algo en lo que por otro lado no soportaba volver a pensar. Revivir sus últimas horas juntos —cuando se le entregó— casi sería tan doloroso como la primera lectura de la carta.

Sin embargo, volvió a adueñarse de ella una gran frialdad. Se acostó lentamente en la cama y clavó la vista en la oscuridad, recordando nítida y dolorosamente cada detalle.

En un instante de pasión, Diógenes le había murmurado unos versos al oído. Eran en italiano.

*Ei s'immerge ne la notte,
Ei s'aderge in ver' le stelle...*

*Se sumerge en la noche,
se yergue a las estrellas.*^[18]

Constance sabía que era un poema de Carducci, pero nunca lo había estudiado a fondo. Quizá fuera el momento.

Se incorporó demasiado deprisa, lo que le provocó una punzada de dolor en la oreja que la hizo estremecerse, y fue al lavabo a ocuparse de la herida. La limpió a fondo, aplicó una crema antibiótica y la vendó lo más discretamente que pudo. Al acabar se desvistió, se bañó deprisa, se lavó el pelo y se puso ropa limpia. El siguiente paso fue meter el trapo, la toalla y la ropa manchada de sangre en una bolsa de basura que encontró al fondo del armario de la habitación.

Recogió sus artículos de tocador y volvió a meterlos en la maleta. Después sacó una bufanda limpia y se la puso alrededor de la cara.

Cerró la maleta y las correas. Después cogió la bolsa de basura y bajó a la recepción del convento. La monja, que era la misma de antes, casi pareció asustarse ante su brusca reaparición.

—¿La *signora* tiene algún problema con la habitación?

Constance abrió el billetero.

—*Quanto costa?* ¿Cuánto es?

—*Signora*, si hay algo que no le guste lo solucionaremos enseguida.

Sacó un billete arrugado de cien euros y lo dejó en el mostrador.

—Es demasiado para no haber pasado ni una noche...

Constance, sin embargo, ya había desaparecido en la noche fría y lluviosa.

Dos días después, Diógenes Pendergast estaba en la baranda de babor del *traghetto* que surcaba despacio el oleaje azul del sur del Mediterráneo. En ese momento el barco pasaba junto al cabo rocoso de Milazzo, coronado por un faro y un castillo en ruinas. A espaldas de Diógenes, la gran masa terrosa de Sicilia se hundía en la niebla; en lo más alto se erguía la azul silueta del Etna, con su penacho de humo. Diógenes tenía a su derecha el lomo oscuro de la costa calabresa, y delante el final de su viaje, muy lejos, mar adentro.

El gran ojo del sol poniente acababa de hundirse al otro lado del cabo, proyectando largas sombras en el agua y tiñendo de oro el antiguo castillo. La embarcación se dirigía hacia el norte, a las islas Eolias, las más remotas del Mediterráneo, ahí donde según se creía en la Antigüedad tenían su morada los Cuatro Vientos.

Pronto estaría en casa.

¡En casa! Paladeó la agridulce palabra, preguntándose por su significado. Un refugio, un retiro, un remanso de paz...

Sacó del bolsillo un paquete de tabaco y se puso a sotavento, detrás de la cabina, para encender un cigarrillo y aspirar a fondo el humo. Llevaba más de un año sin fumar, desde que no pisaba su casa. La nicotina ayudó a sosegar su agitación mental.

Pensó en los dos días de incesante viaje que acababa de dejar atrás: Florencia, Milán, Lucerna —donde le habían cosido la herida en un hospital benéfico—, Estrasburgo, Luxemburgo, Bruselas, Amsterdam, Berlín, Varsovia, Viena, Ljubljana, Venecia, Pescara, Foggia, Nápoles, Reggio di Calabria, Messina y por último Milazzo. Cuarenta y ocho duras horas en tren que lo habían dejado débil, dolorido y exhausto.

Mientras veía morir el sol al oeste, sintió que recuperaba sus fuerzas y su lucidez. Se la había quitado de encima en Florencia. No podía haberlo seguido. Era imposible. Desde entonces había cambiado varias veces de identidad y había confundido sus huellas hasta el punto de que ni ella ni nadie podían albergar la esperanza de sacar algo en claro. La libre circulación dentro de la Unión Europea, sumada a la entrada en Suiza y el regreso a la UE con otra identidad, desorientarían al más persistente y sutil de los perseguidores.

No, no lo encontraría. Su hermano tampoco. Cinco años, diez, veinte... Tenía todo el tiempo del mundo para planear su siguiente jugada, la definitiva.

Respiró el aire marino desde la baranda, sintiendo cómo se filtraba algo de paz en su interior. Por primera vez en varios meses, la voz de su cabeza, infatigable, cáustica y burlona, se redujo a un susurro casi inaudible en medio del fragor con que la proa se clavaba en las aguas.

Buenas noches, señoras;
buenas noches, dulces señoras;
buenas noches, buenas noches.^[19]

El agente especial Aloysius Pendergast bajó del autobús en el vial Giannotti y cruzó un pequeño parque de sicomoros, pasando al lado de un ti vivo desvenecijado. Iba vestido de sí mismo. Ahora que ya no estaba en Estados Unidos, y por lo tanto fuera de peligro, ya no le hacía falta disfrazarse. Al llegar a via di Ripoli giró a la izquierda y se paró en la enorme verja de hierro por la que se accedía al convento de las Hermanas de San Juan Bautista. Un leterrito se limitaba a anunciar « Villa Merlo Bianco ». Oyó gritos de niños disfrutando del recreo al otro lado de la verja.

Llamó al timbre. Al cabo de un momento la verja se abrió automáticamente, franqueándole el paso al patio de grava de una gran villa de color ocre. La puerta lateral estaba abierta, con un pequeño cartel que la identificaba como el lugar de recepción de visitantes.

—Buenos días —dijo en italiano a la monja baja y rechoncha del mostrador—. ¿Es usted la hermana Claudia, con quien hablé?

—La misma.

Pendergast le dio la mano.

—Encantado de conocerla. Como le comenté por teléfono, la huésped de quien hablamos, la señorita Mary Ulciscor, es mi sobrina. Se ha escapado de su casa y tiene muy preocupada a su familia.

La monja rechoncha casi se quedó sin respiración.

—Sí, *signore*, la verdad es que ya me di cuenta de que estaba muy inquieta. Cuando llegó parecía muy angustiada, y ni siquiera se quedó una noche. Llegó por la mañana, volvió al anochecer e insistió en irse...

—¿En coche?

—No, llegó y se fue a pie. Debí de coger el autobús, porque los taxis siempre cruzan la verja.

—¿A qué hora?

—Volvió hacia las ocho, *signore*. Empapada y muerta de frío. Es posible que estuviera enferma.

—¿Enferma? —saltó Pendergast.

—No estoy segura, pero iba un poco encorvada y tenía la cara tapada.

—¿Tapada? ¿Con qué?

—Con una bufanda de lana azul marino. Luego, ni dos horas después, bajó con el equipaje, pagó demasiado por no haberse ni siquiera quedado a dormir y se fue.

—¿Con la misma ropa?

—No, se había cambiado. Llevaba una bufanda roja. Yo intenté que no se fuera. De verdad.

—Hizo todo lo que pudo, *suora*. ¿Me dejaría ver la habitación? No hace falta

que me acompañe. Ya cojo la llave.

—Es que ya han hecho la limpieza. No hay nada que ver.

—Si no le importa, preferiría comprobarlo yo mismo. Nunca se sabe. ¿Se ha alojado alguien más?

—Todavía no, pero mañana viene una pareja alemana y...

—La llave, si es tan amable.

La monja se la entregó. Pendergast le dio las gracias, cruzó deprisa el *piano nobile* de la villa y subió por la escalera.

La habitación estaba al fondo de un largo pasillo. Era pequeña y sencilla. Entró, cerró la puerta y se puso enseguida de rodillas. Examinó el suelo, buscó debajo de la cama y registró el cuarto de baño, pero lo habían limpiado todo muy a fondo y se llevó una gran decepción. Después se levantó y durante un minuto miró pensativo a su alrededor. Abrió el armario. Estaba vacío, pero al fijarse bien reparó que al fondo había una manchita oscura. Volvió a ponerse de rodillas, metió el brazo y la tocó, rascando un poco con la uña. Sangre. Estaba seca, pero era relativamente fresca.

Volvió a la recepción, donde la monja seguía profundamente preocupada.

—Se la veía muy inquieta. No sé adonde iría a las diez de la noche... Intenté hablar con ella, *signore*, pero...

—Estoy seguro de que hizo todo lo que pudo —repitió Pendergast—. Gracias otra vez por su ayuda.

Salió de la villa a via Ripoli, muy pensativo. Constance se había ido de noche, bajo la lluvia... pero ¿adónde?

Entró en un pequeño bar de la esquina de viale Giannotti y pidió un espresso en la barra sin interrumpir sus reflexiones. Lo que estaba claro era que Constance y Diógenes se habían encontrado en Florencia, y que Constance había salido herida de la refriega. Parecía increíble que se tratase de una simple herida, ya que normalmente nadie que entrase en la órbita de Diógenes salía vivo de ella. Era evidente que su hermano había subestimado a Constance. Como él. Era una mujer de una profundidad tan grande como inesperada.

Terminó el café, compró un billete de la ATAF y salió al viale para esperar el autobús que iba al centro. Tras cerciorarse de que era el único pasajero, tendió un billete de cincuenta euros al conductor.

—Yo no cobro. Marque el billete en la máquina —dijo malhumoradamente el conductor al mismo tiempo que arrancaba sin contemplaciones, dando un gran giro al volante con sus brazos carnosos.

—Quiero información.

Siguió sin coger el dinero.

—¿Información de qué tipo?

—Estoy buscando a mi sobrina. Hace dos noches cogió este autobús hacia las diez.

—Yo tengo el turno de día.

—¿Sabe el nombre del conductor de noche y su número de móvil?

—Si no fuera extranjero diría que es un *sbirro*, un poli.

—No tiene nada que ver con la policía. Solo soy un tío que busca a su sobrina.

—Pendergast suavizó su tono—. Ayúdeme, *signore*, por favor. La familia está sufriendo.

Después de una curva, el conductor dijo con más simpatía:

—Se llama Paolo Bartoli. 333-662-0376. Y guárdese el dinero, no lo quiero.

Pendergast bajó del autobús en piazza Ferrucci, sacó el móvil que se había comprado al llegar y marcó el número. Encontró a Bartoli en casa.

—¿Cómo iba a olvidarla?—dijo el conductor—. Llevaba la cabeza envuelta en una bufanda. No se le veía la cara, y se le oía mal la voz. Hablaba en un italiano anticuado. A mí me trató de *voi*; esta palabra no se utiliza desde la época de los fascistas. Era como un fantasma del pasado. Pensé que debía de estar loca.

—¿Se acuerda de dónde bajó?

—Me pidió que parara en la Biblioteca Nazionale.

A pie se tardaba bastante en ir desde piazza Ferrucci hasta la Biblioteca Nazionale; estaba situada al otro lado del Arno y tenía una fachada barroca marrón cuya sobria elegancia daba a una sucia plaza. En la sala de lectura, larga y con mucho eco, Pendergast encontró a una bibliotecaria que tenía tan fresco el recuerdo de Constance como el conductor.

—Sí, era el día de mi turno de noche—explicó a Pendergast—. A esa hora viene muy poca gente, y la vi tan perdida y desolada que no pude quitarle la vista de encima. Se pasó más de una hora mirando fijamente el mismo libro. No giraba las páginas. Miraba todo el rato la misma página, murmurando como una loca. Al final, como faltaba poco para medianoche, estuve a punto de pedirle que se fuera, para poder cerrar, pero de repente se levantó, consultó otro libro...

—¿Qué otro libro?

—Un atlas. Cuando llevaba unos diez minutos mirándolo, y escribiendo como loca en un cuaderno, salió corriendo de la biblioteca como alma que lleva el diablo.

—¿Qué atlas era?

—No me fijé. Uno de la estantería de referencia del fondo. Podía cogerlo sin tener que rellenar ninguna ficha. Pero tengo la que rellenó para pedir el libro que estuvo mirando tanto tiempo. Un momento, voy a buscarla.

Pocos minutos después Pendergast estaba sentado en el mismo sitio que Constance, mirando fijamente el mismo libro que ella: un volumen delgado de poemas de Giosué Carducci, el poeta italiano ganador del premio Nobel de Literatura de 1906.

Lo tenía delante, sin abrir. De repente lo giró con gran cuidado y dejó que se abriera por sí solo con la esperanza de que lo hiciese por la última página leída,

tal como ocurre a veces con los libros, pero era un volumen viejo y rígido y lo hizo por las guardas delanteras.

Pendergast metió la mano en el bolsillo de su americana, sacó una lupa y un mondadientes limpio y empezó a girar las páginas del libro. A cada nueva página seguía suavemente el medianil con el mondadientes y examinaba el polvo, los pelos y las fibras con la lupa.

Una hora más tarde, en la página 42, encontró lo que buscaba: tres fibras rojas de lana enrolladas, como si fueran de una bufanda de punto.

El poema que ocupaba las dos páginas se llamaba *La leggenda di Teodorico*. Empezó a leer.

*Su 'l castello di Verona,
Batte il sole a mezzogiorno,
Da la Chiusa al pian rintrona,
Solitario un suon di corno...*

*Sobre el castillo de Verona,
pega el sol a mediodía,
Desde el arroyo hasta el llano retruena,
solitaria la nota de un cuerno...*

El poema narraba la extraña muerte del rey ostrogodo Teodorico. Pendergast lo leyó dos veces sin entender por qué Constance le daba tanta importancia. Lo releó despacio, recordando la oscura leyenda.

Teodorico fue uno de los primeros grandes gobernantes bárbaros. Creó su reino a partir de los restos del Imperio romano, y entre otras muestras de brutalidad ejecutó al brillante estadista y filósofo Boecio. Murió en 526. Según la leyenda, un santo ermitaño que vivía solo en una de las islas Eolias, al norte de la costa siciliana, juró haber presenciado cómo en el momento de la muerte de Teodorico el alma del rey caía gritando en la boca del gran volcán de Stromboli, que los primeros cristianos consideraban la entrada del mismísimo infierno.

Stromboli. La Puerta del Infierno. Pendergast lo entendió todo de golpe.

Se levantó y fue a la estantería de los atlas para elegir el de Sicilia. Cuando volvió a su asiento, lo abrió con cuidado por la página donde figuraban las islas Eolias. La más alejada era la de Stromboli, formada por la cima de un volcán activo que surgía bruscamente del mar. En su costa, batida por las olas, había un solo pueblo. La isla estaba muy lejana y era de difícil acceso. El volcán de Stromboli se distinguía por ser el más activo de Europa, ya que llevaba en erupción casi continua como mínimo tres mil años.

Limpio cuidadosamente la página con un pañuelo blanco doblado y la examinó con lupa. En la trama de la tela había otra fibra de lana roja enrollada.

Diógenes Pendergast estaba en la terraza de su villa. Abajo, las casas encaladas del minúsculo pueblo de Piscitá se apiñaban hasta las playas de la isla, anchas y de arena negra. El viento del mar olía a sal y a retama en flor. Un kilómetro y medio mar adentro, el faro automático de la enorme peña de Strombolicchio había empezado a parpadear en el crepúsculo.

Bebió un poco de jerez mientras escuchaba los ruidos lejanos del pueblo: una madre que llamaba a cenar a sus hijos, un perro ladrando, el zumbido de un Ape de tres ruedas (el único vehículo de pasajeros que se usaba en la isla)... El viento arreciaba. También el oleaje. Sería otra noche revuelta. A sus espaldas, Diógenes oía los rugidos del volcán.

Ahí, en ese rincón del mundo, se sentía seguro. Ella no podía seguirlo tan lejos. Era su casa. En los últimos veinte años, desde que conocía la isla, la visitaba prácticamente cada año, siempre sigiloso en sus llegadas y partidas. Sus habitantes, unos trescientos, creían que era un profesor británico de cultura clásica, un personaje excéntrico e irascible que de vez en cuando se instalaba en la isla para trabajar en su gran obra, y a quien no le agradaba que lo molestasen. Evitaba el verano y los turistas, aunque tratándose de una isla situada a cien kilómetros de tierra firme y de difícil acceso a causa de la habitual mala mar y de la falta de puerto, recibía mucho menos turismo que las demás.

Otro rugido. El volcán estaba activo aquella noche.

Se giró a mirar sus laderas oscuras y empinadas. En el cráter, que dominaba la villa desde una altura próxima a los mil metros, se retorcián y arremolinaban nubes amenazadoras. Vio leves parpadeos de color naranja, como si el cono dentado fuera una lámpara estropeada.

En Strombolicchio se apagó el último rayo de sol. El mar se oscureció. Una tras otra rompían en la playa grandes olas que se deshacían en largas líneas de espuma, con un ruido monótono y grave.

Durante las últimas veinticuatro horas, Diógenes había hecho un esfuerzo extraordinario por borrar el penoso recuerdo de los últimos hechos. Algún día, cuando hubiera adquirido un poco de distancia, se sentaría a analizar desapasionadamente sus errores, pero de momento necesitaba descansar. A fin de cuentas estaba en la flor de la vida y tenía todo el tiempo del mundo para planear y poner en práctica su siguiente ataque.

*Mas oigo eternamente a mis espaldas,
del Tiempo el carro, y sus veloces alas.*^[20]

Apretó tanto la copa que se partió. Tiró el pie al suelo y fue a la cocina a

servirse otra. Era una partida de amontillado que ya llevaba varios años en su bodega y de la que no quería derrochar ni una gota.

Bebió un poco, y cuando estuvo más tranquilo volvió a la terraza. El pueblo se preparaba para la noche. Se oían algunas voces lejanas, el llanto de un bebé, una puerta cerrándose... El zumbido del Ape se acercaba desde una de las calles que ascendían sinuosamente hacia la villa.

Dejó la copa en la baranda, encendió un cigarrillo, aspiró el humo y lo exhaló en el aire del anochecer. Después miró las calles de abajo. Decididamente el Ape subía por la cuesta, probablemente por vicolo San Bartolo. Era un zumbido agudo y metálico, que cada vez se oía más cerca. Tuvo la primera punzada de aprensión. Un Ape por la calle a la hora de la cena era una anomalía, sobre todo en la parte alta del pueblo. A menos que fuera el taxi de la isla con algún pasajero... Pero acababa de empezar la primavera, y en esa época no había turistas. En el ferry de Milazzo, el que lo había llevado a él, no había visitantes, solo alimentos y mercancías. Además, ya hacía horas que se había ido.

Se rió entre dientes. De tan cauto se estaba volviendo casi paranoico. Aquella maldita persecución, justo después de su estrepitoso fracaso, le había alterado los nervios. Lo que necesitaba era un largo período de lectura, estudio y rejuvenecimiento intelectual. De hecho era el momento perfecto para hacer realidad su viejo proyecto de traducir el *Aureus Asinus* de Apuleyo.

Aspiró otra bocanada de humo y la expulsó tranquilamente con la vista en el mar. Justo en ese momento rodeaban Punta Lena las luces de un barco. Entró a buscar los prismáticos. Cuando volvió a mirar el mar, reconoció el perfil borroso de una vieja barca de pesca, una gabarra que se alejaba de la isla rumbo a Lipari. Le extrañó. No había salido a pescar. Con ese tiempo, y a esas horas, era imposible. Probablemente era un viaje de reparto.

El ruido del Ape se acercaba. Diógenes se dio cuenta de que subía por la callejuela que accedía a la villa, aunque los muros de la finca obstruyeran la vista. Cuando oyó que se apagaba el motor al pie del muro, dejó los prismáticos y fue a la terraza lateral, desde donde se veía el callejón, pero al asomarse vio que el Ape ya daba media vuelta y que no se veía a ningún pasajero.

Se quedó inmóvil. De pronto su corazón latía tan fuerte que oía zumbir la sangre en sus oídos. Su residencia era la única que había al final del callejón. La vieja barca no había traído ninguna mercancía, sino a un pasajero, que a su vez había cogido el Ape hasta la verja de la villa.

En una silenciosa explosión de actividad, entró corriendo y recorrió todas las habitaciones cerrando los postigos, apagando las luces y cerrando las puertas con llave. La villa, como la mayoría de las de la isla, parecía una fortaleza, con postigos de madera maciza, refuerzos de hierro forjado en las puertas y cerraduras muy resistentes. Las paredes eran de piedra, con casi un metro de grosor. Por si fuera poco, él había introducido algunas mejoras. Dentro de su casa

estaría a salvo. Como mínimo tendría tiempo de pensar y de evaluar su posición.

Después de unos minutos —los que tardó en encerrarse a cal y canto—, se quedó jadeando en la oscuridad de la biblioteca. Volvía a tener la sensación de haber reaccionado paranoicamente. Solo por haber visto una barca y haber oído el taxi... ¡Qué ridículo! Ella no podía haberlo encontrado. Y menos tan deprimida. ¡Si solo llevaba en la isla desde la tarde anterior!

Absurdo. Imposible.

Se secó la frente con un pañuelo de bolsillo. Ya respiraba más tranquilo. Estaba comportándose absurdamente. Sus nervios estaban más alterados de lo que imaginaba.

Justo cuando buscaba a tientas el interruptor, llamaron a la puerta. Golpes lentos, como si se burlaran; aldabonazos en la puerta grande de madera que reverberaron por toda la villa.

Se quedó de piedra. Volvía a latirle muy deprimida el corazón.

—*Chi c 'é?* —preguntó.

No hubo respuesta.

Sus dedos temblorosos palparon los cajones de la biblioteca hasta encontrar el que buscaba; lo abrió con llave y sacó la Beretta Px4 Storm. Después de extraer el cargador y comprobar que estuviera lleno, lo deslizó en su sitio. En el cajón de al lado encontró una linterna grande.

¿Cómo era posible? ¿Cómo? Ahogó la rabia que amenazaba con ser más fuerte que él. ¿Podía ser ella? ¿Realmente? Pero si no lo era ¿por qué no contestaba nadie?

Encendió la linterna y la movió a su alrededor. ¿Por dónde había más posibilidades de que entraran? Probablemente por la puerta de la terraza lateral, la más cercana al callejón y de más fácil acceso. Se acercó disimuladamente, abrió la cerradura sin hacer ruido y equilibró la llave metálica sobre el pomo de hierro forjado. Después retrocedió hasta el centro de la sala oscura y se arrodilló en posición de disparo, apuntando hacia la puerta mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad.

En el interior de la casa todo era silencio. El único ruido que se filtraba eran los roncós truenos del volcán. Esperó con los oídos muy abiertos.

Pasaron cinco minutos. Diez.

De repente lo oyó: la llave había caído al suelo. Disparó inmediatamente cuatro veces a la puerta, dibujando un rombo. Las balas de nueve milímetros perforarían cualquier parte de la puerta, incluso la más gruesa, y conservarían velocidad suficiente para matar. Oyó un grito ahogado de dolor, un golpe y un ruido como si alguien se arrastrara por el suelo. Otro gemido... y silencio. La puerta, que se había entreabierto, crujió al separarse unos centímetros más a causa de una ráfaga de viento.

Por el ruido, debía de haberla matado, pero lo dudó. Era demasiado lista. Lo

tendría previsto.

¿O no? Por otro lado, ¿cómo podía saber que era ella? Quizá acabara de matar a un simple y pobre ladrón, o a un recadero.

Se acercó a la puerta, casi pegado al suelo. Los últimos metros los recorrió arrastrándose hasta llegar al marco y mirar por la rendija del suelo. Si quería ver si había un cadáver en la terraza o si era una trampa tendría que abrir la puerta unos centímetros más.

Esperó. A la siguiente ráfaga de viento, aprovechó la ocasión para abrir un poco más la puerta y mirar en la terraza.

Enseguida se oyeron dos detonaciones, dos disparos que atravesaron la puerta a pocos centímetros de su cabeza y lo cubrieron de astillas. Diógenes rodó rápidamente por el suelo con el pulso fuera de control. Ahora la separación entre la puerta y el marco era de más de un palmo, y cada golpe de viento la abría un poco más. Los disparos habían sido muy bajos, en previsión de que Diógenes estuviera agachado. Si no hubiera estado boca abajo los habría recibido de lleno.

Se fijó en los orificios dejados por las balas en la madera. Constance había conseguido una semiautomática de medio calibre —por el ruido debía de ser una Glock— y había aprendido a disparar, o como mínimo había adquirido algunos rudimentos de la técnica.

Otro golpe de viento, más fuerte que los anteriores, abrió la puerta de par en par, haciéndola chocar con la pared y rebotar con un crujido seco. Diógenes se deslizó hasta la otra punta, cerró rápidamente la puerta con el pie, rodó por el suelo, se quedó sentado y echó el cerrojo. Justo cuando se apartaba, otra bala perforó la madera a pocos centímetros de su oreja, clavándole algunas astillas.

Pegado al suelo, respirando con dificultad, comprendió la desventaja de encerrarse en la casa. No podía ver el exterior. No podía saber por qué dirección vendría ella. La villa había sido sometida a algunas reformas que la hacían más difícil de asaltar, pero Diógenes no había juzgado conveniente despertar las sospechas de los lugareños volviéndola tan inexpugnable como el edificio de Long Island. El resultado era que con un balazo se podían reventar las cerraduras o cerrojos de cualquier puerta o ventana. Habría sido preferible enfrentarse a ella fuera, donde gozaría de una clara ventaja por ser el más fuerte de los dos, el mejor tirador y quien mejor conocía el terreno.

¿Y si alguien había oído los disparos? En el pueblo alguien podía estar llamando a la policía, lo cual sería embarazoso.

Aunque con el viento que soplaba desde el mar, un verdadero vendaval que azotaba en tromba las higueras y olivos, y con los truenos periódicos del incansable volcán, quizá pasaran inadvertidas las detonaciones... En cuanto a la policía, en invierno la presencia de las fuerzas de seguridad en la isla se reducía a un *núcleo investigativo* encabezado por un solo *maresciallo* de los *carabinieri*, que se pasaba las tardes jugando a la *briscola* en el bar de Ficogrande.

Tuvo un ataque de rabia que hizo temblar sus brazos y sus piernas. Constance había invadido su casa, su guarida, su último refugio. Era el final. Ya no le quedaban lugares adonde ir ni identidades que adoptar. Si lo sacaban de su casa huiría como un perro, perseguido sin piedad. Incluso si lograba escapar, tardaría años en encontrar un nuevo santuario y en crearse una identidad segura.

No. Tenía que solucionarlo ahí, en ese momento.

Sonaron tres disparos muy seguidos. Diógenes oyó que uno de los postigos del rincón donde desayunaba chocaba estrepitosamente contra la pared. Levantándose de un salto, corrió encorvado a resguardarse detrás de una media pared de ladrillo que separaba la cocina y el comedor. El viento aullaba por la ventana abierta y sacudía el postigo.

¿Había entrado?

Rodeó el tabique a gran velocidad y corrió por la cocina, iluminándola con la linterna. Nada. Entró en el comedor sin dejar de correr y se arrimó a una pared. La clave era moverse constantemente.

Tres disparos más, esta vez desde la biblioteca. Oyó que el viento sacudía otro postigo.

Así que ese era el juego: ir agujereando sus defensas hasta que la casa dejara de protegerlo... Pues Diógenes no estaba dispuesto a seguirle el juego. Tenía que tomar la iniciativa. Sería él, no ella, quien eligiera el escenario del enfrentamiento final.

Lo principal era salir. Huir de la casa hacia la montaña. Conocía al dedillo las vueltas y revueltas del camino, empinado y peligroso. Comparativamente, ella era débil, y lo sería aún más después de una persecución larga y agotadora. En la montaña todo estaría a su favor, incluido disparar a oscuras. Aun así, se recordó que ya la había subestimado muchas veces. No podía cometer de nuevo el mismo error. Estaba a punto de enfrentarse al adversario más decidido, y quizá más peligroso, de toda su carrera.

Volvió a pensar en la montaña. El camino era una antigua senda trazada hacia casi tres mil años por sacerdotes griegos para ofrecer sacrificios al dios Hefesto. Más o menos a mitad de recorrido se bifurcaba en un camino más reciente que llegaba a la cumbre por el Bastimento y el antiguo camino griego propiamente dicho, que seguía hacia el oeste y llevaba muchos siglos cortado por la Sciafa del Fuoco, el legendario Río de fuego. Se trataba de una avalancha continua de bloques de lava al rojo vivo que tras ser expulsados del cráter bajaban rodando por un gran barranco de casi dos kilómetros de anchura y uno de profundidad hasta hundirse en el mar entre explosiones de vapor. El precipicio de la Sciafa era un auténtico infierno, un lugar que daba más vértigo que cualquier otro del planeta, barrido por vientos desatados de aire caliente que se desprendían de las coladas.

La Sciafa del Fuoco. La solución a su problema.

Si un cuerpo caía por ella, se le podía dar por desaparecido.

El momento de máxima vulnerabilidad sería salir de casa, pero ella no podía estar en todas partes a la vez. Además, si Diógenes seguía yendo a oscuras las posibilidades de dar en el blanco eran muy pocas, aunque ella acechase su salida. Aprender a disparar con esa precisión llevaba muchos años.

Se acercó con sigilo a la puerta lateral, esperó un poco, le dio una patada y salió a la oscuridad, todo en un solo y rápido movimiento. Hubo disparos, aunque ya los esperaba, que fallaron por centímetros. Diógenes se puso a cubierto y los devolvió, cortando el fuego. Después corrió hacia la verja y dio un giro brusco a la derecha que lo llevó al final del callejón, a unos antiguos escalones de lava que enlazaban con el sendero que ascendía sinuosamente por la falda del volcán de Stromboli, en dirección al Río de fuego.

El agente especial Pendergast saltó en precario de la barca de pesca al muelle de Ficogrande, cuando la embarcación ya tenía el motor en marcha atrás para apartarse del bravío oleaje al que estaba sujeta aquella parte abierta de la costa. Se quedó un momento de pie sobre el cemento agrietado, contemplando la isla. Surgía abruptamente del agua como una columna negra dibujada en la penumbra de la noche, con una luna en cuarto creciente que la iluminaba a ratos. Vio el juego de luces rojizas en las nubes que tapaban la montaña, mientras oía cómo se mezclaban los rugidos del volcán con los del oleaje a sus espaldas, y el silbido del viento que soplaba desde el mar.

Stromboli era una isla pequeña y redonda de tres kilómetros de diámetro y forma cónica, un lugar desierto y nada acogedor. Incluso el pueblo, formado por casas blancas y dispersas por un kilómetro y medio de costa, se veía vetusto, austero y castigado por el viento.

Respiró el aire húmedo y salobre, y se cerró el cuello del abrigo. Al final del muelle, al otro lado de la calle estrecha que corría paralelamente a la playa, había una hilera de edificios estucados y torcidos que se apoyaban entre sí. Saltaba a la vista que uno de ellos era un bar, aunque el letrero descolorido que bailaba al viento hubiera perdido la luz eléctrica.

Cruzó deprisa el muelle y la calle y entró.

Lo recibió un ambiente denso de humo de cigarrillos. En una mesa había un grupo de hombres —uno con el uniforme de los *cambinieri*— que fumaban y jugaban a las cartas, todos con su correspondiente vaso de vino.

Fue a pedir un *espresso* completo en la barra.

—¿La mujer que ha llegado esta tarde en el servicio especial de la barca pesquera...?—dijo en italiano al encargado, y se quedó a la expectativa.

El encargado pasó un trapo mojado por el mostrador, sirvió el *espresso* y le echó un chorrillo de *grappa*. No parecía que tuviera muchas ganas de contestar.

—Joven y delgada, con una bufanda roja envolviéndole la cara —añadió Pendergast.

El encargado asintió con la cabeza.

—¿Adonde ha ido?

Tras un silencio, dijo con acento siciliano:

—Arriba, a donde el profesor.

—¡Ah! Y ¿dónde vive el profesor?

Silencio. Pendergast tuvo la impresión de que detrás de él la partida de cartas se había interrumpido.

Sabía que en esa parte del mundo la información nunca se daba gratuitamente, sino como un intercambio.

—La pobre, es mi sobrina... —explicó—. Mi hermana está destrozada. Su

hija está persiguiendo a ese hombre despreciable, a ese supuesto profesor que la sedujo y que ahora se niega a portarse como un hombre...

Sus palabras tuvieron el efecto deseado. A fin de cuentas eran sicilianos, una raza antigua con ideas antiguas acerca del honor. Oyó chirriar una silla. Al girarse vio que se había levantado el *carabiniere*.

—Soy el *maresciallo* de Stromboli —dijo con solemnidad—. Voy a llevarlo a casa del profesor. —Se giró—. Stefano, trae el Ape para este señor y sígueme. Yo ya cogeré el *motorino*.

Un hombre moreno y velludo se levantó de la mesa e hizo una señal con la cabeza a Pendergast, que lo siguió a la calle. El triciclo a motor estaba aparcado en la acera. Pendergast subió. Vio que el *carabiniere* ponía en marcha la moto delante de ellos. Arrancaron enseguida y se fueron por la carretera de la playa, con el ruido de las olas a la derecha, que rompían en playas igual de oscuras que la noche.

Al poco rato se internaron en la isla por las calles imposiblemente estrechas y sinuosas del pueblo, que subían por la falda de la montaña con una fuerte inclinación. Cada vez eran más empinadas. A partir de cierto momento empezaron a cruzar viñedos, olivares y huertos a oscuras, delimitados por muritos de toba volcánica y argamasa. Aparecieron algunas grandes villas dispersas en lo más alto de la ladera. La última se encaramaba a la montaña propiamente dicha y estaba circundada por un muro alto de piedra volcánica.

No había luz en las ventanas.

El *carabiniere* aparcó su vehículo en la verja. El Ape frenó detrás. Pendergast bajó de un salto, mirando la villa. Era grande y austera, con más aspecto de fortaleza que de residencia, aunque con diversas terrazas que le añadían encanto. La que miraba al mar tenía columnas antiguas de mármol. Al otro lado del muro de lava había un jardín grande y frondoso de plantas tropicales, aves del paraíso y cactus exóticos gigantes. Era la última casa de la falda de la montaña. Desde el observatorio de Pendergast, casi parecía que el volcán se inclinase hacia ella, reflejando en las nubes el naranja sangriento de su cima, tonante y relampagueante.

A pesar de la gravedad del momento, siguió mirando. «Es la casa de mi hermano», pensó.

El *carabiniere* caminó dándose aires hacia la verja, que estaba abierta, y pulsó el timbre. Saliendo de su trance, Pendergast lo adelantó, cruzó la entrada y corrió agachado hacia la puerta lateral de la terraza, sacudida por el viento.

—¡Espere, *signore*!

Sacó su Cok 1911 y se arrimó a la pared. Cuando tuvo la puerta a su alcance la cogió. Tenía muchos orificios de bala. Miró a su alrededor. El viento sacudía uno de los postigos de la cocina.

Llegó el *carabiniere*, jadeando.

—*Minchia!* —dijo al ver la puerta.

Sacó enseguida la pistola.

—¿Qué pasa, Antonio? —dijo el conductor del Ape, que se acercó, haciendo bailar la punta de su cigarrillo en la estruendosa oscuridad.

—Vuelve, Stefano, esto no tiene buena pinta.

Pendergast sacó una linterna y entró en la casa para inspeccionarla. El suelo estaba lleno de astillas. La luz de la linterna iluminó un gran salón de estilo mediterráneo, con frescas superficies de yeso, suelo de baldosas y muebles antiguos y macizos. Todo era muy sobrio, de una sorprendente austeridad. Al mirar por una puerta abierta, entrevió una biblioteca extraordinaria, el doble de alta que una habitación normal, pintada en un gris perla surrealista. Al entrar vio que también había un postigo con el cierre reventado a balazos.

Lo que no había eran señales de lucha.

Volvió a la puerta lateral. El *carabiniere*, que estaba examinando los agujeros de bala, se irguió.

—Aquí se ha cometido un delito, *signore*. Debo pedirle que se vaya.

Pendergast salió a la terraza y miró hacia la montaña, intentando ver algo en la oscuridad.

—¿Lo de ahí es un camino? —preguntó al conductor del Ape, que permanecía inmóvil en el mismo lugar que antes, boquiabierto.

—Sube por la montaña, pero seguro que no se han ido por ahí. Siendo de noche...

Poco después apareció el *carabiniere* con la radio en la mano. Estaba llamando a la *caserma* de los *carabinieri* en la isla de Lipari, a cincuenta kilómetros.

Pendergast cruzó la verja y llegó al final del callejón. Una escalera de piedra muy estropeada subía por la montaña hasta desembocar en un camino más ancho, muy antiguo. Se puso de rodillas y enfocó la linterna en el suelo. Después de un rato se levantó y dio una docena de pasos por el camino, examinándolo con la linterna.

—¡No suba, *signore!* ¡Es muy peligroso!

Cuando volvió a ponerse de rodillas, de repente distinguió la huella de un tacón pequeño en una fina capa de polvo protegida del viento por un antiguo peldaño de piedra. Parecía muy reciente.

Más arriba, otra huella casi imperceptible, una huella pequeña sobre otra más grande. Diógenes perseguido por Constance.

Entonces se levantó y contempló la vertiginosa cuesta del volcán. Todo estaba tan negro que lo único que divisó fue un leve parpadeo de luz anaranjada alrededor de la cima rodeada de nubes.

—Este camino... —le dijo al policía—. ¿Llega hasta arriba del todo?

—Sí, *signore*, pero le repito que es muy peligroso, solo para escaladores expertos. Le aseguro que por ahí no han ido. He llamado a los *carabinieri* de Lipari, pero no pueden venir hasta mañana. Con este tiempo, puede que ni eso. Lo único que puedo hacer es buscar en el pueblo; probablemente es adonde han ido su sobrina y el profesor.

—En el pueblo no los encontrará —dijo Pendergast, girándose para subir por el camino.

—*Signore!* ¡No suba por ahí, lleva a la Sciafa del Fuoco!

Sin embargo, el viento se llevó la voz del *carabiniere*, mientras Aloysius Pendergast subía por el camino de la mañana a gran velocidad con la linterna en la mano izquierda y la pistola en la derecha.

Diógenes Pendergast corría despacio por la falda de la montaña, a setecientos cincuenta metros de altura, por un ventoso terraplén de lava. El viento azotaba con fuerza demoníaca los densos matorrales de retama que invadían el sendero. Hizo una pausa para respirar. Al mirar hacia abajo reconoció a duras penas la superficie oscura del mar, con pequeñas manchas de un gris más claro que formaban la espuma de las olas. El faro de Strombolicchio coronaba solitario la roca, en el centro de un anillo gris de olas, lanzando un mensaje intermitente, ciego e infatigable a un mar vacío.

Siguió el mar con la mirada hasta llegar a tierra. Desde su observatorio veía un tercio de la isla, una gran curva desde Piscità hasta el arco de playa de debajo de Le Schiocciole, donde el mar embravecido formaba una ancha cinta de espuma blanca. Las luces de la ciudad, no muy intensas, salpicaban la costa, puntos turbios y trémulos de luz, la frágil franja de una humanidad aferrada a una tierra poco hospitalaria. Cerniéndose tras ella, el volcán se erguía en todo su volumen, como el tronco rayado de un mangle gigante, en grandes crestas paralelas que tenían nombres propios: Serra Adorno, Roisa, Le Mandrey Riña Grande. Se giró y miró hacia arriba. La inmensa negrura del Bastimento se interponía entre él y la Sciafa del Fuoco, el Río de fuego. El caballón subía hasta la cumbre, todavía envuelta en nubes rápidas, brotando con sombrío resplandor a cada nueva erupción, mientras los truenos sacudían la tierra.

Diógenes sabía que faltaban doscientos o trescientos metros para la bifurcación. El camino de la izquierda iba hacia el este y daba muchas revueltas hasta alcanzar el cráter superior por las amplias laderas de toba de Liscione. El camino de la derecha, la antigua senda griega, trepaba por el Bastimento y quedaba cortado bruscamente por la Sciafa del Fuoco.

Ya debía de tener quince o veinte minutos de ventaja sobre ella. Había forzado la máquina, trepando a la máxima velocidad por la escalera de piedra gastada y el trazado sinuoso de los adoquines. Era físicamente imposible que ella hubiera seguido su ritmo. Ahora que la tenía donde quería, tenía tiempo de pensar y planear sus movimientos.

Se sentó en los restos de un pequeño muro. La manera más evidente de atacarla era una emboscada desde los matorrales casi impenetrables que invadían el camino por ambos lados. Sería muy fácil. Podía esconderse en la retama, por ejemplo en una de las curvas cerradas, y disparar hacia el camino cuando la viese llegar. La gran desventaja de este plan era su obvedad, hasta el punto de que casi podía asegurar que entraría en las previsiones de Constance. Además los arbustos eran tan tupidos que Diógenes no estaba totalmente seguro de poder esconderse sin dejar un hueco, o como mínimo un rastro visible para un ojo atento. Y el de ella era atentísimo.

Por otro lado, ella no conocía el camino. No podía conocerlo. Había subido a la villa justo después de desembarcar, y no había mapas que representaran lo abrupto, peligroso y difícil del camino. Delante, justo antes de la bifurcación, había un punto donde discurría casi por debajo de una proyección de lava endurecida, dibujaba una curva y pasaba por encima del mismo promontorio. Alrededor del paso todo eran precipicios. Era un punto donde Constance no podía salirse del camino. Si Diógenes la esperaba en el risco, ella tendría que pasar casi directamente por debajo, por la simple razón de que era el único camino. Y como no lo conocía no podía prever que daba una vuelta completa, pasando por encima del risco.

Era el lugar perfecto.

Siguió subiendo por la montaña. Diez minutos después pasó la última curva y subió al risco, pero al mirar a su alrededor, buscando un escondite, vio que había una posición aún mejor. De hecho era casi perfecta. Al acercarse y ver el risco, Constance podía prever la posibilidad de un ataque, pero bastante antes había otro lugar —debajo del risco, completamente a oscuras, medio tapado por las rocas— que parecía mucho más discreto. Para alguien que viniera por abajo era totalmente invisible.

Con el alivio indescriptible de saber que pronto habría terminado todo, se apostó con cuidado en la curva, protegido por la oscuridad, y se preparó para la espera. Era un lugar perfecto. La oscuridad cerrada de la noche, y las líneas naturales del terreno, ayudaban a dar la impresión de que en las rocas que le servían de escondite no había ninguna discontinuidad. Calculó que ella tardaría unos quince minutos. Después de matarla lanzaría el cadáver a la Sciafa, donde desaparecería para siempre. Y él volvería a ser libre.

El cuarto de hora siguiente fue el más largo de su vida. Cuando los quince minutos se convirtieron en veinte, empezó a ponerse nervioso. Pasaron veinticinco minutos... media hora...

Sintió que su cerebro se convertía en un hervidero de hipótesis. Ella no podía saber que estaba ahí. Tenía la certeza de no haber hecho nada que llamase la atención.

Quizá el problema fuera otro...

¿Y si era demasiado débil para llegar tan arriba? Diógenes había dado por supuesto que el odio le conferiría una resistencia muy superior a la normal, pero en el fondo era humana y algún límite debía de tener. Llevaba varios días persiguiéndolo casi sin comer ni dormir. Además, seguro que había perdido bastante sangre. En esas condiciones, escalar casi mil metros por un camino desconocido y sumamente peligroso, en plena noche... Quizá no había sido capaz. O se había hecho daño.

El camino estaba en pésimo estado, con muchas piedras sueltas y adoquines desgastados. Las partes más empinadas, donde antiguamente se habían

construido escaleras de piedra, eran resbaladizas por culpa de los escombros, y faltaban muchos peldaños. Una auténtica trampa mortal.

Una trampa mortal... Era posible, por no decir probable, que hubiera sufrido un grave resbalón. Una caída, un tobillo torcido... Podía estar incluso muerta. ¿Llevaba una linterna? Diógenes lo dudaba.

Miró su reloj. Ya habían pasado treinta y cinco minutos. No sabía qué hacer. Entre todas las posibilidades, la más probable era la del accidente. Decidió bajar por el camino y comprobarlo por sí mismo. Si ella estaba en el suelo, con el tobillo roto, o si se había caído a causa del cansancio, sería fácil matarla.

Hizo una pausa. No, no era buena idea. Podía ser su plan: hacerle creer que estaba herida, para atraerlo... a una emboscada. Por la cara de Diógenes pasó una sonrisa amarga. Conque era eso. Lo estaba esperando. Estaba esperando que bajase. Pues no caería en la trampa. La esperaba él. Tarde o temprano el odio la haría subir por la montaña.

Diez minutos más tarde, las dudas volvieron a acosarlo. ¿Y si se pasaba toda la noche esperando? ¿Y si ella no quería llevar el enfrentamiento al terreno de la montaña? ¿Y si había vuelto al pueblo y estaba planeando algo nuevo? ¿Y si había llamado a la policía?

No soportaba seguir así. Ya no podía prolongarlo más tiempo. De esa noche no podía pasar. Si ella no quería llegar hasta él, tendría que ir él a ella, para forzar un desenlace.

Pero ¿cómo?

Se quedó tumbado en el suelo de piedra, cada vez más nervioso, escudriñando la oscuridad. Intentaba pensar como ella, previendo sus decisiones. No podía permitirse subestimarla otra vez.

«Huyo de la casa y subo corriendo por el camino. Ella se queda pensando si tiene que seguirme. ¿Qué haría ella?» Constance sabía que Diógenes iba a subir por la montaña. Sabía que la esperaba y que tenía la intención de enfrentarse con ella en su propio terreno y en sus propios términos.

«¿Qué haría ella?»

La respuesta se le ocurrió de golpe: buscar otro camino. Más corto. Y adelantarse. Pero claro, no había ningún otro...

De repente, con un horrible cosquilleo en la nuca, se acordó de una antigua historia que había oído contar a los isleños. En el siglo VIII los moros atacaron Stromboli. El desembarco tuvo lugar en Pertuso, una cala de la orilla opuesta, punto de origen de una travesía audaz y peligrosa consistente en subir por un lado del volcán y bajar por el otro, pero en vez de bajar por el camino griego los moros abrieron su propia senda con el objetivo de abatirse sobre el pueblo desde un lugar inesperado.

¿Y si Constance había tomado el camino moro?

Las ideas se atropellaban en su mente. Hasta entonces no había prestado

atención a aquella historia; creía que era una de tantas leyendas pintorescas sobre la isla. ¿Alguien sabía dónde estaba? ¿Aún existía? ¿Y Constance? ¿Cómo podía conocer su existencia? Probablemente en todo el mundo no hubiera más de media docena de personas al corriente de su trazado real.

Escupió una retahila de palabrotas y se estrujó las meninges intentando acordarse mejor de la historia. ¿Cuál era el trazado del camino moro?

La leyenda incluía una parte sobre bajas moras en el Filo del Fuoco, una angosta garganta que salía de la Sciafa. En tal caso el camino debía de seguir el borde de la Sciafa hasta el Bastimento.

Se levantó de golpe. Ya sabía qué había hecho Constance. Investigadora consumada, había obtenido algún atlas antiguo de la isla y se lo había aprendido de memoria. Primero hacía salir a Diógenes de su casa como un tejón y luego lo empujaba hacia el más conocido de los dos caminos, para que pensara que era el autor del plan. Mientras tanto ella iba por el oeste, usaba el camino secreto como atajo, y esquivaba la emboscada, haciéndole perder muchos minutos valiosos. Ahora estaba más arriba. Esperándolo a él.

Un sudor frío le cubrió la frente. Ahora entendía la pasmosa sutileza del plan. Constance lo tenía todo previsto, incluido que Diógenes huyera de su casa y subiera corriendo por el camino. También había previsto que se detendría en algún lugar para tenderle una emboscada que lo retrasaría y le permitiría a ella —físicamente más débil— subir tranquilamente al Bastimento por la senda mora.

Erguido, horrorizado, miró hacia arriba y enfocó la vista en la gran aleta negra del Bastimento. Las nubes se empujaban en torno a la cumbre. A cada explosión la montaña gemía y temblaba. De repente se abrieron las nubes, exponiendo el Bastimento al resplandor de las erupciones. En ese instante Diógenes divisó una figura de blanco, una figura recortada en el horrible y parpadeante resplandor, que bailaba... A pesar del aullido del viento, y del tronar de la montaña, tuvo la seguridad de que acababa de llegar a sus oídos una risa estridente, enloquecida.

Lleno de rabia, apuntó y disparó varias veces seguidas, deslumbrándose a sí mismo con los foganazos. Después de un rato dijo una palabrota y bajó la pistola con el corazón alborotado. Arriba, en el risco, no había nadie. La figura ya no estaba.

Ahora o nunca. Se les estaba echando encima el desenlace. Corrió por el camino lo más deprisa que pudo, consciente de que Constance no podía acertar a oscuras. Faltaba poco para la bifurcación. El más reciente de los dos caminos subía hacia la izquierda. En el de la derecha había una valla, una alambrada oxidada que temblaba al viento, con un letrero en dos idiomas desgastado por la intemperie:

Pericolosissimo!
Vietato a Passare!

¡Río de fuego!
¡Peligrosísimo!
¡Prohibido el paso!

Saltó sobre la valla y se lanzó hacia el Bastimento por la antigua senda. Solo había un desenlace posible. Uno de los dos volvería a bajar de la montaña. El otro sería arrojado a la Sciafa.

Faltaba ver cuál de ambos acabaría venciendo.

Aloysius Pendergast se detuvo en la bifurcación para escuchar atentamente. No hacía ni cinco minutos que había oído disparos —un total de diez— sobre el tronar del volcán. Se arrodilló, y al examinar el suelo con la linterna llegó rápidamente a la conclusión de que Diógenes, pero solo él, había cogido el camino vallado.

En aquella situación aún había muchos puntos por dilucidar, muchos enigmas rodeados de misterio. Aunque hubiera pocas huellas, solo en el polvo o en la arena acumulados en algunas rocas, el rastro de Constance se interrumpía casi al principio del camino, mientras que el de Diógenes seguía. ¿Por qué? Pendergast se había visto obligado a tomar una decisión: o buscar las huellas de Constance, o seguir a Diógenes. En realidad no dudó. El peligro era Diógenes. Había que encontrarlo antes que a nadie.

Y luego los disparos. ¿De quién eran? ¿Por qué tantos? Solo el pánico podía hacer disparar diez veces seguidas.

Saltó la valla y siguió por el camino antiguo, peligrosamente en ruinas. Debían de faltar unos cuatrocientos metros para la cresta. Más arriba solo se veía el cielo, con tormentosas manchas de luz anaranjada. Tenía que ir deprisa, pero con precaución.

Al llegar a una parte muy empinada, el camino se convertía en una escalera tallada en la piedra volcánica. Por desgracia estaba muy erosionada y tuvo que enfundarse la pistola para escalar con las dos manos. Justo antes de subir a la cresta se apoyó en el suelo, sacó la pistola e hizo otra pausa, pero no oyó nada. Allá arriba los truenos y mugidos del volcán aún eran más fuertes, y el viento, cada vez más huracanado.

Gateó hasta la cima con el viento de cara. Al llegar hizo otra pausa de reconocimiento. El camino, perfectamente visible, seguía la cresta y desaparecía al otro lado de un pináculo de lava petrificada. Se levantó de un salto, cruzó corriendo la parte abierta y se resguardó detrás de la lava. A la derecha, por lo que veía, tenía que haber un gran barranco. Sin duda la Sciafa del Fuoco. El fulgor rojo que brotaba de ella era el telón perfecto para discutir una figura humana.

Rodeó el pitón de lava muy despacio. La Sciafa apareció de repente a su derecha: un precipicio casi vertical, como un enorme tajo en el flanco de la isla. Su casi medio kilómetro de anchura caía a pico hasta el mar, que hervía y se agitaba centenares de metros más abajo. De la sima brotaba un chorro de aire caliente que ululaba en diagonal sobre la cresta, cargado de partículas punzantes de ceniza y de nubes de vapores sulfúricos. Ahora Pendergast oía algo más que el rugido de la montaña: oía cómo crujían y se despeñaban bloques gigantes de lava, algunos de ellos al rojo vivo, que salían del cráter, saltaban por la falda del volcán y se zambullían en el mar, haciendo florecer borrosas flores blancas.

Avanzó contra el viento, conservando el equilibrio a la vez que compensaba la fuerza brutal que lo empujaba lejos del borde del precipicio. Examinó el suelo, pero el viento se había llevado cualquier posible huella. Siguió deprisa por los restos del camino, aprovechando siempre que podía la protección de los viejos bloques de lava, y manteniendo bajo su centro de gravedad. El sendero seguía subiendo por la cresta. Delante había una enorme montaña de rocas volcánicas, restos de un desprendimiento que el camino esquivaba mediante un brusco giro a la derecha, en dirección al precipicio.

Se puso en cuclillas tras los bloques apilados, con la pistola a punto. Si en el camino había alguien, estaría justo delante, al borde del precipicio.

Se asomó con la pistola sujeta con las dos manos... y descubrió una imagen terrorífica.

Justo al borde del barranco había dos figuras recortadas por la pálida luz del volcán. Estaban unidas en un extraño abrazo, casi apasionado, pero no eran dos enamorados, sino dos enemigos enlazados en mortal pelea, ajenos al viento, a los bramidos del volcán y al extremadamente peligroso precipicio donde estaban.

—¡Constance! —gritó Pendergast, echando a correr.

Aún corría cuando las dos figuras empezaron a inclinarse; perdieron el equilibrio durante el forcejeo y se arrastraron al abismo mutuamente.

De pronto desaparecieron, con un silencio peor que cualquier grito.

Pendergast corrió por el barranco con el viento en la espalda, un viento tan fuerte que casi lo hacía volar. Se arrodilló y se protegió los ojos con la mano para mirar la sima. Trescientos metros más abajo, bloques endurecidos de lava roja mate, grandes como casas, rodaban y saltaban como simples guijarros entre nubes de chispas anaranjadas, y el viento aullaba en los flancos del volcán como el lamento conjunto de todos los condenados. Se quedó de rodillas, llorando lágrimas de sal por el viento.

Apenas entendía lo que había visto. Le resultaba increíble, imposible, que Constance, la protegida, frágil y confusa Constance, pudiera haber perseguido a su hermano hasta los confines de la tierra y hacerlo subir por el volcán para arrojarlo con él a sus entrañas. Se restregó los ojos con todas sus fuerzas para mirar la horrible sima por segunda vez, con la vaga esperanza de que quedara algo, lo que fuera.

Y así fue: menos de un metro por debajo de su posición había una mano totalmente cubierta de sangre que se aferraba a un pequeño saliente rocoso con una fuerza casi sobrehumana.

Diógenes.

Oyó en su cabeza las palabras de D'Agosta: « Supongo que ya sabe que solo existe una forma de librarse de Diógenes. Cuando llegue el momento... » .

Sin pensarlo dos veces se agachó para salvar a su hermano. Con una mano en su muñeca y la otra en su antebrazo, se echó hacia atrás con un fenomenal

impulso que apartó a Diógenes del borde de aquel infierno. Por encima de la cresta rocosa apareció una cara. No era la de su hermano, sino la de Constance Greene.

Segundos después, Constance ya estaba lejos del precipicio. Rodó hasta quedarse de espaldas, con el pecho agitado, los brazos en cruz y su vestido blanco hecho jirones, sacudido por el viento.

Pendergast se inclinó hacia ella.

—¿Diógenes...? —consiguió preguntar.

—¡Ya no está!

De los labios ensangrentados de Constance brotó una carcajada que se llevó enseguida el viento.

La zona de espera de la sala B consistía en una improvisada serie de bancos de los años setenta, estilo Bauhaus, dispuesta a lo largo de un pasillo anónimo del piso veinte de la jefatura de policía. En uno de esos bancos estaba sentado D'Agosta, respirando el ambiente cargado del pasillo, una mezcla de lejía y amoníaco del lavabo de hombres, de perfume pasado, de sudor y de humo de cigarrillo, que había impregnado demasiado a fondo las paredes para que pudiera erradicarse por completo. Por debajo de todo subyacía el acre, omnipresente olor del miedo.

Pero en lo último que pensaba D'Agosta era en el miedo. Estaba a punto de someterse al consejo de disciplina, de cuya decisión dependía que pudiera volver a formar parte de las fuerzas de seguridad, y lo único que sentía era cansancio y vacío. Hacía meses que el juicio pendía sobre su cabeza como la espada de Damocles. Ahora, para bien o para mal, estaba a punto de acabar.

Thomas Shoulders, el abogado que le había asignado el sindicato, cambió de postura a su lado.

—¿Quiere revisar algo más? —preguntó con su voz aflautada—. ¿Su declaración, o lo que es más probable que pregunten?

D'Agosta negó con la cabeza.

—No, gracias, nada más.

—Los cargos los presentará el abogado del departamento en representación de la policía de Nueva York. Por ahí es posible que tengamos suerte. Kagelman es duro pero justo, de la vieja escuela. El mejor modo de enfocarlo es directamente, sin evasivas ni mentiras. Usted conteste a las preguntas diciendo sí o no. Si no se lo piden, no entre en detalles. Preséntese en la línea de lo que hemos ido diciendo, como un buen policía pillado en una mala situación pero que hizo todo lo que pudo para servir a la justicia. Si conseguimos mantener esta postura, soy de un optimismo prudente.

Un optimismo prudente. No eran exactamente palabras de ánimo, tanto si las decía un abogado a su cliente como si las pronunciaba un piloto de avión o un cirujano.

D'Agosta se acordó del crucial día de otoño en que encontró a Pendergast en la finca Grove echando pan a los patos. Solo habían pasado seis meses, pero qué viaje tan largo, y tan extraño...

—¿Qué, animado? —preguntó Shoulders.

D'Agosta miró su reloj.

—Lo único que quiero es que pase. Estoy cansado de esperar la condena aquí sentado.

—No debería tomárselo así, teniente. Un consejo de disciplina es igual que cualquier otro juicio en cualquier otro tribunal del país. Mientras no se demuestre lo contrario, es usted inocente.

D'Agosta suspiró y cambió desconsoladamente de postura. En ese momento vio llegar por el pasillo, entre muchas personas, a la capitana Laura Hayward.

Se acercaba con esa forma tan suya de caminar, tranquila pero firme. Llevaba un jersey gris de cachemira y una falda plisada de lana azul marino. Fue como si de repente el insulso pasillo se llenara de vida, aunque D'Agosta habría dado cualquier cosa por que no lo viera así: en un banco, como un alumno gamberro esperando una reprimenda. Quizá pasara de largo sin más, como el día de la comisaría de Madison Square Garden.

Pero no, no pasó. Se paró ante el banco y los saludó con un gesto de la cabeza, muy tranquila.

—Hola —dijo D'Agosta.

Le dio rabia darse cuenta de que se ruborizaba por los nervios y por la vergüenza.

—Hola, Vinnie —respondió ella con una voz ronca de contralto—. ¿Tienes un minuto?

Por un momento todo se detuvo.

—Sí, claro. —D'Agosta se giró hacia Shoulders—. ¿Me disculpa un segundo?

—No se vaya muy lejos, nos toca pronto.

Siguió a Hayward a una zona más tranquila del pasillo. Ella lo miró fijamente mientras se alisaba la falda con un movimiento maquinal. Al mirarle de reojo las piernas bien torneadas, D'Agosta sintió que su corazón latía aún más deprisa. Buscó algo que decir, pero no lo encontró.

Parecía que a Hayward tampoco le salían las palabras, cosa rara en ella. Su cara reflejaba preocupación y conflicto interior. Abrió el bolso, hurgó un poco, lo cerró y se lo puso debajo del brazo. Siguieron en silencio, mientras pasaban policías, técnicos y personal del tribunal.

—¿Has venido a declarar? —acabó preguntando D'Agosta.

—No, ya declaré hace un mes.

—¿O sea, que no tienes nada más que decir?

—No.

D'Agosta comprendió con emoción lo que aquello significaba. « Es decir, que no ha hablado de mi participación en la fuga de Herkmoor —pensó—. No se lo ha dicho a nadie ».

—Me ha llamado un conocido del Departamento de Justicia —dijo ella—. Se acaba de saber que todas las acusaciones del FBI contra el agente especial Pendergast han sido retiradas. En Homicidios hemos reabierto la investigación y parece que también retiraremos las acusaciones contra él. Acaba de hacerse pública una orden de captura contra Diógenes Pendergast basada en las pruebas que aparecieron en su maletín. He pensado que te gustaría saberlo.

Todo el cuerpo de D'Agosta se relajó de alivio.

—¡Menos mal! Así que ya no lo acusan de nada.

—La justicia no, aunque creo que puede afirmarse que no ha hecho nuevos amigos en el FBI.

—La popularidad nunca ha sido el fuerte de Pendergast.

Hayward sonrió levemente.

—Le han dado seis meses de permiso. Lo que no sé es si los ha pedido él o es una imposición del FBI.

D'Agosta sacudió la cabeza.

—He pensado que también te gustaría tener noticias del agente especial Spencer Coffey.

—Ah...

—Aparte de meter la pata hasta el fondo en el caso de Pendergast, participó en una especie de escándalo en Herkmoor. Por lo visto lo han degradado a GS-11 y le han abierto un expediente. Ahora lo han trasladado a la delegación de Dakota del Norte, en Black Rock.

—Tendrá que comprar calzoncillos largos —dijo D'Agosta.

Hayward sonrió. Entre ambos volvió a caer un silencio incómodo.

El vicesecretario se acercó desde los ascensores con el fiscal especial del departamento. Al pasar al lado de D'Agosta y Hayward, saludaron fríamente con la cabeza y les dieron la espalda para ir hacia la sala.

—Ahora que Pendergast está limpio, tú también deberías estarlo —dijo Hayward.

D'Agosta se miró las manos.

—Son procedimientos burocráticos distintos.

—Ya, pero cuando...

Hayward se calló de golpe. Al levantar, la cabeza, D'Agosta vio venir por el pasillo a Glen Singleton, tan elegante como de costumbre. Oficialmente D'Agosta aún estaba a las órdenes del capitán Singleton. Seguro que iba a testificar. Se paró, sorprendido de ver a Hayward.

—Capitana Hayward —dijo con rigidez—. ¿Qué hace aquí?

—He venido para asistir a la sesión —respondió ella.

Singleton frunció el entrecejo.

—Los consejos de disciplina no son un espectáculo.

—Ya, y a lo sé.

—Usted ya ha declarado. El hecho de que se presente sin que la hayan llamado para facilitar nuevos datos podría dar a entender...

Singleton vaciló.

La insinuación hizo que D'Agosta se sonrojara; miró a Hayward de reojo y se llevó una sorpresa. Ya no parecía preocupada, sino muy serena, como si íntimamente, tras profundas y largas deliberaciones, hubiera tomado una decisión.

—¿Qué? —dijo ella a fablemente.

—Podría dar a entender falta de imparcialidad por su parte.

—Pero Glen —dijo Hayward—, ¿tú no le deseas lo mejor a Vinnie?

Esta vez el que se sonrojó fue Singleton.

—Claro, claro que sí. De hecho vengo por eso, para llamar la atención del fiscal sobre una serie de cosas que sabemos desde hace muy poco. Solo lo he dicho porque no me gustaría que se sospechase ninguna... influencia indebida.

—Demasiado tarde —contestó ella enseguida—. Yo ya estoy influida.

Y ahí mismo, con toda la calma del mundo, cogió la mano de D'Agosta.

Singleton se quedó mirándolos, abrió la boca y la volvió a cerrar. Se había quedado sin palabras. Al final sonrió bruscamente a D'Agosta y le puso una mano en el hombro.

—Nos vemos en el juicio, teniente —dijo, poniendo particular énfasis en la palabra «teniente».

Se giró y se fue.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó D'Agosta.

—Conociendo a Glen, yo diría que tienes un amigo en la sala.

D'Agosta volvió a sentir que le latía más deprisa el corazón. Aunque estuviera a punto de pasar por una dura prueba, de pronto se sentía absurdamente feliz. Era como si le hubieran quitado un peso enorme de los hombros, un peso del que no había sido del todo consciente.

Se giró rápidamente hacia Hayward.

—Oye, Laura...

—No, oye tú. —Cogió con sus dos manos la de D'Agosta y apretó con fuerza—. Lo que ocurra en la sala da igual. ¿Me entiendes, Vinnie? Porque pase lo que pase nos pasará a los dos.

Él tragó saliva.

—Te quiero, Laura Hayward.

En ese momento se abrió la puerta de la sala donde debía celebrarse la vista, y el ujier pronunció su nombre. Thomas Shoulders se levantó del banco, y al ver que D'Agosta lo miraba asintió con la cabeza.

Hayward dio un último apretón a la mano de D'Agosta.

—Vamos, chicarrón —dijo, sonriendo—, esto ya empieza.

El sol de la tarde pintaba de bronce las colinas del valle del Hudson, convirtiendo el ancho y perezoso río en una superficie de brillante aguamarina. Los bosques que cubrían Sugarloaf Mountain y Breakneck Ridge empezaban a reverdecer. Un fino plumón de primavera cubría por completo todas las Highlands.

Desde el gran porche de la clínica Feversham, sentada en una tumbona, Nora Kelly contemplaba Cold Spring, el Hudson y los edificios rojos de ladrillo de West Point, al fondo. Su marido, mientras tanto, no paraba de dar vueltas por el porche, distribuyendo sus miradas entre el paisaje y las suaves líneas del hospital privado.

—Me pone nervioso volver a estar aquí —murmuró—. No había vuelto desde que estuve ingresado, Nora. ¡Madre mía! No sé si te lo había dicho, pero cuando cambia el tiempo a veces aún me duele la espalda donde el Cirujano...

—Sí, Bill, sí que me lo habías dicho —dijo ella, afectando cansancio—. Muchas veces.

Giró un pomo, unas bisagras chirriaron suavemente y una puerta se abrió al porche para que asomara su cabeza una enfermera inmaculadamente vestida de blanco.

—Ya pueden pasar —dijo—. Está esperándolos en el salón oeste.

Nora y Smithback entraron tras ella y la siguieron por un largo pasillo.

—¿Cómo está? —preguntó preocupado Smithback a la enfermera.

—Por suerte muy mejorada. Nos tenía tan preocupados... Es que es tan buena... Cada día mejora un poco más, aunque se cansa deprisa. Tendrán que limitar su visita a un cuarto de hora.

—«Es que es tan buena...» —susurró Smithback al oído de Nora, que le clavó en broma un dedo en las costillas.

El salón oeste era una sala grande y semicircular que a Nora le recordó una casa de montaña: vigas pulidas en el techo, revestimiento de pino en las paredes y muebles de abedul. Estaba decorado con óleos de paisajes forestales y tenía una gran chimenea de piedra donde chisporroteaban alegremente las llamas.

Y en medio de todo Margo Green, recostada en una silla de ruedas.

—Margo... —dijo Nora.

Se calló. Casi le daba miedo hablar. Oyó que a Smithback se le cortaba la respiración.

La Margo Green que estaba sentada frente a ellos no era más que una sombra de la férrea mujer que había sido rival académica, pero también amiga, de Nora en el museo. Estaba tan flaca que asustaba. Sobre las venas, su piel blanca parecía papel de seda. Sus movimientos eran lentos y meditados, como de alguien que hubiera perdido la costumbre de usar sus brazos y sus piernas. En contrapartida, su pelo castaño se veía sano y brillante, y conservaba en los ojos la

chispa vital que recordaba Nora. Diógenes Pendergast la había mandado a un lugar oscuro y peligroso —a punto había estado de acabar con su vida—, del que ahora, sin embargo, ya volvía.

—Hola a los dos —dijo con un hilo de voz soñolienta—. ¿Qué día es?

—Sábado —dijo Nora—. Doce de abril.

—Qué bien. Tenía la esperanza de que aún fuera sábado.

Sonrió.

La enfermera entró para cambiar a Margo de postura y apoyarla más cómodamente en la silla de ruedas. Antes de salir trajinó por la sala, abriendo las cortinas y ahuecando los cojines. Los rayos de sol que entraron a raudales en el salón se posaron en la cabeza y los hombros de Margo, dorándola como si fuera un ángel. Nora pensó que en cierto modo lo era, ya que había estado al borde de la muerte por haber ingerido un cóctel de fármacos muy peculiar administrado por Diógenes.

—Te hemos traído algo, Margo —dijo Smithback, metiendo una mano en el abrigo para sacar un sobre de papel manila—. Nos ha parecido que te haría gracia.

Margo lo cogió y lo abrió despacio.

—¡Si es mi primer número de *Museology*!

—Ábrelo, está firmado por todos los conservadores del departamento de antropología.

—¿Incluido Charlie Prine?

A Margo le brillaron los ojos.

Nora se rió.

—Incluido Prine.

Acercaron dos sillas y se sentaron.

—Sin ti el museo está tan aburrido, Margo... —comentó Nora—. Tendrás que darte prisa en curarte.

—Sí, es verdad —dijo Smithback con una sonrisa, recuperando su incontenible buen humor—. A esa mole le hace falta alguien que la sacuda un poco de vez en cuando, para levantar el polvo de los fósiles.

Margo se rió en voz baja.

—Por lo que he leído, lo último que necesita el museo son polémicas. ¿Es verdad que la estampida de la inauguración egipcia provocó cuatro muertes?

—Sí —dijo Nora—, y sesenta heridos, una docena de ellos graves.

Ella y Smithback se miraron. La noticia que había aparecido durante las dos semanas transcurridas desde la inauguración era que el espectáculo de luz y sonido se había descontrolado por un fallo en el software y había provocado el pánico. De momento, la verdad —que todo habría podido acabar muchísimo peor— solo la sabían unos pocos dentro del museo y en los círculos de las fuerzas del orden.

—¿Es verdad que uno de los heridos fue el director? —preguntó Margo.

Nora asintió con la cabeza.

—A Collopy le dio una especie de ataque. Ahora está en observación en el Hospital de Nueva York, pero dicen que se recuperará completamente.

Era verdad, pero no toda la verdad, naturalmente. Collopy era uno de los que, víctimas del espectáculo de luz y sonido de Diógenes, se habían vuelto medio psicóticos por culpa de los láseres intermitentes y de las ondas sonoras de baja frecuencia. Si Nora no hubiera cerrado los ojos y no se hubiera tapado los oídos, podría haberle ocurrido lo mismo. Aun así, durante una semana había tenido pesadillas. Pendergast y los demás habían interrumpido el espectáculo antes de que pudiera infligir lesiones permanentes. Por ello el diagnóstico de Collopy y los demás era muy bueno, mucho mejor que el de Lipper, el técnico.

Nora cambió de postura. Algún día se lo contaría todo a Margo, pero aún no era el momento. Le quedaba mucha recuperación por delante.

—¿Tú cómo crees que afectará al museo? —preguntó Margo—. Me refiero a que la tragedia de la inauguración haya pasado justo después del robo de los diamantes.

Nora sacudió la cabeza.

—Al principio todo el mundo supuso que era la gota que colmaba el vaso, sobre todo porque uno de los heridos era la mujer del alcalde, pero ahora resulta que ha pasado lo contrario —respondió Nora—. Gracias a toda la polémica la tumba de Senef es la exposición más vista de la temporada en Nueva York. El ritmo de reservas es alucinante. Esta mañana, en Broadway, he visto a alguien vendiendo camisetas de «Yo he sobrevivido a la Maldición».

—O sea, ¿que reabrirán la tumba? —preguntó inmediatamente Margo.

Smithback asintió.

—Sí, lo antes posible. La mayoría de las piezas se salvaron. Esperan tenerlo todo listo en un mes.

—Nuestra nueva egiptóloga está remodelando la exposición —dijo Nora—. Ha revisado el guión original y ha quitado algunos de los efectos especiales más artificiosos, pero ha dejado intacta gran parte del espectáculo de luz y sonido. Es un fenómeno. Buenísima compañera de trabajo, divertida, sencilla... Tenemos suerte.

—En las noticias decían algo de que en el rescate tuvo un papel decisivo un agente del FBI —dijo Margo—. ¿No será el agente Pendergast, por casualidad?

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Nora.

—Porque Pendergast siempre consigue estar en medio de todo.

—No me digas —dijo Smithback, dejando de sonreír.

Nora observó que estaba acariciándose la mano quemada por el ácido sin darse cuenta.

La enfermera reapareció en la puerta.

—Margo, dentro de cinco minutos tengo que llevarte otra vez a la habitación.

—De acuerdo. —Margo se giró hacia los dos—. Supongo que desde entonces se pasa todo el día en el museo, haciendo preguntas, intimidando a los burócratas y dando la lata...

—La verdad es que no —dijo Nora—. Desapareció justo después de la inauguración y no se ha vuelto a saber nada de él.

—¿En serio? Qué raro...

—Sí —dijo Nora—, rarísimo.

A finales de mayo, en la isla de Capraia, había dos personas, un hombre y una mujer, sentadas en la terraza de una casita blanca muy cuidada con vistas al Mediterráneo. La terraza estaba casi al borde de un acantilado. Abajo, las olas rompían en rocas volcánicas negras rodeadas de gaviotas. La vista se perdía en una inmensidad azul.

En la terraza había una mesa de madera gastada, y sobre la mesa una comida de lo más frugal: una hogaza de pan rústico, un plato de pequeños salamis, una botella de aceite de oliva y un cuenco de aceitunas, además de unas copas de vino blanco. El omnipresente aroma de los limoneros en flor se mezclaba con el perfume del romero y el aire salado del mar. En la ladera, sobre la terraza, las hileras de vides tendían sus verdes y enroscados retoños. Solo se oían los chillidos lejanos de las gaviotas y el susurro de la brisa en un emparrado de buganvillas de color violeta.

Los dos bebían vino y hablaban en voz baja. La forma de vestir de la mujer —pantalones de lona gastados y una camisa vieja de trabajo— contrastaba con la delicadeza de sus facciones y con la reluciente cabellera de color caoba que se derramaba por su espalda. Todo lo que no tenía de formal la ropa de ella lo tenía la de él, un traje negro de corte italiano, una camisa blanca recién planchada y una discreta corbata.

Ambos miraban a una tercera persona, una hermosa joven vestida de amarillo claro, que paseaba sin rumbo por un olivar, al lado de la viña. De vez en cuando se paraba a coger una flor y reanudaba su camino desmenuzándola con gesto ausente.

—Creo que ya lo entiendo todo —dijo la mujer de la terraza—, menos lo único que no me has explicado: ¿se puede saber cómo te quitaste el GPS del tobillo sin hacer saltar la alarma?

Él hizo un gesto despectivo.

—Un juego de niños. Dentro del aro de plástico había un cable que cerraba un circuito. Supuestamente la única manera de quitarse el aro era cortar el cable, lo que interrumpía el circuito y disparaba la alarma.

—¿Y tú qué hiciste?

—Rasqué el plástico en dos puntos del circuito para dejar el cable al descubierto. Luego até un alambre en cada punto, corté el aro entre los dos... y me lo quité. Elemental, querida Viola.

—¡Ah, *je vois!* Pero ¿de dónde sacaste el alambre?

—Lo fabriqué con envoltorios de chicle enrollados. Por desgracia me vi en la obligación de mascar el chicle, ya que me hacía falta para enganchar el alambre.

—¿Y el chicle? ¿De dónde lo sacaste?

—De mi conocido de la celda de al lado, un joven de gran talento que me abrió todo un mundo, el del ritmo y la percusión. Me dio uno de sus preciosos paquetes de chicle a cambio de un favor que le hice.

—¿Cuál?

—Escuchar.

La mujer sonrió.

—Lo que se siembra se cosecha.

—Es posible.

—Hablando de la cárcel, no imaginas cuánto me emocionó tu telegrama. Tenía miedo de que no te dejaran salir del país durante mucho tiempo.

—Diógenes dejó bastantes pruebas en su maletín para que ya no me acusaran de ninguno de los asesinatos. A partir de ahí solo quedaban tres delitos importantes: robar el Corazón de Lucifer; secuestrar al gemólogo, Kaplan, y evadirme de la cárcel. Ni el museo ni Kaplan han querido presentar denuncia. En cuanto a la cárcel, lo que más les gustaría es olvidar que su seguridad es falible. Así que aquí me tienes.

Hizo una pausa para beber un poco de vino.

—Lo cual me lleva a una pregunta: ¿cómo es posible que no te dieras cuenta de que Menzies era mi hermano? No era la primera vez que lo veías disfrazado.

—Sí, a mí también me extraña —repuso Viola—. Lo había visto en el papel de dos personas diferentes, pero ninguna era Menzies.

Se quedaron callados. Viola se giró hacia la joven del olivar.

—Es una chica muy especial.

—Sí —contestó él—, más de lo que podrías imaginar.

Siguieron observando cómo vagaba entre los árboles nudosos, como un fantasma inquieto.

—¿Cómo llegó a ser tu pupila?

—Es una historia larga y bastante complicada, Viola. Ya te la contaré. Te lo prometo.

La mujer sonrió y bebió un poco de vino. Entre ellos hubo un momento de silencio.

—¿Qué te parece la nueva cosecha? —preguntó ella—. La he abierto especialmente para la ocasión.

—Una delicia, como la anterior. Supongo que es de tus viñedos.

—Sí. Recogí personalmente la uva, y hasta la pisé con estos pies.

—No sé si horrorizarme o tomármelo como un honor. —Él cogió un salami pequeño, lo examinó y lo cuarteó con un cuchillo de cocina—. ¿Para hacer esto también cazaste jabalíes?

Viola sonrió.

—No. En algún sitio había que establecer el límite. —Lo miró con cara de preocupación—. Estás haciendo un enorme esfuerzo por ser divertido, Aloysius.

—¿Da esa impresión, la de que me estoy esforzando? Pues lo siento.

—Estás preocupado. Y no haces muy buena cara. ¿Qué ocurre? ¿Tienes muchos problemas?

Él titubeó y sacudió muy lentamente la cabeza.

—Me gustaría poder ayudarte.

—Tu compañía y a me tonifica, Viola.

Ella volvió a sonreír y a mirar a la joven.

—Qué raro que un asesinato, porque no se puede llamar de otra forma, ¿verdad?, haya sido una experiencia tan catártica para ella...

—Sí. De todos modos, mucho me temo que no deja de ser un ser humano lastimado. —Vaciló—. Me he dado cuenta de que fue un error tenerla encerrada en la casa de Nueva York. Necesitaba salir y ver el mundo. Diógenes se aprovechó de esa necesidad. En ese sentido también me equivoqué, dejando que Constance fuera vulnerable a su influencia. Es una vergüenza y una culpa que siempre me acompañan.

—¿Ya se lo has comentado? Me refiero a lo que sientes. Podría ser beneficioso para los dos.

—Lo he intentado. La verdad es que varias veces, pero ella rechaza vehementemente cualquier posibilidad de hablar del tema.

—Quizá el tiempo lo remedie. —Viola sacudió su melena—. ¿Y ahora? ¿Adonde piensas ir?

—Ya hemos viajado por Francia, España e Italia. Parece que le interesan las ruinas romanas. He estado haciendo todo lo posible para que no pensara en lo ocurrido, pero está inquieta y distante. Ya lo ves.

—Yo creo que a Constance lo que le hace más falta es que la orienten.

—¿En qué sentido?

—Sí, y a me entiendes, como orientaría un padre a su hija.

Pendergast cambió nerviosamente de postura.

—Yo nunca he tenido ninguna hija.

—Pues ahora tienes una. Y ¿sabes qué? Creo que el Grand Tour que estáis dando no está sirviendo de nada.

—Yo había pensado lo mismo.

—Necesitáis curaros. Ambos. Tenéis que superarlo juntos.

Pendergast guardó un momento de silencio.

—He estado dando vueltas a la posibilidad de retirarme del mundo por un tiempo.

—Ah, ¿sí?

—Una vez pasé una temporada en un monasterio, un monasterio muy aislado e inaccesible del oeste del Tibet. He pensado que podríamos ir.

—¿Cuánto tiempo os quedaríais?

—Lo que hiciera falta. —Bebió un poco de vino—. Supongo que unos meses.

—Quizá sea lo más beneficioso. Cambiando de tema, ¿qué perspectivas tenemos... nosotros?

Él dejó lentamente la copa.

—Todas.

Pasó un breve silencio.

—¿Qué quieres decir?

Ella lo preguntó en voz baja.

—Que todo está abierto —dijo lentamente Pendergast—. Cuando haya solucionado lo de Constance será el turno de nosotros dos.

Ella tendió un brazo y le tocó la mano.

—Con Constance puedo ayudarte. Llévala a Egipto este invierno. Seguiré trabajando en el Valle de los Reyes y podría ser mi ayudante. La vida de arqueóloga es dura, pero llena de aventuras.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro.

Pendergast sonrió.

—Magnífico. Creo que le gustaría.

—¿Y a ti?

—Supongo... que también me gustaría.

Constance se había ido aproximando. Los dos se quedaron callados.

—¿Qué, qué te parece Capraia? —preguntó Viola en voz alta cuando la joven subió a la terraza.

—Muy bonito.

Constance se acercó a la baranda, tiró los restos de una flor y miró el mar con los brazos apoyados en la piedra caliente.

Viola sonrió, dando un codazo a Pendergast.

—Cuéntale el plan —susurró—. Me voy dentro.

Pendergast se levantó y se reunió con Constance, que se quedó en la baranda contemplando el mar, mientras la brisa agitaba su larga melena.

—Viola me ha ofrecido llevarte a Egipto este invierno para que la ayudes a excavar en el Valle de los Reyes. Aparte de aprender historia, podrías tocarla con tus propias manos.

Constance sacudió la cabeza sin apartar la vista del mar. Se hizo un largo silencio, puntuado por los gritos lejanos de las gaviotas y el ruido sordo de las olas.

Pendergast se acercó un poco más.

—Tienes que relajarte, Constance —dijo—. Ya no corres peligro. Diógenes está muerto.

—Ya lo sé —contestó ella.

—Entonces sabes que no hay nada que temer. Ya ha pasado todo. Se acabó.

Constance siguió sin decir nada, reflejando el gran vacío azul del mar en sus

ojos celestes. Al final se giró hacia él.

—No —dijo.

Pendergast la miró frunciendo el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

Ella al principio no contestó.

—¿Qué quieres decir? —repitió él.

Finalmente Constance habló. Lo hizo con una voz tan cansada y tan fría que ni siquiera el cálido sol de mayo evitó que helara a Pendergast.

—Estoy embarazada.

* * *



DOUGLAS PRESTON y LINCOLN CHILD son, hasta la fecha, coautores de diecisiete novelas. Cada uno de ellos también escribe novelas de gran éxito por separado. Viven a casi tres mil kilómetros el uno del otro y escriben juntos con la ayuda de internet, el fax y el teléfono.

DOUGLAS PRESTON, que además de escritor es también editor, nació en Cambridge, Massachussets, el 26 de mayo de 1956. Es conocido, sobre todo, por su labor conjunta con LINCOLN CHILD, escribiendo obras de terror o del tipo « tecno-thriller» . PRESTON se licenció en el Pomona College de Claremont, en California. Comenzó a escribir en colaboración con el Museo de Historia Natural Americano, como escritor y editor, siendo en la misma época (de 1978 a 1985) columnista para la revista Natural History y editor del Curator. Posteriormente siguió colaborando con otros medios, escribiendo para publicaciones como New Yorker, el Smithsonian, Harper's y National Geographic. En 1986 se trasladó a Nuevo Méjico y se dedicó a recorrer a caballo diversas sendas investigando varios hechos históricos, lo que sirvió de base de muchos de sus libros.

LINCOLN CHILD es analista de sistemas, además de escritor, y fue también editor. Nació en Westport, Connecticut, en 1957. Conocido sobre todo por sus obras escritas en colaboración con DOUGLAS PRESTON, CHILD comenzó a escribir siendo aún un niño. Se licenció en Literatura Inglesa en Carleton College, en Minnesota. En 1979 consiguió un empleo menor en la prestigiosa editorial St.

Martin's Press, y fue escalando puestos hasta convertirse en editor, fundando su sección de terror. Finalmente abandonó el mundo editorial para trabajar como analista de sistemas en MetLife. Al dejar atrás la edición y concentrarse en algo totalmente diferente, Child empezó a echar de menos los libros y retomó la escritura, publicando su primera novela junto a PRESTON, *The Relic*, la cual fue adaptada y llevada al cine bajo la dirección de Peter Hyams.

Nota de los autores

A menudo nos preguntan en qué orden hay que leer nuestros libros, si es que hay que leerlos en algún orden.

Donde más sentido tiene la pregunta es en las novelas protagonizadas por el agente especial *Pendergast*. La mayoría de nuestras novelas están escritas como historias autónomas, pero el tiempo ha demostrado que muy pocas suceden en un mundo estanco. Todo lo contrario. Parece que cuantas más novelas escribimos en colaboración más «contaminaciones» se producen entre los personajes y los hechos en conjunto. Determinados personajes de un libro pueden, por ejemplo, reaparecer en otro posterior, o los hechos de una novela extenderse a la siguiente. En definitiva, que hemos ido construyendo poco a poco un universo donde evolucionan y se solapan todos los personajes de nuestras novelas y sus peripecias.

De todos modos, normalmente no hace falta leer las novelas en determinado orden. Nos hemos esforzado mucho por que nuestros libros sean historias que se puedan disfrutar sin haber leído las demás, con unas pocas excepciones.

Dicho todo esto, pasemos al desglose de los libros.

Novelas con *Pendergast*

El ídolo perdido (The relic) fue nuestra primera novela, y la primera donde aparece el agente especial *Pendergast*. Como tal, no tiene antecedentes.

El relicario es la secuela de *El ídolo perdido (The relic)*.

Los asesinatos de Manhattan es la tercera novela de *Pendergast*, completamente autónoma.

La siguiente, *Naturaleza muerta*, también empieza y acaba en sí misma, aunque los que tengan curiosidad por *Constance Greene* encontrarán algunos datos sobre ella, al igual que en *Los asesinatos de Manhattan*.

La siguiente en la lista, *La mano del diablo*, es la primera novela de lo que llamamos informalmente trilogía de *Diógenes Pendergast*. También es una historia independiente, pero retoma algunos cabos de *Los asesinatos de Manhattan*.

La danza de la muerte es la novela central de la trilogía de *Diógenes Pendergast*. Se puede leer como un libro independiente, pero no estaría de más leer *La mano del diablo* antes de *La danza de la muerte*.

El libro de los muertos es la última novela de la trilogía de *Diógenes Pendergast*, y su desenlace. El lector que quiera sacarle todo el jugo debería

empezar leyendo como mínimo *La danza de la muerte*.

Novelas sin *Pendergast*

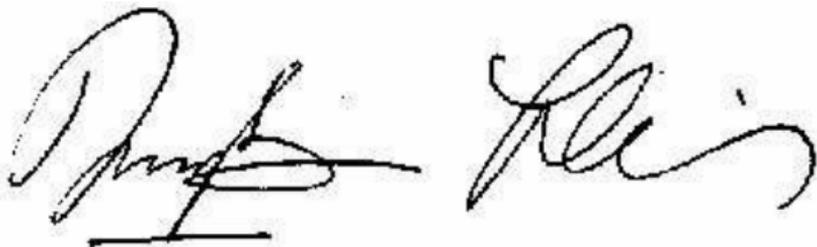
También hemos escrito una serie de relatos de aventuras independientes donde no aparece el agente especial *Pendergast*. Son, por fecha de publicación, *Nivel 5*, *El pozo de la muerte*, *La ciudad sagrada* y *Más allá del hielo*.

En *Nivel 5* hace su primera aparición la arqueóloga *Nora Kelly*, presente desde entonces en todas las novelas de *Pendergast*.

En *Más allá del hielo* lo hace *Eli Glinn*, presente en *La danza de la muerte* y *El libro de los muertos*.

No queremos terminar sin decir a nuestros lectores que esta nota no pretende ser un guión importuno, sino una respuesta a la pregunta «¿En qué orden debería leer vuestras novelas?». Nos parece una suerte extraordinaria tener lectores que disfruten leyendo nuestras novelas tanto como nosotros escribiéndolas.

Atentamente,



Notas

[1] Cita del segundo acto de «*Romeo y Julieta*». (N. del T.) <<

[2] La palabra «darling» se usa para referirse a una persona (o cosa) muy querida, que despierta ternura. (N. del T.) <<

[3] El famosísimo abogado que defendió, entre otros, a O. J. Simpson. (N. del T.)

<<

[4] El famoso mayordomo (o ayuda de cámara) de las novelas de P. G. Wodehouse. (N. de T.) <<

[5] «*Recuerdo del sol*», de Anna Ajmátova, 1911. (N. del T.) <<

[6] Los versos son de «*Ella*», de Theodore Roeth. (N. del T.) <<

[7] «*La leggenda di Teodorico*», de Giosué Carducci, 1896. (N. del T.) <<

[8] Los versos son de «*Aida*», ópera con música de Giuseppe Verdi y libreto en italiano de Antonio Ghislanzoni, estrenada en 1871. (N. del T.) <<

[9] Las citas de esta página son de las «*Metamorfosis*» de Ovidio, 43 a.C.-h. 17 d.C. (N.del T.) <<

[10] Universidad privada norteamericana de gran prestigio en el ámbito científico y tecnológico. (N. del T.) <<

[11] Las «*Metamorfosis*» de Ovidio, 43 a.C.- h. 17 d.C. (N. de T.) <<

[12] Las «*Metamorfosis*» de Ovidio, 43 a.C.- h. 17 d.C. (N. de T.) <<

[13] «*Les fleurs du mal*», de Charles Baudelaire, 1857. (N. del T.) <<

[14] Versos del Infierno de «*La Divina Comedia*» de Dante Alighieri, 1308-1320.
(N. del T.) <<

[15] «*Los hombres huecos*», de T. S. Eliot, 1925. (N. del T.) <<

[16] «*Agamenón*», primera parte de la «*Orestíada*» de Esquilo, estrenada en 458 a.C. (N.del T.) <<

[17] «*Los hombres huecos*», de T. S. Eliot, 1925. (N. del T.) <<

[18] «*La leggenda di Teodorico*», de Giosué Carducci, 1896. (N. de T.) <<

[19] «*Hamlet*», de William Shakespeare, 1600-1602. (N. del T.) <<

[20] «*A su tímida dama*», de Andrew Marvell, 1649-1660. (N. del T.) <<